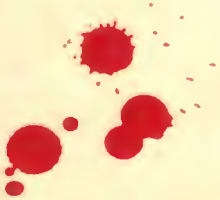
KENNEDY
LA CONSPIRACION DE LA
MAFIA

STEPHEN J. RIVELE



EDICIONES B
GRUPO ZETA

SERIE REPORTER

Stephen J. Rivele nació en Filadelfia, Pennsylvania, donde acudió a colegios católicos. Consiguió el título de bachiller en Literatura Inglesa en la St. Joseph University, estudió literatura rusa en el Swarthmore College y se especializó en estudios franceses en la Universidad de Montpellier, en Francia.

Una vez concluidos sus estudios, Rivele trabajó como voluntario para el desarrollo agrícola en misiones jesuitas y trapenses en el Zaire. Posteriormente, cursó estudios como postgraduado en París y consiguió el master del Conservatorio del Cine de París, tras lo cual realizó nuevos estudios en el Departamento de Cine de la Universidad de París.

Rivele ha escrito y dirigido docenas de películas y programas de televisión de tipo documental y de actualidad, incluidas las películas oficiales del Comité Olímpico de Estados Unidos. Sus películas han sido premiadas en diversos países de América del Norte y de Europa.

Además de su trabajo cinematográfico, Rivele ha escrito gran número de artículos para revistas y diarios, entre ellos una serie sobre las actividades de la CIA relacionadas con el asesinato. Su primera novela, *Union*, ganó el premio Rinehart y la beca Wurlitzer para obras inéditas de no ficción. En 1984 se vio envuelto en una investigación sobre la muerte del presidente Kennedy.

Rivele vive en el sur de California con su hijo de cuatro años de edad.

Al filo del mediodía del 22 de noviembre de 1963, en la ciudad de Dallas, cae asesinado el presidente John F. Kennedy. Su muerte continúa siendo hoy día uno de los grandes enigmas históricos. Las investigaciones oficiales no contribuyeron precisamente a despejar las dudas. Nadie se creyó el informe de la Comisión Warren cuando aseguró que Oswald cometió el crimen *«solo y sin ayuda»*. Stephen J. Rivele, con el rigor y la imparcialidad característica del periodismo de investigación norteamericano, consagró cuatro años de su vida a la búsqueda de las claves y de las responsabilidades que rodearon a aquel magnicidio. El resultado de su trabajo es este libro apasionante que descubre los hilos maestros de la gran conspiración contra la vida del presidente norteamericano.

KENNEDY
LA CONSPIRACION DE LA
MAFIA

STEPHEN J. RIVELE

SERIE REPORTER

EDICIONES B GRUPO ZETA

Título original:
Death and Discovery

Traducción:
Gema Carvajal

1.ª edición: diciembre 1988
La presente edición es propiedad de Ediciones B, S.A.
Calle Rocafort, 104 - 08015 Barcelona (España)

© 1988 by Stephen Rivele
© Traducción: Ediciones B, S.A.

Printed in Spain
ISBN: 84-406-0439-4
Depósito legal: B. 42.980-1988

Impreso por Cayfosa
Ctra. de Caldes, Km. 3. Santa Perpètua de Mogoda
(Barcelona)

Diseño de cubierta:
RAMÓN SAULÓ

STEPHEN J. RIVELE

KENNEDY
LA CONSPIRACION DE LA
MAFIA

AGRADECIMIENTOS

Nadie emprende una investigación de este tipo sin la ayuda de muchas personas bondadosas. Yo he tenido la fortuna de que una serie de esos contactos hayan evolucionado hasta convertirse en amistad. Tal ayuda es indispensable, tal amistad invalorable, y yo estoy agradecido por ambas.

Mi deuda con muchas personas quedará clara en el manuscrito. De todas formas, me gustaría expresar aquí mi gratitud a otras personas que no son nombradas en el texto.

En Francia recibí un gran apoyo de viejos y nuevos amigos entre quienes se encuentran Alban y Janine Woets, Herve y Sylviane Woets, Glenn Myrent y Liza Nesselson, Yves Goustard, Jinette Denale, Bernard Grave, Phillipe Madelin, Jacques Derogy, Jean-Marie Pontaut, Claude Piquant, Eugene Saccomano, Remy Kauffer, Erwan Jourand, Marcel Couvreur, Dominique Couvreur, Jean Serres y Marie-Anne Gobin.

La dirección de la Central Television de Inglaterra fue generosa en su apoyo, especialmente John Creasey, Nigel Turner y Sue Winter.

Quiero también dar las gracias por los años de amistad y ayuda a mi querida amiga June Garnier.

Mi trabajo en Bélgica resultó más fácil gracias a Jean-Pierre Wauters, Thiers Thonon, Rene Haquem, Roger Rosart y Geert Vandevalle.

Entre las muchas personas que me ayudaron en Estados Unidos para realizar mis investigaciones se hallan Robert Borosage, Scott Armstrong, Bob Brauer, Gaeton Fonzi, Henry Hurt, Seth Kantor, Jeff Kruse, Jerry Meldon, Carl Myrent, John Marks, Mary McHale, Carl Oglesby, Jay Peterzell y Joan Schubert.

Debo un reconocimiento especial a mi investigador en Washington D.C., Glyn Wright, por su trabajo y su apoyo.

Los miembros de la DEA (*Drug Enforcement Administration*) se mostraron extremadamente dispuestos a ayudarme a lo largo de los últimos años. Quiero dar las gracias de forma especial a Robert Feldcamp, Bill Deak, Jacques Kiere, Paul Boulard, Tony Greco, Kevin Gallagher e Ivette, que recibió centenares de llamadas mías.

Desde el principio, toda una serie de personas creyeron en mi trabajo, y estoy en deuda con ellos. Christine Bocek estuvo conmigo desde el principio, al igual que mi agente, Bobbe Siegel y su esposo, Richard Siegel. Georges y Boris Hoffman lucharon para que el libro fuera una realidad. Joel Gottler me proporcionó inapreciables consejos.

Mención especial merecen aquellos amigos que me ofrecieron su apoyo moral, que lo es todo en los momentos difíciles. Pat Martin, Pete y Liz Dougherty, Patrice Hutchison, Ed y Eileen Brophy, Dave Kenig, Chris Wilkinson, Marta Dobriansky, Erica Goebel, Thompson Bradley, Stan Gorsky, Frank Callahan, Chirine El Khadem, Dominic Garvey, John Polito, Jean-François y Susan Couvreur y Ed Mahan, comparten este libro.

Estoy muy agradecido a quienes participaron en la preparación del manuscrito, especialmente la editora, Nina Sutton, y la traductora al francés, Edith Ochs. Jim Lesar y Mark Allen señalaron una serie de errores. Jacques Dubuisson, Annick Denoyelle y Nicolas Clarisse me ofrecieron generosamente su tiempo para ayudarme a corregir el texto. Didier Larue me proporcionó una valiosa ayuda técnica.

Otros amigos cuyo apoyo debo señalar con Gay Hennessy, Roger Kay, Susan Emory, Nellie Gonzalez, Shilenen Blain, Michelle Chichester, Coppelia Padgett, Tom Quan, Doug Brignole, Mark Serrano, Lorraine Koski y Walter y Valeria Dobriansky.

Debo darle también las gracias a mi hermano, Rich Rivele y a su familia, por su indulgencia ante un comportamiento por mi parte que seguramente debió de parecerles extraño.

PRÓLOGO

Julio de 1988. Prisión de La Santé. París.

La discusión, que se había estado fraguando durante cuatro años, estalló en la oscura prisión de París, entre el bloque de celdas y el cuerpo de guardia. Cogidos por sorpresa, los guardias permanecieron en silencio mientras el preso, apoyado en su muleta y con la barba gris oscilando hasta la cintura, agarraba mi brazo.

—No puedes hacer esto —jadeó asmáticamente—. Representa un tremendo peligro.

—¡Ya está hecho! —le espeté en francés.

—Entonces, te lo suplico —dijo—, quita mi nombre. Haz algo por complacerme.

Perdí el control.

—¿Y qué has hecho tú nunca por mí? —grité, y las palabras resonaron a través de la torre circular—. Te he enviado dinero, te he visitado, he testificado a tu favor y tú siempre te has negado a darme la información que deseaba.

Él sacudió la cabeza de forma violenta.

—El día en que salga de aquí tendrás el sobre —insistió—. Todo lo que prometí está en él... tú lo sabes.

Era el mismo argumento que había utilizado siempre y yo estaba harto.

—No —repliqué—. Tal vez no salgas. Tal vez el sobre esté vacío. Quiero la información ahora.

—Tú sabes que no puedo hacer esto —suplicó—. Me matarían.

Ofrecía un aspecto verdaderamente patético. A sus cincuenta y siete años parecía tener ochenta. Aquél era su decimosexto año de prisión y tenía aún pendiente un juicio por el asesinato, cometido veintidós años antes, de un policía de París.

—Mi libro está escrito —dije, tajante— y ha sido enviado al editor.

—Entonces deja un espacio en blanco cuando llegues a los nombres de los asesinos —rogó.

Me reí de él.

—No habrá espacios en blanco. Lo he escrito todo.

Agarró mi brazo con más fuerza.

—Por el amor de Dios, déjame leer el libro antes de que salga —murmuró.

Mi cólera se apaciguó.

—He dedicado cuatro años de mi vida a este proyecto —dije con toda calma—. Voy a contar esta historia y ni tú ni nadie va a censurarme.

—Si nombras a estas personas, te matarán —dijo.

—Si no lo han hecho hasta ahora, ya no lo harán.

—Al menos déjame leer las partes que has escrito sobre mí —pidió.

—Hice un trato contigo —repliqué—. Mi manuscrito a cambio de tu sobre.

Me soltó el brazo.

—Siempre te lo he dicho: una vez que me suelten lo tendrás todo, nombres, fechas, lugares, todo...

—Ya es demasiado tarde para esto —le dije—. Lo quiero todo ahora.

Sacudió de nuevo la cabeza, lo que imprimió un movimiento ondulante a su barba.

—El primero de octubre me absolverán. ¿Habrá aún tiempo para cambiar las cosas?

—Sólo si puedes demostrarme que estoy equivocado.

Me dirigió una mirada larga y profunda.

—Muy bien —dijo—. ¿Testificarás en mi favor?

—Nunca he faltado a las promesas que te he hecho —le respondí.

Asintió.

—Entonces, hasta el juicio.

Estreché su mano.

—Hasta el juicio.

Mientras contemplaba cómo la delgada figura de aquel hombre, antaño elegante y poderoso, regresaba penosa y desmayadamente a su celda, pensé de pronto en el largo y extraño viaje que me había traído hasta aquel lugar y me había vuelto tan insensible.

Tampoco se trataba de que aquel preso mereciera demasiada piedad. Se llamaba Christian David y era un presunto asesino, un antiguo agente de espionaje y un traficante de drogas convicto. Pero, después de cuatro años de seguir sus huellas a través de las tenebrosas profundidades del crimen internacional, de descubrir vergonzosos secretos de la historia de mi país y de destruir mi familia durante aquel proceso, comprendí que ya no le necesitaba. Por primera vez desde que empecé a tratar con Christian David me sentí en paz conmigo mismo.

La información por la que peleábamos tan duramente eran los nombres de los tres hombres que dispararon contra el presidente de Estados Unidos, en la Dealey Plaza de Dallas, el 22 de noviembre de 1963.

El asesinato de John F. Kennedy es, creo, el más importante de los crímenes no resueltos del siglo veinte. Veinticinco años después, sus implicaciones conti-

núan afectando a los muchos millones de personas que aún recordamos dónde estábamos en el preciso momento en que escuchamos la noticia.

Hace cuatro años, las ondas de aquel crimen me alcanzaron por accidente. Sin comprender bien lo que estaba emprendiendo me vi atrapado en una investigación sobre la muerte del presidente que me llevaría a recorrer medio mundo y tendría las más profundas implicaciones para mí, para mi familia y para mi comprensión de la historia de mi patria.

En 1979, un comité del Congreso de Estados Unidos llegó a la conclusión de que la muerte del presidente Kennedy era resultado de una conspiración «muy probablemente» dirigida por los jefes del crimen organizado de Norteamérica. A pesar de ello, el Gobierno norteamericano no ha hecho hasta ahora ni un solo movimiento para intentar descubrir a quienes cometieron el asesinato y nos robaron nuestra historia. Por lo que a mí respecta, no podía aceptar tal estado de cosas. Como hombre libre estaba capacitado para conocer la verdad respecto a la historia de mi país. Si mi Gobierno no se preocupaba por esclarecerla, como ciudadano me correspondía la responsabilidad de hacerlo por mí mismo.

Este libro describe el viaje largo, complejo y, en ocasiones, peligroso que siguió a tal determinación. Aunque es mucho lo que ha quedado excluido, nada de lo que contiene ha sido inventado. Sólo los nombres de dos personas han sido cambiados y, esto, con el único propósito de protegerlas.

No ofrezco ninguna teoría sino evidencias: los resultados de mi investigación, incluidos los testimonios de testigos y los nombres de quienes han sido identificados por mí como los asesinos; cómo y por quién fueron contratados; cómo asesinaron al presidente y por qué. Se trata de una evidencia que, creo yo, reclama la actuación del pueblo norteamericano.

Ésta es la historia de una investigación, de una investigación en busca de la escasa y preciosa verdad, en medio de muchos años de mentiras. Es una investigación impulsada por la creencia de que un pueblo que consiente en vivir con la mentira acerca de su historia, está condenado.

Los Ángeles, septiembre de 1988

I. ENCUENTRO FORTUITO CON LA HISTORIA, 1984

Había ido al supermercado local para comprar algunas provisiones y me detuve, como siempre, en el mostrador de libros en oferta. Allí, entre los libros de texto de saldo, se hallaba el *Informe* de la Comisión Warren[1], sobre el asesinato del presidente Kennedy. Nunca lo había leído y, dado que sólo costaba 1,98 dólares, lo metí en el carro de la compra junto a los pañales y a las papillas infantiles. Un simple gesto, pero, como llegaría a aprender, los gestos más simples son, a veces, los más profundos.

Era el verano de 1984. Hasta entonces, no tenía teoría alguna sobre el asesinato de Kennedy. Contaba 13 años de edad en noviembre de 1963 y pronto habría de experimentar una pérdida mucho más penosa, la muerte de mi madre ocho meses más tarde. Con todo, pese a que recordaba el dolor que como norteamericanos habíamos compartido todos tras la muerte del presidente, nunca había sentido un interés especial por el caso.

Pasé las noches del largo y caluroso verano de ese año absorbido por la versión oficial de la muerte del presidente, a veces con mi hijo dormido sobre mi pecho. Después dos años de ahorros y de algún préstamo, mi esposa y yo habíamos comprado una casa en las afueras de Los Ángeles. Ella era bibliotecaria en la Central Public Library, y yo era escritor independiente de guiones cinematográficos e investigador periodístico. Mientras mi mujer se iba al trabajo, yo me quedaba en casa para realizar las labores domésticas, escribir y cuidar de nuestro hijo. Disfrutaba de aquellas horas dedicadas a trabajar y a vigilar a nuestro bebé, que por entonces contaba cuatro meses. Mi propia infancia había sido muy inestable. Las experiencias de la guerra habían hecho de mi padre un alcohólico encerrado en sí mismo y mi madre era una enferma crónica. No supe hasta muchos años después de su muerte que se había convertido en adicta a los sedantes durante una de sus muchas estancias en el hospital. Esto fue lo que causó su muerte a los 39 años.

Estaba decidido a que mi hijo conociera la estabilidad y nunca careciera de amor. Y parecía estar lográndolo. Tenía 35 años y me sentía feliz: tenía una familia, una casa y una carrera razonablemente próspera.

Había dedicado los dos años anteriores a escribir mi primera novela, un amplio trabajo histórico encuadrado en la guerra civil. Había ganado ya un premio, pese a que aún no había sido publicada. Pero había disfrutado de la inmersión en la historia nacional y, durante su realización, me había sentido cada vez más preocupado por el papel que la violencia había jugado en esa historia.

El *Informe Warren* iba a ser simplemente una diversión.

Me sorprendió lo bien escrito que estaba, con seguridad y buen estilo. Sin embargo, cuanto más avanzaba en la historia de aquel día en Dallas, más lleno de dudas me sentía. Evidentemente, las conclusiones se establecían basándose en la idea de la culpabilidad de Lee Harvey Oswald más que en los hechos.

De vez en cuando, le leía algún párrafo a mi esposa y le preguntaba si ella lo encontraba tan extraño y poco convincente como yo. A veces me sentía perplejo, otras frustrado y otras incluso encolerizado. No se formulaban preguntas obvias, no se habían escuchado las declaraciones de testigos clave y las contradicciones no habían sido esclarecidas.

Dos puntos en especial me preocupaban. Por un lado, no creía a Lee Harvey Oswald capaz de la puntería que le atribuía la Comisión. Ni uno solo de los mejores tiradores de la nación había sido capaz de igualar su alegada habilidad[2]. La escasa evidencia de su destreza indicaba que, en el mejor de los casos, era un tirador mediocre que no había practicado durante muchos meses antes del asesinato[3]. Que hubiera podido disparar sobre un blanco móvil, en el espacio de seis segundos, con tan fatal eficacia, era simplemente increíble.

En segundo lugar, resultaba obvio, por su comportamiento tras el asesinato, que Oswald no había dispuesto de ninguna ruta de escape prevista. Tal como sugería la propia Comisión, podía haber deseado ser cogido para que su nombre pasara a la historia. Si éste hubiera sido el caso, de todas formas Oswald habría seguramente confesado el asesinato. En lugar de ello, negó resueltamente haber matado al presidente, incluso cuando yacía moribundo en el pavimento del garaje del Cuartel General de la Policía de Dallas[4]. La locura, por supuesto, hubiera proporcionado otra explicación, pero nadie, ni siquiera la Comisión Warren, indicó que Oswald estuviera loco. Por el contrario, todas las evidencias sobre su estado mental indicaban que era una persona lúcida, inteligente, incluso inusualmente brillante pese a su escasa educación.

Resultaba evidente que la versión oficial del asesinato del presidente era incompleta, imperfecta y profundamente insatisfactoria como documento histórico. Convencido de que no había entendido del todo lo ocurrido aquel día en Dallas, empecé a leer la literatura relacionada con el caso.

En agosto, una revista me envió a Austin para escribir una información sobre la esposa de Lyndon B. Johnson y su National Wildflower Research Center. Puesto que tenía que trasladarme a Texas, decidí efectuar el corto viaje desde Austin a Dallas para contemplar personalmente la Dealey Plaza. Intentaría también hablar con algunos de los investigadores del asesinato que vivían en aquella zona.

Mis lecturas me habían dejado la impresión de que Oswald había sido utilizado, manipulado por fuerzas que él no comprendió. Su comportamiento durante

el último año de su vida sugería que no poseía el control de su propio destino, pese a que, evidentemente, creía que sí. Yo deseaba saber en qué creía Oswald que estaba implicado.

Mi segundo objetivo era francamente ingenuo. En el supuesto de que Oswald no hubiera actuado solo, deseaba hablar con alguien que tuviera conocimiento de primera mano del asesinato. Éste, desde el principio, fue mi objetivo: encararme con aquellos que hubieran estado implicados en el suceso.

Volé hasta Dallas y me inscribí en un hotel de la zona de Oak Cliff, cerca de la casa donde vivía Oswald. Deseaba conocer su vecindario, aunque fuera con unos veinte años de retraso, ver por mí mismo el lugar donde había vivido y caminar por las calles por las que se había movido.

Ladybird Johnson se mostró amable durante la entrevista celebrada en la Biblioteca LBJ. Después de nuestra conversación, le pedí permiso para utilizar un teléfono y llamé a Marina Oswald Porter. Su nombre y su número me los había facilitado Mary Ferrell, una investigadora residente en Dallas, mencionada en el capítulo de agradecimientos de Anthony Summers en su libro *Conspiracy*[5], uno de los estudios más intrigantes y de más profundo alcance que había leído sobre el caso. Mary me había dicho que alabara a la viuda de Oswald y que le dijera lo mucho que deseaba conocerla, pero era mi primera entrevista sobre el asesinato y estaba nervioso.

La voz que me llegó a través del teléfono tenía un ligero acento ruso. Me presenté y le expliqué que estaba haciendo investigaciones para un libro que pensaba escribir sobre Oswald.

—¡Es justamente lo que todos necesitamos! —dijo con exasperación Marina—. ¡Otro libro!

Busqué torpemente una forma de retenerla en la línea. Le pregunté si podía invitarla a comer mientras yo permanecía en Dallas, ya que deseaba muchísimo hablar con ella respecto a Lee.

—Nunca llegué a saber quién era realmente —dijo—. Nunca supe qué era lo que deseaba. Recuerde que estuvimos casados apenas durante dos años y que la mayor parte de ese tiempo no lo vi.

El comentario de Marina me recordó una observación que el propio Oswald había hecho a su madre después de regresar de Rusia: «Ni siquiera Marina sabe por qué he regresado a Estados Unidos.»

A mi llegada a Dallas desde la Biblioteca LBJ, me encaminé directamente a la Dealey Plaza. Mi primera impresión fue la de sorpresa por lo pequeño que era aquel lugar. Me pareció el sitio perfecto para una emboscada, rodeado como estaba, por tres de sus lados, por edificios de oficinas y con el extremo abierto rematado por un puente del ferrocarril. Una vez en el centro de la plaza, una víctima no tendría escapatoria.

El 22 de noviembre de 1963, el automóvil del presidente había trazado un ángulo recto en la esquina noreste de la plaza. Su velocidad fue reducida por lo pronunciado del giro desde la calle Houston hacia la de Elm y luego por el lento des-

censo hacia el paso inferior bajo el puente. Desde los edificios a ambos lados del ángulo, igual que desde el puente o desde la pequeña elevación de la derecha, conocida como el montículo de hierba, los tiradores ocultos hubieran podido coordinar su fuego con una buena cobertura y una considerable oportunidad para escapar.

Trepé por el montículo de hierba, donde la mayoría de testigos y de críticos de la Comisión Warren suponía que había estado el tirador fatal, y rodeé lo que quedaba de la valla de estacas de madera. Tendría que haber sido un hombre muy osado para disparar desde allí, reflexioné, con un aparcamiento a sus espaldas y visible por arriba desde la torre de control del ferrocarril.

Sin embargo, por las evidencias que había leído, parecía cierto que había estado allí. El barro en el que algunos testigos habían visto docenas de huellas de pisadas a raíz del asesinato, había sido reemplazado por asfalto, pero algunas de las estacas originales estaban aún en su lugar. Desde este punto, a apenas unos treinta metros del automóvil, un francotirador profesional no podría haber fallado.

Crucé la plaza en dirección al Depósito de Libros Escolares de Texas, donde Lee Harvey Oswald había estado trabajando. Los primeros pisos eran oficinas de empleados municipales. Me presenté a una recepcionista como un escritor independiente que había recibido el encargo de escribir una historia de los años sesenta. ¿Era posible —le pregunté— ver el sexto piso, desde donde Oswald disparó contra el presidente Kennedy?

La joven recepcionista me dio la respuesta habitual: los pisos superiores no eran accesibles al público. Insistí en que debía tomar algunas fotografías para mi revista. Me dedicó una mirada llena de dudas y me encaminó hacia una mujer de más edad. Ambas acabaron por admitir que nunca habían visto el famoso piso y se mostraron encantadas de tener una excusa para visitarlo. El ascensor no funcionaba, de forma que los tres subimos por las escaleras.

El sexto piso estaba abierto y desierto, las cajas de libros entre las que trabajaba Lee Oswald habían desaparecido. Se trataba de un almacén amplio y vacío, atravesado por los azules rayos de luz que penetraban por las ventanas que daban a la plaza.

Caminé hacia la ventana de la esquina sudeste y durante varios minutos permanecí en el lugar desde el que se suponía que Oswald había disparado. Me agaché, tal como se pensaba que él había hecho y levanté la ventana unos 45 centímetros. Había llevado conmigo una cámara fotográfica con un objetivo de 200 mm, más o menos equivalente al teleobjetivo de cuatro aumentos montado en el rifle de Oswald. A través de la ventana abierta, tomé varias fotografías de los automóviles que pasaban, captando las perplejas miradas hacia arriba de los visitantes de la plaza.

No era un mal lugar para un tirador, pero no era precisamente el mejor. Había el problema del roble que crecía a la derecha y la distancia existente una vez que el automóvil hubiera pasado por debajo del mismo. Si yo hubiera sido el tirador, me habría instalado en la ventana del extremo sudoeste o, mejor aún, en el edificio Dal-Tex, al otro lado de la calle Houston.

Mostré a las dos mujeres el lugar donde se suponía que Oswald había escondido su rifle, entre algunas cajas de cartón en la parte trasera, y luego seguí con ellas su ruta de escape por las escaleras de madera, situadas en el lado contrario al de los ascensores.

Mientras descendíamos apresuradamente y cada uno de nuestros pasos resonaba en el destartalado hueco de la escalera, me pareció imposible que Oswald hubiera llegado al segundo piso sin ser detectado. En el mejor de los casos, hubiera estado sin respiración. En lugar de ello, lo hallaron bebiendo con tranquilidad una Coca-Cola menos de dos minutos después del tiroteo. Los gestos más sencillos son a veces los más profundos: depositar unas monedas en una máquina expendedora menos de dos minutos después de la ejecución pública del presidente de Estados Unidos es algo que sugiere que Oswald no sabía lo sucedido, ni sospechaba lo que aquello significaba para él, ni para nadie.

Les di las gracias a mis dos acompañantes y me marché.

Aquella noche visité a Mary Ferrel en su casa del norte de Dallas, que había transformado en museo y biblioteca del asesinato. Mujer de unos sesenta años, cordial y enérgica, me recibió en la puerta igual que si yo hubiera sido un viejo amigo.

Mary emprendió mi educación sobre el caso con un celo increíble. En pocos instantes, tanto yo como el sillón donde me aposentó estábamos repletos de informes, libros, fotos y copias de documentos con el sello de SECRETO. Bastaba, según descubrí, que expresara el más ligero interés por algún punto para provocar una tormenta de información, que Mary sacaba de escritorios, mesas y estanterías dispersos por toda la casa. En el curso de una reunión de diez horas, me proporcionó una experiencia sobre el asesinato que a mí me habría costado meses adquirir.

Mientras me llevaba a lo largo de veinte años de investigaciones, Mary Ferrell salpicaba sus palabras de exclamaciones, gritos, miradas y amplios gestos de sus brazos. Me sentía apabullado por sus conocimientos y por su entusiasmo. Sólo sus archivos sobre Oswald cubrían virtualmente todos los días de su último año de vida, en algunos casos hora a hora.

Dejé la casa de Mary Ferrell, al amanecer, en un estado de intoxicación informativa. Había sido bombardeado con muchísimo más material del que podía absorber, pero salí con una amplia gama de contundentes impresiones. La mayor era que lo indicado por mi instinto respecto a Oswald había resultado ser correcto: casi con toda seguridad había sido manipulado por poderosas fuerzas que él no llegó a entender. No sabía aún cuáles eran esas fuerzas, pero parecía obvio que el caso era muchísimo más complejo de lo que yo había imaginado.

A partir de mis primeras y provisionales exploraciones en la zona de Oak Cliff, en Dallas, algo quedó claro: Oswald había sido el tipo de persona venida a menos, acostumbrado a la pobreza, a la improvisación y a la decrepitud. La suya era ver-

daderamente una vida triste y sombría. Después de dos años de defección de Estados Unidos, que yo ahora consideraba sospechosa, había regresado con una esposa rusa y una hija a las calles mal pavimentadas, a las casas de huéspedes y a los patios cochambrosos del sur de Dallas.

Al día siguiente caminé desde mi hotel hasta los diversos lugares donde Oswald había vivido. Llegué finalmente a la pensión de Beckley Street, donde había pasado sus últimas semanas de vida bajo el nombre falso de O. H. Lee.

El día era húmedo y gris y amenazaba con descargar una tormenta. Al aproximarme a la casa vi a una anciana y a dos hombres sentados en el porche. Les pregunté si aquél era el 1026 de North Beckley. Los dos hombres me miraron ceñudos.

—Supongo que va en busca de Lee —preguntó la mujer con no disimulado disgusto.

Les expliqué que era de California y que estaba escribiendo un libro sobre Oswald.

—Usted y todo el mundo —me escupió.

—¿Es posible echarle un vistazo a su habitación? —pregunté.

—Esto es algo que debe pagarse —dijo la anciana.

Estaba preparado para pagar una pequeña propina por el privilegio, pero cuando me indicó que se trataba de cien dólares, di las gracias pero rechacé el trato. Luego le pregunté cuál había sido su habitación. Ella señaló un estrecho anexo en el lado derecho de la casa. Resultaba difícil de creer. Por lo que podía ver, la habitación era apenas bastante grande para contener una cama. En sus últimos días, Oswald se había visto reducido a casi nada; un lugar donde yacer antes de su prematura muerte, y nada más.

El cielo se oscurecía y el viento aumentaba. Me apresuré y luego me puse a correr mientras caía una intensa lluvia caliente y los truenos resonaban con estrépito sobre la ciudad. Llegué a mi hotel empapado y más impresionado que nunca por la extraña vida que Lee Oswald había llevado en aquella ciudad, que tan sólo le había adoptado en la muerte.

La decisión de matar a Kennedy, según declaraba la Comisión Warren, fue tomada por Oswald la noche antes del asesinato, después de una discusión con su esposa. La Comisión concedía gran importancia al hecho de que aquella mañana Oswald transportara al Depósito de Libros unas barras para cortinas, aunque la única evidencia demostraba claramente que aquel paquete no pudo haber contenido el rifle[6]. Con todo, el fusil apareció en el Depósito de Libros.

A partir de aquí, el proceso de la Comisión hacia la actitud de considerar a Oswald como el único asesino se desarrolla hasta llegar a su tajante conclusión. El que no hubiera sido visto por ningún testigo fiable en el sexto piso del Depósito —desde el que la Comisión decidió que habían sido efectuados todos los disparos—, no supuso ninguna diferencia[7]. El que hubiera sido visto en otros lugares de forma que resultara imposible que fuera el asesino, se ignoró igualmente. El que los disparos se oyeran como procedentes de la parte frontal del automóvil del pre-

sidente por más de la mitad de los testigos presentes en la Dealey Plaza fue cuidadosamente olvidado[8]. Y el hecho de que los médicos que atendieron al moribundo presidente declararan que los disparos que le alcanzaron habían penetrado en su cuerpo por delante, fue borrado de los registros[9].

Dentro de la hora siguiente al asesinato se supone que Oswald dio muerte a un policía de Dallas, J. D. Tippit, a un kilómetro y medio de su pensión. Sin embargo, la evidencia sugiere con gran fuerza que no pudo haber llegado a aquel lugar en el momento en que Tippit fue asesinado. Según las descripciones iniciales que los testigos hicieron de la persona del asesino, éste no se parecía a Oswald, las bases sobre las que fue identificado eran irrelevantes y las pruebas balísticas de su revólver no pudieron probar que ésta hubiera sido el arma homicida[10].

Todos estos puntos podrían haberse esclarecido en el juicio a Oswald, pero tal juicio nunca se celebraría. Dos días después de la muerte del presidente, Oswald también fue asesinado en los sótanos del Departamento de Policía de Dallas. El asesino fue el propietario de una sala de fiestas llamado Jack Ruby, hombre conocido de la policía y cuyos lazos con el crimen organizado se remontaban a su infancia. Su angustioso testimonio ante la Comisión sólo sirvió para hacer más profundo el misterio. A pesar de que pidió repetidamente que se le trasladara a Washington para testificar, insistiendo en que su vida corría peligro en Dallas, la Comisión se mantuvo inamovible en su decisión de no conceder tal solicitud. Jack Ruby moriría de cáncer cuatro años más tarde, aparentemente sin haber contado su historia a nadie[11].

Lee Oswald fue asesinado poco antes de cumplir los veinticuatro años. Pese a su juventud, poseía un largo y complejo historial. Aseguraba que su conversión al marxismo empezó de niño, durante una breve estancia en Nueva York[12]. No obstante, a los diecisiete años se alistó como voluntario en el Cuerpo de Marines, lo que difícilmente parecía la acción más lógica en un comunista convencido. A partir de este momento, según parecía, allí donde iba Oswald el misterio le acompañaba y a cada giro que daba su vida las reglas normales del comportamiento quedaban en suspenso.

Como infante de marina, sirvió en una base secreta de U-2 en el Japón, un centro de actividad de la CIA. Era aquélla una época en que los vuelos de los U-2 sobre la Unión Soviética se encontraban entre los secretos más celosamente guardados de la CIA[13]. Oswald, que trabajaba en el apoyo mediante radar a los vuelos, tenía acceso a información técnica altamente secreta[14]. Aunque, de acuerdo con el Gobierno, poseía la más baja de las autorizaciones de seguridad[15].

Durante el mismo período, estuvo asociado con sospechosos de actividades comunistas de la zona, pese a lo cual no se tomó ninguna medida en su contra[16]. Asimismo, estudiaba ruso en el cuartel y estaba suscrito a publicaciones soviéticas, sin que sus superiores levantaran siquiera una ceja en un mínimo gesto de extrañeza.

Cuando aún le faltaban varios meses de servicio, Oswald solicitó su prematuro licenciamiento por causa de sus necesidades familiares. Aseguró que era el único

soporte de su achacosa madre, cuando todas las evidencias indicaban que ésta se sostenía por sí misma y gozaba de buena salud[17]. A pesar de ello, obtuvo rápidamente la licencia y, menos de una semana después, se hallaba camino de Moscú para desertar.

La narración de la Comisión Warren sobre el período crucial en la vida de Lee Oswald era sencillamente increíble. Resultaba evidente que él no había tenido suficiente dinero para viajar a la Unión Soviética, sin embargo los fondos aparecieron. Los plazos de tiempo de este viaje eran también fuente de problemas. Los sellos del pasaporte estaban en conflicto con las supuestas disposiciones para su viaje y no parecía posible que pudiera llegar a Moscú en la fecha señalada con el itinerario que le atribuía la Comisión[18].

Una vez en Moscú, Oswald se dirigió directamente a la Embajada de Estados Unidos para entregar su pasaporte y anunciar que pretendía conseguir la ciudadanía soviética. Añadió que se disponía a proporcionar a los soviéticos la información secreta que había obtenido como marino. Luego se esfumó durante seis semanas[19]. Pese a ello, la Comisión asegura que la KGB jamás le interrogó o se reunió con él y que, en realidad, no mostró ningún interés por él[20].

Durante unos dos años, Oswald desapareció en las entrañas del estado soviético, con alguna aparición ocasional. Algunos turistas occidentales le encontraron durante sus viajes, y algunos de ellos le hicieron instantáneas que llegaron hasta los archivos de la CIA[21]. Trabajó en una fábrica de Minsk, disfrutó de un salario hinchado y de un estipendio del Gobierno soviético, y se casó con Marina Prusakova, sobrina de un coronel de la policía secreta[22].

El último y más sorprendente capítulo de la odisea rusa de Oswald se refiere a sus esfuerzos para regresar a Estados Unidos. Aunque el director del FBI, J. Edgar Hoover había escrito personalmente un memorándum avisando de que un impostor podría estar utilizando el certificado de nacimiento de Oswald, el Departamento de Estado se había, incomprensiblemente, olvidado de señalar en la ficha de Oswald el hecho de que era un riesgo para la seguridad[23]. Y, cuando el futuro asesino oficial exigió su derecho a regresar a Norteamérica con su esposa y su hija, el mismo departamento decidió que era de interés nacional que así lo hiciera, por lo que llegó incluso a pagarle el viaje de regreso.

De nuevo en Estados Unidos, Oswald siguió siendo tratado como un caso especial. De acuerdo con la Comisión, nadie de los servicios de inteligencia de Estados Unidos se reunió con él para hablar respecto a su defección y su estancia de dos años en Rusia, y eso en una época en que todos los turistas que regresaban de la Unión Soviética eran rutinariamente interrogados.

Los restantes diecisiete meses de la vida de Lee Oswald estuvieron llenos de incongruencias. Entró a trabajar en una empresa de revelado de fotografías cuyo supervisor era un graduado del Instituto de Idiomas de la Defensa y veterano de la Agencia de Seguridad del Ejército que hablaba perfectamente el ruso. A pesar de sus antecedentes como desertor y de haber sido licenciado deshonrosamente del Cuerpo de Marines, Oswald estuvo trabajando en un laboratorio que revelaba mapas secretos y fotografías aéreas para los militares.

Entre sus pocos amigos, durante este período, se encontraba un hombre que

tenía importantes conexiones con los servicios de espionaje de diversas naciones y que estaba en contacto con un agente de la CIA, a quien pasaba informes de sus viajes por el Tercer Mundo. Había estado, por ejemplo, en una excursión a pie por América Central que le había llevado por la zona de la Bahía de los Cochinos, poco antes de que se lanzara la invasión a través de la misma[24].

El campo más fértil de improbabilidades, de todas formas, fue el de las actividades políticas durante aquel período. A pesar de que oficialmente era un izquierdista partidario de Castro, se asociaba casi exclusivamente con grupos anticastristas. Durante la época en que distribuía folletos de su inexistente grupo para el Juego Limpio con Cuba, en Nueva Orleans, ofrecía sus servicios a los exiliados anticastristas. El remite impreso en los folletos correspondía al de un antiguo agente del FBI cuyo trabajo de investigación consistía en reunir datos de las organizaciones de izquierdas. Después del asesinato, cuando el FBI investigaba a aquel hombre, el informe al respecto apareció tergiversando su dirección para disimular su conexión con los folletos de Oswald[25].

La lucha y el arresto que se produjo durante el reparto de folletos por parte de Oswald fue una farsa. En la cárcel, en lugar de solicitar la presencia de un abogado o de un agente de Juego Limpio para Cuba, Oswald pidió y recibió la visita de un agente del FBI. En verdad, durante todo aquel período estuvo en contacto con agentes del FBI, e incluso llevaba el nombre y el número de uno de ellos en su agenda. Cuando el FBI entregó el contenido de la misma a la Comisión Warren para su investigación, éste era el único nombre que faltaba[26].

Aún más problemático fue el hecho de que durante las semanas anteriores al asesinato Oswald apareciera en la oficina del FBI en Dallas y solicitara ver a un agente. Cuando se le indicó que aquel hombre no podía recibirle, él sacó una carta, se la entregó al recepcionista y le pidió a éste que se asegurara de que el agente la viera. En las horas que siguieron a la muerte del Presidente, aquel agente llamó la atención de su superior acerca de aquella carta. Éste se enfureció y ordenó que la carta fuera destruida. El agente la hizo pedazos y la arrojó a un retrete.[27]

El misterio de Oswald se vuelve más profundo al finalizar el verano de 1963 y comenzar el otoño. A pesar de su indudable pobreza, se permitía el lujo de poseer un apartado de correos. Allí, aparentemente, recibió el rifle que se supone utilizó para matar a John Kennedy. Aquel fusil italiano era una reliquia de guerra, de 13 dólares, que tenía la reputación de explotar en las manos de quienes lo disparaban: la última de las armas que uno eligiría para cometer un asesinato[28].

Luego se produjo un inexplicable viaje a Ciudad de México. Éste fue un rompecabezas al menos a tres niveles. Primero, se desconoce por qué fue o qué pudo hacer allí. Segundo, durante su ausencia alguien le suplantó en Estados Unidos. Tercero, es probable que alguien pretendiera hacerse pasar por él en México.

Oswald acudió, de forma ostensible, a solicitar un visado a la Embajada de Cuba para viajar a La Habana. Aunque los informes sobre su aparición en la embajada fueron tan contradictorios que resultó imposible saber si de hecho fue Oswald quien presentó la solicitud. La mujer que recibió su formulario desapareció, tras el asesinato, a manos de la policía de seguridad mejicana y fue con toda evidencia sometida a un aterrador interrogatorio. El cónsul cubano con quien

conversó el solicitante describió a un hombre bastante distinto de Oswald y no consiguió identificarle en las fotografías[29].

Mientras aquello sucedía, alguien viajaba por la campiña tejana utilizando la identidad de Oswald y realizando toda una serie de gestos comprometedores en su nombre. En un club de tiro, disparó contra los blancos de los tiradores próximos a él y montó todo un espectáculo con su carabina italiana. Tenía una mira telescópica montada en el fusil, con el nombre de Oswald grabado en su estuche. Alardeó ante un comerciante de coches de que pronto tendría suficiente dinero para comprarse uno nuevo, y tomó otro para realizar una prueba de conducción a ciento cincuenta kilómetros por hora, a pesar de que el auténtico Oswald nunca había tomado clases de conducción. Finalmente, proclamó que sería necesario regresar a Rusia para conseguir un buen automóvil.

Poco después del asesinato, el FBI preguntó a la CIA si ésta tenía alguna fotografía de Oswald. En respuesta a aquella petición, la Agencia envió varias instantáneas de un hombre a quien habían fotografiado en secreto junto a las embajadas de Cuba y la Unión Soviética, en México, en setiembre de 1963. Se trataba de un hombre grande, fornido, con el pelo cortado al estilo militar y de unos treinta y cinco años que, sin duda, no era Lee Oswald.

Y la Agencia no sólo le había identificado como Lee sino que, además, tenía grabaciones de su voz, hechas a través de los micrófonos escondidos en las embajadas cubana y rusa. En éstas, el hombre afirmaba que era Lee Harvey Oswald, a pesar de que, al contrario que el Oswald auténtico, hablaba un ruso muy deficiente. Cuando los agentes del FBI escucharon las cintas, se mostraron unánimes en que aquella voz no era la de Oswald. La existencia de estas cintas no fue conocida hasta 1976, cuando la CIA proclamó que habían sido borradas como un sistema habitual de ahorro[30].

En un informe de 1964 acerca de este hombre, la CIA insistió en que no sabía de quién se trataba y luego aclaró que había muerto. El hecho de que había sido confundido con Oswald resultaba evidente, pero su identidad permaneció como un misterio. Los estudiosos del asesinato dieron en referirse a él como al Hombre Misterioso de Ciudad de México.

El Oswald real, entretanto, permanecía en un hotel barato de la misma ciudad. Luego regresó desde México al desempleo y a la estrechez material en Texas. Estaba separado de su esposa, Marina, que vivía con una amiga en un barrio de Dallas. Alquiló la habitación de la pensión bajo un nombre supuesto y buscó un trabajo. A través de un conocido del amigo de Marina, encontró un trabajo como encargado de cumplimentar los pedidos en el Depósito de Libros Escolares de Texas, aunque aquello significaba despreciar un puesto mejor pagado en el aeropuerto de Love Field. El por qué el raído Oswald hizo tal elección era algo difícil de entender. De cualquier forma, cinco semanas antes de la prevista visita del presidente Kennedy a Dallas, Oswald empezó a trabajar.

Entre todos estos misterios, la pregunta que más seguía preocupándome era la relacionada con los movimientos de Oswald inmediatamente después del asesinato.

Vistos superficialmente, estos movimientos no tienen ningún sentido. Se dijo que había huido por la ventana del sexto piso del Depósito de Libros Escolares, a pesar de que, después de haber matado al presidente, escondido el rifle y descendido cuatro pisos a toda prisa y sin ser visto, fue interrogado por un policía de Dallas en el comedor del segundo piso noventa segundos más tarde. Cuando el policía le vio, Oswald no respiraba precipitadamente ni mostraba señales de pánico, se limitaba a beber una Coca Cola.

Después de haber salido del Depósito de Libros sin ser visto, Oswald caminó unas siete travesías en dirección este, a lo largo de Elm Street, cogió un autobús que se dirigía al oeste y que, por lo tanto, volvió a llevarle a la escena del crimen. Cuando el autobús quedó atascado en medio del agolpamiento de coches de la policía, Oswald lo abandonó y caminó varias travesías en dirección a la terminal de los autobuses Greyhound, donde detuvo a un taxi. De acuerdo con los testigos, entró en el taxi y luego, increíblemente, se lo ofreció a una anciana. Cuando la señora puso alguna objeción, Oswald ordenó al taxista que le llevara hasta su habitación en Oak Cliff.

Pero, en lugar de dejar el taxi junto a su habitación en Oak Cliff, continuó en él otras cuatro manzanas y luego lo dejó. Según se ha informado, corrió hacia su habitación, entró en ella apresuradamente, cogió una chaqueta y salió de nuevo, para permanecer algunos minutos al otro lado de la calle esperando un autobús. Dado que no aparecía ningún autobús Oswald empezó a alejarse a toda prisa.

Lo siguiente que sabemos del asesino es que dispara y mata a un agente de policía, Tippit, y luego huye al interior de un cine, donde lo detienen tras un forcejeo.

Todas estas notables andanzas confirmaban aún más mi primera impresión: Lee Oswald no tenía ningún plan para escapar de la escena del asesinato. No tenía ningún coche esperándole; verdaderamente ni siquiera sabía conducir. En apariencia no tenía cómplices que le ayudaran en su huida y no tenía siquiera en mente una ruta para salir del edificio.

¿Acaso un asesino a sangre fría se hubiera entretenido en comprar un refresco y se hubiera enfrentado fríamente con un policía con el arma dispuesta, poquísimos minutos después de su crimen? ¿Hubiera contado con el transporte público para huir de la escena y, después de haberlo logrado, tomaría un autobús en la dirección equivocada? Finalmente, ¿se ofrecería un asesino presidencial en plena huida a ceder su taxi a una anciana?

Las encuestas a lo largo de los años mostraron que la mayoría de los norteamericanos nunca aceptaron la versión oficial del asesinato. En 1977, el Congreso reabrió la investigación. Dos años más tarde, el Comité de Asesinatos del Congreso informó que el del presidente era probablemente resultado de una conspiración.

El Comité había aplicado nueva tecnología al estudio de las evidencias físicas. La famosa instantánea del tiroteo tomada por Mary Moorman, una espectadora, pareció revelar la presencia de un posible tirador detrás de la valla del montículo de hierba. Nuevas pruebas acústicas indicaban también que los disparos habían procedido de aquella dirección.

Tal vez lo más importante era que el Comité había revisado e interpretado de nuevo las pruebas relacionadas con el crimen organizado y las actividades de espionaje que rodeaban el asesinato. Concluyó que la fuente más probable del complot para asesinar al presidente era la dirección de la Mafia norteamericana. Estos hombres, los jefes de los grupos de Chicago, Florida y Nueva Orleans, habían sido señalados por los Kennedy como objetivos en su guerra contra el crimen. El Comité observó que tenían medios, motivos y oportunidades para haber asesinado al presidente.

Pese a todo, el Comité del Congreso no hizo gesto alguno para procesar a los responsables, mientras que sus consejeros legales determinaban que aquello no formaba parte de su mandato. Más aún, pese a que había sido demostrada la existencia de una conspiración, la prensa y el Departamento de Justicia ignoraron terminantemente el trabajo del Comité y permitieron que sus conclusiones durmieran en el olvido.

Creo que un pueblo libre debe conocer la verdad acerca de su historia. De lo contrario se arriesga a perder su libertad. El hecho de que no conociéramos quién asesinó al Presidente, o por qué lo hizo, era una amenaza mayor a nuestra seguridad nacional que cualquier enemigo externo. Con todo, nadie dentro del Gobierno actuó para corregirlo. Al margen de algunos investigadores independientes, nadie siguió el caso.

Considerando tales circunstancias sentí que me resultaba imposible permanecer al margen.

La tormenta de Dallas impidió que me reuniera con Gary Shaw. Se trataba de un arquitecto que vivía a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de la ciudad y había dedicado casi veinte años al estudio del asesinato. Mary Ferrel habló muy elogiosamente de él como investigador y como caballero, y yo había previsto visitarle en su casa. En lugar de ello, tuve que conformarme con una larga conversación telefónica mientras la lluvia seguía cayendo.

Gary Shaw estuvo de acuerdo con mis sospechas de que Oswald había sido una especie de agente de los servicios de inteligencia mientras estuvo con los Marines y que había desertado hacia Rusia bajo órdenes.

—Creo que era un agente de muy bajo nivel —dijo—, que tenía una visión exagerada de su propia importancia.

Gary sugirió que Oswald podía haberse presentado voluntariamente para servicios de espionaje cuando ingresó en los Marines. Sostuvo que Oswald nunca había sido un auténtico marxista. Toda la charada de tendencias izquierdistas, creía él, había estado destinada desde el principio a cubrir sus intenciones reales, que eran firmemente patrióticas.

Pregunté a Gary acerca de los movimientos de Oswald tras el asesinato, y éste sugirió que Oswald se había dirigido al encuentro de algún tipo de contacto. Luego me remitió a la carta dejada por Oswald en la oficina del FBI en Dallas semanas antes del asesinato.

—Fuera cual fuera el asunto en que Oswald estaba implicado —dijo Gary—,

creo que descubrió el complot para asesinar a Kennedy. Pero cuando intentó avisar a las autoridades acerca de ello, no comprendió que éstas ya estaban enteradas.

Tardé unos instantes en captar esta idea. Le pregunté entonces a Gary si estaba sugiriendo realmente que agentes del Gobierno de Estados Unidos habían estado implicados en el asesinato. Él me contestó que existía una posibilidad.

Luego le pregunté si, en su opinión, había alguien con quien pudiera hablar y que poseyera conocimiento de primera mano sobre la conspiración para asesinar al presidente.

Me dio tres nombres: los de dos norteamericanos y un francés. El francés se llamaba Christian David.

Respecto a David, Gary dijo algunas cosas. Primero, que había comprobado la estancia de David en el Congo Belga a principios de los años sesenta, en relación con el plan de la CIA para asesinar al primer ministro Patricio Lumumba. Le habían dicho, me indicó, que David era un asesino de la CIA cuyo nombre en clave era el de WI/ROGUE. Gary estaba también convencido de que David había sido fotografiado en la Dealey Plaza, tras el asesinato, con un atuendo de vagabundo, uno de los tres que fueron arrestados escondidos en una cercana casilla del ferrocarril.

Le pregunté cómo podía entrar en contacto con David y los otros dos. Gary no tenía ni idea de dónde podían estar los norteamericanos, pero pensaba que David estaba en la prisión federal de Atlanta, cumpliendo una condena por tráfico de drogas. Añadió que le había escrito varias veces sin obtener respuesta. Cuando le dije que intentaría escribirle en francés, Gary me deseó suerte.

—Es un tipo duro —me dijo.

NOTAS

ENCUENTRO FORTUITO CON LA HISTORIA, 1984

1. *Report of the Warren Commission on the Assassination of President Kennedy.* New York: McGraw-Hill, 1964. (En adelante, RWC).
2. Roffman, Howard, *Presumed Guilty: Lee Harvey Oswald in the Assassination of President Kennedy.* Cranbury, N. J.: Associated University Presses, 1975, p. 228. Véase también: Meagher, Sylvia, *Accessories After the Fact: The Warren Commission, the Authorities and the Report.* New York: Bobbs-Merrill, 1967, pp. 106-110.
3. Roffman, *op. cit.*, pp. 232-246. También: Meagher, *op. cit.*, pp. 131-133.
4. Summers, Anthony, *Conspiracy*. New York: McGraw-Hill, 1980, p. 137.
5. Summers, Anthony, *Conspiracy*. New York: McGraw-Hill, 1980.
6. Roffman, *op. cit.*, pp. 162-174. También: Meagher, *op. cit.*, pp. 45-64.
7. Roffman, *op. cit.*, pp. 175-188. También: Meagher, *op. cit.*, pp. 64-69.
8. Hurt, Henry, *Reasonable Doubt: An Investigation into the Assassination of John F. Kennedy.* New York: Holt, Rinehart and Winston, 1985, p. 111.
9. *Ibid.*, pp. 52-53. También: Meagher, *op. cit.*, pp. 157-165.
10. Meagher, *op. cit.*, pp. 253-282. También: Hurt, *op. cit.*, pp. 143-158.
11. Summers, *op. cit.*, pp. 455-456.
12. *RWC*, p. 364.
13. Epstein, Edward Jay, *Legend: The Secret World of Lee Harvey Oswald*. New York: McGraw-Hill, 1978, p. 66. Véase también: Summers, *op. cit.*, pp. 144-145; 157.
14. Summers, *op. cit.*, pp. 156-157. También: Epstein, *op. cit*, p. 118.
15. Véase: *The Final Assassinations Report: Report of the Select Committee on Assassinations, U.S. House of Representatives*, New York: Bantam, 1979, pp. 279-280. (Hereafter referred to as *HSCA*.)
16. Epstein, *op. cit.*, pp. 71-72. También, Summers, *op. cit.*, p. 146.
17. Véase por ejemplo: McMillan, Priscilla Johnson, *Marina and Lee*. New York: Harper & Row, 1977, p. 80. También: Anson, Robert Sam, *«They've Killed the President!»* New York: Bantam, 1975, p. 158.
18. Meagher, *op. cit.*, pp. 329-331.
19. *Ibid.*, pp. 331-332.
20. *RWC*, p. 245 *et passim*; p. 587.
21. Summers, *op. cit.*, pp. 210-215.
22. Hurt, *op. cit.*, pp. 216-217.
23. *Ibid.*, pp. 398-399. Summers, *op. cit.*, p. 409.
24. Summers, *op. cit.*, pp. 225-228. También: Epstein, *op. cit.*, p. 177 *et passim*.

25. Summers, *op. cit.*, p. 321.
26. *HSCA*, pp. 232-233.
27. Summers, *op. cit.*, p. 396. También: *HSCA*, p. 245.
28. Meagher, *op. cit.*, pp. 100-104.
29. Summers, *op. cit.*, p. 374.
30. *Ibid.*, pp. 381-386.

II. *LE BEAU SERGE* Y SUS AMIGOS, 1984-1985

Nunca antes había escrito a un convicto y apenas sabía cómo comenzar. Para intentar formarme una idea del hombre con el que iba a tratar, investigué todo cuanto pude respecto a Christian David. Mi fuente principal fue un libro del periodista danés Henrik Krüger y en éste se le retrataba como a un hombre verdaderamente peligroso[1].

David, según Krüger, era un asesino, un agente del espionaje y un traficante de heroína a escala internacional. Entre otras hazañas, se decía que había sido un destacado terrorista durante la guerra de independencia argelina, como miembro de la SAC, una policía paralela gaullista integrada fundamentalmente por gángsters. Después de aquello se le señaló como asesino político de varios servicios de inteligencia, incluida la CIA, y se creía que había trabajado estrechamente con los nazis exiliados en Sudamérica, tales como Klaus Barbie[2].

En febrero de 1966, David había presuntamente disparado en París contra el comisario de policía Maurice Galibert, quien pretendía arrestarle en relación con el secuestro y asesinato del dirigente izquierdista marroquí Mehdi Ben Barka. El escándalo que aquello provocó casi derribó al Gobierno francés y aún era buscado por aquel crimen. En 1972, había sido arrestado en Brasil y deportado a Estados Unidos, donde fue sentenciado a veinte años por tráfico de drogas, una condena que, descontadas las rebajas por buen comportamiento, estaba ahora a punto de cumplir.

En mi primer contacto con Christian David, decidí no mencionar el asesinato de Kennedy. Redacté y volví a redactar una carta en francés, en la que yo decía ser un novelista que trabajaba en un libro cuya acción transcurría en el Congo, durante la década de los sesenta. Esto era cierto, pese a que había abandonado el proyecto. Dado que David estaba en Leopoldville en aquel tiempo, me preguntaba si había llegado a conocer una figura histórica que iba a ser el protagonista de mi novela, un jefe mercenario llamado Jean Schramme.

Incluí el número de un apartado postal para su respuesta y un nombre falso: Roger B. Stephens. Dado lo que había leído de él no tenía ningún deseo de dejar

que Christian David me encontrara a mí o a mi familia. Con una cierta aprensión envié la carta a la penitenciaría de Atlanta.

Mientras esperaba la respuesta de David, proseguí con mis lecturas sobre el asesinato. Un libro en especial me influyó durante aquel período: *Seis segundos en Dallas*[3], de Josiah Thompson. Profesor de filosofía, Thompson había sido contratado por *Life*, en 1964, como consultor sobre el caso.

Su serie de artículos en la revista formaron la base de su libro, uno de los primeros y mejores sobre el tema.

Había utilizado reproducciones de los fotogramas críticos de la película de un espectador, llamado Abraham Zapruder, para dejar bien claro que Oswald no pudo efectuar todos los disparos por sí solo.

Su cuidadosa, incluso clínica, visión de las evidencias hacía que sus argumentos fueran irresistibles.

El aspecto más intrigante del libro de Thompson, de todas formas, era su reconstrucción especulativa del crimen[4]. La escena empezaba con la llegada de los tres asesinos a la Dealey Plaza y, partiendo de las evidencias, incluidas o no en el *Informe* de la Comisión Warren, seguía a los asesinos momento a momento. Leí aquella reconstrucción varias veces, impresionado por lo plausible que resultaba. Lo único que faltaba, me parecía, eran los rostros y los nombres que encajaran en las fantasmales figuras de los asesinos.

Unas dos semanas más tarde, encontré una carta en mi apartado de correos, un sencillo sobre de barato papel de correo aéreo garabateado con un francés lastimosamente escrito. Su caligrafía era burda y la ortografía y la sintaxis indicaban una falta total de educación.

Christian David escribía que ya no estaba en Atlanta, pues hacía algunos años que había sido trasladado a la penitenciaría de Leavenworth. Había estado verdaderamente en Leopoldville en 1960, decía, y había conocido al hombre que mencionaba.

Me proporcionaría información sobre él a cambio de un servicio.

Estaba previsto que fuera liberado en enero de 1985 pero temía que, en lugar de dejarle marchar, las autoridades norteamericanas le extraditaran a Francia para que se enfrentara al juicio por el asesinato de Galibert. Si encontraba un abogado que le defendiera gratis, él cooperaría en mi libro y me permitiría incluso escribir su biografía. Éste, añadía con orgullo, era un privilegio que hasta ahora había denegado a varios autores.

Pasé las siguientes semanas intentando encontrar a un abogado especializado en inmigración que quisiera hacerse cargo del caso de David. De la docena con quien hablé sólo uno se mostró dispuesto a discutir la posibilidad de hacerlo, y también declinó cuando le hube hablado de la carrera criminal de David. Finalmente, desesperado, llamé a Gary Shaw.

—Te diré el nombre de un abogado que no dudará en defender a David —me dijo éste—. Bud Fensterwald.

Conocía el nombre gracias a mis lecturas. Condiscípulo en Harvard de John Kennedy, Bernard Fensterwald, Jr., era un abogado de Washington que no aceptaba la versión oficial de la muerte. Durante casi veinte años, había dirigido

encuestas y creado organizaciones para apoyar la búsqueda de nuevas pruebas y, añadió Gary, también había escrito a David, aunque sin ningún resultado.

Hubiera preferido que el abogado de Christian David no fuera un investigador de Kennedy, pero no había alternativa. Escribí a Fensterwald, incluí una breve biografía de David y mencioné las sospechas de Gary en el sentido de que éste tenía algunos datos que podían contribuir a esclarecer el asesinato de Kennedy. Fensterwald me contestó rápidamente sugiriendo que realizáramos juntos un viaje a Leavenworth para visitar a David. Él me haría entrar en la cárcel como su traductor.

A finales de septiembre volé a Kansas City y tomé un taxi hasta el hotel Holiday Inn, próximo a Leavenworth, donde debía encontrarme con Fensterwald. Después de informar en conserjería, me dirigí al restaurante para una cena tardía. Cuando estaba terminando, un hombre pequeño y delgado, de unos sesenta años, se acercó a mí. Vestía un elegante abrigo para protegerse del fresco de mediados de otoño, un traje de ejecutivo y gafas de gruesa montura.

—¿Eres Steve? —preguntó animado, con acento de Tennessee—. Mi nombre es Bud.

Fensterwald fue directamente al asunto.

—Debemos explicarle a David —dijo—, que no estamos aquí porque le tengamos lástima. Si quiere algo de nosotros, deberá darnos algo a cambio. De lo contrario, no hay trato.

Yo sugerí que podría ser necesario emplear varias semanas desarrollando una relación con David antes de llegar gradualmente al tema del asesinato. Fensterwald sacudió la cabeza.

—David es un taimado —dijo—, y será capaz de estar jugando contigo toda la vida si tú se lo permites. Hemos de ponernos a su altura, hemos de decirle lo que deseamos y dejarle que decida. Si él decide no cooperar, pierde él, no nosotros. Y eso es así porque nosotros podemos irnos de aquí y él no.

Falto de experiencia en tales asuntos, acepté su punto de vista. Acordamos que primero discutiríamos la situación legal de David y le permitiríamos que nos explicara sus puntos de vista. Establecido esto, Fensterwald sacaría a colación el tema del asesinato.

—No sé si podemos hacer demasiado por él legalmente —concluyó—, pero lo intentaremos absolutamente todo si tiene algo que decirnos acerca del caso Kennedy. Si no, se celebra un concurso canino en Kentucky al que se supone que yo debo asistir.

La penitenciaría de Leavenworth era una amplia estructura de piedra blanca, con una embotada cúpula central. Una carretera de doble circulación nos llevó hasta la entrada principal, protegida por una torre de guardia en la que pudimos divisar a un hombre de color uniformado que nos vigilaba. Fensterwald detuvo su coche alquilado al acercarnos al final del camino.

—¿Cuál es el objeto de su visita? —preguntó el guardia desde la torre.

—Consulta legal —dijo Fensterwald ante un micrófono situado allí donde nos habíamos detenido.

—Aparquen en el otro extremo e informen en la puerta principal. Si llevan algún arma o cámara fotográfica déjenlas en el portaequipajes de su automóvil.

Llevaba mi cámara conmigo, así como un magnetófono. Guardé la primera en el portaequipajes pero, siguiendo una indicación de Fensterwald, llevé la grabadora conmigo hasta la prisión dentro de mi bolsa de viaje.

Fuimos recibidos en la entrada por un guardia que nos encaminó hacia el locutorio. A lo largo del estrecho corredor, había una cabina de cristal llena de monitores de televisión en circuito cerrado. Imágenes de bloques de celdas y de verjas de hierro saltaban de una pantalla a la otra.

—No lo mires con demasiada insistencia —me dijo Fensterwald, doblando su abrigo—. Les pone muy nerviosos.

Nos dieron unos extensos formularios para que los rellenáramos con toda clase de datos sobre nuestras circunstancias actuales y actividades pasadas. Fensterwald me dijo que me limitara a contestar «no» a todo. Después de entregar los impresos se nos indicó que atravesáramos una reja de hierro conjuntada con unas puertas deslizantes de cristal. Un guardia situado en el extremo opuesto abrió la reja, que se cerró detrás nuestro antes de que las puertas de cristal se desplazaran y nos dieran acceso a la zona de visitas.

Nos encontramos en una gran habitación semejante a una cafetería, con muebles de plástico y máquinas expendedoras. En el extremo más alejado había una serie de puertas cerradas, a través de cuyo cristal pude ver el corredor de un bloque de celdas. En el extremo opuesto, un fornido guardia estaba sentado ante un elevado pupitre, vigilando la habitación y hojeando unos papeles. Tomamos asiento en una de las mesas de plástico.

Yo me estaba poniendo nervioso y Fensterwald se dio cuenta de ello.

—No hay nada aquí que pueda dañarte —me dijo.

Yo le recordé que aquélla era una situación enteramente nueva para mí.

—Bueno —dijo lentamente—, esta noche tú estarás de nuevo en casa y ellos seguirán aquí.

Entonces vi a un individuo bajo y con barba que atravesaba una de las puertas más alejadas de nosotros. A pesar de que no había visto ninguna fotografía reciente de Christian David, supe instintivamente que se trataba de él. La puerta se cerró de nuevo y él empezó a avanzar por la sala. Un guardia le señaló dónde nos encontrábamos.

David se dirigió hacia nosotros con el paso confiado de un boxeador. Era un hombre recio, de 53 años, brazos nervudos y ancho pecho. Pero lo más destacable de él era su barba. Le llegaba casi a la cintura, no era demasiado frondosa y estaba listada de gris. Nacía, amplia, de su cabeza casi calva y con el escaso pelo cortado muy corto, lo que le daba un incongruente aspecto patriarcal. Bajos sus brazos llevaba unas gruesas carpetas, repletas de documentos y recortes, que distribuyó encima de la mesa cuando llegó junto a nosotros.

Yo presenté primero a Bud y luego a mí mismo. El apretón de manos de David fue firme y nos estudió a ambos con gran atención a través de sus gruesas gafas.

Empecé la conversación en francés, informé a David que Roger Stephens era un seudónimo y le di el mío verdadero. Bud pensaba que lo hubiera averiguado

de todas formas a través del sistema interno de información de la cárcel. David recibió aquella noticia sin hacer ningún comentario.

Fensterwald había aceptado revisar su caso con él, seguí explicando, pero ello no quería decir que se comprometiera de antemano. David consideró aquello y asintió brevemente. En aquel momento, cedí la palabra a Fensterwald y empecé a traducir a medida que éste iba discutiendo con él su caso en Estados Unidos.

Parecía obvio que Christian David había sido secuestrado en Brasil por las autoridades estadounidenses. No se había producido ninguna extradición formal ni el Gobierno pretendía que tal traslado hubiera sido legal. David era uno de los diversos traficantes de drogas trasladados por la fuerza a Estados Unidos en los inicios de la década de los setenta, y el único de entre ellos que aún permanecía en la cárcel. Los otros, incluido Auguste Ricord, el padrino de la red de la droga latina, habían cumplido pequeñas sentencias y habían sido liberados para regresar a Sudamérica. David insistió en que él había sido objeto de una persecución especial.

Bud estableció lo que podía hacer por él. Podía presentar de inmediato una petición de habeas corpus para impedir la deportación sumaria de David antes de su liberación. Además, podía recusar su traslado desde el Brasil y sostener que ni Estados Unidos ni Francia deberían aprovecharse de un acto ilegal. En consecuencia, David debería tener el derecho de regresar al Brasil o a otro país de su elección.

David recibió toda esta información con entusiasmo mientras sacaba un documento tras otro para demostrar la ilegalidad del trato recibido, la dureza de la sentencia y el peligro que representaba para él la posibilidad de regresar a París. Insistió en que, habiendo prestado servicios a la derecha durante los años cincuenta y sesenta, se hallaría en una situación de desventaja bajo el actual régimen socialista.

—La gente que está ahora en el poder son los mismos contra quienes luchamos —nos dijo—. Intenté regresar hace diez años, cuando la derecha estaba aún en el poder, pero mis abogados me lo desaconsejaron. Ahora, regresar representa un auténtico peligro para mí.

Le pregunté qué clase de servicios había prestado a la derecha. Se encogió de hombros.

—Romper urnas, paralizar a candidatos socialistas, incursiones en sus sedes, toda clase de trucos sucios para dificultarles las cosas.

A pesar de que David era enérgico e insistente acerca de la naturaleza ilegal de la forma en que lo habían tratado, mostró sólo una auténtica vehemencia al referirse al tema de la acusación de homicidio que tenía pendiente en Francia. Cuando toqué el tema, sus ojos se estrecharon y su voz, que un acento francés sureño suavizaba bastante, adoptó un tono cortante.

—No tengo nada que ver con eso —dijo respecto a la muerte del comisario Galibert—. Se trata de la venganza personal de un hombre que me ha perseguido durante veinte años.

Le pregunté quién era aquel hombre, pero se negó a dar su nombre y se limitó a señalar que era un alto cargo de la policía francesa.

Cogió una carpeta y me entregó, de una en una, las copias de diversos documentos. Eran, dijo, declaraciones juradas de residentes en Buenos Aires en las que

se afirmaba que Christian David se hallaba en aquella ciudad en el momento de la muerte del policía. Fensterwald preguntó quiénes eran las personas que habían efectuado tales declaraciones. Uno era un verdulero, otra una prostituta, otra una amante de David. Fensterwald se las devolvió mientras señalaba que carecían prácticamente de valor. Aunque, a juzgar por la forma en que David las guardó en la carpeta, resultaba claro que él les otorgaba gran importancia.

Mientras David guardaba sus papeles se produjo una pausa. Yo me giré hacia Fensterwald y, en voz baja, ya que no estaba claro cuánto inglés sabía David, sugerí que había llegado el momento de plantear el otro tema.

Fensterwald empezó por decir que si David deseaba que él le ayudara, éste debería hacer algo a cambio. A medida que yo traducía, el preso me miraba a través de unos ojos cada vez más estrechos. Evidentemente, había estado esperando algo por el estilo y estaba atento a cualquier síntoma de engaño.

Durante muchos años, siguió Bud, el Gobierno de Estados Unidos había sostenido que un fanático solitario había asesinado al presidente Kennedy. Sin embargo, muchos norteamericanos no creían que aquello fuera cierto. Si David era capaz de clarificar la cuestión, dijo Fensterwald, tal vez ellos podrían trabajar juntos.

David sopesó aquellas palabras durante un tiempo mientras me observaba con intranquilizadora intensidad. Sus ojos no mostraban ningún signo de comprensión ni tampoco ningún cálculo basado en un lógico sentido de la autodefensa.

Finalmente bajó la mirada. Había adoptado ya una postura.

—*Non* —dijo muy despacio—, *il y avait un complot...* hubo una conspiración.

Fensterwald le preguntó cómo sabía aquello.

—Me ofrecieron el contrato —replicó.

Resultaba imposible saber por su actitud si estaba mintiendo o si estaba revelando un secreto largo tiempo guardado.

Le pregunté quién se lo había ofrecido.

—Un hombre muy importante en Marsella —dijo—, el mismo que tomó todas las decisiones. Sólo él podía haber manejado semejante contrato.

Yo deseaba saber quién era aquel hombre, pero David se negó a decirlo. Por entonces me había aislado de la actividad que se producía a nuestro alrededor. Me sentía absolutamente absorbido por el deseo de descifrar a aquel hombre extraño e inexcrutable.

—¿Sabe quien más estuvo implicado? —pregunté.

De nuevo David estuvo pensando largo tiempo antes de contestar y, cuando lo hizo, su respuesta me dejó perplejo.

—Todos están muertos —afirmó.

Pensé que pretendía decir que todos los participantes habían muerto y mi corazón se encogió. Le pedí que se explicara.

—El tema de Kennedy es un asunto muy caliente —murmuró—. Todos aquellos que han hablado alguna vez sobre él, en la cárcel o fuera, han muerto.

Le preguntamos bajo qué condiciones estaba dispuesto a hablar de ello con nosotros. Nos contestó que sólo hablaría cuando se encontrara en libertad.

Supongamos, me pidió Bud que le dijera, que nosotros pudiéramos disponer

su traslado a un lugar seguro, tal vez al sector militar de Leavenworth, ¿hablaría allí? David respondió que lo consideraría.

Fensterwald sacó entonces de su maletín varias fotos del Misterioso Hombre de Ciudad de México que parecía evidente había suplantado a Oswald en la Embajada cubana. Se las pasó a David y le preguntó si conocía a aquel hombre.

David cambió las gafas que llevaba por otras y examinó cuidadosamente las fotografías, una por una. Luego las devolvió mientras decía:

—Es demasiado peligroso.

—Pero usted sabe quién es —dijo Bud.

—Supongo que sé quién es —replicó David—. Pero hablar de esto aquí es demasiado peligroso.

Fensterwald le mostró entonces las fotografías del pequeño vagabundo arrestado en la Dealey Plaza tras el tiroteo. David las miró por un instante y se encogió de hombros.

—Se parece a mí —contestó.

Le dijimos a David que si el Gobierno intentaba deportarle, podría ser necesario que él hablara de estos temas a fin de establecer un trato. Él insistió que sólo hablaría una vez se hubiera establecido el trato, no antes. De todas formas, añadió, había cosas de las que podía hablar a cambio de su libertad. Bajó la voz y se inclinó hacia nosotros a través de la mesa.

Últimamente, dijo, lo habían abordado traficantes que deseaban que él trabajara para ellos después de su liberación. Él conocía a los jefes, conocía los métodos y las rutas. Todo era información actual. Hablaría de todo esto si los norteamericanos prometían no deportarle a Francia.

Bud contestó, sin ningún entusiasmo, que podía intentarse.

—Pero dile —terminó, dirigiéndose hacía mí para que tradujera sus palabras—, que hay sólo una cosa con suficiente importancia para conseguir la atención del Gobierno de Estados Unidos y ésta es el caso Kennedy.

David sacudió de nuevo la cabeza.

—No, mientras yo esté en prisión —aseguró—. Aquí soy demasiado vulnerable.

Yo le pregunté si me concedería una entrevista sobre el asunto de Ben Barka para un artículo en una revista. Aceptó, pero cuando saqué mi grabadora denegó con un gesto de sus manos e insistió:

—No, aquí no.

Habíamos estado hablando durante cinco horas y los tres estábamos cansados. Bud se puso en pie y estrechó la mano de David.

—Dile que vamos a ir adelante con el habeas corpus y los demás asuntos —me pidió que le tradujera— y que le escribiré desde Washington.

Traduje aquello, lo que produjo una evidente satisfacción en David, y luego añadí mi propia despedida.

Fensterwald y yo volvimos a la carretera hasta que divisamos un restaurante que anunciaba cerveza fría con grandes letras luminosas. Ambos estábamos entusiasmados.

—Es el hecho más importante de los últimos diez años —aseguró Bud mientras ambos salíamos del coche.

Señalé que David podía haber sido uno de los asesinos, impresión que Bud compartía. Ambos acordamos que habría sido difícil imaginar a un asesino presidencial más probable que Christian David. Era un asesino experimentado, se movía en los círculos del crimen internacional y del espionaje, era conocido por su habilidad como tirador y tenía reputación como traficante.

Fensterwald estaba especialmente emocionado respecto a David por su afirmación de que había reconocido al Misterioso Hombre de Ciudad de México. Él creía que aquel hombre ostentaba una posición clave en el asesinato y había dedicado tiempo y recursos muy considerables a descubrir su identidad.

Recogimos nuestras cosas en el hotel y nos encaminamos al aeropuerto. Durante el camino, Bud subrayó su propia «vertiente francesa» del asesinato, que él había perseguido durante algunos años.

Creía que miembros de la antigaullista OAS —la organización secreta del ejército que combatió contra la independencia de Argelia a principios de los años sesenta— habían estado implicados en la conspiración y él había comprobado que al menos dos terroristas de la OAS estaban en la zona de Dallas el día del asesinato.

Le escuchaba sólo a medias mientras él resumía el cúmulo de evidencias que había reunido. Por el momento, me concentraba en dos enigmáticas figuras, Lee Harvey Oswald y Christian David, y en la cuestión de si podía existir verdaderamente una conexión entre ellos.

A lo largo del otoño seguí manteniendo correspondencia con David y aprendiendo cuanto podía sobre su mundo. Así, aprendí que existe una zona oscura donde se superponen los intereses y las actividades del espionaje y del crimen organizado y dentro de la cual, a menudo, es imposible distinguir entre uno y otro. Los curiosos habitantes de este mundo son conocidos, en su propia jerga, como «Espectros», que era el título de uno de los mejores libros sobre este tema, obra de Jim Hougan[5].

En dicho libro, Hougan ofrece los antecedentes criminales y de espionaje de David y deja claro que la CIA y su equivalente francés, el SDECE, nunca han tenido escrúpulos alguno en utilizar a conocidos criminales o traficantes de drogas en operaciones clandestinas. Verdaderamente, sostiene Hougan, la Agencia valora a tales personas y las recluta continuamente. David, por ejemplo, así como otros miembros de su grupo, habían sido utilizados para infiltrarse en organizaciones izquierdistas y para entrenar a los «escuadrones de la muerte» en Sudamérica.

Aquélla era una idea muy perturbadora, de forma que llamé a Hougan a Washington para saber algo más.

—Sólo puedo dedicarle dos minutos —me dijo mientras manejaba una serie de documentos—. ¿Qué es lo que desea?

Su voz y su forma de hablar poseían un tono duro y descortés que encajaba bien con la irónica fotografía que aparecía en la cubierta de *Espectros*. Ésta mos-

traba a un hombre delgado y con barba de chivo, ataviado con un chaquetón y gafas de sol, que se inclinaba furtivamente para encender un cigarrillo.

Le dije a Hougan que había ido con Fensterwald a entrevistarme con Christian David.

—Pero ¿va a defenderle? —preguntó Hougan con cierta sorpresa. Pensaba que aquello era algo muy interesante.

Le pregunté si creía que David había sido WI/ROGUE. Él me respondió que lo había sabido por cierto individuo cuya esposa había estado mezclada con David en el tráfico de drogas, pero cuya fiabilidad no era segura.

—No sé si es cierto —añadió—, pero está claro que David estaba metido en una serie de asuntos de alto nivel.

—¿Ha oído decir alguna vez que David estaba relacionado con el asesinato de Kennedy? —le pregunté.

—Hombre, la gente ha hablado de ello durante años —dijo—. Personalmente no tengo ninguna información, pero sin duda tiene todas las conexiones necesarias para ello: espionaje, grupos parapolíticos de derechas, tráfico de drogas, cualquier cosa que pueda suponer.

El día de Acción de Gracias de 1984 me di cuenta de que mi dedicación al tema empezaba a consumir progresivamente todo mi tiempo, energía y recursos. Por entonces no leía apenas nada que no estuviera relacionado con el caso. Era tanta la información que debía conocer sólo para entender el estado de la cuestión, que me sentía culpable si me dedicaba a cualquier otra cosa. También llamaba a críticos, estudiosos e investigadores de todo el país, lo que implicaba enormes facturas de teléfono. Y empecé a abandonar mi trabajo.

Mi esposa observaba el proceso con cierta preocupación, que alternaba con expresiones de apoyo. Como bibliotecaria me proporcionaba los libros y documentos que buscaba. Antes de que transcurriera mucho tiempo, el asesinato había acaparado virtualmente todos los aspectos de mi vida.

Fue en aquellos momentos cuando entré en contacto por primera vez con Josiah Thompson. Después de su trabajo en el caso Kennedy, según supe, había dejado la actividad académica para convertirse en un detective privado de San Francisco. Su número de teléfono no constaba en el listín, pero encontré una asociación profesional de investigadores privados. La voz grave de un hombre entrado en años contestó a mi llamada telefónica y me dijo que conocía a Thompson pero que no podía darme su número. Le pedí que se pusiera en contacto con él para que éste me llamara.

Unos pocos días después sonó el teléfono. Era Josiah Thompson, que preguntaba con gran cautela qué deseaba de él. Después de presentarme y de citar el nombre de un amigo común, él estalló en carcajadas.

—El individuo con quien habló —dijo— es un viejo detective amigo mío. Me llamó para prevenirme: «Vigila a este tipo, su voz no me sonó muy legítima.»

Le tranquilicé y le hablé acerca del trabajo que había llevado a cabo hasta entonces en el caso Kennedy. Thompson estaba especialmente intrigado por el con-

tacto con Christian David. Hablaba en un extraño pastiche de términos filosóficos y palabras sencillas que creaban la impresión de que era un charlatán callejero.

—He estado al margen del tema casi desde 1967, cuando escribí mi libro —me dijo en un momento determinado—. Hay una razón para esto. Me refiero a que supongo que me llama porque desea algún tipo de ayuda, ¿no es así? Pero déjeme que le diga que le costará Dios y ayuda conseguir que yo vuelva a sentirme interesado por el asesinato. —Dudó un momento antes de seguir hablando—. Éste es un caso que te consume el alma —concluyó.

Realmente no había pensado en ello, pero deseaba la ayuda de Thompson. No tenía experiencia ni habilidad como investigador y el poco trabajo realizado hasta entonces había conseguido hacerme sentir como un auténtico aficionado.

El propósito de mi llamada, le dije, era sugerir que él, Gary Shaw y yo nos reuniéramos para discutir cómo seguir las pistas que David nos había facilitado.

Thompson aceptó con desgana y propuso que la reunión tuviera lugar en su despacho. Gary Shaw, que no le había visto desde los días del Comité de Asesinatos del Congreso, aceptó de inmediato la invitación y, un helado día de octubre, los tres nos reunimos en San Francisco.

Josiah Tink Thompson era un hombre de mediana edad, de altura regular y con una mata de pelo arenoso y grisáceo que caía sobre su frente. Tenía una nariz grande y unos ojos inteligentes y maliciosos. Me pareció que debió de haber sido un profesor muy ameno. Al entrar en su oficina, te daba la bienvenida una gran fotografía de Humphrey Bogart con gabardina y sombrero. Sobre su atestada mesa, un viejo recorte de periódico proclamaba: «El cuerpo de JFK sigue vivo en una clínica de Suiza. Jackie visita al presidente convertido en vegetal.»

Thompson nos hizo pasar a la sala de conferencias, que consistía en un puñado de sillas enfundadas, una serie de maltrechos archivadores y una espléndida vista sobre la bahía y entramos de inmediato en el asunto que nos había reunido. Yo describí el encuentro con David, y Gary Shaw, un hombre pequeño y juvenil, de unos cincuenta años y elegantes modales tejanos, repitió sus sospechas de que éste había estado implicado en el asesinato. Luego comparamos las fotos de David con las de los vagabundos de la Dealey Plaza. Thompson admitió que existía un parecido, a pesar de que resaltó el amplio número de impresiones falsas que se produjeron aquel día en la plaza.

Nunca había creído, dijo, que los tres vagabundos fueran genuinos. Iban demasiado acicalados, demasiado limpios y poseían unos zapatos demasiado buenos para ser auténticos pordioseros. Sus ropas eran relativamente nuevas y les sentaban bien, especialmente las del pequeño vagabundo a quien los investigadores llamaron «Frenchy».

Señalé que durante años David había sido conocido como *Le Beau Serge*, en referencia a su elegante forma de vestir y a su meticuloso acicalamiento. Si tuviera que disfrazarse de vagabundo, añadí, aquello sería lo máximo que consentiría.

Gary señaló que, según la policía de Dallas, las ropas del pequeño vagabundo parecían ser de fabricación francesa y que no pudo ser interrogado porque no hablaba inglés. Él y los otros dos habían sido liberados al cabo de pocas horas, sin que quedara constancia alguna de su detención.

Thompson se preguntó por qué David tenía que haber sido utilizado para asesinar a un presidente norteamericano. Gary replicó que se trataba de un tirador conocido, con una reputación de asesino a sueldo y un historial que señalaba su disposición a aceptar misiones arriesgadas. Además, se sentía orgulloso de su habilidad con las armas. En el momento de su arresto en Brasil en 1972, llevaba todo un arsenal de armas y municiones diversas, y mientras se hallaba bajo custodia se decía que había desafiado a los agentes estadounidenses a un concurso de tiro.

—Así, pues, ¿qué tenemos? —concluyó Thompson—. Tenemos las alegaciones de David en el sentido de que sabe que hubo una conspiración y que puede estar dispuesto a proporcionar detalles sobre la misma. Tenemos también la sospecha de que él mismo puede haber estado implicado. Y tenemos este vagabundo que no parecía un vagabundo pero sí se parece a David.

Estábamos a punto de empezar a discutir los planes para el futuro cuando Thompson fue llamado con gran urgencia.

En el taxi que nos llevaba al aeropuerto, Gary Shaw y yo decidimos que yo debía seguir adelante en mi relación con David. Igual que había hecho Fensterwald, Gary me instó a que le presionara acerca de la identidad del Misterioso Hombre de Ciudad de México.

—Yo, personalmente, creo que el suplantador de Oswald en México tiene algo que ver con el Congo —dijo Gary.

Éste me explicó entonces que, de acuerdo con un agente de los servicios de inteligencia retirado, que era uno de los clientes de Bud, el Hombre Misterioso había formado parte de los mercenarios que se congregaron en la naciente República del Congo, a principios de los sesenta. Esto, añadió, podría explicar por qué David le conocía.

—Creo que si estudias el tema —concluyó Gary—, descubrirás que existe una relación entre los esfuerzos de la CIA por asesinar a Patricio Lumumba y la muerte de Kennedy.

Los intentos del Gobierno de Estados Unidos para conseguir que el primer ministro de la República del Congo fuera asesinado quedaron reflejados en un informe fechado en 1975, del Comité de Inteligencia del Senado, el llamado *Informe Church*[6]. Como secuela del Watergate, el Comité, presidido por el senador Frank Church, había investigado las alegaciones de que, durante los años cincuenta y sesenta, la CIA realizó operaciones para eliminar físicamente a una serie de dirigentes extranjeros.

La Agencia colaboró a regañadientes en las investigaciones y, tras una larga serie de audiencias a puerta cerrada, el Comité pudo confirmar que al menos cuatro dirigentes políticos habían sido señalados a los más altos niveles de la administración como blancos para su asesinato. Estas revelaciones se tradujeron en una considerable reorganización dentro de la CIA.

Patricio Lumumba era el primer objetivo mencionado por el Comité. Joven nacionalista de tendencias izquierdistas, Lumumba era con mucho el más carismático —y por lo tanto el más potencialmente peligroso— de los líderes del Congo

cuando aquel gran país rompió de pronto sus lazos coloniales con Bélgica, en junio de 1960. La enorme riqueza mineral del Congo, situada en su mayor parte en la provincia sureña de Katanga, iba a ser el objetivo de una sangrienta lucha de cinco años de duración, encubiertamente manipulada por las potencias extranjeras. En enero de 1961, Patricio Lumumba fue asesinado en Katanga, bajo circunstancias aún no explicadas.

El *Informe* del Comité Church detallaba dos planes organizados por la Agencia en contra suyo, en 1960 y 1961[7]. En el primero de ellos, el jefe de la estación de la CIA en Leopoldville, Lawrence Devlin, llevó al Congo a un criminal extranjero, cuyo nombre en clave era WI/ROGUE y que, aparentemente, intentó utilizar el veneno para eliminar a Lumumba[8]. De todas formas, el plan estuvo condenado desde el principio debido a la inexperiencia de ROGUE y a su errática personalidad. Después de algunos intentos iniciales, propios de un aficionado, ROGUE fue descartado.

Entretanto, un segundo asesino en potencia había sido enviado al Congo. Este hombre había sido reclutado por Justin O'Donnell, un agente de la CIA enviado por Washington[9]. O'Donnell, al parecer, tenía algunos escrúpulos para matar a Lumumba, pero accedió a actuar por medio de un agente con quien había trabajado anteriormente y a quien identificó sólo mediante su nombre clave, QJ/WIN.

WIN aparece en las páginas del *Informe Church* como una figura verdaderamente destacable. Fue descrito como un gángster europeo de cierta notoriedad, con antecedentes en el espionaje y fama de asesino. O'Donnell testificó que WIN había realizado antes delicadas misiones para la CIA y señaló el respeto que con ellas WIN se había labrado en la Agencia. A lo largo de las sesiones, la CIA había permanecido inexorable en sus negativas a identificar a QJ/WIN y a WI/ROGUE ante el Comité.

Finalmente, el *Informe* dejaba sin respuesta las preguntas sobre quién asesinó realmente a Lumumba y cómo, ya que la CIA aseguró que sus dos intentos habían fracasado y que no tenía conocimiento o relación con su muerte.

Pero el *Informe* Church iluminaba otro punto: dejaba claro que, ya en 1959, la CIA había intentado que Fidel Castro fuera asesinado y que sus esfuerzos culminaron en un contrato con la Mafia de Estados Unidos[10].

En concreto, la CIA había negociado la eliminación del dirigente cubano con tres gángsters de primera fila: Sam Giancana, de Chicago; Santos Trafficante, Jr., de Florida, y Johnny Roselli, de Las Vegas. Estos hombres estaban entre los posteriormente citados por el Comité de Asesinatos del Congreso como las principales mentes directoras de la conspiración para matar a Kennedy[11].

A pesar de que estos planes podían haber tenido alguna relación con el asesinato de Kennedy, fueron mantenidos al margen de la Comisión Warren, pese al hecho de que el antiguo director de la CIA, Allen Dulles —al frente de la misma en la época en que se concibieron los planes— era miembro de la misma.

Semejantes revelaciones sobre el pasado de mi país eran dolorosas pero, con mucho, las más desagradables investigaciones que debía llevar a cabo se referían al comercio de la droga. He odiado todo cuanto tuviera que ver con las drogas desde que descubrí que habían provocado la prematura muerte de mi madre. Con todo,

dada mi relación con Christian David, estaba obligado a estudiar la historia del comercio internacional de los narcóticos, sus dirigentes, su organización y sus métodos.

Una serie de libros me ayudaron a dibujar la compleja red que conecta a los cultivadores de opio del Triángulo de Oro, Laos, Thailandia y Birmania, con los comerciantes corsos de Saigón, los químicos de la heroína de Marsella, los traficantes como Ricord o David en Sudamérica y los jefes de la Mafia en Estados Unidos. Uno de los rasgos constantes de todos estos grupos es su relación con el espionaje en general y con la CIA en particular[12].

En el momento culminante de la guerra del Vietnam, cuando el número de norteamericanos adictos a la droga aumentaba incesantemente, la Agencia estaba, según descubrí, activamente relacionada con todos y cada uno de los elementos del cártel internacional de la heroína. La CIA había asentado y apoyado a los productores de opio chinos en el sudeste de Asia; estaba colaborando con los comerciantes corsos de la droga, en Saigón y Marsella, en una serie de actividades anticomunistas; estaba utilizando a miembros del círculo de David para entrenar a escuadrones de la muerte de extrema derecha en Sudamérica y había conspirado con la Mafia norteamericana para matar a Castro. Y, en algún lugar de este sombrío contexto, se produjo la muerte del presidente.

Christian David, lo sé, se suponía que trabajaba para los servicios de inteligencia norteamericanos y franceses, al mismo tiempo que actuaba en el tráfico de drogas. Había razones para creer que el impostor de Ciudad de México había estado relacionado con la rebelión del Congo. Y los complots de la CIA y la Mafia para matar a Castro se estaban desarrollando al mismo tiempo que Lee Oswald era manipulado en preparación del asesinato.

Éstos eran elementos que parecían clamar por una conexión mutua pero comprendí, a través de la historia del caso, que muchos secretos seguían aún siendo protegidos por razones que ahora me parecían muy siniestras. Pero, para entender lo que había sucedido en Dallas, debería desentrañar tales misterios y tenía el convencimiento de que la clave de los mismos podía estar en Christian David.

Se acercaba el momento de la liberación de David, prevista para enero. Mi correspondencia con él se incrementó y en torno a diciembre nos escribíamos una vez por semana. Sus cartas se referían sobre todo a su proclamada inocencia y a su temor a que lo deportaran a Francia.

A principios de diciembre sonó mi teléfono y un operador me preguntó si aceptaría una llamada de cobro revertido de Christian David.

—Roger —dijo David, utilizando mi nombre inventado—, ¿qué intenta hacer Fensterwald?

Su voz estaba alterada, sus palabras se atropellaban. Le pregunté qué iba mal.

—He recibido una carta suya esta mañana en la que lo menciona todo; todo lo que discutimos. Acerca del asunto —añadió en un murmullo apresurado—. Ya dije que esto era muy peligroso para mí... Yo no abro mis cartas, hay un censor y

dado que leo mal el inglés siempre he de pedir a alguien que me las traduzca. Cuando éste llegó a la parte que se refería a nuestro acuerdo tuve que interrumpirle. Había otras personas en la habitación. ¿Pretende Fensterwald que me maten?

Admití que me sentía sorprendido y le dije que le llamaría para hablarle de ello.

—Dígale que esto es muy peligroso... No debe hacer algo semejante nunca más. ¿Qué dice respecto a mi libertad?

Lo último que sabía por Bud era que se habían presentado los papeles al tribunal para impedir cualquier intento de deportación, le dije, y hasta donde nosotros sabíamos tenía el derecho legal de regresar con su familia a América del Sur. David pareció aliviado al oír aquello.

—No pueden deportarme —añadió—, porque fui secuestrado en Brasil. Los franceses no pueden aprovecharse de un delito de los norteamericanos. Ésta es la ley.

Le dije a David que, por lo que sabíamos, respetarían sus derechos y no se emprendería ninguna acción para deportarle a Francia.

Más tarde llamé a Bud Fensterwald y le transmití el mensaje de David. Bud se mostró poco sorprendido respecto a la carta y no pareció impresionado por el miedo de David a sus consecuencias.

—Está paranoico —fue su conclusión.

Pregunté entonces por la situación en que se hallaba el proceso de libertad de David. Bud me contó entonces que la petición de habeas corpus que había presentado debía impedir que el Gobierno retuviera a David más allá de la fecha de terminación de su condena. Estaba también recusando el derecho de Francia a reclamar a David de acuerdo con el tratado de extradición. Tales tácticas pueden retrasar la deportación, dijo, pero si Estados Unidos estaba determinado a entregar a David a Francia, lo haría de todas formas.

Dos días más tarde, David me llamó de nuevo y, una vez más, estaba alterado.

—Después de que habláramos la última vez, me trasladaron a una celda de castigo —me dijo acaloradamente—, y registraron mi celda, me embargaron muchas cosas, papeles y posesiones personales. ¿Por qué?

Le dije que no lo sabía.

—¿Es este Fensterwald el mismo hombre que me escribió a Atlanta hace años en relación con el asunto Kennedy? —me preguntó—. ¿Por qué le eligió para que me defendiera?

Le dije honestamente que ningún otro abogado se hubiera hecho cargo de su defensa.

—¿Y este Fensterwald no trabaja con Gary Shaw —siguió, sin parecer impresionado por mis palabras—, que también me escribió una vez sobre Kennedy?

Admití que tanto Bud como yo conocíamos a Gary. Hubo una pausa.

—Entiendo —dijo David llanamente—. No diré absolutamente nada hasta que esté libre. Si hace algo por ayudarme le diré todo lo que desee saber. Pero antes, nada.

Le dije a David que Fensterwald estaba trabajando para conseguir que él fuera

trasladado a la prisión militar de Leavenworth hasta que llegara el momento de su regreso a América del Sur. Allí estaría libre y a salvo y nosotros podríamos hablar.

David aceptó esta afirmación con un gruñido. Me pidió que le continuara escribiendo y que, si podía, le enviara algún dinero.

Al cabo de pocos días, Bud Fensterwald me informó que el Gobierno había rechazado la posibilidad de hacer ningún trato con David. Había recibido también la primera indicación de que pensaban deportarle. El Departamento de Justicia estaba negándose, silenciosa pero firmemente, a ofrecer ninguna garantía de que se fuera a permitir que David regresara a América del Sur.

En tal caso, dije, tal vez él debería acompañarme a Leavenworth en el momento de la puesta en libertad. Bud replicó que no estaría disponible para ir. Iba a trasladarse a Hawai a jugar al golf.

Aquello me sorprendió y me sonó muy mal. Sólo unas pocas semanas antes, Bud había pensado que las revelaciones de David eran el acontecimiento más emocionante que se había producido durante años en torno al caso. Le pregunté qué debía hacer yo.

—Recógele en la prisión y, si le dejan marchar, llévale al Ramada Inn durante algunos días —dijo Bud.

La perspectiva de permanecer encerrado en la habitación de un motel con Christian David recién liberado después de trece años de cárcel, era más de lo que podía imaginar.

Mencioné entonces, como algo que acabara de recordar, la queja de David respecto a que lo estaban castigando y registrando su celda tras nuestra conversación telefónica.

—El teléfono de la prisión está interceptado —dijo Bud—, la mayoría de teléfonos de las cárceles lo están. Habrán tenido a alguien escuchando y traduciendo todo lo que te dijo. Tu teléfono será también interceptado si no lo está ya.

Le di las gracias a Bud por su aviso y colgué. La situación se estaba complicando más de lo que yo había previsto. Parecía ahora que yo sería el único responsable de David cuando éste saliera en libertad. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Llamé a Tink Thompson en demanda de consejo.

—Mira —comentó lentamente—, un individuo en su situación querrá dos cosas: mujeres y drogas. Deberás suministrárselas o tendrás problemas muy serios.

Le sugerí que más problemas tendría si pretendía suministrárselas.

—Este individuo ha estado en la jaula durante trece años —continuó Thompson—. No va a sentarse a la mesa a cenar y a contarte toda la historia de su vida. Tendrás que negociar con él si esperas sonsacarle algo.

Las llamadas de David, la marcha de Fensterwald y la sugerencia de que mi teléfono podía estar intervenido habían introducido un nuevo elemento en mi relación con el caso: la paranoia.

Poco después de hablar con David recibí en casa una llamada. Era la voz de un hombre, que no reconocí, y preguntó por el nombre que constaba en mi apartado de correos.

Todo mi cuerpo se puso en tensión. No había nadie con aquel nombre, contesté.

—Ya —dijo, y colgó.

Era la primera indicación de que alguien estaba interesado en mi investigación, al margen de mis colegas de la comunidad crítica. Y había una evidencia virtual de que alguien había ido a la oficina de correos y había conseguido leer mi solicitud para un apartado de correos. Aquello me pareció aterrador.

Después de aquello empezamos a recibir llamadas telefónicas que se cortaban al contestar. Al principio se producían una o dos veces por semana, pero se fueron incrementando gradualmente en su frecuencia y pronto recibíamos cinco o seis al día. En una ocasión el que llamaba pareció cometer un error. El contestador automático estaba conectado y quien llamaba, sin darse cuenta al parecer de que aún no había colgado, habló durante unos segundos y sus palabras quedaron grabadas. Se trataba de la voz de un hombre anciano que decía: «Nada, Charlie, no están en casa.»

A medida que se acercaba la fecha de la puesta en libertad de David me iba sintiendo más preocupado por mi seguridad y la de mi familia. Cada vez que el teléfono sonaba me ponía en tensión y cada vez que alguien llamaba a la puerta mi mujer y yo nos poníamos en pie de un salto, mirándonos el uno al otro.

A mediados de diciembre, efectué mi segundo viaje a Leavenworth. Fui el encargado de informar a David sobre la negativa del Gobierno a negociar con él y de preguntarle si había algunos otros aspectos en los que pudiera cooperar con nosotros. Sobre todo, quería seguir sus indicaciones iniciales e imprecisas respecto a que tenía información sobre el caso Kennedy.

Viajé solo hasta la prisión con una carta de la firma legal de Bud en la que se afirmaba que yo era su enlace con David. Me sentía muy incómodo y bastante inquieto. Hacía frío en Kansas y el suelo estaba cubierto de nieve, pero la sala de visitantes se hallaba sumamente caldeada. Empecé a desear no haberme visto nunca envuelto en aquel asunto o con aquel hombre.

Cuando trasladaron a David hasta allí, estábamos prácticamente solos en aquella gran sala. Igual que en la ocasión anterior, había traído consigo sus abultadas carpetas de documentos, fotografías y recortes. Apartó la barba hacia un lado, mientras disponía las carpetas en su regazo, y luego clavó sus ojos en mí.

—*Eh bien, quelle nouvelles...?* ¿Qué noticias hay? —empezó.

Le dije que el Departamento de Justicia había rechazado su oferta de información y que había declinado dar ninguna garantía respecto a las condiciones de su puesta en libertad. David parecía disgustado pero no sorprendido. Preguntó por Fensterwald y yo le puse al corriente de la marcha de los asuntos legales. Luego me miró duramente y preguntó qué pensaba yo.

Le dije que dudaba mucho de que el Gobierno quisiera darle ninguna seguridad a menos que estuviera preparado para ofrecer información de importancia tan vital que el Departamento de Justicia no pudiera permitirse el ignorarla. Tal como yo veía las cosas, sólo un tema podía proporcionar este tipo de atención: el caso Kennedy. David apartó la idea de un manotazo.

—Ya le he dicho que eso es demasiado peligroso —dijo—. Usted sabe mejor que yo que cualquiera que ha hablado alguna vez de eso está muerto. Una vez que esté afuera podré hablarle al respecto, pero antes no.

Intenté forzarle, pero se mostró inflexible. En lugar de ello, deseaba volver de nuevo al contenido de sus carpetas, señalando la ilegalidad de su arresto en Brasil, la brutalidad de su tratamiento en las prisiones estadounidenses, las contradicciones en la acusación de asesinato que existía contra él en Francia. Le escuché con toda la paciencia que pude reunir.

Cuando terminó, yo volví a plantear el tema de su cooperación con el Gobierno. ¿Había algo que pudiera ofrecer y que pudiera constituir la base para una negociación?

Permaneció unos instantes pensativo, aunque sin apartar en ningún momento sus ojos de mí. Estaba claro que me estaba estudiando, intentando decidir hasta qué punto podía confiar en mí.

—Últimamente se ha hablado mucho en los diarios sobre Mengele —dijo por fin—. Supongo que yo podría llevarles hasta él.

La búsqueda del Dr. Joseph Mengele, el criminal de guerra nazi, estaba entonces ocupando grandes titulares. Le recordé a David que Mengele había sido declarado oficialmente muerto, lo que provocó en él una breve sonrisa.

—¿No le resulta sorprendente que Mengele desapareciera durante cuarenta años y justo en el momento en que están buscándole, descubran su cadáver?

Le pregunté si sabía dónde estaba Mengele.

—Conozco gente que lo sabe —replicó.

Le pregunté si podría localizar a Mengele si fuera necesario.

—Se lo garantizo. Si ellos me dejan regresar a Sudamérica yo lo encontraré en tres semanas. Sé quién está en contacto con él.

Le pregunté si estaba autorizándome a plantear tal propuesta al Departamento de Justicia. Asintió.

David había dicho que un importante hombre de Marsella le había ofrecido el contrato de Kennedy. Saqué entonces media docena de fotografías de los más destacados gángsters marselleses, hombres con quienes David había estado asociado, y le pregunté si aquel hombre estaba entre los fotografiados. Pareció que verlos le divertía. Fue dando el nombre de cada uno y haciendo algunos comentarios. Cuando hubo terminado me las devolvió. Ninguno de ellos era el hombre a quien se había referido, dijo.

Le mostré de nuevo la fotografía del Misterioso Hombre de Ciudad de México.

—Ya le dije —comentó con cierta irritación— que supongo que conozco a este hombre, pero es demasiado peligroso.

Le dije que aquel hombre había ido a la Embajada de Cuba en México, en septiembre u octubre de 1963, y había intentado conseguir un visado utilizando el nombre de Lee Harvey Oswald.

—Pero no se parece en nada a Oswald —dijo David.

Me sorprendió que pudiera recordar tan bien el aspecto de Oswald. Añadí, entonces, que aquel hombre había estado evidentemente trabajando con quienes planeaban la muerte de Kennedy.

—No lo creo —insistió—. No tiene ningún sentido. Este hombre no tiene nada que ver con las personas que estaban detrás de aquello.

Le dije que, de todas formas, parecía que habían estado trabajando juntos.

—*Tiens* —dijo—, *c'est bizarre...*

Fuera quien fuera aquel hombre, insistí, estuvo evidentemente relacionado con el asesinato. Añadí que cualquier información que pudiera proporcionar acerca de él podría ser utilizada como una base para asegurarle una garantía contra la deportación.

David pensó en aquello algunos momentos.

—Creo que le conozco —dijo con sumo cuidado—. Es un belga, un hombre muy peligroso. Solía frecuentar el puerto de Marsella para enviar armas al Congo. Le llamaban Vic. También era un asesino. Hacía contratos.

Se negó a decir nada más, insistiendo en que ya había dicho más que suficiente como para que le mataran. Le dije que intentaría utilizar aquella información para obtener la garantía en su favor. También propondría al Gobierno su trato respecto a Mengele.

—Y dígaselo también a los judíos —pidió—, a los cazadores de nazis. Son ellos quienes le quieren atrapar y tienen todo el poder del mundo dentro del gobierno.

Salí lleno de excitación. Si lo que David decía era cierto, había logrado penetrar, por primera vez en veinte años, en el misterio del suplantador de Oswald. Un belga llamado Vic que había enviado armas al Congo desde Marsella no debía de ser alguien imposible de hallar, incluso después del tiempo transcurrido.

De regreso en Los Ángeles, llamé a Gary Shaw para darle la noticia de las revelaciones de David. Éste me felicitó por mi éxito y me dijo que había alguien más a quien ahora debía investigar.

Se trataba de un joven tejano llamado Thomas Eli Davis III. Gary creía que este Davis era el hombre que había personificado a Lee Oswald en Texas. Davis tenía cierto parecido con Oswald y había trabajado con Jack Ruby. Fue también empleado por la CIA y dijo confidencialmente, al menos en dos ocasiones, que había utilizado el nombre de Oswald. Gary añadió que Davis había muerto en 1973[13], en circunstancias muy misteriosas.

Gary prometió enviarme el expediente de Davis y sugirió que hablara con Bud Fensterwald, que también tenía un antiguo interés por él. Le prometí que me dedicaría al tema y que le informaría de cuanto descubriera.

A principios de enero me preparé para mi viaje a Leavenworth. No tenía aún una idea clara de lo que iba a suceder. No sabía si David sería puesto en libertad bajo mi custodia, si se plantearía algun trato para su transferencia a Fort Leavenworth o si el Gobierno intentaría deportarle a Francia. En el primero de los casos, pensaba llevarle al hotel donde normalmente me alojaba y dedicar varios días a entrevistarle respecto al asesinato. En el segundo debería permanecer en Leavenworth, entrevistándole conjuntamente con los agentes del Departamento de Justicia. Si se producía el tercero de los casos no tenía ni idea de lo que debería o podría hacer.

Había hablado una última vez con Bud Fensterwald antes de que se fuera a jugar al golf. Me dijo que el Gobierno había rehusado la oferta de David sobre Mengele. En su ausencia, me dijo Bud, los asuntos legales de David estarían a cargo de

Jim Lesar, que era también un estudioso del asesinato de Kennedy. Luego, me deseó suerte.

Algunos días antes de que emprendiera la marcha, David me llamó de nuevo desde la prisión. Parecía animado, por la esperanza de su pronta libertad. Le sugerí que seguía siendo aconsejable que su abogado estuviera presente cuando lo pusieran en libertad.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó—. No pueden hacerme nada. He cumplido mi sentencia y tengo derecho a irme a casa. Ésta es la ley. ¿No es así?

El Gobierno no daba ninguna garantía, señalé, y ya lo habían secuestrado en una ocasión.

—Lo que dice es cierto —replicó David—. Los abogados deberían estar conmigo hasta que llegara al coche e incluso entonces ellos podrían intentar algo en la carretera.

Le dije que Jim Lesar se haría cargo de su caso, y él insistió en que le llamara y le pidiera que estuviera en la cárcel cuando él fuera puesto en libertad.

—Dígale que podré pagarle —añadió David—, tan pronto como esté fuera. Tengo recursos. Le pagaré cualquier cosa que le deba.

Llamé a las oficinas de Fensterwald, en Washington, para hablar con Lesar. Nunca había conversado antes con él y me sorprendió su voz nasal y aguda. Me presenté y Lesar me dijo que se había estado familiarizando con el caso.

—Esta tarde haré algunas llamadas —dijo—, para intentar descubrir lo que está haciendo el Gobierno. Aunque hasta ahora parece que van a limitarse a soltarle y a darle treinta días para que abandone el país.

Lesar tenía el hábito de intercalar una interjección a modo de muletilla varias veces en cada frase, lo que me parecía un tanto irritante. Le describí francamente mis inquietudes e insistí en que se reuniera conmigo en Leavenworth.

—Realmente no creo que sea necesario —dijo Lesar—. Además, si ellos intentan algo será mejor que yo esté aquí. Vaya usted y manténgase en contacto conmigo. Llámeme desde la cárcel. Puede llamar con cargo a nuestra firma.

A última hora de la noche siguiente Lesar llamó de nuevo. Había hablado con el fiscal que se ocupaba del caso de David y con la oficina de los Comisarios Federales en Virginia. Estaba observando señales contradictorias y empezaba a creer que le mentían. Al principio le dijeron que David simplemente sería puesto en libertad, luego que lo pondrían en libertad y bajo la custodia del Servicio de Inmigración, luego que sería retenido en la cárcel de Kansas City. Me animó a que me encaminara hacia la penitenciaría cuanto antes a fin de controlar lo que sucedía.

Llegué a Kansas City alrededor del amanecer y, después de registrarme en un hotel, me dirigí hacia la prisión justo antes de la hora de visita. Tuve que esperar un tiempo inusualmente largo antes de que apareciera David. Cuando por fin lo hizo, parecía enfadado. No se le había dado hasta entonces ninguna indicación de lo que iba a ser de él y empezaba a temer que las autoridades estuvieran conspirando con los franceses.

—Es la venganza de este hombre —me dijo vehemente—. No sabe la influencia que llega a tener. Me ha perseguido durante veinte años y ahora está decidido a hacerse conmigo.

Lo único que ahora importaba, le dije, era el caso Kennedy. Pero él siguió negando con la cabeza.

—Todos están muertos —dijo lentamente—. Todos cuantos han hablado sobre ello han muerto. Y algunos fueron asesinados en la cárcel.

Le insistí en que, por su propia seguridad, debía darme algo que yo pudiera presentar ante el Gobierno. Discutimos aquel asunto durante casi cuatro horas antes de que David empezara a vacilar. Al final me miró oblicuamente.

—Hubo un contrato —dijo—. Me lo ofrecieron a mí. Yo lo rechacé...

Esperé en silencio mientras él me miraba fijamente.

—Le daré el nombre del hombre que manejó el contrato —añadió por fin—. Y también le daré el de un hombre que lo aceptó.

Le pregunté cuándo y dónde fue ofrecido el contrato.

—En mayo o junio de 1963, en Marsella —respondió.

Iba a formular otra cuestión, pero él hizo un gesto con la mano.

—No me pregunte nada más —dijo cansadamente—. He estado trece años en la cárcel. Haga algo por ayudarme y responderé a todas sus preguntas. Ahora, por favor, déjeme marchar.

Había sido una sesión agotadora, pero al salir de la prisión me sentía eufórico. De regreso al hotel, llamé a Lesar. Había estado todo el día telefoneando a diversas agencias gubernamentales y no había conseguido obtener ninguna indicación de lo que estaban planeando.

—Estoy seguro de que algo pretenden —dijo—, pero no me dirán siquiera dónde planean mantenerle mientras se prepara la audiencia sobre el habeas corpus. Normalmente, hasta que éste se resuelva no pueden hacer nada contra él.

Me preguntó cómo había ido la reunión con David y yo le conté que me había dado información importante, que no deseaba comentar por teléfono. Luego le pregunté qué debía hacer a continuación.

—Lo primero que debe hacer mañana es regresar a la prisión y permanecer con David. Dígale que quiero que presente una petición de asilo político. Esto, en cualquier caso, detendrá al Gobierno durante algunas semanas.

Le pregunté entonces qué debía hacer si pretendían impedirme que le viera.

—No pueden negarse legalmente a permitirle que se comunique con sus abogados. Dígales que tiene usted instrucciones confidenciales para él. Si hay algún problema, déjeles que hablen y llámeme a mí.

Después de colgar, llamé a David. Estaba agitado y habló muy rápidamente en francés.

—¿Ha hablado con Lesar? ¿Sabe él lo que está ocurriendo? Me acaban de quitar todas mis pertenencias, todos los documentos que prueban mi inocencia. No quieren decirme qué han hecho con ellos ni quieren devolvérmelos.

Le dije a David que Lesar se las había arreglado para que se celebrara la audiencia del habeas corpus al día siguiente, coincidiendo con su puesta en libertad, y que el Gobierno no podía hacer nada contra él hasta que la misma hubiera terminado. Entretando, yo me trasladaría a la prisión y me quedaría hasta saber qué iba a suceder.

David me pidió que llamara a los diarios locales y que procurara que éstos cu-

brieran la información de su puesta en libertad. Pensaba que la presencia de la prensa podía impedir una deportación por la fuerza. Le prometí hacerlo.

Llamé al *Star*, de Kansas City. El reportero encargado de escuchar mi historia era obviamente novato y divagó y tropezó continuamente mientras tomaba notas. Intenté hacerle comprender la importancia del caso de David sin por ello referirme a la muerte de Kennedy. Le insté a que estuviera en la prisión a la mañana siguiente, y que intentara averiguar lo que las autoridades se proponían hacer. El reportero me dijo que haría unas cuantas averiguaciones.

Unos minutos después me llamó. En la jefatura de los Comisarios Federales le habían dicho que nunca habían oído hablar de Christian David. El fiscal federal en Kansas City sólo sabía que estaba prevista la puesta en libertad para David. Por lo que se refería a las autoridades de la prisión, habían indicado que tan pronto como éste fuera puesto en libertad dejaba de ser problema suyo y que no tenían ni idea de lo que iba a sucederle.

Le dije al reportero que le estaban mintiendo.

—¿Es realmente tan importante este asunto? —preguntó el periodista.

Le contesté que era mucho más importante de lo que podía imaginar.

—De acuerdo —dijo con cierto tono de duda—. Intentaré estar en la prisión por la mañana.

Luego me puse en contacto con una emisora local de TV y les informé sobre la liberación, me dijeron que podrían mandar una unidad a la prisión por la mañana.

En aquel momento Jim Lesar me llamó. Después de insistir en sus averiguaciones, estaba ya seguro de que el Gobierno iba a intentar deportar a nuestro prisionero. Él iba a presentar una solicitud de suspensión urgente de la deportación. Me pidió que informara a David.

Llamé de inmediato a la prisión y pedí hablar con Christian David. Cuando éste se puso al aparato, le conté brevemente lo que acababa de decirme Lesar.

—No, no —protestó—. No pueden hacerme esto.

Le aconsejé que hiciera sus preparativos para salir a la mañana siguiente tan tarde como le fuera posible a fin de darle a Lesar tiempo para presentar la petición de suspensión urgente. Le sugerí que pretendiera incluso encontrarse mal, si era necesario, a fin de retrasar las cosas. David estaba furioso.

—Ustedes me habían dicho que esto no sucedería —gruñó—. Me dijeron que permitirían que me reuniera con mi familia.

Le recordé que a los ojos del Gobierno él no era un prisionero corriente, y que lo más importante ahora era ganar tiempo a fin de detener la deportación.

David dijo que lo entendía e insistió en que al día siguiente estuviera en la prisión antes de la hora de visita. Me preguntó sobre la prensa y le dije que un reportero y tal vez un equipo de TV estarían allí.

—Bueno —dijo—, no intentarán nada con la prensa presente. Yo haría una escena, protestaría; no pueden tratarme de esta forma después de trece años de buena conducta.

Aquella noche dormí muy poco y estaba en la prisión sesenta minutos antes de la hora de visita.

Una vez que hube rellenado el formulario habitual, en lugar de conducirme

hacia la sala de reuniones me indicaron que aguardara en la sala de espera. Pasó media hora y luego una hora entera. No había ni señales de David. Solicité hablar con alguien que tuviera autoridad.

Mientras paseaba arriba y abajo, una larga fila de prisioneros entró, acompañada por dos guardias. Se detuvieron en el vestíbulo para que los contaran antes de entrar en la cárcel.

El primer recuento dio dieciséis prisioneros, el segundo dieciocho. Los guardias contaron de nuevo y de nuevo las cifras fueron distintas. Reclamaron a un tercer guardia y dio una cifra completamente distinta. Mientras los guardias discutían sobre la mejor forma de actuar, uno de los prisioneros sugirió en voz alta: «Tal vez deberíamos efectuar una votación.»

En aquel momento, un funcionario de la cárcel, con chaqueta azul y pantalones grises se acercó a mí.

—¿Es usted el caballero que espera a Christian David? —preguntó con afectada cortesía.

En el bolsillo superior llevaba una tarjeta de identificación: «Trout, Subdirector».

Trout me indicó que David saldría pronto y me prometió que podría hablar con él en la puerta delantera. Luego desapareció y yo me dirigí a la portería para llamar a Lesar. Éste me instó a que solicitara una inmediata consulta legal y me dijo que no osarían negármela.

Regresé al vestíbulo y solicité hablar de nuevo con el director. Media hora más tarde, Trout reapareció. Le dije que debía ver a David de inmediato para comunicarle una información urgente de sus abogados.

—Ya le dije —me replicó con irritación apenas disimulada— que podrá verle cuando lo traigan a la sala de espera.

—En este caso —dije—, deberé llamar a sus abogados en Washington para recibir instrucciones.

—No puede usted hacerlo —me contestó Trout.

—¿Perdón?

—He dicho que no puede hacerlo —repitió.

—¿Me prohíbe usted que utilice un teléfono público? —pregunté.

—Exacto.

Le aseguré que no lo entendía.

Trout se irguió.

—Usted no tiene autoridad en esta propiedad gubernamental —anunció.

La frase me pareció tan extravagante que por un momento me quedé *sin* palabras. Era preciso tomar una decisión rápida. ¿Debía exigir mi derecho a utilizar un teléfono público, arriesgándome a un enfrentamiento, o debía intentar que Trout siguiera hablando con la esperanza de enterarme de lo que le había ocurrido a David?

Pregunté dónde estaba David. Trout me miró con ojos cansados.

—Todos los pormenores respecto a Mr. David se mantienen en secreto por razones de seguridad —dijo.

—Pero ¿sigue aún en el interior de la prisión?

—Mire —replicó Trout, perdida ya la compostura—, se le están haciendo a usted algunas indicaciones que usted no capta.

Le pedí que fuera más explícito.

—Deberá usted salir de esta propiedad del Gobierno —dijo, cogiéndome por el codo y empujándome hacia la puerta. Dos guardias cerraron filas tras él.

Durante todo el camino, escaleras abajo y pasillo adelante hasta la puerta, intenté conseguir alguna indicación de dónde estaba David y de lo que había sucedido, pero Trout se mantuvo inflexible. En la entrada, me señaló la carretera.

—Coja su coche y salga de esta propiedad —dijo.

No había nada que hacer de forma que me dirigí hacia el automóvil alquilado, mientras Trout no dejaba de vigilarme ni por un instante. Sólo cuando me alejaba él se dio la vuelta y regresó al interior de la prisión.

Recorrí la avenida de entrada y luego me detuve junto a un teléfono público, situado al otro lado de la calle. Desde allí podría mantenerme en contacto con Lesar mientras vigilaba la entrada de la prisión. Hacía un frío terrible, un viento helado soplaba a través de los campos abiertos y me subí el cuello del abrigo y me arrebujé con él mientras marcaba el número del bufete de abogados en Washington.

Después de escuchar mi relato, Lesar estaba claramente enfadado. Me preguntó dónde se encontraba David y le contesté que no tenía ni idea. Me dijo que permaneciera donde estaba y que le llamara cada cinco minutos, mientras tanto él se pondría en contacto con el juez.

Entré en el coche para protegerme del viento helado. Unos pocos minutos después, una furgoneta sin ningún distintivo pasó por delante de mí, procedente de la prisión, y giró para coger la carretera a Kansas City. Cinco minutos más tarde llamé de nuevo a Lesar. Se había ido al tribunal federal para ver qué había sucedido con la petición de suspensión.

Volví al coche. Veinte helados minutos después, el teléfono sonó.

—Ejem, ejem —empezó Jim Lesar—. Hemos conseguido una suspensión temporal de la extradición. Llama al director, exígele saber dónde está David.

Colgué y llamé a la prisión. Después de algunos exacerbantes retrasos, fui puesto al habla con las oficinas del director, pero éste no se encontraba allí. Pedí hablar con quien estuviera a cargo y, después de una nueva espera, pude hablar con un ayudante.

Le informé que un juez federal había dictado una suspensión de extradición en el caso de Christian David.

—Me temo que Mr. David no está ya en estas dependencias —dijo el asistente.

Pregunté dónde se encontraba.

—Fue puesto en libertad esta mañana bajo la custodia de los Comisarios Federales. No tengo ninguna información posterior sobre él.

A continuación llamé a las oficinas de los Comisarios en Kansas City. Dos agentes distintos me dijeron que no tenían información acerca de David. Estaba perdiendo el tiempo y lo sabía. Llamé al reportero del *Star*.

La misma voz joven empezó a disculparse por no haber acudido a la prisión, peró le corté en seco. Le dije que David había sido sacado en secreto de Leavenworth y que era imperativo que supiera dónde estaba. El reportero me dijo que

efectuaría algunas averiguaciones y me haría saber lo que descubriera. Cuando lo hizo fue para decirme que David estaba siendo trasladado al aeropuerto. Prácticamente le ordené al reportero que se reuniera conmigo allí.

Hice una rápida llamada a Lesar para comunicarle las novedades. Dijo que iba a llamar al fiscal de Washington, le informaría de la orden de suspensión y haría que éste ordenara que David fuera enviado a Nueva York. Le pregunté qué sucedería si el fiscal se negaba a hacer aquello.

—No se atreverá a poner en juego su carrera violando una orden de un juez federal —dijo Lesar.

Aún tenía otra preocupación. Cuando fue deportado desde el Brasil, en 1972, David había tenido tanto miedo a ser deportado a Francia que había pretendido suicidarse antes de que le subieran a un avión. Si pensaba ahora que iba a ser deportado podía intentarlo de nuevo. Lesar dijo que insistiría en que informaran a David de que le habían concedido la suspensión.

Conduje, tan rápido como me lo permitió el helado pavimento, hacia el aeropuerto de Kansas City e hice una alocada entrada en el vestíbulo de salidas. No había ni rastro de David, pero el siguiente avión a Nueva York tenía prevista su salida al cabo de una hora.

Tampoco había señales del reportero del *Star*. Le llamé y me indignó comprobar que aún no había salido. Le pregunté si iba o no a venir, pero en aquel momento David apareció en el vestíbulo.

Le llevaban prácticamente en andas entre dos comisarios de paisano, con Trout avanzando junto a ellos. David iba ataviado con un largo abrigo y se apoyaba en un bastón. Su aspecto era terrible, parecía desorientado y su rostro estaba lívido. Me acerqué apresuradamente hacia él, pero Trout se apercibió de mi presencia y se interpuso entre nosotros.

—Manténgase alejado —me ordenó, extendiendo los brazos.

Le dije que tenía una información vital para David.

—Manténgase alejado —me advirtió de nuevo Trout—, o haré que le detengan.

David me dirigió una mirada estupefacta y murmuró algo en francés que no pude entender. Tuve la clara impresión, por su modo de moverse y de hablar, de que lo habían drogado. Caminé junto a ellos hasta el extremo más alejado del vestíbulo, donde se hallaba la puerta de embarque.

Finalmente, ya desesperado, empecé a gritar en francés. Le dije a David que no tuviera miedo, que un juez había intervenido y que nada podría sucederle.

Trout gritó a su vez para que yo me callara, diciendo que no estaba autorizado a comunicarme con el prisionero, pero yo chillé aún con mayor fuerza para decirle a David que un juez de Washington había suspendido la extradición.

Los comisarios se apresuraron a introducir a David en el interior del avión, seguidos por Trout.

Yo me dirigí al mostrador de facturación, pedí un papel y pluma y escribí una nota en francés respecto a la suspensión de la orden de extradición y le pedí a la azafata que se asegurara de que la recibía el hombre que iba conducido por los comisarios.

Momentos antes de que la puerta del avión se cerrase, Trout salió. Se dirigó directamente hacia donde yo me hallaba y me miró detenidamente.

—Creo que no sabe usted en qué está metido —dijo—. ¿Qué cree que está haciendo aquí?

Le dije con toda mi ingenuidad que estaba esperando el próximo vuelo a Washington.

Sacudió su cabeza y me habló como si se dirigiera a un muchacho travieso.

—No parece darse cuenta de lo que ha sucedido —dijo.

—¡Oh! Sí lo sé —dije, incapaz de contener una sonrisa—. Hemos ganado.

Le había pedido a Jim Lesar que me indicara cómo podría reconocerle cuando nos encontráramos en el Aeropuerto Nacional de Washington.

—Soy gordo —me había respondido.

Y no era ninguna exageración.

El hombre que me recibió era un peso pesado y vestía incongruentemente unos flojos tejanos con puntiagudos zapatos negros. A pesar del maldito frío de la capital, se abrigaba sólo con un ligero impermeable por encima de una camiseta de cuello abierto. Una incontrolable mata de pelo se extendía por su cabeza, llevaba gafas y mostraba una expresión confundida.

Me cogió del brazo y atravesamos el aparcamiento en dirección a un viejo Honda mientras me ponía al corriente de los acontecimientos legales. Parecía que el Gobierno nos había mentido desde el principio: nunca habían tenido intención de dejar que David se marchara.

Sólo la orden emitida por el juez Thomas Jackson había impedido que le mandaran directamente de Leavenworth a París. Le pregunté dónde estaba David en aquellos momentos.

—En el Centro Correccional Metropolitano de Nueva York —dijo Jim—. Podremos trasladarnos allí para verle tan pronto como yo lo tenga todo controlado aquí. La orden se mantendrá vigente al menos hasta la audiencia que tendrá lugar el viernes. Si el juez decide en nuestra contra, acudiremos al Tribunal Supremo para pedir una suspensión de emergencia.

Mientras conducía hacia su apartamento, donde yo pasaría la noche, Jim me habló de su entrevista con el juez Jackson.

—Al principio no sintió ni el más mínimo interés por el caso —me dijo—. Luego le entregué una carta en la que se subrayaba lo que David nos había contado acerca del asesinato de Kennedy. Leyó el primer párrafo y me dijo: «¡No quiero saber nada más al respecto!», y cerró el sobre. Pero acto seguido redactó la suspensión.

Le pregunté si era fácil que el juez Jackson actuara de forma favorable para David y Jim me contestó que no lo creía. El fiscal del Departamento de Justicia, actuando en nombre del Gobierno, estaba determinado a deportar a David y trabajaba sin cesar para apartar los obstáculos que ellos habían interpuesto. Jim me dijo que él nunca había visto al Gobierno tan ansioso de expulsar a alguien, y no podía dejar de pensar en el porqué de aquel desmesurado interés por David. El abogado del Departamento de Justicia había llegado incluso a intentar que se fi-

jara la audiencia para el lunes, que, tal como Jim me recordó, era el día fijado para el inicio del segundo mandato de Ronald Reagan.

Antes de acostarme llamé a mi esposa para decirle que no tenía ni idea de cuándo regresaría. Ella me aseguró que se las arreglaría, pero ambos estábamos muy preocupados por nuestra situación económica.

Al día siguiente, Jim y un equipo de abogados trabajaron hasta última hora de la noche para pergeñar las líneas básicas de la defensa. Días de búsqueda en la biblioteca habían dado como resultado montones de volúmenes legales y cientos de páginas de documentos. Muchos de los precedentes estaban en francés y me llamaron para traducirlos mientras Jim y los otros abogados seguían adelante. Al final acordamos reemprender el trabajo al día siguiente, después de que Jim y yo hubiéramos regresado de visitar a David en Nueva York.

El Centro Correccional Metropolitano era un moderno edificio cilíndrico de piedra que se levantaba a un lado del complejo gubernamental, cerca del palacio de justicia del distrito. El sistema de seguridad a su entrada era muy severo y tanto Jim como yo tuvimos que someternos a un registro.

Igual que en Leavenworth había extensos impresos que rellenar antes de que se permitiera el acceso al interior. Los ascensores estaban protegidos por una cabina de cristal con un conjunto de monitores de televisión en circuito cerrado. Un guardia nos indicó que mostráramos nuestros pases y luego nos pidió que pusiéramos las manos encima del mostrador. Nos estampó en ellas una marca con tinta invisible y nos dejó avanzar hacia los ascensores. Allí, otro guardia nos ordenó que pusiéramos las manos bajo una luz azul, con lo que se hizo visible la señal estampada. Por fin, nos explicó que debíamos subir hasta el primer piso.

Costó sus buenos veinte minutos el que localizaran a David. Cuando finalmente descendió en el ascensor nos quedamos pasmados al observar que iba encadenado de pies y manos. Lo llevaron hasta una pequeña celda, lo liberaron de los grilletes y luego lo acompañaron hasta que se reunió con nosotros en una de las cabinas dispuestas como locutorios. Parecía enfadado y confuso. Vestía un mono color naranja que le estaba corto y, con su larga barba y sus baratos zapatos marrones de la prisión, tenía el aspecto de un gurú que atravesara una mala temporada.

—*Oh, dis-donc* —empezó—. ¡Qué lugar! Aquí todos están locos. Toda la noche gritando y aullando. No he cerrado los ojos ni una sola vez. Y me han puesto en una celda de aislamiento. ¿Por qué me tratan de esta manera? Cada vez que me trasladan me encadenan como a un animal. Y esto después de trece años de buena conducta. ¿Por qué?

Jim prometió hablar sobre ello con las autoridades de la prisión.

David deseaba saber qué estaba sucediendo. Le explicamos que el Gobierno nos había mentido y que, evidentemente, había pretendido deportarle desde el principio. Estábamos haciendo todo lo que podíamos para bloquear la acción gubernamental. Le pregunté a David si había recibido en el avión la nota que le había mandado. Me dijo que una azafata había traído una nota, la había entregado a un comisario y éste se la había guardado en un bolsillo.

—No me dijeron nada —explicó—, ni adónde iba ni por qué. No supe que no

me enviaban a Francia hasta que oí a los dos comisarios quejándose de que no podrían cenar en París.

En el aeropuerto de Kansas City, le recordé, parecía estar drogado. David asintió como si por fin comprendiera.

—De hecho, me hicieron beber algo antes de salir de la prisión —dijo—. Después de aquello no entendí nada.

Jim le preguntó cómo se había producido la salida de la cárcel. David nos contó que, siguiendo mis instrucciones, se había retrasado todo lo posible en sus preparativos, pero las autoridades no pararon de darle prisa y de acosarle. Luego le llevaron hacia una entrada posterior, mientras yo aguardaba en la sala de espera. Lo encerraron en una furgoneta y ésta salió por la parte trasera de la prisión.

Primero le llevaron a la cárcel del condado, en Kansas City, nos dijo, para entregarle a las autoridades de inmigración. En Nueva York nadie le había dicho ni palabra y lo habían tratado muy mal. Cuanto más hablaba de su odisea, más furioso y nervioso se ponía. Cuando nos habló de su enfado, una mirada de feroz determinación apareció en sus ojos.

—Deben sacarme de aquí —concluyó casi gritando—. ¡He cumplido mi condena y deben ponerme en libertad!

Le recordé que tenía la posibilidad de liberarse a sí mismo mediante un trato con el Gobierno acerca del único tema que ahora importaba.

—No, no —insistió, dirigiéndome una mirada furibunda—. Ustedes pueden liberarme. Hagan ruido en la prensa, díganle a la gente de qué forma están pisoteando mis derechos. Esto es sólo la venganza de un hombre; ha jurado hacerse conmigo y es él quien está detrás de toda esta mascarada.

Le dije que había intentado alertar a la prensa sobre su situación, pero que ésta no se sentía interesada por el caso. Para captar su atención sería necesario que él hablara del asunto de Kennedy.

—No diré nada hasta que no esté libre —insistió.

Le repetí que podría estar protegido hasta aquel momento, pero también rechazó la idea.

—No hay justicia en Estados Unidos —declaró—. Dejen que me envíen a Francia, allí se me hará justicia, porque tengo la prueba irrefutable de mi inocencia. —Aquellas palabras le forzaron a hacer una pausa—. ¡Mis papeles! —exclamó—. Me dijeron que me los enviarían. ¿Dónde están? ¿Ustedes lo saben?

Le dijimos que preguntaríamos por ellos.

Era fácil darse cuenta de que no íbamos a ninguna parte, por lo tanto le dije a Jim que nos fuéramos.

Éste le pidió a David que rellenara varios documentos legales que servirían para bloquear la deportación. Entre éstos se hallaba la petición de asilo político, que consistía en diversos y complejos formularios referidos a su pasado. David se sentía muy inquieto al tener que ofrecer tanta información acerca de sí mismo y, en varias ocasiones, tuve que insistir en el hecho de que con aquella petición el Gobierno no podría actuar contra él durante treinta días.

En un momento concreto, David tuvo que indicar el lugar donde había estu-

diado. Sonrió y dijo: «Escuela del crimen.» De la misma forma, el formulario preguntaba si poseía alguna habilidad especial. «Carnicero», me indicó que escribiera.

En el apartado de su condición civil, David mencionó una esposa de la que estaba divorciado, Léone, y un hijo a quien, dijo, no había visto desde hacía treinta años. Como esposa actual señaló a Elita Schwartzwald, nacida en Montevideo, Uruguay.

Esta mujer era la madre de su segundo hijo, que contaba entonces catorce años de edad. Tanto a la madre como al hijo se les habían negado los visados para que pudieran visitarle en las prisiones norteamericanas, nos explicó. Y estaba seguro de que aquello era también obra del policía francés que le había perseguido durante veinte años.

La sección reservada a los seudónimos y alias se convirtió en algo cómico. David empezó a enumerar los nombres que había utilizado en Francia y luego los que había tenido en América del Sur. Pronto llené el espacio reservado al efecto en el impreso y tuve que empezar una nueva hoja. Casi había llenado también ésta cuando David me hizo un gesto con la mano indicando que ya no recordaba ninguno más.

En cuanto a la razón para solicitar asilo político, David respondió que había realizado servicios para la derecha francesa y que ésta había sido expulsada del gobierno. Declaró que podía ser asesinado por antiguos enemigos, especialmente si llegaba a ser encarcelado.

Jim entonces retornó al tema de la cooperación de David en el caso Kennedy.

—Dile —me indicó a mí— que esto es lo único que forzaría al Gobierno a establecer un trato con él. Dile que, con esta información, puede atraer no sólo la atención del Departamento de Justicia sino también la del público norteamericano.

David no quería saber nada. Aseguró que no se podía confiar en el Gobierno y que si hablaba lo asesinarían. Me sentía cansado y cada vez más frustrado por su actitud. Me embarqué en una larga discusión que pronto creció hasta convertirse en una trifulca, a voz en grito, en estridente francés. Le recordé a David lo cerca que había estado de ser deportado y resalté que sólo el eficaz trabajo de su abogado lo había impedido. Ahora debía utilizar la fuerza que tenía para obligar al Gobierno de Estados Unidos a aceptar sus condiciones.

La discusión se prolongó durante cuatro horas. David se movía en paranoicos círculos concéntricos y profería acusaciones y quejas. Jim permanecía sentado estoicamente, sin entender apenas nada de lo que decíamos, aunque de vez en cuando me cogía por el codo para aconsejarme que me calmara. No resultaba adecuado, me comentó en un momento dado, intimidar al cliente.

Habíamos permanecido en la pequeña habitación de conferencias durante seis horas. Yo estaba agotado por el esfuerzo de discutir en francés, pero seguía presionando. Finalmente, menos de media hora antes de que finalizara la hora de visita, David empezó a mostrar los primeros signos de capitulación.

—¿Qué información necesitaría a fin de llegar a un acuerdo? —me preguntó hoscamente.

Le dije que lo que él nos había prometido sería un buen comienzo: el nombre de quien le había ofrecido el contrato y el nombre del que lo había aceptado.

—Ya le dije que se los daría cuando tuviera la garantía de que no iban a deportarme.

—Esto no basta —repliqué—. La información debe ir por delante.

David sacudió la cabeza.

—Es demasiado peligroso.

Jim entonces ofreció un compromiso.

—Dile que puede escribir la información en una hoja de papel, encerrar ésta en un sobre y dármelo a mí. Yo lo pondré a salvo en mi oficina y no lo abriré en tanto no se haya hecho algún tipo de trato. Dile que saldremos de la habitación mientras él escribe y guarda el papel.

David escuchó la traducción con ojos atentos y llenos de incertidumbre.

—No puedo hacer esto —dijo tras una larga pausa.

En aquel momento perdí la paciencia. Elegí con cuidado mis palabras y, con voz tensa por la fatiga, le dije que, a menos que nos ofreciera algo, nosotros no podríamos ayudarle. El Gobierno había mostrado su determinación de deportarle y sólo una cosa le detendría: una información de tal importancia que no pudiera ignorarla.

En aquel momento quedaban quince minutos para la conclusión de la hora de visita. David estaba derrumbado en su silla, agotado por los acontecimientos del día y por las horas de discusión. Parecía desgarrado en su interior, inseguro de la confianza que le merecíamos. Al final, levantó los ojos y dijo:

—Denme un papel y una pluma.

Jim sacó una hoja de amarillo papel legal, lo puso encima de la mesa, frente a David, y tendió hacia él una pluma estilográfica. Luego, él y yo nos levantamos y salimos del locutorio.

Permanecimos fuera, de espaldas a David, hablando en voz baja.

—Fuiste muy duro con él —me indicó Jim.

Encontré aquello bastante irónico. Él era el asesino, el traficante de drogas y el espía. Yo era simplemente un pacifista declarado que escribía libros en California.

Eché un vistazo por encima del hombro y, a través del cristal de la cabina, vi que David había puesto la pluma a un lado y permanecía inclinado sobre el papel. Pude ver que en el papel había escrito una sola línea de texto.

Jim y yo nos apresuramos a regresar a la habitación.

David me miró tristemente.

—No puedo hacerlo —dijo.

Estaba a punto de explotar, exasperado, pero me cortó.

—No puedo escribirlo... antes preferiría decirlo de palabra.

Tomamos de nuevo nuestras sillas, mientras David estiraba rígidamente sus brazos sobre la mesa.

—¿Quién le ofreció el contrato? —le pregunté lisa y llanamente.

David clavó la mirada en sus manos entrelazadas.

—*C'était Antoine* —dijo.

Mencionó el nombre con tan fatal resignación que estaba claro que suponía que yo sabía de quién estaba hablando. Y no era así.

—¿Quién es Antoine? —pregunté.

—Guérini —contestó.

Era el único nombre que no le había sugerido en Leavenworth y, sin embargo, era el único que debía haber mencionado. Antoine Guérini había sido el jefe de la Mafia marsellesa en los años cincuenta y sesenta y el gángster europeo más poderoso de su tiempo.

Le pedí más detalles a David.

—Fue en mayo o junio de 1963 —dijo—. Yo estaba en Marsella. Cada noche, yo iba al club de Antoine para encontrarme con gente que me debía dinero. Una noche, Antoine me pidió que fuera a su despacho. Me dijo que tenía un contrato muy importante y deseaba saber si yo estaba interesado.

Estaba tan concentrado escuchando que me había olvidado de Jim. Interrumpí un momento a David.

—Déjame traducir a fin de que no sea yo el único que oiga esto —le dije mientras me volvía hacia Jim.

Cuando lo hube hecho, le indiqué con un gesto que siguiera.

—Le pregunté a Antoine para quién era el contrato —continuó—. Y él me dijo que era para un político norteamericano. «¿Un congresista, un senador?», pregunté yo. Él me contestó: «No, más alto que todo eso. *La plus grosse légume...* (El más alto de todos)» Supe inmediatamente de quién estaba hablando. Le pregunté entonces dónde debía ser ejecutado el contrato, y cuando él me dijo: «América», le contesté que no podía hacerlo, era demasiado arriesgado. Si hubiera sido en cualquier otro lugar lo hubiera considerado, pero no allí. No estaba tan loco.

Traduje aquello para Jim y éste asintió.

—Él dijo que sabía el nombre de alguien que había aceptado —apuntó Jim, y yo lo traduje a David.

De nuevo me miró con el cansancio y la resignación reflejados en su rostro.

—Lucien —dijo con cuidado.

Le pregunté el apellido de Lucien, pero David me aseguró que no lo sabía.

—No era del mismo *quartier*. No trabajaba normalmente para Antoine y, por lo tanto, no le conocía. Unos días más tarde, me encontré con Michel Nicoli en un bar. Éste me dijo que Lucien estaba trabajando para Antoine y supe de inmediato de qué estaba hablando.

Quedaban sólo unos pocos minutos. Cuando David dejó de hablar, Jim se inclinó hacia adelante y empezó a ametrallarle a preguntas a través mío. Preguntó más detalles sobre Lucien, algo que nos ayudara a identificarle.

David dijo que Lucien era un asesino y que a menudo hacía contratos, aunque raramente trabajaba para Antoine dado que operaba desde la Belle de Mai, un barrio distinto de Marsella. Antoine tenía sus propios asesinos, en el barrio del Viejo Puerto, según dijo David, y sólo usaba gente extraña para trabajos muy especiales.

Jim deseaba saber detalles del contrato. ¿Cuánto dinero estaba envuelto en el asunto?

—Nunca llegamos a esa parte —respondió David—. Una vez que Antoine me dijo que debía ser en Estados Unidos, yo lo rechacé. Aquello fue el final. Nunca llegamos a hablar de dinero.

Jim le preguntó entonces dónde estaba el día del asesinato.

—Estaba en Marsella —replicó—. Cuando escuché las noticias supe lo que había sucedido y quién estaba implicado. Supe que si seguía allí sería un testigo molesto y, por lo tanto, me marché de Marsella.

Jim deseaba saber a dónde fue.

—A Austria, a un pueblo de las montañas. Permanecí en un chalet durante un mes y medio o dos, luego regresé discretamente a Marsella.

Jim le preguntó si podía recordar el nombre de aquel pueblo. Éste respondió que no se acordaba, pero que podría localirzalo si le mostrábamos un mapa.

Sonó el timbre anunciando el final de las dos horas de visita y un guardia hizo acto de presencia en la puerta, indicándonos que debíamos irnos. Recogimos nuestras cosas y estrechamos la mano de David al mismo tiempo que le prometíamos que regresaríamos al día siguiente. Mientras se llevaban a David a lo largo del corredor para encadenarlo, Jim salió de repente tras él, llevando en sus manos un sobre de papel manila. Yo supuse que contenía papeles legales que se había olvidado de entregarle.

Esperé a Jim en el ascensor. Me sentía envarado, exhausto, pero sin duda triunfante. Habíamos hecho lo que no se había conseguido en veinte años, habíamos obtenido de un testigo los nombres de las personas que habían estado implicadas en el asesinato. Cuando Jim se reunió conmigo le tendí mi mano y él me la estrechó. Evidentemente compartía mis sentimientos.

En el ascensor que nos llevaba hasta el vestíbulo, le pregunté a Jim qué había dentro del sobre.

—Dos dólares —dijo—. Era todo el dinero en efectivo que me quedaba.

Toda la tensión de las horas y los días anteriores hizo crisis y estallé en carcajadas.

—He aquí un hombre que ha ganado millones con el tráfico de drogas —le dije a Jim—, ¿y todo lo que le das son dos pavos?

Él también estalló en carcajadas, agudas y estridentes, lo que hizo que dejáramos detrás nuestro un vestíbulo lleno de asombrados guardias.

Jim regresó a Washington para seguir trabajando en la defensa de David mientras yo viajaba hasta Filadelfia para pasar la noche con mi hermano y su familia. A pesar de que estaba agotado, conseguí dormir muy poco. Debería tomar medidas para asegurarme de que, si algo me ocurría, la información que David nos había dado llegaba hasta alguien que comprendiera su valor e hiciera algo con ella. En consecuencia, a la mañana siguiente mecanografié lo que David nos había contado a Jim y a mí acerca de Antoine Guérini, Lucien y Vic, guardé el escrito en un sobre cerrado y lo dirigí a Josiah Thompson.

Dedicamos el lunes a dar forma al contenido del escrito que debía ser presentado al juez Jackson al día siguiente. Poco a poco, el caso de David fue tomando forma alrededor de varios argumentos. El más persuasivo, según mi punto de vista, era que una nación no puede beneficiarse de los actos ilegales de otra. David había sido secuestrado en el Brasil y traído a Estados Unidos y, por lo tanto, el Gobierno norteamericano no tenía derecho a entregarlo a Francia.

Amanecía casi cuando Jim y yo terminamos. Yo me había encargado de mecanografiar, mientras Jim llenaba a mano una página tras otra de papel legal amarillo.

Una débil luz invernal empezaba a filtrarse por las ventanas y apenas podía ver algún destello en el río cuando le entregué el último folio terminado.

Mientras abandonábamos las oficinas, le pregunté qué pensaba francamente de David.

—Creo que es muy interesante —dijo.

Su tono mesurado me produjo una gran decepción. Deseaba que él estuviera tan emocionado con las revelaciones de David como lo estaba yo, pero Jim puso el dedo en el punto más vulnerable de mi investigación: la credibilidad de David.

El último de los delitos de Christian David podía ser la mentira. Muy bien podía estar suministrándonos una fantasía a fin de conseguir sus propósitos. Y, lo que era más, incluso si nos estaba diciendo la verdad no podría culparse a nadie por no creerle.

Subimos al pequeño Honda de Jim y éste puso la calefacción a su máxima potencia mientras atravesábamos las heladas calles de la ciudad. El Dique de Marea, bajo el Jefferson Memorial, se estaba helando rápidamente y los puentes estaban desiertos. En el Capitolio, lleno de banderas para la ceremonia de toma de posesión, algunas farolas brillaban con luz amarilla en medio de la niebla matutina. Pero, mientras la rodeábamos, la Casa Blanca, donde una vez vivió Jack Kennedy, permanecía aún dormida.

La audiencia de David estaba prevista para el martes 22 de enero. En su camino al despacho, aquella mañana, Jim me llevó hasta el Capitolio. Yo debía dedicar la mañana a convencer a algunos políticos. Acordamos que nos encontraríamos más tarde en el Tribunal Federal de Distrito.

La noche anterior habíamos llegado a la conclusión de que, si el juez se decantaba en contra de David, habría sólo dos opciones posibles: la petición urgente de asilo político o un apoyo político lo bastante fuerte como para impresionar al Departamento de Justicia. Jim y los otros abogados habían acordado dirigirse a antiguos miembros del Comité de Asesinatos del Congreso, si llegaba a ser necesario, así como ponerse en contacto con el presidente del Congreso, Thomas O'Neill, un viejo amigo de los Kennedy. Yo me había ofrecido a ir a ver al senador por California, Alan Cranston, cuyas credenciales liberales sugerían que podía sentir simpatía por nuestra causa, y también a David Durenberger, el presidente del Comité de Inteligencia del Senado, que podía estar interesado en las actividades de David en el Congo.

El cabildeo era una actividad nueva para mí y mientras me disponía a salir de su coche, le pedí a Jim que me aconsejara.

—Vas a tener que hacer milagros —dijo—, vas a tener que conseguir que los políticos se comprometan en una causa impopular. Y si piensas que tratar con David fue duro, espera a hablar con estos tipos.

Mi primera parada fue en el despacho de mi congresista, en el edificio Longworth. Nunca había hablado con Matthew Martínez, pero sabía de él que era un demócrata liberal y el primer representante hispánico de mi distrito. Le dije a la recepcionista que era un votante y que necesitaba hablar con el congresista sobre

un asunto de cierta urgencia. Ésta sonrió y me condujo hacia un hombre joven y de aspecto bastante insípido que estaba sentado al final de una hilera de pupitres.

Mi atención se concentró en un gran cartel enmarcado que colgaba de la pared situada detrás del escritorio del ayudante: «John F. Kennedy para presidente», decía. Aquello me pareció un buen presagio.

Expliqué que me hallaba relacionado con un conocido delincuente francés a quien el Gobierno estaba intentando deportar, pero que éste tenía información vital que proporcionarnos si alguien intervenía para detener su deportación.

Yo llevaba conmigo una serie de documentos, el más importante de los cuales era una copia de la carta de David al juez Jackson subrayando su voluntad de proporcionar información sobre el asesinato. Yo me resistía a utilizarla, dado que contenía información confidencial. Pero si significaba la posibilidad de asegurar la cooperación, estaba dispuesto a saltarme las reglas.

El ayudante me escuchó con una sonrisa indulgente. Me preguntó si podía contarle la naturaleza de la información. Le expliqué que formaba parte del secreto abogado-cliente y estaba contenida en una carta dirigida a un juez federal. Por lo tanto, sólo podría comentarla con el congresista.

El ayudante movió la cabeza en un gesto de simpatía.

—Bueno —dijo—, me temo que el congresista se acaba de marchar al hemiciclo del Congreso.

Le pregunté entonces cuándo sería posible verle.

—Realmente no puedo decirlo —replicó con la misma sonrisa esterotipada—. El Congreso puede estar en sesión toda la noche.

Sabía que se estaba desembarazando de mí.

—Mire —dije, señalando el cartel de Kennedy—, esto tiene que ver con ese hombre.

La expresión del ayudante no se alteró. Me miró durante unos largos segundos y luego echó su silla hacia atrás.

—Déjeme ver si consigo atraparle antes de que se marche —dijo.

Desapareció en el despacho de Martínez y regresó al cabo de unos instantes.

—El congresista puede concederle cinco minutos —me dijo.

Martínez estaba sentado detrás de una amplia mesa y tenía la chaqueta colgada del respaldo de su silla. Estaba claro que no se disponía a ir a ninguna parte. El joven ayudante se sentó cerca de mí.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Martínez bruscamente, mirándome por encima de sus gafas de media luna.

Resumí el caso de David y mi relación con él, describí el abortado intento de deportación y saqué la carta. Expliqué que gracias al contenido de aquella carta el juez Jackson había redactado una suspensión urgente de la deportación, pero que ésta podía ser rescindida dentro de unas pocas horas. Entregué la carta a Martínez y le pedí que leyera la primera página.

Éste deslizó sus gafas nariz arriba y frunció el ceño mientras empezaba a leer.

—Se dice aquí que este hombre conoce una conspiración para asesinar al presidente Kennedy —dijo en beneficio de su ayudante—. Dice que está dispuesto a

proporcionar esta información al Gobierno de Estados Unidos, a cambio de una garantía de que no será enviado a Francia.

Añadí que deseaba que el congresista escribiera una carta al Departamento de Justicia expresando su interés por David y solicitando que no fuera deportado.

—¿A quién más va usted a ver? —preguntó.

Mencioné a O'Neill, el presidente del Congreso, y Martínez pareció impresionado.

Se inclinó hacia su ayudante.

—Ponte en contacto con el despacho del presidente y entérate si éste sabe algo al respecto. Si dice que está de acuerdo, escribiré una carta.

Su tono dejó muy claro que la entrevista había terminado.

Desde allí, corrí a lo largo de Capitol Hill hacia el nuevo edificio de oficinas del Senado. Las dependencias, amplias y bien amuebladas, del senador Alan Cranston estaban justo a la entrada, lo que evidenciaba su condición de portavoz de la minoría. La recepcionista era una mujer de resplandeciente aspecto californiano que llevaba un auricular sujeto por encima de su pelo rubio.

Cuando hube explicado mis deseos, me pidió que tomara asiento. Al cabo de pocos minutos una atractiva mujer morena de unos treinta años se dirigió hacia mí y se presentó como Michelle Márquez, ayudante del senador.

Me agradó la seriedad con que parecía escucharme. Yo comprendía que mis palabras podían parecer un poco extrañas y que el hecho de que aún no hubiera recobrado el aliento, tras mi carrera a través de la colina, debía aumentar aquella sensación. Pero ella se mostró tranquila y profesional, y me aseguró que transmitiría personalmente el asunto a la atención del senador.

En las oficinas del senador David Durenberger, dos ayudantes me llevaron a una sala de conferencias para interrogarme. Por entonces había ya reducido el tema a una serie de datos escuetos y mostré la carta sin ninguna duda. Los ayudantes de Durenberger parecían genuinamente interesados y prometieron informar de inmediato al senador. También me sugirieron que acudiera a las oficinas del senador Moynihan, de Nueva York, que era vicepresidente del Comité de Inteligencia.

Corrí por el vestíbulo en dirección a las oficinas de Moynihan y las encontré desiertas. Un joven conserje salió de la sala de conferencias con un bocadillo en la mano y me dijo que todo el mundo se había ido a almorzar.

Aquello me hizo recordar mi cita con Jim. Salí volando del edificio y tomé un taxi para ir hasta el Tribunal Federal de Distrito. Encontré a Jim en el vestíbulo y éste me llevó hasta la sala de trabajo utilizada por los abogados antes de comparecer ante el tribunal. Sólo había otro abogado presente, un hombre de aspecto distinguido e impecablemente vestido.

Jim se sentó a cierta distancia de aquel hombre, se sacó el impermeable y el sombrero, y empezó a llenar folios y folios de notas. Pronto los papeles cubrían toda la superficie de la mesa. Noté con cierta alarma que no llevaba corbata y que lucía unos tirantes a rayas. El contraste entre los dos abogados, mientras trabajaban uno junto al otro, no podía haber sido más absoluto.

Unos minutos antes de la una, Jim recogió sus papeles, sacó del fondo de su maletín una arrugada corbata, se la anudó al cuello y salimos.

Fuimos los primeros en llegar a la sala del tribunal. Pronto, dos de los abogados que habían ayudado a Jim se reunieron con nosotros. Después de haber leído el escrito de defensa, uno de ellos dijo que, excepto por la tipificación, consideraba que tenía fuerza. El otro, por su parte, creía que David estaría camino de París a la hora de la cena.

Los dos fiscales entraron y uno de los abogados señaló al que era nuestro principal adversario. Se llamaba Murray Stein, dijo, y había sido el mismo que había rechazado las ofertas de David y que había actuado tan diligentemente para deportarle.

Sólo con verle me desagradó. Era un hombre pequeño, de aspecto feroz, con un cuidado bigote y una forma de moverse impaciente y nerviosa, como si todo aquel asunto fuera una pérdida absoluta de tiempo. Parecía enfadado e intolerante con todos.

Un alguacil hizo una llamada al orden y el juez Jackson entró. Tan pronto como se hubieron cumplido las formalidades iniciales, Jim recibió la indicación de presentar sus argumentos.

Dada su dedicación a la preparación del caso, yo había esperado que Jim presentaría con algún calor el derecho de David a regresar a su casa. Pero, en lugar de ello, fue leyendo despacio sus notas, puntuando sus afirmaciones con sus habituales «ejem», repitiéndose para conseguir un mayor énfasis. Cuando hubo terminado, después de hablar durante unos veinte minutos, el juez preguntó cuáles eran las alegaciones del Gobierno.

Murray Stein se precipitó hacia el estrado, sacó un puñado de documentos y expuso aceleradamente sus argumentos. Los franceses habían reclamado desde hacía mucho tiempo a David, dijo con enojosa condescendencia, y el Gobierno tenía la obligación, de acuerdo con el tratado de extradición, de entregárselo. Stein presentó entonces al juez una declaración de la Embajada de Francia reforzando esta postura. Y, lo que era más, añadió Stein, el tribunal no tenía jurisdicción en el asunto. Indicó, en consecuencia, que la orden del juez debía ser retirada de inmediato.

El juez Jackson dio las gracias a ambos abogados. A la vista de las declaraciones, dijo, se inclinaba a estar de acuerdo con el Gobierno en que carecía de jurisdicción en el caso. Se irguió, con un gesto destinado a mostrar su decisión, y yo yo sentí instintivamente que lo peor estaba a punto de ocurrir. El juez Jackson se declaró satisfecho en el sentido de que el Gobierno francés tenía una reclamación legal frente al Gobierno de Estados Unidos que éste debía respetar. Por lo tanto, iba a retirar la restricción y permitir que la deportación siguiera adelante.

Tan pronto como el tribunal se hubo levantado, se desató una actividad frenética. A continuación se produjo una carrera, con Murray Stein corriendo hacia el ascensor ascendente mientras nosotros lo hacíamos hacia el descendente. Stein regresaba a su despacho para llamar a los Comisarios de Nueva York e indicarles que llevaran a David al aeropuerto. Nosotros nos encaminábamos a la oficina del escribano del tribunal para presentar una apelación urgente a fin de bloquear la orden de Stein a los Comisarios.

Mientras los tres abogados regresaban a su despacho para preparar la apela-

ción, yo volví a Capitol Hill. El ayudante de Martínez dijo que el congresista había llamado al Departamento de Justicia para pedir información sobre el caso de David. Michelle Márquez me informó que el senador Cranston había igualmente contactado con Justicia. Tuve otra reunión informativa en las dependencias del senador Durenberger, donde dos miembros del equipo del Comité de Inteligencia me interrogaron detenidamente sobre la posibilidad de que David pudiera haber sido WI/ROGUE. Yo les insté a que se pusieran en contacto con Murray Stein y expresaran su interés por él. Desde las oficinas del senador Durenberger llamé a Jim:

—Será mejor que regreses lo más rápidamente posible —me dijo—. Hemos de irnos a Nueva York. Ya te lo explicaré luego.

Cuando llegué a las oficinas, Jim estaba empaquetando papeles.

—Llamé al INS acerca de la petición de asilo político —me dijo mientras corríamos a través del vestíbulo—. Dado que David está retenido en Nueva York, no podemos presentar la petición en el distrito de Columbia, por lo tanto hemos de estar en Nueva York antes de que cierren a las cuatro y media. Si podemos coger el puente aéreo de las tres, llegaremos justo a tiempo.

El taxi nos dejó en la terminal del puente aéreo de la Eastern Airlines y corrimos hacia el mostrador de billetes con nuestras tarjetas de crédito en la mano. Faltaban pocos minutos para las tres. El empleado nos dijo que era ya demasiado tarde, pero Jim se había abierto paso y estaba a mitad de camino de la rampa que conducía al reactor. Yo me sentía tan excitado que también seguí corriendo mientras gritaba que se trataba de una emergencia. Pero en aquel momento Jim regresó corriendo hacia mí. La puerta del avión acababa de cerrarse.

Jim y yo empezamos a discutir. El empleado nos cortó y nos indicó que había un vuelo de la New York Air que salía a las tres y diez.

El mostrador de la New York Air estaba en el otro extremo del aeropuerto. Cuando llegamos allí, agotados y sin aliento, pudimos ver que el reactor emprendía el vuelo. Jim arrojó su maletín y golpeó el mostrador con el puño. No había forma posible de que pudiéramos estar en las oficinas del INS antes de que cerraran.

Había un teléfono público cerca de allí.

—Llama a Cranston —me dijo— y mira si él puede conseguir que la oficina se mantenga abierta hasta que lleguemos allí.

Aquello parecía un poco improbable, pero llamé a Michelle Márquez. Ésta me escuchó y me dijo que Cranston había regresado al Senado para pronunciar un discurso. Le aseguré que no le pediría aquello a menos que fuera absolutamente necesario. Ella pensó por unos momentos y me dijo que volviera a llamarle quince minutos más tarde.

Compramos billetes para el vuelo de las tres y media y llamé nuevamente a Michelle.

—He tenido que ir hasta el hemiciclo del Senado e interrumpirle —me dijo—, pero salió hasta el pasillo e hizo la llamada. Alguien les esperará en las dependencias del INS de Nueva York hasta las cinco y media.

Aquello parecía un milagro y me sentí muy orgulloso de mi senador. Le di las gracias a Michelle y abordamos el avión.

A las cuatro y media estábamos en un taxi en el aeropuerto JFK, que tardó casi una hora en llevarnos desde allí hasta el centro de Manhattan. Nuestro chófer parecía bastante inseguro mientras salíamos de la autopista y penetrábamos en la densa marea del tráfico.

—¡Oh, Cristo! —murmuró Jim—. Hemos cogido el único taxista lento de todo Nueva York.

Transcurrió una eternidad hasta que finalmente cruzamos el puente de Manhattan, y nos abrimos luego camino hasta el macizo y desproporcionadamente bajo edificio del INS.

El guardia que estaba en la puerta registró nuestros maletines y ropas y nos pasó a un uniformado recepcionista que nos dijo que todo el mundo se había ido a casa. Le explicamos que alguien nos estaba esperando.

—¿Asilo político? —dijo el recepcionista—. Intenten en la oficina 3.310.

El piso doce estaba desierto pero había una puerta entreabierta al final de un pasillo. Allí, un hombre de edad aguardaba impaciente. Le entregamos nuestra petición, él la selló apresuradamente, nos devolvió una copia y agarró su abrigo.

—¿Ya es oficial? —preguntó Jim.

—Sí —gruñó—, ya es oficial.

En el corredor, Jim llamó a su bufete para decir que iba de regreso a fin de preparar la apelación.

—¡Qué! —le oí que gritaba en el teléfono—. ¿Cómo diablos pudo hacer eso?

Hubo un breve diálogo antes de que Jim colgara.

—El maldito tribunal rechazó la apelación —me dijo—. Ni siquiera esperó a escuchar la argumentación...

Le pregunté si aquello era anormal.

—Hace catorce años que practico la abogacía —me contestó Jim—, y nunca me había ocurrido. Algo muy extraño está sucediendo con todo este asunto.

Tomamos un taxi dede el INS hasta el Centro Correccional Metropolitano. Primero pudimos ver a un funcionario de la prisión respecto a las quejas de David. Se nos indicó que habláramos con un funcionario que estaba en el vestíbulo. Un hombre alto, cuidadosamente vestido y de unos treinta y cinco años, nos saludó con una insoportable cortesía burocrática. Su nombre era Brown y se identificó como el encargado del caso de Christian David.

Jim planteó las principales quejas del preso: la pérdida de sus papeles, que era mantenido en una celda de aislamiento y las cadenas.

Brown replicó con efusiva preocupación que, por lo que él sabía, las posesiones de David estarían en su poder dentro de muy poco. Por lo que se refería al aislamiento, era normal en el caso de un preso en tránsito. David sería trasladado en cuestión de días o incluso horas, de forma que no podían integrarlo en la población reclusa. En cuanto a las cadenas, fue mucho más escueto: había recibido órdenes específicas. Cuando Jim preguntó quién había dado tales órdenes, Brown esquivó la pregunta hábilmente.

En el quinto piso presentamos nuestra solicitud de ver a David y nos dirigimos a la sala de espera. La puerta se cerró detrás nuestro. Pasaron veinte minutos sin señales de David y empezamos a preocuparnos. Cuando los guardias empezaron a

correr unas cortinas por delante de los paneles de cristal, tapándonos la vista de los ascensores y el corredor, Jim se mostró abiertamente inquieto. Corrió hacia la puerta y apretó el timbre para llamar al guardia. Después de algunos minutos, un preso de confianza asomó la cabeza.

—Están trayendo a un soplón —le dijo a Jim—. Han de trasladarlo en secreto.

Jim se sentó de nuevo. Cuando se abrieron las cortinas pudimos ver a David. Lo estaban desencadenando. Le trajeron hasta allí y los tres entramos en un locutorio.

El aspecto de David era horrible. Estaba ojeroso y aturdido. Nos anunció que había iniciado una huelga de hambre para protestar por su detención y por las condiciones de la misma.

—Ayer, cuando me sacaban de aquí, vi una carta en la mesa del guardián —nos dijo—. Estaba dirigida al alcaide y decía que yo debía ser encadenado. Estaba firmada por un Mr. Smith. ¿Quién es este Mr. Smith que ha ordenado que me traten de esta forma?

Jim dijo que intentaría averiguarlo. Le contamos lo cerca que había estado aquella mañana de ser deportado. Reaccionó con incontrolable furor.

—¿Cómo puede suceder algo así? —preguntó—. Ustedes dijeron que el Gobierno haría un trato.

Yo apunté que las apariencias indicaban que David había sido señalado para recibir un tratamiento especial.

—Esto es la venganza de un hombre —dijo, echando pestes—. Me ha acosado y perseguido durante veinte años. No he conocido ni la amabilidad ni el afecto durante trece años. Aquí nunca habrá justicia para mí.

Me costó bastante tiempo conseguir que se calmara. Entonces le conté que habíamos logrado el apoyo de varios miembros del Congreso. El presidente de la Cámara de Representantes también había indicado que estaba dispuesto a ayudar, si David se mostraba conforme con hablar.

Ésta fue la entrada que Jim aprovechó para proseguir allí donde habíamos dejado las cosas al finalizar la última entrevista. ¿Qué más podía recordar David acerca de la oferta que le había hecho Antoine?

David se agarró la cabeza.

—¡No más preguntas! —suplicó—. No puedo hablar más sobre este asunto.

Le presioné, pero él siguió resistiéndose. Entonces, Jim cambió de tema. Le dijo que su petición de asilo había sido aceptada para su estudio y sacó unos impresos adicionales que debía cumplimentar. Yo empecé a traducirle las preguntas, pero David no estaba de humor para contestar. Respondía con gruñidos, lanzando suspicaces miradas hacia mí, mientras yo escribía la información. Finalmente, cuando llegó el momento de que firmara, se negó a hacerlo.

—No —dijo con mala cara—. No firmaré nada más. Ustedes me prometieron que ellos se detendrían y ahora dicen que casi me deportan. ¡Esto no está bien!

Exasperado, yo le contesté que si él tenía miedo a firmar con su nombre, yo firmaría con el mío, y tracé mi rúbrica al final del documento. Aquello pareció aflojar la tensión y David se dejó caer pesadamente en su silla.

—Pregúntale lo que recuerda sobre Vic —dijo Jim en voz baja.

David suspiró.

—Solía ir por un club llamado Le Gondolier —contestó—. Y por los muelles. Cargaba buques... con mercancía ilegal. Le vi dos o tres veces.

—Él afirmó que Vic era un asesino —siguió Jim—. Pregúntale si era un asesino político.

David sacudió la cabeza.

—No, no era político. Todo era estrictamente comercial. Trabajaba por dinero. Hubiera trabajado para cualquiera que le pagara.

—¿Estuvo en el Congo? —preguntó Jim.

David contestó que creía que sí.

—Pero yo no le vi allí. Estaba en Marsella cuando yo estuve allí, pero se asociaba con gente muy diversa.

Jim se excusó y se dirigió hacia el lavabo. David me miró de soslayo y me preguntó cuáles eran las oportunidades que en mi opinión podía tener de que lo pusieran en libertad.

Le contesté que había entonces seis abogados trabajando en su caso, y que pronto se presentaría una apelación ante el Tribunal Supremo. Con aquello y la petición de asilo político, el Gobierno no podía hacer nada durante un mes, por lo menos. Por entonces, habríamos encontrado un modo de liberarle.

Jim regresó y se sentó.

—La última vez nos habló de Lucien —siguió—. Pregúntale si Lucien era un asesino político.

David volvió a sacudir la cabeza.

—Era comercial —dijo.

—¿Era un asesino conocido... un buen tirador?

—Era un *spécialiste de tir* —dijo David, utilizando una expresión que nunca había oído. La traduje a Jim como «un especialista en tiro» y luego, después de volver a pensarlo, como francotirador.

Jim asintió, luego preguntó:

—¿Recuerda algo más de su reunión con Antoine, cuando le ofreció el contrato?

David se inclinó hacia adelante y apoyó sus antebrazos en la mesa.

—He pensado en ello —dijo lentamente—, y he recordado algo.

Extendió sus dos dedos índices y empezó a golpear el uno contra el otro, longitudinalmente, como si estuviera haciendo una conexión. Su larga barba le caía sobre las muñecas.

—Después de hablar con ustedes sobre ello recordé algo que me sucedió entonces. Cuando fui al club de Antoine, había algunos norteamericanos... Estaban sentados a la mesa reservada para los invitados especiales de Antoine. No les reconocí, por lo tanto le pregunté al encargado del mostrador quiénes eran. Me dijo que era *des huiles*, gente importante, millonarios norteamericanos.

—¿Intentó averiguar algo más sobre ellos? —preguntó Jim.

David sonrió con ironía.

—Sabía que era mejor no formular demasiadas preguntas. Pero recuerdo que estuvieron allí, tal vez durante ocho o diez días, antes y después de que Antoine me ofreciera el contrato.

—¿Recuerda algo más?

David dijo que no, aunque estaba seguro de que podría recordar algo más con ayuda de alguno de sus amigos.

Durante tres o cuatro horas, la conversación discurrió a través de diversos temas, aunque volvía de vez en cuando al contrato. David repitió que había estado en el Congo en 1960-61 y admitió francamente que lo habían enviado para matar a Patricio Lumumba. Dijo que las órdenes partían de Moisés Tsombe, el líder katangueño, y que él había dado por sentado que estaba trabajando para «Kasamumu o Kasabubu»*.

—Pero yo siempre supuse que los belgas o los norteamericanos estaban realmente detrás de aquel plan —añadió.

Jim preguntó a David si, de hecho, él había matado a Lumumba.

—No —dijo llanamente—, alguien se me adelantó.

Habló con sorprendente transparencia acerca de su actividad en el tráfico de drogas en América del Sur. Describió, con cierto orgullo, su habilidad para cambiar de identidad y trasladarse de un sitio a otro sin que lo molestaran. Nos dijo que siempre llevaba consigo dos maletines con falso fondo. Guardaba en ellos una docena de pasaportes, que iba cambiando cada tres o cuatro meses. Cuando me referí a los mismos como pasaportes falsos, él me corrigió de inmediato.

—No, no —dijo—. Nunca usábamos pasaportes falsos, sólo pasaportes auténticos a los que cambiábamos las fotografías. Los muchachos, ya sabe... en Marsella, Buenos Aires o Montevideo. Pagábamos a los muchachos para que robaran a los turistas. Ellos se quedaban con el dinero y las tarjetas de crédito y dejaban los pasaportes para nosotros en los lavabos públicos.

Hacia el final, había cambiado de identidad tantas veces que ni él podía seguir su rastro.

—Me dijeron que habían enviado un equipo para asesinarme —prosiguió—. Yo tenía en nómina a un agente de la Interpol y éste me previno.

Le preguntamos quién había enviado a los asesinos.

—El SDECE —replicó David, utilizando las antiguas siglas del servicio de inteligencia francés**.

—¿Por qué querían matarle? —pregunté yo.

—Les había prestado un montón de servicios —dijo David—. No sólo en Argelia, sino también más tarde, en el África negra y en América del Sur. Sabía demasiado sobre ellos y sus operaciones y temían que los norteamericanos me capturaran.

Volvimos de nuevo al tema de Guérini. David dijo que Antoine era el gran jefe, el hombre más poderoso de Francia.

—Su hermano Mémé tenía amigos entre todos los artistas de cine y todos los gángsters, pero Antoine era el cerebro.

* Una referencia a Joseph Kasabubu, el primer presidente del Congo independiente.

** El Servicio de Documentación y Contraespionaje (SDECE) tenía más o menos las mismas funciones que la CIA. En 1981, el Gobierno socialista cambió su nombre por el de Dirección General de Servicios Exteriores (DGSE).

En aquel momento, David me lanzó una de sus miradas de soslayo.

—Antoine tenía una gran amistad con Lucky Luciano —dijo, y luego desvió la mirada.

Aquélla fue una observación que entonces tuvo poco significado para mí, pero que luego adquiriría un gran interés. Más tarde comprendería que aquel tipo de mirada, su repentino modo de mirar por el rabillo del ojo, era una señal importante de David.

Hablamos hasta que terminó la hora de visita. Mientras nos preparábamos para irnos, David se puso en pie y se sacó uno de los zapatos.

—Esto podría haberme causado un montón de problemas —señaló, al entregar a Jim dos billetes de dólar meticulosamente doblados.

Jim sonrió avergonzado mientras los cogía.

—Pensé que podría utilizarlos —dijo.

—Aquí no tengo necesidad de dinero —comentó David—. Basta con que ustedes me saquen de aquí. Luego hablaremos de dinero. Quiero que sepan —añadió mientras cruzábamos la sala de espera— que se les pagará hasta el último penique que yo les deba.

Llevaron a David de nuevo a la dependencia donde dos guardias le esperaban para encadenarle. Les contemplamos mientras conducían al prisionero por los codos a través de la oficina y a lo largo del corredor, en dirección a las celdas. Arrastraba las cadenas entre sus pies mientras caminaba y las de las manos colgaban, tintineando, hasta casi las rodillas.

Antes de desaparecer, se giró un momento hacia nosotros.

—Prométanme que vendrán mañana a verme —gritó por encima del hombro.

Le contesté, también a voz en grito, que se lo prometía.

Aquella noche fue mi primera oportunidad para descansar desde que había salido de Los Ángeles. El plan era que yo permaneciera en Nueva York y me mantuviera en contacto con David, mientras Jim regresaba a Washington. La apelación al Tribunal Supremo había sido redactada por la tarde y debía presentarse aquella noche. Jim tendría que solicitar al presidente una prórroga hasta que todo el tribunal pudiera oír el caso. Pero, aunque la prórroga fuera denegada, teníamos la confianza de que habíamos ganado varias semanas de tiempo por medio de la petición de asilo político.

Por la mañana, fui a la prisión cuando se iniciaba la hora de visita. Cuando pregunté por David, me entregaron un teléfono y me indicaron que llamara al funcionario que llevaba el caso de David.

Brown apareció en el vestíbulo, sonriente y tendiéndome una blanda mano. Me dijo que habían enviado a David al hospital para someterlo a algunas pruebas y a observación. Parecía, dijo Brown, que se hallaba en huelga de hambre. Podría verle dentro de algunas horas, cuando lo devolvieran a su celda. Brown me sugirió que regresara después del almuerzo.

La repentina inaccesibilidad de David me preocupó. Informé a Brown que esperaría hasta que regresara. Telefoneé a Jim a Washington y le aseguré que no me

iría de allí hasta que hubiera visto a David. Luego, para mayor seguridad, llamé a las oficinas del congresista Martínez y le pedí al ayudante que comprobara lo que ocurría con David. Al cabo de pocos momentos, éste me llamó a su vez para decirme que le habían informado de que el preso estaba en el hospital.

Esperé en el vestíbulo desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Observé que Brown iba a almorzar y también le vi regresar, cada vez con una sonrisa dirigida hacia mí. Mediada la tarde, llamé a Jim para informarle y le dije que iba a salir para comer algo.

Corrí para tomar una rápida y temprana cena en un cercano restaurante italiano. Durante la comida intenté esquematizar las relaciones que habían salido a la luz: el Congo, Marsella y Dallas. Guérini, Lucien y Vic. Drogas, asesinos a sueldo y el asesinato. Y, por encima de todo, estaba David: su violenta carrera, su extraña moralidad y, a pesar de lo desesperado de su situación, su habilidad para manipular y confabular.

Me concedí el privilegio de un segundo y, luego, un tercer vaso de vino; pagué la factura con una tarjeta de crédito distinta y me apresuré de regreso a la cárcel. Pregunté por David pero, después de unos instantes, recibí la respuesta de que no podían localizarlo. Eran ya más de las seis de la tarde y había estado ilocalizable todo el día.

Pedí hablar con Brown pero éste se había marchado ya a su casa. Corrí hacia el teléfono público y realicé sendas llamadas a Jim Lesar y al despacho del congresista Martínez. Jim estaba en el Tribunal Supremo y el ayudante de Martínez me prometió llamar a la cárcel y ponerse luego en contacto conmigo. Diez minutos más tarde el teléfono público sonó.

—He hablado con el oficial encargado de la ficha de Christian David. Me ha dicho que él no sabe dónde está el prisionero —me dijo el ayudante—. No tienen constancia de su traslado al hospital.

Debía comprender que le habían mentido, pero su tono de voz sugería que no le importaba.

Colgué y desde el mismo teléfono público del vestíbulo llamé a la administración de la cárcel. Cuando pregunté por David, hubo un rumor de papeles y de conversaciones apresuradas al otro extremo de la línea.

—Este preso ya no está en el país —me informó una voz.

—¿Qué?

—Fue llevado al aeropuerto JFK hace aproximadamente una hora. Salió hacia París en el vuelo de las 6.35.

Ya no tenía prisa y, por lo tanto, cogí el tren para regresar a Washington. Me sentía triste, derrotado y totalmente agotado. Todo aquello había sido un frenético y embriagador tiovivo, desde la helada cabina telefónica de Kansas hasta las noches de sesiones legales en Washington, pasando por las horas de discusión con David sobre los detalles del asesinato. Ahora, parecía que todo había terminado.

Me sentía personalmente culpable. Habían sacado a David de la prisión mientras yo estaba cenando. Una cosa al final estaba clara: casi desde el principio nos

habían engañado, tanto el fiscal federal, como los comisarios, como las autoridades penitenciarias. A cada paso, los procedimientos normales habían sido burlados.

El momento de la expulsión, realizado en el mínimo espacio de tiempo entre la suspensión de la moción urgente y la apelación ante el Tribunal Supremo, implicaba una estrecha colaboración entre el Departamento de Justicia, el Servicio de los Comisarios y las autoridades de la prisión. Con todo, el Gobierno no tenía derecho a deportar a David mientras se hallaba pendiente una petición de asilo y antes de que el caso hubiera sido visto ante el Tribunal Supremo. Fuera lo que fuera lo que pudiera pensarse de David, su deportación había sido ilegal. Las autoridades le deseaban fuera del país y habían estado preparadas para manipular y hasta infringir la ley a fin de conseguir su objetivo.

Jim Lesar me recibió en la estación. Volvimos a repasar todo cuanto sabíamos del pasado de David, en un esfuerzo por entender el extraordinario tratamiento que había recibido. Lo único que parecía explicarlo era la historia de David en el campo del espionaje... o tal vez su oferta de hablar sobre el asesinato.

Bud Fensterwald estaba de regreso en su despacho a la mañana siguiente y acordamos almorzar juntos. Él me preguntó de pasada si había quedado enganchado por el caso. La pregunta me pareció importante y pensé en ella durante unos momentos. No tenía intención de dejar que el asesinato dominara indefinidamente mi vida, respondí. Deseaba llegar al fondo del mismo aquel año.

Bud me preguntó si estaba realmente decidido a resolver el caso. Y yo le aseguré que sí.

—Estás enganchado —asintió. Aquella observación me irritó.

Jim había mencionado la posibilidad de que Bud pudiera patrocinar económicamente mi investigación.

—Ha financiado un montón de empresas mucho menos prometedoras a lo largo de estos años —me había dicho, resaltando que sin duda yo debería ir a Francia, no sólo para mantener el contacto con David, sino también para seguir las pistas de Vic y Lucien.

La idea de un viaje adecuadamente subvencionado era muy atractiva. Por lo tanto, antes de ir a almorzar, Jim y yo pergeñamos un presupuesto que me permitiera trasladarme a París, Marsella y Bélgica. Aprovechando los descuentos en las tarifas, alojándome en casas de amigos y con otros ahorros, estimamos que bastarían 3.000 dólares para una estancia de cuatro a seis semanas. Jim estaba razonablemente seguro de que Bud me los proporcionaría.

El almuerzo con Bud fue, como siempre, algo relajante e informativo. Después, en su despacho, explicamos nuestro plan de un viaje de investigación y Jim expuso nuestro presupuesto.

—Bueno —dijo Bud, arrellanándose en su asiento—, en el pasado, los investigadores de este caso han tenido que buscar sus propios recursos económicos. Desearía que hubiera algo que yo pudiese hacer.

Jim pareció claramente sorprendido.

—Si David está diciendo la verdad —señaló—, ésta es la pista más prometedora que hemos tenido en muchos años.

—Estoy de acuerdo —dijo Bud—. Y te deseo mucha suerte con ella.

Jim parecía perplejo por la actitud de Bud y más tarde admitió que no la había entendido.

—Tal vez es debido al CAIA —especuló finalmente, refiriéndose al más reciente proyecto de Bud, el Centro de Archivo e Investigación de Asesinatos—*. Tiene un montón de dinero comprometido ya en él.

Personalmente pensaba que Bud no tenía ninguna obligación de financiar mi investigación, pero sabía que no había tiempo que perder. David estaba ahora de nuevo en Francia, enfrentado a la vieja acusación de asesinato. Si resultaba convicto, perdería toda la credibilidad que pudiera haber tenido como fuente informativa en el caso Kennedy. Para salvarle como testigo, deberíamos estar de nuevo en contacto con él antes del juicio y conseguir que nos dijera todo lo que supiese acerca del asesinato. Entonces, tal vez sería posible convencer a los franceses para que aceptaran el trato que los norteamericanos acababan de rechazar: la libertad de David a cambio de la verdad sobre nuestra historia.

Regresé a Los Ángeles después de diez días de ausencia. Mi esposa y mi hijo me esperaban en el aeropuerto. Aquello era algo en lo que había insistido. Durante demasiados años había llegado a aeropuertos de todo el mundo sin que nadie me diera la bienvenida. Ahora, esperaba ver a mi familia al descender.

Después de la cena, puse a mi esposa al corriente de los acontecimientos. Ella estuvo de acuerdo en que debía proseguir la investigación. A pesar de nuestras múltiples deudas, estaba segura de que encontraríamos el modo de pagar el viaje a Europa. Mi esposa estaba deseosa de acompañarme pero, tal como estaban las cosas, sería afortunado si conseguía sobrevivir solo en Europa el tiempo suficiente para conseguir mi objetivo. Le prometí que, cuando el caso estuviera resuelto, nos tomaríamos las vacaciones de las que siempre habíamos hablado.

Los objetivos de mi viaje a Europa eran claros: debería descubrir la identidad de Lucien, el hombre al que David se refirió como uno de los asesinos. Debería encontrar a Vic, si aún vivía, ya que él también podía haber estado entre los asesinos, si realmente había suplantado a Oswald en Ciudad de México. Finalmente, estaba aún decidido a estudiar la participación de la OAS en el caso, de acuerdo con la idea de Bud Fensterwald.

Intenté organizar la información que poseía en una especie de escenario que me ayudara a entender lo que había sucedido en Dallas. Al hacerlo, surgía constantemente una cuestión, la del origen de la conspiración. David había dicho claramente que el contrato había sido manejado por Guérini. ¿Quién, entonces, había tenido motivos para matar al presidente y lazos suficientemente fuertes con Antoine Guérini para acercarse a él en busca de los asesinos?

Hasta aquel momento me había dedicado a estudiar la historia general del asesinato. Ahora, por primera vez, tenía la posibilidad de estrechar el objetivo de mis lecturas. Me dediqué a la historia de la Mafia marsellesa, de sus jefes y de sus operaciones. El profesor Pete Dale Scott, de la Universidad de Berkeley, fue de gran

* Planteado como un intento de centralizar los materiales críticos disponibles, no sólo sobre el asesinato de John Kennedy sino también los de Robert Kennedy y Martin Luther King, el CAIA es, en términos generales, una biblioteca y una fuente de material para la investigación sobre el tema de la violencia política, que ha absorbido a Bud Fensterwald durante toda su carrera.

ayuda, tanto al actuar como mi consejero como en su condición de autor de valiosos trabajos sobre el tráfico internacional de drogas y sus relaciones con el espionaje. Mi esposa se unió al esfuerzo y se dedicó a localizar, en las bibliotecas de todo el país, documentos difíciles de hallar. Aquella lectura resultó fascinante.

Durante generaciones, el crimen organizado en Marsella ha estado dominado por los emigrantes de Córcega, una isla en la costa sur de Francia con una larga tradición de bandolerismo. Los bandidos eran los descendientes de un puñado de clanes. A lo largo de generaciones, unieron sus fuerzas en una sombría organización criminal conocida como la *Unión Corsa*, tan secreta que incluso su misma existencia es cuestionada por algunos.

La *Unión Corsa* compartía la predilección de la siciliana *Cosa Nostra* por el ritual, el culto al honor y el código del silencio. Verdaderamente, el deber de los corsos de defender los secretos del clan es aún más férreo que el de los sicilianos, apoyado como está por la práctica de la *vendetta**. La policía francesa sabe que los corsos preferirán morir antes que informar sobre un compatriota.

El gran florecimiento de la Mafia corsa en Marsella se produjo después de la Segunda Guerra Mundial. La ocupación nazi puso de relieve la tradicional rivalidad entre los clanes. Algunos corsos, encabezados por los gángsters Carbone y Spirito, colaboraron con los alemanes. Otros, tales como los hermanos Guérini, Antoine y Barthélemy —más conocido como Mémé—, se unieron a la resistencia.

Los Guérini se convirtieron en figuras importantes de la lucha contra las fuerzas de ocupación. De todas formas, su decisión de luchar contra los nazis demostró ser práctica además de patriótica: después de la guerra les dio mano libre para hacerse, con la activa colaboración de las autoridades, con el liderazgo que antes de la guerra ostentaban los Carbone y los Spirito.

Ya en 1943 Estados Unidos reconoció el valor de los Guérini. Miembros de la OSS** se reunieron en secreto con ellos para ofrecerles apoyo clandestino. A partir de entonces, los aliados lanzaron en paracaídas suministros y armamentos a los hermanos marselleses, al mismo tiempo que hacían llegar a su organización todo el dinero que necesitaban[14].

Esta colaboración sobrevivió a la guerra y a la desaparición de la OSS. Proporcionó la base de una continua relación clandestina con la recién fundada Agencia Central de Inteligencia.

Marsella era un puerto vital para el norteamericano Plan Marshall de fortificar la Europa Occidental frente al comunismo soviético. Sin embargo, los comunistas franceses habían conseguido ya el dominio de los sindicatos portuarios. Por lo tanto, romper su control del puerto se convirtió en una prioridad de la CIA. De esta forma los Guérini significaban un valor incalculable en un momento y un lugar críticos.

* La *vendetta* impone a todos los clanes la responsabilidad de matar a aquellos que hayan transgredido el honor. La *vendetta* corsas es a menudo sangrienta y puede prolongarse a lo largo de años hasta que todos los rivales han sido eliminados.

** Agencia de Servicios Estratégicos, precursora de la CIA en tiempos de guerra.

A través de sus agentes en París, en especial el representante de la AFL-CIO, Irving Brown, la CIA empezó a transferir inmensas cantidades de dinero a los Guérini. A cambio, los corsos crearon un ejército de gorilas para atacar a los sindicatos que se hallaban bajo la influencia comunista. Las reuniones fueron interrumpidas violentamente, los dirigentes laborales apaleados, las huelgas rotas y, en varios casos, determinados obreros en huelga fueron asesinados. La táctica funcionó y el puerto de Marsella se volvió seguro para los cargueros norteamericanos[15].

Entretanto, los Guérini se aprovecharon de sus contactos oficiales para hacerse con el control de los lucrativos negocios del contrabando de tabaco, de la prostitución y del juego. Mediados los años cincuenta, eran los amos de Marsella, con poderosas conexiones políticas y de espionaje que les hacían virtualmente invulnerables[16].

A medida que la economía francesa se recuperaba, el tráfico de «rubios», tal como eran llamados los cigarrillos norteamericanos, tendió a ser reemplazado, a lo largo de los últimos años cincuenta, por el mucho más lucrativo negocio de la heroína.

Al principio, la morfina utilizada para producir la heroína llegaba de Turquía. Se trasladaba en barco desde allí hasta Marsella para su «refinado» por los químicos sin par de la *Unión Corsa*. Fue entonces cuando la rivalidad entre los corsos y la *Cosa Nostra*, dominada por los sicilianos, se extendió: el mercado por el que luchaban era el de Estados Unidos, donde la heroína acababa de ser recientemente declarada fuera de la ley.

Alrededor de 1960, el jefe de la mafia norteamericana Charles *Lucky* Luciano y Antoine Guérini se dividieron el comercio de la heroína mediante un pacto que debería tener consecuencias cruciales para la historia de la posguerra, tanto en Estados Unidos como en Francia[17]. Lo que dio un valor añadido a su relación fueron los lazos que ambos grupos tenían con los servicios de inteligencia norteamericanos, lo cual les otorgaba una cierta legitimidad y protección.

La *Cosa Nostra*, igual que la mafia corsa, tenía una historia de relaciones clandestinas con el Gobierno de Estados Unidos. El propio Luciano había cooperado con la OSS durante la guerra. Como resultado de ello, lo habían sacado de la cárcel y deportado a Italia, desde donde continuó dirigiendo su Sindicato Nacional del Crimen en Estados Unidos.

Los corsos y la *Cosa Nostra* tenían otro interés común: Cuba. Durante los años cincuenta, las dos mafias dominaron el juego y la prostitución de La Habana con sus muchos millones de dólares de beneficios. Esta actividad criminal coexistía con una gran operación de los servicios de inteligencia que tenía su base en la capital cubana. La revolución de Castro significó el final tanto para los gángsters como para los espías. Primero tuvo que marcharse la CIA, luego lo hicieron los mafiosos norteamericanos y, por último, los corsos.

Las maniobras políticas y criminales durante aquel período fueron extremadamente complejas. A pesar de que Castro se movió con gran rapidez contra el grupo norteamericano en La Habana, llegando incluso a detener a su jefe, Santos Trafficante, Jr., toleró a los corsos durante casi todo un año. El porqué mostró tal

indulgencia hacia los franceses es difícil de entender, igual que lo es el relativo lujo en que mantuvo presos a Trafficante y a sus asociados, permitiendo que fueran visitados por criminales americanos.

Resulta interesante comprobar que entre sus visitantes estuvo un gángster y traficante de armas de Dallas llamado Jack Ruby. El futuro asesino de Oswald aparentemente vio a Trafficante en La Habana y visitó al menos a un gángster corso[18, 19].

A lo largo del año de pacífica coexistencia americano-corsa en Cuba, Trafficante mantuvo estrechos lazos con Antoine Guérini por medio de un criminal corso, con sede en La Habana, llamado Paul Mondoloni[20]. Éste era un mafioso simpático y engañoso. Bien educado, políglota, cortés y de aspecto digno, parecía pertenecer al cuerpo diplomático más que a la sangrienta hampa marsellesa. En 1949, Mondoloni había sido la mente directora de uno de los delitos más famosos de Europa, el robo de las joyas del Aga Khan[21].

La expulsión de Cuba forzó tanto a norteamericanos como a franceses a cambiar sus bases. Tuvieron que hallarse nuevos emplazamientos para el envío de la heroína marsellesa y pronto se requirió una nueva fuente de materia prima. Turquía se hallaba bajo una presión cada vez mayor por parte de la NATO para que dejara de cultivar las amapolas. Mediados los sesenta, toda la actividad estaba encaminada a restablecer las bases de la producción y la distribución[22].

La cada vez mayor implicación de Estados Unidos en Vietnam, en la frontera del «triángulo de oro», ofreció una alternativa. Los corsos habían actuado intensamente en el contrabando de drogas en aquella zona durante las décadas de los 40 y los 50, bajo la colonización francesa, y permanecieron en Saigón mientras se afianzaba la presencia norteamericana.

Este aumento de la influencia estadounidense les ofrecía tanto un mercado como una protección para reemplazar la fuente de la morfina turca por la asiática.

Entretanto, los corsos empezaron a establecerse también en América del Sur y en Canadá. Joseph Auguste Ricord, de la antigua conexión francesa, fue uno de los primeros en hacerlo. Con base en Buenos Aires, dio la bienvenida a los recién llegados de Marsella, veteranos, igual que David, de la guerra sucia de la SAC en Argelia. Muchos de los traficantes con base en Libia tenían lazos semejantes con los servicios de inteligencia franceses[23].

En el otro extremo de la red de la heroína, Paul Mondoloni ocupó un lugar en Montreal como representante personal de los Guérini. Aquélla era una situación delicada ya que Montreal tenía establecida su propia comunidad de gángsters que, a su vez, tenían fuertes lazos con el grupo estadounidense. Fue necesario todo el tacto de Mondoloni para conseguir un lugar para los corsos en Canadá, pero al final triunfó en su empeño. Entonces, con Trafficante restablecido en su base de Florida, Mondoloni estrechó las relaciones con los corsos de América del Sur a fin de inundar Estados Unidos con heroína marsellesa procedente de ambas fronteras.

Para cuando Christian David llegó a América del Sur, la conexión latina funcionaba con enorme eficacia. Los funcionarios locales, la policía e incluso miembros del Gobierno habían sido comprados en toda América latina, igual que en

Canadá y en Estados Unidos. Los corsos tenían sus propios aviones, aeródromos, barcos y milicias[24].

De todas formas, tal vez más siniestras aún que el tráfico en sí mismo eran las asociaciones que éste engendraba. Tal como David había confirmado, los corsos colaboraban con los nazis exiliados en Iberoamérica y juntos apoyaban a los dictadores de derechas[25]. Inevitablemente, esta actividad les ponía en contacto con los servicios de inteligencia norteamericanos. Igual que sus colegas franceses, la CIA encontró útiles las habilidades de Christian David. En Argentina, Bolivia, Colombia, Paraguay, Uruguay y Brasil, los traficantes, los nazis, los dictadores y la CIA, todos cooperaban en los esfuerzos por mantener los represivos regímenes anticomunistas[26]. Esto, a su vez, implicaba la colaboración del Gobierno de Estados Unidos en el tráfico internacional de heroína.

La conexión latina duró hasta principios de los años setenta, cuando la administración Nixon lanzó su guerra contra la droga, cuyo primer objetivo fue Auguste Ricord. Cuando los paraguayos rehusaron extraditarle, Estados Unidos amenazó con interrumpir la ayuda económica al país. En 1971, Ricord fue entregado a los norteamericanos.

A partir de este momento, la red corsa empieza a desenmarañarse. En abril de 1972 uno de los lugartenientes de Ricord, Lucien Sarti, fue perseguido desde el Brasil hasta Ciudad de México, donde cayó en una emboscada y resultó muerto por la policía mexicana. Christian David y su viejo amigo del SAC, Michel Nicoli, consiguieron escapar durante algunos meses más pero, en noviembre, fueron también arrestados. Después de cuarenta días de interrogatorios y torturas en Brasil, a ambos los trasladaron a Nueva York y los sentenciaron a veinte años de cárcel. Menos de un año más tarde, casi toda la red corsa había sido desmantelada[27].

Varias cosas me sorprendieron en esta historia. Una fue la estrecha colaboración, durante muchos años, entre el espionaje y el crimen organizado, tanto el corso como el siciliano. Aquello me pareció una política terriblemente irresponsable. Comparada con ambos grupos, la CIA era una auténtica aficionada en el campo de la conspiración y el asesinato y, por lo leído, me parecía que la CIA no había utilizado a los gángsters para promover la política sino más bien que los gángsters habían utilizado a la CIA para promover el crimen.

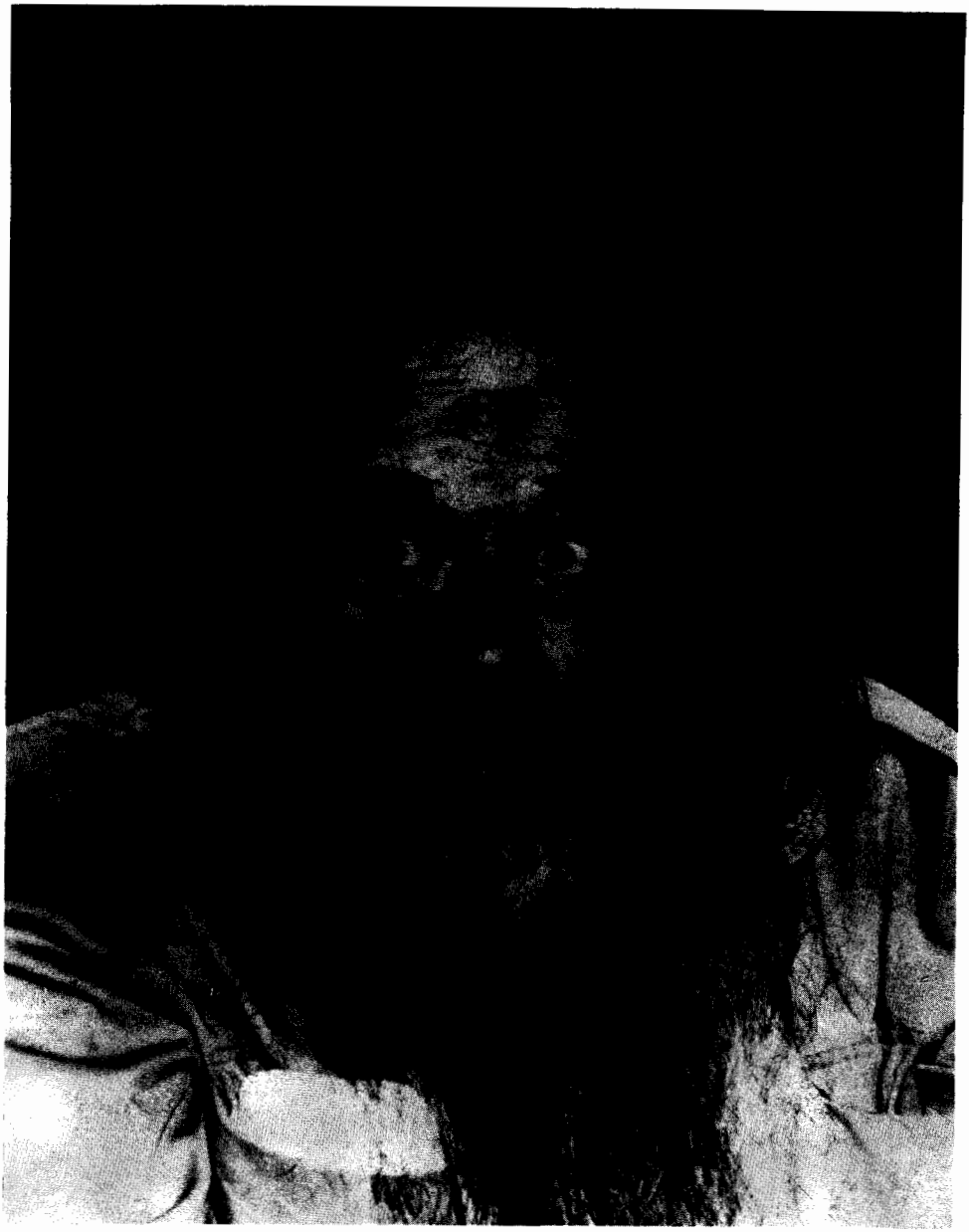
Tenía la impresión de que las relaciones entre los dos grupos y la CIA habían establecido una situación peligrosa en donde el asesinato del presidente Kennedy había resultado posible. Ambas mafias estaban protegidas y envalentonadas por sus lazos con la Agencia y ambas tenían un fuerte control sobre ella a través de aquellos mismos lazos. ¿Era posible que ambas mafias hubieran conspirado para matar al presidente y que luego hubieran usado sus conexiones con la CIA para forzar a la Agencia a cubrir lo que habían hecho? La idea fue cobrando importancia en mi mente a medida que el tiempo avanzaba.

NOTAS

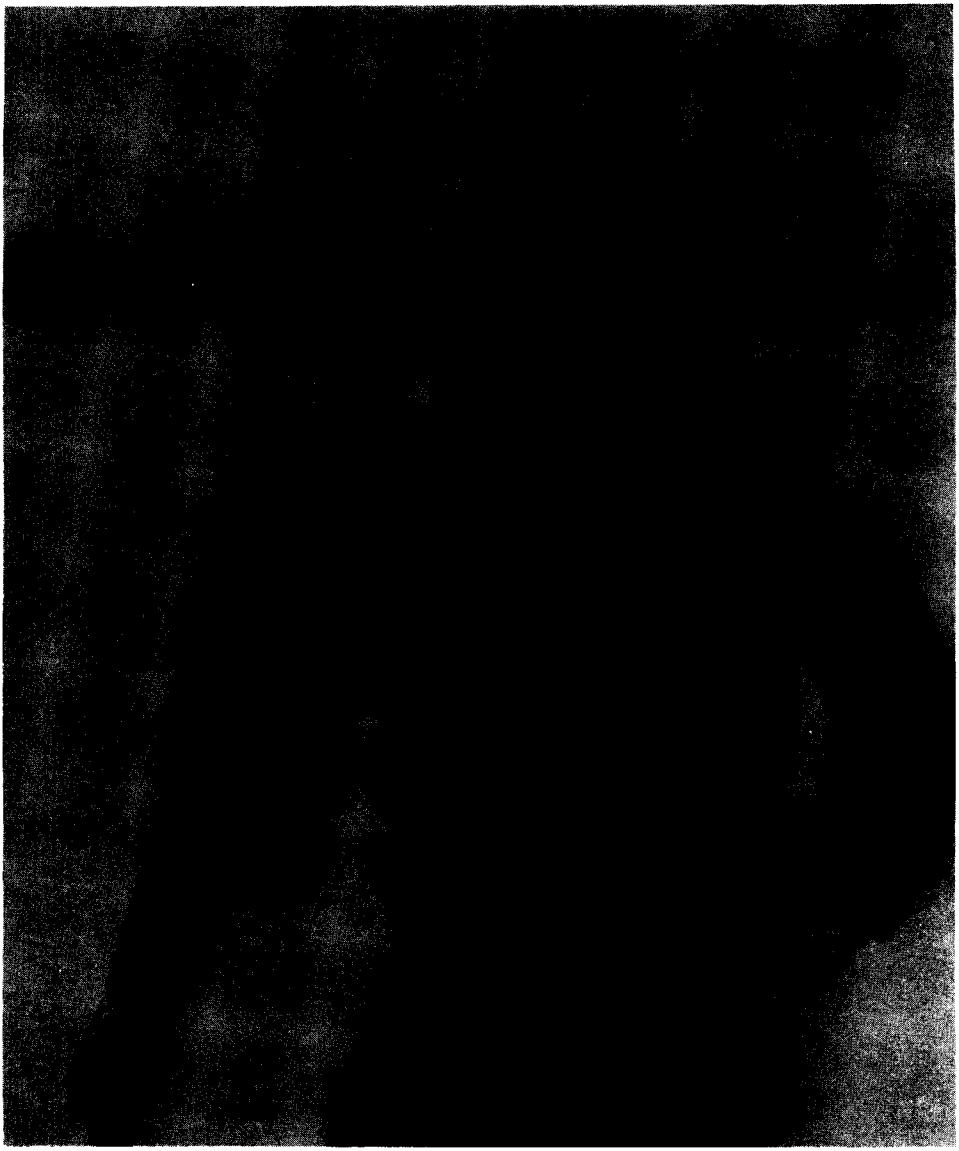
LE BEAU SERGE Y SUS AMIGOS, 1984-1985.

1. Kruger, Henrik, *The Great Heroin Coup: Drugs, Intelligence and International Fascism*. Boston: South End, 1980.
2. *Ibid.*, p. 73. Ver también: Sarazin, James, *Dossier M... Comme Milieu.* París: Alain Moreau, 1977, pp. 133-147. Directores y Editores de *Newsday, The Heroin Trail*. New York: New American Library, 1974, p. 125. También: *Le Nouvel Observateur*, 19 de Noviembre de 1972; *New York Times, 2 de Noviembre de 1972; France Soir*, 15 de Noviembre de 1972; *Quotidien*, 17 de Agosto de 1981; *L'Humanite*, 17 de Junio de 1975; *L'Aurore*, 16 de Junio de 1975.
3. Thompson, Josiah, *Six Seconds in Dallas.* New York: Berkley, 1976.
4. *Ibid.*, pp. 232-249.
5. Hougan, Jim, *Spooks: The Haunting of America — The Private Use of Secret Agents.* New York: Morrow, 1978.
6. *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders*: An Interim Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities. United States Senate. Washington D.C.: U.S. Government Printing Office, 1975 (En adelante, mencionado como *Church Report*).
7. *Ibid.*, pp. 19-70.
8. Devlin testificó bajo el nombre de Victor Hedgeman.
9. O'Donnell testificó bajo el nombre de Michael Mulroney.
10. *Church Report*, pp. 71-180.
11. El complot más siniestro contra Castro fue el de AM/LASH. Con dicho código se nombraba al hipotético asesino de la CIA, reclutado entre el círculo de gente que rodeaba al propio Castro. Debía matarlo con un rifle de larga distancia que le proporcionaría la Agencia. El encuentro definitivo entre los oficiales de la CIA y AM/LASH, en el que el asesino recibió el arma, tuvo lugar el 22 de noviembre de 1963, en el mismo momento en que Kennedy era llevado a la muerte en Dallas.
12. De esos libros, los más útiles eran: McCoy, Alfred W., *The Politics of Heroin in Southeast Asia*. New York: Harper & Row, 1972, y Editores de *Newsday, The Heroin Trail*. New York: New American Library, 1974.
13. Ver Hurt, *op. cit.*, pp. 401-405.
14. McCoy, *op. cit.*, p. 37.
15. *Ibid.*, pp. 41-47.
16. *Ibid.*, p. 47.

17. *Ibid.*, pp. 27-28. El pacto de 1960 se lo describió al autor un miembro retirado de la Drug Enforcement Administration, analista de asuntos de los servicios secretos y experto conocedor de la red corsa de distribución de heroína.
18. *HSCA*, pp. 185-188. También: Summers, *op. cit.*, pp. 464-465.
19. Scott, Peter Dale, *The Dallas Conspiracy* (Manuscrito inédito). El nombre del gánster de Córcega a quien se dice que visitó Ruby era Giuseppe di Giorgio, alias Pierre Canavese.
20. Charbonneau, Jean-Pierre, *The Canadian Connection*. Ottawa: Optimum, 1976, p. 103. También: Editores de Newsday, *The Heroin Trail*, p. 94.
21. Charbonneau, *op. cit.*, p. 76. También: *New York Times*, 18 de diciembre de 1956, pp. 4, 5. *Historia, Hors Serie* 31, *Le Milieu*, p. 100 *et passim*.
22. McCoy, *op. cit.*, pp. 52-54.
23. Kruger, *op. cit.*, pp. 84-85; 115.
24. *Ibid.*, p. 85.
25. Ver también: Kruger, *op. cit.*, pp. 83-84.
26. Ver, por ejemplo: Kruger, *op. cit.*, pp. 77-78; Mills, James, *The Underground Empire: Where Crime and Governments Embrace*. Garden City, NY: Doubleday, 1986, pp. 1.142-1.143.
27. Kruger, *op. cit.*, pp. 105-108.



Christian David en 1988.



El Misterioso hombre de México.

III. EN BUSCA DE LUCIEN Y VIC, 1985

Algunas semanas después de mi regreso a California, Jim Lesar me llamó para decirme que él y Bud habían encontrado un antiguo mercenario en el Congo, un norteamericano llamado John Dutcher, que aseguraba conocer al Misterioso Hombre de Ciudad de México. Se trataba, según Dutcher, de un mercenario y asesino belga conocido como Nikolai o Nick.

Dutcher ofrecía otros detalles significativos: Nick había estado en el Congo durante la misma época que él y, algunos años más tarde, ambos se habían encontrado de nuevo en un hotel de Mallorca, que Dutcher sabía era propiedad de Antoine Guérini. Dutcher decía que había visto por última vez a Nick en Suiza, en 1984.

Christian David había dado al Misterioso Hombre el nombre de Vic, Dutcher el de Nick. Ambos le habían descrito como un belga relacionado con el Congo y con el crimen. Y ambos le habían relacionado con Antoine Guérini, aunque fuera de forma indirecta. La proximidad de ambas descripciones resultaba sugestiva. Confirmaba, de acuerdo con Jim, que la información de David debía ser seguida.

En febrero, por fin, volví a saber de David. En una carta fechada el 6 de febrero de 1985, David me decía que se hallaba en la prisión de Fresnes, en las afueras de París. La escritura era grande y denotaba un gran nerviosismo. Decía que desde su llegada a París estaba protestando por su deportación así como por la acusación de haber asesinado al comisario Galibert en 1966.

Sobre todo, estaba angustiado porque no había recuperado sus papeles personales. Insistía en que contenían pruebas de su inocencia, y preguntaba si Lesar podría presentar una protesta formal ante las autoridades penitenciarias norteamericanas. Además, no le habían entregado el dinero que había ganado en Leavenworth y había llegado a París en la mayor indigencia. Me pedía que le contestara tan pronto como recibiera su carta y que le mandase algún dinero.

Seis días después me escribía de nuevo, preocupado por la posibilidad de que su primera carta no hubiera pasado la censura de la cárcel. Esta vez, describía

cómo lo habían sacado a la fuerza de su celda en Nueva York, encadenado, golpeado y llevado hasta un reactor de la Pan Am con destino a París.

Sus acusaciones se veían corroboradas por las fotografías de su llegada a Orly, publicadas algunos días después de la misma en el *Paris Match*[1]. Medio sostenido por dos policías franceses de paisano, David estaba en un estado lastimoso. Alguien le había colocado unas gafas de sol con el propósito evidente de ocultar los cortes y la sangre seca de su rostro. Parecía como si hubiera recibido numerosos puñetazos, como si lo hubieran aporreado o arrojado contra un muro. Aquella visión me enfureció. No lo habían liberado de las cadenas durante el traslado, pese a lo cual los comisarios habían considerado necesario golpearle. Aquello era una brutalidad absoluta y cobarde.

Le escribí de inmediato para hacerle saber lo aliviado que me sentía al tener de nuevo noticias suyas. No sabía cuándo podría enviarle dinero aunque, a modo de experimento, le incluía un cheque de diez dólares. Le explicaba cuidadosamente que si el dinero llegaba hasta él, le enviaría más.

En respuesta, él me recriminó la escasa suma que le había enviado y me pedía cien dólares. Me encargaba a mí personalmente de recuperar sus cosas y prometía de nuevo que colaboraría conmigo en su biografía, tras su liberación. Reconocí todo aquello como una táctica para mantenerme interesado en su persona.

Entretanto, empecé a zambullirme en el trabajo del Comité de Asesinatos del Congreso. Su informe había concluido que los más probables iniciadores de la conspiración para matar al presidente eran Santos Trafficante Jr., de Florida, y Carlos Marcello, de Nueva Orleans. Ambos se habían convertido en objetivo de la guerra contra el crimen desarrollada por el fiscal general Robert Kennedy y ambos habían sabido con bastante anticipación que el presidente iba a ser asesinado[2].

El caso en contra de Trafficante y Marcello parecía bastante persuasivo, y parecía encajar con lo que David estaba diciendo. Yo sabía que Trafficante tenía lazos directos con Guérini y supe que Marcello recibía su heroína marsellesa a través de Trafficante[3].

Pero Marcello tenía otro poderoso motivo para matar al presidente. Había sido objeto de persecución y hasta de humillación por parte de los Kennedy. Fastidiado por los problemas de inmigración, Marcello había presentado documentos de identidad guatemaltecos. En consecuencia, en 1961, Robert Kennedy ordenó que Marcello fuera deportado a Guatemala. Marcello fue detenido sin previo aviso por agentes federales, en una calle de Nueva Orleans, introducido en un coche y metido en un avión rumbo a Guatemala[4].

Desde el aeropuerto, Marcello hizo una furiosa llamada a su abogado, que voló para reunirse con él. Entretanto, las autoridades guatemaltecas habían sabido de la presencia de Marcello en el país. De inmediato, le declararon persona non grata y le deportaron al otro lado de la frontera de El Salvador. Allí, Marcello y su abogado fueron abandonados en las montañas, a kilómetros de distancia de cualquier ciudad.

Consiguieron convencer a un grupo de campesinos para que les llevaran hasta la ciudad, pero cuando resultó evidente que éstos se proponían robarles y tal vez matarles, huyeron a través de la maleza. Durante su huida, Marcello cayó por un

terraplén y se rompió varias costillas. Finalmente, los dos fugitivos consiguieron llegar hasta la ciudad, desde donde llamaron a Nueva Orleans. Se envió de inmediato un avión para llevarles a casa.

Nadie en la posición de Marcello podía tolerar semejante insulto. Tal como señalaba el Comité del Congreso, él era entonces el individuo más poderoso del hampa en Estados Unidos[5]. En septiembre de 1962, después de su regreso, Marcello amenazó con hacer matar al presidente, declarando que cuando a uno lo atacaba un perro rabioso, le cortaba la cabeza[6]. El Comité señalaba que, a pesar de que estas observaciones fueran hechas en presencia de un informador del FBI, este departamento no hizo nada por investigarle, ni antes ni después del asesinato[7].

Otro aspecto intrigante de la relación de Marcello con el asesinato representaba perturbadoras implicaciones. Se refería al piloto que había sido señalado como el encargado de trasladarle desde El Salvador, una extraña y sombría personalidad llamada David Ferrie[8].

Cuanto más leía respecto a Ferrie más interesado me sentía. La persistente presencia de Ferrie en los alrededores del asesinato resultaban tan provocadora como su aspecto físico. Sufría de una rara enfermedad llamada alopecia, que le había provocado la caída del pelo de todo su cuerpo. Como consecuencia de ello, Ferrie llevaba una barata peluca roja sobre su cráneo, así como unas cejas del mismo color que le proporcionaban una permanente y cómica expresión de asombro.

Ferrie era un inquieto intelectual que llevaba a cabo complicados experimentos científicos en su apartamento de Nueva Orleans y que ostentaba la condición de obispo de una oscura religión. Pero, por encima de todo, era un piloto nato. Durante años había volado con las Eastern Airlines, hasta que sus excesos homosexuales le obligaron a presentar la dimisión. Mientras era piloto de líneas aéreas, había también enseñado a volar a los niños, una de sus preocupaciones permanentes, en la Patrulla Aérea Civil. Entre sus alumnos se encontraba un huérfano de padre, de catorce años, llamado Lee Harvey Oswald[9].

David Ferrie había volado para la CIA en misiones secretas a Cuba. Durante el inicio de los sesenta, había también volado para un antiguo agente del FBI llamado Guy Bannister. Éste poseía una agencia de detectives en Nueva Orleans que reunía información acerca de los grupos pro-Castro de aquella región. Ferrie era empleado por Bannister como investigador independiente y uno de los casos en que ambos estuvieron inmersos fue la deportación de Carlos Marcello[10].

Lee Oswald estuvo casi con toda seguridad en contacto con Ferrie y con Bannister tras su regreso de la Unión Soviética[11]. La dirección de Bannister figuraba en los folletos procastristas que Oswald hacía imprimir y distribuir en Nueva Orleans durante el verano de 1963. Esto significa que cualquiera que buscase más información respecto al Comité para el Juego Limpio con Cuba acababa en los archivos de Bannister.

Dave Ferrie, me parecía, tenía la clave de la respuesta a varias preguntas importantes respecto a Oswald. Ante todo, sus relaciones iniciales podían justificar los prematuros esfuerzos de Oswald para unirse a los Marines en una época en que aseguraba ser marxista. Podían también solventar el misterio de las relaciones de

Oswald con el espionaje. Pero, lo que era más importante, podían explicar por qué Oswald fue elegido como el chivo expiatorio del asesinato.

Me imagino a Oswald, un muchacho impresionable, sin el respaldo de una figura paterna, con Dave Ferrie en la Patrulla Aérea Civil[12]. Ferrie puede haber tomado a Oswald bajo su protección y haberle persuadido a que hiciera algo con su vida mediante su alistamiento en los marines y, una vez en el cuerpo, su presentación como voluntario para trabajos clandestinos. Esto proporcionaba una respuesta razonable a la cuestión planteada por muchos críticos respecto a cómo Oswald fue seleccionado para su ficticia defección a Rusia. Si estaba en lo cierto respecto a Ferrie, no fue seleccionado sino que se ofreció voluntario.

A su regreso de Rusia hubiera sido natural que Oswald se pusiera de nuevo en contacto con Ferrie[13]. Parecería también probable que Ferrie hubiera recomendado a Oswald a su jefe, Bannister, como agente en la campaña de control de los izquierdistas. Oswald recibió entonces sus impresos anunciando la formación del grupo del Juego Limpio y salió a la calle a buscar partidarios cuyos nombres llegarían hasta los archivos de Bannister.

Pero en aquellos tiempos, tanto Ferrie como Bannister trabajaban para Marcello. Esta conexión, de la que Oswald pudo no saber nada, demostró ser fatal para él, según especulaba yo. Si fuera cierto que Marcello estaba entonces preparando la muerte del presidente, pudo ser Ferrie quien llamara su atención sobre la persona y los antecedentes de Oswald, incluso de forma inadvertida. El gángster o sus socios podrían haberle visto como a la perfecta tapadera desechable para el asesinato.

Oswald tenía ya creado un pasado marxista por su defección y su reparto de folletos, era por naturaleza amante del secreto y, con su entrenamiento como marine, obedecería las órdenes sin cuestionarlas. Pudo parecer una persona que cooperaría ansiosamente en su propia inculpación.

Los movimientos de Ferrie después del asesinato son tan absolutamente sorprendentes como los de Oswald. En el momento del asesinato estaba en Nueva Orleans junto a Carlos Marcello. Luego viajó en su coche, bajo una violenta tormenta, hasta Houston, donde se detuvo en una pista de patinaje sobre hielo.

Allí, aguardó varias horas junto a un teléfono público, hasta que recibió una llamada, y luego recorrió de nuevo los más de ochocientos kilómetros de regreso a Nueva Orleans. A su llegada, Ferrie fue requerido para ser interrogado por el fiscal del distrito, Jim Garrison, que había sido advertido de sus relaciones con Oswald. Ferrie fue brevemente interrogado por el FBI y luego puesto en libertad[14].

Años más tarde, cuando Garrison lanzó su propia investigación sobre el asesinato, Ferrie pronto se convirtió en una figura central. Preocupado y temeroso por su vida, Ferrie le pidió a Garrison que le pusiera bajo protección. El 22 de febrero de 1967, poco antes de que lo acusaran, lo hallaron muerto en su inmunda y claustrofóbica habitación[15]. Su muerte fue declarada como suicidio, pero las causas de la misma no pudieron determinarse y su nota de despedida estaba escrita a máquina y carecía de firma[16].

Cuanto más pensaba en ello más me parecía que, sencillamente, había demasiadas evidencias, demasiados protagonistas para caber en una sola conspiración

que lo abarcara todo. Empecé a sospechar que pudo haber dos planes que se desarrollaban simultáneamente y que uno sirvió de cobertura al otro.

El primer complot, falso, se suponía que estaba destinado a matar a Fidel Castro. Lee Oswald, me planteaba yo como hipótesis, había sido designado como figura central de esta conspiración, con la misión de crear una «leyenda», o persona falsa, para el supuesto asesino real. Éste, sospechaba yo, era Vic, el asesino belga. A través de sus actividades de Juego Limpio para Cuba en Nueva Orleans, Oswald crearía unas credenciales pro-Castro que transmitiría a Vic, con quien, suponía, tenía que encontrarse en Ciudad de México. Vic iría entonces a la Embajada de Cuba y solicitaría un visado a nombre de Oswald. Utilizando este visado, proseguían mis suposiciones, la imaginaria misión de Vic era la de ir a Cuba, introducirse en los altos círculos y matar a Castro.

El personal de este fingido complot incluía a Vic, Oswald, Bannister, Ferrie y algunos de los cubanos anticastristas con quien se asociaba Oswald en Nueva Orleans. Como Vic fue incapaz de conseguir un visado, especulaba yo, Ferrie tendría que reunirse con él en Houston y llevarle secretamente en avión a Cuba el 22 de noviembre de 1963. Cuando llegó la llamada de que la operación había sido cancelada, Ferrie regresó a Nueva Orleans.

Lo más siniestro de todo ello era, por supuesto, que nada era real. Mi teoría establecía que la conspiración para matar a Castro pretendía sólo utilizar a Oswald en la conspiración real, destinada a matar al presidente y desconocida tanto por Ferrie como por Bannister.

Oswald, pensaba, había recibido la orden de comprar un rifle que iba a encontrarse en el depósito como un arma para matar a Castro. Luego entregaría el fusil a sus superiores, que lo utilizaron para implicarle a él. Entretanto, un impostor como Tommy Davis se hacía pasar por Oswald y realizaba una serie de gestos comprometedores mientras utilizaba su nombre. Se encontró un trabajo para él en el depósito a fin de que pudiera estar en la ruta del presidente en el momento de su muerte.

Empezaba a pensar que nunca se había considerado que Oswald sobreviviera a la muerte del presidente. De todas formas, al notar que algo andaba mal, había salido del depósito de libros instantes después del tiroteo y la oportunidad de matarle allí mismo se había perdido.

Esto implicó que se tuviera que llamar a Jack Ruby. Éste tal vez a cambio de promesas de dinero, fama o algún tipo de protección, recibió el encargo de matar al asesino oficial. De todas formas, demostró ser un asesino poco dispuesto que sólo se decidió a disparar contra Oswald en el último minuto, antes de que fuera transferido de las manos de la policía de Dallas a la seguridad de la cárcel del condado.

Detrás de todas estas maniobras, presumía yo, estaba Carlos Marcello, ayudado por su amigo Santos Trafficante, cuyos lazos con la Mafia marsellesa proporcionó la fuente de los ejecutores. Una de las muchas implicaciones de esta tesis sería que la CIA se hallaba situada en una posición imposible. Si mi reconstrucción de los hechos era correcta, entonces la Agencia había estado ligada, aunque fuera imperceptiblemente, con el asesinato, a través de sus relaciones con los cabecillas

de la conspiración. Podría haber sido movida por el chantaje, sin más elección que la de colaborar con los conspiradores a fin de enterrar la verdad.

Estas hipótesis de trabajo me servían para dividir el caso en mi mente en dos operaciones separadas: el emplazamiento de Oswald y el asesinato en sí mismo. Mi inclinación era la de concentrar mi investigación en la segunda, dado que mi principal fuente de información era Christian David, y él parecía tener más conocimientos del asesinato que de su puesta en escena.

A lo largo de este período el evidente hostigamiento a mi familia no se había interrumpido. Las llamadas sin voz se habían incrementado y en dos ocasiones encontré abierto mi apartado postal cuando acudí al mismo para comprobar si había carta de David.

Una mañana encontramos claras huellas negras de dedos alrededor de la ventanilla posterior de mi coche. Eran tan perfectas como si hubieran sido hechas por medio de un tampón negro. Forzar el coche hubiera sido fácil por lo que sospechamos que todo aquello era un intento deliberado de asustarnos.

Luego, unas cuantas noches después, tuvimos un auténtico sobresalto. Alrededor de las dos de la madrugada, nos despertaron unos fuertes golpes en la puerta. Yo corrí escaleras abajo y oí una voz que gritaba: «¡Fuego!»

Abrí la puerta y observé unos reflejos anaranjados en el porche. Nuestra basura, que horas antes había puesto en un cubo, estaba ardiendo. Pocos segundos después llegaron los bomberos. Uno de ellos me preguntó si yo había tirado algún combustible. Le contesté que no.

—Pues ardía como una antorcha —me comentó.

En abril, Jim Lesar me llamó para darme buenas noticias.

—Bud ha decidido financiar un viaje de investigación a Europa —me dijo—. Creemos que deberías irte hacia allá lo antes posible.

Desde mi regreso de Washington había escrito y dirigido algunos documentales, pero estaba muy claro que no podía ahorrar suficiente para un viaje decente. Las facturas se estaban amontonando y mi esposa había tenido que trabajar durante varias semanas sólo a media jornada por causa de una lesión en la espalda. Aquella noticia fue verdaderamente bien recibida.

Le dije a Jim que podría irme a finales de mayo. Él seguía luchando con el Gobierno para recuperar los papeles de David y sus posesiones personales y había presentado una querella contra los Comisarios Federales por asalto y violencia. Tenía también una serie de documentos para que yo se los entregara a los abogados franceses de David.

Para facilitar mi trabajo de investigación, la firma legal de Bud me había designado como investigador oficial para las querellas de David contra el Gobierno de Estados Unidos. Ellos escribirían al magistrado instructor de la causa en París, requiriéndole para que yo fuera autorizado a consultar con David en privado.

Por entonces estaba recibiendo dos o tres cartas al mes de David y éstas habían adquirido un tono familiar. Invariablemente se quejaba del trato recibido en Estados Unidos, aseguraba que era inocente del asesinato de Galibert y lamen-

taba la desaparición de sus papeles. Continuaba sin decir nada de los otros temas, pero seguía prometiendo que podríamos escribir un libro juntos. Entretanto, yo le había estado enviando alrededor de unos cien dólares al mes, todo lo que me era posible reunir.

Le escribí para decirle que iba a ir a visitarle y a llevarle algunos impresos que debía rellenar para recuperar sus posesiones. Él me contestó satisfecho con la idea y me pidió que intentara la publicación de algo en la prensa norteamericana que sus abogados pudieran utilizar para demostrar la ilegalidad de su deportación.

Al final, escribí las líneas generales de un reportaje sobre David, incluyendo algunas indicaciones de que había tenido conocimiento del asesinato de Kennedy, y lo envié a diversas revistas nacionales. Una por una, lo fueron rechazando. Nadie parecía estar interesado en la historia de David ni creer que podía contribuir de alguna forma valiosa al caso Kennedy.

Mi agente se había encontrado también con un muro de rechazo en sus esfuerzos para vender el proyecto sobre David. Un editor que se sintió atraído por el proyecto puso el tema en consideración de su consejo editorial. Mi agente me escribió explicándome el rechazo que inevitablemente se produjo. «El consejo estaba aterrorizado ante el tema del asesinato de Kennedy», me informó.

Pocas semanas antes de la fecha prevista para mi partida, mi esposa llegó desconcertada de su trabajo. Había almorzado ya tarde en un restaurante situado frente a la biblioteca. Ella era la única cliente hasta que entró un hombre negro, bien vestido y de mediana edad y se sentó cerca de ella. El hombre la contempló mientras ella comía y por fin se acercó a su mesa.

—Me estaba preguntando si me contestaría a una pregunta —le dijo sonriendo.

Ella nunca había visto antes a aquel hombre y estaba segura de que no era ningún empleado de la biblioteca. Pero le preguntó de qué se trataba.

—He hecho una apuesta con alguien —le dijo él—. ¿Puede usted decirme quién asesinó a Kennedy?

Se sintió sorprendida por la pregunta, incluso atemorizada, pero le respondió con calma. El hombre le dio las gracias, sonrió de nuevo y se marchó.

Estuvimos de acuerdo en que era difícil que se tratara de una coincidencia. Parecía que alguien me hacía llegar un mensaje, que alguien estaba vigilando a mi familia y quería que yo supiera que ellos conocían a mi esposa y el lugar donde trabajaba. Aquello me enfureció y me preocupó. Con todo, sentía que tenía la responsabilidad de seguir hasta la última pista sobre la muerte del presidente.

Durante los preparativos para el viaje acudí al supermercado, el mismo donde había comprado el *Informe* de la Comisión Warren, compré un rifle del calibre 22 y una caja de municiones, y le enseñé a mi esposa cómo utilizarlo. Yo odiaba las armas y lo mismo le ocurría a ella, pero sentía que no tenía elección.

Dejé Los Ángeles durante la última semana de mayo de 1985. Había planeado hacer una escala de tres días en Washington para consultar con Bud Fensterwald y Jim Lesar, antes de volar hasta París. Jim me recogió en el Aeropuerto Nacional

y nos reunimos con Bud para cenar. Éste me dio los nombres y direcciones de la gente que él y Gary Shaw habían entrevistado en Francia en 1982.

A última hora de aquella noche ayudé a Jim a trasladar archivos al nuevo Centro de Archivo e Investigación de Asesinatos. El CAIA, que consistía en cuatro grandes habitaciones con estanterías metálicas y armarios para expedientes, era una bendición para cualquiera que estuviera interesado en el tema de los asesinatos políticos. Estaba situado en el quinto piso de una vieja casa de piedra oscura que se levantaba entre casas de empeños y almacenes de saldos de la calle F. En la esquina se encontraba el Teatro Ford, donde Lincoln había sido asesinado.

Después de trasladar los archivos, Jim y yo pusimos los pies sobre la mesa y hablamos de mis planes para el viaje. Empecé, bastante excitado, a hablar de mi teoría de las dos conspiraciones. Jim me escuchó, con el ceño fruncido, para ver hasta dónde llegaba con mis suposiciones.

Cuando hube terminado, bajó los pies, se inclinó sobre la mesa y señaló:

—Estoy muy preocupado al oírte decir esto.

Le pregunté a qué se refería.

Me dijo que se me otorgaba una gran responsabilidad con aquel viaje a Europa y que creía que no era inteligente por mi parte ir hasta allí con ideas preconcebidas. Debía mantener la mente abierta si deseaba averiguar algo, de lo contrario estaría tentado a aceptar sólo aquello que encajara con mi teoría.

Estuve de acuerdo con él y le tranquilicé, asegurándole que se trataba de una hipótesis de trabajo, un intento de dar sentido a lo que sabía. Estaba preparado para defender mi esquema, pero estaba también listo para modificarlo o rechazarlo totalmente si disponía de nueva información. Dicho aquello, deseaba saber qué pensaba que podía haber de erróneo en mi teoría.

Su objeción fundamental era la falta de evidencia de que Oswald hubiera estado nunca envuelto en un complot para matar a Castro.

—Voy a tener que enseñarte algo acerca de las reglas de la evidencia —dijo, tras lo cual se dedicó a diseccionar mi teoría.

Tuve que aceptar que algunos de sus argumentos eran válidos pero, por primera vez, comprendí lo fuertemente que Jim creía en la implicación directa de la CIA en el asesinato. Dejó muy claro, mientras hablaba, lo seriamente que se tomaba la evidencia de que algunos agentes de la CIA, al menos, estaban ligados con los conspiradores más probables y habían tenido medios, motivos* y oportunidad de matar a John Kennedy.

Al día siguiente, Jim me presentó a un investigador privado que había trabajado para el Comité de Asesinatos del Congreso. Éste deseaba saber acerca del hostigamiento de que había sido víctima mi familia. Describí los incidentes y él afirmó que parecía una «vigilancia conminatoria».

—Es una táctica para hacerte saber que están vigilándote y para hacer que te lo pienses dos veces antes de seguir adelante con lo que tienes entre manos —me explicó.

* El poco entusiasta apoyo de JFK a la invasión de Bahía de los Cochinos y los grandes cambios que ordenó dentro de la CIA como consecuencia de su fracaso, son los dos motivos más a menudo citados para apoyar la tesis de la implicación directa de la CIA en su asesinato.

Pasé el tiempo que me quedaba en Washington buscando entre los archivos del CAIA. Un documento, que Jim había logrado conseguir del FBI a través de una de las múltiples demandas de libertad de información de Bud, contenía una frase alucinante... virtualmente la única que no había sido tachada. Se refería a las conspiraciones contra Castro y, en un párrafo que se refería a quiénes habían intervenido en las mismas, aseguraba que alguien «indicaba que se propuso la utilización de mercenarios de Córcega».

Dado que no existían tales mercenarios, aquello debía de ser una referencia a gángsters corsos. El documento estaba fechado el 21 de agosto de 1970, y parecía que la referencia correspondía a aquella fecha. Estaba intrigado por el hecho de que, en fecha tan tardía, los corsos fueran aún tenidos en consideración para el trabajo clandestino.

Bud se detuvo en el CAIA para decirme adiós y Jim y yo empezamos a prepararnos para ir al aeropuerto. Él había traído un nuevo juego de fotos del Misterioso Hombre de Ciudad de México que acababa de obtener de la CIA*.

El vuelo a París fue largo y aglomerado, y cuando llegué al Charles de Gaulle me sentía agotado. Fui recibido con muchos besos y abrazos por unos viejos amigos franceses, una pareja que eran los padrinos de mi hijo. Como siempre, se habían tomado un gran número de molestias y, en su casa, me sentí tal como pretendían, absolutamente mimado.

Mientras me metía en la cama noté que echaba de menos a mi hijo. Aquél era un momento crítico en su vida: hablaba ya bastante y empezaba a caminar. Había participado, más que la mayoría de padres, en sus primeros meses de vida y odiaba tener que separarme de nuevo de él. Pero aquélla era una carga que me imponía la investigación y que se iría volviendo más pesada a medida que pasara el tiempo.

A la mañana siguiente, mi primera visita en París fue a la asociación de veteranos de la OAS. Las dependencias, situadas en un tercer piso, estaban ocupadas por dos viejos caballeros, uno de los cuales llevaba un peluquín montado sobre su cabeza como un gorro de piel que le sentara mal. El otro tenía un parche en un ojo y una expresión hosca y recelosa.

Después de presentarme como un escritor norteamericano que realizaba una serie de artículos sobre los acontecimientos de Argelia, expliqué que deseaba reflejar el punto de vista de la OAS. El hombre hosco gruñó desagradablemente, pero el hombre situado debajo de la peluca me invitó a sentarme. Sugirió que me pusiera en contacto con algunos de los oficiales supervivientes de aquellos tiempos y escribió en una hoja de papel con membrete los nombres y las direcciones de varios miembros de la OAS de la zona de Toulon.

* Bud señaló que contenían cierto material nuevo e inesperado. Hacía años había reclamado el juego completo de fotos del Misterioso Hombre de Ciudad de México, tomadas por la CIA en México en 1963. La Agencia contestó que habían sido tomadas doce, de las cuales entregó once a Bud. La duodécima fue retenida por necesidad de la seguridad nacional. En respuesta a una nueva demanda, la CIA repitió que poseía sólo doce fotografías y que podía entregar once de las mismas, y así lo hacía de nuevo. Pero, para deleite de Bud, le entregó dieciséis fotos del Misterioso Hombre. Por lo tanto, conseguimos cinco nuevas fotos del mismo.

Añadí entonces, tan casualmente como pude, que estaba buscando a un hombre en particular. Saqué de mi bolso de viaje dos o tres fotos del Misterioso Hombre de Ciudad de México y se las entregué. Ambos las escrutaron y se mostraron de acuerdo en que les resultaba desconocido como miembro de la OAS.

Les di las gracias con cierta efusión y me fui.

Desde una oficina de correos efectué una docena de llamadas, intentando concertar algunas entrevistas. En media hora había conseguido varias, la primera de ellas un almuerzo con dos periodistas, Frédéric Laurent y Nina Sutton. Éstos habían escrito en colaboración un libro sobre el renacimiento durante la posguerra de la extrema derecha europea* y habían ayudado a Bud Fensterwald durante su viaje por Francia.

Encontré a Nina Sutton en su despacho en el *Nouvel Observateur*. Era una mujer grande, imponente y con aire de dura reportera. Laurent estaba esperándonos en un restaurante próximo. Éste demostró ser un hombre genial, con un no disimulado entusiasmo por el tema de los servicios de inteligencia.

Les expliqué que estaba siguiendo una nueva pista en el caso Kennedy y necesitaba contactos en la policía, el periodismo, el espionaje y los medios criminales. Laurent me preguntó si yo trabajaba en la línea seguida por Bud respecto a la OAS. Cuando le dije que aquello era parte de mi investigación, se mostró enojado.

—Le dije que era una pista falsa —insistió con exasperación—. Cuando estuvo aquí, le mostré evidencias de que todo surgía de un error burocrático.

Decidí entonces cambiar de tema y saqué las fotos del Misterioso Hombre de México. Ambos habían visto antes las fotos y ninguno de los dos tenían ninguna sugerencia que hacerme. Los detalles que les proporcioné sobre Vic no sirvieron de nada. Entonces pasé al tema de Lucien.

Sin revelar el nombre de Christian David como mi fuente, les dije que me sentía interesado por un asesino que tenía su base en Marsella a principios de los sesenta, llamado Lucien. Les pedí que me sugirieran quién podía haber sido.

Sutton me preguntó si no estaría hablando de Lucien Sarti. Había sido, me explicó, un asesino de la era Guérini que había estado asociado con la mayoría de gángsters corsos. Yo sabía de Sarti por mis lecturas y sabía también que había trabajado muy estrechamente con David en Iberoamérica. Dado que David aseguraba que no conocía el apellido de Lucien, yo tendía a rechazar tal idea.

Laurent sugirió que la persona mejor cualificada para identificar a Lucien era el antiguo inspector jefe de Marsella, Lucien Aimé Blanc, que recientemente había sido nombrado jefe de policía de Lille. Luego sacó su agenda y empezó a facilitarme nombres y direcciones de colegas de la prensa.

Después de esta reunión fui en busca de Olivier Schmidt. Bud le había descrito como a un viejo cronista de las actividades del espionaje que publicaba un diario en inglés y francés sobre temas próximos a la política. Tenía varias direcciones suyas y un número aún mayor de teléfonos.

El primer lugar donde le busqué fue en el patio de un edificio de apartamentos, al otro lado de la calle donde se hallaba el Departamento de Cine de la Uni-

* Sutton, Nina. Laurent, Frederick: *L'Orchestre Noir*, París, Stock, 1978.

versidad de París, donde antaño había estudiado yo. A juzgar por el aspecto del lugar y de los inquilinos que iban y venían, aquello debía de ser residencia habitual de estudiantes. Un timbre correspondiente a su piso estaba señalado con una etiqueta que decía: «Espionaje y Parapolítica.» Cuando llamé, abrió la puerta un joven alto, musculoso, con bigote y en calzoncillos. Pregunté por Olivier Schmidt.

El hombre me contempló detenidamente y contestó en francés que no estaba allí. Le pregunté cuándo estaría de regreso.

—No tengo ni idea —contestó con brusquedad.

Saqué mi libreta de notas y le dije que deseaba dejar un mensaje. Escribí rápidamente, apoyado en el umbral, doblé la nota y se la entregué. El joven la desdobló la miró y sonrió.

—Así que usted es la persona sobre quien me escribió Bud —me dijo en inglés—. Yo soy Olivier.

Me invitó a entrar mientras me explicaba que en su trabajo debía ser precavido. El apartamento era espacioso pero estaba repleto de ejemplares de su publicación, *Le Monde du Renseignement*, o sea, «El mundo del espionaje».

—¿Sigue aún Bud trabajando en el asesinato de Kennedy? —me preguntó—. ¿Estudia la vertiente francesa?

Le dije que sí y le pregunté qué pensaba al respecto.

Schmidt me dijo que había estado siguiendo las carreras de los terroristas de la OAS durante muchos años. Empezó entonces a citar nombres, fechas y operaciones con un impresionante dominio del tema.

Cuando hice recaer la conversación en el Congo, Schmidt me aconsejó que me fijara en un intento de 1966 de reinstalar a Moisés Tsombe como presidente de la congoleña provincia secesionista de Katanga.

—El golpe fue respaldado por la inteligencia francesa y por la portuguesa —dijo—. Pero todo se desmoronó cuando Tsombe fue secuestrado por la CIA. Si quiere saber algo más al respecto hable con Larry Devlin. Fue el hombre clave de la CIA en el secuestro de Tsombe.

Schmidt explicó que Devlin, el jefe de la estación de la CIA en Leopoldville, había sido durante mucho tiempo partidario y consejero del presidente congoleño Mobutu. Después de ayudar a instalar a Mobutu en el poder, se había asegurado de que sus oponentes fueran eliminados. Lumumba fue el primero en desaparecer, seguido por Tsombe.

Le pregunté por QJ/WIN y WI/ROGUE. Él admitió que su identidad era un gran secreto que había estado intentando penetrar durante años. No tenía ni idea de quiénes eran, dijo, pero pensaba que descubrirlo podía ofrecer una clave para la comprensión de todas las relaciones de posguerra entre los servicios de inteligencia y el crimen organizado.

Schmidt sacó entonces su agenda para facilitarme una serie de contactos y se ofreció a escribirles a fin de presentarme. Finalmente me instó a que le mantuviera informado de mis progresos.

Mi última cita del día fue con Gilbert Lecavelier, en el extremo norte de París. Bud había insistido en que le viera, asegurándome que era una fuente de incalculable valor sobre las actividades de los mercenarios y del espionaje de la extrema

derecha. Él mismo había sido un mercenario y miembro del SAC, aunque de una generación anterior a Christian David. Había también escrito un libro sobre el grupo, al que yo había echado una ojeada en el AARC[17]. Parecía ser una fantástica exposición de las relaciones entre el SAC y el partido gaullista.

Era entonces una hora punta, el metro estaba abarrotado y me costó mucho más tiempo del que había previsto llegar hasta el apartamento de Lecavelier. Me apresuré a lo largo de la estrecha y desigual calle y adelanté a un cómico con un mono sobre sus hombros. A uno de los lados, un hombre de unos cincuenta años y aspecto satánico estaba sentado sobre un muro bajo. Llevaba la cabeza afeitada, gruesos bigotes y me siguió fijamente con la mirada mientras corría frente a él, luego se puso en pie y me siguió al interior del edificio.

El lugar era oscuro, con una serie de estrechos pasillos que daban a un patio lleno de ropa tendida. Había media docena de escaleras y tuve que observar muy de cerca los nombres señalados en cada una de ellas. En un momento determinado, eché una mirada hacia atrás para ver al hombre de aspecto satánico de pie en el extremo más alejado del vestíbulo, mirándome. Me hacía sentir incómodo, pero decidí ignorarle.

Encontré la escalera de Lecavelier y empecé a subir. Pude escuchar pasos detrás mío. Cuando llegué a la puerta, llamé y me recibió una pequeña mujer euroasiática, envuelta en varias capas de tela estampada. Me dijo que su marido acababa de salir. Estaba a punto de marcharme cuando el hombre satánico se unió a nosotros en el rellano.

—¿Viene de parte de Fensterwald? —preguntó en francés. Me había acorralado contra el umbral, con su brillante calva y su colgante bigote casi pegados a mí.

Le dije que, efectivamente, venía de su parte.

—Yo soy Gilbert —anunció.

Su apartamento parecía una mezcla de templo budista y burdel tailandés. El techo estaba lleno de colgantes pañuelos multicolores y las paredes aparecían cubiertas por una diabólica colección de armas blancas. Recuerdos de Asia y África se amontonaban en las estanterías y una nauseabunda y dulzona nube de incienso aumentaba la sensación de sofoco de la habitación. El resto de la vivienda estaba oculto por cortinas de abalorios. A una señal de su esposo, la señora Lecavelier desapareció discretamente detrás de una de ellas.

—Llegaba usted con retraso —explicó Lecavelier—. Así que salí afuera por si le veía venir. En cualquier caso, prefiero ver a mis visitantes antes de que ellos me vean a mí.

Decliné su oferta de tomar una copa y me referí a una reciente carta suya en la que había indicado a Fensterwarld que sabía quién podía ser el Hombre de Ciudad de México.

—Marcel Ligert —dijo, después de tomar un trago—. Un mercenario. Francés. Especialista en artillería y bazookas. Le llamaban *L'Artificier*. Esto es un noventa y cinco por ciento seguro.

Le pregunté si tenía fotografías de este Ligert. Se encogió de hombros y se ofreció a buscar conmigo en sus álbumes. Éstos consistían, sobre todo, en recortes de diarios relacionados con actividades de los mercenarios, así como en fotogra-

fías suyas en diversas actividades como soldado, mercenario y gorila. No había fotografías de Ligert aunque sí aparecía muy a menudo el jefe de los mercenarios franceses, Bob Denart. Sabía que había sido una de las figuras más importantes de la guerra civil del Congo, junto con Jean Schramme y el inglés «Mad» Mike Hoare.

Mostré mi interés en hablar con aquellos hombres. Lecavelier me dijo que no sabía dónde estaba Denard, pero se ofreció a buscarle. Schramme, me informó, estaba en la cárcel, en el Brasil.

—Mike Hoare —añadió— se halla en África del Sur. Estaba relacionado con los asuntos de las Seychelles y ahora se ha escondido. Tengo su número. ¿Le gustaría hablar con él?

El asunto de las Seychelles era un torpe y cómico esfuerzo llevado a cabo por un puñado de mercenarios para derrocar al Gobierno de las islas en beneficio de los intereses del juego. Le dije a Lecavelier que me gustaría mucho hablar con él.

Lecavelier cogió el teléfono y quedé sorprendido de lo rápido que conseguía establecer comunicación. Mantuvo una breve y amistosa conversación que terminó con afirmaciones de que entendía perfectamente.

—Mike dice que lo de las Seychelles fue algo muy malo y prefiere no hablar con nadie por un tiempo —me dijo—. De hecho, estaba un tanto enfadado por el mismo hecho de que le llamara.

Toqué entonces el tema de Lucien y hablé sobre lo que sabía de él. Lecavelier no tenía ni idea de quién podía ser. No formaba parte de su círculo, según me aseguró. Mercenarios, sí; gángsters y asesinos, no.

Le dije que también estaba interesado en un hombre llamado Vic, un belga, mercenario y traficante de armas. Lecavelier sacó una gruesa agenda y escribió en un trozo de papel un nombre y un número.

—Éste es un viejo amigo de África —me dijo al entregármelo—. Se trata de Jean Courthay, un mercenario, una buena persona. Llámele cuando vaya a Bruselas. Asegúrese de decirle que va de mi parte.

Le di las gracias a Lecavelier y salí, contento de abandonar aquella pesada atmósfera. Estaba lloviendo ligeramente y me dirigí apresurado hacia el metro. Había sido un día muy largo pero sentía que había sido un inicio decente.

A la mañana siguiente me abrí paso entre los turistas para subir por las encristaladas escaleras hasta la biblioteca del Centro Pompidou. Había aprendido en las bibliotecas norteamericanas que la forma más eficiente de empezar una investigación era hacerse con la ayuda de la bibliotecaria. En consecuencia, me aproximé a una mujer joven, con el pelo teñido de rojo y le pedí su ayuda en la hemeroteca. Ésta quiso saber a qué me refería cuando hablaba de «ayuda».

Quedé un poco sorprendido por la pregunta, pero supuse que no me había expresado bien. Le expliqué que estaba buscando información acerca de mercenarios y contrabandistas de armas belgas de los años sesenta. La mujer pareció genuinamente perpleja.

—¿Qué desea que haga yo? —preguntó.

Estaba empezando a resultar claro que había un mal entendido entre nosotros. Le pregunté cómo debía actuar para buscar la información de las publicaciones. La mujer me contestó que era perfectamente libre de dirigirme a las estanterías y

buscar. Le pregunté entonces en qué orden estaban los periódicos y ella me dirigió una mirada de incomprensión.

—En ninguno —dijo.

Era cierto. Los periódicos estaban esparcidos por las estanterías, algunos boca arriba, otros boca abajo, otros medio abiertos. Las colecciones eran incompletas y los títulos estaban mezclados entre sí. Era un caos. Regresé desalentado al mostrador para volver a hablar con la bibliotecaria y pedirle los índices de los diarios. De nuevo la pelirroja me contestó con mirada de asombro.

—¿Índices...? —tartamudeó—. ¿De los periódicos?

Le expliqué tan brevemente como pude qué eran los índices. Una ligera luz de comprensión iluminó su rostro.

—¡*Le Monde* lo tiene! —declaró—. Pero, sabe, sólo publica su índice una vez cada seis meses.

Pasé varias horas excavando entre los diarios, buscando los años comprendidos entre 1960 y 1962. No pude encontrar nada sobre mercenarios, pero aproveché para leer lo publicado por la prensa sobre el asesinato. Aquello me recordó la alta consideración que los Kennedy se habían granjeado en Francia, donde habían sido tratados casi como monarcas por los periodistas. Eran jóvenes, eran poderosos, poseían encanto y, de repente, habían desaparecido en medio del misterio.

Tenía una cita al mediodía con Alain Dugrand, que Frédéric Laurent me había recomendado como una de las mejores fuentes sobre el hampa marsellesa y como un amigo excelente. Dugrand, que había residido en Marsella durante trece años como corresponsal del diario de izquierdas *Libération*, era ahora un respetado escritor, tanto de obras de ficción como de investigación.

El café estaba lleno y yo me mantuve en pie observando las mesas. Me preguntaba cómo podría reconocerle, cuando alguien me agarró por el codo.

—¿Steeeve? —dijo una voz.

Dugrand era un hombre bajo, un poco más pesado de lo debido y lucía unas gafas redondas. Vestía una arrugada camisa y tejanos. Nos encaminamos hacia una mesa al fondo del establecimiento. Mientras nos dirigíamos hacia allí, Dugrand se movió con agilidad por entre las otras mesas sin dejar de estrechar las manos de los camareros y de algunos de los parroquianos.

—¿Qué puedo hacer por usted? —me preguntó nada más sentarnos.

Nuestro camarero parecía realmente encantado de verle y extendió hasta mí su bienvenida. Dugrand parecía ser conocido y querido por todo el mundo.

Le dije que deseaba saber todo lo posible sobre los Guérini y sus asociados. A lo largo de un ligero almuerzo, trazó a grandes rasgos la historia del grupo de Marsella.

Los Guérini no eran jefes de una banda en el sentido norteamericano de la palabra, señaló, ya que la Mafia marsellesa estaba estructurada más horizontalmente que el Sindicato. La época de los Guérini se caracterizó por la disciplina, la lealtad y el honor, según la forma en que tales conceptos son entendidos en el *milieu*, tal como denominan los franceses a su hampa. Sólo posteriormente se rompieron las estructuras y, como consecuencia, se produjo el caos.

Le pregunté sobre las relaciones entre los Guérini y la Mafia norteamericana.

Dugrand dijo que tales relaciones fueron muy duraderas, basadas inicialmente en los lazos familiares de los Guérini y algunos de los mafiosos sicilianos. Aquello se tradujo en acuerdos comerciales que fueron de bajo nivel y muy amistosos hasta que los narcóticos complicaron las cosas.

Después de la muerte de Luciano y la lucha de poderes para sucederle, se desató la guerra, mediados los sesenta, entre los corsos y los sicilianos, continuó Dugrand. Ésta incluyó un intento por parte de los sicilianos de hacerse con las redes latinas de los corsos. El siciliano Tommaso Buscetta había sido enviado con tal propósito, pero fue incapaz de dominar a los corsos, encabezados por Ricord, David y Sarti. En lugar de ello, para evitar una guerra total, éstos le habían convertido en socio suyo[18].

Estaba disfrutando mucho de la conversación con Dugrand. Hablaba comiéndose las palabras y a menudo estallaba en rápidas y amistosas carcajadas. Me sorprendió lo bien informado que estaba y lo ponderado que era. Decidí contarle la naturaleza real de mi interés por Marsella. Mencioné que estaba en contacto con Christian David y pareció muy impresionado.

Cuál sería su reacción, le pregunté, si le dijera que David me había informado que Guérini proporcionó asesinos a la Mafia para un importante contrato a principios de los años sesenta.

Dugrand señaló que los americanos podían haberse acercado a Guérini a través de sus contactos mutuos en Sicilia. Apuntó que, en aquellos días, corsos y silicianos tenían buenas relaciones y a menudo conjuntaban sus esfuerzos.

Le indiqué que el contrato era tan importante como peligroso y le pregunté si imaginaba qué motivos podía tener Guérini para participar en tal empresa. Dugrand fue categórico: Guérini no habría hecho algo semejante por dinero, dijo, sino más bien por razones familiares o personales. Le pedí que se explicara mejor.

—Todo el mundo conocía a Mémé —dijo—, pero Antoine era el cerebro y el poder. Si los grandes mafiosos de Estados Unidos le pedían un favor, aquello les ponía en deuda con él. Y aquello era muy importante para Antoine. Primero, para ser tratado como un igual por los norteamericanos y, segundo, por el hecho mismo de que le debían un favor.

De acuerdo con David, añadí, un hombre llamado Lucien había aceptado el contrato. Dugrand no tenía ni idea de quién podía ser este Lucien, de forma que mencioné la sugerencia de Sutton en el sentido de que podría haberse tratado de Sarti. Asintió:

—No me sorprendería.

Dugrand me preguntó si podía decirle el objeto de contrato. Dudé unos instantes y luego contesté:

—El presidente Kennedy.

Sus cejas se arquearon por encima de los aros de metal de sus gafas.

—¿David le dijo esto?

Asentí.

—¡Cristo! —suspiró.

Yo me preguntaba por qué los grupos norteamericanos con todos sus mortíferos recursos tendrían que haberse dirigido a Guérini en busca de asesinos. Él

pensó un momento y luego fue dando varias razones a medida que iba enumerándolas con sus dedos.

—Si no deseaban utilizar a su propia gente —dijo—, no tenían más remedio que acudir a alguien ajeno. Necesitaban hombres blancos, ya que el trabajo era en el sur de Estados Unidos. Por lo tanto no podían ir a Beirut o a Hong Kong, donde hay también clanes de asesinos. Segundo, necesitarían asesinos buenos, experimentados. Tercero, querrían gente perteneciente a un *milieu* a prueba de fugas, alguien que compartiera su código de silencio. Cuarto, necesitarían asesinos que fueran desconocidos de la policía estadounidense y que, si eran capturados, no pudieran ser relacionados con ellos. Si uno buscaba unas personas así a principios de los años sesenta el único lugar donde podía encontrarlas era Marsella.

Dugrand me preguntó cuáles eran mis planes. Le dije que permanecería una semana en París antes de ir a Marsella. Él quiso saber si yo había estado antes allí y cuando le dije que no, me advirtió:

—Marsella no es una ciudad como las otras. Tiene cierta historia. Es un lugar extraño y peligroso. ¿Conoce a alguien allí?

Le dije que había conseguido uno o dos contactos.

Dugrand buscó en su portafolios y sacó una libreta de direcciones grande y manoseada. Era un gesto que, por entonces, había llegado ya a esperar. Mientras yo tomaba nota, me dictó más de una docena de nombres y números, al mismo tiempo que me daba algunos datos respecto a cada uno de ellos. Algunos eran periodistas, otros abogados y había uno o dos policías. Todos ellos, me dijo, eran más o menos amigos y me instó a que utilizara su nombre al establecer contacto.

Él también estaría en Marsella la próxima semana, me dijo mientras cerraba su libro de direcciones, y me hizo prometerle que le llamaría tan pronto como llegara allí. Antes de separarnos, Dugrand tenía aún otro consejo que darme.

—Hay una forma para entrevistar a los *marseillais* —dijo—. Primero, debe invitarles a cenar y hablar de aquello que ellos deseen. Luego debe invitarles a beber pastis, y después más pastis. Con suficiente pastis, si lo desean, hablarán. Pero sólo si usted les cae bien.

Lamenté que Dugrand se marchara. Me había gustado desde el primer momento y mi admiración por él había crecido a medida que hablábamos.

Realicé entonces el recorrido por las fuentes de Bud en los diarios, que iban desde *L'Express* hasta *Le Canard Enchaîné*, *Libération* y *France-Soir*. Todos aquellos con quien hablé fueron corteses y me ofrecieron las habituales direcciones de conocidos que podían serme útiles, pero no obtuve información ni de Lucien ni de Vic. En *France-Soir* pedí si podía estudiar ejemplares atrasados del diario y me enviaron a la archivera.

El viejo montacargas me subió dos pisos y me dejó frente a una doble puerta. Éstas daban a un espacioso archivo lleno de filas y filas de expedientes cuidadosamente ordenados. Tres o cuatro conserjes se dedicaban a pegar recortes de periódicos a cartulinas rojas o azules.

La archivera apareció por entre los estantes de carpetas. Era una mujer bajita, bien vestida y que respiraba organización por todos los poros. Vino hacia mí con

mirada inquisitiva, como si yo fuera sobre todo una pregunta que debiera ser contestada.

Me presenté como un escritor norteamericano que estaba escribiendo un libro sobre el crimen organizado y las actividades clandestinas. Me habían dicho, le expliqué, que ella podría ayudarme a identificar a un pistolero y mercenario belga llamado Vic o Nick. Sonrió con auténtico encanto y me contestó, con el bajo tono de voz propio de una biblioteca, que intentaría ayudarme.

Se dirigió hacia una larga fila de archivadores colocados a lo largo de una pared y empezó a sacar fichas señaladas con las palabras «Belgas», «Traficantes de armas», «Marsella» y «Congo». Tomé asiento y ella empezó a traerme carpetas y carpetas de las estanterías, clasificadas de acuerdo con el nombre y con los artículos dispuestos en su interior por orden cronológico. Después del caos del Centro Pompidou, aquello me pareció poco menos que milagroso.

En pocas horas había reunido una lista de once belgas que habían sido arrestados por tráfico de armas durante el período en cuestión. Uno de ellos se llamaba Nicolas y otro Dominick, pero ninguno de ellos parecía encajar con Vic. De todas formas tomé sus datos en mi libreta de notas.

Durante todo el día había estado intentando localizar al inspector Aimé-Blanc en Lille. Mediada la tarde al fin lo conseguí. Se trataba de una persona cortés pero ocupada. Me preguntó qué podía hacer por mí. En consecuencia, le planteé una pregunta: si alguien había alquilado un cualificado asesino en Marsella a través de Antoine Guérini, a principios de los sesenta y si el nombre de éste era Lucien, ¿cuál podía haber sido su apellido?

Sin la menor vacilación, Aimé-Blanc respondió:

—Sarti.

La respuesta se había producido tan rápida que yo repetí el nombre interrogativamente.

—Sin duda alguna —me confirmó.

Pregunté entonces si había oído hablar de un asesino y traficante de armas belga, con base en Marsella y llamado Vic o Nick. Me contestó que no.

Desde el mismo teléfono llamé a Roger Colombani, un conocido reportero especializado en el crimen en Marsella, quien me dijo que podía dedicarme quince minutos. Su oficina resultó estar en un anónimo edificio de una callejuela próxima a los Champs Élysées y me costó un irritante montón de tiempo localizarla. Cuando al final di con ella, Colombani se estaba poniendo el abrigo para marcharse.

Era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, rostro abierto y amistoso y una gran calva. Mientras descendíamos por las escaleras hacia la calle, le pregunté acerca de Lucien. Colombani me dijo que no le gustaría especular sobre su identidad, pero cuando le mencioné mi conversación con Aimé-Blanc, me contestó con seguridad:

—Si Aimé-Blanc dice que es Sarti, entonces es que es Sarti.

Le mostré rápidamente fotografías del Misterioso Hombre de Ciudad de México y, para mi sorpresa, me dijo que le parecía reconocerlo. Intenté presionarle para que me diera un nombre. Pensó durante un buen rato junto a la puerta

de su coche y, finalmente, se disculpó por no ser capaz de recordarlo. Me dijo que estaría en Marsella, me dio un número y me invitó a que cenáramos juntos en su hotel una vez ambos estuviéramos allí.

A última hora de aquella tarde hablé con dos periodistas y un agente superior de policía de París que estuvo de acuerdo con la sugerencia de Aimé-Blanc en el sentido de que el Lucien que yo buscaba era Sarti. Aquella noche, en el apartamento de mis amigos, registré todo aquello en mi grabadora, junto con mi perplejidad por el hecho de que David hubiera asegurado no conocer el apellido de Lucien. Dadas las estrechas relaciones existentes entre ellos, aquello era incomprensible. Si «Lucien» era Sarti, David lo sabría sin duda alguna.

El tema me impulsó a reconsiderar a Christian David como fuente de información. ¿Por qué me habría puesto en la pista de Lucien al mismo tiempo que me obligaba a perder tiempo descubriendo su identidad, si él la conocía ya? Decidí que estaba jugando conmigo y recordé la observación de Fensterwald en el sentido de que «un taimado como éste jugará contigo constantemente si tú le dejas».

Me enojé conmigo mismo por no haberlo comprendido antes. Era evidente que David no daría información voluntariamente, en especial información que pudiera comprometer su seguridad. Estaba chalaneando con nosotros; migajas de información a cambio de nuestra activa dedicación a su caso. El resto dejaría que lo descubriera por mí mismo, si es que podía.

La idea me indignó. Era consciente de que nunca antes había tratado con un hombre como Christian David. Había empezado a pensar en él como en un amigo, pero ahora comprendía que había sido un ingenuo. No podía tratar a David de la misma forma en que siempre había tratado a los demás. Éste claramente no actuaba dentro de ninguna pauta de moralidad que yo conociera. Hasta donde podía juzgar, sólo reconocía una ley: su propia supervivencia.

El que yo hubiera podido sentirme comprometido con semejante hombre era algo que me dejaba perplejo. Él representaba todo lo que yo despreciaba: la violencia, la corrupción política y las drogas. Con todo, dado que deseaba la verdad sobre la historia de mi país, parecía necesario tratar con él. Pero, aunque él conociera la verdad, me preguntaba, ¿sería alguna vez posible obtenerla a través suyo?

Establecí la necesidad de encontrar una foto de Lucien Sarti y me dirigí a las agencias gráficas y de prensa de París sin ningún éxito. Debería esperar a tener mejor suerte en Marsella. El resto de la semana lo pasé reuniéndome con docenas de personas que me ayudaron a conseguir una mejor comprensión de la época y el ambiente en que estaba interesado.

Uno de los últimos y más fructíferos encuentros que tuve en París fue con Jean-Michel Charlier, un conocido periodista de televisión. Nos encontramos en el bar de Fouquet's, en los Champs Élysées*.

Charlier había hecho tres documentales sobre el asesinato de Kennedy y uno

* Aquel fue, según supe más tarde, un curioso lugar de encuentro, ya que Fouquet's fue antaño propiedad, al menos en parte, del hombre del que se decía era el principal rival de Guérini.

sobre los pilotos mercenarios en el Congo. Me explicó que una noche, cuando se encontraba en Nueva Orleans realizando una investigación sobre los antecedentes de Carlos Marcello y de sus relaciones con Ferrie y Bannister, al regresar al hotel se encontró a un hombre que estaba esperándole en su habitación. Charlier quedó sorprendido y molesto por aquella intrusión y amenazó con llamar a la policía. En aquel momento, el hombre sacó una pistola y le dijo que se tranquilizara y escuchara.

Le indicó a Charlier que no pretendía causarle daño, sino que, por el contrario, lo habían enviado para ofrecerle un consejo amistoso. Charlier debía ser cuidadoso con quien hablaba y con las preguntas que formulaba. Nunca debía salir solo y debería identificar por anticipado la identidad de cualquiera a quien pensara entrevistar. Una vez entregado su mensaje, el hombre se guardó el arma y se fue. Charlier estaba seguro de que había sido enviado por Marcello.

Charlier me explicó que su trabajo le había convencido de que Marcello había estado detrás del asesinato, junto con Trafficante. Creía también que Oswald había sido un desertor ficticio y que sus conexiones con los servicios de inteligencia habían ayudado a los gángsters a situarle en su papel. No se trataba de que la CIA estuviera implicada como tal, sino de que individuos concretos pertenecientes a la misma habían colaborado con los conspiradores y que tales hombres seguían siendo aún extremadamente peligrosos para cualquier persona que investigara el caso en profundidad.

Saqué la foto de Vic y Charlier no le reconoció, pero dijo que podía enviarme a varias personas que tal vez le conocieran si realmente era un mercenario del Congo. Sacó la inevitable agenda y me leyó los nombres que había reunido durante su trabajo con los pilotos del Congo. La mayoría de ellos estaban en Bélgica, excepto uno que, con gran sorpresa por mi parte, resultó hallarse en California.

Este último hombre, llamado Léon Libert, era un belga que, según Charlier, había trabajado en el Congo para la CIA. Ahora era un piloto dedicado al fumigado de cosechas en el valle de San Joaquín y probablemente estaría dispuesto a hablar conmigo.

Respecto a Lucien, Charlier no tenía nada que sugerirme pero me instó a que entrevistara a un joven magistrado que había reemplazado al famoso juez Michel, asesinado en Marsella en 1982 mientras encabezaba una guerra contra la Mafia corsa. Me dio su nombre, Patrick Guérin, y su número de teléfono. Cuando le pregunté si podía indicarme un agente de policía honesto de Marsella, Charlier se rió.

—Si lo que busca es un policía *honesto* —me dijo—, va a ir al lugar equivocado.

A pesar de que yo había ido a la universidad en Montpellier, en la costa mediterránea, nunca había estado en Marsella. Incluso entonces me había parecido un lugar extraño e intimidador sobre el que corrían rumores de trata de blancas y del que emanaban los vapores del tráfico de drogas como las débiles señales de un planeta distante.

El lunes por la mañana salí para coger el TGV de las siete de la mañana, el

ferrocarril de alta velocidad, en la Gare de Lyon, cargado con dos bolsas de comida y bebida amontonadas para mí por mis amigos. Llegué solo hasta la parada de metro, cogí algunos bocadillos y una botella de agua y entregué el resto a varios vagabundos que dormitaban en los asientos de plástico de la estación.

Poco después de mediodía, el tren llegó a Marsella, primero a través de una zona de almacenes y luego de modernos polígonos industriales, antes de girar en dirección al mar. La Gare St. Charles era más pequeña de lo que había esperado. Cargué con mi maleta y salí afuera, al brillante y cálido resplandor del sol. Unas palabras de una canción, *Au soleil de Marseille, quelle merveille*, acudieron a mi mente.

Más allá de la estación y al pie de unas imponentes escaleras había varios hoteles baratos. Me encaminé al que tenía un aspecto menos corrupto de todos ellos, donde un hombre muy gordo y simpático me guió por una desigual escalera y un alfombrado pasillo hasta una habitación bastante estrecha. El suelo y el techo no eran paralelos lo que producía un efecto un tanto desorientador. Para mi consternación, no había teléfono. Era un lugar vulgar y deprimente, o sea que dejé mis cosas y salí a recorrer la ciudad.

La estación estaba rodeada de calles estrechas y repletas de tiendas. Era como estar en el norte de África, con hombres de piel oscura y escaparates llenos de extraños pasteles. Había mucho griterío en árabe y apresurado avanzar a codazos, brillantes ropas expuestas para su venta y un olor de carne sudorosa. No era exactamente tal como había esperado y me sentía encantado.

Tardé más de una hora en recorrer las intrincadas calles antes de desembocar en un amplio bulevar. Allí me encontré con el mar: estaba en el Vieux Port, el corazón de Marsella y su barrio más famoso. Aquí se había iniciado la ciudad hacía dos mil quinientos años y aquí también los Guérini habían reinado, instalados en su club, desde el que se divisaban los amplios muelles y los oscilantes buques. El bulevar por el que había descendido era la Cannebière, la calle más famosa de Marsella, que dividía la ciudad y que había recibido el nombre de la cannabis, un comercio casi tan antiguo como la propia ciudad.

El Vieux Port era una gran ensenada rectangular. A lo largo de su parte frontal se divisaba la ininterrumpida sucesión de cafés del Quai des Belges, mientras que a ambos lados de los muelles surgían restaurantes con amplias marquesinas y bloques de apartamentos. El muelle de la izquierda, según uno miraba hacia el mar, era el Quai de la Rive Neuve. Éste terminaba en una colina coronada por dos pétreos fuertes y una catedral, dedicada a la Virgen, que resultaba visible desde cualquier punto de la ciudad. Frente a él, discurría el Quai du Port con su propio fuerte en el extremo final.

En el brillante sol, todo el lugar resplandecía y creaba un efecto tranquilo y translúcido. Me senté encantado en una mesa exterior del café Le New York, en el Quai des Belges, pedí un pastis y disfruté de todo aquello.

Terminada mi bebida, entré en el bar, adquirí media docena de fichas telefónicas y empecé a llamar a mis contactos. Mi primera llamada fue para Alex Panzani, un reportero de uno de los tres diarios de Marsella, *Le Provençal*, a quien Dugrand había calificado de amigo y de valiosísima fuente de información. Éste me dijo que

si quería podía reunirme de inmediato con él en un bar situado detrás del Palacio de Justicia, no muy lejos del Viejo Puerto.

El Bar du Palais era una guarida para los abogados que trabajaban en los casos en curso. Cada mediodía y al final de las sesiones de los tribunales, el estrecho bar se llenaba de humo y de periodistas que trasegaban whiskies y pastis detrás de montones de diarios. Las conversaciones eran rápidas, intensas y a veces alegres. Permanecí junto a la puerta un tanto estupefacto por toda aquella conmoción.

Un hombre grande, de hombros redondeados, escaso pero ensortijado pelo negro, gruesos labios y cara de luna me saludó desde la barra. Panzani vestía unos arrugados tejanos de pana, una camisa deportiva y una chaquetilla de trabajo del ejército norteamericano. Calculé que estaba cerca de los cuarenta.

Nos estrechamos la mano y él pidió una bebida para mí, mi segundo pastis del día. Le dije que estaría una semana en la ciudad efectuando investigaciones.

—¿Sobre qué? —preguntó. Tenía acento marsellés, no excesivamente pronunciado aunque se comía las palabras y hablaba tan rápido que me costaba mucho entenderle.

Le contesté que estaba escribiendo un libro sobre los Guérini y su relación con los servicios de inteligencia norteamericanos. Le dije también que estaba intentando identificar al hombre de una fotografía.

—Déjamela ver —me dijo, utilizando el informal tuteo desde el primer momento. Saqué mis fotografías de Vic y se las entregué. Se giró hacia la luz e interpuso las fotos contra ellas como si mirara a través suyo, luego me las devolvió.

—No me dicen nada —dijo—. ¿Qué sabes acerca de este individuo?

Cuando le dije que creía que era belga y que había estado en Marsella a principios de los sesenta, Panzani chasqueó la lengua.

—Esto fue hace mucho tiempo y había muy pocos belgas. Deberás mostrar esta fotografía a los más viejos, tanto periodistas como abogados. Éste, por ejemplo, Jelabert, un viejo abogado de las bandas. Conoce a todo el mundo.

Hizo un gesto con la cabeza señalando hacia un hombre encorvado y de bastante edad que estaba sentado en una mesa de la esquina. Frente a él se hallaba sentado un hombre joven, con gafas, que leía el periódico del día.

Panzani encargó otra ronda de bebidas y nos abrimos paso hacia Jelabert.

—*Maître* —dijo Panzani, utilizando el título honorario aplicado a los abogados—, éste es un colega de Estados Unidos. Está efectuando una investigación.

Jelabert me miró y me ofreció la mano. Me senté en un banco junto a él y le invité a un trago. Pidió un pastis e insistió en que yo bebiera con él.

Parecía tener más de setenta años y andar escaso de salud. Mientras añadía agua a su vaso, le pregunté si me podía ayudar a identificar a alguien y le ofrecí las fotos de Vic. Las estudió, sacudió la cabeza y me las devolvió. Después, pensándomelo mejor, saqué las fotos de Frenchy, el pequeño vagabundo de Dallas.

—Sí —dijo—, conozco a este hombre. —Hizo memoria, arrugó el ceño—. Un corso... de principios de los sesenta...

—¿Y se llamaba...? —interrumpí, incapaz de contenerme.

Pensó durante un buen rato, contemplando la fotografía.

—No consigo dar con el nombre —dijo por fin.

Le señalé lo importante que era para mí identificar a aquel hombre, pese a que no podía explicarle la razón.

Volvió a pensar mientras sorbía su bebida con los ojos cerrados.

—Tal vez la French Connection —dijo, utilizando la expresión inglesa—. Creo que fue arrestado en Estados Unidos.

El joven periodista sentado al otro lado de la mesa dejó el diario a un lado, nos miró y pidió permiso para ver las fotos.

Las miró y luego asintió.

—Creo que conozco esta cara. Tiene aspecto de corso... el pelo, la barbilla saliente... ¿Cuándo fueron tomadas?

—En 1964 —dije yo para no provocar ninguna asociación con la muerte de Kennedy.

El joven asintió.

—Estoy de acuerdo con Maître Jelabert. Creo que era un traficante de aquella época. ¿No sabe cómo se llama?

—No —repliqué.

—Hay un colega de mi diario que puede saberlo —se ofreció—. Pasó mucho tiempo, en otras épocas, cubriendo la información sobre la French Connection. Su nombre es Ives Gaveriaux. Le encontrará en *Le Méridional*. Dígale que le envía Claude Maubon.

Le Méridional era el diario conservador de Marsella, en contraste con el izquierdista *Le Marseillais* y el moderado *Le Provençal*.

Me reuní en la barra con Panzani y antes de que tuviera tiempo de objetar, éste llamó al camarero y pidió otra ronda.

—Mira, déjame estas fotos del belga —dijo— y yo las haré circular entre algunos amigos: policías, reporteros, gente del *milieu*. A ti no te hablarían, pero yo les conozco, ya sabes. Me limitaré a mostrarles las fotografías y a ver cuál es su reacción.

Le entregué media docena de copias que él se guardó en el bolsillo interior de su guerrera.

—Ven a buscarme aquí dentro de unos días y te contaré lo que haya averiguado —me dijo.

Salimos y caminamos hacia el Viejo Puerto. Le pregunté dónde podría encontrar una foto de Lucien Sarti.

—Prueba en el archivo fotográfico de *Le Marseillais*. Está junto a esta esquina —gruñó—. Sarti fue bastante famoso, deben de tener su foto. Si no la tienen, prueba con Pierre Domenech, el jefe del departamento gráfico de *Le Méridional*.

Le di las gracias y seguí sus indicaciones hasta llegar a *Le Marseillais*. Entre el licor y la perspectiva de identificar a Frenchy, empezaba a sentirme inspirado, casi bullicioso.

El resto de la tarde, de todas formas, resultó ser un tanto decepcionante. A pesar de su gran cordialidad —y de la botella de pastis que apareció tan pronto supieron que yo era norteamericano— los archiveros de *Le Marseillais* no pudieron encontrar ninguna fotografía de Lucien Sarti. Por lo que respecta a Vic, creían estar seguros de que se trataba de un corso llamado Marius Salvati.

—Salvati estuvo con Sarti en Bélgica, cuando mató al policía. Era el jefe de los *Blouses Grises*, una banda de los años cincuenta y sesenta —me explicó uno de ellos.

Me dieron varias fotos suyas y, aunque tenían un cierto parecido, yo no estaba convencido.

A la mañana siguiente cogí un taxi desde el Viejo Puerto hasta las oficinas de *Le Méridional*. Estaba dispuesto a actuar sobre el supuesto de que Sarti era mi Lucien, y encontrar su fotografía se había convertido en algo prioritario.

El departamento gráfico estaba en el último rincón del tercer piso. Pierre Domenech se sentaba al fondo, y estaba examinando unas fotografías con un compañero. Me presenté y me senté.

La mesa de Domenech era el centro de una continua actividad. Miembros de su equipo llegaban corriendo con las cámaras colgadas al cuello y dejaban fotos frente a él o recogían otras. Algunos bromeaban con él, otros recibían instrucciones.

Finalmente, me dedicó su atención, apoyando sus antebrazos sobre la mesa. Su compañero, un hombre bajo con pantalones tejanos, se sentó en el alféizar de una ventana inmediata, dando evidentemente por supuesto que él tomaba parte en la conversación.

—¿Qué puedo hacer por usted? —me preguntó Domenech, mirándome por encima de las gafas.

Saqué las fotos de Vic y Frenchy y ellos las estudiaron. Ninguno de los dos pudo decirme nada. Luego les hablé de Lucien, y Domenech me sugirió el nombre de Sarti. Le pregunté si tenía alguna foto suya.

—Sarti... Sarti... —dijo—. Debemos de tener una, ¿eh, Roger? —dijo, dirigiéndose a alguien que debía estar en la habitación contigua—. Ve a ver si tenemos una foto de Sarti, Lucien. —Pronunció «Luciengg», con un fuerte acento del sur.

Les dije que estaba interesado en los Guérini, en especial en Antoine. Domenech me contó brevemente la historia del clan. Resaltó que los Guérini gobernaban Marsella en los viejos tiempos, conjuntamente con el famoso alcalde socialista Gastón Deferre. Aquélla era una extraña alianza, señaló, ya que los gángsters generalmente se asociaban con la derecha. Pero Deferre y Guérini se respetaban mutuamente. Como resultado de ello, se había producido una mínima incidencia del uso de la droga en Marsella. Todo aquello, en cualquier caso, había cambiado con la muerte de Antoine y el desmantelamiento del imperio de los Guérini.

Pregunté entonces por los asesinos que estaban a las órdenes de los Guérini.

—Guérini estaba rodeado de ellos —dijo—. Todos mataban. Era lo que se esperaba de ellos. Era un estadio que necesitaban atravesar para afianzarse en el *milieu*.

¿Era Sarti uno de los asesinos de los Guérini? Domenech no lo creía.

—Sarti nunca perteneció realmente al gang de los Guérini —aseguró—. De hecho, prefería operar fuera de Marsella, especialmente en Bruselas.

Roger regresó para decir que no tenían fotos de Sarti, lo que sorprendió e irritó a Domenech.

—Vaya a ver a Louis Rancurel, aquí al lado en *Le Provençal* —me dijo—. Le llamaré para decir que va para allá.

Mientras él hablaba por teléfono, el otro hombre habló desde el alfeizar.

—Supongo que ya sabe —dijo con el ceño fruncido— que esto que hace es peligroso.

—¿A qué se refiere?

—A venir a Marsella, así, por las buenas, y empezar a hacer preguntas sobre los Guérini. Por supuesto sus tiempos han pasado, pero, con todo, siguen siendo un tema candente. Debe ser cuidadoso con quién habla y sobre lo que pregunta.

Después de decir aquello se marchó. Domenech colgó el auricular y me indicó que tal vez me gustaría visitar el club de Antoine Guérini. Le pregunté dónde estaba.

—En el Quai des Belges, encima del hotel Mediterrané. Es el Club Annabelle. Creo que lo están reformando, pero aún puede ir.

Le dí las gracias por su ayuda y cuando estaba ya a punto de irme, me detuvo.

—Mire —dijo—, voy a darle un número de teléfono. No está en el listín y yo no suelo ofrecerlo. Pero si quiere saber de los Guérini, éste es el hombre con quien debe hablar.

Me lo describió como a un agente de policía retirado que conocía por dentro el viejo *milieu*. Era tal vez, dijo, la persona mejor informada acerca de los Guérini.

—Cuando le llame dígale que yo he afirmado que debe hablar con usted. Pero debe ser discreto con él, está en una situación delicada.

Me levanté para marcharme, pero lo pensé mejor y le pregunté quién era el actual propietario del Club Annabelle.

—No estoy seguro —dijo Domenech—, el último resultó muerto de un disparo la pasada semana.

Le Méridional y *Le Provençal* estaban en lados opuestos del mismo edificio. Louis Rancurel no sabía nada sobre Lucien o sobre Vic, pero sí tenía una foto de Sarti. Me llevó al cuarto oscuro mientras me hablaba de los viejos días de la banda de Marsella. A medida que hablaba, empapaba una hoja de papel en el revelador.

—Los Guérini lo gobernaban todo —murmuró—, lo poseían todo. Ellos hacían su propia ley y la ley les respetaba. En sus tiempos había reglas, no como ahora. Ahora todo es de los jóvenes, que se matan entre sí por una nadería.

Mientras iba apareciendo la imagen de Sarti le pregunté a Rancurel quién estaba ahora al frente.

—Nadie —me contestó—. Éste es el problema. Por esto hay guerra.

En la imagen fotográfica apareció primero el texto impreso al pie de la imagen. Era una foto carnet con el nombre, marcas de grapas y una fecha: 4 de junio de 1960. Luego, mientras esperaba en medio de la luz roja, un rostro tomó forma.

Sarti podía haber pasado perfectamente desapercibido en medio de una multitud. Tenía un rostro oval, con una gran nariz, gruesos párpados y ojos ligeramente oblicuos. Las sombras bajo los ojos daban a su cara un aspecto abotargado. Las orejas estaban muy hacia atrás de la cabeza, la boca era llena y la mandíbula firme. El pelo era oscuro y corto y la raya era tan recta que no parecía natural. No había ni la menor señal de sonrisa en sus ojos, que miraban directamente a la cámara, mientras la cabeza se destacaba contra una cortina que servía de telón de fondo. Se trataba de una fotografía de escasa calidad, de un hombre de aspecto vulgar y de unos treinta años de edad.

Me pregunté, mientras Rancurel levantaba la goteante fotografía y la colgaba para que se secara, si estaba contemplando el rostro de un hombre que había asesinado al presidente de Estados Unidos.

Regresé al Viejo Puerto para almorzar y llamé al oficial de policía retirado cuyo número me había dado Domenech. Una voz delgada y envejecida, con fuerte acento de Marsella, respondió a mi llamada. Le expliqué que monsieur Domenech me había sugerido que hablara con él.

—¿Domenech, Pierre? —quiso saber—. Es una excelente persona... sí, una excelente persona. —Hablaba rápida y enfáticamente.

Le dije que estaba haciendo una investigación sobre Marsella en los días de los Guérini.

—¿Está usted llamando desde un teléfono público? —preguntó el hombre de repente.

—Sí, en efecto. Estoy en un restaurante.

—¿Puede oírle alguien?

Su tono era tan urgente que no pude dejar de mirar a mi alrededor.

—No —le dije.

—Bueno, bueno. No le diga a nadie que ha hablado conmigo. ¿De acuerdo? Si es usted amigo de Domenech le recibiré. —A continuación me dio el nombre de un café del Viejo Puerto donde debía encontrarme con él a la mañana siguiente, a las ocho de la mañana—. Esté allí y lea un diario norteamericano. Yo le encontraré a usted —concluyó.

La conversación había terminado en cuestión de segundos. Me había impresionado en seguida la forma apresurada de hablar de aquel hombre y su preocupación por la seguridad. Mientras me sentaba a cenar, elegí instintivamente una mesa alejada de la ventana y me situé de espaldas a la pared. Marsella era un lugar verdaderamente extraño, un lugar donde el recuerdo de los gángsters muertos seguía inspirando miedo.

Aquella noche, mientras me acostaba, pensé que mis dudas sobre si la CIA y los cubanos anticastristas podían haber matado a Kennedy con tanta habilidad, tanto silencio y tan permanente éxito no debían seguir preocupándome. No creía que hubieran podido hacerlo. Pero los corsos sí podían, y tal vez lo habían hecho.

Por la mañana corrí bajo la lluvia hacia el lugar donde debía encontrarme con el agente de policía retirado. Tomé asiento en el café que me había indicado y me puse a leer el *International Herald Tribune*. Al cabo de pocos minutos, un hombre bajo, vestido con una chaqueta de *tweed* y sombrero, pasó entre los peatones, me miró, se detuvo e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Luego siguió adelante y se sentó en una mesa próxima al fondo del restaurante.

—Dígame, dígame, monsieur, ¿de qué forma puedo ayudarle? —me preguntó cuando me acerqué a él.

Sus ropas estaban raídas y los tacones de los zapatos muy desgastados. Pero se comportaba con considerable seguridad y la percepción de su antigua importancia. Ordenó que le trajeran un café.

Había algunos hombres a quienes estaba intentando identificar, dije. Saqué en primer lugar las fotos de Vic.

Las miró durante mucho rato. No, no sabía quién era.

Le pregunté entonces si podía ser Salvati.

—No, definitivamente, no. No puede ser Salvati. ¿Cuándo fue tomada? ¿En el 64? Absolutamente, no. —Me devolvió las fotografías y cogió mi codo con una delgada mano.

—Escuche, monsieur, yo conocí a Salvati, era casi como un hijo para mí, le arrestamos muchas veces. Le conocía, lo sabía todo sobre él, y él me respetaba. En aquellos días no era como ahora. Si uno jugaba limpio, ellos te respetaban. Uno debía ser severo pero recto, y lo entendían. Hoy se matan entre ellos, no como antes.

Me preguntó quién era el hombre de la fotografía y yo le conté todo cuanto sabía. Movió la cabeza con énfasis.

—Déjeme verla de nuevo... No, si es lo que usted dice, no tenía su base en Marsella. Yo hubiera conocido a un hombre así. ¿Se la ha enseñado a Domenech? ¿No lo reconoció? Entonces...

Me sugirió que se la enseñara a Roger Ardouin, que durante mucho tiempo había sido corresponsal de la emisora *Europe 1*.

—Es una buena persona. Ha estado en Marsella durante más de veinte años. Dígale que yo le envío. Y se lo aseguro, monsieur, si Ardouin tampoco conoce a este hombre, entonces es seguro que no estuvo nunca en Marsella por mucho tiempo.

Luego le mostré la foto de Frenchy, a quien tampoco reconoció. Le dije que Jelabert y otros habían dicho que era un corso, un traficante de los sesenta. De nuevo sacudió la cabeza.

—Este rostro no me dice nada. Si es lo que usted dice, no podía ser de Marsella... No en tiempo de los Guérini.

Entonces le planteé una pregunta hipotética: si hubiera deseado contratar a asesinos de alta calidad en Marsella, de principios de los años sesenta, ¿a quién hubiera elegido? Pensó en ello durante mucho rato antes de contestar.

—Esto es algo que hubiera dependido de para quién fuera el contrato —dijo—. Esta última circunstancia hubiera representado una considerable diferencia.

Le dije que el contrato era para un funcionario norteamericano, alguien importante. Movió la cabeza.

—Los asesinos de Marsella no lo hubieran hecho. Había reglas con respecto a los contratos. No se mata a determinado tipo de personas por medio de un contrato: policías, jueces, funcionarios gubernamentales por encima de cierto nivel. Algunas veces, por ejemplo, se ofreció un contrato para Deferre, pero nadie quiso aceptarlo.

Le aseguré que una buena fuente me había dicho que un contrato para un político norteamericano había llegado hasta Antoine Guérini y que éste había suministrado el asesino. Le pregunté quién, en su opinión, podía haber sido.

De nuevo se tomó mucho tiempo para reflexionar.

—Si hubiera llegado un contrato semejante, Antoine no lo hubiera ofrecido a ninguno de sus propios asesinos. Éstos lo hubieran rechazado. Lo sabía, era inteligente. La persona de más alto nivel jamás asesinado en Marsella bajo contrato había sido Robert Blémant, el que había sido inspector jefe y que había trabajado para los Guérini. Para ello, Mémé había reunido un grupo especial encabezado por su propio hijo adoptivo, René Mondoloni. No, Antoine nunca lo hubiera ofrecido a su propia gente.

Se detuvo a pensar de nuevo y luego siguió, lenta y deliberadamente.

—Si usted dice que hubo tal contrato, le creeré. Usted parece un investigador serio. En este caso, había sólo dos personas a quien Antoine hubiera ofrecido tal contrato... Christian David y Lucien Sarti.

Me quedé estupefacto. No se había pronunciado hasta entonces el nombre de ninguno de los dos. Intenté ocultar mi reacción y pregunté por qué había elegido aquellos dos.

—Primero, porque no pertenecían al círculo de Guérini. David era de París, y Sarti no era del Viejo Puerto... trabajaba en cualquier parte. Segundo, porque eran personas extremadamente peligrosas y excelentes asesinos. Tercero, porque estaban lo bastante locos como para aceptar un contrato así. David, ya lo sabe, tenía una reputación de loco. Era capaz de cualquier cosa. ¡De cualquier cosa! Y Sarti, era malo, muy malo. Mató a un policía. Ambos lo hicieron.

Una vez más tuve que tomar la decisión de si confiar o no en mi interlocutor. Lo había hecho con Dugrand y decidí hacerlo de nuevo. Necesitaba la ayuda de aquel hombre, necesitaba tener acceso a su amplio conocimiento de Marsella.

Le expliqué que estaba en contacto con Christian David y que había sido él quien me había hablado del contrato.

—David... —repitió el hombre asombrado—. Es usted fuerte, monsieur, muy fuerte. ¿Le ha visto usted?

Le conté que le había visto, varias veces. Luego le miré directamente a los ojos para no perderme su reacción y le dije que el contrato había sido el del presidente Kennedy.

Las cejas del viejo policía se elevaron, luego su rostro se arrugó con expresión de incredulidad. Sacudió la cabeza.

—Jamás había oído algo semejante —aseguró—. ¿Fue el propio David quien se lo dijo? No, no, monsieur, si tal contrato hubiera llegado a Marsella, yo lo habría sabido. Mire, monsieur, escuche —y me agarró de nuevo por el codo—, teníamos informadores en el *milieu*, incluso entre los guardaespaldas de Guérini. Si le hubiera llegado un contrato de esta importancia, yo habría tenido noticia de él. Si se hubiera producido el más leve murmullo al respecto, yo lo habría oído.

Le respondí que David aseguraba que Antoine le había ofrecido el contrato y que él lo había rechazado, pero que un cierto Lucien había aceptado.

—¡Eso es! —exclamó, golpeándome el hombro con el dorso de la mano—. Está hablando de Sarti. ¿Dijo Sarti o Lucien?

—Aseguró que no conocía el apellido.

—Bien, sin duda era Sarti.

Le pregunté si creía que David había rechazado el contrato.

—No mucho. Si Antoine ofrecía un gran contrato no se podía rechazar. Verdaderamente, no lo ofrecía si pensaba que podía ser rechazado. Tener conocimiento de algo semejante y luego rechazarlo significa volverse muy peligroso.

Era posible, pues, dije, que cuando David aseguraba que había rechazado el contrato estuviera mintiendo.

—Sí, sí —asintió—. Pero, monsieur, le aseguro que nunca oí nada de tal contrato en Marsella. Fíjese, el caso de Blémant, de Robert Blémant, un antiguo inspector de la DST* y uno de los mayores gángsters de Marsella. Cuando decidieron matarle se trató de un asunto muy grande. Pero esto... Kennedy... Es increíble.

Me preguntó a quién tenía previsto ver. Mencioné al juez Guérin, el sucesor del juez Michel.

—¡Ah, Michel! —suspiró, meneando la cabeza—. Estaba aquí hace sólo unos años. ¡Qué tragedia! Aunque él nunca entendió Marsella.

Le pregunté qué quería decir.

—Michel era *un dur*. Solía decir: «prefiero que diez hombres inocentes vayan a la cárcel que dejar libre a un culpable». No se puede actuar de esta forma en Marsella. Por supuesto, le mataron. Fue algo obvio.

Le pedí que me diera su impresión sobre Guérin.

—Un hombre excelente. Totalmente incorruptible. Vaya a verle, pero no le diga que ha estado conmigo.

Acordamos que volveríamos a reunirnos antes de que yo me marchara de Marsella. Nos estrechamos la mano y el me dio un beso en cada mejilla.

—Está usted realizando una magnífica investigación —me dijo, mirándome directamente a los ojos—. Me parece muy bien lo que está haciendo, monsieur.

Salió a buen paso del café. En un instante había desaparecido entre la multitud que ya de buena mañana llenaba el Quai de la Rive Neuve.

Los estudios de *Europe 1* estaban en la Cannebière, no demasiado lejos del Viejo Puerto. Tomé el ascensor hasta el despacho de Roger Ardouin, pero él no estaba. Arranqué una hoja de mi libreta de notas, y le dejé el número de teléfono de mi hotel, con la petición de que me llamara tan pronto como pudiera.

Era casi mediodía cuando me encaminé hacia el Palais de Justice, con la esperanza de ver al juez Patrick Guérin. Su predecesor, Michael, había sido asesinado mientras investigaba las relaciones entre las mafias corsa y siciliana[19]. En verdad, si la teoría de Dugrand sobre el contrato de Kennedy era cierta y éste había llegado a los corsos a través de los sicilianos, el trabajo de Michel pudo haber sido mucho más peligroso de lo que él jamás llegó a comprender. ¿Era posible, me pregunté, que Michel hubiera tropezado con el contrato y hubiese sido muerto precisamente por ello?

No tenía cita previa pero convencí al policía de guardia en recepción que estaba en la ciudad sólo durante aquel día y que necesitaba ver al juez. Llené un impreso solicitando una entrevista y el guardia me pidió que esperara.

La sala de espera era una deslustrada habitación con luces de neón y sillas de

* La Dirección de la Seguridad Territorial es la sección del Gobierno francés encargada del contraespionaje dentro del país, el equivalente del FBI.

plástico a lo largo de las paredes. Había una media docena de visitantes esperando, en su mayoría gitanos o árabes, que hablaban en murmullos de delitos relacionados con ellos o sus parientes. Después de aguardar durante más de dos horas, el policía me dirigió escaleras arriba.

Cuando entré en el despacho de Guérin, éste no se levantó para recibirme sino que hizo un gesto desde detrás de la mesa para indicarme que me sentara. Estaba ya muy nervioso por la larga espera y aquellos bruscos modales sólo sirvieron para irritarme aún más.

Guérin era mucho más joven de lo que yo pensaba. Tendría unos treinta años. Era delgado, enérgico y extremadamente metódico en sus maneras. Fui directamente a la cuestión.

Le dije que había viajado desde Los Ángeles para buscar información en torno a un asunto de gran importancia. Saqué las fotos de Vic y Frenchy y las deposité al otro lado de la mesa y, sin darle tiempo a objetar, le pregunté si conocía a algunos de aquellos hombres.

—Veamos, ¿de qué se trata? —preguntó, echando un vistazo a las fotos y mirándome a mí por primera vez.

Le dije que mi asunto se relacionaba con un antiguo crimen en el que habían participado asesinos marselleses. Luego le pregunté si era cierto que se había hecho cargo de los archivos del juez Michel.

—En parte, sí —dijo. Resultaba evidente que le había cogido por sorpresa y que debía decir lo que pretendía antes de que reaccionara y me despidiera de su despacho.

Así, dije que tenía información que podía relacionarse con la muerte de Michel. Éste había estado estudiando las relaciones entre las mafias corsa y siciliana y yo tenía razones para creer que tal relación implicaba un secreto del que Michel no había sido consciente.

Guérin me miró detenidamente, intentando decidir evidentemente si estaba loco o no.

—¿Qué tipo de secreto?

Le dije que una fuente bien situada me había dicho que a Antoine Guérini le habían entregado un contrato para la eliminación de un político norteamericano. Yo creía que habían contratado a asesinos corsos para realizar tal trabajo, entre ellos Lucien Sarti. El contrato, concluí, había sido para el presidente Kennedy.

Guérin me observó intensamente, luego se levantó de su silla y caminó rápidamente hacia la puerta. Estaba seguro de que iba a echarme de allí. En lugar de ello, cerró bien la puerta y regresó a su asiento tras la mesa.

—Déjeme ver de nuevo estas fotografías —dijo.

Se las entregué y él volvió a mirarlas. No reconoció a ninguno de los dos hombres y me preguntó quiénes eran. Se lo expliqué brevemente.

—¿Qué espera usted que yo haga al respecto? —dijo.

Le expliqué que si los dos hombres habían tenido su base en Marsella, yo necesitaba saber quiénes eran. Asintió y me preguntó si podía quedarse algunas de aquellas fotografías. Se las mostraría a colegas que habían conocido Marsella en los viejos tiempos.

Le di las gracias y le dije que le llamaría antes de marcharme.

Salí, sintiéndome algo desconcertado. Comprendía que debía haberle parecido al juez algo loco. Pero, al menos, me había escuchado. Su gesto de cerrar la puerta, comprendí entonces, era típico de Marsella. Era una ciudad en donde uno debía hablar en voz baja, incluso en los círculos oficiales; una ciudad que tenía una historia de castigo a la franqueza.

Decidí pasar la tarde buscando a Vic en los muelles. Empecé en el Quai de la Rive Neuve, preguntando a los vendedores callejeros de mariscos si reconocían al hombre de las fotografías. Finalmente, me remitieron a cierto monsieur Plenco, que, me dijeron, había vendido en el puerto durante treinta años. Si alguien podía recordar a tal hombre, debía ser él.

Encontré a Plenco en su parada de la plaza Thiarz, una agradable explanada por encima del Viejo Puerto. Era un hombre nervudo, desdentado, que vestía pantalón corto y una camiseta y cuyo puesto estaba repleto de redes de pesca llenas de mariscos.

—¡Ah, sí, sí! —exclamó cuando le mostré a Vic—. Le recuerdo bien. Era un individuo grande, pesado. —Cuadró los hombros y sacó pecho para acompañar sus palabras con elocuentes gestos. Aquello era casi un eco de la descripción que la CIA había hecho de Vic en 1963, en su informe al FBI. Le pedí a Plenco más detalles.

—Solía trabajar en el Viejo Puerto. Bueno... esto debía ser hace veinte años. Recuerdo que siempre iba por ahí en pantalón corto. Sí, era belga.

Le pregunté si podía recordar su nombre. Giró su nervudo cuello y bizqueó. Por fin, denegó con la cabeza.

—Pruebe en la *Société nautique*, en el Viejo Puerto —me aconsejó—. Hay allí algunas personas que conocieron el puerto en aquellos días.

Le di las gracias y descendí por la escalinata hacia el Quai. La Sociedad Náutica estaba situada en una pequeña gabarra y tuve que bajar a una plancha para llegar hasta ella. Dentro había ocho o diez hombres que compartían un tardío almuerzo. Después del fuerte brillo del sol en el puerto, al principio me resultó difícil distinguir nada en la penumbra de la barcaza. Se pasaron las fotografías de uno a otro, pero nadie reconoció a Vic. Me indicaron que probara con los agentes de aduanas, cuyas oficinas estaban en otra gabarra.

Allí, la plancha estaba cerrada por una puerta. Grité varias veces antes de que apareciera un hombre con equipo de buceo y un fusil submarino en la mano. Me preguntó qué quería y yo le mostré las fotos. Entonces llamó a un hombre de mucha más edad que iba vestido con pantalón corto y un jersey roto de pescador.

—Si alguien le recuerda ha de ser él —me dijo el submarinista.

El viejo escrutó a Vic durante mucho rato antes de declarar que no le conocía. Me preguntó luego si había probado en los bares de La Joliette, los muelles de carga que estaban más allá, a lo largo de la costa.

—Había uno allí que era propiedad de un belga. Todos los belgas se congregaban allí en los viejos tiempos —me explicó.

La idea de recorrer los bares de los muelles de Marsella intentando identificar

a un asesino belga no era algo que me entusiasmara de antemano. Pero si deseaba encontrar a Vic debía hacerlo.

A última hora de la tarde, mientras el sol se ponía, me dirigía a La Joliette. La zona portuaria consistía allí en un par de amplios muelles, uno a lo largo de la costa y el otro que penetraba en el mar. Había atracados algunos barcos herrumbrosos, un buque de guerra noruego y, en el extremo más alejado, una patrullera francesa. Entre ambos se hallaban los ferries que tomaban pasajeros y automóviles para el norte de África. Una fila de hombres y mujeres con fardos atados y sostenidos sobre su cabeza esperaban junto a uno de ellos.

Deambulé por allí contemplando los bares. Había como dos docenas, agrupados junto a un grueso muro por encima del cual discurría una *autoroute* atascada por el tráfico.

Elegí la *brasserie* de aspecto menos siniestro, respiré hondo y entré. Era un rincón con una barra baja, suelo cubierto de serrín y varias mesas desnudas. Me sentí aliviado al ver lo que parecía ser una familia, unos diez hombres y mujeres, que terminaban de comer en dos mesas unidas junto a la ventana. Me senté cerca del fondo y llamé a la camarera, una mujer marchita de unos cincuenta años, pelo teñido de rojo y gruesas rodillas que asomaban por debajo de la falda corta.

Le pedí la carta.

—¿Carta? —dijo—. No tenemos carta. Sólo tenemos una cosa. ¿La quiere?

Le pregunté de qué se trataba.

—Guisado de carne.

Serviría, le dije. Éste resultó ser una aguada mezcla de verduras entre las que reconocí algunos trozos de carne. Tenía un sabor correoso.

Cuando terminé de comer, el lugar no parecía más amenazante que la comida y llamé al hombre que estaba en la barra. Le expliqué que yo era un escritor que hacía unas investigaciones en Marsella. Me preguntaba si podría ayudarme.

El camarero me miró por encima de sus gruesos brazos, con el prominente estómago inclinado sobre mi mesa. ¿Qué deseaba saber?

Saqué una foto de Vic y le expliqué que aquel hombre había trabajado hacía unos años en los muelles. ¿Por casualidad le reconocía? Tomó la fotografía con sus dedos gordezuelos y la estudió acercándosela mucho al rostro. No, no le conocía.

Estaba a punto de darle las gracias y guardar la foto pero, antes de que pudiera hacerlo, el camarero se dirigió hacia las personas que estaban junto a la ventana.

—¡Eh! —dijo—. Aquí hay un americano que busca a alguien. ¿Alguno de vosotros conoce a este tipo?

Entregó la foto al hombre que estaba en la cabecera de la mesa. Los otros se inclinaron para verla. Era ya demasiado tarde para protestar. La foto iba de mano en mano, aunque nadie reconoció a Vic.

Mencioné que se trataba de un belga. ¿No había en los muelles un bar propiedad de un belga? Me dijeron que, en efecto, había uno. Estaba algunas puertas más allá y el nombre del propietario era Léon.

Les agradecí su colaboración y salí. No podía dejar de sentir que, a medida que me acercaba al siguiente bar, el mundo se iba a acabar para mí.

Dos o tres bares y cervezas después encontré a Léon. El lugar estaba desierto.

Pedí una cerveza y le pregunté si era cierto que él era belga. Me contestó que, en efecto, lo era y que conocía a la mayoría de los belgas que trabajaban en los muelles. Cuando le mostré la fotografía de Vic, de todas formas, León sacudió la cabeza.

—Éste... no creo —dijo—. Tal vez en tiempos de mi padre. Yo me hice cargo del bar cuando él murió.

Le pregunté cuándo había sido eso.

—Ocho años... casi nueve. ¿Estuvo éste aquí antes de ese tiempo?

Era un decepcionante final para una encuesta desagradable. Di las gracias a aquel hombre y me marché.

Visité todos los demás bares del puerto. Para cuando hube terminado era ya de noche y había consumido más de veinte cervezas. Caminé inseguro hacia el extremo del muelle y me senté con las piernas colgando en el borde. Las luces del puerto se reflejaban en un agua aceitosa en la que, de vez en cuando, aparecía la negra capucha de un submarinista. Detrás mío resonaba la música de rock que salía de los bares.

Permanecí allí sentado, malhumorado y triste. La información que buscaba no cabía duda que estaba guardada en los archivos de Washington o detrás de la inescrutable fachada del cuartel general de la CIA, en Langley, Virginia. Sin embargo, yo me veía forzado a recorrer los muelles de Marsella en un desesperado esfuerzo por descubrirla. Yo era un ciudadano, murmuré para mí, y tenía derecho a la verdad sobre la historia de mi país.

Gradualmente, mientras contemplaba al submarinista que se hundía una y otra vez en las negras aguas, comprendí lo enorme, lo profundo que era el pecado que se había cometido contra nosotros. Tan profundo que había infectado incluso mi propia existencia. Yo era un marido, el padre de un niño, un hombre con una carrera y más deudas de las que podía afrontar. ¿Qué estaba haciendo en aquella extraña y peligrosa ciudad, buscando en los bares a un asesino anónimo?, me pregunté. Y en aquel momento me sentí espantosa e infinitamente solo.

La visión de Alain Dugrand, al día siguiente en Le New York, fue reconfortante. Había llegado a Marsella el día anterior y se había ofrecido a presentarme a algunas de sus fuentes. Mientras bebíamos café, hablamos sobre los acontecimientos y yo le expliqué que por entonces estaba seguro de que Lucien era Sarti. Luego preparamos una serie de reuniones con varios notables abogados marselleses.

Encontré que tales caballeros formaban un extraño surtido, decepcionantemente comunicativo. Uno se ofreció a coger las fotos de Frenchy y llevarlas consigo a Córcega donde pasaría el fin de semana. Otro prometió enviarme una copia de su expediente sobre Sarti, a quien una vez había representado. Un tercero, un hombre muy anciano a quien Dugrand describió como el principal defensor de la banda de Marsella, proclamó nada convincentemente que no sabía nada sobre Sarti y que no reconocía ni a Vic ni a Frenchy.

Alrededor del mediodía regresé a mi hotel para recoger los mensajes que hubiera. Había llamado Roger Ardouin, pidiéndome que siguiera buscándole hasta

que le encontrara. También había llamado Colombani para decirme que estaba en Marsella pero que, inesperadamente, tenía que marcharse aquella misma tarde. Y, con gran sorpresa por mi parte, el juez Guérin también había llamado.

No le había dado ni el número ni el nombre de mi hotel, y supuse que había hecho que la policía me localizara. Hasta entonces no había obtenido ningún resultado con mis fotos pero, con mi permiso, se las quedaría para continuar sus pesquisas.

Llamé a Alex Panzani y quedamos en que me reuniría con él en el Bar du Palais quince minutos más tarde. La habitual multitud de abogados y periodistas se había ya congregado en el interior del bar. Allí me encontré con Claude Maubon.

—¿Por qué no vienes esta tarde al diario? —me dijo—. Te presentaré a Gaveriaux. Puede ayudarte.

Le prometí que lo haría. Charlamos durante diez minutos. Luego pasaron veinte, media hora y no había señales de Panzani. La marea de periodistas iba en descenso y el humo de sus cigarrillos se disipaba. Estaba a punto de rendirme cuando éste apareció con una hora y cuarto de retraso.

—Mira —dijo, reuniéndose conmigo en la barra—. Estuve con una pandilla de tipos del *milieu*, gente de los viejos tiempos. Estuvimos bebiendo juntos la pasada noche. Es el tipo de gente con quien tú no podrías reunirte.

El camarero le había servido un pastis sin necesidad siquiera de que lo pidiera. Le añadió agua y tomó un sorbo.

—Así que, cuando hubimos bebido bastante, saqué tus fotos como si acabara de darme cuenta de que las llevaba, y pregunté: «¡Eh!, ¿alguien conoce a estos individuos?» —Panzani estaba muy cerca, casi encima mío y hablaba en voz muy baja.

—Todo fue muy casual, de forma que nadie sospechó nada y nadie tenía motivos para mentirme. Doce, tal vez quince de aquellos *voyous* echaron una mirada... y nadie los reconoció. —Vació el vaso—. Para mí esto significa que no eran de Marsella. Lo siento.

Me devolvió las fotografías, manoseadas y dobladas. También me informó que Dugrand y yo íbamos a cenar aquella noche con él.

Le dije a Panzani que tenía que irme de inmediato. Justo antes de que él llegara con tanto retraso había por fin hablado con Roger Ardouin, el periodista de *Europe 1* que el policía retirado me había recomendado. Me había dicho que fuera a verle antes de media hora ya que debía ausentarse para cubrir una información.

Ardouin se marchaba, protegido con una gabardina y un sombrero flexible, cuando yo llegué totalmente empapado tras correr todo el rato bajo un repentino chaparrón. Era un hombre calvo, de unos cincuenta años y con una cuidada barba negra. Al verme dejó su maletín en el suelo y me dijo que podía dedicarme cinco minutos.

—Déjeme verlas, déjeme verlas —dijo impaciente cuando le mencioné las fotos. Las miró rápidamente—. No, no, a éste no le conozco... Ni a éste tampoco. No sé quiénes son. ¿Dice que los otros no les han reconocido tampoco? No creo que fueran de Marsella. ¿Hay algo más? Realmente debo irme...

Fuera, la lluvia repentina había cesado y el Viejo Puerto relucía. Me detuve en una cafetería para secarme, comer algo y pensar. El día, hasta entonces, había sido

un fracaso. Los abogados no habían aportado nada y la no identificación por Ardouin de Vic y Frenchy venía a unirse a las de Domenech y del policía. Se me estaban acabando los contactos y el tiempo y aún debía ir a Bruselas y regresar a París para ver a David.

Tomé un taxi hasta la redacción de *Le Méridional* y pedí autorización para consultar los archivos en relación con Lucien Sarti y Christian David.

La mayoría de recortes era del invierno y la primavera de 1966. En febrero de aquel año, tanto David como Sarti habían matado a sendos policías, según se informaba. David en París y Sarti en Bruselas. La coincidencia era sorprendente. Ninguno de los dos hombres había cometido aquel tipo de delito ni antes ni después. El que ambos lo hubieran cometido con pocos días de diferencia parecía verdaderamente muy extraño.

Había las fotografías habituales de David, con aspecto más joven y duro. Por lo que respecta a Sarti, la única foto que aparecía en los diarios era la que yo poseía ya.

De hecho, era aquella foto la que había identificado a Sarti como el asesino del policía belga. Procedía de un carnet de identidad que se había hallado en la escena del crimen. Los tres agresores del policía habían cargado su cuerpo en el portaequipajes de su coche y lo habían escondido en una playa. Aunque, pese a sus esfuerzos por ocultar el crimen, habían dejado tras ellos la fotografía de Sarti. El nombre del carnet, Sabatier, era falso... por supuesto. Pero ¿qué posibilidades había, me pregunté, de que un criminal tan experimentado como él hubiera perdido su carnet de identidad en el escenario de un asesinato?

Respecto a su propia acusación de asesinato, David había insistido en que, cuando Galibert murió, ninguno de los delitos por los que era buscado hubiese representado más de tres años de cárcel. ¿Por qué tenía que matar, pues, a un agente de policía, un crimen que, en la Francia de entonces, casi con toda certeza le representaría la pena de muerte?

Había aún otro misterio: ¿Por qué Antoine Guérini ayudó a los dos asesinos de policías a huir a América del Sur, arruinándose a sí mismo en el proceso? Por lo que se sabía, no debía a David ni a Sarti nada que justificara aquel riesgo. ¿Acaso aquello no sugería que existía una deuda, mucho más grande de lo que nadie sospechaba?

Verdaderamente, si David y Sarti habían matado al presidente por Guérini, esto representaba que otra pregunta encontraba respuesta. Porque si David y Sarti habían sospechado que los buscaban en relación con el asesinato, razoné, aquello hubiera justificado que corrieran el riesgo de matar a un policía.

Cuando hube terminado en el archivo, subí para entrevistarme con Yves Gaveriaux. Era un hombre de aspecto impresionante, alto, con un ancho bigote y porte militar. Maubon nos presentó y explicó en pocas palabras mis deseos. Gaveriaux pensó durante unos instantes y luego sugirió que yo podía hablar con un amigo suyo a quien no quiso nombrar. Era, dijo Gaveriaux, un policía, un *commissaire*, que estaba en Marsella desde los años sesenta. Conocía muy bien el viejo *milieu* y era famoso por su memoria. Acepté encantado.

Gaveriaux llamó a su amigo y le preguntó si aceptaría entrevistarse con un colega norteamericano. Después de que colgara, me dijo que me reuniera con él al día siguiente, a las diez, en el café Corsican, en la zona norte de Marsella. Su amigo se reuniría con nosotros.

Aquella noche Dugrand y yo cenamos con Alex Panzani. Éste vivía en un amplio apartamento, en la calle Paradis, no lejos del Viejo Puerto. Cenamos en el jardín, que estaba lleno de flores salvajes y cuyo centro era dominado por un sauce a cuyo alrededor jugaban dos gatitos. Sólo cuando habíamos terminado de cenar le dije a Panzani la naturaleza real de mi investigación. Pareció sinceramente preocupado.

Señaló que nunca había oído hablar de nada semejante, pero añadió que aquello no significaba que no hubiera sucedido. La trama tenía cierto sentido, y las personas que citaba eran capaces de cualquier cosa. Pero, si fuera cierto, añadió, las implicaciones serían enormes. Marsella estaba aún dominada por gente peligrosa, y tales revelaciones podían provocar una explosión.

Dugrand añadió que, si tal contrato había existido, redefiniría la totalidad de las relaciones no sólo entre las mafias francesa y norteamericana, sino también entre ambas mafias y los servicios de inteligencia franceses y estadounidenses. Verdaderamente, pensaba, representaría un punto de inflexión en la estructura de las relaciones surgidas tras la guerra entre Estados Unidos y Francia.

Yo hasta entonces no había concebido el caso en tan amplios términos y, mientras hablamos en aquel pequeño y silencioso jardín, encontré la idea tranquilizante. Con todo, les señalé, ahora sólo estaba preocupado por dilucidar los papeles jugados por Lucien y Vic. Después, sería necesario determinar las identidades de los otros hombres implicados y, si estaban aún vivos, ponerles a disposición de la justicia.

Aquella noche, mientras mecanografiaba mi informe a Bud Fensterwald y a Jim Lesar, tuve la seguridad de que me estaba acercando a aquellos que habían estado relacionados con el asesinato del presidente. Aunque, al hacerlo, comprendí que mi objetivo inicial de identificarles ya no era suficiente. Lo que ahora deseaba era no sólo saber quiénes eran sino también contemplar como las puertas de la cárcel se cerraban detrás suyo.

El amigo de Gaveriaux era un hombre muy alto y corpulento, de más de sesenta años, con una melena gris y escrutadores ojos azules escondidos detrás de unas gafas. Vestía una camisa con el cuello desabrochado y una chaqueta muy ligera cuando se reunió con nosotros en el café Corsican.

—Éste es el comisario Barbaza —dijo Gaveriaux—, de la brigada de estupefacientes de Marsella.

Aquél era un lugar muy ruidoso, lleno de madrugadores jugadores que efectuaban apuestas estridentes para las carreras de caballos. Nos sentamos en una mesa situada en la parte posterior a fin de poder hablar con tranquilidad.

Barbaza había estado en la policía marsellesa desde 1962 y había conocido a la mayoría de miembros del viejo *milieu*. Por lo que se refería a Lucien, pensa-

ba que había varias posibilidades, pero que la de Sarti era, con mucho, la más probable.

No reconoció a Vic, pero su descripción de Frenchy fue exactamente igual que las de Jelabert y Maubon: un traficante y asesino corso de los años sesenta. Creía, añadió, que había sido arrestado en Estados Unidos. Como los demás, sin embargo, no pudo recordar su nombre. Prometió revisar algunos viejos archivos para encontrarlo.

Entonces le pregunté por las relaciones entre los grupos de Estados Unidos y de Marsella. Barbaza se puso un cigarrillo en la comisura de los labios y me ofreció una breve explicación. Me dijo que Montreal era el punto de enlace en aquellas relaciones y mencionó que en 1967 o 1968 el jefe del grupo de Montreal, un hombre llamado Cotroni, había acudido a Marsella a reunirse con Mémé Guérini.

Durante una hora hablamos sobre la época de los Guérini y, al final, Barbaza sugirió que me reuniera con él a las seis de la tarde. Nos encontraríamos en la entrada principal del metro de la estación de St. Charles. Me diría entonces lo que había encontrado en los archivos. Cuando nos marchábamos, me preguntó si había hablado con alguien de la DEA (Drug Enforcement Administration) en el Consulado norteamericano local.

—Vaya a verles —me dijo Barbaza—, son buena gente y tienen unos archivos considerables.

Aquélla era una idea que no me había pasado siquiera por la cabeza y decidí ponerla en práctica de inmediato. Me dirigí hacia el Consulado, llegué a la puerta principal y le dije al guardia de seguridad francés que deseaba hablar con alguien de la DEA. Esperaba que me abriera la puerta pero, en lugar de ello, me dijo que no podía entrar.

—A menos que alguien salga a recibirle, no puede usted entrar —me dijo.

Me quedé sin habla. Yo era norteamericano, le dije, y aquél era mi consulado.

—Debe usted conseguir que alguien le reciba —insistió el guardia.

Me indicó un teléfono público situado al otro lado de la calle. Todo aquello parecía una charada estúpida, pero efectué una llamada telefónica al consulado que se hallaba delante de mis narices. Cuando un hombre de la DEA se puso al aparato, le expliqué que era un escritor de California que estaba efectuando una investigación en Marsella.

—¿Qué clase de investigación? —quiso saber la voz.

Le expliqué que estaba relacionada con traficantes de droga corsos. Estaba intentando identificar a algunas personas, y deseaba que alguien de la DEA viera unas cuantas fotografías y tal vez me contestara a una o dos preguntas.

—No —dijo la voz.

No estaba muy seguro de haber oído bien.

—¿Quiere usted decir que se niega a ayudarme?

—Exactamente.

—¿No quiere echar un vistazo a estas fotografías?

—No miraré ninguna fotografía.

—¿Y ni siquiera me dejará entrar?

—Eso es.

Me sentía indignado. Le dije que tanto en París como en Marsella había entrevistado a docenas de periodistas, abogados, policías y hasta criminales franceses y que nadie me había rehusado su cooperación. Y ahora la gente que realmente cobraba para ayudarme no me dejaba siquiera entrar en mi propio consulado.

—Lo siento —dijo la voz, y colgó.

Le había prometido a Jim Lesar que durante mi estancia en Marsella vería a uno de los abogados de David, Sophie Bottai. Su despacho no estaba lejos del consulado, así que me encaminé hacia allí, rabiando y maldiciendo por mi encuentro con la diplomacia norteamericana.

Sophie Bottai resultó ser una elegante mujer de cuarenta años con su pelo rubio severamente recogido en un moño. Tenía una voz profunda y unos modales casi aristocráticos. Su padre era uno de los más conocidos abogados criminalistas de Marsella y ella compartía su reputación de representar a miembros del hampa.

Me explicó que la situación de David no parecía prometedora. Las más recientes evidencias dejaban claro que sería juzgado por el asesinato de Galibert, señaló vagamente. Además, el magistrado encargado de la instrucción había sido muy duro con David, y ella y sus otros letrados habían presentado protestas formales por la forma en que éste llevaba el caso. La primera rueda de reconocimiento delante de los testigos había sido una parodia: los otros hombres que formaban parte de la misma eran mucho más jóvenes que David y algunos de ellos eran árabes. Lo peor era que algunos de los interrogatorios efectuados por el juez se habían llevado a cabo sin la presencia de los abogados. En estos casos, me explicó ella, David había tenido que ser llevado a la fuerza, a menudo por medio de golpes y arrastrándole por la barba.

Le dije a Sophie Bottai que pretendía ver a David en París.

—Dudo que se lo permitan —dijo—. Usted no es abogado, ¿verdad?

Le pregunté si podía decirme quién era el funcionario de alto rango a quien David siempre se refería como a su perseguidor.

—Le Mouël —me contestó—. Un antiguo jefe de Narcóticos y de la *Brigade criminelle*... Un hombre muy importante. Galibert era su protegido y él le había colocado al frente de la investigación sobre Ben Barka. Cuando fue asesinado, Le Mouël juró que cazaría al asesino, que, él decidió por su cuenta, era Christian David. Le ha perseguido sin descanso durante veinte años y ahora hace todo cuanto puede para que resulte convicto.

A las seis de la tarde me hallaba esperando al comisario Barbaza en la parada del metro de la estación del ferrocarril. La aglomeración de la hora punta estaba cediendo, pero la gente aún atravesaba en oleadas los tornos de entrada, y yo temía no poder localizarle. Algunos minutos después, sin embargo, divisé su alta figura que se aproximaba. Estaba a punto de saludarle cuando él pasó resueltamente a mi lado sin dirigirme ni una mirada, atravesó uno de los torniquetes de entrada y descendió hacia el andén.

Estaba seguro de que yo no me había confundido y, sin embargo, había pa-

sado a menos de un metro de mí sin la menor señal de reconocimiento. Compré rápidamente un billete y empecé su persecución. Cuando llegué al andén llegaba un tren. Barbaza subió en él tan pronto como las puertas se abrieron. Yo me apresuré y salté al mismo vagón cuando las puertas empezaban a cerrarse.

Barbaza se giró hacia mí.

—¿No creería que iba a hablar con usted allí arriba, verdad? —dijo.

Asentí y le pregunté cómo habían ido sus averiguaciones.

—El vagabundo —dijo— es el único a quien he reconocido... Lo mostré a tres de mis colegas de los viejos tiempos. Todos estuvieron de acuerdo: era un corso de los sesenta, un traficante y asesino. Por lo que se refiere al belga, nadie le conoce.

Le pregunté si había mirado en los archivos para buscar el nombre del corso.

—Los recientes sí, y no lo encontré. Miraré en los más antiguos, pero esto requerirá tiempo. Déme su dirección y le escribiré si descubro algo.

Así lo hice y Barbaza se apeó en la siguiente estación.

Pasé mi último día en Marsella terminando algunos asuntos. Fui temprano a La Joliette para preguntar a la policía portuaria acerca de Vic. No le reconocieron, así que emprendí el camino de regreso deteniéndome a preguntar a cada pescador o trabajador portuario de edad con quien me cruzaba para enseñarle la foto. Nadie le reconoció.

Tenía que hacer una nueva parada en mi camino a la estación. Un amigo me había dado el nombre de una conocida, que era prima de Paul Mondoloni. Dirigía una escuela de belleza próxima a la Gare St. Charles.

Era una desvaída debutante con cierto exceso de maquillaje y entronizada en el centro de un despacho repleto de plantas exóticas y estatuas desnudas. Verdaderamente estaba emparentada con «monsieur Paul», dijo, y había crecido en compañía de los más famosos gángsters. Respondió con coqueta delectación a mi interés por su crianza y me dijo mucho más de lo que yo había pretendido que contestara. Cuando saqué la foto de Frenchy, su reacción fue interesante.

—¡Oh!, sí, sí, el rostro me es familiar —dijo—. Es sin duda un corso... vea, el pelo, la forma de la cabeza, los salientes dientes delanteros y su barbilla prominente... Yo diría que es del norte, tal vez de la familia Simione.

Pregunté con toda la inocencia de que fui capaz si era posible entrevistar a Paul Mondoloni. La dama estaba encantada de ayudarme. Levantó un auricular de madreperla y marcó un número. Monsieur Paul, desgraciadamente, no estaba.

—Creo que está ausente de Marsella —dijo—. Tan pronto como regrese le hablaré de usted. Si fuera usted tan amable de dejarme un número donde pudiera localizarle... Ya sabe, monsieur, que él está retirado, al margen de todo desde hace muchos años. Estoy segura de que puedo persuadirle de que hable con usted.

Le di el teléfono de mis amigos en París. Mis planes consistían en pasar un día en París para presentar la solicitud de visita a David, y luego marcharme a Bruselas durante tres o cuatro días. Pero la posibilidad de entrevistarme con Paul Mondoloni, el hombre clave de los corsos en La Habana, el enlace entre Santos Trafficante y los representantes de los Guérini en Montreal, era demasiado importante para dejarla pasar. Le dije a aquella dama que volvería especialmente a Marsella para aquella cita.

Luego tuve que correr para no perder el tren.

Aquello era dos semanas antes de que Paul Mondoloni regresara a Marsella, según supe más tarde. Veinticuatro horas después de su retorno caía acribillado a plena luz del día en medio de la Cannebière. La fuente principal y tal vez un buen montón de secretos habían desaparecido para siempre.

Tanto David como Sophie Bottai me habían preparado para mi encuentro con el juez Pierre Biswang, el magistrado instructor que investigaba la muerte del comisario Galibert. Después de horas de contemplar cómo abogados con negras togas se apresuraban de un lugar a otro a lo largo de un prolongado corredor del Palais de Justice, me introdujeron en su despacho. Encontré allí a un hombre diminuto y furioso, con un bigote erizado que revisaba montones de documentos. El juez Biswang estaba tan diabólicamente ocupado que apenas se dio cuenta de mi presencia y me preguntó qué deseaba sin dignarse dirigirme una mirada.

Le expliqué que representaba a los abogados norteamericanos de Christian David y que necesitaba consultar con él. Añadí que debería levantar acta notarial sobre el tratamiento de que había sido objeto por parte de los Comisarios Federales.

—¿Y quién va a pagar al notario? —preguntó gesticulando con una carpeta en cada mano—. Yo no, por supuesto.

Repliqué que yo pagaría todos los honorarios, cosa que le tranquilizó algo.

Le dije que los abogados norteamericanos necesitarían también los informes del examen médico realizado a David tras su regreso. Respondió lacónicamente que me los proporcionaría.

Entonces solicité autorización para visitar al preso.

—¿Usted no es abogado?

Señalé que era el investigador oficial y traductor de los abogados de David. Le dije que deseaba hablar con él en privado.

—Esto está fuera de cuestión —respondió el juez—. Sólo sus abogados pueden verle en privado. Si necesita usted hablar con él, puede obtener permiso para verle en la sala de visitas pública, los martes y jueves de doce a dos de la tarde.

Una visita breve no era lo que tenía en mente, y no abrigaba intención alguna de conformarme con ello. Quería tener acceso a David, no a través de un cristal sino en privado y durante las largas horas que yo sabía eran necesarias para conseguir que hablara.

Insistí en que la declaración de David debía ser efectuada en mi presencia, y que la información transmitida estaba protegida por el privilegio abogado-cliente. No podía ser hecha en un lugar público. El juez hizo unos cuantos aspavientos, luego llamó a su secretaria para que preparara un permiso que él firmaría. Cuando estuvo listo me lo mostró a través de la mesa. Me daba el derecho a consultar con David siempre que yo quisiera hasta que fuera convicto.

Mi visita a David, según había decidido, sería la última de mi itinerario. Aquella noche dejé París rumbo a Bruselas.

Bruselas era mucho más pequeña de lo que había esperado y mucho más fácil de recorrer. La ciudad giraba alrededor de la Grande Place, espléndida en su adornada arquitectura del siglo XVII. La zona del centro era compacta y los barrios irradiaban en un orden eficiente. Me di cuenta de que me acostumbraba rápidamente a aquella ciudad y de que cada vez me gustaba más.

Había ido inicialmente a buscar a Vic y mi primera reunión era con Jean Pierre Merckx, un abogado que representaba a muchos antiguos mercenarios y que también había sido piloto mercenario.

Me recibió con gran amabilidad y me preguntó qué podía hacer por mí. Le dije que estaba llevando a cabo una investigación sobre los mercenarios para una novela y deseaba identificar a un hombre del que tenía una foto. Le mostré a Vic, pero él no le reconoció.

—¿Ha hablado con Bracco? —preguntó.

Charlier me había hablado acerca de Roger Bracco. Había sido uno de los dos pilotos belgas reclutados por la CIA para que entrenaran a cubanos a fin de que volaran en misiones de apoyo al Gobierno secesionista de Katanga encabezado por Moisés Tsombe. Tenía previsto hablar con él. Merckx le llamó y él propuso una reunión en el Hilton a las tres de la tarde del día siguiente.

—También debe ver a Tavernier —dijo Merckx—. Es un antiguo capitán del ejército belga. Fue uno de los cinco jefes mercenarios en el Congo. —Levantó los dedos de una mano y fue enumerando—: Denard, Schramme, Hoare, Antoine y Tavernier. Ahora es el editor de un diario económico africano.

Desde el despacho de Merckx tomé un taxi para ver a un hombre que me había mencionado Gilbert Lecavelier, un antiguo «merc» del Congo llamado Jean Courhay. Vivía en un dudoso barrio marcado por bares que eran auténticos tugurios y por unas calles maltrechas. En la puerta de su casa había un interfono y cuando llamé respondió una voz bronca. Le dije que me enviaba Lecavelier.

—¿Lecavelier? —exclamó la voz—. ¡Jesús! No le he visto desde... bueno, ¡mierda! Aguarde un momento.

Se escuchó un zumbido y la puerta se abrió. Courhay vivía en un apartamento situado encima de un almacén que él había convertido en un gimnasio de artes marciales. Sus habitaciones eran un museo de artefactos asiáticos. No había nada que pudiera recibir el nombre de mueble, sólo cojines y almohadones en el suelo y en torno a mesas bajas. Había también un perro, uno de los mastines de aspecto más maligno que jamás había visto.

Courhay tenía una envergadura que era el doble de la mía, tanto horizontal como verticalmente. Su cabeza estaba afeitada, lucía unos bigotes lacios, encerados y partidos al estilo oriental. Era el hombre de aspecto más rapaz que jamás me había echado a la cara y, mientras se acuclillaba con elasticidad sobre un almohadón y adoptaba la postura del loto, me pregunté hasta dónde podría llegar sin encontrarme agarrotado y ofrecido al perro como festín.

Courhay no reconoció a Vic pero sugirió que examináramos su álbum de fotos del Congo por si teníamos suerte y aparecía.

El libro empezaba bastante normalmente, con fotografías de Courhay en uni-

forme a su llegada a Leopoldville y luego en medio de la selva. Gradualmente, de todas formas, el tono de las imágenes iba cambiando.

—Éste soy yo azotando a un sospechoso de ser rebelde —dijo, señalando la foto de un hombre atado a un árbol y que era golpeado con un gato de nueve colas—. Y aquí estamos interrogando a un prisionero... Yo soy el que tiene la bota en su cuello.

La intrascendencia con que describía página tras página de brutalidad y derramamiento de sangre era increíble. Era una situación extraña y me sentí encantado de marcharme.

Pasé el resto de la tarde buscando en dos bibliotecas especializadas en temas africanos. Ambos lugares tenían amplias referencias a la rebelión del Congo y leí docenas de trabajos sobre los mercenarios y todo lo que pude encontrar sobre la muerte de Patricio Lumumba.

Éste era un punto que yo esperaba aclarar dado que estaba en el corazón del misterio de QJ/WIN y WI/ROGUE. Si, como yo sospechaba, Christian David había sido WI/ROGUE y si luego había sido uno de los asesinos presidenciales, el complot de la CIA en el Congo había tenido una importancia mucho mayor de la que se había sospechado. Y esto sería cierto tanto si la CIA había estado directamente implicada en el asesinato de Kennedy como si no, dado que el propio David uniría ambas conspiraciones.

El material bibliográfico, de todas formas, ofrecía pocas perspectivas. El misterio de Lumumba seguía siendo un oscuro misterio. El consenso parecía señalar que lo habían asesinado miembros de una tribu rival, enemigos tradicionales de su clan. No había nada sobre un complot de la CIA.

Cuando salí ya era oscuro y no había comido nada desde el desayuno. La noche era suave; avancé por las estrechas calles que rodean la Grande Place, intentando decidir entre los muchos y atractivos restaurantes. Finalmente elegí uno llamado, apropiadamente, creo, Le Petit Corso. Aquélla demostró ser una sabia decisión. El lugar era pequeño, la comida deliciosa y los propietarios encantadores y atentos. Después de cenar, charlamos con una copa de coñac por delante. Me hablaron de La Renaissance, un café propiedad de un veterano del Congo que era la guarida de todos los viejos mercs del Congo.

Fui allí a la mañana siguiente. La Renaissance era una taberna con una fachada en parte de madera, situada en una calle lateral, con ventanales emplomados y una curvada escalera de mármol. Recordaba un pub inglés. Dentro, las paredes estaban recubiertas con banderas y emblemas de Katanga, insignias de los comandos mercenarios, fotografías enmarcadas de combatientes y toda una serie de armas que habían sido arrebatadas a los rebeldes congoleños.

Una mujer baja y robusta me atendió y yo pregunté por el dueño. Si tenía un poco de paciencia, me contestó, su esposo, monsieur Masy, llegaría pronto. Mientras bebía mi café, servido con un generoso jarro de leche, un hombre bajo, fuerte y barrigudo descendió trabajosamente por la escalera situada detrás de la barra.

Charles Masy tenía una pierna rígida, que arrastraba al moverse por los escalones y alrededor de las mesas. El esfuerzo le hacía respirar con dificultad, aunque

me pareció que aún no había llegado a los sesenta. Tenía los ojos pequeños, líquidos y astutos.

Se dirigió resoplando hacia mi mesa.

—¿Desea usted hablar conmigo, monsieur? —dijo pesadamente. Su francés estaba tan mezclado con flamenco que me resultaba difícil entenderle. Le pedí que se sentara.

Masy colocó su pierna a un lado y se sentó frente a mí. Empecé a hablar y él me miró por el rabillo del ojo durante todo el rato.

—¿Qué desea saber? —preguntó.

Empecé por formular preguntas en general sobre los mercenarios y su papel en el Congo. Él poco a poco fue entrando en la conversación, aunque mucho de lo que decía me resultaba incomprensible por su acento. Estaba claro que debería acercarme con mucho cuidado a los temas que verdaderamente me interesaban ya que Masy parecía un hombre suspicaz y susceptible.

Le dije que me gustaría hablar con tantos mercenarios como pudiera. Me invitó a regresar el sábado por la noche, cuando ellos venían a jugar a las cartas.

Le pregunté cuál había sido su papel en la rebelión.

—Estaba en el estado mayor de Bob Denard, era oficial a cargo de los suministros. Puedo enseñarle...

Se fue hacia la barra y regresó con un libro. Se titulaba *Ommegang*, del coronel E. R. Vanderwalle, y relataba la historia de la campaña que los mercenarios desarrollaron en 1965 para recuperar Stanleyville[20]. Masy abrió el libro por las páginas de fotos y señaló una instantánea de varios soldados en un bote.

—Aquí, éste soy yo, poniendo mi reloj en hora, ¿ve? Estábamos cruzando el río en nuestro camino a Stanley.

Mencioné que había un hombre a quien había esperado encontrar pero cuyo nombre desconocía. Estaba seguro de que había estado en el Congo al mismo tiempo que Masy. Daba la casualidad, de todas formas, que tenía su fotografía. Tal vez Masy pudiera decirme cómo se llamaba.

Busqué detenidamente dentro de mi bolsa de vuelo y saqué una. Masy la tomó y se puso las gafas. Estudió la fotografía con gran cuidado durante un buen rato, luego me la devolvió, mirándome por encima de sus gafas.

—Sí —gruñó—. Conozco a este hombre... —Y entonces se detuvo.

Me incliné hacia él, lleno de impaciencia.

—¿Y su nombre? —pregunté.

Masy se puso en pie, dobló sus gafas y me dedicó una extraña sonrisa.

—Usted no es americano —dijo.

La afirmación me tomó por sorpresa. Le aseguré que sí lo era.

—Entonces, ¿por qué habla tan bien el francés?

Mi francés sólo era impresionante en relación con el suyo, pero me abstuve de decir aquello. En lugar de ello me reí tan estruendosamente como pude y saqué mi pasaporte como prueba. Masy pasó las páginas del pasaporte con un dedo y luego cojeó de nuevo hacia la barra. Le seguí y me senté en un taburete mientras él se dirigía penosamente al otro lado de la barra. Cuando estuvo situado, dejó caer el pasaporte sobre el mostrador.

—¿Qué es lo que realmente desea saber? —gruñó.

Dije que me habían asegurado que el hombre de la fotografía podría resultarme útil para mi trabajo. Le pregunté si tendría él la amabilidad de repetirme su nombre.

Masy soltó una carcajada.

—Yo no he dicho su nombre —dijo.

Admití con una sonrisa de cordero que, efectivamente, no lo había dicho.

Masy se sirvió una copa.

—Vive en Lieja —dijo por fin—. Pero viene aquí una vez al mes. Si se queda algún tiempo podrá conocerle.

Me dijo el nombre de aquel hombre y yo tomé nota apresuradamente en mi libreta.

—Le llaman Les Grosses Mains o Big Hands —siguió—. Todo el mundo le conoce por ese nombre. Estuvimos juntos en Katanga. Estaba a mis órdenes.

Le pregunté en qué años había estado allí.

—Tuvo dos contratos: 1961-62 y 1964-65. Era un buen soldado, pero no un jefe. No era un intelectual. —Pronunció aquella palabra con disgusto.

Le pregunté dónde había estado Big Hands en 1963 y Masy replicó que no lo sabía. Me resultaba difícil contener la excitación. Le animé a que me contara más cosas sobre aquel hombre.

—Era un buen soldado, un hombre seguro —siguió, sorbiendo su bebida—. Era un individuo grande y fuerte en quien se podía confiar, un hombre que cumplía las órdenes que recibía.

Le pregunté si Big Hands sabía inglés.

—No, tenía muy poca educación. Era un *bagarreur*, ya sabe, siempre metido en peleas... Y siempre jugando.

Le pregunté dónde podía encontrar a Big Hands en Lieja.

—Basta con que vaya al distrito de las luces rojas —me contestó—. Vaya a cualquiera de los bares de la calle del Pot d'Or y pregunte por Les Grosses Mains. Todo el mundo le conoce. Dígale que Charles Masy le envía.

Me quedaban algunas horas hasta el momento de mi cita con Roger Bracco, de forma que tomé un tranvía hasta *La Libre Belgique*, el principal diario de Bruselas, cuyos archivos deseaba consultar. También había sabido que el hombre que había actuado como jefe de prensa de Tsombe durante la rebelión trabajaba allí. Le cogí cuando se dirigía a almorzar. Se detuvo el tiempo suficiente para decirme que, aun cuando el no reconocía necesariamente la foto de Vic, muy bien podía haber sido Big Hands. Le pregunté qué sabía sobre él.

—No era el tipo normal de mercenario, era más bien un criminal. Era un tipo grande y duro, aunque no demasiado listo.

En la hemeroteca del diario inicié mi búsqueda por el 24 de febrero de 1966, el día en que Lucien Sarti, según se decía, había matado al policía. La noticia había ocupado la primera página durante días. De acuerdo con las informaciones, el agente Deleener había estado observando, a última hora de la noche, un coche robado, esperando a ver si alguien lo utilizaba. Tres hombres llegaron en un coche y aparcaron cerca. Deleener les vigiló durante un buen rato y como éstos no salían

del vehículo, él se acercó. Entonces un hombre saltó de su interior, sacó una pistola y disparó varias veces. Deleener resultó muerto al instante. Los hombres pusieron el cuerpo en el portaequipajes y arrancaron a toda prisa.

Se mostraba de forma destacada la foto de Sarti bajo el nombre de Sabatier. Los otros dos hombres, arrestados con poca diferencia de tiempo, eran Marius Salvati, cuya fotografía había conseguido en Marsella, y otro corso, Jacques Zanotto.

Sarti fue objeto de la mayor caza del hombre de la historia de Bélgica. En los días que siguieron, toda la policía de Europa fue puesta en estado de alerta. Fueron los franceses quienes finalmente identificaron a Sabatier como a Sarti. Consiguieron seguirle a través de Francia hasta Marsella y luego hasta la frontera de España. En cada etapa, parecía, lo estaba ayudando y protegiendo gente de los Guérini. Tras la reciente huida de Christian David, la policía francesa, furiosa, cayó con todo su peso sobre los Guérini. Pero ya era demasido tarde. Sarti estaba ya camino de América del Sur.

La Libre Belgique le bautizó como «el Al Capone de Bélgica» y publicaba incompletas biografías. Lucien Sarti, decía el diario, era un *marseillais* desplazado que encabezaba una banda de ladrones y asesinos en Bruselas. Su retrato le presentaba como alguien sin respeto por las reglas, temerario y muy peligroso.

Las informaciones fueron muriendo silenciosamente durante el mes siguiente, hasta que el cuerpo de Deleener fue encontrado en la costa belga. Aquello provocó un breve rebrote de editoriales en los que se solicitaba que Sarti fuera extraditado de Argentina, donde había encontrado refugio entre los traficantes de droga de Auguste Ricord. Luego, en mayo de 1968, Sarti fue capturado por la policía argentina.

Aquella información también mereció grandes titulares. Bélgica solicitó inmediatamente la extradición y se dispuso a enviar agentes a Argentina para trasladarlo. La prensa aguardaba ansiosa la merecida confrontación de Sarti con la justicia de Bélgica. Pero, dos días antes de que lo entregaran a los belgas, Lucien Sarti se escapó de la cárcel.

El diario informaba que éste había huido a México y de nuevo hubo gritos en reclamación de su captura. Una noticia que yo encontré especialmente intrigante anunciaba que un equipo conjunto de las policías belga y francesa había sido enviado a Sudamérica para arrestar y traer a Europa a cuatro notorios fugitivos. Aquellos hombres eran identificados como Lucien Sarti, Christian David, François Chiappe y Manuel González[21].

El último de estos nombres ofrecía una nota disonante. Me parecía a mí que el cuarto hombre debía de haber sido Michel Nicoli, el compañero habitual de los otros tres. David me había hablado de Nicoli y yo había leído algo sobre él. Era un corso, ladrón de bancos y, al igual que David y Sarti, un antiguo miembro del SAC en Argel. Había huido también a América del Sur y había dirigido una importante red de contrabando de heroína[22].

Tomé nota de todo esto, devolví los gruesos volúmenes a sus estanterías y me apresuré a acudir a mi reunión con Bracco.

El bar del Hilton era un lugar oscuro, elegante, con paredes de espejo y mue-

bles tapizados de piel negra. Roger Bracco estaba sentado a la barra, tenía una figura gallarda, era delgado, elegante y estaría en torno a los cuarenta y cinco años.

Bracco se presentó a sí mismo. Era el prototipo de piloto mercenario, con aire mundano y voz grave y resonante. Después de Courhay y Masy, él era un recordatorio del romanticismo que se suponía acompañaba a los soldados de fortuna.

No tenía intención alguna de contarle lo que realmente me interesaba. Pensaba tocar de forma genérica el tema del Congo y luego llegar hasta la persona de Vic.

Bracco estudió las fotografías y declaró que estaba seguro de que conocía a aquel hombre. Le describió como a un mercenario corpulento y brutal de Katanga. Un hombre que disfrutaba jugando y luchando. Buscó en vano en su memoria para hallar su nombre.

Sugerí el nombre completo de Big Hands.

—Sí —exclamó—. Éste es.

Le pregunté a Bracco qué recordaba de aquel hombre.

—Era un criminal que vivía en Lieja antes de que la policía le aconsejara que se diera una vuelta por el Congo. Después del Congo regresó de nuevo a Lieja, donde se convirtió en alguien importante dentro del *milieu*.

Le pregunté qué clase de *milieu* poseía Lieja.

—Drogas —dijo Bracco—. Hay dos centros de distribución en el norte de Europa: Lieja y Amsterdam. Las drogas llegan de Marsella.

El que pudiera haber una conexión entre Vic y la droga marsellesa era una idea tentadora. ¿Podía haber trabajado Vic para los Guérini en el contrato de Kennedy y luego distribuir para ellos heroína, una vez realizado el trabajo?

Le dije a Bracco que creía saber que él había trabajado para la CIA en África. No lo negó; verdaderamente trató el tema de forma bastante intrascendente.

—Nos contrataron a dos de nosotros —dijo—. Libert y yo. Entrenábamos a cubanos para Bahía de los Cochinos, para que realizaran misiones de bombardeo en el interior. Estaban bien pagados y nosotros también. Y la CIA les entregó a los cubanos cartas verdes para vivir en Estados Unidos.

Le pregunté si, según lo que él sabía, Big Hands había trabajado alguna vez para la Agencia.

Bracco se encogió de hombros.

—Es una posibilidad. Era el tipo de persona que buscaban: hablaba francés, conocía el Congo y era brutal. Hubiera hecho cualquier cosa por dinero y la CIA tenía mucho. Poseía fama de asesino y, tal vez lo más importante, seguía las órdenes y era demasiado estúpido para hacer preguntas embarazosas. Era lo que deseaban en el Congo.

Mencioné en aquel momento que las fotos habían sido tomadas en Ciudad de México, alrededor de 1964. Bracco quedó sorprendido.

—No puedo imaginar qué podía estar haciendo allí —dijo—, o cómo podía haber llegado hasta aquel país. ¿Está usted seguro de eso?

Le dije que pensaba ir a Lieja dentro de un día o dos para buscar a Big Hands y que me habían dicho que le podía encontrar en los bares de la calle Pot d'Or. Bracco enarcó una ceja.

—Yo no haría eso si fuera usted —dijo—. Tiene escuchas en todo el vecindario que le informan si alguien pregunta por él.

Big Hands era un hombre peligroso, añadió, y más de una persona que le había buscado, según él mismo decía, había «terminado en el río».

Decidí retirarme al Petit Corso para cenar y pensar un poco.

Tanto Masy como Bracco estaban seguros de que Vic era Big Hands, y el antiguo ayudante de Tsombe tendía a estar de acuerdo. Si estaban en lo cierto, entonces habíamos identificado por primera vez en veinte años al Misterioso Hombre de Ciudad de México, el supuesto impostor de Oswald. De todas formas, sólo había una forma de estar seguro, y ésta consistía en ir a Lieja y encontrar a Big Hands.

Aquello significaba perderme la noche de los mercenarios en La Renaissance y posponer mis otros contactos. Pero si había identificado a Vic, el hecho implicaría mucho más que una conversación sin trascendencia con mercenarios. Decidí que al día siguiente tomaría un tren para Lieja.

Cuando regresé al hotel me detuve en conserjería para enviar un telegrama a Jim Lesar: «Identificación positiva Vic», escribí, e incluí el nombre completo de aquel hombre. «Merc, asesino tal vez CIA. Vive en Lieja. Voy allí mañana.»

Si me asesinaban, pensé que al menos Jim tendría la información.

Me dirigí a mi habitación y con gran sorpresa encontré la puerta entreabierta. No había luz ni señales de la doncella. Me quedé helado. Me apoyé en la pared y deslicé mi mano hacia la puerta. Tuve una repentina sensación de estar haciendo el tonto, como el personaje de una mala película. Pero estaba seguro de que había cerrado la puerta.

Con un gesto rápido empujé la puerta y me aplasté contra la pared, esperando escuchar un disparo. No sucedió nada. Con cuidado, miré hacia el interior de la habitación, y penetré en ella. No había nadie y no habían tocado nada. Me sentí tonto, pero aliviado.

El incidente me hizo comprender que aún no había decidido la cuestión de si estaba dispuesto a morir para descubrir la verdad sobre la muerte del presidente. Pero a cierto nivel de mi conciencia al menos se había hecho real la posibilidad de que podía morir por ello.

Tomé un tren a primera hora de la mañana en dirección a Lieja, a unos sesenta y cinco kilómetros. Era una ciudad pequeña, medieval y famosa por sus príncipes-arzobispos. Aunque gran parte de su arquitectura se había perdido durante la guerra, el centro contenía aún algunos maravillosos edificios antiguos. La encontré tranquila y encantadora, pero no pude evitar una cierta sensación de incomodidad.

Me dirigí inmedatamente a la calle del Pot d'Or, una callejuela estrecha y truncada que se halla en la parte vieja de la ciudad. Había en ella señales de su antigua notoriedad como barrio chino: un sin fin de bares baratos, clubs y hoteles para una sola noche. Pero muchos de los antiguos cafés habían sido ocupados por los aficionados al rock. La música resonaba en algunos locales, con sus fachadas pinta-

das de brillantes colores. Gente joven con el pelo rosa o verde se mezclaba con las prostitutas y los viejos parroquianos de los bares.

Tenía un solo contacto en Lieja, un periodista cuyo nombre me había facilitado Alain Dugrand. Tenía excelentes contactos con la policía y una hora después de haberle llamado era capaz de resumirme la ficha policiaca de Big Hands.

—Nació en Seraing —me leyó por teléfono—, se trata de una ciudad industrial situada a las afueras de Lieja. Fue condenado varias veces antes de 1962... Ladrón de cajas fuertes, alborotador, asaltos... Dice aquí que fue víctima de una agresión armada. Esto significa que le dispararon en un arreglo de cuentas.

»En 1962 se le indicó que abandonara Lieja —continuó—. Si dices que se fue al Congo, las cosas encajan perfectamente. Problablemente se le dijo que se presentara voluntario...

—¿Y desde entonces? —pregunté.

—Desde entonces, nada —concluyó—. Evidentemente, se mantuvo limpio.

Le pregunté si era posible obtener su dirección.

—Hasta hace un mes vivía en Seraing —me dijo—. En junio dio una nueva dirección, en Esneux. Eso está fuera, en el campo.

El resto de la tarde la pasé en la calle Pot d'Or, bebiendo café y cerveza por los bares, con la esperanza de encontrarme con Big Hands. Estaba determinado a ser discreto. En uno de los cafés, observé que el local poseía una habitación trasera, donde varios hombres jugaban a cartas. Tomé una mesa cerca del ventanal que daba a la calle, pedí una cerveza e inicié una conversación con el camarero. Mencioné que había venido de Estados Unidos, que estaba haciendo una investigación para un libro.

—Tal vez usted pueda ayudarme... —dije en tono confidencial.

—En todo lo que pueda, monsieur —me respondió el camarero con acento sincero.

Le hice un gesto para que se acercara más, me incliné sobre la mesa y le expliqué que estaba intentando buscar a un hombre llamado Big Hands. Era, dije en voz baja, un habitual de la calle Pot d'Or.

—Les Grosses Mains... —murmuró el camarero—. El nombre no me dice nada... Pero aguarde. —Se enderezó y gritó con toda la potencia de su voz—: ¡Eh! ¿Alguien conoce a un individuo llamado Grosses Mains?

Sentí que el corazón se me subía a la boca. Si lo que Bracco había dicho era cierto, en menos de una hora mi presencia sería conocida de extremo a extremo de la calle.

Los jugadores de cartas de la trastienda contestaron que no le conocían. Yo apuré la cerveza de un trago, le di las gracias al camarero y salí a toda prisa.

Con la sensación de que ya no tenía nada que perder, recorrí todos los bares, incluidos los clubs de rock. Al atardecer mi cabeza estaba a punto de estallar por culpa de la estridente música y de la cerveza. Regresé a las proximidades de la estación para encontrar un hotel barato. Tomé una habitación, cerré la puerta y la aseguré, pese a lo cual no pegué ojo en toda la noche.

Esneux demostró ser, al día siguiente, un lugar lejano y difícil de encontrar. Durante el viaje había preparado un plan para intentar hallar a Big Hands como si

fuera de forma accidental. Lo que no quería era cometer el error de llegar a su casa intempestivamente. Pero, cuando finalmente encontré su calle, descubrí que el número que me habían dado de la misma no existía.

Pregunté en el café de la esquina, en la panadería, en la carnicería, en el estanco y en correos. Nadie había oído nunca hablar de nadie semejante ni reconoció la foto de Vic. La consecuencia inevitable quedó patente: Big Hands había dado a la policía una dirección falsa.

No me quedaba nada por hacer salvo volver lo más aprisa posible a Lieja si quería estar en París con tiempo suficiente para ver a David. Para ahorrar tiempo, hice autostop en mi camino de vuelta a la ciudad, corrí como un loco por la estación y salté a un tren en dirección a Bruselas, y repetí allí la misma proeza. Cuando llegué a París, las horas de visita en la cárcel habían casi finalizado. Corrí hacia el metro, fui con él hasta la última estación, agarré un autobús hasta Fresnes y galopé hacia la entrada de la cárcel.

Había recorrido varios cientos de kilómetros desde la inexistente dirección en Esneux sólo para encontrarme con que había llegado con quince minutos de retraso. Me quedé allí, jadeando y empapado en sudor, incapaz de convencer al guardia de que hiciera una excepción. Le expliqué que me marchaba a Estados Unidos al mediodía del día siguiente. El guardia no pareció impresionado y siguió indicándome que debería volver mañana.

Después de una noche de despedida con mis amigos, poco antes de las ocho de la mañana del día siguiente estaba ya en Fresnes, acompañado por mis maletas. Los guardias no estaban acostumbrados a tal hecho y hubo una considerable conmoción antes de que se acordara que podía guardar mis pertenencias en dos armarios. Recibí un pase de visitante y pasé al interior, donde me cachearon y me condujeron hacia una habitación privada, reservada para las consultas de los abogados.

David fue conducido hasta allí al cabo de diez o quince minutos. Tenía un aspecto mucho peor que antes de su deportación: más viejo, más encorvado y con aspecto más enfermizo. Vestía un gastado mono y chancletas y se cubría la cabeza con un gorro de punto. Su barba aparecía enredada y sucia. Se apoyaba en un bastón de madera y caminaba con movimientos cansinos. Pareció encantado de verme, pero, sin duda, estaba de un humor horrible.

—¡Lo que están haciendo conmigo...! —gimió después de que nos hubiéramos estrechado la mano—. No podría creerlo. Ya no hay justicia en Francia. Apenas reconozco el país.

Aquello me pareció muy irónico después de las conferencias que me había dado en Leavenworth sobre las virtudes de la justicia francesa frente a la norteamericana.

Le dije que Sophie Bottai me había puesto al día sobre el tratamiento de que era objeto.

—¡Es escandaloso! —insistió—. Este juez... es algo flagrante, ¡flagrante! Intimida a los testigos, hace que digan exactamente lo que desea, y si no lo hace les despide. Y yo... conmigo ha hecho de todo. Me negué a acudir a los interrogatorios y, entonces, ordenó que me llevaran a la fuerza. Vinieron por mí a la celda, me gol-

pearon y me arrastraron al Palais de Justice. Cuando no quise mirar hacia los testigos, me agarraron de la barba y me dijeron: «¡Mírales, mira!» Si éstos no me reconocían, el juez les gritaba a ellos: «Ustedes no sirven... ¡no me sirven para nada!»

Asentí comprensivamente mientras proseguía con la misma historia durante media hora. No dejaba de mirar mi reloj, temeroso de no llegar al meollo de la cuestión si no conseguía interrumpirle. Entonces un guardia apareció junto a la puerta y golpeó el cristal con unas llaves.

—Otro abogado desea verle —gritó.

David le hizo gestos de que le aguardara en la habitación contigua. Una mujer baja y de pelo negro pasó cerca de la ventana y entró en el cuarto de visitas vecino. Supuse que se trataba de Marie-Christine Etelin, que se había unido a Bottai en la defensa de David.

Me serví de aquella interrupción para decirle a David que había estado en Marsella y Bélgica, y que había conseguido cierta información, que quería comentar con él.

—¡No quiero hablar de nada más que de mi caso! —estalló—. Después discutiremos todo eso. Entretanto usted debe hacer algo para impedir este juicio.

Le interrumpí y le dije que la única esperanza que tenía entonces de evitar un juicio era lo que sabía del caso Kennedy.

—Supe en Marsella —proseguí antes de que pudiera interrumpirme—, que sólo dos personas hubieran aceptado el contrato de Antoine: Lucien Sarti... y usted.

David me miró duramente y en silencio. No hubiera podido decir si estaba furioso o sorprendido. Luego, sin una palabra, se levantó, llamó al guardia e hizo gestos a través del cristal para indicar que deseaba ir a la otra habitación. Mientras el guardia abría la puerta David se giró hacia mí y me dijo bruscamente que no me fuera.

Pude oír como David hablaba, en el cubículo adyacente, con su abogada. La conversación se volvió acalorada, ambos gritaban y pronto aquello pareció una batalla. Las voces se elevaban y se interrumpían, indescifrables a través de la puerta cerrada, pero el nivel de cólera era inequívoco. Después de unos veinte minutos de discusión, David reapareció.

—Mis abogados no entienden —empezó tan pronto como se hubo sentado de nuevo— que esto es la venganza de un hombre...

No le di tiempo a que continuara. Le dije que mi investigación me había llevado a creer que ahora entendía algo de lo que había sucedido en Dallas.

David me miró detenidamente.

—Cuénteme su historia —dijo.

Empecé por decir que creía su narración del contrato de Marsella y de que Antoine Guérini había contratado asesinos para matar al presidente. Dije que creía que uno de aquellos criminales era Sarti.

—¡No sé nada de eso! —me interrumpió David al escuchar aquel nombre.

Proseguí imperturbable. Le expliqué que había seguido sus indicaciones respecto a Bélgica y que estaba seguro de haber identificado al hombre. Le dije a David su nombre y le pregunté si era ése el hombre de quien había hablado.

David cerró los ojos.

—Siga adelante con su historia —dijo.

Dije que Antoine había contratado a Sarti y tal vez al belga y a otro hombre. Hice una pausa y le pregunté a David si iba bien hasta entonces.

—Siga con su historia —repitió.

Los asesinos habían llegado a Dallas probablemente el 18 o el 19 de noviembre, habían hecho el trabajo, se habían escondido durante unas pocas semanas y luego habían dejado el país. Añadí que no creía que nunca hubieran sabido para quién estaban trabajando verdaderamente.

Hasta entonces David había escuchado con gran atención, con las manos y la barbilla apoyadas en el pomo de su bastón. Yo le observaba con cuidado, pero su rostro apenas mostraba ninguna expresión salvo un profundo interés.

—Usted me dijo en Leavenworth —proseguí tranquilamente— que cuando Antoine le ofreció el contrato usted lo rehusó. ¿Es cierto?

Me dirigió de nuevo una mirada larga y dura. Era imposible saber lo que pasaba por su mente y yo estaba preparado para recibir cualquier tipo de respuesta, desde un ataque físico hasta el llanto. Pero David se enderezó ligeramente, se inclinó hacia atrás y dijo:

—Haga usted algo por ayudarme y yo le diré todo cuanto desee saber.

La respuesta me sorprendió pero parecía bastante razonable. En consecuencia, le pregunté qué deseaba que hiciera.

Buscó debajo de su mono.

—He preparado una declaración respecto a mi deportación y la forma en que se lleva mi caso. Deseo que consiga que se publique, a fin de que el mundo conozca la forma en que están pisoteando mis derechos. Una vez conseguido esto, me pondrán en libertad.

Me entregó cuatro folios doblados, cubiertos de apretada caligrafía.

—Usted tiene la posibilidad de liberarme —dijo—. Haga ruido en la prensa, haga que la gente sepa lo que se está haciendo conmigo. Luego, cuando esté fuera, le juro que cooperaré con usted de todas las formas posibles.

Había llegado, hacía ya rato, el momento de marcharme, de forma que me puse en pie y le di la mano. David llamó al guardia utilizando la punta de su bastón. Pasaron varios largos minutos antes de que llegara un joven guardián de aspecto argelino. David se quejó de su tardanza y cuando el guardián intentó protestar, David, con gran sorpresa por mi parte, clavó su bastón en el estómago del joven guardia.

—La próxima vez no haga esperar a mi abogado —ladró.

Al salir volvimos a estrecharnos la mano.

—¿Cómo está su hijo? —me preguntó inesperadamente, en inglés. Su acento era tan fuerte que tuve que pedirle que repitiera sus palabras. Era la primera vez que me hablaba en inglés.

Le contesté que estaba bien.

—Dígale que sea un buen muchacho —dijo. Luego ordenó al guardián que le llevara a hablar con su abogada francesa.

Había sido una extraña visión de Christian David. Incluso aquí, en el más pro-

fundo desamparo, estaba dispuesto a dar órdenes, a hacer saber a la gente quién era el jefe.

No pude dejar de pensar cómo sería en el mundo exterior, sin nada, ni siquiera la conciencia, que le detuviera.

No había encontrado a Vic, reflexioné mientras volaba hacia Washington. Aquél era un fallo difícil de aceptar. Si Big Hands era realmente el Misterioso Hombre de Ciudad de México, era indispensable que alguien hablara con él. Sentía que, con un poco más de tiempo, hubiera podido dar con él. A pesar de que sólo había empezado a descifrar lo que había descubierto, una cosa estaba clara: debería volver a Europa.

Me quedé en Washington durante dos días a fin de informar a Bud Fensterwald y a Jim Lesar. Puse gran énfasis en mi entrevista con el policía retirado de Marsella y en mi conclusión de que Sarti y David eran los asesinos más probables. Cuando llegué a mi búsqueda de Big Hands, ni Bud ni Jim mostraron ninguna reacción. Les recordé el telegrama que les había enviado.

—¿Qué telegrama? —preguntó Jim.

Le expliqué que había telegrafiado desde el hotel de Bruselas, y les dije que lo había hecho porque deseaba que tuvieran la información en caso de que yo fuera asesinado.

—¡Oh! Eso... —dijo Jim—. Está aún en mi mesa. Pensé que era algún tipo de publicidad... Ni siquiera lo abrí.

Señalé con un suspiro que yo podría haber estado en el fondo del río de Lieja mientras la clave de mi desaparición permanecía perdida en el caos de su mesa.

Entonces me interrogaron detenidamente sobre Big Hands y las identificaciones que había obtenido. Bud, en especial, parecía interesado en las novedades y dijo que él las seguiría a través de sus propios contactos. Deseaban también una narración detallada de mi conversación con David. Saqué su declaración escrita y le señalé a Bud la importancia de hacer que se publicara. Él contestó que le parecía algo improbable, pero que lo intentaría.

Llamé a mi esposa desde el apartamento de Jim. Habíamos hablado sólo irregularmente durante el viaje, ya que mis desplazamientos y la diferencia de horarios habían hecho difícil llamar a casa. Me dijo que ella y el niño estaban bien, pero que las facturas se estaban amontonando. Yo no tenía ánimos para decirle que esperaba que pronto aparecieran más facturas ya que, durante mis últimos días en Bélgica, me había quedado sin efectivo y había tenido que utilizar mis tarjetas de crédito.

La noche antes de salir de Washington hablé con un antiguo agente de la CIA que, según Peter Dale Scott, había sido el enlace con los hermanos Guérini durante la época en que la CIA utilizaba a los gángsters marselleses para romper los sindicatos comunistas de los portuarios de Marsella. No tenía teléfono, así que tuve que ir hasta su apartamento, en el noroeste de Washington.

No hubo respuesta alguna a mi llamada desde el vestíbulo. Tomé el ascensor hasta su piso, arranqué una página de mi libreta de notas y le escribí un breve

mensaje. Estaba intentando deslizar la nota por debajo de la puerta cuando oí que daban vueltas a la cerradura desde dentro. Antes de que pudiera enderezarme, la puerta se abrió y me vi frente a un hombre con un gran estómago, de unos cincuenta años y vestido con pantalón corto y una camisa de franela. Evidentemente había estado durmiendo.

Me disculpé por haberle despertado y le dije que deseaba formularle algunas preguntas para una novela que estaba escribiendo sobre el Congo. Él aseguró que no podía ayudarme, pero conseguí convencerle para que me dejara entrar. El apartamento era oscuro y rancio y parecía estar repleto de libros y papeles.

El hombre se mostraba extremadamente poco dispuesto a hablar hasta que observé su colección de discos clásicos, dispuestos ordenadamente en medio del desbarajuste de la pequeña habitación. Hablamos durante algún tiempo de Beethoven, él me ofreció una cerveza y luego llevé de nuevo la conversación al tema que me interesaba.

Cuando le pregunté sobre los Guérini, aseguró no saber quiénes eran. Cuando se lo expliqué, dijo que les recordaba, pero que no había tratado con ellos.

—Trabajé sobre todo con los sindicatos obreros de la izquierda no comunista —me informó. Tenía una voz agradable, casi dulce, y gesticulaba tímidamente con las manos mientras hablaba, algo que resultaba extraño en un hombre tan corpulento.

Explicó que había ayudado a crear varias organizaciones laborales francesas y a fundar diarios de centro. Pero, añadió, nunca había estado en Marsella y no había tenido contacto con el hampa de aquella ciudad.

A medida que se sentía más relajado empezó a hablar más abiertamente de sus actividades con la CIA. Me dijo que había estado destinado en Bruselas durante los años cincuenta, desarrollando operaciones encubiertas al margen de la embajada. Le pregunté por Vic, pero me respondió que él no habría tenido contacto con gente de aquel tipo. Mencioné que creía que Vic había sido reclutado por la Agencia y le pregunté cómo podía haberse producido.

—¡Oh!, hay muchas formas —dijo, tomó un sorbo de cerveza y colocó sus largas y huesudas piernas cruzadas sobre el brazo del sillón—. Éste es el tipo de hombre que siempre están buscando, brutal y con antecedentes criminales. Es probable que le hayan seleccionado en Katanga a través de uno de sus reclutadores de agentes.

Aquella expresión me provocó un recuerdo, era la misma utilizada en el *Informe* Church para describir a QJ/WIN.

Le pregunté si alguien como WIN podía haberle reclutado.

—Muy probablemente —contestó.

Aquello me impactó como una idea lógica y significativa. También complicaba enormemente las cosas, porque si David era WI/ROGUE y si QJ/WIN había reclutado a Vic, y si Vic era el Misterioso Hombre de Ciudad de México, tanto WIN como ROGUE podían estar complicados en el asesinato.

—Si está usted interesado en QJ/WIN y todo este asunto —señaló—, debería hablar con Larry Devlin.

Le pregunté dónde podría encontrarle.

—Por lo que sé, está aún en el Congo —replicó el hombre—. Trabaja para la Templesman Diamond Company y es consejero de Mobutu. Se supone que está retirado, pero estoy seguro de que sigue aún en la nómina de la CIA. Solía alardear ante sus alumnos de la CIA de que él en persona había dispuesto el asesinato de Lumumba y que condujo por Elizabethville con su cadáver en el portaequipajes del coche.

Volví al tema de Marsella y los Guérini.

—Con el Plan Marshall, Marsella era un puerto importante —explicó—. Las primeras batallas de la guerra fría se lucharon allí, y la gente de Guérini estaba en primera línea. La CIA había trabajado con ellos durante la guerra, los gángsters les debían la vida. No hace falta decir lo que la CIA habría conseguido que hicieran.

Encontré aquel comentario amenazante y tomé nota de él.

—Pero mire —siguió más confidencialmente—, usted no debería verse envuelto en las actividades de la CIA en Marsella. Es algo muy peligroso. Quiero decir que esa gente está sentada sobre un montón de mierda, y usted no debería removerla. Son auténticos bastardos, ya sabe. Le seguirán, le intervendrán el teléfono, tal vez le escondan drogas o le fotografíen con una puta. No les importa actuar como sea. Le arruinarían...

Estaba deseando regresar a casa y especialmente deseaba ver a mi hijo. Apenas si tenía catorce meses. Cuando le dejé estaba empezando a andar, con dificultades pero con gran empuje. Ahora ya podía correr, tal como pude observar mientras salíamos del aeropuerto. Amaba su infancia y lamentaba haberme perdido un mes de su vida.

En el largo camino de regreso del aeropuerto yo puse al corriente a mi mujer sobre mi viaje y ella me explicó cuál era la situación en casa. A ella le quedaban dos semanas de vacaciones y esperaba que pudiéramos ir juntos a alguna parte. Pero la situación económica era apremiante. Con todo, se emocionó con las noticias de Sarti y la identificación del Misterioso Hombre de México.

También mostró interés por David. Describí con todo detalle mi encuentro con él, y mencioné que me había pedido que siguiera enviándole dinero. Mi esposa no dijo nada, pero estaba claro que la idea no le gustaba. Le había estado enviando a David cien dólares al mes, pero era algo que realmente no podíamos permitirnos. Cuando le dije al contable que se encargaba de mis impuestos, justo antes de salir hacia Europa, que había entregado a David novecientos dólares como honorarios de «investigación», durante el año anterior, mi esposa pareció asombrada. Con todo, yo sentía que debía mantener la relación con David y que la ayuda financiera era una parte importante de la misma.

No se me ocurrió hasta mucho más tarde que mi esposa no se tomaba muy bien mi relación con Christian David. Ésta no sólo consumía un dinero que no podíamos permitirnos gastar, sino que cada vez apartaba más mi atención y mis energías de la familia. Se había convertido en una presencia extraña y amenazadora en nuestras vidas.

Pasamos los días siguientes a mi regreso de Europa celebrando nuestro reen-

cuentro. Durante los cinco años en que habíamos vivido juntos nunca nos habíamos separado por tanto tiempo. Gradualmente, de todas formas, yo volví a hundirme en el caso. Parecía ahora una parte inevitable de mi vida, algo que incidía incluso en mis sueños.

En julio empecé a organizar mis notas y a escribir un informe a Bud y Jim. Añadí al mismo una lista de recomendaciones. Entre ellas, les pedía que utilizaran todas sus fuentes para obtener información de Lucien Sarti, incluidas las correspondientes peticiones de Libertad de Información. Resalté la importancia de encontrar una fotografía de Big Hands, así como de investigar el abortado golpe en favor de Tsombe de 1966, en el que habían participado los agentes de la CIA Roger Bracco y Léon Libert. Le recordaba también a Bud que David quería que se publicara su declaración antes de contarnos cuanto sabía.

Terminado mi informe dediqué mi atención a la casa. Pero no tenía demasiado tiempo que perder. Mi viaje había abierto más campos sobre los que debía ampliar mis conocimientos. Dadas, también, mis sospechas de que tanto Oswald como Vic habían estado implicados en un plan ficticio contra Castro, debía volver a repasar todo el material elaborado por el Comité Church. Yo estaba inclinado a creer que las conspiraciones contra Castro y Lumumba y la muerte del presidente no estaban relacionados, sino más bien que una superposición de las personas había creado unas condiciones en las que el crimen político era más probable.

Esperaba saber más sobre estos asuntos por medio de Léon Libert, el antiguo piloto mercenario que había trabajado en el Congo para la CIA y que ahora vivía en California. Poco después de mi regreso le llamé.

Tenía un marcado acento flamenco pero hablaba bien el inglés. Respondió mis primeras preguntas con una cordialidad sólo aparente que sugería que estaba decidiendo si debía confiar en mí.

Mi descripción de Vic no le dijo nada, pero estuvo de acuerdo en mirar las fotografías. Luego le pregunté a Libert si recordaba a un hombre a quien yo conocía como Big Hands, aunque durante nuestra conversación utilicé su nombre real. Él pensaba que recordaba a la persona que le estaba describiendo, un «merc» alto y fuerte que estaba siempre metido en peleas, pero dijo que no le había conocido bien ya que los soldados de infantería y los pilotos no se mezclan.

Mencioné que Bracco me había dicho que Big Hands estuvo implicado en el golpe de Tsombe de 1966, pero Libert dudaba que así fuera. Tanto él como Bracco habían sido contratados por Tsombe en Madrid, y luego enviados a Lisboa, donde se estaba concentrando la fuerza mercenaria. Eran en total unos cien mercenarios y Libert no creía que Big Hands estuviera entre ellos.

Le envié las fotos y le llamé de nuevo una semana más tarde. Libert me dijo que no conocía a aquel individuo. De todas formas, añadió, su exesposa, que le estaba visitando con su hija, le había reconocido.

Le pregunté quién había dicho ella que era.

—Un mercenario grande y duro llamado Les Grosses Mains —replicó—. Ella dice que le recuerda de Katanga.

Luego me invitó a que le visitara durante el fin de semana, antes de que ella regresara de nuevo a Bélgica.

Un viaje de 450 kilómetros por el centro de California no era exactamente las vacaciones que mi esposa y yo habíamos estado soñando, pese a lo cual decidimos ir juntos. Aquél resultó ser un viaje largo, caluroso y cansado durante el cual nuestro hijo desplegó un gran valor y un buen control de la vejiga. Después de seis horas en el informe horno de la autopista I-5 llegamos a Firebaugh, un pequeño pueblo, con su correspondiente calle mayor y su zona residencial. A seis kilómetros a ambos lados del mismo, hasta las lejanas laderas de las colinas, se extendía el amplio valle de San Joaquín, seco y polvoriento.

Allí nos encontramos con Libert. Era un hombre alto y delgado, de unos cuarenta y cinco años y con aspecto juvenil. Llevaba tejanos y camisa y lucía un gran bigote rubio. Le seguimos hasta una pequeña casa prefabricada que se destacaba por su aislamiento. Nos ofreció bebidas frías y nos invitó a que nos sintiéramos como en nuestro propio hogar.

La casa estaba escasamente amueblada pero era confortable. Observé toda una serie de fotografías de los días de Libert en el Congo, fotografías de aviones de entrenamiento T-28 en pleno vuelo, con las cabinas abiertas y la «K» de la secesionista Katanga pintada en sus colas. Podía verse a nuestro anfitrión a los mandos de uno de ellos, con grandes bombas colgando de sus alas. Otro era pilotado por Bracco.

Libert hablaba inglés con pastoso acento flamenco y su francés, cuando lo utilizábamos, estaba igualmente lleno del mismo acento. Hablamos en términos generales sobre el Congo y los mercenarios durante una media hora, hasta que su exesposa y su hija regresaran de una visita a Disneylandia.

Monique era una mujer alta y elegante de unos cuarenta años. Le pregunté sobre el hombre de la fotografía y ella me confirmó que le recordaba. En abril de 1963, me explicó, las tropas de las Naciones Unidas habían expulsado a Tsombe de Katanga. Ella y Libert volaron a Angola* con sus hijos, pero Libert había tenido que regresar de nuevo para rescatar a Tsombe y a su estado mayor. En su ausencia, Monique y los niños fueron arrestados por los servicios de inteligencia portugueses y fueron retenidos en un hotel en la pequeña ciudad fronteriza de Texera de Susa.

El hotel había sido convertido en un centro de detención donde los refugiados de Katanga eran divididos en dos distintos grupos. El primero estaba formado por *gendarmes* katangueños exiliados, encabezados por el belga Jean Schramme. El otro grupo, al que pertenecía Monique, estaba formado por mercenarios y sus familias, y su dirigente era el renombrado francés Bob Denard.

Fue allí donde vio al hombre de las fotografías. Dos o tres veces a la semana llegaba al hotel, evidentemente con un salvoconducto para ir y venir a su gusto. En cada ocasión, dijo, se dirigía a la mesa de Denard y hablaba confidencialmente con él. Iba vestido con ropas de paisano.

Encontré la conexión entre Les Grosses Mains y Denard extremadamente sugestiva. No podía dejar de acordarme de la asociación que el exmiembro de la CIA de Washington me había inducido a realizar entre Vic y QJ/WIN. Si Big

* Por entonces, Angola era aún colonia portuguesa.

Hands era Vic y estaba en relación con Denard en África, tal vez éste había reclutado a Vic bajo el disfraz de QJ/WIN.

Monique mencionó a un mercenario en particular del que ella estaba segura que conocía al hombre de la foto. Su nombre era Gardien, dijo, y había sido uno de los ayudantes en quien más confiaba Bob Denard. Estaba a su lado durante las reuniones en Angola con el Hombre Misterioso y podría por lo tanto decirme si las fotos eran de Les Grosses Mains. Ella me prometió presentarme a Gardien cuando yo fuera de nuevo a Lieja.

Libert y su exesposa me dieron una serie de contactos entre sus amigos de la comunidad de los mercenarios, tanto en Bélgica como en otros lugares. Les dije que enviaría fotos de Vic a todos ellos, incluido Bob Denard, que, según dijo Libert, era jefe de seguridad en la República Centroafricana.

Realicé un informe de esta reunión para Bud y Jim, que lo encontraron muy prometedor. Bud me dijo que no había tenido éxito en sus intentos por conseguir que se publicara la declaración de David, ni había sido tampoco capaz de convencer a ninguna publicación de que insertaran algún artículo al respecto.

Luego Jim me dio las noticias realmente malas. Por fin había recibido una respuesta del Departamento de Prisiones respecto a las posesiones de David. Todas ellas, al parecer —ropas, gafas, álbumes de fotos y documentos—, habían sido destruidas después de su puesta en libertad en Leavenworth. No tuve ni ánimos para comunicarle semejante noticia a David.

«Acabo de enterarme», me escribió Christian David a comienzos de agosto, «de que todas las posesiones que dejé al salir de Estados Unidos fueron incineradas a los dos meses de mi extradición forzosa. Esto me parece increíble, sobre todo porque el juez había reclamado oficialmente mis pertenencias a mi llegada.» La caligrafía era frenética y la carta venía dirigida tanto a mi nombre real como al alias que utilizábamos en nuestra correspondencia.

Se extendía en lamentaciones acerca de esta pérdida, asegurando que ahora le resultaría imposible defenderse. «Veo que no has hecho absolutamente nada por mí, a pesar de todas tus promesas», concluía. A continuación, venía una amenaza. «Quiero que sepas que tengo algunos amigos en Estados Unidos que se alegrarían de hacerme un favor en caso de que decidas publicar algo sobre mí...»

Doblé la carta y volví a meterla en su sobre. Por lo general, solía leerle a mi esposa las cartas de David, pero preferí que no viera ésta. Guardé la carta y traté de no pensar en ella.

A pesar de la advertencia de David, la necesidad de publicar algo empezó a hacerse acuciante. No dejaba de recibir facturas desde Europa y las cosas llegaron a ponerse bastante apuradas. Para empeorar el asunto, no había trabajo en el cine. Además, estaba tan enfrascado en mis investigaciones que no lograba entusiasmarme con nada más, de manera que llegué a la conclusión de que mi única esperanza de ganar dinero consistía en seguir trabajando en el caso.

Hice un rápido viaje al Este, con la idea de tratar de negociar un contrato para un libro sobre Christian David y, al mismo tiempo, efectuar algunas investigacio-

nes en Washington. Mi agente me había concertado una cita con un importante editor de una gran editorial de Nueva York. Acudí al encuentro con cierto nerviosismo y muchas esperanzas. Le expondría todo lo que había podido averiguar, haciéndole prometer que respetaría la confidencialidad de mis informes.

Encontré al editor en su despacho acristalado, a gran altura sobre las calles de Manhattan. Me impresionó su aire de importancia y me desalentó descubrir que era siete u ocho años más joven que yo. Le expuse tan clara y sucintamente como pude la naturaleza de mis relaciones con Christian David, su historial en los mundos del hampa y del espionaje y sus revelaciones respecto al caso Kennedy.

El joven me escuchó atentamente, intercalando ocasionales gestos de asentimiento, y al fin se recostó en su butaca de cuero y suspiró.

—Es una historia notable —admitió—, pero no nos podemos hacer cargo de su publicación.

Le pregunté por qué no.

—Es demasiado interesante.

Era una forma de rechazo para la cual no estaba preparado. Intentó explicarme qué quería decir con eso, pero no presté atención. Me había pasado muchos años tratando de conseguir contratos de publicación para diversos proyectos que nunca se materializaban porque, según decían, no eran bastante comerciales. Que ahora me rechazaran porque mi trabajo resultaba «demasiado interesante» era más de lo que podía soportar.

En Washington pude reunirme con Jim Hougan, el autor de *Spooks*. Me invitó a almorzar, y a mi llegada lo encontré esperándome en la puerta de su casa.

—¿Qué hay de verdad en eso de que Lucien Sarti fue uno de los asesinos de Kennedy? —me preguntó, después de estrecharme la mano.

Me quedé atónito. Bud Fensterwald le había contado todo lo que Jim Lesar y yo habíamos averiguado. La idea me enfureció. Durante meses me había esforzado por proteger la confidencialidad entre abogado y cliente, angustiándome cada vez que mis investigaciones me obligaban a efectuar alguna concesión, y ahora descubría que Bud se lo había contado todo a un periodista investigador.

Tras la sorpresa inicial, empero, sostuvimos una conversación sumamente agradable. Hougan estaba muy al corriente de las actividades clandestinas y los aspectos más oscuros de la política, y compartió generosamente conmigo sus conocimientos para ayudarme a situar mi trabajo en un contexto más amplio.

Conversamos acerca de muchos aspectos de la historia secreta de Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial, pero ninguno de los dos pudo eludir la impresión de que todos parecían reflejar o conducir a un solo acontecimiento. Finalmente, Jim meneó la cabeza.

—A veces —observó—, pienso que solamente hay un misterio: el asesinato de Kennedy.

Fue un comentario que se me quedó grabado.

Durante mi estancia en Washington tenía la esperanza de entrevistarme con el coronel Lucien Conein, un oficial de la CIA retirado que había conocido bien a la Mafia corsa en los viejos tiempos. Conein había hablado muy pocas veces con

la prensa y, en las contadas ocasiones en que lo había hecho, había dejado bien claro que no estaba diciendo toda la verdad sobre su persona[23].

Durante la segunda guerra mundial, Lucien Conein se había lanzado en paracaídas sobre Francia, tras las líneas alemanas, como comando de la OSS, y posteriormente lo habían enviado al Vietnam. Esto sucedió cuando la mayoría de los norteamericanos aún no había oído hablar de esta trágica nación, cuando Indochina era todavía una colonia francesa.

Según ciertos informes, Conein era de origen francés, y se decía que era el único extraño que había llegado a ser aceptado como miembro de la *Union Corse*[24]. Lo que no cabía dudar era que Conein había mantenido excelentes relaciones con los corsos durante mucho tiempo[25]. En los años cincuenta había sido un destacado representante norteamericano en Vietnam, y al parecer había contribuido a efectuar la transición de la ocupación francesa a la norteamericana[26].

Mucho más tarde, tras la retirada de Estados Unidos, Conein empezó a trabajar para la administración Nixon, reclutado por su viejo amigo de la CIA Howard Hunt, el ratero de Watergate. Su tarea consistía en ayudar a organizar las operaciones clandestinas de la recién creada Drug Enforcement Administration, y para ello llevó más o menos una docena de espías de la CIA a las filas de la DEA[27].

Según un informe ampliamente divulgado, Conein también había creado una brigada de asesinatos dentro del marco de la DEA, con el fin de eliminar a los principales traficantes de droga[28]. Esto sucedía cuando el tráfico estaba dominado por los corsos. Conein, que conocía bien la mentalidad de los corsos y el ambiente en que se desenvolvían, habría sido ciertamente el candidato ideal para un programa como el descrito.

Jim Hougan me había indicado que podría encontrar a Conein en un bar próximo a la sede central de la CIA, en Virginia. Puesto que yo tenía pensado abandonar Washington desde el aeropuerto Dulles y el bar quedaba de camino, Jim Lesar sugirió que nos detuviéramos allí antes de llegar al aeropuerto.

Entré yo primero, me senté ante una mesa situada enfrente de la barra y le expliqué a la camarera que era un escritor californiano y que me interesaba hablar con Conein. Me contestó que no lo había visto, pero se volvió hacia un hombre sentado ante la barra, al que llamó Joe, y le preguntó si Lou iba a venir.

Joe me dijo que Conein solía llegar hacia las 11.30 y me propuso que le telefoneara a su casa. Contesté que no conocía su número de teléfono.

—Ya se lo digo yo —respondió Joe, y recitó el número de memoria. A continuación, se ofreció a llamar a Conein en mi nombre, y así lo hizo. Regresó al poco tiempo para decirme que Lou estaba de camino.

Mientras esperaba, entró Lesar y tomó asiento a la mesa del fondo ante una Pepsi de dieta. A las 11.30, con toda puntualidad, Lou Conein hizo su aparición.

Era un hombre de gran tamaño, de más de un metro ochenta de estatura, una espesa cabellera blanca, pobladas cejas blancas y abdomen prominente. Vestía unos pantalones holgados y una camisa formal desabrochada sobre el pecho, dejando al descubierto una amplia camiseta de malla. Unas gafas pendían de un cordón de algodón en torno a su cuello. Tenía un rostro rubicundo, de facciones pronunciadas. Le calculé unos sesenta y tantos años de edad.

Joe lo dirigió hacia mí, y se acercó a mi mesa a grandes zancadas. Caminaba de una forma curiosa, echando el cuerpo hacia atrás y oscilando sus largos brazos. Me puse en pie, me presenté y le dije que desearía hacerle unas cuantas preguntas para un libro que estaba escribiendo.

—Bueno, venga a la barra... —rezongó, con la voz más grave que yo jamás había oído.

Conein era un hombre tan voluminoso que tuve que sentarme a dos taburetes de distancia. Mientras lo hacía, advertí que Jim Lesar estaba observándonos por el rabillo del ojo. Evidentemente, el leonino aspecto de Conein le había asombrado tanto como a mí. Conein se instaló ante la barra y me preguntó qué quería beber. Para mi sorpresa, él pidió té helado.

—Dígame, ¿en qué está trabajando? —preguntó, frunciendo los labios y tomando un sorbo de su bebida.

Para entonces, faltaba menos de una hora para que saliera mi avión, de modo que fui directamente al grano. Un hombre me había encargado que escribiera la historia de su vida, expliqué, y creía que quizás él pudiese ayudarme.

—¿Quién es ese hombre?

—Christian David —respondí.

El efecto que le causó este nombre fue asombroso. Aunque me pareció que se recuperaba rápidamente, Conein casi estuvo a punto de caerse del taburete.

—Oh, sí —musitó, con la vista fija hacia el frente—. Es un traficante de droga.

Según él mismo me había contado, proseguí, David había sido enviado al Congo para asesinar a Patricio Lumumba. Le pregunté si esto era cierto.

—¿Lo mató? —gruñó Conein a modo de respuesta.

Contesté que me parecía que no.

Conein meneó la cabeza.

—Nunca utilizarían a un individuo así para un trabajo importante. Era demasiado conocido. Esos tipos son las putas de los servicios de inteligencia. Trabajan para cualquiera, de modo que nadie se fía verdaderamente de ellos.

Quise saber qué podía contarme de las operaciones de la CIA en el Congo. Replicó que África era una zona de la que no sabía nada, ni quería saberlo. Lo mismo sucedía con Latinoamérica, añadió. Le pregunté si conocía a Larry Devlin. Conein dijo —sinceramente, según me pareció— que no lo conocía, pero que había oído decir que estaba muerto.

A mis espaldas, Jim Lesar hizo ademán de marcharse, para recordarme que debía coger el avión. Decidí pedir consejo a Conein. Le expliqué que aquellos corsos escapaban a mi comprensión, y le pregunté qué clase de gente eran.

Conein tomó otro sorbo de té, mientras las gafas se bamboleaban suavemente sobre su estómago.

—Los corsos son unos cabrones mercenarios —comenzó lentamente—. Les digas lo que les digas, siempre están pensando lo mismo: «¿Cómo puedo utilizar a este tipo? ¿Cómo puedo sacar dinero de esto...?» O sea que, cuando uno trata con ellos, tiene que conocer el ángulo. Todos tienen un ángulo.

Abrió cómicamente los ojos y se inclinó sobre la barra mientras proseguía:

—Ese David..., también él tiene su ángulo. Puede que se haya inventado toda

esa historia del Congo sólo para salir de la cárcel. O puede que lo haga para obtener un poco de publicidad. Todos esos tipos quieren tener un momento de gloria antes de hundirse. O quizá... —Por primera vez en el curso de la conversación volvió la vista hacia mí—. Quizás está utilizándole para perjudicar a un tercero. Los corsos, ya sabe, tienen una magnífica institución: la *vendetta*. Son capaces de hacer cualquier cosa para vengarse. Asegúrese de no estar mezclándose en una *vendetta*, porque si es así se encontrará metido en líos. —Se rió, una risa profunda y despectiva—. Y quiero decir auténticos líos —concluyó.

Para entonces, Jim Lesar ya estaba en el aparcamiento, conque dejé unas monedas en la barra, recogí mis cosas y di las gracias a Conein tan apresurada y francamente como pude. Me preguntó cuándo pensaba volver a Marsella.

—No vale la pena que se ponga en contacto con los corsos —me advirtió—. No hablarán.

Le dije que había tratado de hablar con Paul Mondoloni, pero que lo habían asesinado antes de que pudiera conseguirlo.

—Buena cosa —gruñó Conein—. Un hijo de puta menos.

En el vuelo de regreso a Los Ángeles resolví un problema que venía preocupándome desde hacía algún tiempo. Ya era hora, pensé, de solicitar ayuda oficial para inducir a David a revelar lo que sabía del asesinato. Mi idea consistía en tratar de obtener la ayuda del Congreso.

Cuando regresé a casa escribí una carta a David, haciendo caso omiso de sus amenazas. Le preguntaba si estaría dispuesto a cooperar en caso de que fuera a verle un representante del Congreso estadounidense. No podía prometerle nada, le advertía, pero una persona así demostraría el interés formal del Congreso por la historia de David y su voluntad de ayudarle. Sin embargo, insistía, debía estar dispuesto a decirles todo lo que sabía antes de que dieran ningún paso para tratar su caso con las autoridades francesas.

David respondió que estaba dispuesto a cooperar conmigo en cualquier cosa que, a mi parecer, pudiera contribuir a su liberación. Su carta tenía un tono avergonzado que, supuse, era tanto una disculpa por las anteriores amenazas como una admisión que de entre tanto había recibido el dinero que yo le había enviado.

Al mismo tiempo, conseguí por fin que la prensa norteamericana publicara algo sobre David. Un amigo común me había presentado a un redactor del *Tribune* de Oakland llamado Jonathan Marshall, que había escrito sobre las relaciones entre los traficantes de narcóticos y los servicios de inteligencia, y conocía la historia de David. Marshall accedió a publicar un artículo sobre el tema[29].

Mientras escribía este artículo, volví a recibir noticias de David. La carta no procedía de Fresnes, sino de La Santé, otra cárcel de París. David me decía, con cierta agitación, que habían intentado envenenarlo, que había estado algún tiempo en el hospital y que luego lo habían trasladado para mayor protección. Me explicaba que temía por su vida, y que existía una conspiración oficial para liquidarlo antes de que se viera el juicio.

Esta información me impulsó a poner en práctica mi idea de solicitar ayuda

oficial. Escribí a la oficina del senador Allan Cranston, exponiendo mi esperanza de que una expresión de interés impulsara a David a cooperar y solicitando que el senador estudiara la posibilidad de enviar un representante suyo que me acompañara a París para entrevistarse con David y tomarle declaración.

Las cosas empezaban a acelerarse. David me escribió de nuevo para decirme que estaba seguro de que intentarían asesinarlo en la cárcel. Añadía también que, según el médico que lo había examinado, parecía estar enfermo de cáncer. Habían encargado una serie de análisis.

Michelle Márquez, de la oficina del senador Cranston, me telefoneó en respuesta a mi carta y propuso una reunión. Tras solicitar que asistieran también los abogados de David, fijó una fecha para el mes de octubre.

Mientras tanto, fui siguiendo mis pistas tan activamente como pude. Intenté localizar a Larry Devlin por medio de la Templesman Diamond Company de Nueva York. En las semanas que siguieron dejé docenas de mensajes para él, pero ninguno recibió contestación.

En la búsqueda de informes sobre Lucien Sarti, en cambio, fui más afortunado. Jonathan Marshall me había hablado de un analista de la DEA, ya retirado, que había seguido la carrera de Sarti. Se llamaba John Bacon. Por entonces era dueño de una galería en Baltimore, y estuvo de acuerdo en conversar conmigo acerca de la vieja red corsa, de la que había sido uno de los principales especialistas en la DEA.

Cuando la DEA seguía los movimientos de Sarti en 1971 y 1972, era Bacon quien se encargaba de coordinar los informes que llegaban a diario desde Latinoamérica. Según me explicó, Sarti y su esposa habían sido detenidos en la frontera mexicana a comienzos de 1972. Por indicación de Washington, la esposa fue encarcelada, pero a Sarti lo dejaron en libertad. A partir de este momento, estuvo sometido a vigilancia constante.

Sarti, prosiguió, llegó a Ciudad de México, donde tenía una casa, a fines de marzo o comienzos de abril de 1972. Cuando su esposa fue puesta en libertad, acudió allí a reunirse con él. La tarde del 27 de abril salieron los dos para ir al cine. Sarti acomodó a su esposa en el asiento del acompañante y se dirigió hacia la portezuela del conductor. En ese instante, la policía mexicana le dio el alto y, según Bacon, Sarti abrió fuego contra ellos. Los policías dispararon a su vez y lo mataron instantáneamente. Bacon estaba seguro de que no había existido ninguna conspiración para asesinar a Sarti.

Le pedí una descripción del hombre.

—Era impulsivo, fogoso y poco de fiar —respondió Bacon—. Muchas veces, su precipitación ponía en peligro a sus colegas. Esto le convertía en una persona poco apreciada en los círculos corsos.

Si eso era cierto, pregunté, ¿cómo era posible que Sarti hubiera llegado a ser una figura tan importante?

—Oh, era brillante —me aseguró Bacon—. Tenía un increíble talento para reclutar gente y conseguir que trabajaran para él. Cuando descubrieron lo poco fiable que era, prescindieron de él, pero siempre había otros. Era un organizador asombroso; nos costó lo indecible descubrir toda su red. De hecho, tardamos va-

rios años en comprender siquiera quién era. Tenía una gran capacidad para modificar su aspecto, comprenda, y a finales de los sesenta, durante cierto tiempo, llegamos a creer que era varias personas distintas.

Le pregunté a Bacon si alguna vez había oído decir que hubieran enviado a David al Congo. Me sorprendió al contestar que, en efecto, así era, aunque creía que por entonces estaba trabajando para los servicios de inteligencia franceses.

Hablando otra vez de Sarti, Bacon recordó una provocativa anécdota.

—Hacia el final, es decir, antes de que lo mataran, supimos por una fuente confidencial que Sarti tenía una relación muy importante con un hombre llamado Duncan. Pero nunca averiguamos quién era ese tal Duncan. Teníamos un informador en su grupo —prosiguió—. Tras la muerte de Sarti, uno de sus lugartenientes se dirigió a nuestro informador para hacerle una proposición. Le explicó que sin duda se produciría una lucha por el control de la red de Sarti, a menos que alguien se adelantara a cubrir el vacío, y sugirió una manera de hacerlo.

Las personas más próximas a Sarti conocían sus relaciones con Duncan, añadió el lugarteniente, aunque nadie lo conocía personalmente ni sabía cuál era su aspecto. Por lo tanto, nuestro informador podía hacerse pasar por Duncan y el lugarteniente respaldaría sus pretensiones sobre la herencia de Sarti. Dado que los socios de Sarti sabían cuánta importancia tenía Duncan para él, todos reconocerían su autoridad.

El informador explicó todo esto a la DEA, y así llegó a conocimiento de Bacon, que emprendió una investigación para descubrir quién era Duncan.

—Nunca llegamos a ninguna parte —me dijo—. Lo único que pudimos averiguar fue que Duncan tenía su base en el sur de África y que conocía a Sarti desde su juventud. Al parecer, se conocieron a finales de los cincuenta y trabaron una estrecha amistad, pero muy poca gente estaba al tanto de su relación. El mero hecho de mencionar el nombre de Duncan era prueba de que uno pertenecía al círculo íntimo de Sarti.

Bacon añadió que consiguieron descubrir que Sarti y Duncan habían colaborado en algunas operaciones, pero que ninguna de ellas estaba relacionada con las drogas.

—Nunca llegamos a saber cuál era la naturaleza exacta de estas operaciones —prosiguió—. Todas las pistas que seguíamos en nuestras investigaciones nos conducían a puertas que se cerraban en nuestras narices. Era la clase de reacción que solíamos encontrar cuando casualmente tropezábamos con actividades de los servicios inteligencia.

Quise saber si podía decirme los nombres del informador o el lugarteniente, pero Bacon se negó a hacerlo, aduciendo que aún había gente que se vería en peligro si él hablaba. Ante mi insistencia, empero, reconoció que el lugarteniente era un francés que había sido detenido poco después de la muerte de Sarti. Me aseguró que no era David, aunque le parecía posible que David conociera la existencia de Duncan.

La información era interesante. El hecho de que Sarti hubiera tenido un contacto en los servicios de inteligencia desde finales de los cincuenta hasta el momento de su muerte arrojaba una nueva luz sobre toda su carrera. Verdadera-

mente, cuanto más sabía sobre Lucien Sarti, más compleja me parecía su vida. Era obvio que había sido algo más que un mero traficante de drogas.

Cuando Bud, Jim y yo nos reunimos con ella en el despacho del senador Cranston, en octubre, Michelle Márquez se mostró tan formal y eficiente como siempre. Le conté lo que sabíamos de David, añadí algunos detalles sobre Sarti y dejé bien claro que David había expresado su disponibilidad para entrevistarse con un representante del Congreso. Michelle me escuchó, tomando algunas notas, y luego dirigió sus preguntas a Bud y a Jim. Finalmente, nos indicó que el senador tenía el proyecto de enviar a dos de sus colaboradores a París en un futuro próximo.

Se trataba de una oportunidad que había que aprovechar. Le dije que, en tal caso, no debían pasar por alto la ocasión de entrevistarse con David. Aduje que muy posiblemente David era una de las contadísimas personas aún vivas que podían desvelarnos la verdad de esta historia, y que era necesario que alguien con un cargo oficial asumiera esta responsabilidad.

Michelle se puso en pie, señalando el fin de la reunión.

—Muy bien —asintió—. Recomendaré al senador que envíe a uno de sus hombres a hablar con Christian David durante su viaje a París.

Era todo lo que yo había esperado alcanzar, y tuve que admirar la serena resolución con que había tomado su decisión.

En vista del resultado, Bud y Jim estuvieron de acuerdo en que quizá fuese conveniente que yo volviera a viajar a Europa. Bud, por su parte, estaba interesado en saber si había podido identificar al Hombre Misterioso de Ciudad de México. Si hubiese averiguado su identidad, explicó, valdría la pena hacer el viaje sólo para encontrarlo

Gary Shaw se mostró de acuerdo cuando le telefoneé, a mi regreso de Washington.

—¡Vaya, hombre! —exclamó, con su marcado acento de Texas—. Sería una locura no seguir investigando esta información.

Al cabo de unos días, me llamó con una propuesta inesperada. Bud y él habían quedado en reunirse para decidir cuáles eran los siguientes pasos a dar, y querían que me encontrara con ellos en Dallas. Acepté de muy buen grado.

Gary vino a esperarnos a Bud y a mí al aeropuerto de Dallas. Inevitablemente, nuestra primera parada fue en la Dealey Plaza, aunque ninguno de los tres lo había sugerido específicamente.

Llegamos a la plaza al atardecer de un sábado. El lugar estaba casi desierto. Gary y Bud hablaron del asesinato, repasando todos los detalles que habían pasado a formar parte de sus conciencias. En aquella desdichada plaza, nadie habría podido tener unos guías más dedicados y minuciosos que los que tuve yo aquella tarde de finales de otoño.

A la mañana siguiente nos reunimos en casa de Gary para desayunar y estuvimos contemplando cintas del asesinato, entre ellas una versión mejorada por ordenador de la película de Zapruder. Nunca había visto una copia tan clara, y la en-

contré tan fascinante como inquietante. Se veía claramente el impacto de los disparos, y era innegable que la bala fatal había llegado desde el frente.

En nuestra conversación tratamos de repartir las responsabilidades para futuras investigaciones. Al final de la misma, estaba claro que yo debería volver a Europa. Aquellos dos días en Dallas habían resultado gratamente productivos. Tenía la sensación de que por fin habíamos llegado a un acuerdo acerca de lo que debíamos hacer y estábamos unidos tras una línea concreta de investigación. Esta línea, a diferencia de muchas otras en el pasado, podía desembocar ya no en nuevas teorías, sino en detenciones.

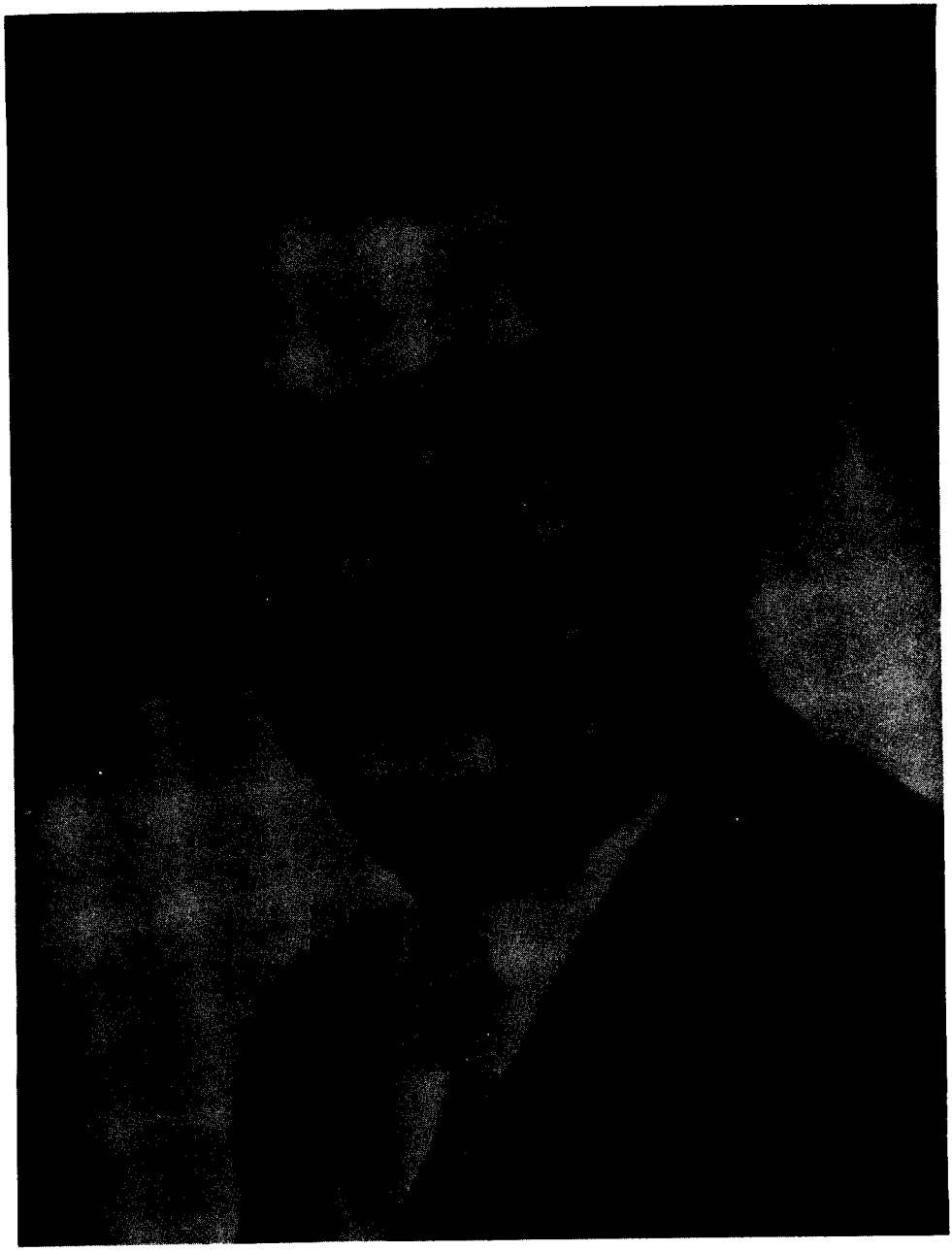
Regresé a California y escribí a David para anunciarle que iría a verle en compañía de un enviado del Congreso de Estados Unidos. Le urgía a colaborar, por su propio bien, y añadía que, en mi opinión, aquél podía ser el principio del fin de todos nuestros problemas.

NOTAS

EN BUSCA DE LUCIEN Y VIC, 1985

1. *Paris Match*, 8 de febrero de 1985.
2. *HSCA*, p. 208 *et passim*. También: Blakey, G. Robert y Billings, Richard N., *The Plot to Kill the President.* New York: Times Books, 1981, pp. 245-246.
3. Kruger, *op. cit.*, p. 110.
4. Blakey y Billings, *op. cit.*, p. 243.
5. *HSCA*, p. 212.
6. *Ibid.*, p. 211. También: Blakey y Billings, *op. cit.*, pp. 244-245.
7. *HSCA*, p. 211.
8. Fensterwald, Bernard, Jr., *Coincidence or Conspirancy?* New York: Zebra, 1977, pp. 300; 310.
9. Blakey y Billings, *op. cit.*, pp. 346-348. También: Summers, *op. cit.*, pp. 330-331.
10. Summers, *op. cit.*, pp. 337-338.
11. *Ibid.*, pp. 332-333.
12. En cuanto a la posible influencia de Ferrie sobre Oswald, véase: Summers, *op. cit.*, p. 332. Para las relaciones entre ambos, véase: Blakey y Billings, *op. cit.*, pp. 346-348.
13. Véase Blakey y Billings, *op. cit.*, p. 170; 347. También: Summers, *op. cit.*, pp. 332-333.
14. Blakey y Billings, *op. cit.*, p. 169.
15. Fensterwald, *op. cit.*, pp. 297-298.
16. Garrison, Jim, *Heritage of Stone*. New York: Berkley Medallion, 1972, p. 111.
17. Ferrand, Serge y Lecavelier, G., *Aux Ordres du SAC.* Paris: Albin Michel, 1982.
18. Véase: Kruger, *op. cit.*, pp. 105-106.
19. Laville, Alain, *Le Juge Michel*. Paris: Presses de la Cite, 1982.
20. Vandewalle, E.R., *L'Ommegang: Odyssee et Reconquete de Stanleyville, 1964.* Brussels: Collection Temoignage Africaine, 1970.
21. *Libre Belgique*, May 21, 1968.
22. Véase: Kruger, *op. cit.*, pp. 54; 76; 84; 105. Editores de Newsday, *The Heroin Trail*, pp. 130-131; 154-155. Galante, Pierre y Sapin, Louis, *The Marseilles Mafia: The Truth Behind the World of Drug Trafficking*. London: W.H. Allen, 1979, p. 19. Clark, Evert y Horrock, Nicholas, *Contrabandista!* New York: Praeger, 1973, pp. 186-187. Charbonneau, *op. cit.*, pp. 454-455.
23. Véase: Crile, George III, «The Colonel's Secret Drug War». *Washington Post, Outlook*, 13 de junio, 1976, p. E-1.
24. McCoy, *op. cit.*, p. 211. También: Hougan, *op. cit.*, pp. 138-151. Kruger, *op. cit.*, p. 135. Marshall, Jonathan, «Drugs and U.S. Foreign Policy» en Ronald Hamowy, *Dealing With Drugs: Consequences of Government Control*. Lexington, MA: Lexington Books, 1987.

25. McCoy, *op. cit.*, pp. 211-212.
26. Kruger, *op. cit.*, pp. 133-135.
27. Hougan, *Spooks*, pp. 138-151. También: Kruger, *op. cit.*, pp. 160-165; 193-194.
28. Véase: Crile, *loc. cit.* y Hougan, *op. cit.*, pp. 138-151. También: Kruger, *op. cit.*, pp. 163-164. Marshall, *loc. cit.*
29. Oakland *Tribune*, 22 de diciembre, 1985.



Antoine Guérini.

Arresto de «Mémé» Guérini.

IV. MERCENARIOS Y ASESINOS A SUELDO, 1985

En diciembre recibí una carta del policía retirado de Marsella. Estaba firmada con un seudónimo y, en un lenguaje lleno de rodeos, me informaba que, tras efectuar ciertas investigaciones, tenía importantes noticias que comunicarme. Por consiguiente, me invitaba a ponerme en contacto con él la próxima vez que fuera a Marsella.

Al poco tiempo me llegaron malas noticias: Michelle Márquez llamó para decirme que el proyecto de enviar unos colaboradores a París había sido cancelado y que no me acompañaría nadie en mi visita a la prisión.

Yo tenía el convencimiento de que para conseguir la colaboración de David nos hacía falta alguna clase de apoyo oficial. Puesto que, al parecer, no podía obtenerlo en Washington, pensé en persuadir a alguien para que fingiera ser un miembro del personal del Congreso. Llamé a Tink Thompson, que escuchó mi proposición y se echó a reír.

—¡De ninguna manera! —exclamó—. En primer lugar, un engaño de este tipo va contra las normas de mi profesión. Pero, además, hace tiempo que decidí que no sólo quería ser un buen detective, sino que también quería llegar a ser un *viejo* detective.

Como de costumbre, Thompson tenía razón. Sería inútil tratar de engañar a David. No me quedaba más remedio que volver a Washington y conseguir un auténtico respaldo oficial.

Reservé una plaza en el vuelo de People's Express de Nueva York a Bruselas, con la intención de pasar tres días en Washington haciendo una serie de visitas a la colina del Capitolio. Mi esposa y mi hijo me acompañaron hasta el aeropuerto. Fue una tensa despedida. El siguiente mes y medio iba a ser difícil para los tres. No teníamos suficiente dinero para pagar a alguien que se cuidara del niño, de modo que mi esposa debería tomarse el resto de las vacaciones para quedarse en casa con el pequeño. Aunque ella trataba valerosamente de ocultar su preocupación, con el niño agitándose en sus brazos, al irme hacia el avión me rogó que tuviera cuidado.

—Esa gente es peligrosa —observó.

Ya en Washington, me dediqué por completo al esfuerzo de obtener de algún miembro del Congreso una declaración escrita de interés en la historia de David. Volví a visitar la oficina del congresista Martínez.

—El congresista no desea ser el primero en comprometerse —me explicó su joven ayudante—. Si algún otro está dispuesto a escribirle una carta a David, él también la firmará.

En la oficina del senador Durenberger recibí la misma respuesta. Llamé a Michelle Márquez. Yo creía que el senador Cranston aceptaría dar el primer paso, ya que los demás no parecían dispuestos a hacerlo, pero, para mi gran desaliento, descubrí que estaba en un error. Cuando insistí, Michelle me contestó, bastante fríamente, que yo no era la primera persona que acudía a su despacho con «nuevas» informaciones sobre el asesinato de Kennedy.

Esta contestación me resultó deprimente. Había supuesto que estaban verdaderamente interesados en mis investigaciones, y ahora descubría que me consideraban un mero fanático del asesinato. Exasperado, di cuenta a Bud y a Jim de los resultados obtenidos, pero ellos me aseguraron que las negativas a encabezar nada eran endémicas en el Congreso.

Tratamos de pensar en alguien que fuera lo bastante independiente como para dar el primer paso con respecto a David. Propusimos y rechazamos unos cuantos nombres, hasta que finalmente se me ocurrió el del congresista californiano Ronald Dellums, uno de los miembros más liberales del congreso.

Dellums, de raza negra, era uno de los representantes por Oakland, donde había aparecido mi artículo sobre David, y lo bastante inconformista como para hacer caso omiso del riesgo que los demás creían ver en el caso Kennedy.

Su oficina era distinta de cualquier otra que yo hubiera visto en el Capitolio. Estaba decorada con carteles pacifistas, feministas, de liberación gay y otras causas activistas, y los miembros de su personal era jóvenes y vestían informalmente. El ayudante legislativo de Dellums escuchó con atención mi breve resumen de la situación. Le expliqué que necesitaba llevarme a París algún documento que demostrara un interés oficial por la historia de David. Él asintió, me rogó que esperara y desapareció en un despacho interior.

A los cinco minutos estaba de vuelta. Me entregó una carta dirigida a Christian David en la que se hacía constar que el congresista Dellums tenía entendido que David poseía cierta información de importancia que deseaba comunicar al Gobierno de Estados Unidos, y le invitaba a transmitir esta información a través mío. Como contrapartida, el congresista expresaba su voluntad de ocuparse de que David recibiera alguna consideración a cambio de su cooperación. La carta iba firmada por el propio Dellums.

Por fin tenía algo que enseñarle a David para demostrarle que el Gobierno estaba interesado en sus informes. Con aquella carta en mis manos, tenía alguna posibilidad de persuadirle para que me contara el resto de lo que sabía sobre el asesinato del presidente. Una vez que obrara en mi poder esta información, quizá podría hacer algo para ayudarle, pero, lo más importante, quizá fuese posible avanzar hacia la resolución del caso.

Llegué a Bruselas por la tarde y tomé el tren y un trolebús hasta el centro de la ciudad, donde me inscribí en un hotel modesto pero acogedor. Mi primera llamada fue para Monique, la ex mujer de Léon Libert, que residía en Lieja.

Me parecía que contestaba de forma un tanto cautelosa. De hecho, a medida que se prolongaba nuestra conversación, comencé a percibir claramente que algo andaba mal. Le expliqué que estaba esperando entrevistarme con su viejo amigo Gardien, por cuya medición ella me había dicho que tal vez pudiera localizar a Big Hands.

—Escuche, monsieur —me respondió fríamente—, ya sé que le dije que le presentaría a mis amigos, pero quiero que sepa que no pienso hacerlo si lo que quiere es engañarlos.

Le pregunté qué quería decir con eso.

—Me llamó Léon para advertirme que vendría usted. Dijo que no debía cooperar en nada..., porque cree que trabaja usted para la CIA.

Me quedé atónito. Libert no me había dado ninguna muestra de desconfianza ni en nuestro encuentro ni en las conversaciones telefónicas o las cartas. Quise saber si verdaderamente suponía que yo era un agente de la CIA.

—Está tan convencido —contestó Monique— que ha escrito a todas las personas que quería usted ver. Dudo mucho que acepten hablar con usted ahora.

Era un retroceso terrible. Todos mis esfuerzos para cultivar contactos entre la comunidad de los mercenarios parecían haber sido destruidos de un solo golpe.

Puse todo mi empeño en persuadir a Monique de que no estaba relacionado con la CIA ni con ninguna otra agencia del Gobierno. Tras veinte minutos de insistir, serena pero fríamente, me pareció haberla convencido. Aceptó presentarme a sus viejos amigos del Congo, pero sólo si le juraba que yo era lo que decía ser: un escritor que trabajaba en la preparación de un libro. Hice lo que me pedía.

Cuando colgué estaba temblando, tanto por el sobresalto como por el enfado. Si Libert dudaba de mis intenciones, habría debido negarse a tener tratos conmigo o bien plantearme abiertamente sus sospechas. Pero divulgar rumores a mis espaldas era una cobardía.

Por la mañana llamé a Walter de Bock, un reportero del periódico flamenco *Die Morgen*, quien, según me habían dicho, era una autoridad en cuestión de mercenarios. El hombre aceptó almorzar conmigo y me pidió que fuera a buscarlo a su oficina.

Antes, empero, tenía una cita con el coronel E. R. Vandewalle, que había dirigido la operación de Ommegang, la marcha de los mercenarios sobre Stanleyville, en 1965, en la que al parecer había participado Big Hands.

Vandewalle me recibió en su apartamento, en una avenida de una zona residencial. Era un educado caballero que pasaba de los sesenta años, cortés y obviamente acostumbrado a las entrevistas. Le enseñé las fotos de Vic, pero no lo reconoció. A continuación, saqué un ejemplar de *Ommegang* y le mostré a Grosses Mains. Me contestó que había tenido a varios centenares de mercenarios bajo su mando y que no podía recordarlos a todos.

Cuando mencioné a Bob Denard, el coronel Vandewalle se echó a reír. Denard, me explicó, era un *farceur*, un farsante, y me aconsejó que, si alguna vez ha-

blaba con él, no me creyera ni la mitad de lo que dijera. Al preguntarle si Denard había trabajado para la CIA, volvió a reírse y respondió que no le sorprendería en lo más mínimo.

Luego planteé la cuestión de QJ/WIN y las conspiraciones contra Lumumba. Vandewalle dijo que ya había oído esa historia, pero que era imposible que Denard hubiera participado en ella porque no había llegado al Congo hasta después de la muerte de Lumumba. Para demostrar su afirmación, consultó varios libros. No cabía duda de que existía una discrepancia de tiempo. Denard no podía ser QJ/WIN.

A mediodía me dirigí a las oficinas de *Die Morgen*. Una rubia corpulenta con un peinado a lo punk me preguntó qué deseaba, primero en flamenco y luego en francés. Al explicarle que estaba citado con Walter de Bock, me miró con aire dubitativo.

—Walter nunca tiene citas —respondió—. No cree en ellas. ¿Está seguro de que le ha dado una cita?

Le aseguré que me la había dado, para almorzar.

—Oh, para almorzar, sí, en el almuerzo sí cree. Quizá lo encuentre en el Café des Artistes, aquí al lado.

Pregunté por De Bock en el café, pero la chica de la barra insistió en que apenas aparecía por allí. Al parecer, tampoco creía mucho en el almuerzo. Me quedé a comer allí, de todos modos, por si acaso se presentaba, y luego regresé al periódico. La rubia corpulenta meneó la cabeza.

—Ya sabía yo que no podía estar citado con Walter —comentó—. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

Escribí una nota con mi número de teléfono en el hotel.

—Se lo daré cuando llegue, pero no sé cuándo será eso. Nadie sabe cuándo vendrá Walter. Ni el mismo Walter lo sabe.

Le di las gracias y le pregunté cómo podía llegar a la jefatura de la policía nacional.

La jefatura de policía parecía una fortaleza sitiada. Era un edificio bajo, protegido por una barricada hecha con trampas antitanque envueltas en alambre de púas, en mitad de una gran plaza que había sido despejada de automóviles.

Un joven policía con material antidisturbios y un subfusil en bandolera me detuvo en el perímetro. Le expliqué que yo era un escritor norteamericano y que deseaba entrevistarme con algún oficial de más edad para ver si podía identificar unas fotografías. Me pidió el pasaporte y, tras echarle una ojeada, declaró que no era auténtico. Estuvimos veinte minutos discutiendo la cuestión antes de que solicitara ayuda por radio.

Enseguida acudió un oficial a la barricada, examinó brevemente mi pasaporte, decidió que era válido y me dirigió a un hombrecillo de aspecto atormentado, vestido de paisano, con zapatos blancos y la corbata torcida, que estaba de pie en una cabina de seguridad al otro lado de la puerta.

Le expliqué mi propósito entre un flujo constante de empleados que pasaban sin detenerse. Muy agitado, me contestó que era imposible.

Quise saber qué era imposible.

—Hablar con nadie —contestó.

Le dije al hombrecillo que no disponía de mucho tiempo y que sólo quería que alguien echara un vistazo a mis fotografías.

—Comprenda, es que ni siquiera yo puedo conseguir que hablen conmigo... Todos están demasiado ocupados para hablar —insistió, con un ademán hacia la gente que pasaba apresuradamente—. Lo siento, monsieur, pero no puedo hacer nada.

Estaba demasiado cansado para enojarme, y me senté pesadamente en un banco próximo a la cabina del hombrecillo, tratando de decidir qué debía hacer a continuación. Al parecer, ofrecía una imagen tan desolada que por fin el hombre se me acercó.

—Déjeme ver sus fotos —dijo suavemente.

Las saqué de la bolsa y se las tendí.

—¿Y sólo quiere que alguien de una cierta edad les eche un vistazo? —inquirió.

Le aseguré que eso era todo.

—Muy bien. Vamos a ver qué puedo hacer.

Regresó a su cabina, telefoneó al piso de arriba y volvió junto a mí.

—Alguien bajará a buscarlo —me anunció—. Subirá, pero tiene que volver a bajar enseguida. Quince minutos...

Una robusta secretaria me condujo al piso superior, tras informarme que iba a ser recibido por el señor Dierckx, ayudante del fiscal público.

Se trataba de un hombre ya mayor, en un despacho espartano. Me invitó a sentarme y a tomarme el tiempo que necesitara. Sus modales contrastaban notablemente con el caos del vestíbulo.

—¿Podría ser más preciso acerca de la naturaleza de su interés por esta persona? —preguntó, mientras examinaba las fotos de Big Hands.

Le dije que aquel hombre podía tener una relación indirecta con la muerte del presidente Kennedy.

El señor Dierckx me miró por encima de sus gafas.

—Tengo entendido que ya efectuaron una investigación oficial sobre ese asunto —comentó—. La Comisión Warren, ¿no es cierto? —Luego, con una sonrisa maliciosa, añadió—: No llegaron a averiguar quién lo mató, ¿verdad?

Sacó una hoja de papel y una pluma y me pidió que le dijera exactamente lo que deseaba. Le dicté todos los detalles que conocía sobre Vic, salvo el nombre de Grosses Mains, y le proporcioné también algunos informes sobre mí mismo. Acto seguido, el señor Dierckx escribió una carta al procurador general, solicitándole que ordenara a la policía que buscara en sus archivos al hombre cuyas fotos se adjuntaban. Hizo que su secretaria pasara la carta a máquina, y, tras firmarla, le pidió que fuera a entregarla en propia mano.

—Yo carezco de autoridad para ordenar esta investigación —me explicó—. Pero si se obtiene algún resultado, se lo haré saber de inmediato.

Le quedé muy agradecido. Aunque aquel esfuerzo no condujera a ninguna parte, al menos representaba una inyección de moral que en aquellos momentos me era muy necesaria. Fui al hotel, pagué la cuenta y partí en tren hacia París.

Nada más llegar telefoneé a Sophie Bottai, que había venido desde Marsella, y le dije que quería ver a Christian David. Sus informes no eran muy alentadores. Juntamente con los demás abogados de David, había conseguido desmontar algunas pruebas críticas, neutralizando las acusaciones del fiscal. En consecuencia, me explicó, el Gobierno había cambiado de estrategia y pretendía conseguir que David fuera declarado demente e internado en un manicomio. En aquellas circunstancias, le parecía muy difícil que me permitieran verle.

Me dirigí al Palais de Justicie para entrevistarme con el juez Biswang. Lo encontré, como antes, obsesivamente brusco y atareado. Sí, admitió, estaba reuniendo todos los antecedentes psiquiátricos de David, y me mostró el sumario que ya había recopilado. Era un legajo de millares de páginas. Luego añadió que había solicitado a las autoridades norteamericanas que le enviaran los resultados de los exámenes de David. Evidentemente, la información de Bottai era correcta.

Yo no podía permitir que hicieran tal cosa. Si internaban a David en un manicomio, toda su credibilidad como testigo en el caso Kennedy quedaría anulada. Le dije al juez Biswang que, en Estados Unidos, el historial psiquiátrico de David estaba protegido por la Ley de Intimidad y no podía ser divulgado sin su autorización. No estaba del todo seguro de que esto fuese cierto, pero era convincente. Añadí que los abogados norteamericanos de David me habían enviado a verle con una autorización escrita que él debía firmar. Hasta que no lo hubiera hecho, ni sus abogados norteamericanos ni el juez podrían acceder a su historial confidencial.

El juez Biswang extendió la mano para que le entregara el impreso, diciéndome que él se encargaría de que David lo firmase. Me negué a dárselo, aduciendo que tenía que plantearle algunas preguntas personales a las que debía responder también confidencialmente.

Al oír mis argumentos, el magistrado respondió con grandes alharacas, pero finalmente arrojó sobre la mesa un pase de abogado para visitar a David en La Santé.

Fui directamente a la cárcel, situada en la parte sur de París. Era un edificio impresionante. Los muros eran de pedernal castaño oscuro, hoscos y desprovistos de rasgos característicos. En una esquina, una placa de mármol conmemoraba la ejecución de doce miembros de la Resistencia por parte de la Gestapo. Ante los muros, policías con metralletas hacían su ronda por las largas aceras, y uno de ellos permanecía inmóvil montando guardia en una minúscula garita junto a la entrada.

Me acerqué a la puerta y pulsé un timbre situado muy en alto. En el portón de hierro se abrió una mirilla y un par de ojos me examinaron de arriba abajo. Exhibí el pase, cosa que desencadenó una serie de ruidos metálicos. El portón giró hacia atrás y surgió una mano para recoger el pase. Al cabo de unos instantes, la puerta se abrió del todo y pasé al interior.

En la entrada, un guardia uniformado inscribió mi nombre en el registro de visitantes con la anotación *«Avocat»*, abogado. Tuve que dejar allí mi pasaporte, y a cambio recibí una ficha metálica que llevaba grabado un número. Tras cruzar tres cancelas cerradas, fui admitido en el centro de guardia de la cárcel.

Era una especie de rotonda, alta y bastante sucia, rodeada en su mitad superior por una pasarela de hierro. Desde la planta baja, tras unas inmensas rejas, irradiaban cinco galerías de celdas. Presenté el pase y la ficha en el centro de guardia, una construcción cilíndrica ocupada por dos guardias. En la ventanilla había un enorme libro de registro en el que uno de los guardias anotó mi nombre, la fecha y el nombre del recluso con una florida y anticuada caligrafía. Luego, me devolvió el pase y me indicó que pasara al otro lado del centro de guardia.

Empotradas en una pared, tras un angosto vestíbulo, había dos series de cuartos para comunicaciones. Estaba claro que se trataba de una adición reciente, pues los cuartos estaban encajados en un espacio minúsculo. Un guardia abrió la puerta de uno de ellos y me invitó a tomar asiento.

Me senté en el lado opuesto de una mesa cómicamente pequeña y desvencijada por los muchos años de uso. El cuarto de comunicaciones, o *cabine*, como lo llamaban, no medía más de un metro sesenta de ancho por dos metros de largo, pero el techo se hallaba muy por encima de mi cabeza. Las paredes, pintadas de un amarillo enfermizo, estaban cubiertas de inscripciones y rozaduras de pies. Los únicos muebles eran la mesa y dos taburetes en miniatura. Cuando el guardia cerró la puerta al salir, sentí por primera vez en mi vida una impresión de claustrofobia.

En el cubículo reinaba un calor sofocante, a causa de dos gruesas tuberías de vapor que discurrían a lo largo de la pared del fondo. Desde las galerías de las celdas me llegaba el eco de gritos. Lo peor de todo era el hedor, un denso y persistente olor a humedad y a gachas de avena rancias que impregnaba todo el lugar. Sentí el súbito deseo de salir, de empujar aquella puerta y correr hacia el patio en busca de aire.

El guardia regresó al cabo de unos minutos. Se abrió la puerta y apareció Christian David.

Había sufrido una profunda transformación. En vez del ágil paso de boxeador con que se nos había acercado a Bud y a mí en Leavenworth, ahora jadeaba apoyado en una muleta metálica que le encorvaba el hombro. Aunque aún no había cumplido los cincuenta y cinco años, parecía un anciano. Su cabellera grisácea caía en sucias guedejas hasta más abajo de los hombros, y la barba le llegaba a la cintura. Vestía un chándal barato por debajo de una guerrera del ejército, y tenía los pies calzados con zapatillas caseras de fieltro.

Lo más notable de todo era su cara. Profundamente surcada por la enfermedad y la fatiga, los surcos le conferían un aire ominoso que me producía espanto. Por algún motivo, su tez se había vuelto más aceitunada, y su apariencia más extraña. También sus ojos eran más profundos y oscuros, aunque conservaban su líquida amenaza. Tenía las manos ásperas y escamosas, e igualmente oscuras. De hecho, era como si una gran oscuridad se hubiera posado sobre él, o quizá, reflexioné, como si fluyera de su interior a medida que su cuerpo se deterioraba y su espíritu agonizaba.

El guardia le ayudó a instalarse en el taburete, y luego salió y cerró la puerta tras de sí, dejándonos a solas ante aquella raquítica mesa. Estreché la mano de David. Medio se volvió hacia mí, mirándome de soslayo.

Le pregunté cómo estaba. Meneó la cabeza.

—Nada bien —respondió—. Nada bien, en absoluto...

Quise saber si había recibido el dinero que yo le mandara, y asintió en silencio. No me dio las gracias. En realidad, advertí que nunca me daba las gracias por nada. Enseguida comenzó a hablar de su caso.

Se explayó durante muchos minutos sobre sus sesiones con el juez. Como siempre, se quejaba de que habían fabricado las pruebas contra él, y me explicó con evidente deleite que sus abogados habían logrado demostrar que las fotos que habían mostrado a los testigos eran trucadas. Añadió que ya no podrían condenarle, y ellos lo sabían, pero que el «superpolicía» no se echaría atrás tan fácilmente.

Le interrumpí para decirle que, como le había prometido, había publicado un artículo sobre él en un periódico norteamericano. Esto despertó su interés, y me preguntó qué había escrito. Le dije que mi artículo explicaba que le habían acusado del asesinato de Galibert a causa de su pasado, enumeraba las contradicciones de las pruebas reunidas en su contra y describía sus extradiciones ilegales desde el Brasil y Estados Unidos. Al oírlo, pareció complacido, y traté de aprovecharme.

Le expliqué que había hablado con un miembro muy importante del Congreso que se mostraba interesado en lo que David pudiera decir, y que tal vez pudiese ayudarle. Saqué la carta de Dellums y la dejé encima de la mesa. Era, le dije, una declaración oficial de que, si cooperaba en el asunto de Kennedy, se haría algo en su favor.

Hurgó en su bolsillo en busca de las gafas y leyó cuidadosamente la carta. A continuación, la dobló y se la guardó en el interior de la guerrera.

—¿Quién es este hombre? —inquirió.

Le hablé del congresista Dellums, realzando considerablemente su importancia, e hice hincapié en que presidía diversos comités del congreso y, si David aceptaba testificar ante uno de dichos comités, Dellums podría ocuparse de que lo devolvieran a Estados Unidos.

David sacudió enfáticamente la cabeza.

—No, no —protestó—. Yo no puedo volver nunca a Norteamérica. Para mí, sería el cementerio.

Quise saber de qué tenía miedo.

—Si me sacan de aquí y me llevan a Estados Unidos, me matarán.

Le aseguré que, si me proporcionaba algunos detalles concretos y verificables sobre el asesinato, yo se los comunicaría al congresista Dellums y éste se cuidaría de darle protección. De nuevo se negó.

—Ya se lo he dicho —respondió con impaciencia, como si estuviera hablando con un niño—: todos los que han prestado testimonio sobre este asunto han sido asesinados. Si vuelvo para hablar de esto, también me matarán a mí.

Decidí cambiar de tema y comenté que mis investigaciones, en Marsella y en otros lugares, me habían llevado al convencimiento de que el Lucien del que me había hablado era Lucien Sarti. David desvió la mirada.

—Usted ya sabía en todo momento quién era Lucien —me lamenté—. ¿Por qué fingió que ignoraba su apellido? ¿Por qué me ha obligado a tomarme tantas molestias para averiguarlo?

David volvió a mirarme de soslayo.

—Aunque un hombre esté muerto, sigue teniendo parientes..., familiares dispuestos a vengarse en su nombre.

No era una afirmación, pero me pareció que David estaba confirmándome que Sarti había sido uno de los asesinos del presidente.

—¿Fue a través de Sarti como se enteró usted de los hechos? —inquirí.

David asintió. Nunca lo había visto tan malhumorado, pero al menos no se negaba a responder.

—¿Qué le contó?

Se agitó en su taburete, levantando la pierna mala con una mueca de dolor. Luego, se metió la mano en el bolsillo y sacó un aspirador y una botella, que depositó sobre la mugrienta mesa.

—Padezco de asma —explicó, y comenzó a jadear teatralmente. Tras echarse varias rociadas a la boca, apoyó el antebrazo sobre su muleta. Daba una imagen patética, y él lo sabía bien.

—¿Qué le contó? —repetí.

David barrió unas imaginarias migajas de la mesa con el dorso de la mano.

—Me dijo que viajó en avión desde Francia a Ciudad de México —comenzó, con aire ausente—. Estuvo allí durante unas tres semanas y luego fue conducido en automóvil a la frontera, a Brownsville...

Volvió a utilizar el aspirador. Estaba claro que no era el esfuerzo de hablar lo que le fatigaba, sino el tema.

—Cruzaron por Brownsville —prosiguió—. Sarti usaba un pasaporte italiano. En el lado norteamericano fue recogido por un representante de la Mafia de Chicago, con quien hablaba en italiano; Sarti hablaba muy bien el italiano. Fueron en coche hasta Dallas, pero no a un hotel. No querían dejar ningún rastro, conque lo llevaron a una casa particular que habían preparado para él.

No me había atrevido a sacar mi libreta de notas por temor de que le sirviera de excusa para no seguir hablando. Pero, al llegar a este punto, se detuvo igualmente. Esperé unos segundos y, en vista de que no decía nada, le urgí a continuar.

—Escuche —me dijo con voz cansada—. Llevo catorce años en la cárcel. Ya no sé dónde estoy. Ese juez, ese policía... Tiene que hacer algo para ayudarme, y luego, como siempre le he prometido, podremos sentarnos los dos y le contaré toda la historia...

Respondí que no teníamos tiempo. Si quería que el congresista hiciera algo por él, tenía que darme al menos uno o dos detalles que aún pudieran comprobarse. Con eso, seguramente podría arreglar alguna clase de trato en su favor.

David meneó la cabeza.

—No me pregunte nada más. Ya le he dicho demasiado... En Fresnes quisieron envenenarme... Estuve tres días en el hospital. Como ahora no pueden acusarme, han decidido eliminarme. Las pruebas... Mire...

Se enfrascó en una larga diatriba sobre la historia de su caso que duró al menos media hora. Yo ya lo había oído todo antes, en Leavenworth, en Nueva York y en Fresnes. Me recosté contra la pared y fui asintiendo de vez en cuando mientras

él tamborileaba con los dedos sobre la mesa e iba sumiéndose en un frenesí de indignación y paranoia.

Finalmente hizo una pausa, jadeante, y pude mencionar de nuevo al congresista. Aquella carta, aduje, era la garantía que siempre me había solicitado. Si se decidía a cooperar, todavía podría salvarse de la venganza de que me hablaba, pero si se negaba yo ya no podría hacer nada más por él. ¿Qué podía decirme, basándose en lo que Sarti le había contado, que pudiera ser comprobado y que no le representara ningún peligro?

Volvió a menear la cabeza.

—Cuando esté libre, de una forma normal, se lo diré todo.

En tal caso, ¿podía hablarme del Congo? Observé que, si lo había entendido correctamente, había ido allí para matar a Lumumba.

David asintió.

En otra ocasión me dijo que había conocido a otro hombre que también pretendía matar a Lumumba, y que habían estado conversando de cuestiones referidas a los servicios de inteligencia. ¿Quién era ese hombre?

David respondió que sabía a quién me refería, pero que no podía decirme su nombre. Quise saber por qué.

—Me matarán —repitió—. Ya quisieron matarme en Sudamérica, tengo la absoluta certeza. Había un contrato contra mí. Un oficial de la Interpol que trabajaba para mí me avisó a tiempo y pude escapar.

Le pregunté quién había encargado el contrato.

—La CIA —contestó—. Pensaban matarnos a Sarti y a mí al mismo tiempo. Yo escapé, pero Sarti no. Dicen que disparó contra la policía, pero no es verdad. Fue asesinado.

Le pregunté si estaba seguro de que Sarti no había disparado primero.

—Hablé con gente que había estado allí —insistió David—. No llegó a sacar su pistola. Esperaron a que su esposa estuviera dentro del coche y dispararon contra él. Mire —añadió, inclinándose sobre la mesa—, Sarti y yo habíamos sido detenidos docenas de veces en Latinoamérica. Era una formalidad. Te detenían, les pagabas, te dejaban ir. No había ninguna necesidad de disparar contra la policía. Sarti nunca lo habría hecho. Fue una emboscada, pura y simplemente.

Quise saber si David había trabajado para la CIA cuando estaba en Sudamérica. En lugar de responder directamente, me dijo que había estado en contacto con Dan Mitreone, un oficial de la CIA en Montevideo.

—Cuando llegó al Uruguay, me telefoneó a mi casa. El número no venía en la guía, pero él lo tenía en su lista de personas a las que llamar. Me explicó que permanecería algún tiempo trabajando en Montevideo y que, mientras él estuviera allí, yo debía comportarme. Me lo repitió en varias ocasiones, hasta que fue capturado por los Tupamaros.

Le pedí que fuera más explícito acerca de sus relaciones con la CIA, pero se negó a hacerlo y reconoció que tenía miedo de ellos. Aunque le pregunté otras cosas, ya no quiso contestar nada más.

Llevábamos más de cuatro horas hablando y yo me sentía exhausto, física y emocionalmente. El sofocante cuartito, la cercanía de David, el esfuerzo para ha-

cerle hablar, todo había contribuido a agotarme. Recogí mis cosas. David quiso saber si volvería a visitarle al día siguiente.

Respondí que no creía que pudiera hacer nada más por él. Si rehusaba decirme lo que yo necesitaba saber para poder ayudarle, no había ningún motivo para que volviera.

Me miró de soslayo una vez más.

—Pero vendrá usted, ¿verdad?

Le dije que sólo iría si me daba detalles concretos sobre el asesinato de Kennedy para que pudiera transmitírselos al congresista.

—Si hablo me matarán, y nadie podrá evitarlo —afirmó.

Si tal era su opinión, no valía la pena que volviera a verle.

—Pero ¿vendrá? —se apresuró a insistir.

Era una solicitud casi patética. Suspiré y le prometí que volvería al día siguiente, por la tarde. Acto seguido, le pedí que reflexionara cuidadosamente sobre la oferta del congresista.

Asintió con rigidez, satisfecho de haber conseguido lo que quería.

—Llame al guardia —dijo, con una mueca de dolor al enderezar la pierna.

Tras haberme prácticamente suplicado que volviera a visitarle, necesitaba equilibrar la situación dándome una orden. Me puse en pie, pasé junto a él y pulsé el timbre.

Mientras venía el guardia, tuve que sujetar a David del brazo para ayudarle a levantarse. Él gruñía y se apoyaba sobre la mesa, con el rostro contraído de dolor. No hubiera sabido decir hasta qué punto era auténtico este dolor, pero estaba claro que su salud dejaba mucho que desear.

El guardia abrió la puerta y salimos los dos del cuarto.

—Hasta mañana, Steve —se despidió David mientras el guardia lo conducía de regreso a las celdas.

—Hasta mañana, Christian —contesté yo.

Cuando recobré mi pasaporte y abandoné la prisión ya había oscurecido. Sentí un gran alivio al salir al exterior, al cortante aire de la noche. Tomé el metro para volver a mi hotel.

Llamé a Jim Lesar, en Washington, y, por precaución, le pedí que fuera a un teléfono público y me llamara él desde allí. Cuando lo hizo, le expuse un resumen de lo que David me había dicho y le indiqué que ahora tenía la seguridad de que Sarti había sido uno de los asesinos. Le pedí también que me sugiriera preguntas que, sin exigirle a David respuestas directas, pudiesen proporcionarnos alguna información verificable.

Jim reflexionó unos instantes y comenzó a recitar rápidamente una serie de sugerencias:

—Pregúntale si sabe dónde se alojó Sarti en Ciudad de México... Pregúntale cuál fue el papel exacto de Sarti en el asesinato... Dónde fue Sarti después del asesinato y, ehhhh... pregúntale cuánto le pagaron a Sarti y de qué manera.

Tomé nota de las preguntas y luego le expliqué que las autoridades estaban planeando internar a David en un manicomio. Antes de que ocurriera tal cosa, añadí, quizá fuera necesario divulgar públicamente las revelaciones de David.

Jim se mostró de acuerdo conmigo.

—Me parece que ya es hora de que te pongas en contacto con Tony Summers —concluyó.

Summers, el autor de *Conspiracy*, era un amigo y cliente de Jim. Poco antes había publicado una biografía de Marilyn Monroe en la que aportaba nuevos datos con respecto a su relación con los Kennedy[1]. Jim me dio su número de teléfono de Londres y me sugirió que lo pusiera al corriente de la situación.

—Puede que necesites sus contactos en la prensa para dar a conocer la historia si deciden actuar contra David —opinó.

Le prometí que llamaría a Summers la noche siguiente, después de ver a Christian David.

Por la mañana me dirigí a las oficinas de *France Soir*, donde mi amiga la archivera ya me tenía preparados todos los datos sobre Lucien Sarti y Christian David. Me pasé varias horas leyendo. Para entonces ya estaba completamente familiarizado con los informes oficiales sobre los supuestos asesinatos de policías cometidos por Sarti y David, y, cuanto más leía, más intrigado me sentía acerca de unos cuantos detalles: la coincidencia de las fechas, el hecho de que Sarti hubiera dejado caer su tarjeta de identidad, la generosa ayuda de Guérini y, finalmente, el hecho de que en ambos casos hubieran jugado un papel determinante anónimas llamadas telefónicas.

Aquel día encontré otro detalle que me llamó la atención: en su juventud, Sarti había perdido la visión de su ojo izquierdo a causa de un accidente; sin embargo, en la fotografía suya que yo poseía, ambos ojos parecían normales. Por consiguiente, o bien se había reconstruido el ojo con una operación o bien llevaba uno falso. Anoté este hecho en mi libreta.

Alain Dugrand había salido en una de sus habituales visitas a México, pero me había dejado el nombre de un viejo amigo de *Libération*, Gilles Millet, que quizá podría ayudarme. Fui a verlo al día siguiente. Era un hombre alto y de aspecto imponente, de unos treinta y tantos años, con una espesa cabellera negra y voz agradable y melodiosa. Fumaba un cigarrillo detrás de otro y exhibía unos modales agitados que casaban bien con su imagen de agresivo periodista de izquierdas.

—El hombre con quien debe hablar es Lemarchand —dictaminó, en cuanto le hube explicado lo que andaba buscando.

Ya había encontrado este nombre en mis lecturas. Pierre Lemarchand había sido un importante personaje en el régimen de De Gaulle, miembro de la *Chambre des Députés*. Había contribuido a fundar el gaullista *Service d'Action Civique*, al que habían pertenecido David, Sarti y muchos otros gángsters. Después de Argelia, se decía que Lemarchand había utilizado el SAC como un grupo de trabajos sucios con el fin de hostigar a los adversarios de De Gaulle, aunque él siempre había negado estas acusaciones.

Millet me advirtió que no me presentara como periodista.

—Lemarchand odia a los periodistas —me explicó—. Si le toma por uno, lo echará a la calle.

Después de almorzar volví a la prisión. Era una tarde fría y sin sol, y la idea de volver allí no me entusiasmaba en absoluto.

Entre gruñidos, David se acomodó en el taburete frente al mío. Iba a comenzar de nuevo con su caso, pero le interrumpí. Dije que Jim Lesar me había pedido que le transmitiera unas cuantas preguntas. No podían comprometerle, pero sus respuestas nos ayudarían a llegar a un acuerdo.

David me contempló con suspicacia y quiso saber cuáles eran esas preguntas. Comencé inquiriendo dónde se había alojado Sarti en Ciudad de México. En lugar de responder, insistió en que le dijera las demás preguntas. Consulté mi libreta de notas y le repetí todas las que Jim me había sugerido la noche anterior. David escuchó atentamente y, tras un largo instante, me anunció que no podía contestarlas.

Sentí que comenzaba a enojarme, y exigí que me dijera por qué se negaba.

—No puedo contestar —dijo David en tono decidido—, porque comprometería a otros.

Esta excusa era nueva y me pareció inadmisible. Si había otros implicados, repliqué, desde luego que se verían comprometidos, pero eso no había forma de impedirlo. El propósito de todo aquello era averiguar quién había matado al presidente, no proteger a sus asesinos. Estaban en libertad; era David quien se encontraba en la cárcel y podía salir ganando si los identificaba.

David se mantuvo firme.

—No puedo comprometer a otros —insistió.

Yo estaba exasperado.

—Muy bien —dije al fin—. Comprendo que pueda comprometer a otras personas si me habla del papel de Sarti o de sus movimientos, pero ¿y la cuestión de cómo le pagaron? ¿Qué daño puede hacer a nadie si me contesta a eso?

Seguimos en este plan durante una hora más, sin que David se apeara de su posición. Intenté todas las tácticas que se me ocurrieron: intimidaciones, súplicas, halagos y amenazas. Le dije que no habría más visitas ni más dinero, que me desentendería de él por completo. Finalmente, empezó a ceder.

—Contestaré a la pregunta sobre el pago —accedió—, pero nada más.

—Está bien —asentí, harto de discutir—. ¿Cómo le pagaron?

—Le pagaron con drogas.

—¿Qué clase de drogas?

—Ya le he dicho que no contestaría más preguntas.

—¡Maldita sea! ¿Qué clase de drogas?

Antes de responder, me miró largamente a los ojos.

—Heroína.

Inquirí si lo habían hecho así porque se trataba de un traficante. David levantó un dedo.

—Por entonces no se dedicaba al tráfico. Le pagaron con heroína porque ésa era la moneda corriente del *milieu*.

Le pregunté cuánta heroína le habían dado, pero David se negó de nuevo a responder.

—Comprometería a otros —repitió.

Yo empezaba a sospechar que, cuando decía que podía comprometer a otros, se refería en realidad a él mismo. Decidí abandonar momentáneamente el tema del asesinato y volver a la cuestión del Congo. Como recordaba que WI/ROGUE había sido sometido a cirugía plástica antes de su misión, le pregunté a David si alguna vez le habían modificado las facciones.

—Nunca me hizo falta —respondió—. Siempre he practicado gimnasia y artes marciales. Eso le cambia a uno la cara. Por eso no hay dos fotos mías que sean iguales.

Saqué mi foto de Sarti y se la mostré. Quería saber si el parecido era auténtico.

David la examinó y meneó la cabeza.

—Sarti era calvo —contestó—. Aquí lleva una peluca. Cuando se hacía una foto, siempre llevaba peluca.

Esto me intrigó, y le hice ver que Sarti era bastante joven cuando se había tomado aquella fotografía. Respondió que eso carecía de importancia: Sarti había sido calvo desde su juventud.

También este detalle me hizo pensar en WI/ROGUE. El Comité Church había averiguado que ROGUE, además de cirugía plástica, había recibido un peluquín. Una idea me vino de pronto a la cabeza: ¿podía ser que ROGUE fuera Sarti? De ser así, entonces quizá David fuese el otro hombre, QJ/WIN. Le pregunté a David si la cara de Sarti estaba cambiada en aquella foto.

Se puso rígido en su taburete.

—No puedo contestar a eso —replicó.

Quise saber qué motivo podía tener para no contestar a una pregunta como aquélla.

—No puedo —se limitó a decir.

Era intrigante, pero en aquellos momentos no tenía tiempo para reflexionar sobre este asunto. El horario de visitas estaba a punto de terminar, y todavía quería discutir otra cuestión con David. Le expliqué que mis investigaciones me habían conducido a una curiosa constatación. Al parecer, le dije, tres hombres habían sido falsamente incriminados por matar a sendos policías: David era uno de ellos, Sarti era otro y Oswald el tercero. Le pregunté si no le parecía una coincidencia.

La reacción de David me sorprendió. Al principio, no quería aceptar mi tesis, pero luego cambió de expresión y empezó a mostrar un gran interés. Observé que yo había llegado al convencimiento de que por entonces Oswald estaba trabajando para la CIA.

David asintió.

—Lo manipularon exactamente de la misma manera que me manipularon a mí —comentó, para mi sorpresa.

Quise saber a qué se refería.

—Quiero decir solamente que nos utilizaron de una forma semejante. Y ahora es posible que me liquiden de la misma manera que a él.

Le pregunté si había reflexionado sobre la propuesta del congresista. Respondió que aquellas garantías no significaban nada para él, ahora que estaba en Francia, y que no podía volver a Norteamérica a prestar testimonio porque lo matarían.

Insistí en que yo era su única posibilidad de salir en libertad, pero él meneó la cabeza.

—Usted —dijo, apoyándome un dedo en el pecho—, usted tiene el poder de liberarme.

Le aseguré que yo no tenía ese poder, ni tampoco Jim Lesar, sino solamente el Congreso.

—No —protestó—. Quiero salir de la cárcel de la manera normal, por la puerta.

Respondí que el Congreso era la puerta por la que iba a salir.

Esta idea hizo mella en él, y se quedó callado. En aquel momento, un guardia dio unos golpecitos en el cristal, indicándonos que era hora de irse. Recogí mis cosas.

—¿Volverá otra vez? —preguntó David.

Le dije que sí.

—¿Mañana?

—Mañana.

—¿Y el sábado?

Suspiré y le dije que sí, que el sábado también iría.

Aquella misma noche llamé a Tony Summers, en Londres. Nunca había hablado con él y me impresionó especialmente su voz, con el acento inglés más sonoro y culto que yo jamás hubiera oído. Jim lo había puesto al corriente de mi trabajo. Su conversación fue discreta, sin citar nombres ni referencias concretas, pero me aseguró que estaba dispuesto a ayudarme en lo que pudiera. Observé que quizás haría falta publicar alguna cosa a la mayor brevedad si el plan para internar a David se ponía en movimiento. Me contestó que él podía ocuparse de eso.

Para ello, me pidió que escribiera un resumen de diez o quince páginas con el resultado de mis investigaciones y se lo hiciera llegar.

—Nada complicado —me advirtió—. Solamente la historia básica.

Si los franceses trataban de internar a David, él le pediría al director del *Sunday Times* que publicara el artículo de inmediato.

A continuación llamé a Jim Lesar para informarle de los resultados de mi última entrevista con David. Puesto que las preguntas de Jim habían tenido cierto éxito, le pedí otras. Asimismo, le comenté las objeciones de David a comprometer a otras personas, tal vez a él mismo, y le pedí a Jim que las formulara teniendo en cuenta este problema.

De nuevo Jim permaneció unos instantes pensativo antes de dispararme otra serie de preguntas: ¿Se habían «plantado» pruebas falsas en la escena del crimen? ¿Dónde, cuándo y quién lo había hecho? ¿Habían participado en ello los pistoleros a sueldo? En total, ¿cuántas personas habían participado en la conspiración? ¿Cómo habían podido enterarse de la ruta que iba a seguir el presidente? ¿Quiénes habían sido asesinados a causa de lo que sabían sobre el caso?

En la tarde del día siguiente, 17 de enero, David llegó a la minúscula *cabine* en un estado de gran agitación. Por la mañana, Henry Juramy, su abogado de Marse-

lla, le había advertido que el Gobierno pretendía internarlo en un establecimiento para dementes criminales. Esta perspectiva aterrorizaba a David, pues sabía bien que allí perdería toda esperanza de salir en libertad. Se mostraba alternativamente asustado y enfurecido.

—¡No pueden hacerme esto! —gritó—. ¡No se atreverán!

Le dije que, tras mi entrevista con el juez, estaba convencido de que lo intentarían.

—¿Se lo dijo el juez? —inquirió David, con ojos como platos.

—Yo mismo vi el sumario.

—¡Esto es idea de ese policía! ¡Sabe que sus pruebas han quedado desmontadas! ¡Quiere acabar conmigo! ¡Esto es idea suya!

Le hice ver que la única forma de salir era contando la verdad acerca de Kennedy. Solamente David conocía esta verdad, y había llegado el momento de utilizarla.

—¿Qué necesita saber?

Respondí que quería saberlo todo. Comencé con el viaje de Sarti a México.

—Estuvo unas semanas en Ciudad de México —comenzó David. Yo saqué mi libreta de notas—. No más de un mes, estoy seguro. Luego, fue conducido en automóvil hasta Brownsville.

Le pregunté qué clase de automóvil habían utilizado, pues era un detalle que podía verificarse. David respondió que no se acordaba.

—¿Desde dónde disparó Sarti? —proseguí.

—Desde el puente —contestó.

Me asombró la precisión de la respuesta. Le pregunté si se refería al puente del ferrocarril que cruzaba sobre la calle Elm. Negó con un ademán.

—No, no fue desde el puente —se corrigió—. Pensaba disparar desde el puente, pero, en la misma mañana del trabajo, descubrió que estaba vigilado. Junto al puente había una pequeña loma con una cerca de madera en la parte superior. Disparó desde detrás de la cerca.

—¿Cuántas veces?

—Solamente una —contestó.

Por consiguiente, observé, el presidente había sido atacado desde el frente. Me contestó que le habían disparado por el frente y por la espalda.

—Fue un fuego cruzado —explicó—. Había alguien más en un edificio de oficinas.

Quise saber en qué edificio, pero David lo ignoraba. Pregunté si habían estudiado la Dealey Plaza de antemano.

—Se pasaron unos cuantos días tomando fotos —respondió—. Como si fueran turistas. De día tomaban fotos y luego, por la noche, las estudiaban para determinar el fuego cruzado más efectivo. Era matemático... Lo organizaron matemáticamente.

Volví a preguntarle qué edificio habían elegido, y nuevamente me aseguró que no lo sabía.

—Sólo sé que Sarti no estaba en ningún edificio —añadió—. Estaba fuera, en una pequeña loma.

Pasé a las preguntas de Jim, pues no deseaba que se apagara la conversación. Inquirí quién había arreglado el viaje de Sarti a América.

David me explicó que Guérini solamente había actuado como intermediario entre Sarti y la Mafia norteamericana. Guérini contrató a Sarti para el atentado, pero Sarti estableció sus propios acuerdos directamente con la Mafia.

Le planteé una sucesión de preguntas: ¿Cómo llegó Sarti a la Dealey Plaza? ¿Quién era el pequeño vagabundo de la foto? ¿Quién había enviado al chófer de Chicago que fue a buscar a Sarti a Brownsville? ¿Qué había ocurrido inmediatamente después del asesinato? David se negó a contestar a ninguna de ellas.

Le pregunté si Sarti había sido detenido en la escena del crimen. De repente, se puso furioso.

—¡No quiero tener nada que ver con eso! —casi gritó.

Le pregunté si Sarti llevaba alguna documentación falsa. Su reacción fue otra violenta negativa a contestarme.

No queriendo forzar la situación, cambié de tema y le hice otra pregunta que Jim me había sugerido.

—¿Estuvo Sarti en el Congo?

Para mi gran sorpresa, respondió:

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la misma época que yo.

—Pero entonces Sarti sólo tenía veintitrés años —objeté.

David se mostró categórico.

—Estuvo en la misma época que yo —repitió. Al darse cuenta de que no le creía, prosiguió con aire desafiante.

—No solamente lo sé —añadió—, sino que puedo demostrarlo. Cuando Sarti fue detenido en Sudamérica, en 1968, fue torturado por la policía. Bajo tortura, hizo una declaración. En esa declaración daba los detalles de su servicio en el Congo.

Le pregunté si Sarti era el hombre que había conocido en Leopoldville.

—Busque su declaración —replicó David—. Todos los detalles están allí.

La información me llegaba tan rápida e inesperadamente que volví al tema del asesinato. Saqué una copia de la fotografía de Mary Moorman, donde aparecía el tiroteo, y la deposité sobre la mesa.

—Mire —comencé—. Aquí está el presidente, se puede ver su cabeza... Y aquí está la loma con la cerca de madera...

David se caló las gafas y se inclinó sobre la foto, asintiendo.

—Muchos de los testigos afirman que oyeron un disparo desde esta dirección... —añadí.

David cogió mi lápiz y lo deslizó a lo largo de la cerca.

—Bueno, fíjese —dijo él, señalando la figura de detrás de la cerca—. Aquí está Sarti... Puede verlo claramente.

El principal problema de aquella fotografía era que no se podía ver a nadie claramente. Pero David estaba apuntando al lugar en que algunos críticos y el Comité de la Cámara habían determinado que podía distinguirse un asesino.

Siguiendo un indicio del libro de Thompson, sugerí:

—Tenía una pistola.

David negó con la cabeza.

—No, tenía un rifle. Era una distancia demasiado grande para una pistola.

—Pero si no había más de quince metros de distancia —objeté. David me corrigó, señalando (acertadamente) que estaba bastante más lejos.

A continuación, David me dirigió una mirada de soslayo y comentó:

—Ya sabe, se dispara mucho mejor con un solo ojo que con los dos.

Era el tipo de comentario casual que ya había aprendido a interpretar como una señal. Le pedí que se explicara.

—No hay comparación —afirmó—. Un tuerto dispara mucho mejor, porque no le distrae la visión del otro ojo.

De pronto me vino a la memoria la anotación que había tomado en las oficinas de *France Soir*, acerca de que Sarti había perdido un ojo, y comprendí que a su manera cautelosa David estaba tratando de comunicarme algo. Un francotirador tuerto había asesinado al presidente; Sarti era tuerto; Sarti había asesinado al presidente.

Había llegado tarde a la cárcel y la visita estaba a punto de terminar. Le dije a David que la información que me había dado era valiosa, que la transmitiría a Washington y ya veríamos si se podía hacer algo por él. Le ayudé a levantarse. Mientras lo hacía, me cogió por el codo y se inclinó hacia mí.

—Escuche —me dijo en un susurro—, esto es muy duro para mí. No puedo dormir... Noche tras noche, mis ojos se niegan a cerrarse... Si tuviera algo para mezclar con al café... Podría traérmelo en el bolsillo... Un poco de brandy o de ron...

Respondí que no quería poner en peligro mi derecho a visitarle. Ya venía el guardia, y David se interpuso entre la puerta y yo.

—Usted tiene un pase de abogado —insistió—. No le registrarán. Y, aunque lo hicieran, podría decirles que es para su consumo personal... Mejor que sea ron, para ponerlo en el café.

El guardia estaba ya entrando cuando le contesté que lo pensaría. David me guiñó un ojo con aire de conspirador.

Regresé al hotel tan deprisa como pude y telefoneé a Jim. Mientras esperaba a que me llamara él desde un teléfono público, dicté mis notas a la grabadora para no olvidar nada de lo que David me había dicho. Finalmente habíamos empezado a realizar algún avance, y mi voz delataba la excitación que sentía.

Cuando me llamó Jim, le insistí en lo espontáneas que habían sido algunas de las revelaciones de David. Me interrogó minuciosamente acerca de todos los detalles y, a continuación, volvió a sugerirme más preguntas. Mientras las anotaba, se me ocurrió una idea obvia: ahora que David comenzaba a abrirse, ¿no sería mejor que Jim viniera a París? También a él se le había ocurrido, y me dijo que pensaría en el asunto.

Por la mañana del día 18 volví a visitar a David. Mientras me dirigía hacia La Santé, iba angustiado por su demanda de licor y trataba de sopesar los riesgos de

introducir contrabando en la prisión. Finalmente llegué a la conclusión de que si me presentaba con las manos vacías se mostraría resentido y tendría una excusa para no hablarme.

Me detuve en un colmado y compré medio litro de ron jamaicano, el frasco más pequeño que encontré. Luego necesitaba una botella de plástico para pasar el ron a través del detector de metales. Probé en diversas farmacias, sin éxito, antes de entrar en una ferretería. No tenían lo que andaba buscando, pero pude ver un pulimento para plata que se vendía en pequeños botellines de plástico.

Compré uno de esos botellines, marcados con la advertencia «Veneno», y lo vacié en el lavabo de una cafetería. Lo enjuagué tan bien como pude, lo llené de ron y me lo guardé en el bolsillo interior del chaquetón.

De camino hacia la cárcel, no dejaba de pensar que el bulto se veía demasiado y que los guardias me cachearían. Y entonces tendría que dar explicaciones.

Para cuando se abrió la puerta de la prisión y fui admitido al interior, ya estaba dispuesto a rendirme y a confesarlo todo. El guardia se quedó con mi pasaporte y me entregó la contraseña, como de costumbre. Me dispuse a esperar leyendo un periódico con el aire más despreocupado que pude adoptar, incapaz de creer que nadie viera la culpabilidad reflejada en mi cara.

Finalmente llegó David, apoyado en su muleta, y la puerta se cerró a sus espaldas. Parecía más calmado que el día anterior y recayó en su vieja costumbre de quejarse de su suerte y de las conspiraciones urdidas contra él. Le advertí que no podía quedarme mucho tiempo, pues debía tomar un tren hacia Marsella. Añadí que Jim Lesar había quedado muy impresionado por los informes que le había transmitido y que tal vez vendría él personalmente a discutir qué clase de arreglos podían hacerse para ayudarle. Esta idea pareció complacerle.

Le planteé algunas de las preguntas de Jim, empezando por las que menos relación tenían con el asesinato. En primer lugar, quise saber si David tenía conocimiento de que Antoine Guérini hubiera participado en las conspiraciones de la CIA para asesinar a Fidel Castro. Para mi sorpresa, respondió que creía que Guérini sí había estado implicado en ellas.

—Creo que el intermediario fue Paul Mondoloni —opinó—. Mondoloni solía pasar mucho tiempo en Estados Unidos.

Quise que se explicara más, pero se negó a hacerlo. Tras unas cuantas preguntas indirectas, volví sobre el caso. La gente que fue a esperar a Sarti a Brownsville, ¿era de la misma ciudad de Chicago o meramente de la región de Chicago? David contestó que, por lo que sabía, creía que eran de la propia Chicago.

Le pedí mayores detalles de la estancia de Sarti en Ciudad de México. David contestó que Sarti no había pasado mucho tiempo en ella, y que había cambiado varias veces de alojamiento antes de ser conducido a Estados Unidos. A continuación, le dije que deseaba comentar otros aspectos del tiroteo. Profirió un gruñido y se llevó las manos a la cabeza, en un gesto de desaliento.

—No quiero contestar más preguntas —se quejó—. Ya le he dicho más que suficiente. Quiero salir de aquí... Eso es lo único que quiero discutir.

Decidí no insistir, por el momento. Cambiando de tema, anuncié que le había traído una cosa. Alzó la vista hacia mí, lleno de interés.

—¿Dónde está? —preguntó.

Dejé el chaquetón sobre la mesa, plegado por la mitad, y le dije que buscara en el bolsillo interior.

Metió la mano, hurgó durante unos instantes y extrajo la botella. Se la quedó mirando sin comprender.

—¿Qué diablos es esto? —inquirió, sosteniendo la botella a plena luz.

Respondí que era la única botella de plástico que había logrado encontrar.

—¡Pulimento para plata! —exclamó, estudiando la etiqueta—. Pero ¿ha leído de qué está hecho? ¡Usted trata de envenenarme!

Le aseguré que había enjuagado cuidadosamente el frasco y le rogué que lo escondiera. Sin hacer caso, desenroscó el tapón y olisqueó.

—Ron... —dictaminó, con aire satisfecho. Enseguida, extendió la parte delantera de sus pantalones y se guardó el botellín en los calzoncillos. Como de costumbre, no me dio las gracias—. La próxima vez, que sea medio litro —exigió.

Cautelosamente, volví sobre la cuestión del tirador con un solo ojo. David parecía más dispuesto a hablar.

—Un hombre con un solo ojo dispara más deprisa que otro que tenga dos ojos —afirmó—. Por ejemplo, a menudo solía ir de caza con Sarti, y siempre disparaba mejor que yo, más deprisa y con mejor puntería.

Observé que, si Sarti disparaba mejor que David, tenía que haber sido un excelente tirador. David me aseguró que era uno de los mejores que jamás había conocido.

Llegados a este punto, extraje una fotografía aérea de la Dealey Plaza y le pedí que volviera a explicarme desde dónde había disparado Sarti. Con un suspiro, se puso las gafas.

—Enséñeme el puente.

Tracé un círculo alrededor del puente de ferrocarril de la calle Elm.

—Sí, vea, quería disparar desde ahí, pero había vigilancia y se retiró hacia la colina.

Dibujé una línea a lo largo de la cresta del talud herboso. David frunció el ceño.

—Creía que estaba más cerca del puente —observó. Para entonces, se hallaba enfrascado en la reconstrucción y me pidió que le indicara los puntos de referencia, tales como la posición de la limusina presidencial y los edificios que quedaban tras ella. Le pregunté si sabía cuáles eran los que habían utilizado. Sacudió la cabeza.

—Sé que Sarti no estaba en ningún edificio —insistió de nuevo—. Fue una emboscada con fuego cruzado... Con tres tiradores.

Repetí su expresión para asegurarme de que eran tres los tiradores. David asintió.

—Dos estaban en distintos edificios de la parte de atrás. Uno muy alto y otro bajo..., casi en la horizontal.

Se trataba de una idea que Gary Shaw había defendido durante mucho tiempo, y le pregunté si estaba seguro. Me contestó que sí, completamente.

—Las heridas... —añadió—. Si no acepta que uno estaba casi en la horizontal,

no podrá comprender las heridas. A menos que entienda eso, las heridas son imposibles.

Señalé la ventana del Depository desde la que se suponía que había disparado Oswald. En respuesta, y para mi sorpresa, comenzó a reconstruir el tiroteo en sí.

—Había tres francotiradores —comenzó, hablando con voz pausada y casi despreocupada—. Fue una emboscada con tres tiradores... Hubo cuatro disparos. El primero procedía de atrás y dio a Kennedy en la espalda. El segundo también vino de atrás, y dio al otro ocupante del coche. El tercer disparo vino del frente. El cuarto vino de atrás, pero no dio en el blanco; el coche estaba demasiado lejos. Dos de los tiros fueron disparados simultáneamente, o casi.

Le pedí mayores explicaciones, pero no quiso dármelas. A continuación, le interrogué sobre las armas. Rehusó decir nada, pero, tras cierta insistencia, hizo un interesante comentario:

—Sarti utilizó una bala explosiva —declaró—. Era el único de los tres que llevaba ese tipo de munición.

Intrigado, le pregunté por qué. David esbozó una media sonrisa exasperante y dijo que no podía añadir nada más.

A lo largo de la hora siguiente forcejeamos acerca de otros detalles, pero David se negó a responder a ninguna otra de las preguntas que me había dictado Jim. En un momento dado, no obstante, observó que la investigación oficial del asesinato había sido *truquée*, amañada. Pregunté qué quería decir con eso, y me contestó que habían decidido que el asesinato de Kennedy se debió a motivos políticos.

¿Conocía él el verdadero motivo?

—Venganza —sentenció—. Venganza, y dinero.

Le pregunté si a Kennedy lo había matado la CIA. Meneó la cabeza.

—No eran capaces. Pero echaron tierra encima. Fue la venganza de alguien, pero la CIA echó tierra encima.

Quise saber qué había ocurrido después del tiroteo.

En este aspecto se mostró muy preciso, subrayando sus palabras con cuidadosos ademanes.

—Después de un suceso de este tipo, siempre hay un momento de pánico. Hay que aprovechar ese momento para la huida. Pero lo que no se debe hacer nunca es echarse a la carretera. Lo que ellos hicieron fue regresar a la casa segura y quedarse allí diez o quince días, hasta que se enfriaron las cosas. Sólo entonces abandonaron el país.

Pregunté cómo lo habían abandonado, insinuando que se habían dirigido a México. David me corrigó.

—Al Canadá —aseguró—. Tenían importantes contactos en el Canadá que estaban acostumbrados a meter y sacar gente de Estados Unidos.

—¿En Montreal?

—Sí —respondió—. Ahí es donde tenían sus contactos.

A partir de aquí, volvió a negarse a contestar a las preguntas de Jim. Sí afirmó, empero, que no había vuelto a ver a Sarti hasta dos meses después del asesinato, cuando éste regresó a Marsella. Le pregunté si se había divulgado mucho el hecho

de que Sarti había matado al presidente. Respondió que eran muy pocos los que lo sabían.

Observé que Sarti había sido amigo suyo.

—No —protestó David—. Amigo, no. Éramos socios, trabajábamos juntos, pero yo no habría querido tenerlo como amigo.

Le pedí que se explicara, y me habló con amargura de sus relaciones con Sarti.

—Mire —comenzó—, sólo hay dos motivos por los que uno mata: para salvar la vida o para salvar a un amigo. Pero para salvar a un amigo únicamente se mata una vez o dos, o quizá tres, no más. Yo ayudaba a Sarti, pero a partir de cierto punto ya no pude ser su amigo. Nadie puede hacer cosas así y ser un amigo.

Comenté que, según tenía entendido, Sarti mataba por dinero. Me dedicó una mirada llena de cansancio y dijo que no lo había entendido bien. Le rogué que me lo explicara.

—Ésa es otra cuestión —replicó—. Algún día se lo explicaré.

Empezaba a hacerse tarde, y los dos estábamos cansados de hablar. Volví a referirme a los otros dos tiradores, y le pregunté si también ellos habían sido contratados por Antoine Guérini.

—Para un asunto como aquél, había que tener mucho cuidado con quién se contrataba —comentó, sin responder a mi pregunta.

Pregunté si sabía quiénes eran los otros dos hombres.

—Tengo una idea —admitió.

¿Querría decírmelo?

—No.

¿Querría decirme sus nacionalidades?

—No.

¿Eran franceses?

—Ya le he dicho que no contestaré a eso —repitió.

¿Eran belgas o franceses?

—Le digo que no pienso contestar y usted intenta sacarme la respuesta por otro camino —se quejó, exasperado—. No puedo decir nada más.

Le planteé una cuestión a la que hacía algún tiempo que venía dándole vueltas. En realidad, no esperaba que me respondiera, pero me pareció que debía intentarlo. Le dije que la información que hasta entonces me había proporcionado era valiosa, pero que él, Christian David, tenía relativamente poca credibilidad. Para poder ayudarle, convendría que alguien corroborase su historia. Tendría que ser alguien que dispusiera de la misma información y que pudiese demostrar lo que dijera independientemente. ¿Existía una persona así?

David me contempló durante un largo instante antes de responder.

—Michel —dijo al fin—. Nicoli. Pruebe a encontrarlo. Sabe tanto del asunto como yo.

Pregunté dónde estaba Nicoli. David respondió que no tenía ni idea; en Sudamérica, quizás.

—Tenía la misma información que yo, y de la misma fuente —afirmó—. Él podrá decirle que lo que estoy contándole es verdad.

Le pregunté directamente si Nicoli había participado en el plan para matar a

Kennedy. Al principio, fingió no haber oído la pregunta. Cuando se la repetí, cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza sobre ellos, agitándose de un lado a otro.

—Estoy cansado —dijo—, cansado de llevar catorce años en la cárcel. No he visto a mi familia ni he conocido el amor en catorce años. Preferiría que me mataran directamente antes que torturarme de esta forma. Basta de preguntas, se lo ruego. Ya no puedo seguir hablando... No puedo pensar.

Comprendí que la visita había terminado. David estaba sentado a escasos centímetros de mí, con la cabeza hundida entre los brazos. A pesar mío, extendí la mano y le di unas palmadas en el hombro.

A continuación, le anuncié que estaría fuera de París durante una semana, más o menos, pero que a mi regreso iría a verlo otra vez. Para entonces, añadí, quizás hubiera llegado ya Jim Lesar. Le ayudé a incorporarse y nos estrechamos la mano. Pulsé el timbre para que viniera el guardia.

Tenía el tiempo justo para coger el tren, pero, de camino a la estación, la portada de una revista me llamó la atención. Con llamativos titulares, anunciaba: «Guerra en Marsella.» Bajo el encabezamiento aparecía la foto de un cadáver ensangrentado en plena calle. Compré apresuradamente un ejemplar y corrí hacia el tren.

El artículo trataba de la guerra de bandas que venía librándose en Marsella desde la caída de los Guérini. Entre otras cosas, indicaba que, en poco más de un año, habían sido asesinados dos periodistas y docenas de policías y gángsters. Sin embargo, el vacío dejado por los Guérini aún no se había llenado, y la guerra continuaba. A punto de emprender mi segunda visita a aquella ciudad, no era una información que contribuyese a tranquilizarme.

Nada más llegar a Marsella, telefoneé al funcionario de la policía ya retirado.

—Me alegra mucho que esté usted aquí —dijo casi a gritos por el teléfono—. Tengo cosas que decirle. Pero debe usted ser discreto, monsieur, muy discreto.

Me propuso una cita en el sitio de costumbre, a primera hora de la mañana siguiente.

Llegué allí a las ocho en punto. Marsella en invierno era nubosa y mortecina. Caía una ligera llovizna, y la gente cruzaba apresuradamente el Puerto Viejo hacia sus lugares de trabajo, cubriéndose con paraguas y periódicos. El funcionario apareció puntualmente, enfundado en un impermeable. Pasé al fondo del café y allí se reunió conmigo, saludándome con un beso en cada mejilla.

Pedimos café. El hombre parecía aún más cauteloso y precavido que en nuestra anterior conversación.

—Primero, monsieur —comenzó en voz contenida—, debo darle un mensaje. El asunto que está investigando sigue siendo muy explosivo, y ha de tener mucho cuidado. Si pregunta lo que no debe a quien no debe, no dude que lo matarán.

Respondí que así lo entendía.

Me estudió minuciosamente y asintió.

—Debo decirle que, cuando me habló usted de este asunto de Kennedy, no le

creí. Estaba seguro de que un contrato de tal importancia habría llegado a mis oídos. Pero, después de su partida, he estado investigando, consultando viejos archivos, hablando con gente... Y ahora sé que tiene usted razón. Existió ese contrato, y Sarti y David tuvieron que ver con él.

Le pregunté quién le había convencido de ello, pero respondió que no podía decírmelo.

—Se trata de gente de los viejos tiempos —explicó— , gente con la que usted nunca podría hablar. Comprenda, monsieur, en el *milieu* no hay archivos... Todo queda en la memoria. Puede que a veces acepten hablar conmigo, pero con un extraño... nunca.

Mientras hablaba, miraba constantemente de reojo, interrumpiéndose cada vez que se acercaba alguien.

—El *milieu* lo oye todo —comentó—. Todavía quedan dos hermanos Guérini que viven en Córcega. Hace tres años, en Suiza, un hombre fue asesinado... ¿Comprende, monsieur?

Le aseguré que comprendía, y le recordé que había prometido buscar los antecedentes de Vic y del vagabundo de la Dealey Plaza.

—Nada, absolutamente nada, monsieur. Todavía tengo muchos amigos en la policía. Les di las fotos y les pedí, como un favor, que investigaran. Son desconocidos en Marsella, monsieur. Son desconocidos en Francia.

Le dije que, según David, los asesinos habían sido tres. Si dos de ellos eran Sarti y David, pregunté, ¿quién podía ser el tercer francotirador? No supo contestarme. Observé que David me había incitado a buscar a Michel Nicoli, y le pregunté si creía que podía ser él.

Asintió enérgicamente.

—Es muy posible —afirmó—. Muy posible. Nicoli estaba muy relacionado con los dos, y también con Antoine... —Miró de soslayo al pronunciar este nombre, vio un camarero en las cercanías y dejó de hablar.

—Nicoli era pequeño, ¿sabe? Casi como una chica. Pero atracaba bancos con una metralleta. —Hizo un ademán de disparar una—. Era eficaz, monsieur. No me extrañaría en absoluto que Nicoli fuese el tercer hombre.

Quise saber si tenía alguna idea de dónde paraba Nicoli por entonces. Se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Hace muchos años que no se oye hablar de Nicoli. Fue uno de los primeros en irse a Sudamérica, ya sabe, y luego lo arrestaron junto a Christian David. Después de eso, fue a la cárcel y ya no se ha sabido nada más.

Tomó un sorbo de café.

—Es curioso —comentó—, una cosa que siempre me ha intrigado. Cuando detuvieron a Nicoli, declaró contra todos los demás: Ricord, Chiappe, Pastou... Pero nunca dijo ni una palabra contra David.

Le conté que David me había dicho en una ocasión que todavía seguía considerando a Nicoli como un amigo.

—Ya ve usted... —asintió—. Si alguna vez averigua el porqué, me interesaría conocerlo.

A continuación le expliqué que necesitaba las huellas digitales de Sarti y de

Nicoli para compararlas con la huella no identificada que se halló en el Texas Book Depository, actualmente conservada en los Archivos Nacionales.

—Eso será difícil —objetó—. Sé dónde puedo encontrarlas, pero me temo que haya que pagar por ellas. Mis amigos, ya sabe, me ayudan dándome información; pero una cosa así... No puedo pedirla como un favor. Puede que quieran dinero a cambio, por el riesgo. Ya me entiende, por el riesgo.

Respondí que mis recursos eran limitados, pero que estaba dispuesto a pagar una cantidad razonable.

Me dio unas palmaditas en el antebrazo.

—Déjeme hacer unas gestiones —dijo él. Nos estrechamos la mano y de nuevo volvió a besarme en las mejillas.

—Llámeme esta noche; entonces podré darle una respuesta —concluyó, antes de desaparecer bajo la llovizna del Puerto Viejo.

Pasé el resto del día visitando a mis contactos de Marsella y revisando los archivos de los periódicos. Averigüé que, en 1964, Nicoli había sido condenado a muerte en rebeldía por un tribunal francés. En 1972, en Brasil, Christian David y él habían sido detenidos al mismo tiempo y torturados. Luego habían sido deportados a Estados Unidos en el mismo avión. También descubrí que la prensa de Marsella presentaba la muerte de Sarti como una emboscada y que, según ellos, solía viajar con pasaporte italiano y utilizando alias italianos, tal y como David me había dicho.

Después pasé a las noticias sobre la muerte de Antoine Guérini, en junio de 1967. Había recibido trece balazos mientras llenaba el depósito de gasolina en una estación de servicio cerca de Marsella. Los asesinos no habían sido identificados oficialmente, pero se creía que eran miembros de la banda dirigida por Robert Blémant, el policía convertido en gángster que había sido asesinado por Guérini un año antes. Aquellas dos muertes, la de Blémant y la de Guérini, habían desencadenado una guerra que, más de veinte años después, aún no había terminado.

Me habían indicado el nombre de un abogado que en otro tiempo había representado a muchos de los socios de David, y le llamé desde el Puerto Viejo. El abogado, un distinguido caballero entrado en años, me recibió en su despacho cuando hubo terminado con todos sus clientes. Como yo esperaba, me dijo que también había defendido a Michel Nicoli, pero añadió que hacía años que no lo veía y no tenía ni idea de dónde podía estar. Observó que, aunque Nicoli había sido condenado a muerte en rebeldía en dos ocasiones, nunca fue uno de los mayores asesinos de Marsella. A continuación, le mostré las fotos de Vic y Frenchy, pero, aunque me sugirió diversos nombres, quedó claro que no los conocía.

Antes de irme a la cama, telefoneé al policía retirado. Ya había hablado con su amigo a propósito de las huellas y me pidió que nos encontráramos para que le dijera qué quería hacer. Supuse que eso significaba que tendría que pagar un soborno.

En aquellos días, rara vez me acostaba sin reflexionar en lo que sabía o creía saber. Toda mi atención se concentraba en las respectivas personalidades y carreras de Sarti, David y Nicoli. Había averiguado que los tres trabajaron para los servicios de inteligencia franceses y que Sarti y David quizás hubieran trabajado también para

la CIA. Si, como sospechaba, Sarti y David habían sido WIN y ROGUE, entonces ambos habían sido asesinos a sueldo de la Agencia. Esto me recordó el convencimiento de Jim Lesar de que la CIA había tomado parte en el asesinato de Dallas, idea que a mí me resultaba repugnante.

Si la CIA estaba tan interesada en separar a Kennedy de la presidencia, pensé, ¿por qué no le habían hecho alguna «jugada sucia» de naturaleza política, o filtrado informes comprometedores? ¿Qué conseguirían con su asesinato? ¿Recuperar Cuba? Difícilmente. ¿Perpetuar la guerra de Vietnam? Tal vez. Sin embargo, y al igual que David, yo seguía pensando que aquel asesinato quedaba fuera de su capacidad.

A la mañana siguiente, el funcionario de policía retirado me anunció que su contacto en la policía estaba en condiciones de facilitarme las huellas de Sarti, pero sólo si las pagaba. Respondí que también necesitaba las de Nicoli.

—No —replicó—. El expediente de Nicoli está sellado. Es imposible obtenerlas.

Yo carecía de experiencia en el pago de sobornos, de modo que le pregunté cuánto haría falta para conseguir las huellas de Sarti. El ex policía vaciló.

—No tengo mucho dinero —le advertí—. ¿Veinte dólares..., cuarenta..., cincuenta?

No pareció quedar muy impresionado.

—Hay más de una persona de por medio —explicó—. Tendrán que repartirlo.

Le dije que lo máximo que podía permitirme eran 500 francos. Respondió que se lo diría a su contacto y ya me haría saber su decisión. Quedamos en reunirnos de nuevo a la mañana siguiente.

Antes de que se fuera, le planteé una pregunta que me tenía intrigado. Si David y Sarti habían participado en el contrato para matar a Kennedy, ¿por qué Guérini no se había limitado a suprimirlos después de que mataran a los policías, en vez de arriesgarlo todo para protegerlos?

Su respuesta me pareció muy lógica. Antoine siempre tenía necesidad de gente que le ayudara, me explicó. Si se llegaba a saber que había recurrido a unos asesinos para un contrato y luego los había hecho matar, nunca más podría contratar a nadie. Además, añadió, le habían prestado un importante servicio y estaba en deuda con ellos. El *milieu* se tomaba muy en serio estas obligaciones.

Llamé a mi casa desde una cabina en la Cannebière. El pequeño estaba muy bien, dijo mi esposa. Pero su voz sonaba extraña. Le pregunté qué ocurría. Respondió que estaba teniendo muchos problemas para llegar a final de mes. Advertí que había algo más que eso, y le pregunté qué le pasaba.

Inmediatamente salieron a relucir muchas frustraciones. Estaba decepcionada porque no había podido venir conmigo a Europa, como yo le había prometido. Me dijo que estaba trabajando desde los dieciocho años sin haber tenido nunca unas auténticas vacaciones. Traté de hacerle ver que tampoco yo estaba precisamente de vacaciones, pero me contestó que eso no importaba. Habría podido venir conmigo y hacer su propia vida, disfrutar un poco del viaje. En vez de eso, se veía obligada a pasar su tiempo libre en casa, tratando de encontrar el suficiente dinero para comprar comida.

Yo iba echando monedas por la ranura, pero pronto se me acabaron. Antes de que pudiera contestar, se cortó la llamada. Me pareció que debería volver al hotel y telefonearle otra vez desde allí, pero estaba citado con Alex Panzani y ya iba a llegar tarde.

Mientras almorzábamos, Panzani me explicó que no había podido averiguar nada sobre Vic o Frenchy, pero había descubierto que Antoine Guérini había actuado como mediador en un buen número de contratos. Su costumbre era poner en contacto a la parte contratante con los asesinos, retirándose luego para dejar que establecieran sus propias condiciones.

Le pregunté si tenía idea del paradero de Michel Nicoli. Me contestó que no, pero que se lo preguntaría a un policía retirado que había jugado un importante papel en el desmantelamiento de la antigua *French Connection*. También hablaría con unos cuantos oficiales de la policía a propósito de Vic, Frenchy y el contrato. Me prometió que lo haría con toda discreción.

Era mi último día en Marsella y, como tenía un par de horas muertas, tomé el ferry que cruzaba el puerto hacia las Calanques. Las islas estaban desiertas y anduve a solas hasta un acantilado en el extremo más alejado de Frioul. Allí me senté a contemplar la puesta de sol, reflexionando sobre la mejor manera de alcanzar mis tres objetivos próximos: hablar con Big Hands, convencer a David para que cooperase y, lo más importante, encontrar a Michel Nicoli. Este último objetivo había pasado a ser prioritario, pues solamente Nicoli podría decirme si Christian David había estado jugando conmigo durante los últimos quince meses o si me había revelado la verdad sobre el asesinato del presidente.

Antes de acostarme, tomé la precaución de guardar un billete de 500 francos en el bolsillo de la camisa, en previsión del encuentro con mi amigo ex policía.

A la mañana siguiente, tras los saludos de costumbre, hundió la mano en el interior de su raído gabán y extrajo un sobre. Me lo pasó por debajo de la mesa, mirando cautelosamente a los lados. Dentro del sobre había una fotocopia de un impreso con huellas dactilares que ostentaba el nombre de Lucien Sarti.

—Es muy buena, ¿verdad? Vea... Cabello castaño, ojos castaños, aquí está todo, sacado del original... Y muy claro.

Reconocí que se trataba de lo que yo deseaba, aunque me molestó constatar que una esquina del original aparecía doblada y cubría dos de los dedos.

—Mi contacto está de acuerdo con los 500 francos. No parecía muy conforme, pero hice valer nuestra amistad y al final los aceptó.

Asentí, metí la mano en el bolsillo de la camisa y le tendí el billete con una inclinación de cabeza.

Mi interlocutor contempló primero el billete y luego a mí, con cara de incomprensión.

Advirtiendo su expresión, miré yo también el billete. No era de 500 francos, sino de 50. Me quedé sin habla. Estaba seguro de haber separado el billete adecuado la noche anterior. Aun así, no pude evitar que se me encendiera la cara de rubor.

Miré en los bolsillos, pero nada más llevaba unos doscientos francos en efectivo. Me disculpé y le dije que debía cambiar algo de dinero en el banco, asegurándole que sólo tardaría unos minutos.

En la Cannebière, todos los bancos próximos estaban cerrados. Tuve que andar primero, y luego correr, a lo largo de casi todo el bulevar, hasta que el fin encontré una sucursal del Lloyd's Bank que abría temprano. Cambié el dinero tan deprisa como pude, rellenando precipitadamente los impresos, y corrí de regreso hacia el Quai des Belges. El ex policía estaba paseándose por delante del café, deteniéndose de vez en cuando para otear a su alrededor. Cuando nos separamos bajo la lluvia, traté de imaginar si habría creído que pretendía estafarle o, simplemente, que yo era un novicio en el arte del cohecho.

Me apresuré hacia el hotel, recogí mis pertenencias y tomé un tren de regreso a París. La mejor hora para encontrar a los abogados franceses en su despacho, como había podido comprobar, es a partir de las seis de la tarde. No obstante, me costó un poco conseguir que la secretaria de Pierre Lemarchand me diera hora para una entrevista, puesto que no podía presentarme en nombre de ninguno de mis amigos periodistas. Por fin me concedió una cita para la tarde siguiente.

Me pasé la mañana leyendo cosas sobre él en los archivos del *France Soir*. Al parecer, Lemarchand había tomado parte activa en la fundación del Service d'Action Civique. Según la prensa, los dirigentes del SAC habían reclutado a docenas de gángsters en las cárceles de toda Francia para que les hicieran el trabajo sucio, prometiéndoles a cambio la libertad[2]. Así, el SAC se convirtió no sólo en una banda de matones al servicio del partido gaullista, sino también en campo de entrenamiento para los hombres que habían de gobernar el hampa francesa durante la próxima generación.

Todos ellos habían estado en Argelia, trabajando bajo la protección del gobierno: Jo Attia, el gángster legendario; David; Sarti; Nicoli; Labay; Chiappe; Georges Boucheseiche, que organizó el secuestro de Ben Barka, y Ange Simonpieri, el traficante de heroína que durante años permaneció inmune a todas las acusaciones gracias a la protección oficial de que disfrutaba. Era una auténtica nómina de futuros traficantes de droga, reunidos y entrenados a la sombra del gobierno francés[3].

Un ex oficial de la OAS al que los gángsters del SAC habían torturado, casi hasta morir, escribió un libro en el que acusaba a Lemarchand de haber creado y dirigido el SAC[4]. El libro fue prohibido en Francia, pero Lemarchand se querelló de todos modos. Tras un pleito encarnizado, la victoria fue suya, pero el jurado no le concedió daños y perjuicios. Fue una victoria hueca, que dejaba en el aire la cuestión de sus relaciones con el SAC[5]. Estas relaciones salieron otra vez a relucir a consecuencia del asunto Ben Barka. Cuando quedó claro que el disidente marroquí había sido secuestrado por veteranos del SAC y asesinado mientras estaba en su poder, Lemarchand fue llamado de nuevo a declarar. Hubo una encuesta oficial sobre su papel y esta vez los resultados fueron menos equívocos. Lemarchand fue incapacitado profesionalmente para el resto de su vida, aunque posteriormente la incapacitación se redujo a tres años[6].

Pierre Lemarchand resultó ser como lo había imaginado. Su despacho era tan

suntuoso como él evasivo. Era un hombre alto, de unos cincuenta años, con calvicie incipiente y modales ambiguos y obsequiosos. Aunque me esforcé por hacerle comprender que estaba escribiendo un libro, y no un artículo periodístico, casi nunca contestaba directamente a mis preguntas y rara vez me miraba a los ojos.

Afirmó categóricamente que nunca había tenido nada que ver con el SAC y negó que el SAC hubiera actuado nunca en Argelia. Insistió en que jamás había reclutado gángsters ni tenido trato alguno con ellos. Negó conocer a Christian David ni saber nada de él, salvo lo que había leído en la prensa. Se refirió en varias ocasiones a David llamándole «ese pequeño cretino», y me aseguró que nunca había oído los nombres de Sarti o Nicoli.

Sí que admitió, en cambio, que había sido uno de los dirigentes de los *barbouzes*, pero cuando observé que aquél no era sino otro nombre del SAC en Argelia, me corrigió. Los *barbouzes*, según él, eran ex militares franceses o miembros de la Resistencia que se habían presentado voluntariamente para combatir a la OAS. Eran un grupo completamente distinto del SAC; patriotas, no gángsters. Minimizó el papel del SAC y describió a sus miembros como *colleurs d'affiches*, «pegadores de carteles», que se ofrecían como voluntarios para acciones políticas inocuas.

Lo que él me decía estaba en abierta contradicción con todo lo que yo había leído sobre esa época y averiguado de periodistas y ex miembros del SAC, como el propio David. Decidí cambiar de tema.

Le pregunté por la CIA. Se apresuró a responder, con expresión más animada. Desde luego, declaró, la CIA había reclutado personal en Argelia y también en Marsella. Añadió espontáneamente que él siempre había supuesto que ése era el propósito de la Oficina de Narcóticos estadounidense en Marsella: alistar a gángsters de la banda de Guérini.

Le describí a QJ/WIN y comenté que tenía entendido que él había conocido a esa persona en Argelia. Su *nom de guerre* era Georges y, en un momento dado, se había pasado de la OAS a los *barbouzes*. Luego regresó a Francia, donde escribió algunos artículos para publicaciones marginales. Era un hombre corpulento, que en 1962 debía contar unos treinta y tantos años, pero Lemarchand no se acordaba de su nombre, si bien me prometió preguntárselo a un amigo suyo.

Hablamos un buen rato de los Guérini y su época. Según él, tenían un acuerdo tácito con la policía que se mantuvo durante muchos años. Observó que cuando los Guérini dominaban Marsella, esta ciudad tuvo la tasa de delincuencia más baja de toda Francia. La policía estaba satisfecha, y a cambio toleraba las prostitutas y las casas de juego de los Guérini. Asimismo, añadió Lemarchand, hacía la vista gorda al tráfico de drogas, siempre y cuando éstas no se vendieran en Francia.

Este acuerdo se mantuvo en pie hasta 1966, según él. Aseguró ignorar la causa de la ruptura, que describió como uno de los grandes misterios del *milieu*.

Al cabo de una hora, quise retirarme, pero Lemarchand siguió hablando durante otros cuarenta y cinco minutos. Finalmente me acompañó hasta la puerta, y prometió llamarme para darme información sobre Georges y otras cuestiones.

No volví a saber nada de él.

Ese mismo día hablé de lo que Lemarchand había denominado el misterio del *milieu* en una conversación telefónica con Alain Jaubert, autor de un valioso estu-

dio del *milieu* titulado *D... comme Drogue*[7]. También él confesó su incapacidad de comprender por qué los Guérini lo habían arriesgado todo para proteger a David y Sarti. No obstante, cuando le dije que había descubierto indicios que permitían suponer que ambos hombres habían participado en un contrato para asesinar al presidente Kennedy, respondió con un largo y reflexivo silencio.

—Eso explicaría muchas cosas —dijo al fin.

Observó que, al ayudar a Sarti y David, los Guérini habían quebrantado una prohibición fundamental contra la protección a los asesinos de policías. Y con ello habían destruido la compleja y delicada relación que tenían establecida con las autoridades.

Jaubert comentó que, a los pocos años de la huida de David y Sarti, el imperio de los Guérini estaba en ruinas, Antoine había sido asesinado y Mémé condenado a cadena perpetua. Su implicación en un contrato de tal magnitud, creía Jaubert, podría explicar el desconcertante comportamiento de los Guérini.

Para entonces, yo me sentía dispuesto a actuar sobre la hipótesis de que la caída de los Guérini, que durante tantos años había intrigado a la prensa francesa, era una consecuencia del asesinato de Kennedy. Si el asunto era tan oscuro se debía precisamente a que estaba relacionado con el mejor guardado de todos los secretos, un secreto que ningún periodista francés había llegado a sospechar.

Cuando volví a la prisión, al día siguiente, estaba nevando. El cielo era de un gris acerado; una atmósfera adecuadamente lóbrega para visitar aquel espantoso lugar, que había empezado a odiar activamente. En el interior, el aire era tan sofocante y opresivo como siempre, con aquel nauseabundo olor a gachas que no parecía proceder de ninguna parte y que nunca se disipaba.

David llegó con cara hosca y suspicaz. No quiso mirarme y se volvió de lado, jugueteando con su muleta. Le dije que había estado en Marsella, donde había averiguado algunas cosas, pero me replicó que no quería saber nada de Marsella. ¿Qué estaba haciendo yo por su caso?

Respondí que aquella misma mañana me había enterado de que Jim Lesar pensaba venir a verle. Jim me había dicho por teléfono que vendría acompañado por otro abogado, Dan Alcorn, que tenía un amigo íntimo en la oficina del procurador general. Si David estaba dispuesto a efectuar una declaración clara y detallada acerca del asesinato, este amigo la haría llegar al procurador general. Transmití esta información a David, embelleciendo los contactos políticos de Alcorn, y le aconsejé que escuchara atentamente lo que éste y Jim tuvieran que decirle.

David parecía interesado, aunque hacía todo lo posible por no demostrarlo. Evidentemente, algo andaba mal, y traté de descubrir qué era. Sin embargo, David no quiso decirme nada, salvo unas cuantas lamentaciones quejicosas acerca del juez, las pruebas y el trato que recibía. Leyendo entre líneas, deduje que había recibido una visita de Henry Juramy, su principal abogado, y que no había ido bien.

Intenté tocar el tema del asesinato, pero se negó de plano a discutirlo. Rechazó todas mis preguntas, incluso las más indirectas, y me gruñó que le había prometido no preguntarle nada más. Yo no recordaba haberle hecho tal promesa, pero preferí no insistir.

Desvié la conversación —o la falta de ella— hacia la cuestión del Congo, pero siguió mostrándose inflexible. Todo eso no tenía nada que ver con su caso, repitió, golpeando el suelo con la muleta. ¿Qué pensaba hacer yo para ayudarle? ¿Por qué me preocupaba únicamente de este tema? ¿Acaso no creía en su inocencia?

En realidad, yo no creía que fuese inocente del asesinato de Galibert, pero me abstuve de decírselo.

Durante toda una hora siguió rezongando y despotricando contra todos los aspectos de su caso, desde la extradición brasileña hasta las más recientes maquinaciones del juez. Yo escuchaba y asentía, sentado en mi taburete en la estrecha intimidad de la minúscula habitación. Finalmente, cuando hubo terminado su diatriba, le planteé una pregunta de las sugeridas por Jim: ¿A quién se refería cuando dijo que habían matado a gente por lo que sabía del asesinato?

—Usted debe saberlo mejor que yo —replicó—. Los mataron en Estados Unidos.

Le pedí un nombre. Se negó. Pregunté si también en Francia habían matado a alguien. De pronto, pareció sumamente cansado y meneó lentamente la cabeza.

—Llevo catorce años en la cárcel —se lamentó—. Trece de ellos en Estados Unidos. No sé qué ha sucedido en Francia. Yo aquí soy un extranjero.

Traté de hallar otra forma de mantener la conversación, pero prosiguió:

—Mire, mi hermano está en un hospital, y dicen que no le queda mucho tiempo de vida. Cáncer... Está muriéndose de cáncer. He intentado convencer a las autoridades de la prisión para que me permitan llamarle, pero se niegan. Es ese hombre..., ya ve cómo me tortura. Se lo he pedido al cura, se lo he pedido al asistente social, pero temo que va a morir sin que pueda despedirme de él...

Le dije que, si él quería, podía hablar con el juez, y le pregunté el nombre de su hermano.

David me dirigió una suspicaz mirada de soslayo y fingió no haber oído. Volví a preguntárselo, pero hizo un gesto con la mano y siguió sin responder. Quise saber en qué hospital estaba internado, y contestó que lo tenía anotado por alguna parte. Era evidente que no quería darme ningún detalle, pero no logré comprender por qué.

La conversación no conducía a ninguna parte, aunque le dije que debía tomar un tren a Bruselas y que volvería a visitarle dentro de unos días, con Jim y Dan Alcorn. Cuando nos separamos, volvió a pedirme que le llevara licor.

Cuando salí de la prisión había dejado de nevar, pero el firmamento seguía encapotado. Con gran alivio, volví la espalda a aquellos muros de pedernal, por una semana al menos. Habría preferido arriesgarme con Big Hands que tener que volver allí otra vez, pensé mientras me dirigía hacia el metro por las calles fangosas.

Solamente disponía de unos pocos días en Bélgica, y quería estar seguro de que tendría tiempo suficiente para dedicarme a la búsqueda de Big Hands en Lieja. Aun así, en Bruselas concerté una cita con el capitán Tavernier, antiguo jefe de mercenarios del Congo, al que no había podido encontrar en mi visita anterior. Tavernier era el director de una revista sobre cuestiones africanas —que, según decían algunos, era financiada bajo mano por el presidente Mobutu, de Zaire— y manifestó una clara renuencia a hablar conmigo. Cuando insistí, dijo tajantemente que me concedería cinco minutos, pero que no quería hablar del Congo.

Tavernier era un hombre de aspecto juvenil, de unos cuarenta años, informalmente vestido y con gafas a la moda. Estaba seguro de haber conocido a Vic «allá abajo», según su expresión, pero no recordaba su nombre. Le pregunté acerca de Lumumba y de las conspiraciones de la CIA contra él, y Tavernier respondió que nunca había oído hablar de ellas. De hecho, le resultaban muy difíciles de creer.

—Si la CIA hubiera querido matar a Lumumba, allá abajo había muchísima gente que se habría ofrecido voluntariamente para hacerlo —observó—, y sin cobrar nada. Yo, por ejemplo. Si Larry Devlin me hubiera ordenado matar a Lumumba, lo habría hecho de buena gana.

Le pregunté si sabía de cierto quién mató a Lumumba. Tavernier aplastó la colilla de un cigarrillo y encendió otro.

—Yo estaba delante cuando lo mataron —contestó—. Fue un oficial belga cuya esposa había sido violada por los seguidores de Lumumba.

Le pedí que me diera el nombre de este oficial.

—No se lo diré..., porque todavía vive y todavía sigue en el ejército belga.

Observé que, en tal caso, Larry Devlin no había tenido nada que ver con la muerte de Lumumba.

—No directamente, eso es seguro —respondió Tavernier—. Es probable que estuviera al corriente de esa muerte, y quizás incluso trabajara con el oficial que lo mató. Pero si él dice que mató a Lumumba, está mintiendo.

Le pregunté si había trabajado alguna vez para la CIA, y lo admitió sin ambages.

—Trabajé para ellos durante quince años. Me reclutaron en el Congo, en 1960, y seguí con ellos hasta la purga que hubo después de Watergate. A pesar de todos nuestros años de servicio, no nos trataron muy bien; nos echaron por las buenas.

A pesar de que me había asegurado que no hablaría conmigo, me resultó difícil conseguir que callara*. Antes de irme, prometí enviarle un ejemplar del informe del Comité Church sobre los complots WIN-ROGUE.

Ese mismo día, gracias a un pequeño soborno, conseguí la dirección y el teléfono de Mme. Bonsang, la viuda de un reclutador de mercenarios, pues Bud Fensterwald había insistido en que debía ir a verla. La llamé, y quedamos en que pasaría a visitarla a mi regreso de Bruselas.

* En un momento dado, Tavernier abordó la cuestión de la muerte del Secretario General de la O.N.U. Dag Hammarskjöld, en un accidente de aviación que tuvo lugar en el Congo en septiembre de 1961, y me aseguró que sabía con total certidumbre que no había sido un accidente. «Yo conocía a la gente que estuvo manoseando su avión antes de que despegara», me dijo. «Estaban decididos a matarlo, y así lo hicieron.»

En cuanto llegué a Lieja, llamé a Monique. Las noticias que tenía para mí no era muy alentadoras: su amigo Gardien opinaba que el hombre que ella había visto en Angola no era Vic. Se ofreció a recogerme cuando saliera de trabajar para llevarme a visitar a algunos amigos suyos.

Nuestra primera parada fue en casa de Joseph Smal, que había sido el propietario de un restaurante en el Congo antes de unirse a los mercenarios. Era un hombre jovial y corpulento, con una tímida esposa y una hijita encantadora.

Smal dijo que había conocido a Larry Devlin, aunque no muy bien. Le pregunté si sabía adónde había ido Devlin al salir del Congo, admitiendo que yo lo ignoraba.

—Se fue a Laos —respondió—. Allí se relacionó con un gángster llamado Peters. Peters le proporcionaba el dinero de las drogas para operaciones de la CIA[8].

Era una intrigante sugerencia sobre la tortuosa carrera de Devlin, y tomé buena nota de ella.

Smal había oído hablar de las conspiraciones WIN y ROGUE, pero no sabía quién era ninguno de los dos. La CIA, de eso estaba seguro, no había tenido nada que ver con la muerte de Lumumba. Por otra parte, añadió, Devlin había sido el responsable de la muerte del dirigente katangueño Moisés Tsombe.

—Devlin contrató a un gángster francés para atraerlo desde su exilio —me explicó—. Este gángster secuestró el avión de Tsombe y lo llevó a Argelia, donde lo asesinaron[9].

Smal añadió un detalle siniestro: la muerte de Tsombe se había debido a la inyección de dos sustancias preparadas por la CIA. La primera lo sumió en un coma profundo; la segunda, administrada cierto tiempo después, le provocó un ataque cardíaco de fatales consecuencias. Esta descripción era inquietantemente parecida al complot original para matar a Lumumba, tal y como había sido descrito por el Comité Church.

Al día siguiente, por la tarde, Monique me llevó a ver a Charles Gardien. Era un caballero de unos cincuenta y tantos años y aspecto de soldado, con cabellos grises cortados a cepillo y un espeso mostacho militar que solía retorcer sin darse cuenta. Tenía una forma de expresarse muy europea, y constantemente salpicaba su conversación con frases corteses como «Mi querido señor» o «Con su permiso, señor». Lo encontré absolutamente encantador.

Gardien, que había sido jefe del estado mayor de Bob Denard, me aseguró categóricamente que el hombre que aparecía en mis fotos no era Big Hands. Hacía años que no veía a Les Grosses Mains, admitió, pero estaba seguro de que trabajaba de portero y camarero en un club nocturno de Seraing, cuyo nombre me proporcionó.

Le pregunté a Gardien por las relaciones de Denard con la CIA, y contestó que no había existido ninguna. Yo aduje que estaba razonablemente seguro de que Denard había trabajado tanto para la CIA como para el SDECE, el servicio de inteligencia francés. Gardien pareció escandalizarse. No conseguía creer que su jefe, un soldado profesional, hubiera podido ser también un agente de inteligencia.

Con una disculpa, le expliqué que la cosa era todavía peor que eso: el nombre de Denard había aparecido en un organigrama de la Mafia de Marsella elaborado

por el juez Michel poco antes de ser asesinado[10]. La deducción lógica era que utilizaba dinero de la droga para financiar sus operaciones. Gardien se quedó atónito, pero Monique, que llevaba ya un rato asintiendo con tristeza, le preguntó de dónde creía si no que Denard sacaba el dinero para pagar hoteles, comprar material y contratar mercenarios.

Gardien farfulló y protestó, pero tuvo que reconocer que nunca lo había sabido. Yo añadí que había descubierto que el golpe de Tsombe de 1966, en el que al parecer había participado Gardien como pagador, fue financiado primero por los servicios de inteligencia portugueses y luego por los franceses. Evidentemente, aquello representaba un duro golpe para la fe de Gardien en Denard, y me supo mal haber sacado a relucir este tema. El hombre declaró ásperamente que tendría que investigarlo, pero que estaba seguro de que había un malentendido.

A la mañana siguiente fui en autobús hasta Seraing y encontré el club donde Gardien me había dicho que trabajaba Big Hands. El local estaba cerrado, de modo que entré en un café cercano donde me informaron que el club no abría hasta las cuatro de la tarde. Para matar el rato, decidí ir paseando hasta la primera dirección que me habían dado. Se suponía que Big Hands ya no vivía allí, pero resolví hacer la prueba.

El paseo se convirtió en una larga caminata por un interminable paisaje industrial. Finalmente, llegué a un barrio bastante nuevo de bloques de apartamentos, en las afueras de la ciudad, y busqué la dirección de Big Hands entre los numerosos edificios idénticos. Cuando di con el número apropiado, leí los nombres de los inquilinos, que figuraban junto a los timbres, y, para mi sorpresa, descubrí el de Big Hands.

No estaba preparado para una entrevista en tales condiciones. Me había prometido que solamente me reuniría con él en un lugar público, nunca en su propia casa. Pero no quería esperar seis horas, ni marcharme de Lieja sin haberlo visto. Así pues, respiré hondo, reuní fuerzas y pulsé el timbre.

El intercomunicador que había bajo los timbres crepitó y casi al instante me sobresaltaron unos feroces ladridos, que se mantuvieron durante varios segundos. Finalmente, se oyó la voz de una mujer que le ordenaba al perro que se estuviera quieto.

—Sí, sí, ¿quién hay?

Expliqué tan brevemente como pude que era un escritor norteamericano y que venía de parte de Charles Masy, de Bruselas.

—Ya le abro. Suba en ascensor..., es el piso trece.

Que fuera precisamente el piso *trece* me pareció demasiado irónico. Cuando llegué arriba, se desencadenaron de nuevo los ladridos. Se abrió una puerta. Un pequeño perro mestizo se abalanzó hacia mí, gañendo y olisqueando furiosamente. Detrás, en el umbral, había una mujer en una silla de ruedas.

—¿Desea usted ver a mi marido? —preguntó.

La esposa de Big Hands me invitó a entrar. El apartamento, grande y bien amueblado, era una vivienda de clase media perfectamente normal, en absoluto la clase de guarida donde había supuesto que se refugiaría Big Hands. La mujer me

condujo a la sala y anunció que su marido saldría en seguida. ¿Me apetecía beber alguna cosa?

Mientras esperaba, un hombre cruzó a paso vivo el corredor, ofreciéndome un atisbo de su perfil. Era alto, robusto y de unos cincuenta años de edad. A juzgar por aquella fugaz ojeada, se parecía notablemente a las fotografías de Vic.

A los pocos minutos, Big Hands entró en la habitación y me saludó. Mientras estrechaba su mano, me vino una idea a la mente: «Es él..., es el falso Oswald... Lo he encontrado.»

El parecido era sorprendente: la estatura y la complexión, la forma de la cabeza y de la cara, los ojos, la nariz, incluso la expresión. Había vivido tanto tiempo con aquellas fotos de Vic que las conocía de memoria. Big Hands tenía exactamente el mismo aspecto.

La única diferencia estaba en la línea del pelo. Aunque Big Hands tenía una cabellera rala y muy corta, seguía teniendo más pelo del que Vic había tenido veintitrés años antes. Todo lo demás coincidía perfectamente.

Nos sentamos ante la mesa del comedor y me preguntó en qué podía serme útil. Yo era incapaz de quitarle los ojos de encima. Era un hombre grande y robusto, aunque algo obeso. Comprendí que le extrañaba mi forma de mirarlo, y varias veces tuve que obligarme a desviar la vista. Pero no podía quitarme de la cabeza que estaba realmente hablando con el hombre que se había hecho pasar por Lee Oswald en Ciudad de México.

Decidí no tocar el tema ni enseñarle las fotos hasta el último momento de la entrevista. Por consiguiente, comencé diciéndole que estaba escribiendo una novela sobre el Congo y los mercenarios. Pensé en mostrarle mi ejemplar de *Ommegang* para que viera la dedicatoria del coronel Vandewalle, a modo de credencial. Saqué el libro y lo puse en manos de Big Hands. Él lo abrió y, al instante, varias fotos de Vic cayeron sobre su regazo.

Había olvidado por completo que tenía esas fotos guardadas entre las páginas del libro. Se me fue el alma a los pies, y por una fracción de segundo llegué a pensar que aquello era mi final. Aun antes de dar comienzo a la conversación, Big Hands ya sabía cuáles eran mis propósitos, qué pretendía realmente de él. Era prácticamente una invitación para que me eliminara allí mismo.

Big Hands recogió las fotos y les echó una ojeada. Si las reconocía, no dio muestras de ello. Me preguntó de quién eran.

—No lo sé —respondí—. Me parece que de un mercenario.

Big Hands las estudió con mayor atención.

—No lo conozco —dijo al fin.

—De hecho, Charles Masy creía que era usted —apunté, como sin darle importancia.

—Bueno, se parece a mí... —admitió, con una breve risa—, pero yo tengo más pelo que ése... —Se llevó un grueso pulgar hasta el nacimiento del cabello y asintió lentamente—. Pero el resto de la cara soy yo.

Enseguida, me preguntó cuándo se había tomado aquella fotografía, y respondí que en 1964. Se puso en pie y se dirigió a un aparador, de cuyos cajones extrajo dos grandes álbumes fotográficos de la época de su servicio mercenario.

—Mire... —me explicó—, esto era el Congo..., 1962..., Charles y yo...

Era una instantánea de un Masy jovencísimo, aunque su combativa expresión me resultaba familiar. Big Hands y él posaban con sus rifles junto al cadáver de un rebelde congoleño. Masy estaba en cuclillas sobre él, sonriente, como si se tratara de un trofeo de caza. Big Hands, de pie a su lado, permanecía inexpresivo. Era un joven musculoso y esbelto, con una espesa mata de cabellos ondulados. Aunque el parecido con Vic era visible, el Big Hands de aquella época era todavía un joven, mientras que no así Vic.

Big Hands me mostró otras fotografías en las que aparecía él, muchas de ellas tomadas en Rhodesia tras la expulsión de los mercenarios de Katanga. Le interrogué acerca de su servicio y me confirmó que había firmado dos contratos, uno en 1962 y otro en 1964. Entre febrero de 1963 y septiembre de 1964 había estado fuera de África.

Le pregunté dónde había pasado ese tiempo. Respondió que no se había movido de Bélgica, haciendo trabajos ocasionales y tratando de conseguir otro contrato. Quise saber si había visitado América, evitando cuidadosamente las palabras «Ciudad de México».

—No, no he estado nunca en América —contestó—. Las únicas veces que he salido de Bélgica ha sido para ir al África.

Durante la hora siguiente estuve acechando cualquier indicio de que se mostrara a la defensiva, preocupado por las fotos o suspicaz de mis intenciones. Sin embargo, respondió amablemente a todas mis preguntas, aunque éstas se apartaban cada vez más de mi propósito declarado. Las únicas muestras de incomodidad que alcancé a percibir se debían a la duración de la entrevista y a mi manera de mirarlo.

Finalmente, le di las gracias por su ayuda y, como una idea de última hora, le pedí que estampara su firma sobre su foto en *Ommegang*. Objetó que no tenía pluma, de modo que dejé la mía sobre las páginas abiertas del libro. La recogió como si fuera a escribir, pero, en vez de hacerlo, empezó a comentar las fotografías. Luego, dejó la pluma a un lado y siguió mirándolas, hasta que finalmente cerró el volumen. Le recordé que se había olvidado de firmar la foto. Abrió el libro de nuevo, y de nuevo se dejó distraer por las imágenes. Por segunda vez cerró *Ommegang* y dejó la pluma sin haber firmado.

Era una pequeña omisión, pero me hizo pensar. Estaba claro que no deseaba firmar la foto, no deseaba que yo tuviera una muestra de su firma. Este hecho, unido a su ausencia de África en 1963 y, sobre todo, a su asombroso parecido con Vic, contribuyó a suscitar de nuevo mis sospechas.

Mientras regresaba a Lieja, me sentía agobiado por la incertidumbre. Había visto a Big Hands, pero no había podido resolver la cuestión de si era o no el falso Oswald. Sin embargo, no podía eludir el problema esencial: Big Hands tenía entonces el mismo aspecto que Vic había tenido veintitrés años antes; pero veintitrés años antes no tenía el mismo aspecto que Vic. A pesar de todos mis esfuerzos, mis esperanzas y mis inquietudes, tuve que concluir de mala gana que sólo se trataba de una extraordinaria coincidencia. Probablemente, Big Hands no era Vic.

Desde la estación de Bruselas fui directamente a las oficinas de *Die Morgen*,

donde Walter de Bock había prometido por segunda vez esperar mi llegada. Subí apresuradamente la escalera y encontré a la rubia voluminosa sentada ante su escritorio. Esta vez vestía un suéter negro decorado con la calavera y las tibias cruzadas de un conjunto de rock. Le anuncié triunfalmente que venía a ver a De Bock.

La joven me miró con aire dubitativo, como preguntándose si pretendía tomarle el pelo.

—Acabo de hablar con él desde Lieja —insistí—. Me ha dicho que me esperaría aquí.

—Oh, no, monsieur —replicó—. Hoy no lo hemos visto en todo el día.

—¡Pero si hace apenas una hora me ha dicho que venía hacía aquí! Me ha dado una... —Me faltaron ánimos para pronunciar la palabra.

La rubia, obviamente compadecida de mí, se ofreció a mostrarme el despacho de De Bock. Suspiré y respondí que le dejaría una nota encima de la mesa.

Seguí su abundante silueta por el laberinto de escritorios y redactores hasta el mismo fondo de la oficina. Giramos por un pasillo, tan hundido en las entrañas del edificio que la única luz existente era el malsano resplandor verdoso de unos viejos fluorescentes. La mujer se detuvo ante una puerta entreabierta.

—Aquí es —anunció, apuntando con la mano como si estuviéramos ante la entrada de una tumba cuyo ocupante hubiese escapado.

Arranqué una página de mi libreta y escribí un mensaje para De Bock, explicándole que me iba a París. Ella empujó solemnemente la puerta, pasó al interior y profirió un gritito sofocado.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Está aquí!

Medio enterrado por pilas de periódicos amarillentos, tras un minúsculo escritorio, vi por fin a Walter de Bock. Era un hombre pequeño y enjuto, con gafas, de aspecto tuberculoso; daba la impresión de haber pasado toda su vida en sitios como aquél, apartado del sol y fumando continuamente. Me presenté, y pareció sorprendido de verme allí.

—¿Teníamos una cita? —inquirió, mientras nos dábamos la mano.

Me preguntó qué deseaba, y añadió que estaba muy ocupado. Le expliqué apresuradamente mi interés en los mercenarios y en las relaciones entre los traficantes de heroína y la CIA. De Bock empezó a dar muestras de animación.

—Lamento muchísimo no haberle visto antes —se disculpó—. Siéntese, por favor.

Me contó que estaba trabajando en un escándalo ocurrido en la brigada antidroga de la policía belga, y manifestó su convencimiento de que había agentes de la CIA implicados en el caso. El hombre que había divulgado el escándalo era un ex oficial de narcóticos, François Raes. Raes le había dicho que los hombres de la CIA se habían infiltrado en el programa antidroga belga haciéndose pasar por agentes de la DEA[11].

De Bock me aconsejó que fuera a ver a Raes, y él mismo telefoneó de inmediato para concertar una cita.

François Raes era un hombre robusto, con bigote, que se carecterizaba por sus abruptos modales de boxeador. Me reiteró su convicción de que los consejeros de la DEA en Bruselas eran en realidad agentes de la CIA, y añadió que a veces le ha-

bían pedido que efectuara tareas de vigilancia sin ninguna relación con las drogas, transmitiendo sus informes a un norteamericano que acudía en secreto desde París. También corroboró las afirmaciones de De Bock en el sentido de que la CIA reclutaba gángsters de los bajos fondos, y me explicó que uno de sus agentes había llegado a Bruselas desde Marsella.

Me quedé estupefacto. Si De Bock y Raes estaban en lo cierto, la utilización de traficantes de heroína por parte de la CIA constituía una práctica antigua e ininterrumpida que se extendía desde Luciano y los Guérini en los años cuarenta a los granjeros del Triángulo de Oro en los cincuenta, la Mafia estadounidense en los sesenta, los corsos de Latinoamérica en los setenta y, finalmente, los belgas en los años ochenta. A pesar de las habituales justificaciones de la CIA resultaba muy difícil creer que se trataba únicamente de una lamentable necesidad operativa.

Antes de abandonar Bruselas para regresar a París, fui a cenar con Mme. Bonsang, la viuda del reclutador de mercenarios. Era una mujer de unos sesenta años que en otro tiempo debió ser bien parecida. Poseía un considerable archivo sobre Moisés Tsombe, con quien ella y su marido habían tenido bastante amistad. Eché una ojeada a los documentos, pero no tenía tiempo para leerlos. Con gran generosidad, Mme. Bonsang se ofreció a prestarme el fichero. No comprendí su verdadera importancia hasta varias semanas después, cuando tuve tiempo de leerlo detenidamente.

Cuando llegué de Bruselas, Jim Lesar y Dan Alcorn ya estaba en París. Me alegré de verlos. Tras obtener sus pases en el Palais de Justice, nos encaminamos directamente a la prisión. En el metro, traté de prepararlos para la entrevista con David, refiriéndoles mis últimos encuentros con él y dándoles una idea de su estado mental. Le insistí mucho a Dan sobre la importancia que David parecía conceder a sus contactos políticos.

Cuando vino el guardia a abrir el cubículo se quedó desconcertado.

—¿Tres abogados para un solo interno? —exclamó, y fue en busca de un superior.

Tras una breve discusión, llevaron dos taburetes más a una de las angostas *cabines* y Jim, Dan y yo nos apretujamos con la espalda contra las resoplantes tuberías de vapor.

David se puso en guardia desde el primer momento. Después de saludar a Jim y ser presentado a Dan, mencionó que su abogado francés había ido a verle. Para entonces yo ya sabía que se refería a Henri Juramy, a quien aún no conocía, y que por lo general era un signo de que la entrevista iba a ser difícil. Traté de imaginarme a este Juramy, cuya influencia sobre David tan poderosa parecía y tan a menudo se traducía en suspicacia hacia mi persona.

Jim comenzó pidiéndole a David que firmara unos impresos de rutina que le hacían falta para llevar adelante el asunto de sus pertenencias perdidas. David se negó con aire hosco. Habían destruido sus cosas, declaró, de modo que no valía la pena reclamarlas. Además, sus abogados franceses iban a denunciar las numerosas violaciones de sus derechos ante la Comisión Europea de Derechos Humanos, en

Estrasburgo. La Comisión, añadió David, obligaría a las autoridades francesas a darle una compensación y ponerlo en libertad.

Jim respondió que, para obtener la libertad, tenía que cooperar. David replicó que sólo cooperaría cuando estuviera libre, y se lanzó al habitual discurso de media hora acerca de su caso. Yo no hice ningún intento de interrumpirle, pues consideraba que la iniciativa correspondía a Jim y Dan. Cuando vi que la diatriba no daba muestras de terminar, empero, le sugerí a Jim que alguien debía hacerse con el control de la conversación.

—Muy bien —asintió Jim—. Pregúntale si está dispuesto a darnos la suficiente información sobre Sarti como para que hagamos alguna clase de trato en su favor.

Traduje sus palabras, y David se puso en tensión.

—Ya se lo he dicho antes: mientras esté en la cárcel, no puedo hablar de este asunto.

—Dile que forzosamente tendrá que hablar si quiere que hagamos algo para evitar que lo internen en un manicomio.

David sacudió enfáticamente la cabeza.

—Cualquier cosa que diga sobre este caso se utilizará como prueba de que estoy loco —replicó.

Se lo traduje a Jim, que decidió llevar el farol de David a sus últimas consecuencias.

—Dile que el hecho de que no quiera darnos la información necesaria para salvarse me obliga a pensar que no la posee.

Se lo repetí a David, que dedicó una dura mirada a Jim.

—Puede creer lo que quiera —comentó—. A mí me da lo mismo...

—En tal caso, dile que no vale la pena que sigamos hablando.

David asintió, se apoyó en su muleta y se puso en pie. Jim también se levantó.

—Espere un momento —dije yo. David vaciló.

Me volví hacia Dan, que hasta entonces había permanecido en silencio, y le pregunté si no tenía nada que decir.

—Pídale que vuelva a sentarse —dijo Dan.

A regañadientes, David se instaló de nuevo en su taburete.

Dan comenzó a hablar lenta y suavemente.

—Dígale que he estado escuchando con mucha atención todo lo que nos ha contado. Dígale que yo opino que su posición es totalmente cuerda y que sus respuestas son razonables...

Se lo traduje a David, que clavó la vista en Dan y le escuchó con gran interés.

—Dígale que, desde ahora hasta el momento en que lo internen, tiene más poder del que ha tenido nunca en su vida. Dígale que tengo un amigo en Washington que está muy cerca del presidente. Si quiere aprovecharse de ello, puede enviar un mensaje al hombre más poderoso del mundo, quizás el único hombre que está en condiciones de ayudarle. Sin embargo —concluyó—, este mensaje debe demostrar sus conocimientos y su voluntad de cooperar.

David absorbió todas las palabras, tanto en inglés como en francés. Permaneció todo el rato con la barbilla encima de las manos, que tenía cruzadas sobre la muleta, y su larga barba colgando a lo largo de la vara metálica. Cuando Dan ter-

minó, asintió con un gesto, sin apartar la vista de él. En sus ojos se reflejaba una cautelosa expresión calculadora. Comprendía que aquellos momentos podían suponer para él un punto crítico que no debía ser pasado por alto ni malinterpretado.

—Deje que lo piense —dijo al fin—. ¿Cuándo pueden volver?

Contesté que podíamos volver al día siguiente.

—Denme dos días —decidió.

Aquella noche cenamos juntos en un café cerca del hotel y comentamos la entrevista y nuestra estrategia. Jim estuvo de acuerdo en que la respuesta de David a su desafío era previsible. Observé que, en mi opinión, la propuesta de Dan le había interesado, y que era típico de él el pedirnos tiempo para estudiarla, aunque no comprendía por qué nos había solicitado *dos* días. Luego comenzamos a elaborar preguntas a las que David pudiera responder sin comprometerse, en caso de que aceptara la propuesta. Antes de terminar, habíamos llenado cinco páginas de mi libreta.

Jim y Dan aprovecharon el día siguiente para recobrarse de la diferencia de horarios, mientras yo mantenía algunas entrevistas con diversos periodistas. Entre ellos figuraba Nina Sutton, quien me dijo que, por lo que ella sabía, Michel Nicoli estaba en el programa de protección de testigos del Departamento de Justicia de Estados Unidos. No tenía idea de su paradero y no creía que la tuviera nadie, excepto los administradores del programa.

A la mañana siguiente regresamos los tres a La Santé. Una vez cerrada por fuera la puerta del cubículo, David me informó que el día anterior había recibido otra visita de Juramy. Evidentemente, éste era el motivo de que nos hubiera pedido dos días para reflexionar sobre la propuesta de Dan. Al parecer, Juramy le había dicho que pronto saldría en libertad condicional y su consejo era que no cooperase con nosotros.

Por un instante pareció que la entrevista iba a terminar antes de haber comenzado. Pero entonces David ofreció una contrapropuesta.

Quedó claro que había elaborado minuciosamente su oferta, y la presentó en términos muy precisos. Escribiría los detalles esenciales del asesinato tal como los conocía, los metería en un sobre cerrado y entregaría el sobre a un abogado con quien ya había tenido tratos para que lo guardara a buen recaudo. El abogado era un corso, ya anciano, que le había representado en otro tiempo. La declaración escrita incluiría todo lo esencial: nombres, fechas, contactos, medios de entrada y salida del país... Todo, en suma, lo que siempre le habíamos preguntado.

David añadió que en cuanto el abogado se hiciera cargo del sobre, se pondría en contacto con Jim y certificaría su contenido. A continuación, dejaría el sobre encerrado en la caja fuerte de su despacho. A cambio de esto, Jim y Dan debían presentar una apelación ante la Comisión de Derechos Humanos. Si conseguía su libertad gracias a ellos, recibirían el sobre.

Yo lo iba anotando todo en mi libreta, y quise saber qué ocurriría si David no era puesto en libertad.

—Si no salgo de aquí, el sobre no será para nadie —respondió—. Si salgo por mis propios medios, venderé la información para que mi mujer y yo podamos sub-

sistir. —Añadió que, en tal caso, yo tendría la primera opción de comprar el contenido del sobre.

—Si muero —prosiguió—, el abogado venderá la información por tanto dinero como pueda conseguir, y se lo entregará a mi familia. La declaración estará escrita de tal forma que pueda ser vendida por partes. Si la primera parte le parece interesante, podrá comprar las siguientes.

Me pareció que su propuesta era muy poco convincente, pero, para mi sorpresa, Jim y Dan la aceptaron. David se manifestó satisfecho, cosa que contribuyó a aumentar mi irritación. Como último gesto, Jim me pidió que le planteara a David algunas de las preguntas que habíamos preparado, pero éste dejó claro que no pensaba contestarlas. Estaba claro que la entrevista había terminado, y una vez más era David quien había fijado el orden del día.

Cuando nos preparábamos para irnos, David me preguntó cuáles eran mis planes. Le dije que al día siguiente pensaba partir hacia Bruselas, y de ahí a California. Quiso saber si volvería a visitarle, yo solo, aquella misma tarde. Respondí que así lo haría.

—Tráigame algo... —susurró—. Para dormir.

No me sentía en absoluto satisfecho, y así se lo hice saber a Jim y Dan. Nunca me había gustado llegar a un acuerdo que complaciera a David, pero Jim consideraba que no podíamos hacer otra cosa. Ahora tendríamos que explorar las posibilidades de la Comisión Europea. Observé que, a pesar de su situación de impotencia total, David nos había manipulado. Él había ideado el acuerdo, él marcaba sus términos y él ejercía el poder.

Dan contestó que al menos habíamos conseguido algo importante: pasara lo que pasara con David, sus conocimientos sobre el asesinato quedarían por escrito y en lugar seguro. Respondí que todavía no teníamos la declaración, y que el despacho de un abogado de la Mafia corsa difícilmente me parecía un lugar seguro.

Almorzamos juntos y fui a despedirlos al aeropuerto. Cuando volví a la prisión, David estaba más relajado. Parecía creer que no tardaría en salir, y comentó que el gobierno se había dado cuenta de que no podía acusarlo. Lo que harían, añadió, sería ponerlo bajo observación psiquiátrica durante unos cuantos meses y luego lo liberarían discretamente. Incluso se permitió fantasear que podríamos escribir el libro entre los dos, en México.

Le pregunté qué ocurriría si las cosas se torcían y no era puesto en libertad.

—Si es así —respondió—, me mataré este año. De una forma u otra, éste es mi último año en la cárcel. O salgo andando por la puerta, o me sacan con los pies por delante.

A continuación, quiso saber si le había llevado algo que le ayudara a dormir.

Le dije que mirara en mi bolsa de viaje. Mientras retiraba un frasco de brandy y lo deslizaba en el interior de sus pantalones, comenté de pasada que yo le llevaba lo que me pedía, pero que él no me daba nada a cambio. En seguida, le recordé que sólo me quedaban dos días más en Europa. ¿No podía decirme nada más acerca de los tiradores? Me había asegurado que no eran franceses, belgas ni norteamericanos. ¿No podía decirme de qué nacionalidad eran?

Esbozó una ligera sonrisa.

—Eran corsos —respondió. Luego añadió que los tres tenían parientes que se vengarían de él si daba sus nombres, pues sabían que solamente él poseía esa información.

Le pregunté si tenía idea de quién estaba detrás del contrato que habían propuesto a Antoine.

—Averigüe quiénes eran los clientes de Sarti en Norteamérica y comprenderá quién estaba implicado.

Probé a hacerle una o dos preguntas más, pero se negó a seguir contestando. Quise saber cuándo estaría lista su declaración.

—Le prometo tenerla para antes de dos semanas. Para entonces, el anciano abogado ya habrá llegado. Se pondrá en contacto con Jim dentro de poco.

Asentí y comenté que seguramente pasaría algún tiempo antes de que volviéramos a vernos. Me pidió que siguiera escribiéndole y enviándole dinero. Le pregunté si había alguna otra cosa que pudiera hacer por él.

—No necesito nada —respondió—. Me basta con saber que siguen trabajando por mi libertad. Asegúrese de que Lesar y Alcorn hagan lo que hemos convenido. Así, todos obtendremos lo que queremos.

Le ayudé a incorporarse. Nos estrechamos la mano y pulsé el timbre para llamar al guardia.

—Dígale a ese chico suyo que se porte bien —dijo como despedida, mientras el guardia se lo llevaba encorvado y cojeando.

Mientras salía del centro de guardia, se me ocurrió que podía utilizar a David como una especie de coco para las ocasiones en que mi hijo se portara mal. «Si no te tomas la sopa, vendrá Christian David y se te llevará...»

Pero decidí que sería una broma demasiado cruel, y demasiado próxima a la verdad. Pues David ya representaba el papel de coco en mi propia vida.

Mi vuelo de regreso despegaba de Bruselas. Partí de París un día antes de lo previsto con la esperanza de ver al coronel Lahaye, un ex oficial de los servicios de inteligencia en el Congo. También quería entrevistarme con un hombre llamado Bedos, que Walter de Bock me había descrito como un antiguo químico y correo de las organizaciones de traficantes francesa y latinoamericana que quizás hubiera trabajado con Michel Nicoli.

Bedos, que por entonces comerciaba en libros de ocasión, era un hombre bajo y enérgico de cincuenta y tantos años de edad, de modales joviales y animados. Durante nuestra entrevista, reconoció haber trabajado con Nicoli en los viejos tiempos.

—Eso fue antes de curarme —observó—. Ahora estoy completamente curado. —Tal era su peculiar forma de referirse al hecho de que ya no se sentía tentado de traficar en heroína.

No sabía dónde estaba Nicoli, pero apuntó la posibilidad de que se hallara en Uruguay. El propio Bedos iba allí un par de veces al año, para visitar a los parientes de su mujer.

—Pero si me cruzara con Michel por la calle, haría esto —añadió, mirando fijamente al frente—. No le saludaría, ni él a mí. Todo eso es agua pasada.

Habló detenidamente de su carrera como contrabandista, refiriéndome varias anécdotas divertidas. Se mostró complaciente y abierto hasta que mencioné el nombre de Antoine Guérini; entonces se cerró como una ostra. Cambié de tema y le pregunté por Sarti.

Contestó que no había trabajado nunca con Sarti, pero que lo había conocido, igual que a David. Los describió a ambos como unos asesinos capaces de cualquier cosa si el precio les convenía.

En cierta ocasión, me explicó, hacia 1968 o 1969, Sarti estaba en urgente necesidad de dinero. Llenó una maleta con veinte kilos de heroína, se metió una pistola en el bolsillo y anunció que iba a llevar él mismo el cargamento a Nueva York.

—Si alguien trata de detenerme o se cruza en mi camino —dijo Bedos, imitando el áspero tono de Sarti—, lo mataré. Llevaré esta maleta a Nueva York o moriré en el intento.

Bedos añadió que Sarti llegó a Montreal, y de ahí a Nueva York, sin ningún contratiempo.

—Pero así es como era él —concluyó—. Loco..., e implacable cuando necesitaba dinero.

Le pregunté si Nicoli también era un asesino. Respondió que sí, pero que era otra clase de persona.

—Nicoli no era como los demás. Era un chico pequeño..., callado, ya sabe. Nunca tuvo afición a los coches de lujo y las modelos. Era un hombre de familia, y era honrado, cosa que en su profesión resultaba muy rara. Quiero decir que no engañaba nunca. Con Michel uno siempre sabía dónde estaba. Con David y con Sarti era distinto. Estaba casado con una sudamericana, ¿sabe? Tenían un niño. Le gustaba quedarse en casa y cuidar de su familia. Creo que por eso se volvió un soplón, por su familia.

Le pregunté qué haría para localizar a Nicoli si quisiera hablar con él. Bedos se encogió de hombros.

—Podría probar a poner anuncios en los periódicos de allá abajo —sugirió—. Era uno de los métodos que utilizábamos para transmitirnos mensajes. Utilice alguna clase de código, ya me entiende: algo que no sea evidente, pero que él sepa cómo ponerse en contacto con usted.

Ese mismo día, más tarde, me reuní con varios periodistas de Bruselas que habían escrito sobre el policía asesinado por Sarti en 1966. Era un asunto del que todavía se hablaba, dijeron, y la cuestión de por qué los Guérini habían ayudado a Sarti a escapar les parecía tan misteriosa como a sus colegas franceses.

Mi última cita era con el coronel André Lahaye. Si la información que poseía acerca de él era correcta, tenía la certeza casi absoluta de que sabía quiénes eran WIN y ROGUE. Pero me bastó un solo vistazo para darme cuenta de que sería difícil tratar con él. Era un caballero de casi sesenta años, bastante calvo, cuyo aire remoto e imperturbable se veía acentuado por sus cuidadosos ademanes y sus entrecerrados ojos de un azul apagado. Me causó la impresión de que era un hombre lleno de secretos y que se enorgullecía de saber mantenerlos.

Fuimos a un café cercano y le invité a beber. Comenzó muy cordialmente, diciéndome que, en efecto, había sido jefe de seguridad interior en la recién nacida república del Congo entre 1960 y 1963. Patricio Lumumba fue el primero en ofrecerle este cargo, pero lo rechazó en favor de Mobutu. No me sorprendió constatar que había tenido la suficiente visión como para elegir el bando ganador.

Le pregunté si conocía a Larry Devlin, y admitió que lo había conocido bien.

Cuando el Congo obtuvo su repentina independencia en 1960, me explicó, él se hallaba en Bélgica de vacaciones. Fue llamado a Leopoldville y en el avión conoció a Larry Devlin, que por entonces trabajaba para la estación de la CIA en Bruselas. Durante los tumultuosos meses que siguieron, Lahaye trabajó en estrecha relación con Devlin y con un colega de éste llamado Justin O'Donnell, de Washington.

Abordé el tema de Lumumba y de las conspiraciones contra su vida. Lahaye se permitió esbozar una ligera sonrisa.

—Después de la independencia —dijo—, la situación en Leopoldville era de un caos casi total. Estábamos demasiado ocupados tratando de sobrevivir para prestar atención a rumores y conspiraciones.

Apuró metódicamente su tónica con ginebra y le invité a otra.

—En todo caso —prosiguió—, existen ciertas cuestiones de las que no puedo hablar. Comprenda, monsieur: todavía es demasiado pronto para hablar de la secesión de Katanga y la muerte de Lumumba. Muchos de los implicados aún están vivos. Un día quizás escriba mi propio libro.

Era obvio que Lahaye había estado al corriente de las operaciones de Devlin, aunque no parecía deseoso de comentarlas. Discutimos sobre este punto durante algún tiempo, tal vez una hora y media. Entre tanto, él iba consumiendo una tónica con ginebra tras otra, y yo me cuidaba bien de que su vaso estuviera siempre lleno.

—Me gustaría dejar bien claro —dijo al fin— que, si bien es posible que ciertos elementos de Leopoldville desearan matar a Lumumba, y quizá llegaran incluso a hacer preparativos para matarlo, nunca existió ningún intento serio de acabar con su vida.

Quise saber si los preparativos a que se había referido podían consistir en la importación de dos gángsters europeos por parte de la CIA.

Antes de responder me escrutó unos instantes con los párpados entornados.

—Tuve conocimiento —dijo lentamente— de la presencia de ciertos gángsters en Leopoldville a finales de 1960 y comienzos de 1961. Pero esa gente no fue utilizada para asesinar a Lumumba.

Era un comienzo. Expliqué a Lahaye que conocía a un gángster francés llamado Christian David, el cual aseguraba haber sido enviado a Leopoldville para matar a Lumumba. Añadí que, en mi opinión, David trabajaba para la CIA.

Lahaye respondió que no podía confirmar la veracidad de estos hechos, pero afirmó que en aquella época existía más de una conspiración contra Lumumba.

—Los de la CIA no eran los únicos interesados en eliminar a Lumumba —me explicó—. También hubo un complot de la SDECE en el que participaban ciertos

criminales, pero aquello fue una farsa lamentable. Los criminales se pasaban el día bebiendo en los bares. Nunca llegaron a acercarse a Lumumba.

Le pregunté si habría alguna manera de desenterrar las huellas de los dos gángsters contratados por la CIA.

—Suponiendo que esos hombres existieran realmente —respondió con cautela—, hay un lugar donde quizá se conserve su rastro. De vez en cuando, me resultaba necesario deportar a ciertos extranjeros a Brazzaville, al otro lado del río. Yo los entregaba a la SDECE, que a su vez los devolvía a Francia. Sin duda la SDECE conserva registros de tales incidentes.

Hizo esta observación sin mirarme, pero me pareció que contenía dos pistas valiosas. En primer lugar, si se refería a WIN o ROGUE, puede que quisiera darme a entender que había deportado a uno de ellos o a ambos. En segundo lugar, el hecho de que los entregara a los servicios de inteligencia franceses podía indicar que uno o los dos eran de nacionalidad francesa.

Para entonces ya era más de medianoche. Volví a abordar la cuestión de las actividades de Devlin.

—Devlin solía acudir muchas veces a solicitar mi ayuda —comenzó Lahaye—. Durante aquellos meses trabajamos bastante unidos. A menudo necesitaba información sobre extranjeros. Yo le ofrecía toda la cooperación que mi cargo me permitía... —Hizo una pausa y bajó la vista hacia su vaso—. En una ocasión vino a verme y me anunció que estaba preparando un plan para acabar con Lumumba. Muy discretamente quiso saber si estaba dispuesto a ayudarle[12]...

Apuró el vaso y yo pedí de inmediato otra tónica con ginebra.

—Le contesté que no me parecía apropiado intervenir en un asunto de esa clase —prosiguió Lahaye, con cierta animación—. De hecho, la idea me horrorizaba. El Congo estaba a punto de estallar en cualquier momento. Yo estaba seguro de que, si Lumumba moría a manos de unos europeos, se desencadenaría un baño de sangre del que no escaparía ningún blanco. Comprenda, monsieur, que yo era responsable de la seguridad de aquella gente. Lejos de desear la muerte de Lumumba, creía sinceramente que lo mejor para la comunidad europea era que siguiese con vida.

Le pregunté qué había hecho en aquella ocasión. Toda su animación se desvaneció y Lahaye volvió a responder en términos hipotéticos.

—Si se hubiera preparado una acción así —dijo con voz llana—, yo habría considerado que mi deber me exigía evitarla y proteger a Lumumba.

Proseguí la línea hipotética.

—Si Larry Devlin hubiese emprendido alguna acción para asesinar a Lumumba —inquirí—, ¿habría usted tomado medidas concretas para protegerlo?

Lahaye guardó silencio un buen rato antes de contestar, y cuando por fin lo hizo fue sin el menor esbozo de sonrisa en su rostro.

—Sí —admitió—, probablemente las habría tomado.

—Si hubiera llegado a su conocimiento que Devlin había traído dos gángsters de Europa para asesinar a Lumumba —añadí—, ¿habría sido su deportación una de tales medidas?

De nuevo Lahaye permaneció pensativo durante un largo tiempo.

—Sí —respondió—, probablemente su deportación hubiera sido una de las medidas que yo habría tomado.

—¿Habría deportado a los gángsters a pesar de sus relaciones con Devlin?

Otra larga pausa y otra leve sonrisa antes de contestar.

—Sí, los habría deportado aunque hubieran tenido relaciones con Devlin[13].

A pesar de tanto «sí», me pareció que Lahaye trataba de ayudarme.

Le pregunté quién había matado a Patricio Lumumba, en realidad. Me aseguró que había sido asesinado por miembros de una facción rival. No cabía ningún error; insistió en que estaba seguro de ello. Le conté que Devlin afirmaba haber organizado el asesinato y retirado el cadáver en su automóvil. Lahaye respondió que, si bien era probable que Devlin estuviera al corriente de los acontecimientos que condujeron a la muerte de Lumumba, no había tenido absolutamente nada que ver con ella.

Era más de la una y me pareció que ya había llevado la conversación hasta sus últimos extremos. Como último detalle, saqué las fotos de Vic y Sarti. Lahaye declaró que no conocía a ninguno de los dos.

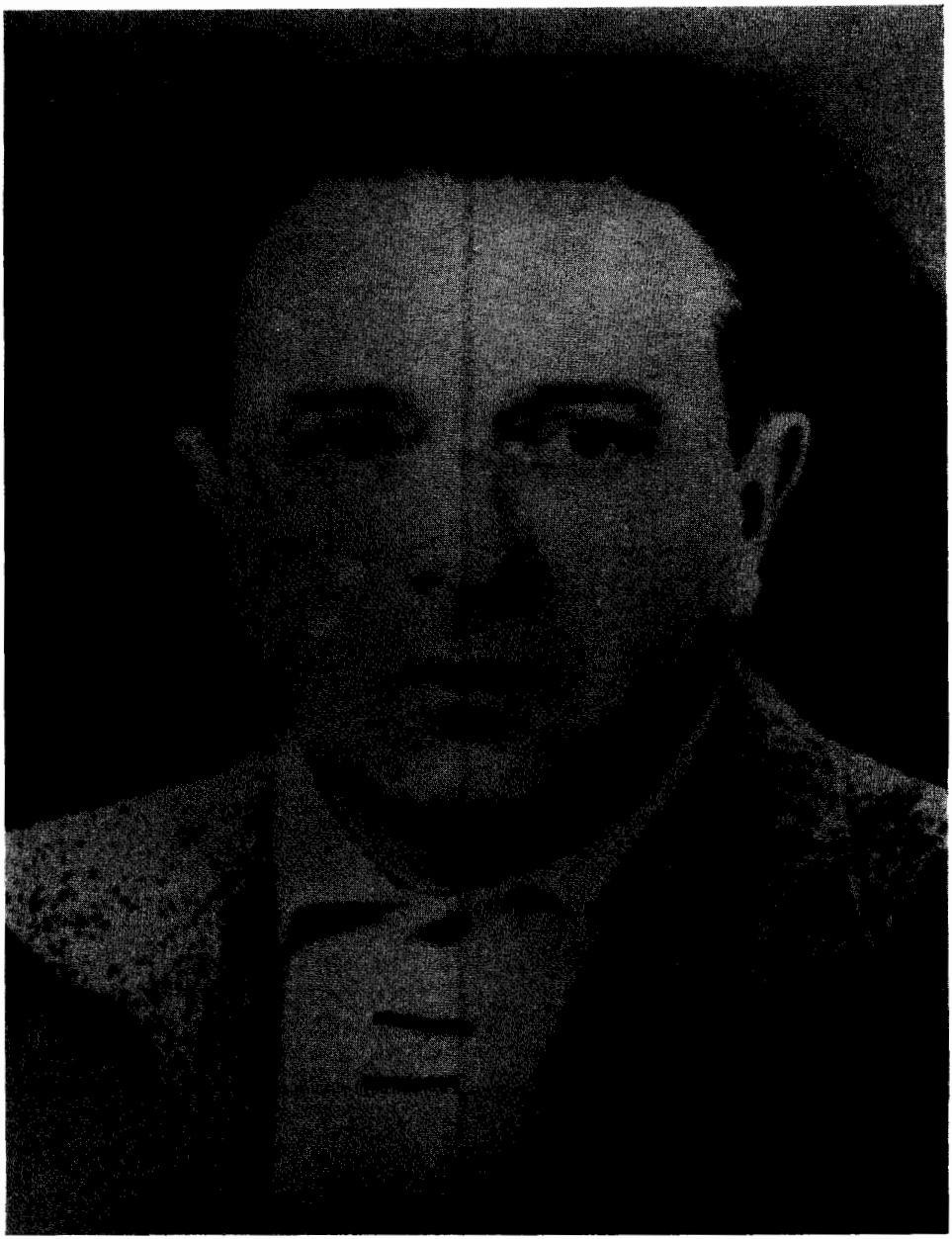
Pagué las bebidas y salimos juntos del bar. Prometí a Lahaye que le enviaría un ejemplar del informe del Comité Church respecto a las conspiraciones contra Lumumba y le pedí que me escribiera si sus páginas le hacían pensar en algo que no hubiéramos discutido. Respondió que así lo haría e intercambiamos nuestras direcciones. Sin embargo, aunque yo cumplí mi promesa, nunca volví a tener noticias del coronel André Lahaye.

NOTAS

MERCENARIOS Y ASESINOS A SUELDO, 1985.

1. Summers, Anthony, *Goddess: The Secret Lives of Marilyn Monroe.* New York: Macmillan, 1985.
2. Véase por ejemplo: *Le Monde*, 7 de mayo, 1966; *L'Aurore*, 10 de febrero, 1966; *France Soir*, 11 de febrero, 1966; *Paris Presses*, 10 de febrero, 1966; *Le Monde*, 6 de febrero, 1966; *L'Aurore*, 5 de febrero, 1966; *L'Humanite*, 2, 3, 4 de febrero, 1966; *L'Aurore*, 29 de enero, 1966; *Paris Jour*, 25 de enero, 1966; *L'Humanite*, 25 de enero, 1966.
3. Véase: Kruger, *op. cit.*, pp. 52-53. Editores de Newsday, *The Heroin Trail*, pp. 119-120.
4. Tislenkoff, A., *J'Accuse Lemarchand*. Paris: St. Just, 1966.
5. Véase: *L'Aurore*, 28 de enero, 1967; *Le Monde*, 29 de enero, 1967.
6. Editores de Newsday, *The Heroin Trail*, p. 126. También: *L'Aurore*, 22 de diciembre, 1966; *L'Humanite*, 22 de diciembre, 1966; *France Soir*, 30 de abril, 1966.
7. Jaubert, Alain, *Dossier D... Comme Drogue*. Paris: Moreau, 1974.
8. En una conversación mantenida en junio de 1988, Devlin admitió que estaba en contacto con el ex mercenario del Congo, John Peters en el sudeste de Asia, pero negó tener conocimiento o participación alguna con respecto al presunto tráfico de drogas de Peters. Véase el epílogo.
9. En una conversación mantenida en junio de 1988, Devlin negó tener relación alguna con el secuestro de Tsombe. Véase el epílogo.
10. Laville, *op. cit.*, p. 531.
11. Véase: Raes, Francois, *Un Gendarme Don Quichotte*. Anvers, Belgium: EPO, 1983.
12. En una conversación mantenida en junio de 1988, Devlin negó haber pedido ayuda a Lahaye. Véase epílogo.
13. En una conversación mantenida en junio de 1988, Devlin negó que Lahaye hubiera deportado a su operativo, WI/ROGUEZ.

Arresto de Carlos Gambino (1968).



Robert Blémant, antiguo inspector del contraespionaje francés y uno de los mayores gángsters de Marsella.

V. UN HOMBRE PUEDE DESAPARECER: MICHEL NICOLI, 1986

Me detuve brevemente en Washington y puse a Jim y a Bud al corriente de lo que había averiguado. La información acerca de Sarti les pareció alentadora, y las declaraciones que me había hecho David, intrigantes.

Con respecto a Big Hands, en cambio, quedaron decepcionados por mi incapacidad para descartar rotundamente que se tratara de Vic, y sus dudas sólo sirvieron para despertar de nuevo las mías. Les prometí enviarles un detallado informe escrito al cabo de unas semanas, y dejé todas las cintas en poder de Jim.

Me sentía extenuado por el viaje y aprensivo por la situación que me esperaba en casa. Mi esposa y mi hijo vinieron a esperarme al aeropuerto. Mi hijo ya no era un bebé, sino un niño pequeño, y mientras salíamos me explicó orgullosamente la organización y el propósito del aeropuerto. Las cosas no habían ido nada bien durante mi ausencia, y estábamos muy endeudados. Mi esposa trataba de tomárselo con filosofía, pero su actitud me dio a entender que debería dedicar unos cuantos meses a ganar dinero o tendríamos graves problemas.

Aun así, seguía sintiendo el impulso del viaje. Lo más importante era que David había accedido a poner por escrito todo lo que sabía sobre la muerte del presidente. En aquellos momentos, mi tarea principal consistía en localizar a Michel Nicoli, pues era el único que sabía cuánto había de cierto en lo que David nos había dicho. A través de Nicoli, si lo encontraba, podría averiguar si el último año y medio de mi vida había servido realmente para acercarme a la verdad.

Llamé a Tink Thompson y le pregunté cómo se podía localizar a alguien incluido en el programa de protección de testigos.

—No se puede —replicó—. Ésa es precisamente la idea.

Aun así, protesté, tiene que haber una manera.

—Puedes comenzar escribiendo al servicio del U.S. Marshal. Son ellos quienes dirigen el programa. Si saben dónde se encuentra, le enviarán una carta, y entonces le corresponde a él decidir si desea ponerse en contacto contigo. Pero te lo advierto —añadió—, nunca he sabido de nadie que encontrara a un testigo protegido. Esa gente desaparece por completo.

Compuse una carta cuidadosamente fraseada en francés y la envié al Servicio del Marshal de Virginia a nombre de Nicoli. Al cabo de unos días recibí su contestación: Michel Nicoli había roto todos los lazos con el programa varios años antes y el Servicio ignoraba su paradero.

Llamé a unos cuantos amigos periodistas y de la policía para pedirles consejo. Todos intentaron disuadirme de mis propósitos. En un principio, el programa lo había enterrado, me decían, y él se había enterrado aún más al abandonarlo. Podía encontrarse en cualquier parte del mundo, literalmente.

David había supuesto que estaría en Sudamérica, conque empecé por allí. Siguiendo la sugerencia de Bedos, redacté un mensaje discreto: «*Michel, Serge désire te contacter* (Serge quiere establecer contacto contigo)», seguido del número de mi apartado de correos. Hice publicar este mensaje en la sección de anuncios personales de diversos diarios brasileños y argentinos. Me costó una pequeña fortuna y no era más que un tiro a ciegas, pero debía intentarlo.

Por si acaso Nicoli se encontraba en Europa, escribí a todos los contactos de confianza que tenía en Francia y Bélgica y les pedí que investigaran discretamente entre sus conocidos de la policía, los servicios de inteligencia y el mundo del hampa. Dejé bien claro que no necesitaba saber qué nombre utilizaba ni dónde vivía, sino solamente que se pusiera en contacto conmigo.

Asimismo, lo busqué en Estados Unidos y Canadá, escribiendo docenas de cartas y efectuando docenas de llamadas telefónicas.

En mitad de esta búsqueda surgió una preocupante complicación. David me informó que, tras poner por escrito su declaración sobre el asesinato, no había logrado convencer al abogado corso para que fuera a París a hacerse cargo de ella. Para no guardar esta información en la celda, donde podía serle confiscada en cualquier momento, había tenido que destruirla. En su carta me decía que volvería a escribirla y se la entregaría a Sophie Bottai en su siguiente visita.

Al cabo de unas semanas, Jim Lesar recibió una carta de Bottai en la que ésta confirmaba que David le había mostrado una declaración escrita donde figuraban muchos detalles sobre un asunto de nuestro interés. Sin embargo, añadía, por razones de ética profesional se había negado a sacarla de la prisión.

Telefoneé a Alain Dugrand y le expuse el problema. Me ofreció dos sugerencias. La primera, ponerse en contacto con una abogada, vieja amiga suya. Sin decirle nada sobre el contenido de la declaración, le pediría que la sacara de la cárcel y la guardara en la caja fuerte de su despacho. La segunda, pedirle a uno de los asistentes sociales que visitaban a los reclusos que se ocupara del asunto.

A los pocos días volví a telefonearle. Había hablado con su amiga, en efecto, pero ésta se había negado. Por entonces llevaba la defensa de un grupo político radical, y la policía había registrado recientemente su oficina y confiscado todos sus documentos. En vista de las circunstancias, no deseaba hacerse responsable de la declaración de David. Por otra parte, el asistente social de David también había rehusado tener nada que ver.

Era una cruel ironía. Tras casi dos años de discusiones, finalmente David había puesto por escrito lo que sabía sobre la muerte del presidente Kennedy, pero no había manera de obtener su declaración y ponerla a buen recaudo.

Fueron pasando las semanas sin que mis esfuerzos para localizar a Michel Nicoli dieran ningún resultado. Mis cartas y llamadas telefónicas a todo el mundo no habían producido sino un montón de facturas que no podía pagar.

Durante el verano seguí trabajando en el misterio de QJ/WIN y WI/ROGUE, convencido de que encerraba la clave del atentado de Dallas. Asimismo, también deseaba establecer las circunstancias que habían rodeado la muerte de Lucien Sarti en México. Decidí comunicarme con algunos ex agentes de la CIA que tal vez pudieran ayudarme a resolver estas cuestiones.

Jim Hougan me sugirió que abordara a E. Howard Hunt, jefe de los rateros de Watergate y veterano de la Bahía de Cochinos, pues recordaba que Hunt había enviado a México a Frank Sturgis, otro de los rateros de Watergate, más o menos hacia la época de la muerte de Sarti. En opinión de Hougan, este viaje podía estar relacionado con un plan de la Casa Blanca de Nixon para asesinar a los más destacados traficantes de drogas.

Hunt se hallaba en el sur de Florida y pude localizarlo al primer intento. Ya de entrada me advirtió que era un hombre muy ocupado y que estaba esperando una importante llamada de sus editores de Nueva York. Le prometí ser breve.

Le expliqué que estaba escribiendo un libro acerca del Congo y que había conocido a un hombre que aseguraba haber sido enviado allí para asesinar a Patricio Lumumba. Hunt respondió que no sabía nada del Congo ni de las conspiraciones contra Lumumba, y declaró que jamás había oído hablar de Larry Devlin. Mencioné el nombre de Vic, pero dijo que tampoco lo conocía. De igual manera, aseguró no haber oído hablar de Lucien Sarti ni saber nada de su muerte. Cuando le pregunté a quién me recomendaba que me dirigiera, Hunt bruscamente citó el nombre de otro ex agente de la CIA, David Phillips.

Yo ya había leído el libro de Phillips sobre su carrera en la CIA, *The Night Watch*[1], y sabía que se le suponía relacionado con el caso Kennedy. Tony Summers y otros investigadores habían hallado pruebas de que Phillips era un misterioso oficial de la CIA con el nombre en clave de Maurice Bishop, de quien se decía que había estado en contacto con Lee Oswald hacia la época del asesinato[2].

Llamé a Phillips a su casa de Maryland. Varias personas me habían aconsejado que fuera muy cauteloso con él, porque era astuto y engañoso. Phillips escuchó mis preguntas con interés y respondió con una oferta, de escritor a escritor, de hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarme. Cuando le pregunté si podía indicarme el nombre de alguna persona dentro del programa de asesinatos de la CIA con la que pudiera entrevistarme, reflexionó un largo rato, como tratando de recordar un nombre.

—Había uno que se llamaba..., a ver, ¿cómo se llamaba? Maurice, me parece que era Maurice... El apellido empezaba con B... Maurice Ba... Maurice Be... Maurice Bi...

Era evidente que me tendía una trampa, con la esperanza de que yo completara el nombre de Bishop y revelara así mi interés por el caso Kennedy. Permanecí en silencio mientras él terminaba todas las vocales.

A continuación llamé a un ex agente de la CIA, de nombre Marty Casey. Casey era uno de los dos norteamericanos que habían desembarcado en Bahía de Cochi-

nos, contraviniendo las órdenes del presidente Kennedy. Por entonces trabajaba como redactor de *Time-Life* en Miami. Al igual que Hunt, Casey me aseguró que no sabía nada del Congo, pero le parecía que un agente de la CIA llamado Gerry Droller había utilizado el seudónimo «Nick» en cierta ocasión. Casey añadió también que Droller había sido el director militar de la invasión de Bahía de Cochinos.

Volví a llamar a Phillips. Me explicó que había hablado con algunos colegas acerca de WIN y ROGUE, pero que nadie había querido darle sus verdaderos nombres. Lo único que le habían dicho, prosiguió Phillips, era que ambos eran europeos y que ambos seguían con vida en la época de las sesiones del Comité Church. Le pregunté por Gerry Droller.

—Está escondido en alguna parte del norte de Virginia —me contestó—. Es un tipo muy misterioso..., un alemán. Nunca concede entrevistas y se reirá de usted si le pide una. Me parece que Howard sabe dónde está.

Llamé otra vez a Howard Hunt y le pregunté por Droller. Respondió con un estallido de cólera.

—¡Usted sólo quiere desprestigiar a la CIA! —aulló por el teléfono—. ¡Está trabajando contra los intereses nacionales, sin hacer nada que contribuya a la causa de Estados Unidos ni a confundir a sus enemigos! Probablemente cree que lo sabe todo sobre Watergate... Cree que está enterado de todo y que sólo éramos un puñado de delincuentes. ¡No quiero tener que ver con sus planes, hombre!

Me asombró que la mera mención del nombre de Droller hubiera bastado para desencadenar su furor. Pensé en contestarle que era él mismo quien había desacreditado a la CIA y abusado de su autoridad, además de causar la caída de un presidente y provocar las más profundas reformas que la Agencia había conocido en toda su historia. En vez de eso, le dije que no pretendía en absoluto conocer los entresijos del caso Watergate y que solamente quería que me ayudara a localizar a Droller.

—¡Pues búsquelo en la guía telefónica de Virginia! —gritó Hunt, y cortó la comunicación.

Seguí su consejo y descubrí que el número de Droller aparecía en la guía. Contestó su mujer, que me escuchó con atención y me pidió que esperase. Oí que alguien se acercaba lentamente al teléfono, alguien que andaba cojeando como si arrastrara una pierna inútil. Luego sonó una voz de marcado acento alemán, casi teatralmente exagerado.

Le pregunté a Droller si podía ayudarme con mi libro y al instante me interrumpió para decirme que nunca hablaba de las operaciones de la CIA. Respondí que no quería una entrevista, sino solamente su opinión acerca de la exactitud de las informaciones que había conseguido.

Droller inquirió cuáles eran los temas que me interesaban. Mencioné Cuba, el Congo y México.

—No hablaré de Cuba con usted —gruñó. Tomé su respuesta como un asentimiento a medias y me apresuré a enumerar los nombres que más familiares me resultaban: David, Sarti, Nicoli. Luego, en un impulso de último momento, añadí el alias belga de Sarti, Sabatier.

—No conozco a ninguna de esas personas —replicó Droller—, excepto Sabatier.

Esta respuesta me intrigó, y le pregunté si podíamos almorzar juntos en el curso de mi próxima visita a Washington. Aunque se resistía, yo insistí.

—Bueno... —dijo al fin—. ¡Qué diablos! ¿Por qué no? Llámeme cuando llegue a D. C.

Durante varios días intenté en vano localizar a Frank Sturgis, el colega de Hunt en la CIA y el caso Watergate. No obstante, a pesar de los mensajes que le dejé, nunca llegó a telefonearme.

Mi última llamada fue para Egil Krogh, el hombre que estuvo a cargo de la brigada de trabajos sucios de Richard Nixon, los Fontaneros, que tan destacado papel jugaron en el Watergate. Krogh estaba trabajando para una firma de abogados de Idaho, y lo encontré en su oficina. Me aseguró no saber nada de ningún plan para matar a los traficantes de drogas y negó haber oído hablar de Sarti, David o Nicoli. Convencido de que no llegaría a ninguna parte con él, no tardé en poner fin a la conversación.

A mediados del verano, la necesidad de realizar otro viaje de investigación a Washington se hizo evidente. Con ayuda de Jim y Bud, organicé una semana de encuentros con diversos especialistas en parapolítica, narcóticos y actividades clandestinas. En junio, tras reunir como pude un poco de dinero, partí hacia Washington.

Una vez allí, me pasé casi todo el tiempo moviéndome entre bibliotecas y grupos especializados de estudio e investigación. Me entrevisté con tantos eruditos e investigadores como pude hallar que alguna vez hubieran estudiado las actividades clandestinas de la CIA, desde la Brookings Institution hasta los National Security Archives y el Institute for Policy Studies. Todas las reuniones fueron igualmente cordiales, sinceras e improductivas. La única excepción fue el doctor Sidney Gottlieb.

Gottlieb había trabajado como científico de la CIA durante los años sesenta, y había supervisado la creación del veneno que se pensó utilizar contra Patricio Lumumba[3]. Posteriormente, Gottlieb tomó parte en unos experimentos de la CIA con LSD que terminaron en el suicidio de uno de sus colegas[4]. Le llamé a su granja de Virginia.

Por teléfono, Gottlieb se mostró nervioso y reluctante. Repitió en varias ocasiones que aquella parte de su vida era un episodio oscuro que había tratado de olvidar. Ante mi interrogatorio, empero, admitió haber viajado personalmente a Leopoldville para entregar el veneno y las jeringuillas a Larry Devlin, y añadió que éste lo había guardado todo en su caja fuerte. Por lo demás, aseguró no saber cuáles eran los planes de Devlin ni a quién había utilizado para administrar el veneno, aunque estaba seguro de que nunca le fue inyectado a Lumumba.

Conversamos durante veinte minutos y finalmente Gottlieb me dio permiso para hacerle una visita. Sin embargo, no llegué a ir nunca. Me había dado la impresión de ser un hombre que había vendido su alma y que estaba enfrascado en una lucha solitaria para recobrarla, y decidí dejarlo en su tarea.

Yo tenía un enorme interés en encontrarme con Gerry Droller, y le telefoneé

nada más llegar a Washington. Cuando le recordé nuestro proyecto de almorzar juntos, su voz cambió de tono.

—Ah, sí, sí, conque es usted... —comentó—. Bueno, lo siento mucho, pero no vamos a poder vernos. Ha surgido un imprevisto y tengo que irme de la ciudad inmediatamente.

Este brusco cambio de planes me resultó muy enojoso y poco convincente. A pesar de mi insistencia no conseguí persuadirlo para que cambiara de opinión.

En mis esfuerzos para identificar a QJ/WIN y WI/ROGUE, conseguí una cita para ver a Frank Carlucci*. Por entonces era el presidente de la Sears World Trade, en Washington, pero su carrera en la administración se remontaba a finales de los cincuenta e incluía un servicio en el Congo.

Carlucci había sido un joven funcionario consular en Leopoldville en la época de la independencia congoleña, y estaba allí cuando la CIA planeó el asesinato de Lumumba. Yo tenía la esperanza de que pudiera arrojar algo de luz sobre las actividades de Devlin y sus agentes.

Me reuní con Carlucci en las oficinas de Sears, y se mostró sumamente amable e informal. Habló con detenimiento de los sucesos del Congo, refiriéndome algunos de los peligros que había corrido para salvar la vida de unos miembros del personal de la embajada. También añadió que había sido uno de los últimos norteamericanos que había visto a Lumumba con vida, cuando el dirigente cautivo pasó ante él, atado y ensangrentado, en la parte de atrás de un camión. Sin embargo, me aseguró que desconocía las circunstancias de su muerte. Justo cuando iba a abordar la cuestión de WIN y ROGUE, Carlucci me hizo una sugerencia.

—Mire usted —comenzó amistosamente—, creo que la persona que mejor podría aclararle todo esto es Larry Devlin.

Respondí que estaría sumamente interesado en hablar con Larry Devlin.

—Bueno —prosiguió Carlucci—, precisamente he quedado con Larry esta noche para tomar unas copas. Le daré su nombre y su número de teléfono y le pediré que lo llame.

Decidí no estropear este golpe de suerte sacando a relucir el tema de las conspiraciones, y le di a Carlucci el número particular de Jim Lesar y el de su oficina en la AARC, además del mío propio en Los Ángeles.

Larry Devlin no me telefoneó esa noche ni ninguna otra, aunque tenía la seguridad de que Carlucci le había dado mis números tal como lo había prometido. Por lo tanto, no me quedó más remedio que suponer que había decidido no hablar conmigo.

Otra persona que yo estaba muy interesado en conocer era John Cusack, el jefe de personal del Subcomité de Narcóticos de la Cámara. Ya había encontrado el nombre de Cusack en mis lecturas. A finales de los años sesenta y comienzos de los setenta había sido el jefe para Europa de la Oficina de Drogas Peligrosas, con base en París. Tras luchar en vano durante varios años para obtener la colaboración de las autoridades francesas para desmantelar ciertos grupos de traficantes re-

* Posteriormente, Carlucci fue nombrado consejero de Seguridad Nacional de Ronald Reagan, y luego secretario de Defensa.

lacionados con el SAC, Cusack reveló públicamente que algunos de los principales traficantes gozaban de la protección del Gobierno francés. Tal gesto sirvió para romper el silencio en torno a las relaciones de los traficantes con los servicios de inteligencia franceses, pero él se vio obligado a abandonar Francia[5].

Fui a ver a Cusack al viejo anexo de las Oficinas de la Cámara. Se mostró muy cordial, pero manteniendo un tono profesional, y estuvimos algún tiempo hablando de las redes francesas del tráfico de drogas antes de mencionar a David y Sarti. Cusack se acordaba de ambos y me refirió unas cuantas anécdotas sobre sus respectivas carreras y detenciones. A continuación, le pregunté por Michel Nicoli.

Según dijo, ignoraba por completo su paradero, pero me aseguró que la persona más indicada para hablar de estas cuestiones era un oficial de la Drug Enforcement Agency llamado Michael Tobin.

—Mickey Tobin —añadió con una sonrisa—. Todos le llaman Mickey. Se ocupó de los antiguos casos franceses y creo que conocía a Nicoli. En cualquier caso, usted mismo puede preguntárselo cuando lo vea.

Yo ya tenía previsto visitar la biblioteca de la DEA, de todos modos. Estuve unas cuantas horas estudiando todo lo que tenían sobre los traficantes corsos y tomando notas acerca de Sarti y sus socios. Cada vez que tropezaba con un nombre que parecía relacionarse con el suyo, lo apuntaba en mi libreta. Cuando terminé mi trabajo, tenía una lista bastante completa de la organización Ricord en la que figuraban numerosos socios de Sarti, y tenía la sensación de que entre ellos podían estar los otros dos asesinos del presidente.

Antes de salir, le indiqué al bibliotecario que me gustaría tener unas palabras con el señor Tobin. Cogió el teléfono y me anunció que Tobin bajaría en seguida. Me senté a esperarlo ante una de las largas mesas de lectura, junto a los ventanales.

Michael Tobin resultó ser un hombre musculoso y de aspecto juvenil al que le calculé unos cuarenta y pocos años. Posteriormente me enteré de que, en realidad, había cumplido ya los cincuenta. A pesar de su terno de calle y su corbata a rayas, tenía el aire de un duro policía irlandés.

Reconoció que, en efecto, había trabajado en los casos de la red Ricord, aunque los cogió hacia el final, a comienzos de los años setenta.

Le expliqué que estaba en contacto con Christian David y que tenía el proyecto de escribir un libro sobre él. Tobin me preguntó qué había sido de David. Cuando respondí que seguía en la cárcel, en París, se echó a reír.

—Yo tomé parte en su extradición, ¿sabe? —comentó con un pronunciado acento de Brooklyn—. Aquellos tipos, quiero decir sus abogados, recurrieron a todos los trucos del libro para mantenerlo aquí, pero al final nos libramos de él.

No le informé que yo también había contribuido a esos trucos. Lo que hice fue preguntarle qué sabía de David. Respondió que nunca había tratado con él, pero que era uno de los personajes más importantes de la organización Ricord. A continuación, le pregunté por Sarti.

Tobin conocía la historia básica de Sarti, si bien no mencionó sus relaciones con la inteligencia. En contestación a mis preguntas, dijo que Sarti había sido el primero en abrir fuego contra los policías mexicanos y que murió cuando éstos devolvieron sus disparos. Como yo me permití poner en duda esta versión de los

hechos, contestó que conocía a un norteamericano, oficial de la brigada antidroga, que había estado presente en el tiroteo, y se ofreció a pedirle los detalles del suceso.

Llevé la conversación hacia Michel Nicoli.

—Sí, conocí a Nicoli —respondió Tobin—. De hecho, fui yo quien lo interrogó cuando lo trajeron de Brasil. Me encargaron que llegara a un trato con él para conseguir que testificara. Yo lo metí en el programa de protección de testigos.

Quise saber si era cierto que nunca había declarado contra David, y Tobin admitió que así era. Le pregunté por qué.

—No lo sé... —contestó—. Ése fue el trato que aceptaron.

Le dije a Tobin que estaba muy interesado en hablar con Nicoli, y le pregunté si por casualidad sabía dónde se hallaba.

—Sí —respondió vagamente—. Estoy en contacto con él.

Le expliqué, tan serenamente como pude, que había escrito al Servicio del Marshal interesándome por él, pero que no sabían dónde encontrarlo. Añadí que no quería saber dónde estaba, solamente hacerle una o dos preguntas. Le dije a Tobin que, lamentándolo mucho, no podía informarle de la naturaleza de estas preguntas, pues le había prometido a David que respetaría la confidencia. ¿No habría manera, inquirí, de que Tobin me pusiera en contacto con Nicoli?

—No podrá verle —comenzó Tobin—, pero puedo hacer que hable con usted por teléfono, y él decidirá si desea cooperar. Quiero decir que no tengo ninguna influencia sobre él. Me limito a mantener el contacto con él, ya me entiende, para ayudarle por si tiene algún problema o algo así.

Contesté que me daría por satisfecho con una conversación telefónica, y le pregunté cuánto tardaría en concertarla. Tobin me pidió mi número en California y me prometió establecer el contacto en las próximas semanas.

—Suelo hablar con él de vez en cuando —añadió—. Lleva una vida muy tranquila y normal. Creo que soy el único que sabe dónde está. No es mal tipo, Nicoli, pero es muy suyo. Quiero decir que sólo hablará con usted si lo desea... Si no, no le sacará nada.

Quise saber si podía fiarme de lo que me dijera.

—Absolutamente —contestó Tobin—. Al cien por cien. Nicoli siempre ha sido totalmente franco con nosotros. Ha metido a un montón de gente en la cárcel, ya sabe, y está en una situación muy delicada, conque tendrá que hacerse cargo si no quiere hablar con usted. Pero si le dice algo, puede estar seguro de que eso va a misa.

Anoté mi nombre y número de teléfono y se lo entregué, insistiendo en la importancia que tenía para mi trabajo el hecho de hablar con Nicoli.

—Comprenda, yo no puedo obligarle a que hable con usted —insistió—. Lo que haga es cosa suya. Lo único que puedo hacer es ponerles a ambos en contacto. No soy el responsable de Nicoli; él toma sus propias decisiones.

Tobin me dio su tarjeta y me propuso que le telefoneara al cabo de unos días. La tarjeta lucía un escudo dorado en relieve e identificaba a Tobin como jefe de la Sección de Investigación de Heroína de la DEA. Tuve la sensación de haber hallado en él un aliado potencialmente vital cuya cooperación tendría que cultivar.

Mi último encuentro en Washington fue con Lou Conein. Llamé a su casa y me invitó a pasar de nuevo por el bar de McLean. Jim Lesar me llevó en su automóvil y encontramos a Conein esperando en el aparcamiento. El bar estaba cerrado por reformas, de modo que me propuso ir en su coche a un establecimiento cercano. Di las gracias a Jim por el viaje y subí al coche de Conein, un desvencijado sedán Toyota. Jim contempló nuestra partida con expresión preocupada.

Nos detuvimos en el bar de un restaurante chino que Conein evidentemente solía frecuentar. Durante la primera hora de conversación, me instruyó en los hábitos y los métodos de la Mafia corsa. Según dijo, no confiaban plenamente en los sicilianos, pero ambos grupos se respetaban mutuamente. Añadió que, para sus negocios en Estados Unidos, los corsos siempre preferían tratar con los sicilianos.

Le pregunté a Conein si, en su opinión, los sicilianos habrían utilizado a los corsos para un contrato de asesinato.

—Sólo en caso de que fuera muy importante —contestó, tomando un sorbo de té helado—. Y, en tal caso, el trato se negociaría al nivel más elevado de ambas organizaciones. Aunque los corsos no lo harían nunca por dinero... No, lo harían para que los sicilianos les debieran un favor. Para ellos, eso sería mucho más importante que el dinero..., que los peces gordos de Estados Unidos estuvieran en deuda con ellos.

Siguió hablándome de los métodos corsos en los contratos de asesinato.

—Si contrataran asesinos para saldar una cuenta personal, utilizarían cuchillos —me explicó Conein—. Si fuera para darle una lección a alguien o sentar un ejemplo, entonces lo harían públicamente, con rifles. Lo planearían todo por anticipado, hasta el último detalle. Y escaparían impunemente. De eso puede estar bien seguro.

No dejó de sorprenderme la similitud con los sucesos de Dallas. Habían usado rifles, se había hecho en público, se había dado una lección. Y, tal como David me había dicho, los asesinos lo habían planeado todo minuciosamente, lo habían ejecutado con eficacia y, tras un cuarto de siglo, ¡seguían impunes!

Le comenté a Conein mi interés acerca de Vic, y la descripción que le di pareció hacer mella en él. No quiso decirme quién creía que podía ser, pero observó varias veces que yo estaba metido en una investigación muy interesante.

—¿Está seguro de que quiere llegar al fondo de la cuestión? —inquirió, mientras regresábamos hacia su coche. Respondí que aún no sabía cuál podía ser el fondo de la cuestión.

—Se ha metido en un asunto bastante peligroso. La verdad podría sorprenderle mucho. ¿Está seguro de querer descubrirla?

Le aseguré que así era.

—Bien, pues no le envidio la tarea —concluyó.

Estuve telefoneando a Mickey Tobin durante todo el mes de julio. Por cada cinco llamadas mías me devolvía una, cada vez disculpándose entre maldiciones por no haber conseguido hablar con Nicoli. O estaba hasta las cejas de trabajo, o estaba vigilando o había llamado a Michael pero no le había encontrado. En una ocasión Tobin me telefoneó para decirme que había tenido a Nicole al aparato, pero

yo no estaba en casa. La espera era en extremo frustrante. El 13 de agosto le telefoneé de nuevo y al cabo de una docena de llamadas se puso en contacto conmigo.

—¡Oh, maldita sea! —dijo—, no he dejado de telefonearle... Voy a intentarlo de nuevo ahora mismo. ¿Va a estar en casa durante unos minutos?

Le confirmé que sí.

—Bien, volveré a llamar.

Colgó. Pasaron dos horas. Yo tenía que ir a casa de un amigo para trabajar en el guión de una película. Telefoneé a la secretaria de Tobin y le dejé el número.

Había preparado cuidadosamente lo que le diría a Nicoli. Me presentaría y le pondría al corriente de mis relaciones con David, remarcando que éste siempre se había negado a hablar de él y que todavía le consideraba un amigo.

Luego le haría algunas preguntas inocuas sobre el *milieu* y los socios de él y de David antes de tocar el tema Sarti. Esto me permitiría tener alguna impresión sobre la personalidad de Nicoli y su disponibilidad para compartir su información conmigo. Si las cosas iban medianamente bien, abordaría la cuestión de la muerte de Sarti. Después me referiría a las consideraciones de David sobre el contrato en términos generales.

Confiaba en tener más de una conversación con Nicoli, pero estaba decidido a verificar durante la primera las cuestiones básicas presentadas por David sobre el asesinato: ¿Había un contrato? ¿Se lo había ofrecido Antoine Guérini a David? ¿Lo había aceptado Sarti? Si Nicoli no corroboraba la versión de David, dejaría de lado a David de una vez por todas. Pero, si la confirmaba, intentaría convencer a Nicoli para que hablara.

Mi amigo y yo trabajamos en el guión durante toda la tarde y nos disponíamos a levantar la sesión cuando sonó el teléfono. Era Tobin y tenía a Michel Nicoli en otra línea.

—Voy a dejar este aparato libre y os conecto —dijo—. Oye, Michel, es Steve Rivele. Va a hacerte algunas preguntas, pero no tienes que decirle nada que no quieras, ¿de acuerdo? Después hablaré contigo, Michel.

A lo lejos oí una voz seca, áspera, que contestaba con marcado acento francés.

—De acuerdo, Michel, gracias.

Hubo una pausa, interrumpida por las interferencias de las llamadas a larga distancia. Pregunté si Michel estaba al aparato.

—*Oui, Oui* —contestó desde la lejanía.

—¿Prefiere hablar en inglés o en francés? —inquirí en francés.

—Prefiero el francés —contestó con el inconfundible acento marsellés.

Empecé por decirle que me disponía a escribir una biografía de David y que éste me había pedido que hablara con él para confirmar ciertos hechos que me había relatado. Nicoli dijo que me ayudaría en lo que pudiera.

Le pregunté si era cierto que ambos habían estado en Argelia con el SAC. Lo confirmó. Luego, si habían sido arrestados juntos en Brasil en 1972.

—Sí, nos detuvieron a la vez. Y nos torturaron. A mí tanto como a él.

¿Sabía que David había estado en el Congo en 1960?

—Sé que estuvo allí —contestó Nicoli— pero no recuerdo el año... en el 59 o el 60.

Añadió que David trabajaba con el SDECE en un complot para matar a Lumumba. Le pregunté si era cierto que también Lucien Sarti había estado allí.

—Sí, es verdad. Era... ¿cómo se llama?... un misionero.

Me desconcertó.

—¿Un mercenario? —dije de pronto.

—Sí, eso es, un mercenario.

Pregunté si Sarti también había sido enviado para matar a Lumumba, y Nicoli respondió afirmativamente.

¿Sabía para quién trabajaba Sarti?

—Creo que para la CIA —contestó.

Mi corazón se aceleraba. Había escrito una página entera de preguntas para Nicoli, pero apenas podía leerlas.

Le pregunté si podía hablarme de la muerte de Sarti. ¿Había Sarti disparado contra la policía que se encaró en él?

—No —afirmó—, no disparó.

—Por lo tanto fue una emboscada —dije.

—Sí, una emboscada.

David me había dicho, le indiqué, que también él debía haber muerto en aquel momento. Nicoli respondió que pensaba que era cierto, y que las órdenes de los asesinatos habían llegado desde fuera.

Me estaba desviando hacia cuestiones secundarias, así que volví a mis puntos principales. Dije a Nicoli que me quedaba un tema para discutir con él y que tal vez era el aspecto más importante de nuestro libro. Se refería, proseguí, a la afirmación de David de que en el verano de 1963 ciertas personas habían acudido a Marsella para hablar a Antoine Guérini de un contrato.

—¿Un contrato para qué? —preguntó Nicoli.

—Un contrato para eliminar a un personaje muy importante —contesté.

—Sí... —dijo sin comprometerse. No supe distinguir si era una interjección o una información.

—¿Estaba usted al corriente de dicho contrato? —inquirí.

—Sí.

Sentí un gran alivio y excitación. Continué tan calmado como pude.

—David dice que Antoine proporcionó tres asesinos para este trabajo. ¿Es lo que tiene entendido?

—Sí, es lo que oí.

—Y por su propia información, ¿sabe que existió tal contrato y que Antoine contrató a los asesinos?

—Sí, eso coincide con lo que sé.

Le pregunté si sabía quiénes eran los sicarios. Aseguró que no. Luego, si Sarti había hecho un contrato para Antoine en Estados Unidos y de nuevo contestó que no lo sabía.

Repetí la pregunta sobre el contrato por tercera vez. ¿Era verdad, según me había informado David, que en 1963 Antoine Guérini era el intermediario para la contratación de tres asesinos que llevaran a cabo la eliminación de una persona muy importante?

—Sí —respondió—, es cierto.

No quería forzar las cosas. Di las gracias a Nicoli por su ayuda y le pregunté si podía volver a ponerme en contacto con él. Me invitó a hacerlo siempre que quisiera. Entonces me pidió que le diera recuerdos a David y le transmitiera sus deseos de que pronto estuviera libre. Le di las gracias de nuevo.

—No hay de qué —concluyó.

Colgué y me sentí trastornado. Mi amigo me preguntó cómo había ido. Le miré casi incapaz de hablar.

—Lo ha confirmado —dije—. Es cierto.

No sabía si reír de alegría o llorar de alivio. Para mi sorpresa y la de mi amigo, caí redondo al suelo.

Llamé de inmediato a Jim Lesar para informarle de la conversación. Se mostró entusiasta con cautela y dijo que hablaría con Bud Fensterwald. A la vista de esta confirmación y debido al hecho de que David aún no podía sacar su declaración de la cárcel, dijo, había llegado el momento de que yo regresara a Europa.

Ahora que Nicoli había corroborado la historia básica de David, decidí dejarlo todo excepto la búsqueda de las identidades de los otros dos asesinos y las de QJ/WIN y WI/ROGUE. En mi mente, los dos trabajos estaban relacionados.

Tanto David como Sarti habían estado en el Congo y a ambos se les había ofrecido el trabajo de matar al presidente. Esto situaba el asesinato dentro del contexto de las relaciones entre servicios de inteligencia y crimen organizado, especialmente el tráfico de narcóticos. Mi tarea consistía en llegar al fondo de estas relaciones y descubrir su verdadero papel en el asesinato del presidente Kennedy.

Empecé por revisar todo lo que había averiguado sobre QJ/WIN y WI/ROGUE desde el *Informe* del Comité Church en adelante. Los habían mencionado en varios libros, a cuyos autores llamé para interrogarles. Una de estas conversaciones fue especialmente sugerente.

Richard Mahoney, un profesor y abogado de Arizona, había escrito un estudio sobre la política de John Kennedy en el Congo[6]. En él mostraba cierto conocimiento de los complots WIN-ROGUE. Confirmó mis sospechas de que Larry Devlin había reclutado a ROGUE en Bruselas durante su estancia allí. Añadió que tanto WIN como ROGUE estaban en posesión de pasaportes belgas, aunque él ignoraba si habían nacido en Bélgica.

Mahoney afirmó sin titubeos que Christian David no era ni uno ni otro. Al preguntarle si sabía quiénes eran los dos hombres contestó que había conocido su identidad por una expersonalidad política belga, pero no estaba autorizado a revelar sus nombres. Pregunté si Sarti era uno de ellos.

—No le conozco —contestó.

Le describí a Sarti y le expliqué mis razones para creer que él había sido ROGUE. Pregunté de nuevo si no era Sarti el hombre a quien Devlin había conocido en Bruselas y a quien había llevado al Congo.

—No bajo ese nombre —contestó Mahoney.

No estaba seguro de si me estaba negando que Sarti hubiera sido ROGUE o si

afirmaba que no había conocido a ROGUE por ese nombre. A Sarti, yo lo sabía, se le había conocido en Bélgica como Sabatier.

Mahoney se explayó largo y tendido sobre la logística y engranaje de las conspiraciones de la CIA, mencionando que en un momento dado los asesinos fueron equipados con rifles dotados de miras con visión nocturna con los que dispararon a Lumumba. Concluyó afirmando que el esfuerzo para matar a Lumumba estaba muy por encima de Devlin.

—Aun así, es un campo muy peligroso —dijo.

Pregunté a qué se refería.

—El riesgo proviene de dos frentes. Primero, las personas importantes involucradas, algunas de ellas todavía están en el poder. Luego, los mismos asesinos. Ya sabe, son como los cuerpos del K-9.

No entendí la referencia.

—Perros programados para matar —explicó—. Matan por instinto o por orden. Algunos de ellos siguen sueltos y nunca se les ha desprogramado. Aún hoy, después de tanto tiempo, asesinarían para proteger la operación.

Cuando reconsideré las pruebas a la luz de lo que había sabido, la idea de que WI/ROGUE hubiera sido Lucien Sarti se me hizo irresistible.

Por David y Nicoli supe que Sarti había estado en el Congo en 1960 en relación con un complot para asesinar a Lumumba. Tanto el coronel Lahaye como el profesor Mahoney habían asegurado que Larry Devlin había reclutado a ROGUE en Bruselas y yo sabía que el grupo de Sarti tenía su sede en Bruselas. Según el *Informe* Church, ROGUE no era un profesional del servicio de inteligencia. Se decía que era un individuo exaltado, impulsivo, temerario, informal y capaz de cualquier cosa. Estas características encajaban con el retrato de Sarti que resultaba de las descripciones de David y John Bacon y de mis propias lecturas.

Los trazos físicos también coincidían. WI/ROGUE se había sometido a la cirugía plástica y llevaba bisoñé antes de su misión en el Congo. De todas formas, si ROGUE fue reclutado en septiembre de 1960, entrenado y enviado a Leopoldville en diciembre, la cirugía debió ser menor.

Sarti ya era calvo en 1960, lo cual explicaría la necesidad de un bisoñé. Y el hecho de que su ojo izquierdo dañado pareciera normal en fotografías posteriores sería el resultado de la cirugía plástica.

Todo esto me impulsó a llegar a la conclusión de que WI/ROGUE, un ex-asesino de la CIA, había participado en el asesinato del presidente de Estados Unidos. Las consecuencias de tal conclusión, si era cierta, serían tremendas.

Aparte de esto, quedaba el misterio de QJ/WIN. De los dos sicarios del Congo, WIN era sin duda el más importante. Según el *Informe* Church se le tenía por un profesional de confianza, un asesino experimentado y una pieza fundamental en las operaciones de posguerra de la CIA. Identificándole, como había sugerido Alain Dugrand, podría alterar todo nuestro concepto de la historia clandestina francesa y americana.

Christian David no encajaba con el perfil de WIN. Lejos de ser un veterano maduro era, según la opinión de Lou Conein, «una puta de los servicios de inteligencia», en quien nadie podía confiar plenamente. Dado el hecho de que había

estado en Leopoldville metido en el complot de Lumumba, tuve que asumir que ése era el esquema desventurado del SDECE al que se refería el coronel Lahaye.

Otra pieza intrigante del rompecabezas la proporcionó Bud Fensterwald. Me envió un memorándum de una conversación que había mantenido en 1985 con el senador Gary Hart. En él, Hart explicaba sus esfuerzos por conocer a QJ/WIN durante una visita oficial a Europa diez años antes. El director de la CIA, William Colby, le había dicho que la Agencia no tenía ningún contacto con WIN desde 1965, pero se ofreció a enviar un representante a Europa para que le encontrara. Hart deseaba hablar con WIN en relación con las vistas que estaba llevando a cabo sobre las conexiones entre los servicios de inteligencia con el asesinato de Kennedy.

Durante una escala en Amsterdam, a Hart se le comunicó que WIN había llegado de un país vecino para reunirse con él. En el último momento, no obstante, el emisario de Colby le anunció que WIN se había echado atrás cuando se le informó del interés de Hart por el asesinato.

Para mí, el aspecto más significativo de esta historia era el hecho de que Hart no llegara a encontrarse con WIN; en realidad, ni siquiera había logrado acercarse a él, pese a sus influencias, más que cualquier otro que hubiera descubierto su identidad.

De lejos la muestra más tentadora de pruebas con respecto a WIN era un incidente recogido por un periodista de Washington, Seth Kantor, en un excelente estudio sobre Jack Ruby[7]. Su libro documenta los fuertes lazos de Ruby con la Mafia y también explora sus relaciones con Tommy Davis, a quien Gary Shaw tenía como sospechoso de haber suplantado a Oswald durante las semanas anteriores al asesinato. Kantor explicaba que en diciembre de 1963 Davis había sido detenido en Marruecos por posesión de armas. Al cabo de pocos días quedó en libertad por la intervención de un empleado de la CIA. Este empleado, según había sabido Kantor por una fuente de la CIA, era QJ/WIN[8].

La CIA había negado cualquier relación con Tommy Davis; sin embargo, cuando se encontraron en dificultades al cabo de un mes del asesinato, utilizó a sus agentes más importantes en Europa para liberarle[9]. Esto decía mucho sobre Davis, al igual que sobre WIN. Pero también indicaba que WIN era un hombre influyente en Marruecos: al cabo de pocas horas de llegar a Tánger, según había informado la fuente de Kantor, WIN estaba en la cárcel con un documento oficial y salió de ella con Davis.

Así, aunque ahora estaba convencido de que Lucien Sarti era WI/ROGUE, la identidad de QJ/WIN todavía se me escapaba. Y su presencia constante en los entresijos del asesinato hacía que el conocimiento de su identidad fuera mi objeto de interés prioritario.

Poco después de mi conversación con Nicoli, Jim Lesar me llamó para informarme que planeaba un viaje relámpago a París para encontrarse con David. Precisaba hablar con él sobre su pleito contra los oficiales de justicia de Estados Unidos y su apelación ante el Tribunal Europeo y quería que le acompañara. Le contesté que estaría encantado, pero nuestra situación financiera era desesperada. Jim replicó que él se hacía cargo de mis gastos.

Telefoneé a Mickey Tobin y le dije que necesitaba hablar con Michel Nicoli de nuevo antes de salir para París.

Después de las demoras habituales, Tobin volvió a llamarme el 4 de diciembre y me puso en comunicación con Nicoli.

Allí estaba de nuevo la voz áspera, aún más abstracta por las interferencias de la línea. Le dije que quería que confirmara ciertos detalles proporcionados por David.

Empecé por decirle que David me había comentado que solía frecuentar el club de Antoine Guérini en Marsella, donde se reunía con personas que le debían dinero. Nicoli afirmó que así era.

David, proseguí, había dicho que Antoine le había ofrecido el trabajo. También confirmó este punto. Añadí que David lo había rechazado y Nicoli dijo que tenía entendido que lo había rechazado.

—David asegura que uno de los hombres que aceptaron el contrato se llamaba Lucien —continué.

—¿Lucieng? —repitió Nicoli con su acento marsellés.

Le pregunté quién podía ser.

—Pues era Sarti —contestó.

Se había contratado a tres asesinos, dije, y fueron a Ciudad de México donde se quedaron durante varias semanas. Nicoli lo confirmó.

Los tres viajaron a Brownsville, desde donde pasaron a Estados Unidos con pasaportes italianos, seguí. Fueron recibidos al otro lado de la frontera por alguien de Chicago con quien hablaron en italiano.

Nicoli contestó que esto era lo que había oído, pero me corrigió en cuanto al último punto:

—Debía de ser dialecto corso, se parece al italiano.

Le expliqué el relato de David de tres hombres fotografiando la Dealey Plaza para luego estudiar las imágenes a fin de organizar un fuego cruzado. Nicoli objetó, diciendo que esto no lo sabía.

Especifiqué que había dos pistoleros detrás del coche y uno delante. Nicoli replicó que así lo tenía entendido.

Según David, el hombre del asiento delantero, Lucien, había utilizado una bala dum-dum.

Nicoli suspiró, lo cual me sorprendió.

—Así fue —dijo—, por supuesto.

Entonces le hice una pregunta a la que David se había negado tímidamente a contestar.

—David dice que Lucien era el único que usaba este tipo de munición —dije—. ¿Por qué?

—Para que no hubiera balística de un disparo desde delante —se limitó a contestar.

Era tan obvio que me sentí estúpido por preguntarlo. El pistolero más destacado, Sarti, utilizaba munición que se desintegraba por el impacto. Era parte del plan para hacer aparecer a Oswald como el asesino. El «por supuesto» de Nicoli tenía sentido.

Le comenté que, según David, a Lucien se le pagó en heroína. Nicoli contestó que lo ignoraba.

David creía que los tres hombres salieron por Montreal. De nuevo Nicoli respondió: «Desde luego, así fue.»

Le pregunté si sabía que Sarti sólo tenía un ojo. Lo sabía. Inquirí si eso le hacía mejor tirador.

—Le convirtió en uno de los hombres con más puntería de toda Marsella —contestó Nicoli.

—Por lo tanto, Sarti era conocido en Marsella como francotirador, en palabras de David, *spécialiste de tir* —añadí.

—Se le tenía por el mejor *spécialiste de tir* —confirmó.

Le pregunté por los americanos que David había visto en el club de Antoine durante la época del contrato. Nicoli dijo que podían ser de la Mafia americana.

Quise saber por qué Antoine había asumido un riesgo como el que suponía el contrato.

—Antoine era el número uno de Francia —respondió Nicoli—, tenía contactos muy fuertes con la mafia americana. Pudo haberlo hecho como un favor.

Me interesaba saber quiénes eran los contactos de Antoine dentro de la mafia americana durante aquella época. Contestó que no podía revelarlo.

Rompí el ritmo de la conversación por unos momentos para decirle a Nicoli que me había hecho amigo de David y que estaba haciendo lo que podía para ayudarle.

—Hay algo que debo saber —le indiqué—. Es muy importante para mí conocer la verdad y creeré lo que usted me diga. David asegura que se le ofreció el trabajo y lo rechazó. ¿Es cierto?

—Creo que sí —respondió.

Estábamos en un punto crítico. Hasta entonces, yo estaba más o menos convencido de que David era uno de los asesinos. Ahora tenía que creer a Nicoli.

¿Sabía si Antoine había ayudado a David y a Sarti a salir de Europa después del asesinato de los policías?

—Era el número uno —repitió Nicoli—. Ellos eran fugitivos. Cuando tenían problemas él les ayudaba. Actuaba así.

Le pregunté cómo se había enterado de los detalles del trabajo.

—En Sudamérica siempre estábamos juntos —contestó—. Charlábamos de muchas cosas, aunque con cierto código, así que nadie decía nada de forma clara... Pasamos mucho tiempo juntos y estas cosas surgían. Se discutían sin ir al grano. Si no era preciso saberlo, no se preguntaba.

¿Sabía quiénes eran los otros dos pistoleros? Sabía que eran dos, contestó, pero no creía saber quiénes eran.

La conversación había sido larga y muy intensa. Terminé con la pregunta que siempre tenía en mente.

—¿Es posible que toda la historia de David no sea cierta... que se trate de una invención?

—He oído decir que estas cosas ocurren —contestó Nicoli—, no dispongo de todos los pormenores, pero la historia es cierta, tal y como se la contó David.

Le di las gracias por su ayuda. Él me solicitó que remitiera sus mejores deseos a David.

La confirmación de Nicoli del relato de David sobre el asesinato sólo contribuyó a mi impaciencia para una resolución. Si ambos eran dignos de crédito, dos de los pistoleros andaban sueltos por las calles, convirtiendo en un fraude la historia americana. Alguien tenía que darles un toquecito en el hombro, alguien tenía que saber la historia por su propia boca y alguien tenía que hacerles pagar su crimen. Quedaba el hecho brutal de que veintitrés años después de la muerte del presidente, sus asesinos seguían siendo hombres libres. No soportaba la idea, me parecía intolerable.

Llamé a Jim Lesar y acepté su ofrecimiento, con la promesa de devolverle el dinero tan pronto como mi situación lo permitiera. Estaba ansioso por regresar a Marsella. Allí, presentía, estaría la clave de la identidad de los asesinos de Sarti. También quería conversar con su viuda. Telefoneé a Alex Panzani y al oficial de policía retirado, pidiéndoles que trataran de localizarla sin darle aviso de que yo quería verla.

La despedida de mi mujer no fue alegre. Este caso parecía no tener fin, las separaciones no terminaban, ni tampoco los problemas que ello ocasionaba. Y ella estaba preocupada por mi seguridad. Ambos comprendíamos que cuanto más cerca estaba del meollo del misterio, mayor la amenaza. Cuando nos dijimos adiós, me entregó un talismán, un pequeño fetiche navajo hecho a mano con la forma de un coyote. Ese animal, explicó, daba buena suerte y buena caza.

Después de una noche sin dormir en París, Jim y yo fuimos directamente a La Santé. David tenía un aspecto más decrépito que durante mi última visita. Otros nueve meses de oscuridad pesaban sobre él. Estaba más encorvado, las arrugas de la cara más pronunciadas, la cautela y el malhumor más acentuados. Se negó categóricamente a hablar del caso Kennedy y se abandonó a la habitual diatriba sobre las conspiraciones contra él.

Jim subrayó la demanda que pensaba interponer ante la Comisión Europea de los Derechos Humanos y David pareció tranquilizarse. Tenía mucha confianza en la publicidad y en el poder de la opinión pública. Estaba seguro de que una vez conocidos los detalles de su situación, el Gobierno francés tendría que liberarle.

Entonces pasamos al tema de la declaración que había prometido. David nos recordó que ya la había escrito dos veces y que sacarla de allí no dependía de él. Mencioné la negativa de Bottai a hacerlo aduciendo ética profesional.

David hizo una mueca.

—Ella vio cómo la escribía —dijo—, al otro lado de la mesa, así que vio de qué se trataba. Le di un susto de muerte. Cuando le pedí que se la llevara, estaba tan horrorizada que no era capaz de tocar el papel.

Le hablé de mis esfuerzos para que alguna otra persona se hiciera cargo de la declaración.

—Juramy está aquí —respondió David—. Él lo hará.

Nos aconsejó que viéramos al abogado mientras estábamos en París a fin de coordinar la estrategia para su defensa.

—Han pasado el expediente al fiscal —continuó—, lo cual indica que se están preparando para el juicio. Pero el juicio no debe celebrarse. Tengo que estar libre antes de que tenga lugar.

Jim le aseguró que estaba trabajando por ese objetivo y David juró que nosotros tendríamos toda la historia del asesinato en cuanto saliera de la cárcel.

—Prometo que me sentaré con ustedes donde quieran durante todo el tiempo que haga falta, y les diré todo lo que quieran saber. —Se dirigió a mí—: Escribiré un libro con usted, haré lo que me pida, pero sáquenme de aquí.

Aquella noche telefoneé a Henri Juramy a su oficina de París. Dijo que estaba al corriente de que David tenía una confesión que deseaba sacar de la cárcel y nos aseguró que se ocuparía de ello. En el ínterin, nos invitó a una reunión en su despacho, cerca de la plaza Victor Hugo. Ya tenía ganas de conocer a Juramy, cuya influencia sobre David tan a menudo había interferido en mis intenciones.

Oí a Juramy mucho antes de verle. Mientras Jim y yo esperábamos en la antesala, su voz tronaba al otro lado de la puerta de su despacho. Discutía con gran locuacidad sobre la estupidez de un juez a quien se disponía a machacar en la corte. Cuando colgó el teléfono, oí unas rápidas zancadas y a continuación la puerta se abrió.

—¡*Maître* Lesar! —exclamó alargándome la mano. Le presenté a Jim—. Ah, muy bien, muy bien, bueno, pasen.

Juramy era un hombre grandote, sobre la cincuentena su cabello ralo dejaba la frente despejada y caía en ondas grisáceas. Tenía un rostro típicamente galo con ojos pequeños y astutos y bigote delgado. Vestía un traje tradicional, bien cortado, y su bufete estaba decorado con antigüedades de muy buen gusto.

Yo traducía la información que él y Jim intercambiaban sobre la situación legal de David. Cuando Jim mencionó la apelación al Tribunal de Estrasburgo, Juramy hinchó las mejillas y se encogió de hombros.

—¿De qué serviría? —comentó con enfado—. El Tribunal Europeo... no tiene ninguna autoridad, el Gobierno no hará el menor caso. Incluso en el caso de que fallaran a su favor, el juez de aquí se reiría. Están dispuestos a retener a David y ningún tribunal internacional les detendrá.

Nos explicó su plan para la defensa de David. Ya había rechazado las pruebas y fotografías de la policía, los testigos habían sido sobornados y la investigación llevada a cabo en Sudamérica había sido un chanchullo. Juramy solicitaría el sobreseimiento de los cargos, retendrían a David durante un tiempo, hasta que su sed de venganza estuviera satisfecha, y luego, en secreto, le soltarían. De no ser así, había elecciones al año siguiente y los conservadores serían reelegidos, lo cual beneficiaría a David. De una u otra forma, el caso no saldría a juicio.

Cuando la reunión terminó, le pregunté si había algo más que yo pudiera hacer por David. Juramy se encogió de hombros comentando que sería de mucha ayuda si evitábamos la extradición a Estados Unidos. Luego añadió que si todo lo demás fallaba, seguiría la propuesta de David de acudir a la prensa.

Le pregunté a qué se refería.

Juramy me miró con perspicacia.

—El asunto John Fitzgerald —dijo—. Quiere que vaya a *Le Figaro* y haga un trato. Si publican un artículo favorable para él, les dará la exclusiva de la historia.

Me quedé de piedra. Le pregunté a Juramy con tanta calma como pude si David había hablado con él del asesinato de Kennedy.

—Por encima —concedió—. No me ha dado detalles, pero está claro que habiendo trabajado en el *milieu* durante años, conoce a muchos gángsters.

Le hice la traducción de esto a Jim con cierta tirantez. Hice lo que pude para controlarme cuando nos estrechamos las manos y salimos del bufete de Juramy. Al llegar al metro, echaba humo.

—¡Ese cerdo! —estallé al llegar al andén—. Me está apuñalando por la espalda. ¡Voy a quedarme sin exclusiva!

Jim me dijo que me calmara, que la gente nos miraba. Yo estaba fuera de mí.

—¡Después de todo lo que he hecho por ese cabrón! Le he seguido por todo el mundo, le he visitado en la cárcel, le he enviado dinero. ¡Y ahora está dispuesto a contarle la historia a un maldito reportero, a ponérsela en bandeja!

Jim me preguntó con qué clase de hombre pensaba que estaba tratando. Traicionarme a mí no era nada comparado con lo que les había hecho a otras personas.

Le pregunté qué debía hacer.

—Bueno, para empezar tranquilizarte y usar la cabeza. Si *Le Figaro* consigue la historia, tendremos que investigarla. Ellos no serán capaces de hacer la mitad de lo que nosotros ya tenemos. Cuando la publiquen, tendrá que ser corroborada. Sólo tú puedes hacerlo. Dejemos que corran el riesgo que supone publicar una historia sin poder probarla. Entonces apareces tú con lo que sabes.

Me pareció poco consuelo. No tenía la menor intención de ser el segundón en este asunto, y menos detrás de algún periodista francés que no se había molestado en perseguir la verdad. Mi explosión de cólera me hizo ver por primera vez de qué forma me sentía involucrado en el asunto, cuánto deseaba que la historia fuera mía. Fue un autodescubrimiento muy sentido.

Me calmé y me disculpé ante Jim por mi arrebato. También le pedí perdón por haberle comprometido con alguien como David.

A la mañana siguiente despedí a Jim y luego fui directamente desde el aeropuerto a La Santé. David cojeaba de forma evidente dentro de su cubículo y nos encerraron con llave. Le comuniqué que habíamos visto a Juramy y le resumí el contenido de nuestra conversación, dejando de lado el asunto de *Le Figaro*.

Le pregunté si deseaba decirme algo más sobre el tema Kennedy.

—No, no —contestó—, cuando salga se lo explicaré todo, tal y como teníamos planeado.

—¿Y sólo yo tendré ese derecho?

—Es lo que he dicho siempre, escribiremos el libro juntos.

—¿No piensa compartirlo con nadie más?

David parecía irritado.

—¿No he mantenido siempre las promesas que le he hecho? —me cuestionó—. Yo conseguiré mi libertad y usted la historia.

—En tal caso —insinué—, podría firmar el acuerdo de la exclusiva para mí. —Me miró de soslayo.

—¿Le ha parecido bien a Juramy? —preguntó.

No lo habíamos hablado, dije, pero como David no tenía intención de tratar con nadie más, seguro que no pondría ninguna objeción. Yo redactaría el acuerdo para que lo firmara, añadí. Asintió con brusquedad.

—Envíelo a Juramy y yo hablaré con él sobre ello —indicó.

Quedaba otra cosa.

—He hablado con Michel —dije.

David levantó la vista de inmediato.

—¿Le encontró?

Contesté que habíamos conversado por teléfono, pero que no tenía ni la menor idea de dónde estaba ni quién era ahora.

—Asegura que su explicación sobre el contrato es cierta.

David asintió y preguntó si volvería a hablar con él.

Dije que sí.

Pensó en ello un momento.

—¿Qué tal está? ¿Bien?

Le contesté que me parecía que estaba muy bien, llevando una vida normal con su familia.

—Traté de hacer un arreglo —añadí—, pero usted no quiere.

Negó con la cabeza, agitando la larga barba.

—No, quiero salir por la puerta.

Le comuniqué que iba a ir a Marsella.

—Vendrá a verme antes de regresar a América, ¿verdad?

Le contesté que lo haría si él lo deseaba.

—Estupendo —contestó. A continuación bajó la voz—. Y traiga algo la próxima vez... que sea Calvados, es más fuerte.

Ni Alex Panzani ni el oficial de policía retirado habían conseguido localizar a la viuda de Lucien Sarti, así que estaba de muy mal humor cuando me puse en contacto con Geneviève Roux, otra periodista cuyo nombre me habían facilitado en anteriores visitas a Marsella. Le dije con brusquedad que buscaba a la viuda de Sarti, a quien nadie parecía capaz de encontrar. Añadí que puesto que iba a estar pocos días en la ciudad, no podía perder el tiempo. Me escuchó con una mirada aturdida.

—¿Ha mirado en el listín telefónico? —preguntó.

Soplé y farfullé durante un momento sin saber qué decir. Como era lógico mis contactos ya habrían pensado en eso, le aseguré, además, dudaba que ella mantuviera su apellido de casada.

—Bueno, echemos un vistazo de todas maneras —insistió la señorita Roux. Abrió el listín telefónico de Marsella, pasó las páginas y me indicó un nombre con el dedo.

—Aquí está —dijo.

Me sentí avergonzado. Anoté el número de teléfono y la dirección y le di las gracias balbuceando. Ella me dio su teléfono y me ofreció su ayuda para lo que necesitara. Su mirada de asombro era aún mayor cuando me marché.

Caminé por la Cannebière hasta el café habitual del Puerto Viejo donde me reunía con el oficial de policía retirado. Me estaba esperando.

—Es imposible localizar a Mme. Sarti —comenzó—; lo siento, monsieur. Tal vez esté en Sudamérica.

Le hice callar al decirle que la había encontrado, en Marsella.

—*Tiens* —contestó admirado—, tiene mejores fuentes que yo.

Le comuniqué que también había encontrado a Nicoli. Volvió a dedicarme otra mirada de asombro.

—Asegura que la historia de David es cierta —dije—. Ha confirmado el contrato y la mayoría de detalles del asesinato.

—Sí, sí —replicó el hombre—, ya le comenté que yo también había oído que era verdad. Felicidades, monsieur... es una buena investigación.

Le expliqué que había otros dos pistoleros implicados y que ahora estaba convencido de que ninguno de ellos había sido David o Nicoli. Necesitaba conocer las identidades de los otros. ¿Podría proporcionarme una lista de los principales asesinos a sueldo de Marsella a principios de los 60? Lo hizo de memoria y escribí los nombres en mi bloc.

También mencioné la necesidad de saber quién había sido el asesino de la CIA enviado al Congo en 1960. Hice una descripción de QJ/WIN, con todos los pormenores. Me escuchó con atención, asintiendo de vez en cuando, pero sin hacer ningún comentario. Por fin llegué a la historia de QJ/WIN liberando a Tom Davis de una cárcel de Tánger. Entonces se decidió a hablar.

—Debe de referirse a Robert Blémant —dijo.

Yo no lo sabía y le pregunté por qué.

—Blémant trabajó para los americanos durante muchos años —explicó—, trabajó para la OSS en el norte de África durante la guerra y de nuevo para la CIA aquí en Marsella. Era el enlace entre la CIA y los Guérini. Esto se lo aseguro. En cuanto a Tánger, Blémant hizo de todo. Tenía muy buenas relaciones con el rey marroquí, así que pudo conseguir fácilmente los documentos precisos para la liberación de ese hombre.

Le escuché atónito. Yo conocía los hechos básicos de la vida de Blémant, pero nunca se me había ocurrido asociarle con QJ/WIN. Sin embargo, mientras el oficial hablaba, comprendí de repente que tenía sentido.

Robert Blémant había sido inspector de policía en Francia antes de unirse a la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Voló a Argelia para ayudar a organizar las operaciones de Francia Libre en el norte de África. Allí se especializó en lo que la Resistencia llamaba «Medidas D», desenmascarar y asesinar a agentes secretos alemanes[10].

Después de la guerra, se le nombró inspector jefe del DST, la agencia francesa que se ocupaba del contraespionaje interior. Pero esas relaciones íntimas con los hermanos Guérini le obligaron a dimitir y se convirtió en consejero de finanzas de los Guérini. En pocos años, era uno de los gángsters más importantes de Francia y

el único rival de los Guérini[11]. En 1965, los hermanos ordenaron su ejecución[12]. Como represalia, los hombres de Blémant asesinaron a Antoine Guérini, abriendo una guerra de veinticinco años entre bandas.

Blémant parecía encajar perfectamente en el perfil de QJ/WIN: espía profesional, asesino cumplidor, valor activo durante muchos años del servicio de inteligencia americano, destacado gángster europeo. Presioné a mi amigo para que me diera más detalles.

—Blémant era un *dur*, un tipo de cuidado —continuó—, era un buen policía, muy concienzudo, pero si no conseguía la condena de alguien a quien sabía culpable, se ocupaba de que mataran al hombre. Se hizo famoso por estas tácticas dentro de la policía, monsieur, y también después, cuando entró a formar parte del *milieu*.

Le pregunté a qué tipo de actividades delictivas se había dedicado.

—Primero a la prostitución y al juego. Después, al contrabando; primero de oro, luego de narcóticos. Su base era Argelia, donde se ocupaba de los asuntos de drogas de Lucky Luciano.

¿Qué hacía Blémant a finales de 1960 y principios de 1961?, inquirí.

—El padre de Blémant era un abogado muy conocido. En 1960, comprometido en un escándalo se suicidó. Blémant vendió sus clubs de París y Marsella y se marchó al extranjero durante varios meses. En lo que quedaba de año, no le vimos. Me dijeron que había estado en Inglaterra, Alemania y norte de África. Cuando regresó a Marsella, se retiró a su finca en las afueras de la ciudad.

La desaparición de Blémant se correspondía con toda exactitud con el período de reclutamiento de QJ/WIN en Alemania, su entrenamiento en Estados Unidos y su misión en el Congo. Le pregunté por su muerte.

—Blémant se había convertido en un pez gordo dentro del *milieu* —contestó—, pero era demasiado orgulloso, así que en 1965 Antoine y Mémé se unieron para eliminarle.

Me dijo que los asesinos estaban dirigidos por René Mondoloni, el hijo adoptivo de Mémé. El 4 de mayo de 1965 adelantaron al coche de Blémant en una carretera rural y le asesinaron con una ráfaga de metralleta.

—Fue el mayor asesinato ocurrido en Marsella. Todos sabíamos quién era el autor pero no podíamos probarlo. Por *vendetta*, los compinches de Blémant mataron a Antoine y después... el caos.

—Le dije al oficial que quería saber más sobre Blémant, todo, en realidad, lo que pudiera saber. Comentó que varios libros hablaban de él y prometió facilitarme fotocopias de los extractos. Acordamos reunirnos al día siguiente.

Regresé al hotel y telefoneé a la viuda de Sarti. Tenía intención de invitarla a almorzar, pero no me dio oportunidad.

—No quiero hablar con ningún periodista, monsieur —dijo cuando me presenté—, lo explotan a uno y no le cuentan más que mentiras. Todo lo que se ha escrito sobre mi marido es falso. No pienso decir ni una palabra más a los periodistas.

Le aseguré que yo no era periodista y que sólo estaba interesado en la verdad sobre Sarti. Por eso venía desde tan lejos para hablar con ella.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó.

Le contesté que por lo que había leído y que Michel Nicoli me había dicho que vivía en Marsella.

—Eso no es una recomendación —me riñó—, esos tipos corrompieron a mi marido. Él era un buen hombre... no hizo nada malo, monsieur, pese a todo lo que haya leído. Era buscado sin motivos por la policía en México, y le mataron.

Me aferré a la brecha.

—¿Había Sarti disparado contra ellos? —le pregunté.

—No, monsieur, ni siquiera iba armado. No tenía nada que temer de los mejicanos, allí no le buscaban. No tenía motivos para disparar. Le tendieron una emboscada y le asesinaron a sangre fría.

Le pregunté si ella sabía quién había dado la orden de su ejecución. Aseguró que no.

¿Había estado Sarti en el Congo? Ella dijo que no, pero cuando especifiqué en 1960, añadió que no le había conocido hasta tiempo después.

—Nos casamos en abril de 1963 —me informó—, y nuestra hija nació en septiembre.

Le pregunté si Sarti estaba en Marsella a finales de aquel año. Dijo que no lo recordaba.

Le hablé de Duncan, pero aseguró que no tenía conocimiento de tal amigo de Sarti.

Por la conversación se desprendía que ella no estaba al corriente, o no había querido estarlo, de los asuntos de Sarti. Esto concordaba con lo que yo sabía sobre el *milieu*: familias al margen de los negocios. Ella no negaba de plano que Sarti hubiera estado fuera de la ley, pero insistía en que su importancia se había exagerado. Había cometido algunos errores, admitía, pero fue un buen hombre en el hogar hasta el final.

Tenía varias citas para aquel día y, conforme las cumplía, se hizo evidente que me seguían. Era un argelino, de unos treinta años, con el cabello corto y rizado, vestido de forma deportiva. Estaba en la parada de taxis cuando salí del hotel para acudir a *Le Méridional* y me esperaba a la salida. Le vi de nuevo frente a La Marsellesa, y me siguió hasta el hotel.

Me quedé en mi habitación durante el resto de la tarde llamando por teléfono. Cuando cayó el sol, salí a cenar. No observé a mi espía cuando me dirigía a Chez Laura, mi restaurante favorito, en la plaza Thiars. Para mi disgusto estaba cerrado. Crucé la plaza para dirigirme a otro local. Estaba desierto. Me senté al fondo y pedí la cena. El camarero me preguntó si tomaría vino. Le respondí que sí.

—¿Saint Julien? —sugirió.

Conocía el vino y le dije que sí.

El camarero entró en la cocina. Al cabo de pocos minutos volvió con una botella de Saint Julien, que ya estaba descorchada, lo cual no me gustó. Los camareros franceses por lo general convierten en un espectáculo el hecho de asir la botella entre las piernas y tirar del tapón. En este caso se limitó a llenarme el vaso. El gesto más simple es a veces el más significativo.

Terminé de cenar y la botella de vino y volví al hotel. Me sentía mal cuando enfilé por Cannebière, pero lo atribuí al cansancio. Me acosté temprano, ya que tenía una cita a las ocho. La náusea aumentó.

Esa noche casi muero de una intoxicación alimentaria.

Regresé a París aún traumatizado por la experiencia y no muy seguro de qué pensar. Más adelante, cuando se lo expliqué a Tink Thompson, remarcó:

—Parece la forma perfecta de asustarte. Intoxicación... quiero decir que nunca sabrás si fue intencionada o no.

Volvía a casa al día siguiente y había prometido visitar a David antes de partir, así que acudí a La Santé. Era tarde y tuve que convencerles para que me dejaran pasar, ya que las horas de visita casi habían terminado.

—¿Me ha traído algo? —fue la primera pregunta de Dàvid.

Lo había hecho. Una botella de coñac comprada en Marsella. David revolvió mi bolsa y deslizó la botella en sus pantalones.

—He estado pensando en Nicoli —dijo palmeándose la frente—, puede ayudarme si hay juicio. Me conoció en Buenos Aires en la época del asesinato de Galibert. No puede venir para testificar, lo sé, pero quiero que le pida una declaración jurada.

Buscó debajo de la camisa y sacó una carta doblada en varios pliegues. Me la alcanzó y dijo que la guardara entre mis ropas.

—Es para Michel. Procure de que se la entreguen en mano. Le pregunto si recuerda el nombre del bar donde pasamos juntos la noche de fin de año en 1966. Yo no tengo memoria, pero él tal vez sí.

No estaba de humor para hacerle favores, pero le pregunté qué recordaba acerca del bar.

—Estaba en el centro de Buenos Aires; el camarero era un francés llamado Léon. Nosotros le llamábamos el Tolonés. No recuerdo su apellido. A ver si Michel se acuerda.

—¿Había alguna otra persona? —inquirí.

—Estaban todos, toda la gente de Ricord: Sarti, Condemine, Chiappe... pasamos la Navidad y el Año Nuevo juntos. Si Michel recuerda algo de esto, pídale que haga una declaración jurada y la envíe a Juramy.

Le prometí que lo haría. Luego le pregunté si podía hacerme otro favor a cambio. Necesitaba información.

Me contempló durante un rato.

—Cuando se marchó la última vez —empezó despacio— pensé que haría algo para complacerle. Escribí todo lo que recordaba sobre el asunto en mi cuaderno de notas. Lo guardé dentro de los pantalones. Si hubiera venido ayer, se lo habría entregado. Tal y como fueron las cosas, estuve pensando en ello toda la noche y llegué a la conclusión de que era demasiado peligroso. Todo lo que le dijera no le bastaría. Descubriría más cosas y se volvería contra mí.

Le pregunté qué había hecho con las notas.

—No puedo dejar algo así rondando por la celda, las rompí y las tiré al retrete.

No tenía ni energía ni ganas de protestar. Por lo tanto, le pregunté por Robert Blémant. Pareció sorprendido y molesto al oír el nombre.

—Era un *cerveau* —comentó—, un cerebro. El motivo por el que asesinaron a Antoine.

¿Había estado también en el Congo?

David hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Nunca se rinde, ¿verdad?

Le presioné con respecto a ese punto.

—Ese asunto Lumumba... nadie ha comprendido lo importante que era... cuánta tensión se produjo al asesinarle y lo complicado que fue.

Le pregunté quién había matado a Lumumba.

—Quienes lo hicieron están muertos —replicó—, pero esto no significa que el asunto haya terminado.

Repetí mi pregunta. La pasó por alto.

—Había un *cerveau* detrás —se limitó a decir.

Cayó en un silencio distante, apoyándose en la muleta. La conversación había terminado, pero tenía aún una pregunta.

—He estado en Marsella —dije—. Creo que alguien intentó matarme. Como somos amigos, he hecho por usted cuanto he podido, ¿podría decirme quién puede estar interesado en que deje mi trabajo? Necesito pistas... debo proteger a mi familia.

David se miró las manos que rodeaban el apoyo de la muleta. Hubo un largo silencio.

Por fin, me miró de soslayo.

—¿Está Tany muerto? —preguntó.

Sabía que se refería a Gaëtan Zampa, un notorio jefe de la Mafia marsellesa. Le comuniqué que Zampa había muerto en la cárcel tres años atrás.

David asintió. No volvió a decir palabra.

Llamé al carcelero. Camino de la rotonda, David se dio la vuelta y me llamó.

—¿Me escribirá? —preguntó.

Le dije que lo haría.

—¿Y me enviará dinero?

Le dije que lo haría.

Asintió.

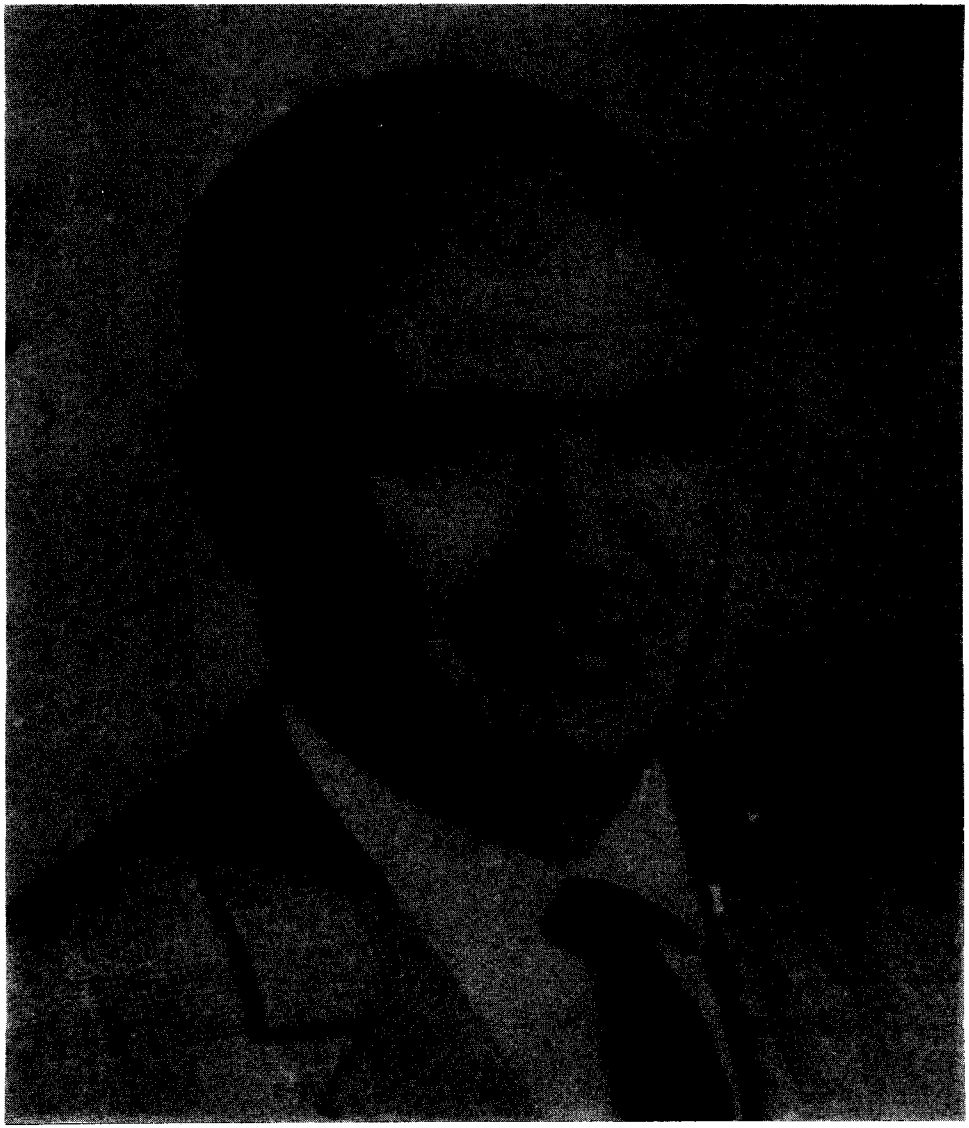
—Y dígale a ese chico suyo que se porte bien —repitió.

Le contemplé mientras se dirigía cojeando al edificio de celdas apoyado con una mano en el hombro del carcelero.

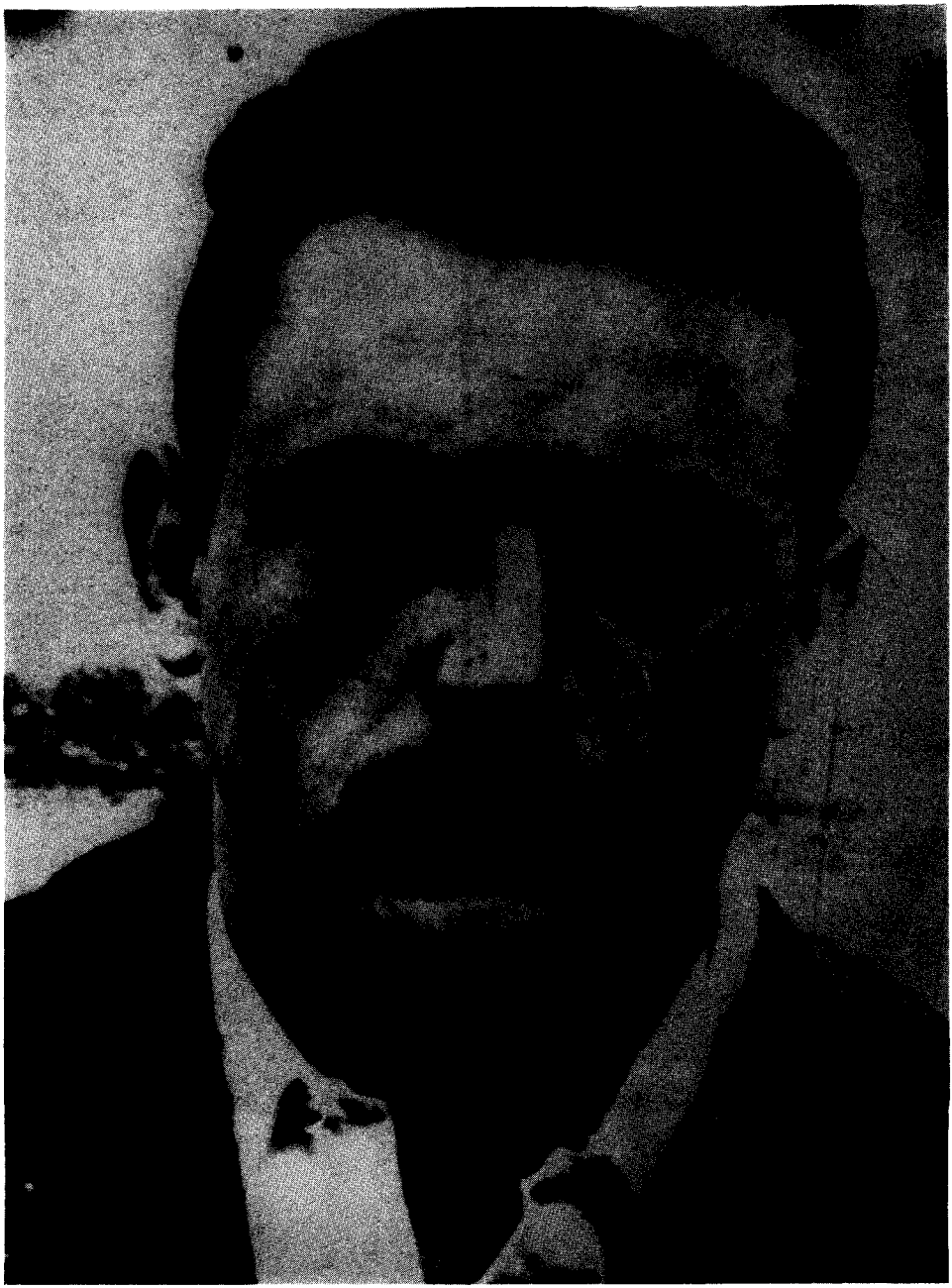
NOTAS

UN HOMBRE PUEDE DESAPARECER: MICHEL NICOLI, 1986.

1. Phillips, David Atlee, *The Night Watch*. New York: Atheneum, 1977.
2. Véase Summers, *op. cit.*, pp. 390-393. También: Hurt, *op. cit.*, pp. 328-337. Fonzi, Gaeton, «Who Killed JFK?». *The Washingtonian*, noviembre de 1980.
3. *Church Report*, pp. 20-26 (Gottlieb aparece en el *Report* bajo el nombre de Joseph Scheider).
4. Marks, John, *The Search for the «Manchurian Candidate»: The CIA and Mind Control.* New York: Times Books, 1979, pp. 73-82.
5. Editores de *Newsday, The Heroin Trail*, p. 83.
6. Mahoney, Richard D., *JFK: Ordeal in Africa.* New York: Oxford Univ. Press, 1983.
7. Kantor, Seth, *Who Was Jack Ruby?* New York: Everest House, 1978.
8. *Ibid.*, pp. 14-16.
9. Recientemente, un ex operativo de la CIA declaró al autor que Davis era un agente bajo contrato de la CIA que colaboró en el entrenamiento de los invasores de Bahía de Cochinos.
10. Kruger, Henrik, *L'Arme de la Drogue*. Paris: Editions Messidor/Temps Actuel, 1984, p. 50.
11. Para la vida de Blemant, véase: Jaubert, *op. cit.*, pp. 46-54; Sarazin, James, *Dossier M... Comme Milieu.* Paris: Alain Morau, 1977, pp. 267-274; Bazal, Jean, *Le Clan des Marseillais: Des nervis aux caids*, 1900-1974. Paris: Guy Authier, 1974, pp. 305-309; Derogy, Jacques y Pontaut, Jean-Marie, *Enquete sur les Mysteres de Marseille*. Paris: Robert Laffont, 1984, pp. 372-375. También: *Detective*, 13 de mayo, 1965, pp. 16-17; *Le Provencal*, 5, 6, 8 de mayo, 1965.
12. Para la muerte de Blemant, véase: Jaubert, *op. cit.*, pp. 57-58; Derogy y Pontaut, *op. cit.*, p. 375; Bazal, *op. cit.*, p. 309. También: *Le Monde*, 6, 7 de mayo, 1965; *France Soir*, 6, 7 de mayo 1965; *Paris Presses*, 6 de mayo, 1965; *L'Aurore*, 7 de mayo, 1965.



Paul Mondolini.



Christian David en 1966.

VI. LA COYUNTURA: MICKEY Y MICHEL, 1986-1987

De vuelta a casa, leí finalmente el dossier sobre la muerte de Moisés Tsombe que me había entregado la señora Bonsang. En varios documentos del tribunal belga se nombraba a Larry Devlin como cerebro del secuestro de Tsombe. Se decía que había utilizado a un asesino y contrabandista de drogas francés, Francis Bodenan, como cebo para atraer a Tsombe desde su exilio. Se acusaba al mismo Devlin de haberse hecho pasar por Mr. Davidson, un agente de bienes raíces que había instalado una firma ficticia en Liechtenstein y fletó un avión privado. Bodenan ganó la confianza de Tsombe, prometiéndole una fortuna en terrenos. El ardid funcionó.

Bodenan llevó a Tsombe a Mallorca en el avión y después a cenar, según la señora Bonsang, que asistía a la cena con su marido, Bodenan inyectó a Tsombe un fuerte sedante, le metió en el avión y luego volaron a Argelia, donde Tsombe fue encarcelado y más tarde asesinado. La investigación oficial del tribunal belga sobre el secuestro indicaba que Bodenan apareció después en Kinshasa y el presidente Mobutu le condecoró por sus servicios[1].

El estilo era muy parecido al de la conspiración contra Lumumba que reveló el Comité Church: la utilización de un criminal europeo y la inyección. Bodenan, no obstante, no pudo ser ROGUE ya que estaba cumpliendo una condena por su participación en un doble asesinato al principio de los 60. En cualquier caso, ahora estaba seguro de que Lucien Sarti había sido WI/ROGUE.

Entretanto, cuanto más sabía de Robert Blémant más me convencía de que él había sido QJ/WIN. En cuanto a mí se refería, Alain Dugrand se había puesto en contacto con el abogado de Blémant en Marsella, quien le informó que Blémant había hecho un viaje relámpago a Estados Unidos a finales de 1960. Su itinerario durante la época, tal y como había dicho el oficial de policía, incluía África.

Sin embargo, había un problema de fechas. Blémant había sido asesinado en 1965, cuando el senador Gary Hart tenía que haberse encontrado con WIN en 1975, o así le informó la CIA. De todas formas, el jefe de la CIA, William Colby, había afirmado con anterioridad que la agencia no había mantenido contactos con

WIN desde 1965. Empecé a sospechar que, en realidad, la reunión no había sido más que una charada para Hart y que el verdadero motivo de que no se hubiera encontrado con WIN fue que estaba muerto. Al proponer una reunión, la CIA había aparentado buena disposición para cooperar con el Senado, y la anulación se hizo aparecer como una decisión de última hora por parte de WIN. El espejismo de que WIN estaba aún vivo también pudo servir para otro propósito: evitar que Hart solicitara el expediente de WIN a la CIA, con la excusa de que podía poner en peligro la seguridad de un agente vivo.

Me pareció que había llegado el momento de aclarar toda esta información. La resumí en tres artículos que confiaba se publicaran. Los dos primeros se referían a las identidades de QJ/WIN y WI/ROGUE y contenían gran parte de mi investigación sobre las relaciones entre la CIA y el tráfico de drogas internacional. Si no me equivocaba con respecto a Sarti o Blémaut, o con los dos, la Agencia se había convertido en cómplice de la red de contrabando de heroína más extendida del mundo durante los años 60.

La única revista que aceptó publicar los artículos fue *The National Reporter*, un trimestral de poca difusión en Washington que patrocinaba actividades clandestinas[2].

Pedí a la revista que de momento mantuviera en reserva el tercer artículo. Expresaba mi convencimiento creciente de que había una relación entre tres conspiraciones para asesinar a líderes políticos organizadas casi al mismo tiempo a principios de los 60. Una era el intento de la CIA para matar a Fidel Castro a través de la Mafia americana. La segunda era la tentativa de asesinato de Patricio Lumumba utilizando gángsters marselleses. La tercera era el asesinato de John Kennedy.

La relación homicida de la CIA tanto con *Unión Corsa* como con *Cosa Nostra*, sostenía, había hecho posible el asesinato del presidente. Los capitostes de la Mafia americana, que tanto deseaban vengarse de Kennedy, habían hecho un pacto independiente con los corsos para su muerte. Dadas las buenas relaciones con la CIA, los sicilianos de América y los corsos pudieron sentirse con fuerza para atreverse a realizar tal crimen, seguros de que sus contactos con la CIA se verían obligados a cubrirles. La Agencia, concluía, debido a sus relaciones irresponsables con hampones, se había hecho tan vulnerable para el chantaje de los conspiradores como lo había sido el presidente frente a la bala explosiva de Sarti.

Continué trabajando durante lo que quedaba de año a pesar de una profunda depresión. Le hablé a Tink Thompson de ello.

—Sí, amigo —contestó—. Ya vengo notando la depresión en su voz desde hace tiempo.

Le comenté que no creía poder seguir adelante con la investigación.

—¿Tiene otra elección? —preguntó—. Quiero decir que está tan cerca ahora... realmente cerca. Por primera vez en casi veinticinco años podemos tirar de la manta. Y la sensación me gusta, me parece lícita. Pero si usted no lo hace, ¿quién lo hará? ¿Fensterwald? ¿Lesar? ¿Yo? Ni por asomo. Es su puchero, amigo, tiene que seguir removiendo.

Comprendí que estaba tan involucrado en el misterio, tan atrapado en sus redes, que ya no podía escapar aunque tuviera que hacerlo.

De los Archivos Nacionales obtuve brillantes reproducciones de las huellas dactilares sin identificar del Almacén de Libros de Texas que envié, junto con las de Sarti, a un amigo del departamento de policía de Filadelfia. Él hizo examinar las huellas e informó que de las del archivo sólo un dedo índice izquierdo era lo suficientemente claro como para conseguir una identificación. Por desgracia, en las huellas de Sarti, el dedo índice izquierdo quedaba oscurecido por una esquina de la página doblada hacia abajo.

Entretando David me escribió que había entregado su confesión sobre el asesinato a Henry Juramy y que éste la guardaba en un lugar seguro bajo las condiciones que habíamos acordado.

Pocos días después recibí otra carta de David en la que me decía que había intentado suicidarse.

—Quería enviarle un pedazo de intestino al juez —escribía con pulso tembloroso—, pero no lo conseguí. Me hice una herida en el estómago de unos veinte centímetros de ancho y un centímetro de profundidad, pero sólo disponía de una cuchilla de afeitar, así que no pude llegar más adentro.

Lo habían encontrado al día siguiente inconsciente sobre el suelo de su celda, bañado en sangre. Tuvieron que darle más de veinte puntos.

Le escribí enviándole dinero y recriminándole su necedad. Le dije que con paciencia conseguiríamos sacarle, pero que todo sería inútil si se mataba.

Hablé con Michel Nicoli otras dos veces antes de Navidad. Durante la primera conversación entré de nuevo en los detalles de la historia de David y otra vez los confirmó. Hasta entonces habíamos evitado mencionar el nombre de Kennedy. En la conversación siguiente, estaba decidido a hacerle hablar con claridad del asesinato.

—Vamos a llamar las cosas por su nombre —dije desde el principio—. Usted está diciendo que esos tres hombres asesinaron al presidente de Estados Unidos.

—Sí —contestó—, es lo que coincide con lo que sé.

—¿No le sorprendió enterarse de esto? —pregunté.

—No —respondió—. Era un trabajo como cualquier otro. No era el primero que hacían, ni sería el último.

—Pero la víctima era el presidente de Estados Unidos —proseguí.

—A ellos tanto les daba —fue su respuesta.

Había ido tan lejos como podía ir hablando con Nicoli por teléfono. Si quería conocer más detalles, pensé, tendría que verle. Poco antes de Navidad llamé a Mickey Tobin y le pregunté si sería posible.

—Ya le advertí desde el principio —dijo Tobin— que no tengo ninguna influencia sobre ese individuo. Puede preguntarle si acepta encontrarse con usted pero yo no puedo pedírselo. Lo que hace es asunto suyo. Tiene que recordar que es un hombre que no ha salido a la luz desde hace quince años.

Le pregunté a Tobin qué riesgos suponía la aparición de Nicoli.

—Bueno, está a salvo —contestó—. Nadie sabe dónde se encuentra, pero hay un montón de tipos a quienes les gustaría saberlo. De todas formas, la decisión depende de él.

Volví a preguntarle si Nicoli era digno de crédito.

—Hace treinta y un años que me dedico a esto —respondió Tobin— y Nicoli es el mejor testigo que jamás he tenido. Nunca nos ha dado información falsa o tergiversada. Si dice que algo es cierto, lo es. Tenga en cuenta —continuó— que en la organización Ricord solían llamarle «el mudo». Tenía fama de que nunca hablaba, por eso le valoraban tanto. Quiero decir que a este hombre no le abren la boca ni con tenazas, pero cuando habla, se puede confiar al cien por cien.

Pocos días más tarde, Tobin volvió a ponernos en contacto. Le dije que tenía cuestiones específicas referentes a David que dependían de él, así como una carta. También le comuniqué que deseaba hablarle de una posible colaboración conmigo con vistas a un libro. ¿Podríamos encontrarnos en alguna parte, una ciudad neutral que él escogiera? Yo viajaría a cualquier parte que me pidiera.

—En estos momentos estoy muy ocupado —contestó Nicoli—. Llame dentro de un par de meses y nos pondremos de acuerdo.

En realidad no esperaba que aceptara, y estaba encantado. Por primera vez en más de dos años, sentía que disponía de una alternativa a esperar la liberación de Christian David.

A mediados de enero empecé a llamar a Tobin para preparar el encuentro. Fue un esfuerzo largo y frustrante. Durante todo enero, febrero y marzo, no conseguimos establecer conexión y yo empezaba a sospechar que Nicoli había cambiado de idea.

En el ínterin, David escribía más a menudo que nunca. Su salud estaba muy deteriorada, decía, y estaba seguro de que tenía cáncer. Insistía en que acudiera a testificar por él en el juicio, que suponía tendría su inicio después de las vacaciones de verano.

Luego me envió una carta en la que me comunicaba que había intentado ahorcarse. Desesperado por la situación ató el cinturón a los barrotes de la ventana. El cinturón cedió y cayó al suelo inconsciente. Se hizo una brecha en la frente y perdió mucha sangre. No le encontraron hasta el día siguiente.

Yo tenía la impresión de que el asunto se me escapaba de las manos. Necesitaba a alguien con autoridad en quien poder confiar y con la suficiente influencia como para retomar con ímpetu el caso.

Me decidí por Mickey Tobin. Le tenía por un hombre honrado, valiente, con un estilo realista que proporcionaría credibilidad a la investigación. Era también un personaje importante en DEA, que formaba parte del Departamento de Justicia. Como todas las personas de mayor importancia habían sido traficantes de heroína, parecía apropiado implicarle, aunque la DEA no tuviera jurisdicción sobre el caso en sí.

A mediados de marzo, escribí a Tobin una larga carta explicándole el objeto de mis conversaciones con Nicoli. Incluí también una copia del artículo de quince páginas que había redactado para Tony Summers, que resumía mi trabajo al respecto. Luego esperé.

Transcurrieron dos semanas antes de que Tobin regresara de una visita por las oficinas de la DEA en el extranjero y me llamara.

—¿Qué diablos se supone que debo hacer con esto? —exclamó antes de que pudiera decirle «hola»

Le saludé.

—Bueno, ¿qué es esto? —preguntó.

Le contesté que ahora sabía en esencia lo que yo había hecho.

—¿Y Michel lo confirmó?

Dije que sí.

Hubo un silencio.

—Bueno, si Michel no estuviera en esto, ni lo pensaría —subrayó—, pero con Michel... tengo que tomarlo en serio.

Le recordé que Nicoli había aceptado reunirse conmigo, pero que hasta entonces no habíamos acordado nada.

—Voy a llamarle ahora mismo —dijo Tobin.

Le pedí que no le mencionara que estaba al corriente del asunto Kennedy.

—Oh, no diré nada —me aseguró—, por ahora es algo entre usted y él.

Pocas horas después hablé con Nicoli. Le dije que era indispensable que nos viéramos y que escogiera una ciudad en cualquier parte del mundo. Lo hizo y acordamos una cita para principios de junio. Quería saber cómo le reconocería.

Pidió que le diera mi descripción, luego que me presentara en cierta plaza a la hora convenida, que llevara determinado periódico extranjero debajo del brazo. Si todo funcionaba de la forma debida, él me encontraría.

Volví a telefonear a Tobin y le anuncié que el encuentro estaba fijado.

—Por lo tanto, ¿qué quiere que haga? —preguntó.

Le dije que mi investigación ya hacía tres años que se arrastraba y que no me sentía con ánimos de continuar solo. Necesitaba a alguien dentro del sistema que pudiera proporcionarme apoyo.

—De acuerdo, escriba lo que quiera y envíemelo —contestó Tobin—. Y créame, si no tuviera a Michel metido en esto, no le habría hecho caso. Pero conozco a Michel y... mierda...

Escribí un extenso memorándum para Tobin, especificando lo que pensaba que él podía hacer. Esto incluía obtener una copia de la declaración de Sarti en 1968 a la policía argentina, la cual, según David contenía detalles de su misión en el Congo. También le pedía que investigara en los Servicios de Inmigración las entradas de aduana por Brownsville, Texas, en octubre o principios de noviembre de 1963. Buscábamos, le decía, tres pasaportes italianos en un automóvil. Luego le requería el envío de cualquier expediente que la DEA tuviera sobre Sarti, acompañado de fotografías y huellas dactilares. Finalmente quería una lista de todos los socios de Sarti durante los años 60.

Tobin me telefoneó pocos días después.

—Oiga —comenzó—, he estado haciendo algunas comprobaciones sobre el asunto... llamé a un compañero que tengo en Europa, un miembro del viejo grupo francés. Ahora es legal... y algunas veces me pasa información... Bien, la cuestión es que le pregunté por el caso, sin decirle de qué se trataba. Y me aseguró que Sarti

estaba en Ciudad de México a finales del 63, principios del 64. No sabe lo que hacía allí, pero dice que estaba con dos hermanos. No recordaba sus nombres pero prometió pensar en ello y volver a telefonearme.

Esto, puntualicé a Tobin, indicaba que Sarti estaba en Sudamérica durante la misma época en que, según David, los asesinos estaban en México y al menos dos años antes se creía oficialmente que había estado allí. Era la primera confirmación independiente que tenía de la historia de David. Puse énfasis en lo muy significativo que era este testimonio.

Sólo faltaban un par de semanas hasta mi cita con Nicoli. Le pregunté si le llamaría para recordárselo. Tobin contestó que no era preciso y de nuevo insistió en que no quería que Nicoli sufriera ningún daño.

—Me llamó después de hablar con usted para preguntarme si era de fiar. Le dije que le conocía y creía que lo era, pero está preocupado. Por lo tanto, sea sincero con él. Dígale lo que quiere. Si desea cooperar lo hará. Pero si abusa de él, no es mi cabeza la que está en juego, sino la suya.

Llegué a la cita de junio con antelación. Michel Nicoli había descrito la plaza con todo detalle, pero me encontré con que dicha descripción se correspondía con dos lugares separados por varias manzanas. Para complicar más las cosas, sospechaba que su aspecto había sido modificado quirúrgicamente y que, aunque había visto fotos de él, no le reconocería.

Me desplazaba de una a otra plaza, haciendo cada vez una pausa para desplegar el periódico. La hora convenida había pasado y empezaba a inquietarme.

Por enésima vez me levanté de donde estaba sentado simulando leer el periódico y atravesé la transitada calle. No hubiera sido un espía muy eficaz, pensé, cuando tropecé con un hombrecillo con camisa blanca y pantalones que cruzaba en sentido contrario.

—¿Steve? —sonrió.

Michel Nicoli me había reconocido.

Nos estrechamos la mano. Era de verdad un hombre bajito y de aspecto frágil.

—Hace un año y medio que esperaba este momento —le dije en francés, casi incapaz de ocultar mi emoción.

—Me siento halagado —contestó Nicoli.

Allí cerca había un parque y propuse un paseo, pero al cruzar la calle empezó a llover. Nicoli indicó un café.

Nos sentamos a una mesa del interior, donde estábamos solos. Le pregunté qué quería comer.

—Creo que un simple bocadillo será lo mejor, ¿no? —preguntó con cordialidad. Se hacía difícil imaginarle como un criminal que había atracado bancos con una metralleta.

—Bueno, ¿cómo está Christian? —empezó Nicoli.

Le dije que no muy bien y le describí su estado físico.

Nicoli asintió compasivo.

—Transmítale mis deseos de que quede en libertad lo antes posible.

Le entregué la carta de David. Nicoli la leyó con atención y una suave sonrisa en su rostro. Después la dobló y me la devolvió.

Pregunté si sabía a qué se refería David.

—Estuvimos juntos la noche de Fin de Año —afirmó—. El restaurante era Le Bec Fin, en el centro de Buenos Aires. El camarero, llamado «el Tolonés», era Léon Petit.

Le pregunté si en realidad me estaba diciendo que David no había matado a Galibert.

—Estaba con nosotros —respondió Nicoli—. Llegó a Buenos Aires a finales de 1965, en septiembre, me parece. Vivía en casa de Ricord.

Pese a que le había dicho siempre lo contrario a David, nunca se me había ocurrido que pudiera ser inocente del asesinato de Galibert. Ahora este hombre, en cuyo testimonio Tobin depositaba tanta confianza, me aseguraba que David no lo había cometido. Quería más detalles.

—Estábamos todos juntos en Le Bec Fin en Nochevieja —insistió—, Chiappe, Sarti, Condemine, Angeletti... En aquella época David vivía al otro lado del río, en Montevideo. Solía venir a diario en el ferry a buscar apartamento.

»Cuando leí el artículo sobre el asesinato de Galibert en un periódico francés, fui a ver a Christian. Le mostré el artículo y subrayé que le consideraban sospechoso. Él dijo: "Algo más que quieren colgarme porque soy un fugitivo."

—¿Así que fue usted quien notificó a David que le acusaban de haber matado a Galibert?

Nicoli asintió. Sugirió que muchas otras personas podían atestiguar que David estaba en Buenos Aires en el momento del asesinato: la hermana de Ricord, Marie, su sobrino, Louis Bonsignour, y el propietario de Le Bec Fin, un francés llamado Fernand.

Pregunté a Nicoli si aceptaría hacer una declaración jurada en la que constara lo que acaba de decirme, que Christian David no pudo haber matado al comisario Galibert.

—Sí —contestó—, con mi nombre antiguo.

Le aseguré que sería suficiente.

Entonces le pregunté por el trato que había hecho con el Departamento de Justicia, en el que se negó a declarar contra David.

—Cuando nos llevaron a Nueva York —explicó— nos encerraron en celdas contiguas y descubrimos que podíamos comunicarnos a través de la pared. Acordamos que si a cualquiera de nosotros se le ofrecía un trato, no testificaría contra el otro. Me ofrecieron el trato, y yo mantuve mi promesa a Christian.

Era el momento de entrar en la parte delicada de la reunión. Dije a Nicoli que David me había dado cierta información referente al contrato para matar al presidente Kennedy, pero que no me facilitaría todo lo que sabía hasta que estuviera libre.

Añadí que, dadas las circunstancias, no pensaba que eso sucediera. Le dije que tenía planeado escribir un libro sobre el tema y como no podía contar con la ayuda de David, tal vez él pudiera colaborar conmigo.

—No sé mucho —contestó—, sólo lo que oí.

Le dije que creía saber lo suficiente como para asegurarme la compra del libro. No obstante, era precisa determinada información para que esto fuera posible. Preguntó qué necesitaba.

—¿Conoce los nombres de los otros dos pistoleros que acompañaban a Sarti?

Nicoli sonrió vagamente.

—Tengo alguna idea.

—Necesito al menos un nombre —insistí—. David cree que uno de los dos aún vive. Me hace falta ese nombre.

Nicoli masticaba impasible su bocadillo.

—Deje que lo piense durante un par de días —contestó.

Tres años de frustración estallaron de golpe.

—Escuche —dije—, no dispongo de un par de días. He hecho este desplazamiento sólo por hoy. Y no podré volver. Necesito ese nombre y lo quiero ahora.

Nicoli volvió a sonreirme.

Mi bloc de notas estaba abierto sobre la mesa con una pluma entre las hojas. Él lo cogió, le dio la vuelta y escribió. Luego lo empujó hacia mí.

Con escritura clara, y en el centro de la página, había un nombre.

Permanecí en silencio durante unos instantes. Era difícil creer que, después de tanto tiempo, tuviera lo que quería.

Traté de pronunciar el nombre y Nicoli me ayudó.

—Nunca he oído hablar de él —dije por fin.

—Era un miembro de la banda de Sarti —me informó—. Está vivo, o al menos yo no sé que haya muerto. Era amigo de Sarti, algunos años más joven, pero amigos desde la infancia. Estaba en el contrabando. —Luego añadió que su apodo era Le Petit.

Le pregunté por el otro hombre.

—Nunca supe su nombre real —replicó Nicoli—. Le llamábamos «Le Blanc», pero nunca llegué a conocer su nombre real. Uno no formula preguntas, ¿sabe? Si alguien no quiere que sepas su nombre es que no necesitas conocerlo.

Le pregunté qué clase de hombre era.

—Un tipo corpulento, muy peligroso. No estaba demasiado metido en el tráfico en Sudamérica. Solía estar en Europa. También era miembro de la banda de Sarti y amigo suyo desde la infancia.

—¿Vive aún?

—Tampoco de él he oído que haya muerto y creo que me habría enterado si hubiera sucedido. Por lo que sé, está vivo y reside en Marsella.

Le pregunté si Le Blanc era corso. Nicoli contestó que creía que no.

Yo deseaba saber cómo se había enterado Nicoli de que Sarti y los otros dos habían asesinado a Kennedy.

—Una noche estábamos todos juntos —empezó—, en un bar de Buenos Aires. Era a finales de 1965. David estaba presente, igual que yo, que Sarti y que Le Petit. Surgió el tema del asesinato de Kennedy. Sarti hizo un gesto señalando a Le Petit y dijo: «¿No lo sabéis?, nosotros estuvimos allí.

»David preguntó: "¿Dónde?", y Sarti replicó: "En Dallas."

»Yo nunca hacía preguntas y aquello no era asunto mío. Pero David, que era

muy chismoso, empezó a sonsacarles detalles. Yo me limité a escuchar y es así como lo supe todo.

—¿Y el tercer hombre, Le Blanc? —pregunté—. ¿Cómo supo que era él?

—Hablamos sobre el asunto varias veces más y Sarti dejó claro que había alguien más implicado, aunque no dijo quién. Más tarde hablé a solas con Le Blanc y por algunas de las cosas que dijo, expresiones del rostro y gestos, llegué a la conclusión de que él era el tercer hombre. En una ocasión le pregunté a David si Le Blanc había participado en el trabajo y éste me contestó que así lo creía.

Le pregunté a Nicoli si sabía cuál era el origen del trabajo.

—Era bastante notorio —contestó— que llegó de la Mafia americana.

¿Sabía quién dentro de la mafia?

Nicoli se encogió de hombros.

—David dijo que se les pagó en heroína.

Nicoli respondió que eso tenía entendido.

—A principios de 1964 —prosiguió— ellos tres se presentaron en mi apartamento de Buenos Aires. Disponían de una gran cantidad de heroína y me pidieron que la colocara. Me sorprendió, ya que ninguno de ellos había traficado con heroína, pero no hice preguntas, obtuve el dinero y se lo entregué a ellos. Sarti y Le Petit se quedaron en Sudamérica. Así es cómo entraron en el tráfico. Le Blanc regresó a Europa.

—Por lo tanto usted convirtió su pago por el asesinato en dinero al contado.

De nuevo volvió a encogerse de hombros.

—No sé si era el pago, sólo sé que era la primera vez que traficaban.

Le recordé que David había dicho que los asesinos estuvieron en Ciudad de México antes de ir a Dallas. ¿Sabía quién era su contacto?

—Tal vez Zippo —dijo—, Carlo Zippo. Pero no estoy seguro.

La insinuación era significativa. Carlo Zippo era el hombre clave de la Mafia de Nueva York para la droga. Si lo que decía Nicoli era cierto, la familia Gambino estaba implicada, tal y como yo sospechaba.

Le pregunté cómo podía saber la identidad de Le Blanc.

—Christian le conocía —contestó—. Además todo el mundo le conocía de nombre. Si va usted a Marsella, puede preguntar a cualquiera de la policía. Todos le conocían como Le Blanc.

Hacía una hora y media que hablábamos. Me contrariaba dejarle ir, pero él me había concedido una hora. Le pregunté si podíamos mantenernos en contacto.

—Le daré una dirección donde puede encontrarme —dijo—. Se la enviaré a California. De esa forma, siempre que quiera ponerse en contacto conmigo puede escribirme unas líneas. Entretanto pensaré en este asunto y veré qué más puedo recordar. Conforme vuelvan a la memoria, se las escribiré.

Le di las gracias y le insistí en que no se olvidara de la declaración jurada. Me ofrecí para pagar al notario.

—No es necesario —dijo, y a pesar de mis protestas pagó el almuerzo.

Le deseé lo mejor y le expresé mi admiración por su valor. Le quitó importancia.

—Ahora lo que interesa —comenté— es saber la verdad. Con su ayuda, tal vez después de tantos años de mentiras, la conseguiremos.

—Esperemos que así sea.

Nos estrechamos las manos. Me di la vuelta y comencé a caminar. Al llegar a la esquina, no pude resistir la tentación de mirar atrás. Nicoli había desaparecido entre la multitud de la hora punta como si nunca hubiera estado allí.

Le había prometido a Jim Lesar que iría a Washington antes de volver a casa si el encuentro con Nicoli había salido bien. Como precaución, llamé a su despacho desde la ciudad en que nos habíamos reunido, para dejar los nombres de los otros dos pistoleros a la secretaria.

Cuando aterricé en Washington, Jim, Bud Fensterwald y Dan Alcorn me estaban esperando. Les pregunté por la causa de tanto honor.

—Bueno, eres el héroe conquistador —dijo Jim.

No me sentía precisamente como un héroe, pero me había quitado un peso de encima al saber que dos de los asesinos del presidente, al parecer, aún estaban vivos.

Mickey Tobin se encontraba otra vez de viaje, pero le dejé el recado de que me llamara en cuanto volviera. Pocos días después me telefoneó a Los Ángeles.

—La reunión con Michel había ido bien —anuncié—, mejor de lo que esperaba.

—¿Te dio los nombres de los otros dos tipos? —preguntó.

—Sí, lo hizo —dije. Le di el nombre de Le Petit y empecé a deletreárselo.

—¡Cállate! —exclamó Mickey—. ¡Le conozco! Conseguí iniciar un proceso contra él en los años setenta. Anda suelto por Marsella.

Le pregunté lo que sabía sobre aquel hombre.

—Es un traficante... Sí, estuvo asociado con Sarti. Pero nunca pensé que fuera especialmente peligroso.

Según Nicoli, le dije, había disparado contra el presidente de Estados Unidos. Entonces mencioné a Le Blanc.

—Le Blanc... Le Blanc... —reflexionó Mickey—. No, no recuerdo a nadie con ese nombre.

Pregunté a Mickey si podía utilizar sus fuentes para descubrir quién era Le Blanc. Si encontrábamos una fotografía suya, creía que Nicoli podría identificarle. Prometió que destinaría a alguien para que se ocupara de este asunto.

Entonces mencioné la referencia de Michel sobre Zippo como posible contacto de los asesinos en Ciudad de México.

—Zippo está encarcelado en Italia —contestó—. No creo que estuviera en México en esa época, pero le diré lo que haremos. Debo ir a Ciudad de México dentro de un par de semanas. Haré cambio de avión en Los Ángeles. ¿Podría venir al aeropuerto para cambiar impresiones?

Le dije que lo haría con mucho gusto.

Entretanto, llamé a todos mis contactos en Marsella para preguntarles por Le Blanc. Ninguno sabía nada, pero todos aseguraron que harían averiguaciones. También acudí a los agentes de la DEA de todo el país, cualquiera que guardara

relación con los viejos casos franceses. Algunos insinuaron nombres, pero ninguno parecía correcto. A pesar del enorme gasto en tarifas telefónicas, varias semanas después no estaba más cerca de la identidad de Le Blanc. Me veía capaz de dar con el nombre con sólo desplazarme a Marsella un par de días. Tal y como estaban las cosas, tenía que fiarme de personas que no compartían mi entusiasmo por la tarea.

Ya estábamos tan cargados de deudas que, sin importar lo mucho que trabajaba, no salíamos a flote. La depresión producida por todo el asunto se agravaba conforme nuestra situación económica empeoraba. Empecé a distanciarme más y más de mi familia.

No podía pensar en nada que no fuera el caso. Mi mujer trató de convencerme de que leyera algo que no fuera la documentación referente al asesinato, pero era incapaz. Leía una y otra vez el tiroteo, la posición de los francotiradores, las heridas, y, por encima de todo, la información disponible sobre el tráfico de heroína durante los años 60 y 70.

Esto último era lo más doloroso, ya que me traía recuerdos de la muerte de mi madre. Aunque hasta los veintiún años no supe que había fallecido por una sobredosis de calmantes, todavía la veía inyectándose ella misma con regularidad cuando era un niño.

—Medicina para el corazón —decía.

Siempre había estado muy unido a mi madre y me identificaba con ella. Murió el 28 de julio, a los treinta y nueve años, y yo ahora estaba a punto de cumplirlos. Empezó a aterrorizarme la llegada del fatal aniversario.

Cuando pasó el verano y mis esfuerzos para identificar a Le Blanc resultaron fallidos, los trastornos de mi conducta aumentaron. Estaba tan obsesionado por la muerte del presidente que lo único que quería era alguna compensación. Una noche, cuando me encontraba a solas, dejé de lado la lectura buscando un momento de paz y tranquilidad.

Saqué el disco del cuarteto en Mi menor sostenido, opus 131, de Beethoven, que consideraba la más pura obra de arte que conocía. Lo puse en el tocadiscos, me tendí en el sofá a oscuras e intenté evadirme del caso que me estaba consumiendo.

A mitad del primer movimiento, mi esposa y el niño volvieron. El pequeño corrió hacia mí gritando que quitara la música. Estallé.

Me puse a gritar como un energúmeno diciéndole que desapareciera de mi vista. Me miró con los ojos muy abiertos, rompió a llorar y corrió a su habitación. Yo estaba furioso y avergonzado. Me pasé la noche refunfuñando sobre el hecho de que ya no dispusiera ni de unos minutos de relax.

Mickey Tobin hizo escala en Los Ángeles camino de Ciudad de México y me reuní con él en el aeropuerto. Entramos en una sala de espera de la terminal para conversar.

Le pregunté si sabía algo de su informante sobre los hermanos que habían estado con Sarti en México.

—No, no he hablado con él. Me ha fallado. Ya me ocuparé de él cuando vuelva.

Yo llevaba documentación relativa al asesinato que le mostré. Tenía la fotografía de Mary Moorman, incluyendo primeros planos del montículo con la verja. Señalé el lugar donde David dijo que se veía a Sarti.

—¿Estaba borracho? —comentó Mickey—. Yo no veo nada.

Le mostré una ampliación de la silueta situada al otro lado de la verja. Negó con la cabeza diciendo que David tenía mejor vista que él. Remarqué que los expertos del Comité de la Cámara habían confirmado que se trataba de la silueta de un hombre.

—Escuche —contestó Mickey—, no quiero saber nada de expertos ni de fotos. Lo que aquí tenemos es un golpe directo con dos testigos que han dicho nombres. Lo que haremos es llevar a los testigos ante un gran jurado y presentar acusaciones. Todo lo demás, las conspiraciones y la CIA, son minucias. Tenemos un homicidio y dos sospechosos.

Era la primera vez que la posibilidad de procesamiento aparecía y pregunté ansioso cómo íbamos a solicitarlo.

—Ante todo, tiene que convencer a David. Él es la clave de todo. Si él habla, Michel le apoyará. Pero lo único que Michel puede hacer es corroborar lo que diga David. Si lo consigue, le garantizo el procesamiento. Los he obtenido con Michel disponiendo de mucho menos.

Insinué que este caso era único.

—Oiga —replicó Mickey—, no lo haga más complicado de lo que es. Seguiremos todos los pasos, reuniremos la documentación y acudiremos al fiscal del Estado. Él presentará los testigos y las pruebas ante el gran jurado. Si el caso llega allí, iniciarán el proceso.

Contesté que, si bien quería ver a los asesinos ante un tribunal, mi objetivo real era el hombre que había propuesto el trabajo. Ese hombre, dije, era casi con toda seguridad Carlos Marcello. Santos Trafficante, Jr., a quien también creía implicado, acababa de morir. Sólo quedaba Marcello, puntualicé, y no podíamos dejarle escapar. Era posible hacer un trato con los asesinos, dije, incluso intentar ayudarles para conseguir su inmunidad, si declaraban contra el hombre para quien habían trabajado.

—Oh, sí —afirmó Mickey—, eso no es ningún problema. Si logro que esos dos vayan a juicio, se pringarán.

Nunca antes había oído esa expresión.

—Se hundirán —explicó.

Seguía sin entenderle.

—Conseguiré que declaren.

—¿Cómo lo haría? —pregunté.

—Se les arresta, se les pone en celdas separadas y se les muestran las pruebas. Se les da la oportunidad de salvarse. Primero intentan culpar de todo a Sarti, porque está muerto. Pero después, o el uno o el otro cede. No quieren cargar con este muerto. Y declararán.

Estaba seguro de que si alguien podía hacerlo, era Mickey. El problema era presionar lo suficiente.

Anunciaron su vuelo y le acompañé hasta la puerta. Me pareció que debía agradecerle su imparcialidad y su coraje. Éste no era un asunto fácil, le dije, pero sí vital para el pueblo americano y nuestra historia.

—Escuche —dijo Mickey—, no soy historiador ni tengo grandes ideales con respecto al pueblo americano o la verdad histórica. Soy básicamente un policía. Mi oficio es meter a gente entre rejas. Y si esos tipos lo hicieron —y yo creo a Michel— les cazaremos. No se preocupe. Costará tiempo, pero lo conseguiremos.

Ahora que Mickey había abordado la cuestión del proceso yo no pensaba en otra cosa. Llamé a Tink Thompson para hablar de ello.

—Ningún fiscal en su sano juicio intentaría un proceso como éste sin antes consultar con el fiscal general —dijo—. A ese nivel entra en juego toda la política del caso. Y si se llega a ese punto, quién sabe lo que puede desencadenarse.

Jim Lesar estaba de acuerdo. Aunque la idea de procesar a alguien por el asesinato del presidente le entusiasmaba, creía que haría falta mucho más trabajo y maniobras de las que Mickey Tobin pensaba.

—Tanto si Mickey quiere reconocerlo como si no —añadió Jim— hay involucrados intereses muy poderosos. No van a quedarse sentados contemplando la presentación de acusaciones. Sé que la idea no te gusta, pero incluso aunque asumas que la Mafia estaba detrás del asunto, deberías preguntarte qué papel juega la trama Oswald. Y, según mi opinión, todo conduce a una operación de servicios de inteligencia.

Esto se estaba convirtiendo en el estribillo de Jim. Mientras yo estaba dispuesto a aceptar las indicaciones de David y Nicoli de que el responsable del asesinato era el crimen organizado, él veía la estrategia Oswald de forma muy distinta. Alguien tenía que saber sus antecedentes en el servicio de inteligencia. Alguien tuvo que preparar la mascarada con el Hombre Misterioso en Ciudad de México. Y alguien tenía que conocer con mucha anticipación que el coche del presidente iba a pasar debajo de las ventanas del almacén de libros. O, incluso más siniestro, alguien tuvo influencia suficiente para asegurarse de que así fuera.

Jim tenía razón y yo lo sabía, aunque no me gustara pensar en ello. Hasta el punto en que lo hice, y me dije que sólo los mismos asesinos podían sacar a la luz tales puntos. El reto era ahora detenerles e interrogarles.

Pocas semanas después de reunirme con Nicoli recibí una carta de él. Estaba escrita con letra pequeña e inofensiva como su misma apariencia. Decía que después de reflexionar sobre ello, se veía obligado a declinar mi oferta para colaborar en el libro. Tampoco podía proporcionar una declaración jurada para David.

«Si su mente aún funciona con sensatez —escribía— entenderá el porqué.»

Terminaba pidiendo que le diera recuerdos y le dijera *«merde»* en su nombre. Esto significaba en francés buena suerte, explicaba.

Yo no comprendía qué riesgo pudiera suponer para Nicoli testificar a favor de David. Llamé a Mickey Tobin y le hablé de la carta.

—Uno nunca sabe lo que pasa por la cabeza de esos tipos —dijo—, tienen sus motivos para proceder así.

Le comuniqué que me sorprendía que Michel se echara atrás.

—No gana nada —respondió Mickey—, no puede proporcionarle más que problemas.

Le indiqué que lo comprendía, pero que el asunto era demasiado importante como para dejarlo de lado y le propuse algo que tenía en mente desde hacía tiempo.

—Deberíamos ir a verle juntos —propuse—. Creo que debería escuchar la historia con sus propios oídos.

Dada la larga amistad de Mickey con Nicoli, quizá le sonsacaría detalles que no había deseado compartir conmigo. Discutimos el asunto durante unos minutos y Mickey aceptó.

—Aunque no va a gustarle —observó—. Quiero decir que quedará más implicado. No necesita este tipo de problemas.

Le aseguré que me encantaría dejar a Nicoli en paz, si se tratara de cualquier otra cosa.

—No me entusiasma la idea de obligarle a asumir riesgos —añadí.

—Ya, bien, no se olvide de que es usted quien lo hace —recriminó Mickey.

Durante el otoño David continuó escribiendo para preguntar si Nicoli había firmado la declaración jurada. Como respuesta le envié una fotocopia de la carta de Nicoli con una nota explicativa de que le había visto y habíamos hablado del asunto. Lo único que yo podía hacer, añadí, era enviarle a Juramy una declaración jurada mía, relatando la conversación con Nicoli y detallando su versión sobre la coartada de David. Le enviaba una copia.

Preveía una furiosa denuncia contra Nicoli y contra mí mismo. En cambio, David escribió a principios de octubre diciendo que esperaba la reacción de Nicoli y me pedía que de todas formas le diera las gracias. Parecía satisfecho con mi declaración jurada y decía que Juramy pronto me daría noticias al respecto. Ahora esperaba el juicio que tendría lugar en enero, a más tardar.

La carta de Henri Juramy llegó al cabo de poco tiempo. Creía que mi encuentro con Nicoli era de mucha importancia para la defensa de David y había incluido mi nombre en la lista de testigos. El juicio, decía, estaba previsto para los días 25 al 29 de enero. Añadía sugerente:

«Por razones que le explicaré en persona, pienso que lo mejor sería que viniera unos días antes... estoy muy interesado en su proposición...»

Supuse que se refería a que quería hablar del caso Kennedy y su posible importancia en un trato por el testimonio de David. Telefoneé a Jim Lesar y estuvo de acuerdo en que no habíamos hecho el debido uso efectivo de Juramy. El abogado ejercía influencia sobre David y, lo que era más, tenía la confesión escrita. Jim escribió a Juramy preguntando bajo qué circunstancias podía compartir el contenido de la carta con él. Juramy no contestó.

Por aquella época llamó Mickey Tobin.

—De acuerdo —anunció—, he dispuesto un encuentro con Michel, pero deje que le diga que me ha costado mi tiempo convencerle. Me refiero a que no quería saber nada más de todo el asunto, ni siquiera quería hablar con usted. Finalmente, le he convencido de que lo hiciera por amistad. Hemos quedado para la semana que viene.

La reunión sería en una ciudad distinta y por la noche. Mickey propuso que fuera a Washington y desde allí hacer el viaje juntos. Era precipitado, pero por suerte mi esposa y yo habíamos recibido la devolución de los ingresos sobre la renta, que cubría justo los gastos del viaje.

Como siempre antes de una operación importante, telefoneé a Tink Thompson para que me aconsejara. Mi objetivo, le dije, era que Nicoli repitiera lo esencial de la historia delante de Tobin, pero también confiaba en que Tobin utilizara su amistad para sonsacarle más información, que sin duda poseía.

—Entonces tendrá que hacer algo que violará su instinto de investigador —contestó—. En algún momento de la conversación, deberá levantarse, salir y dejarles solos. En realidad, debería ir más lejos. Tendrá que decirle a Tobin de antemano que ésas son sus intenciones y que dejará que se guarde la información confidencial.

—Si el tal Tobin es tan bueno como dice —prosiguió Thompson—, y por lo que me cuenta lo parece, puede confiar en que hará buen uso de las confidencias de Nicoli. Ya ha hecho que Tobin se suba al carro y, por mucho que le moleste, tiene que empezar a delegar algún control sobre la información.

Thompson tenía razón en ambos puntos.

Había llegado el momento de poner a mis colegas de Washington en contacto con Tobin, así que organicé un almuerzo con él, Jim Lesar, Mark Allen, un compañero abogado que había ayudado en la investigación y yo mismo, antes de ver a Nicoli.

Tenía varios motivos para hacerlo. En primer lugar, estábamos de acuerdo en que Mickey debía tener acceso a los principales documentos del caso Kennedy. Segundo, mi exilio en la Costa Oeste hacía difíciles las comunicaciones rápidas y creíamos que era necesario un contacto en Washington. Finalmente, quería que Mickey estuviera más al corriente del asunto, implicándole con personas cuya experiencia era muy superior a la mía. Tal vez fuera poco honesto, pero ahora que estaba metido en el ajo, mi intención era procurar que no abandonara.

Tal y como fueron las cosas, Mickey no dispuso de tiempo para almorzar, así que nos reunimos en su despacho. El lugar respiraba su autoridad y estaba decorado con medallas y diplomas concedidos por agencias de policía de todo el mundo.

Casi de inmediato abordamos la cuestión del proceso. Mickey afirmó su confianza en la credibilidad de Nicoli y le dijo a Jim que si conseguíamos que David declarara, Michel le respaldaría. De todas formas, añadió, no estaba muy seguro de que pudieran presentarse cargos federales, ya que en 1963 no era un cargo federal asesinar al presidente de Estados Unidos.

Mark Allen puntualizó que la ley de Derechos Civiles en vigor por aquel

tiempo podía ser aplicada en el asesinato de Kennedy. El Departamento de Justicia podría acusar a los asesinos de conspiración para violar los derechos constitucionales de John Kennedy. Ya que de la violación había resultado la muerte de la víctima, la sentencia prevista era cadena perpetua. Mickey parecía dubitativo y Mark prometió enviarle una copia del estatuto.

—En gran parte depende de lo que Michel diga —remarcó Mickey.

Le comenté que la idea de que Nicoli intentara echarse atrás me había aterrorizado durante toda la semana.

—Bueno, no creo que vaya a jugar conmigo —contestó Mickey—. Le protegí y sabe que puede contar conmigo. Michel no me preocupa; el problema es David. Lo que tienen que hacer es emplearse a fondo con David, ya que Michel solo no llevará esto adelante.

Jim indicó que convencer a David era un asunto complejo.

—No tiene nada de complejo —replicó Mickey—. Está en la cárcel, sólo puede salir ganando si coopera. Alguien tiene que ir y decírselo. No se le puede prometer nada concreto, pero hay maneras de llevarlo y se consiguen arreglos. Lo he hecho montones de veces con esos franceses.

En aquel momento se me encendió una luz. Anuncié a Mickey que nadie más que él podía hacerlo. Tenía que ir a París y decirle exactamente lo que nos acababa de comentar. Le convencería para que declarara. Como era el hombre que había protegido a Nicoli durante todos estos años, sería digno de crédito para David. ¿Lo haría?

Mickey se recostó en su sillón.

—Lo haré si David está dispuesto a cooperar. No pienso ir hasta París para atornillarle y tal vez volver de vacío. Si quiere confiar en mí y entregarme una confesión completa, sincera, entonces sí. Pero ir y negociar con él, no tiene sentido.

Una vez fuera, Jim subrayó:

—Nunca pensé que participaría en una reunión como ésta. No precisamente con un caso así.

Mark Allen asintió. Todos estábamos embriagados con la idea de que era posible presentar acusaciones.

El siguiente paso, de todas formas, era el encuentro con Nicoli. Una vez que empezara el relato del asesinato delante de Tobin, ya no podría dar marcha atrás. Sería el punto crucial de la investigación y el pánico me devoraba. ¿Y si se negaba a cooperar? ¿Y si ni siquiera se presentaba?

El viaje con Mickey Tobin resultó fascinante y entretenido. Me explicó anécdota tras anécdota de sus años en el Departamento de Policía de Nueva York, como agente de aduanas y como oficial de la DEA. Había intervenido en varios casos importantes y tenía un estilo mundano de describir personas y hechos que reforzaron mi impresión de que había escogido a la persona adecuada.

Pese a haber sido ascendido a altos cargos burocráticos, Tobin no había dejado de ser, en esencia, un policía. Siempre que yo mencionaba a un policía o una

incursión, su primera pregunta era: «¿Cuántos arrestos hicieron?» El valor de la operación era directamente proporcional al número de detenciones.

Le pregunté por qué se había especializado en narcóticos.

—Es un juego —contestó—. Uno sabe que es juego, ellos saben que es un juego. Hay reglas y quien mejor juega, gana. Si ganas tú, ellos van a la cárcel. Habré enviado a unas tres mil personas al talego. Soy bueno en el juego.

Hablamos sobre David, sobre Nicoli, sobre los viejos casos franceses, luego sobre nuestras familias y oficios. Me dio la impresión de que nos hacíamos amigos y me alegraba. Admiraba y respetaba a Mickey. Estaba seguro de que si alguien de dentro del sistema tenía el valor y la independencia de llevar la investigación hasta las últimas consecuencias, sería él.

Cuando aterrizamos en la ciudad cerca de la que estábamos citados con Nicoli, Mickey le telefoneó a un número acordado. No hubo respuesta.

—Se habrá entretenido en alguna parte —comentó Mickey.

Alquilamos un coche y nos dirigimos hacia el lugar del encuentro. Otras dos veces Mickey se detuvo para llamar sin que nadie contestara. Insinué que Nicoli tal vez había puesto pies en polvorosa.

—Podría considerar que le diera esquinazo a usted —dijo—, pero nunca lo haría conmigo. Nunca se imaginaría por lo que tuve que pasar para conseguir que declarara. Ya le expliqué que era famoso por no hablar; lo hizo sólo por su familia. Yo me he ocupado de ellos durante años. Vendrá.

Llegamos al restaurante donde habíamos quedado citados. Preparamos la estrategia y le dije que cuando yo hubiera llevado la conversación tan lejos como pudiera, les dejaría solos. No lo consideró necesario, pero yo insistí, añadiendo que no le preguntaría sobre lo que Nicoli le hubiera confiado.

Aguardamos en el vestíbulo hasta la hora prevista, pero Nicoli no aparecía. Pasaron quince minutos, luego veinte. Mickey volvió a telefonear, pero no hubo respuesta. Por fin, vi a Nicoli que avanzaba por el área de aparcamiento. Me di cuenta de lo muy nervioso que yo estaba.

—Ahí viene —dije a Mickey—. Ahora recuerde, si esto sale bien le espera un espacio en el show de Donahue y una película basada en su vida, con Robert Redford interpretando su personaje.

—No —dijo sonriendo con ironía—. Quiero que sea Clint Eastwood.

Michel pidió excusas y explicó el origen de su retraso. Le informé de la reacción de David al saber que no se avenía a proporcionar la declaración jurada.

—Sabía que lo entendería —sonrió Nicoli.

Entonces le pregunté si yo podía declarar en su lugar. Dijo que lo encontraba perfecto.

—Pero no diga dónde nos encontramos —añadió.

No era cuestión de perder el tiempo.

—Creo que Mickey debería escuchar lo que usted me reveló —dije a Michel. Después relaté la historia tal y como la sabía por él y por David.

Mickey no abrió boca cuando dejé para Nicoli los detalles del asesinato, su conocimiento del encargo, la identidad de los francotiradores, sus movimientos y sus

contactos. Aunque se mostró mucho más cauteloso y moderado que cuando estuvo a solas conmigo, para mi alivio confirmó la historia esencial.

Cuando abordé el asunto de la reunión en Buenos Aires en la que por primera vez había surgido el tema del asesinato de Kennedy, empezó a contestar con evasivas. No recordaba haberme dicho que Sarti hubiera indicado a Le Petit comentando que habían estado en Dallas. La información le llegó de forma mucho menos directa, afirmaba ahora. Sin embargo, aportó un nuevo e importante detalle. Primero me había revelado que sólo él, David, Sarti y Le Petit estaban presentes en la reunión. Ahora aseguraba la presencia de un quinto hombre.

Le pregunté quién era, pero Nicoli contestó que no lo recordaba. Continué el interrogatorio, pero se limitó a decir que el quinto hombre era corso, un miembro de la banda.

Existía una discrepancia importante. Surgió cuando le pregunté por el asunto de la heroína que tuvo lugar en su apartamento de Buenos Aires después del asesinato. Si antes me había dicho que los tres hombres fueron a verle a principios de 1964 para colocar la droga, ahora insinuaba que pudo ser en 1965.

—Un pago demasiado retardado —indicó Mickey.

Insistí en que Nicoli dijo que había sido en enero o febrero de 1964, pero ya no parecía estar seguro. Dejé la cuestión de lado y me dediqué a la identidad de los asesinos.

Repitió que había oído la historia por boca de Sarti y Le Petit de tal forma que quedara claro que habían estado implicados. A continuación explicó cómo a través de conversaciones aparte había llegado a la conclusión de que Le Blanc era el tercer hombre.

Mickey le interrogó sobre Le Blanc: ¿estaba con Ricord, formaba parte del grupo de Sarti, qué aspecto tenía, quiénes eran sus socios, cuándo le había visto por última vez? Nicoli nos aseguró que le reconocería si viera una foto.

De vez en cuando, Nicoli protestaba con timidez alegando que no sabía mucho del asunto. No era él quien hacía las preguntas, sino David; sólo conocía algunos aspectos de oídas. Se disculpó varias veces, lamentando no ser de mucha ayuda.

—Oye, Michel —dijo Mickey finalmente—, sabes que siempre te he protegido, ¿no? Y que siempre he hecho lo mejor para ti. Pero esto es demasiado importante como para que lo pase por alto. ¿Por qué nunca antes me habías hablado de esto?

Nicoli se encogió de hombros.

—De lo único que se me preguntó siempre fue de drogas —contestó.

—Bueno —Mickey continuó—, tengo el deber de profundizar en esto. Se trataba del presidente de Estados Unidos. ¿No te causó ninguna impresión cuando comprendiste de lo que hablaban?

Al igual que había hecho conmigo, Nicoli le explicó que en cuanto a los corsos se refería, se trataba sólo de otro encargo. No le había sorprendido especialmente oírlo, ni tampoco le había dado más importancia.

Mickey le pidió que confirmara que Antoine Guérini estaba detrás del contrato. Michel rectificó. Antoine había sido el intermediario, el encargo había llegado desde la jefatura de la Mafia americana.

—¿Lo escuchaste con tus propios oídos? —le preguntó Mickey.

—Se sabía —respondió Nicoli.

Ambos le interrogamos durante unos minutos y luego dije que debía telefonear a casa, me levanté y salí al vestíbulo. Al cabo de veinte minutos llegaron Mickey y Nicoli.

—Muy bien, Michel —decía Mickey—, me pondré en contacto contigo. Hazte cargo, no me queda otro remedio... tengo que investigar este asunto.

Nicoli dijo que lo comprendía.

Le di las gracias de nuevo por su cooperación.

—La verdad es que no soy de mucha ayuda —contestó—, no sé gran cosa.

Nos estrechamos las manos y Mickey y yo lo vimos cruzar el parking y perderse en las sombras. Luego volvimos a nuestro coche de alquiler.

Tan pronto estuvimos dentro me dirigí a Mickey.

—Antes de seguir adelante —dije— deje que me asegure de que estamos de acuerdo. ¿Está convencido, después de la conversación, de que Michel dice que Sarti, Le Petit y Le Blanc mataron al presidente?

—Sí —afirmó Mickey.

—Gracias a Dios —fue todo lo que pude contestar.

En nuestro viaje de vuelta Mickey y yo repasamos las conclusiones de la reunión. Él pensaba que había ido bien, pero yo me lamentaba de la relativa cautela de Nicoli.

—Es un hombre extraño —dijo Mickey—. Cooperará, pero no de una sola vez. Con él es cuestión de tiempo. Creo que deberíamos dejarle tranquilo durante una temporada y después volver al ataque por etapas. Si su línea de conducta es la de siempre, poco a poco se abrirá. Pero ignoro cuánto más pueda saber.

Le pregunté si pensaba que podíamos presentar acusaciones con el único testimonio de Michel.

—De ninguna manera —contestó—. Nadie iniciaría un proceso partiendo sólo de lo que nos ha contado. La pieza clave es David.

—¿Iría a París a verle? —inquirí.

—Ya le dije que no pienso ir a negociar. Si se compromete a hacer una confesión completa y sincera de lo que sabe, iré.

Le contesté que casi cuatro años de relación con David me habían convencido de que nunca se comprometería a nada hasta que se hubiera hecho un pacto para liberarle.

—Entonces puede pudrirse ahí dentro —respondió Mickey—. No puedo hacer nada por anticipado. No es ésa la forma en que funcionan estas cosas.

Era una decepción tener que aceptarlo. Una vez más argumenté la singularidad del caso, su importancia para la historia, la necesidad de conseguir la verdad. Las normas tendrían que ser más flexibles si había que solucionar este caso, y serían precisas las excepciones.

—Hablas como si David estuviera en situación de exigir —protestó Mickey—. Está en la cárcel y es donde va a quedarse. Se encuentra desesperado y por su propio interés tiene que negociar con nosotros.

Le recordé que se había negado firmemente a hacerlo en el pasado. Ahora se enfrentaba a un juicio en enero. Si era declarado culpable, sería imposible hacer ningún trato con los franceses.

—No hay nada imposible —rebatió—. Y, además, ¿sabe lo que pienso? Que lo mejor que podría ocurrir sería que le dieran un mazazo declarándole culpable. Entonces sí que reaccionaría.

Le mencioné que Nicoli había confirmado la coartada de David, que me había dicho que David no había matado al policía francés. Mickey pareció de verdad sorprendido.

—¿Michel te dijo eso?

Le aseguré que sí.

—¡Jesús! —comentó con voz pausada.

Le pregunté qué haríamos ahora.

—Iremos por pasos —contestó—. Primero, descubriremos dónde está Le Petit. Llamaré a mi hombre en Marsella. Luego tendremos que averiguar quién es Le Blanc.

¿Qué me decía del quinto hombre presente en la reunión inicial?, le pregunté. Estaba seguro de que Michel sabía quién era, pero no estaba dispuesto a facilitar la información de buenas a primeras. Si lográbamos identificarle y seguía vivo, podría ser una alternativa al problema de convencer a David.

Mickey opinaba que si Michel no hubiera querido nombrar al quinto hombre, no le habría mencionado. No obstante, aseguró que abordaría el tema durante la próxima conversación con él.

Dije que volvería a Francia otra vez en enero y le pedí que me pusiera en contacto con el agente de la DEA en Marsella.

—Es Juke —contestó—. Le llamamos Juke porque nadie es capaz de pronunciar su nombre: Igor Nowojniuk. Usted también puede llamarle Juke. Le comunicaré que va a ir.

Le solicité también una presentación para el justiciero de David, Le Moüel, así como para su sucesor en la policía parisina. Mickey dijo que se ocuparía de todo. Con su ayuda, estaba convencido, sería posible dar con la identidad de Le Blanc y con su paradero.

En pocas semanas, Mickey Tobin me proporcionó alguna información básica sobre Le Petit y una fotografía. Había nacido en Córcega en 1942, por lo que tenía veintiún años en la época del asesinato. La foto era antigua, obtenida cuando contaba poco más de veinte años. Mostraba un joven cetrino, de mirada profunda y labios tensos. Su cabello era negro y abundante y llevaba una incipiente barba. Tenía los ojos grandes y oscuros, las cejas muy marcadas. En conjunto, un muchacho no mal parecido, pero con un inconfundible aire de dureza.

Observé la imagen, preguntándome al igual que había hecho con la de Sarti, si habría matado al presidente de Estados Unidos. Ahora que sabía que uno o tal vez dos de los asesinos estaban vivos, sentía la imperiosa necesidad de enfrentarles con sus hechos. Y estaba convencido de que ese momento llegaría.

La pregunta que durante tanto tiempo había esquivado...: si estaba dispuesto a

morir con tal de descubrir la verdad sobre el asesinato del presidente, estaba ahora fija en mi mente. Lo estaba y, en mi perturbado estado mental, había empezado a creer que la muerte era inevitable.

Conforme se acercaban las Navidades de 1987 el torbellino que había en mi mente aumentó. Entraría en mi cuarto año de investigaciones; cuatro años de sacrificios, separaciones, frustraciones y riesgos. Nada importaba siempre que me encontrara frente a frente con los responsables y escuchara de sus labios la verdad sobre la historia reciente de mi país. Nada inferior a esto valdría por lo que mi familia y yo habíamos pasado.

Apenas pasaba una noche en la que no me acostara imaginando mi pecho atravesado por una bala. Soñé la escena docenas de veces: un encuentro en un café de Marsella, una pistola, un estallido. Y aunque a menudo me despertaba gritando, la sensación me agradaba. Para mí significaba la prueba definitiva, irrefutable, de que había encontrado a los asesinos, de que había resuelto el enigma.

Empecé a preguntarme si mi investigación no sería una elaborada forma de suicidio. Y si también utilizaba corsos para llevar a cabo una *vendetta*, ésta contra mí mismo.

Mi mujer se hartó de mi melancolía. No podía culparla. Mi obsesión con el caso había destrozado nuestro matrimonio, emocional, financiera y espiritualmente. Cada vez estaba más malhumorado y distante, y apenas si hablábamos de nada profundo. Nos planteamos la separación, pero ni uno ni otro disponíamos de medios para mantener una casa. Además estaba nuestro hijo. Yo no quería que viviera con una familia rota y no soportaba la idea de estar alejado de él.

Y se estaba preparando otro viaje a París después de Año Nuevo, por lo que estaría fuera todo un mes. El gasto nos arruinaría, lo sabía, pero tenía que asistir al juicio de David. Antes tenía que confrontarle con las revelaciones de Nicoli y hacer un último esfuerzo para lograr que cooperara con Mickey Tobin.

Si fallaba, me vería obligado a declarar en su nombre haciendo lo que pudiera para convencer al jurado de que le exculpara. En tal caso conseguiría su historia por fin, pero a costa de quedarme en Europa más tiempo, acaso otro mes. Para entonces, lo veía claro, no quedaría nada, ni de nuestras finanzas ni de nuestro futuro juntos.

¿Qué elección tenía? Llamé a Jim Lesar para hacerle una simple pregunta:

—Si lo dejo ahora, si abandono, ¿alguien más seguirá adelante?

—No —respondió.

En noviembre, el director de una cadena de televisión británica se puso en contacto conmigo. Estaban preparando un documental sobre el asesinato para el vigésimo quinto aniversario, me dijo, en noviembre de 1988. Bud Fensterwald y Tink Thompson le habían hablado de mi trabajo.

Me sentía limitado en cuanto a lo que podía decirle, pero le expliqué a grandes rasgos lo que tenía entre manos. Me solicitó que colaborara en el programa, añadiendo que debería ir a Inglaterra para ponerme de acuerdo con los productores del documental. Se ofrecieron a pagarme el viaje y quedamos citados para prin-

cipios de enero. Fuera cual fuera el resultado, esto me permitiría al menos estar en Europa durante el tiempo del juicio de David.

Mickey Tobin me llamó a primeros de diciembre para comunicarme que se disponía a notificar a sus superiores en la DEA que deseaba hacerse cargo de una investigación sobre el asesinato de Kennedy basado en las declaraciones de Michel Nicoli. Me pidió que le enviara de inmediato una breve cronología de los hechos, empezando por mi encuentro con Michel, incluyendo fechas, lugares y contenido de mis conversaciones con David.

Volvió a llamar el mismo día más tarde para decirme que iba a reunirse con su jefe y para preguntarme si tenía el resumen preparado. Lo tenía, pero cuando me solicitó que se lo leyera por teléfono, le dije que eran cuatro páginas.

—Pues déjelo en una página y vuelva a llamarme —dijo.

Cuando lo hice, tomó notas él mismo y luego comentó:

—Vale, voy a hacer que lo mecanografíen, adjuntaré una carta y lo subiré.

Le pregunté qué oportunidades había de que le autorizaran a llevar a cabo una investigación independiente.

—Lo que me fastidia —contestó— es que no es un delito contra el artículo 21. No se trata de narcóticos, es un homicidio. Compréndalo, nada me gustaría más que me destinaran para investigar este asunto a plena dedicación, pero tengo que respetar el reglamento.

La respuesta no tardó en llegar. Cuando me disponía a salir para Europa, llamó Mickey.

—Justo lo que pensé —dijo—. Mi jefe está interesado, se fía de Michel, pero la pega es que no entra en nuestra jurisdicción. Sólo dos agencias pueden investigar el caso. Una es la oficina del fiscal de distrito de Dallas, la otra el FBI.

Quise saber lo que pensaba hacer.

—Ya está hecho, mi jefe adjuntó una carta a mi memorándum y la llevamos a la Agencia. Allí hay un tipo con el que suelo trabajar, es un hombre honrado. Él se hará cargo.

Me pareció un atropello. Le dije con brusquedad que la experiencia del FBI con el caso había sido nefasta, si no francamente corrupta.

—Escuche —contestó—, ya le advertí al principio que antes o después, por cuestión de protocolo, tendría que informar a la Agencia de este asunto. Les pertenece a ellos, no a mí. He llegado hasta aquí por Michel y a través de su amistad por usted. Pero sabía que la Agencia tenía que intervenir.

—Han tenido veinticinco años para investigar —repliqué— y han fallado por completo.

Le aseguré que confiaba en él, pero no en el FBI. Sólo él podía convencer a David para que cooperara.

—Lo que hice —dijo— es presentar una solicitud formal en mi carta adjunta para que me encargaran de dirigir la investigación. Conozco los hechos básicos, trabajé con usted. Ya lo han hecho otras veces, no es tan extraño, así que confío en que me autorizarán. Pero si no lo hacen, tengo las manos atadas. Sea como fuere, lo primero que harán es hablar con usted. Es probable que reciba una llamada de la oficina de Los Ángeles en la que le anunciarán la visita de alguien.

Ya no pude controlarme y estallé. Dije que no tenía la menor intención de hablar con ningún agente del FBI, que mi investigación me había convencido de que el FBI era un puñado de burócratas chapuceros que extraviaban documentos y que habían fallado de una manera miserable en resolver el misterio de la muerte del presidente. De ninguna forma, proseguí furioso, les iba a entregar los resultados de casi cuatro años de búsquedas y riesgos por mi parte, haciendo el trabajo que ellos debieron realizar veinticinco años atrás. No estaba dispuesto a colaborar, no hablaría con ellos y ni siquiera les dejaría poner los pies en mi casa.

—Bueno, es su derecho como ciudadano negarse a cooperar con el FBI —contestó Mickey—, pero yo sé cómo funcionan. Si rehúsa tratar con ellos, darán carpetazo al expediente. Y esto no es lo que quiere. Tarde o temprano va a necesitarles, puesto que este asunto es competencia suya.

Enumeré con rapidez los fracasos y falsificaciones más flagrantes de la investigación del asesinato por parte del FBI. Insistí en que, en cuanto a este caso se refería, la Agencia era una organización corrompida que había demostrado no tener el menor interés en resolverlo.

—De eso no sé nada —replicó Mickey—. Lo único que sé es que el hombre que se hará cargo es un elemento honesto. Le conozco desde hace mucho tiempo. Es más, ni siquiera estaba en la Agencia cuando se produjo el asesinato, así que no tiene intereses creados. Bueno, el caso es que respondí de usted en la carta que les dirigí, y lo mismo hizo mi jefe. Por lo tanto, no van a cruzarse de brazos.

Le pregunté por David.

—Si me asignan el caso —respondió Mickey—, y creo que lo harán, y si David quiere cooperar, iré a tomarle declaración.

Subrayé que, suponiendo que David cooperara con él en consideración a mí y a Michel, bajo ninguna circunstancia nadie del FBI debía hacer el menor movimiento para acercarse a él. Ya había dejado claro que desconfiaba y temía al FBI. Si ellos iban a verle, nunca me perdonaría. Me aseguró que así lo haría constar.

—Entretanto, tenga por seguro que recibirá noticias de la Agencia. Mi consejo es que reflexione bien cómo va a llevar el asunto, ya que tienen sus propios métodos de trabajo y acaso saliera perjudicado.

Como siempre que me encontraba en el dilema, llamé a Tink Thompson. Le expliqué la situación, aún enfurecido. Thompson no se mostró optimista.

—Desde luego no puede hablar con un par de agentes de a pie —contestó—. Quiero decir que sólo Dios sabe qué informe harían y todo dependerá de lo que ellos escriban. No puede controlar eso, pero sí las circunstancias bajo las cuales colaboraría.

Le pregunté a qué se refería.

—Bueno, su objetivo es que la Agencia destine a Tobin, ¿no? Por lo tanto, utilice lo que tiene como ventaja. Cuando se presenten los agentes en su casa, dígales que estará encantado de responder a cualquier pregunta que la Agencia quiera hacerle, pero que sólo hablará con la persona responsable del nombramiento de Tobin. Desentiéndase de los mensajeros y trate directamente con el tipo que esté al mando de la investigación. Yo, si estuviera en su lugar, insistiría en hacerlo en presencia de Tobin.

Me apresuré a aceptar la sugerencia. Este asunto no podía ni debía ser considerado como cualquier otra operación del FBI. Ya había llegado a un lugar muy alto dentro del Departamento de Justicia y tenía que quedarse allí. Una vez más, estaba en deuda con Thompson.

—Hey, amigo —dijo—, usted es quien está metido en esto. Si puedo ayudarle un poco, me complace.

En Navidades aún no se habían presentado y yo me marchaba el dos de enero. Le dije a mi esposa que si el FBI venía por allí, les dijera que estaba en Europa y que me pondría en contacto con ellos cuando volviera.

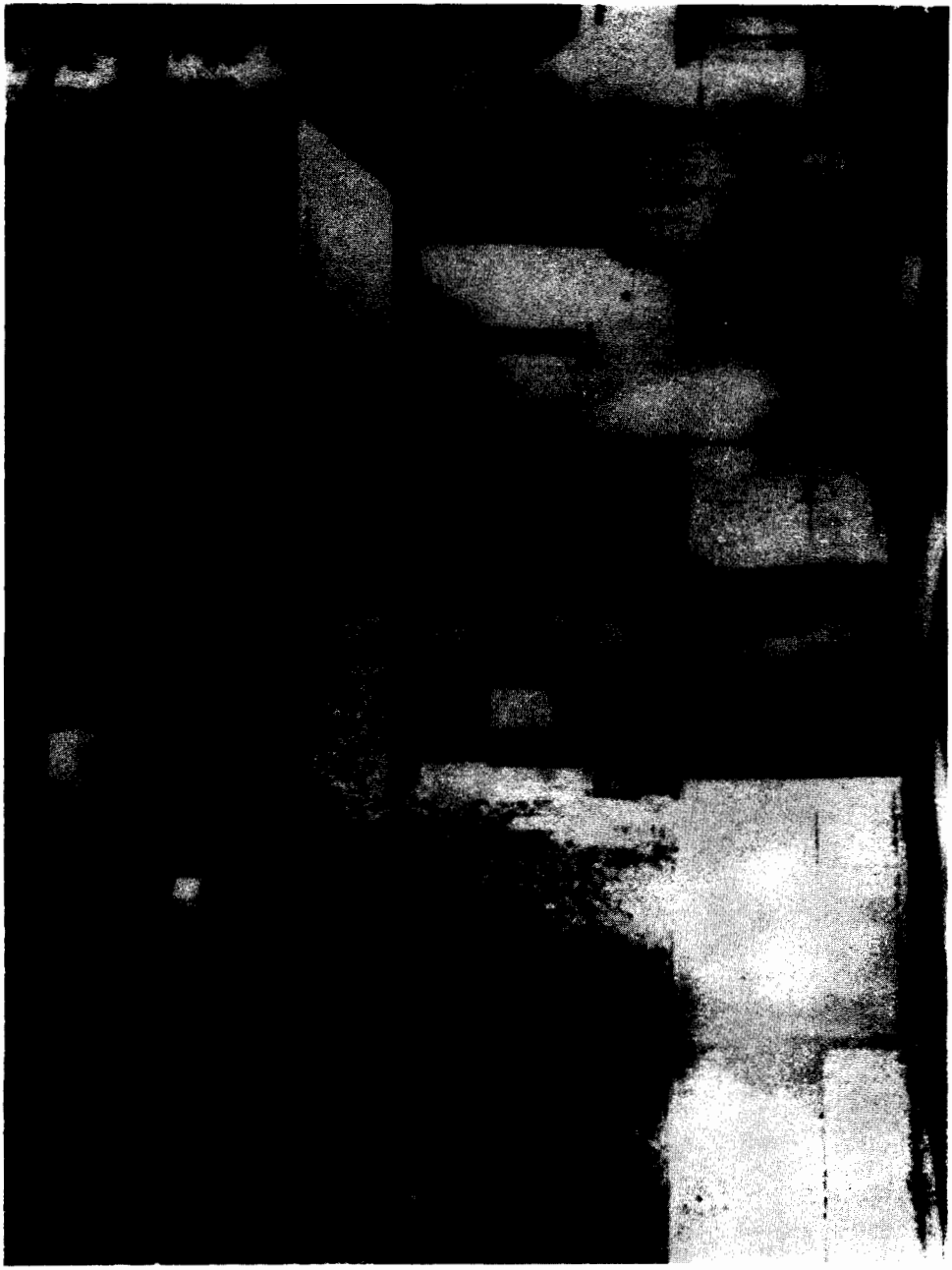
El día de Nochevieja, paseábamos con el coche por Colorado Boulevard, en Pasadena, donde miles de personas esperaban presenciar al día siguiente el Desfile de la Rosa. Habíamos confeccionado galletas de chocolate crujientes y mi hijo las distribuyó entre los niños acampados con sus familias en las aceras. Fue el mejor momento que pasamos juntos desde hacía meses.

Dos días después me acompañaron al aeropuerto. Mi hijo tenía tres años y medio. Me pidió que le trajera de Francia un coche de control remoto. Mi mujer lloró y me besó al despedirme.

NOTAS

LA COYUNTURA: MICKEY Y MICHEL, 1986-1987

1. En el juzgado belga constan los siguientes documentos: testimonios de Jean Tshombe, Nestor Albessart, Yvonne Janssens, Charles Sigal, Octave Fauvel, Jacques Hambursin, Marcel Hambursin, Jacques Goddard. Informes del fiscal, A. Merlot, al juez instructor, Durant. Declaración de Francis Bodenan. Informe de la comisión investigadora dirigida por el juez Durant. Informe de la comisión investigadora dirigida por el fiscal J. Velu. Informes de los investigadores del juzgado, Jans Guillaume y Jacques Fabu.
2. *The National Reporter*, Vol. 10, n.º 3, primavera de 1987; Vol. 10, n.º 4 y Vol. 11, n.º 1, otoño de 1987.



Stephen Rivele, autor de este trabajo, entrando a la prisión de la Santé un día de este año de 1988.

VII. LOS JUICIOS DE CHRISTIAN DAVID, 1988

Tan pronto como el contrato con la cadena británica estuvo firmado, Nigel Turner, el director, dijo que tenía algo que mostrarme. Había aceptado ser un asesor retribuido del programa del aniversario y como tal estaba comprometido a guardar silencio sobre su contenido, incluidos los resultados de mi investigación, hasta el 25 de noviembre de 1988.

Era tarde y estábamos solos en las oficinas de la cadena. Turner sacó del portafolios una serie de grandes fotografías, la primera de las cuales reconocí como la instantánea del asesinato obtenida por Mary Moorman. Las siguientes ampliaciones no decían nada visualmente, ya que no eran más que un conjunto de manchas borrosas en blanco y negro.

Un grupo de expertos había estado trabajando con computadora en la foto de Moorman durante meses, me explicó Turner, y aquél era el resultado. Añadió que nadie más, aparte de los expertos y él mismo, había visto lo que se disponía a enseñarme.

Entonces sacó el producto final, una gran copia en blanco y negro. Era desde luego un importante descubrimiento. Ampliaciones sucesivas habían convertido las sombras confusas en una imagen.

Sobre la línea mellada de la verja en el montículo el misterioso hombre armado era ahora claramente visible, con la cabeza inclinada hacia adelante, detrás de la mirada telescópica del rifle. Mary Moorman le había captado en el preciso momento del disparo. Incluso se veía humo en el cañón.

Lo más inquietante de todo era la vestimenta del francotirador: llevaba el uniforme de oficial de la policía de Dallas. El brillo de la placa y el arco del galón sobre el hombro parecían inconfundibles.

El director me mostró primeros planos de la cara del hombre. ¿Le conocía yo?, preguntó.

Los rasgos no estaban bien definidos, poco más que una mancha. Saqué la fotografía de Sarti.

—¿Sabe? —exclamó el director—, creo que es él.

No era posible estar seguro, pero Sarti no quedaba descartado. La forma del rostro era la misma y la raíz del pelo mostraba la pulcritud artificial de un bisoñé.

La última ampliación significó otra sorpresa: había otro hombre al lado del francotirador. Era alto, delgado y con cabello rubio. Llevaba una camiseta deportiva y un sombrero de aspecto extraño.

—Le he dedicado mucho tiempo a ese sombrero —indicó Turner— intentando determinar qué era. Fíjese en la copa y la pequeña visera. Finalmente lo descubrí: es un casco de obrero de la construcción.

Tenía razón. La forma, una vez lo hubo mencionado, era obvia. Turner me recordó que había un edificio en construcción cerca de la plaza Dealey. Howard Brennan, por ejemplo, el hombre que había asegurado ver a Oswald disparar desde la ventana, llevaba un casco igual.

Estudié la fotografía durante un buen rato, tratando de empaparme de los mínimos detalles. Sin embargo, lo que no pude desentrañar era el sentido de tristeza que la imagen me inspiraba. En efecto, mientras contemplaba al asesino en el preciso momento de disparar contra el presidente, me sentí aplastado por la melancolía.

Era como si sólo ahora llegara a poner las manos encima a la realidad del asesinato. Alguien quiso matar a John Kennedy, contrató hombres para que lo hicieran y éstos cumplieron. En este momento estaba viendo a uno de ellos en el preciso instante del asesinato.

Felicité a Turner y le dije que había conseguido una de las fotografías más importantes del siglo xx y una de las más tristes.

Desde Londres llamé a mis contactos en Marsella para anunciarles mi llegada al cabo de pocos días. Tenía pensado pasar un par de semanas allí para intentar identificar al misterioso Le Blanc. Mi última llamada fue para el agente de la DEA, el enlace de Mickey Tobin.

—Si es usted amigo de Mickey —me aseguró Juke con fuerte acento neoyorkino— estoy a su entera disposición.

Era un cambio favorable después de mi primera experiencia con el consulado de Estados Unidos en Marsella...

Llegué a París y me encaminé directamente a La Santé. David estaba deprimido. No podía aceptar que el juicio tuviera lugar y sudé lo indecible para hacerle comprender que todavía existía una posibilidad de evitarlo.

Le hablé de Mickey Tobin y de sus relaciones con Nicoli. ¿Estaba dispuesto a colaborar con Tobin como intercambio por la perspectiva, no la promesa, de un trato? David se negó: antes debía tener garantizada la liberación. Siempre me lo había dicho así y ahora no pensaba cambiar de idea. Si le exculpaban, yo tendría la historia. Si le condenaban, moriría en la cárcel.

Luego le informé de que me había encontrado con Michel y me lo había explicado todo. La noticia pareció calmarle.

Le mostré la foto de Le Petit y le pregunté si sería peligroso para mí intentar localizarle.

David contempló la fotografía con un aire extrañamente distante.

—No tengo ni la menor idea de lo que hace ahora —dijo.

—¿Pero me arriesgo si intento verle?

—Eso depende de lo que tenga entre manos. En los viejos tiempos, sí, era un hombre muy peligroso.

Le pregunté por Le Blanc. De nuevo pareció distante.

—Tampoco supe nunca su verdadero nombre. Esta gente, algunas veces no quiere que se sepa quiénes son. Puedes trabajar con ellos durante años, y no llegas a enterarte.

¿Qué podía decirme de él? ¿Era un asesino?

—Más bien un organizador —contestó David—. Era amigo de Sarti desde la infancia.

Le pregunté si supondría un peligro para mí tratar de encontrarle.

—Todo esto ocurrió hace muchos años —contestó—. Dudo que ni siquiera lo recuerden.

—Pero era el presidente de Estados Unidos.

—Hicieron muchos trabajos. Éste no fue el primero ni el último. Para ellos no tenía nada de especial.

Seguimos hablando durante unos minutos, en voz baja y con cautela, sobre el tema que David había esquivado durante tanto tiempo. En vista de las revelaciones de Michel, parecía más dispuesto a abordarlo.

—No fueron a Dallas en avión. ¿Se lo había dicho? —preguntó.

Sí, contesté. Él asintió.

—Se equivoca si cree que había un cerebro detrás. Las cosas no se hacen de esa forma en el *milieu*. Todos participaban en igual medida en la planificación. El *milieu* era muy democrático. Con el contrato ocurrió lo mismo. No era el caso de América, donde un capitoste da las órdenes. Antoine siempre hacía favores, daba regalos y dinero. Cuando tenía un trabajo decía «tengo un problema» y quienes le debían favores contestaban «deja que te ayude». Así es como funcionaba.

Le pregunté qué más podía decirme sobre la organización del complot y ante mi asombro me respondió, aunque no de forma directa.

—La policía de Dallas nunca encontró un rifle con huellas dactilares, ¿verdad? —inquirió.

Contesté que no.

—Existe un motivo. Me lo explicaron y se lo diré.

Le dije que adelante, y se limitó a sonreír.

Una vez me había dicho que si yo sabía quiénes eran los clientes americanos de Sarti, entendería quién estaba detrás del contrato. Le dije que había investigado y sabía que era la Mafia de Nueva York.

David se burló.

—No sabe quién es el cliente *original* —dijo con ironía.

Le contesté que, según Michel, un quinto hombre había formado parte de la conversación en el bar de Buenos Aires. ¿Recordaba quién era ese hombre?

—Muchas personas conocen a ese hombre del que sospecha —respondió—. Una vez, cuando me arrestaron en Montevideo, la policía me interrogó sobre él.

David se dio la vuelta y observó fijamente la pared del cubículo.

—Había otro hombre —continuó—, con barba... corso. También era amigo de la infancia de Sarti, y el más peligroso de todos. Un excelente tirador con rifle... un asesino... implacable.

—¿Tenía algo que ver con el asesinato? —pregunté.

—De no ser así —contestó David—, conocía hasta el último detalle.

—¿Cuál era su nombre?

David hizo una gran demostración de tratar de recordarlo, para al fin asegurar que no podía.

—Está perdido en alguna parte de mi cabeza... pero... hace tanto tiempo...

El corso barbudo había aparecido de forma tan inesperada y David hablaba de él con tanto despego, que yo ya no sabía qué pensar. ¿Me estaba diciendo que Le Blanc había organizado la conspiración mientras el corso con barba era el tercer asesino? ¿Y quién era ese nuevo sujeto, tan peligroso y tan eficaz?

Entonces le pedí si como favor especial podría contestar una pregunta específica. Sabía que no le gustaba entrar en detalles, pero había un punto que requería respuesta. Me preguntó de qué se trataba.

—¿Mencionó Sarti alguna vez si llevaba disfraz?

—¿A qué se refiere?

—¿Dijo algo sobre llevar ropas distintas de las que solía vestir habitualmente?

David se me quedó mirando durante unos minutos.

—Llevaba puesto un uniforme —contestó por fin.

—¿Qué clase de uniforme?

Intentó contestar con evasivas, pero le presioné.

—Ellos siempre se disfrazaban en trabajos como éste —respondió—. Sí, por ejemplo, había un acuartelamiento militar cerca, llevaban uniforme militar.

No podía ser más explícito. De todas formas, era suficiente.

Antes de marcharme le expresé mi temor de que los asesinos no supieran para quién trabajaron en realidad.

—Lo sabían —me tranquilizó—. Sé que lo sabían e incluí la información en el sobre. Declare en mi lugar, dígales lo que Michel le explicó. Si me sueltan, lo tendrá todo.

Le informé de que me marchaba, pero que regresaría a París para el juicio. ¿Necesitaba algo?

—Como puede comprobar, mi salud no es muy buena —dijo. En realidad nunca le había visto con peor aspecto, encorvado, con el pelo y la barba demasiado largos y enmarañados, la cara como una máscara reseca y grisácea.

—Tráigame algo que me ayude a dormir. Que sea fuerte... Calvados.

Desde París llamé a Juke para que me recomendara un hotel aceptable en Marsella. Después de mi última experiencia en aquella ciudad había decidido ser prudente. Le comenté que no disponía de mucho dinero, pero que pagaría lo que fuera por una habitación decente. Dijo que haría una reserva a mi nombre como huésped del consulado en el Sofitel. Me sugirió que le llamara al llegar.

Tomé el tren para Marsella, deseando llegar tan tarde y discretamente como fuera posible. El Sofitel estaba situado al final del Puerto Viejo, resplandeciente de luz y debía de ser el hotel más lujoso de la ciudad. Era demasiado tarde y estaba demasiado cansado como para ponerme a buscar otro lugar, así que suspiré y entré a registrarme. Pasara lo que pasara, al menos disfrutaría de una noche de bien ganado descanso en Marsella.

Telefoneé a casa, pero no le di a mi mujer el número de donde me alojaba: había decidido no mencionar por teléfono con nadie mis movimientos en Marsella. Me fastidió saber que el dinero de la cadena británica todavía no había llegado. Ella parecía cansada y distante.

Llamé a Juke a su casa y quedamos en encontrarnos al día siguiente en el consulado. Insinuó que el comisario Barbaza, ahora jubilado, tal vez deseara venir. Acepté la propuesta.

Por la mañana me trasladé al más modesto Manhattan, que estaba cerca del consulado. Llamé a Barbaza y le invité a que viniera al hotel.

Hacía más de un año que no le veía, pero apenas había cambiado. Cuando llegó, me condujo hasta una sala poco frecuentada en la parte trasera, escogiendo un lugar donde no fuéramos vistos. Le mostré la foto de Le Petit y reconoció la cara de inmediato. No creía que Le Petit estuviera ahora afincado en Marsella, aunque aparecía por allí de vez en cuando. Barbaza dijo que había vivido con una prostituta cerca del Puerto Viejo y se alojaba en su casa cuando estaba en la ciudad.

Le pregunté por Le Blanc. El nombre no le era desconocido, pero no conseguía ubicarlo. Poco a poco empezó a relacionarlo. Había un expediente antiguo, recordó, en los archivos de la policía. En él aparecían los nombres de Sarti, Le Petit y otros. Estaba seguro de que el seudónimo Le Blanc también constaba, aunque no podía asociarlo a un apellido.

Era la hora de ir al consulado. El aspecto de Juke no hacía justicia a su voz grave y tosca. Era un cuarentón elegante, con cabello y bigote negros y la pose sin afectación de un policía de Manhattan. No me extrañaba que Mickey le tuviera en un concepto tan alto, pensé, estaban cortados por el mismo patrón.

Juke nos hizo subir a su despacho y nos presentó a un caballero, su jefe, que acababa de llegar desde París de visita.

—Hágase a la idea de que puede hablar con absoluta confianza con ambos —dijo, mientras nos acomodábamos alrededor de su mesa.

—Mickey me habló un poco de lo que usted está haciendo —continuó—. ¿En qué puedo ayudarle?

Fui lo más breve y conciso posible. Tardé unos diez minutos en ponerle al corriente de mi trabajo, o al menos de todo lo que guardara relación con sus posibilidades de colaborar. Su superior, un hombre grandote vestido de gris con enorme mostacho, se iba inclinando más y más hacia adelante en su silla mientras yo hablaba. Por fin, estaba boquiabierto. Era evidente que Juke no le había puesto en antecedentes del asunto.

—¿Y Tobin sabe todo esto? —preguntó el jefe.

Le aseguré que sí.

—¿Y lo cree?

Le dije que el testimonio de Nicoli le bastaba.

Juke intervino para decir que conocía a Nicoli como testimonio y compartía la confianza de Mickey en él.

—Pero ¿por qué querría el hampa de Marsella matar a Kennedy? —inquirió el jefe, casi consternado.

Le expliqué que Antoine Guérini había sido sólo el intermediario para la contratación de los asesinos. El encargo procedía de otra parte. El jefe quiso saber de dónde.

—Por todo lo que he leído sobre el caso, y por lo que David y Nicoli han revelado —contesté—, creo que los instigadores incluían a Carlo Gambino de Nueva York, Sam Giancana de Chicago, Santos Trafficante de Florida y Carlos Marcello de Nueva Orleans.

Mi punto de vista era que la idea del asesinato había sido una iniciativa de Marcello, que después consiguió el apoyo de los demás.

El jefe de Juke negó con la cabeza. Tuve la impresión de que había estropeado lo que tenía que haber sido una inspección rutinaria.

Les hablé del objetivo de mi viaje a Marsella. Necesitaba saber la identidad de Le Blanc, dije a Juke. Le informé de que Nicoli nos había asegurado que era muy conocido en el *milieu* bajo ese apellido. Juke miró a Barbaza para que diera su opinión.

Barbaza fumaba un cigarrillo.

—Ese nombre está en alguna parte de mi cabeza —dijo—. Le Blanc... Le Blanc... pero no puedo recuperarlo. Lo he visto en un expediente, con Sarti y su banda.

Se les ocurrieron varios candidatos, pero al final se pusieron de acuerdo en que eran conocidos como Le Blond en vez de Le Blanc. Juke prometió encargar a alguien la tarea de identificarle por los archivos de la DEA.

Pregunté si había alguien del antiguo *milieu* con quien pudiera hablar que hubiera conocido a Le Blanc.

—En primer lugar —intervino Juke—, no estoy muy seguro de que nadie abandone el *milieu*. Pero, además, esos tipos no hablan. Quiero decir que si intenta acercarse a ellos, incluso a través de alguna persona que conozcan, o es un policía o un confidente. Lo mínimo que puede ocurrirle es no conseguir nada. Recuerde que Marsella sigue siendo una ciudad peligrosa. No es como la Little Italy de Nueva York, donde todo el mundo sabe cuándo un extraño llega a fisgonear, se corre la voz y todos se cierran como una almeja. Aquí alguien llega curioseando y termina en el Puerto Viejo.

Le pregunté si podía averiguar dónde estaba Le Petit.

Barbaza creía que estaba en España, pero Juke disponía de información más puntual.

—Está en Colombia —afirmó—, en Medellín. Trabaja con Jean Claude Kella y otros individuos de la *French Connection*. Pero suele venir un par de veces al año, por lo general desde Italia. Atraviesa la frontera de incógnito. Siempre sabemos cuándo está aquí porque es un gran derrochador. Juega continuamente.

Dije que quería todo lo que hubiera en los archivos de la DEA y la policía de

Marsella sobre Sarti y Le Petit, incluidas las huellas digitales para compararlas con las existentes en el Archivo Nacional. Juke me confirmó que las proporcionaría, aunque a Mickey y no a mí. Si Mickey quería compartir la información conmigo, era asunto suyo. De todas formas, no ocultaría nada.

La reunión duró varias horas y le estaba muy agradecido a Juke por el tiempo que me había dedicado. Me marché con la misma impresión que tuve durante mi primer encuentro con Mickey: era un funcionario público sensato, honesto y libre de prejuicios. Más aún, estaba seguro de que ahora se sentía personalmente interesado en la investigación y haría todo lo que pudiera para que siguiera adelante.

Pasé el resto de la semana «peinando» Marsella en busca de pistas para encontrar a Le Blanc. Utilicé todos los contactos que tenía en Marsella e inicié otros. Nadie parecía conocerle. Y sin embargo estaba bastante convencido de que tenía que estar en alguna parte de Marsella.

Geneviève Roux, que había localizado a la viuda de Lucien Sarti, me ayudó de forma desinteresada, llevándome en coche por toda la ciudad, presentándome a sus contactos y sugiriéndome otros, con algunos de los cuales, advirtió, debía andarme con ojo. Pronto abandoné mi determinación de ser discreto, dando el número de teléfono del Manhattan a cualquiera que presintiera podía ayudarme. Resultado: rara vez dejaba el hotel sin que me siguieran, cosa que decidí ignorar. Le Blanc estaba en Marsella y no le encontraba, así que la única alternativa era que él me encontrara a mí.

Seguí intentando dar con un veterano del *milieu* con quien poder hablar. Roger Ardouin de *Europe 1* tuvo una idea.

—Hay alguien a quien puede ver —dijo—, Paul Basarchi. Ahora tiene unos sesenta años. Conoció los viejos tiempos, era un personaje menor del clan Guérini. Hace muchos años que lo dejó. Trataré de encontrarle para que contacte con él. Pero tiene que ser discreto, con esta gente nunca se sabe...

A últimas horas de la tarde siguiente volví a su despacho. Le pregunté si había encontrado a Basarchi.

—Bueno, sé exactamente dónde está —contestó Ardouin.

Me alargó un ejemplar de *Le Méridional* del día. En primera página aparecía una foto de un coche aparcado frente a un café, con las ventanillas acribilladas. Delante de la rueda yacía un cadáver cubierto de sangre. Aquella mañana, rezaba el titular, a Basarchi le habían pegado veintiséis tiros. El artículo informaba con cierto orgullo local que ni una sola bala había dado en el coche. Todas habían ido a parar al cuerpo.

—Ya se lo dije —comentó Ardouin—. Con esta gente, nunca se sabe.

Los esfuerzos de Juke para identificar a Le Blanc fallaron, así que pasé varias tardes en los archivos de *Le Méridional* y *Le Provençal* repasando los archivos en busca de antiguos gángsters con apodos similares a Le Blanc. Cuando terminé, había confeccionado una lista de ocho nombres, la mayoría con el alias de Le Blond, junto a sus fotografías. Tenía intención de mostrárselas a Nicoli con la esperanza de que Le Blanc fuera uno de ellos.

Durante mi último día en Marsella acudí a visitar a Henri Juramy. Su bufete

formaba parte de un anodino despacho ocupado por varios abogados y muy modesto comparado con el de París. Juramy parecía inquieto cuando me recibió.

—Me alegro de verle, monsieur Rivele —me dijo—, siéntese, siéntese.

Estaba deprimido y preocupado, con el ceño fruncido y el atornillado mostacho asomado sobre sus labios apretados.

—Me enfrento a una situación difícil —explicó—. El magistrado ha rechazado mi solicitud de aplazamiento para información adicional. Deje que le lea mi respuesta...

Se colocó los anteojos y leyó extractos de una interminable carta, poniendo énfasis en algunos puntos con un gesto de la mano o un alzamiento de cejas. En esencia, dada la negativa del juez a garantizar el seguimiento y la incapacidad de Juramy para localizar a testigos básicos, rehusaba defender el caso en la fecha señalada.

Aquello no era todo, prosiguió Juramy dejando la carta de lado y abordando el origen de su preocupación. El juez había contestado que si Juramy no se presentaba ante el tribunal, quedaría sujeto a medidas disciplinarias.

—Me encuentro en un apuro, monsieur Rivele —concluyó—. Mi ética profesional exige que defienda a mi cliente de forma competente, pero la situación no lo permite. No obstante, si no acato la orden del juez, supondría una suspensión de al menos seis meses. Así que ya ve.

Le testimonié mi solidaridad y pregunté si podía ayudarle en algo.

—El juicio no debe tener lugar el día 25 —contestó Juramy—, necesito un aplazamiento. ¿Está usted interesado en el asunto Kennedy? Convenza al Gobierno americano para que interceda ante el tribunal a fin de posponer el juicio.

Dije que lo intentaría.

Juramy abrió el cajón superior de la mesa y sacó un sobre de papel de Manila marrón oscuro.

—Aquí está la declaración que David le prometió. La he guardado como me pidió. Me dio instrucciones de no entregársela hasta que usted se convirtiera en un instrumento esencial para su liberación. Sin embargo, si el juicio sigue adelante en las circunstancias actuales le condenarán, no hay duda. Por lo tanto, monsieur Rivele, si consigue el aplazamiento, le entregaré este sobre.

Era una proposición pasmosa. El sobre contenía el conocimiento de David con respecto al asesinato, incluidos nombres, fechas, contactos y la forma de comprobarlos. Era lo que estaba esperando desde hacía cuatro años. Ahora Juramy me lo estaba ofreciendo.

Todo lo que tenía que hacer era convencer al Departamento de Justicia de Estados Unidos para que intercediera ante el Ministerio de Justicia francés a fin de aplazar el juicio inminente de un hombre acusado de haber matado a un oficial de policía.

—Monsieur Rivele, no lo he abierto —prosiguió Juramy. Abrió el sobre y de su interior sacó otro, blanco y cuadrado. En el anverso había una docena de líneas con la escritura inconfundible de David. El dorso también estaba escrito.

—Aunque hubiera querido, no habría podido. David puso su firma cruzando las solapas. Vea, monsieur.

Me mostró el sobre. En efecto, David había sellado ambas solapas con su firma de manera que el sobre no pudiera abrirse sin que se notara. Delante constaban las instrucciones para la entrega, tal y como las había indicado a Dan Alcorn, a Jim Lesar y a mí.

—Palpe, monsieur Rivele —continuó Juramy—, contiene varias hojas de papel. Una confesión muy larga.

Era cierto. Pasé los dedos por el sobre y noté tres o quizá cuatro hojas de papel. David nos ofrecía un buen pago por su libertad. A regañadientes, devolví el sobre a Juramy.

—Haga que los americanos intervengan —repitió— y el sobre es suyo. Sin preguntas.

¿Podía confiar en su palabra? Me la dio.

Entonces me proporcionó todos los números de teléfono en París y en Marsella, además de otro par, donde podía dejar recados y me solicitó que me pusiera en contacto con él para tenerle al corriente de los acontecimientos. Añadió que pronto iría a París y se disculpó para consultar con su secretaria sobre la agenda. Al levantarse de la mesa, volvió a depositar el sobre en el cajón superior a su izquierda.

Pasaron cinco minutos, a continuación diez.

Yo permanecía sentado en la silla de enfrente hecho un lío.

¿Por qué me habría dejado Juramy a solas en su despacho, después de haberme mostrado dónde guardaba la carta de David, y sabiendo lo mucho que significaba para mí? Conocía su fama de abogado inteligente, incluso astuto, no podía creer que fuera una casualidad.

¿Me estaba poniendo en bandeja, más bien me estaba pidiendo que cogiera el sobre, de forma que más tarde pudiera asegurar que no había traicionado la confianza de David? ¿O esperaba pillarme con las manos en la masa para comprometerme? ¿Quería poner a prueba mi honestidad? ¿Si no lo cogía, llegaría a la conclusión de que yo era un imbécil?

No debía sustraerlo. Lo sabía y no tenía sentido intentar descifrar el significado del gesto de Juramy. No podía llegar a la verdad por la clase de acto del que David hubiera sido capaz.

Cuando Juramy volvió, yo seguía sentado donde me había dejado. No abrió el cajón, sino que me entregó su plan de trabajo para que pudiera localizarle en cualquier momento antes del juicio. Me invitó a reunirme con él en su despacho una vez en París.

—¿Sabe que la mujer de David viene desde Buenos Aires? —me preguntó mientras me acompañaba a la puerta.

Contesté que no.

—Pues sí, madame Schwartzwald. Hace dieciséis años que no le ve. Será un choque, ¿no? Él no es precisamente *le Beau Serge* que ella debe recordar.

David muy rara vez me había hablado de su esposa sudamericana y yo la imaginaba una mujer gruesa, de mediana edad, conocida durante uno de sus viajes. No suponía que la sorpresa fuera tan grande para ella, pero le seguí la corriente a Juramy.

Mis dos semanas en Marsella tocaban a su fin. Habían supuesto un montón de energía y dinero, pero no la identificación de Le Blanc. La contrariedad, sin embargo, estaba ahora mitigada por la perspectiva de obtener la confesión de David. Pese a lo que fuera de él, tendría su versión de puño y letra, algo a lo que nunca podría negarse.

Llamé a Jim Lesar y le expliqué la proposición de Juramy. Le pareció muy improbable que pudiera convencer al Departamento de Justicia a entrometerse en un proceso incoado en los tribunales franceses. La iniciativa debería proceder de muy alto. Dijo que hablaría con Dan Alcorn sobre su contacto en el Departamento de Justicia. No necesitaba apremiarle sobre la importancia de conseguirlo.

Durante toda la noche le estuve dando vueltas al asunto y, desesperado, llamé al despacho del senador Cranston. Para mi consternación, Michelle Márquez ya no trabajaba allí y hablaba con su sustituto. Entonces tuve que explicarle todo mi trabajo sobre el asesinato de Kennedy por teléfono, a grito pelado y a más de 6.000 kilómetros de distancia, desde un hotel barato de Marsella.

El nuevo ayudante parecía muy joven y el inglés no era su lengua materna. Intenté ser breve pero él insistía en interrumpirme con preguntas banales. Era una conversación exasperante. No entendía algunas palabras, no tenía ni idea del caso y no llegaba a entender lo que yo pretendía. Finalmente dijo que consultaría con su supervisor y que volviera a llamarle dentro de unas horas.

Cuando lo hice, el joven se había preparado el discurso:

—Mi supervisor dice que el senador no puede intervenir en un asunto de esta clase. Verá, señor, tenemos en este país lo que se llama separación de poderes. Esto significa que tenemos tres ramas de gobierno: el ejecutivo, el legislativo y el judicial...

No estaba dispuesto a soportar un discurso sobre derechos y deberes cívicos. Le di las gracias y colgué.

De nuevo en París, llamé a Mickey Tobin. Me dijo que el FBI todavía estaba estudiando el material que les había enviado. Hasta que le encargaran el caso, no podía hacer nada.

El retraso, subrayé, serviría no sólo para conseguir la confesión de David, sino que también nos concedía tiempo para convencerle a cooperar. Con la declaración en mis manos y enfrentado a un juicio inminente, David casi con toda seguridad aceptaría convertirse en testimonio.

Mickey no estaba muy seguro, pero dijo que haría lo posible. En el ínterin, sugirió que llamara al representante del FBI en París. Si había que hacer alguna gestión con los franceses, era probable que fuera a través de él. Aún me repugnaba tratar con el FBI, pero el asunto lo requería. Llamé a la Embajada americana y pedí hablar con el agregado jurídico que solía ser un agente de la CIA.

Se puso al aparato con una amabilidad y deferencia que me sorprendió.

—Me alegro de oírle, Mr. Rivele —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

Decidí aprovechar su buena disposición. Le expliqué de qué se trataba y le pregunté si se podía hacer alguna gestión en el Ministerio.

El agente pareció desconcertado, pero se mostró respetuoso.

—Como usted ya sabe, Mr. Rivele, en contadísimas ocasiones el Departamento de Justicia interviene en los tribunales franceses.

Hizo una pausa para preguntar:

—¿Puede darme su nombre completo?

Se lo facilité y su tono de voz cambió de golpe. Sólo después supe que el subdirector del FBI se llamaba Oliver Revel.

Le subrayé que lo sabía y que ahora era necesario. Me conformaría con unos pocos días de aplazamiento, dije, cualquier plazo que obligara a Juramy a cumplir su palabra.

—Deje que llame a Mr. Tobin de la DEA —concedió por fin—, luego veremos lo que decide Washington.

Los tres días siguientes fueron frenéticos y frustrantes. En Washington, Jim Lesar y Dan Alcorn hacían lo indecible por ponerse en contacto con el fiscal general, que, al parecer, estaba de vacaciones. En París, el agente del FBI se encontraba con las dificultades habituales para hablar con Mickey Tobin. Y yo intentaba lidiar con los tres a la vez. Si me hubiera detenido a pensar, me habría dado cuenta sin duda de que mi pretensión era absurda.

Sin embargo, cuatro días antes del inicio del proceso, pareció que lo habíamos conseguido. Mickey Tobin me llamó para informarme de una conversación que había sostenido con alguien del FBI.

—Tengo la seguridad de que el telefonazo a la Embajada se ha producido hoy. Se pondrán en contacto con los franceses y pedirán el aplazamiento.

Apenas podía creerlo. Llamé a Juramy a Marsella. Había salido. Dejé recado diciendo que pronto tendría buenas noticias, y le pedía que se llevara el sobre de David a París.

Luego telefoneé al agregado de la Embajada. No había recibido noticias de Washington. Le aseguré que según Tobin la orden se había dado. Lo consultó con la secretaria: no había llegado un mensaje semejante.

Volví a llamar a Mickey, pero no le encontré. De nuevo telefoneé al agregado.

—El asunto se está estudiando al más alto nivel de la Agencia —me dijo.

Sonaba a frase convencional. Le recordé que sólo nos quedaban tres días.

—Estas cosas no pueden hacerse de forma rápida —contestó—. Tales gestiones se llevan a cabo a través de cauces diplomáticos. Hay que cumplimentar impresos, contactar con personas. Es muy complicado.

La impresión de que me daba largas aumentaba a cada frase. El peor golpe llegó al día siguiente, cuando volví a llamarle.

—Tengo la respuesta de Washington —me comunicó el agregado—: antes de cualquier gestión con los franceses, piensan que es necesaria una revisión completa del caso.

Le pregunté a qué se refería.

—Bueno, pues, testigos, interrogatorios, expedientes de las diversas investigaciones...

—¿Cuánto tiempo suponía? —pregunté.

—Supongo que... unos seis meses —contestó sin alterarse.

—¡Si nos quedan dos días! —exclamé.

El hombre del FBI era un estoico.

—Al parecer usted ha introducido un nuevo elemento en la investigación.

Le pregunté de qué se trataba.

—La idea de un disparo desde delante —contestó—. Ahora van a repetir todas las pruebas de balística para ver si tiene algún fundamento.

Me quedé de piedra. No me molesté en informarle de que la idea de un disparo desde delante había surgido por primera vez el 22 de noviembre de 1963 y que las pruebas de balística y los resultados habían sido interpretados a la luz de tal circunstancia. Se habían escrito miles de páginas que apoyaban la tesis. Pero seguro que también deberían examinarlas. Y sólo quedaba un día.

Juramy estaba en París para preparar el juicio. Tenía el sobre de David y mi intención era quitárselo. Había pensado mucho y con amargura por no haberlo sustraído de su mesa. Ahora, había decidido que si aquel sobre volvía a aparecer ante mis ojos conocería su contenido a costa de lo que fuera.

Fijé una cita con Juramy para aquella tarde. Estaba dispuesto a decirle que el fiscal general aceptaría solicitar el aplazamiento una vez que supiera el contenido del sobre. Si Juramy lo abría y lo leía, yo pasaría los detalles directamente al fiscal, que entonces llamaría al Ministerio.

Juramy salió al vestíbulo a recibirme, con mejor humor del que había mostrado durante la última vez que le vi. En su despacho entreví un hombre grueso y una mujer morena y esbelta.

—Pase, pase, monsieur Rivele —dijo Juramy—, hay unas personas a las que quiero que conozca.

Entramos en su despacho y me presentó a sus invitados. El hombre era Serge Favart, el primo de Christian David. Éste me había hablado de él y yo sabía que, aparte de sus abogados y yo mismo, Favart era su único visitante en la cárcel. Era un hombre corpulento por todas partes. El torso, el cuello y la cabeza parecían los de un toro. Llevaba el cabello muy corto y tenía los labios gruesos. Sus ojos me miraron sin un parpadeo cuando estreché su mano y su apretón me dejó dolorido.

La dama era una de las mujeres más hermosas que había visto: Elita Schwartzwald, la esposa de Christian David.

Era bajita y mucho más joven de lo que imaginaba, tal vez unos treinta y cinco años. Tenía los pómulos altos y las facciones perfectas. Su piel era oscura, su cabello de una preciosa tonalidad rojiza, los ojos grandes, brillantes y castaños. Había en ellos una franqueza que me inquietó. De acuerdo con el motivo de su visita a París, vestía de negro estricto y se había quitado las gafas de sol que, como para proteger su anonimato, llevaba a pesar de que era de noche. Su lengua materna era el castellano. Hablaba poco francés y no mucho inglés. Intenté entablar conversación con ella, pero me sentía incómodo, casi culpable. Ella no había visto a David desde hacía diecisiete años y no sabía la horrible sorpresa que le esperaba.

Me excusé y dije que debía hacer un aparte confidencial con el abogado de David. Favart contestó que se hacía cargo y se llevó a madame Schwartzwald fuera del despacho.

Le dije a Juramy que creía haber descubierto una manera de obtener el aplazamiento. El fiscal general esperaba un gesto de él referente al contenido del sobre.

—¿Quién? —preguntó Juramy con el ceño fruncido.

—El fiscal general de Estados Unidos.

Me preguntó quién era. Le di el nombre y añadí que era un viejo amigo del presidente y uno de los hombres más influyentes del gobierno.

Juramy me demostró que no estaba impresionado.

—De todas formas ya no es necesario —anunció tajante—; dentro de una hora salgo para Marsella para encontrarme con alguien. Todo se solucionará.

Le pregunté a qué se refería.

Se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio.

—Lo sabrá a su debido tiempo —respondió—. Por ahora, deje que emplee mis recursos.

Me faltaba paciencia para esta clase de juegos. Le recordé su promesa, remarcando que había hecho lo indecible para conseguir la conformidad del fiscal general.

—Lo sé, lo sé, monsieur Rivele —me aseguró—, recibí su mensaje en Marsella. Y mire, hice lo que me pedía, he traído el sobre...

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta, mostró la carta de David y volvió a guardarla.

Anunció que iba corto de tiempo para tomar el avión. Hice un último intento. Le dije lo importante que era la información del sobre, no sólo para mí, sino para el pueblo y la historia de América. No se trataba de David, ni del juicio, ni del aplazamiento. Le estaba hablando de la verdad, que persistiría más allá de cualquiera de nosotros.

Juramy me escuchaba pensativo.

—Por lo tanto —dijo finalmente—, ¿quiere que abra el sobre?

Sin tener en cuenta lo que sucedería con él, con David o conmigo, insistí, la información debía sobrevivir y llegar al público. Le pedí que me dejara a solas con el sobre durante unos minutos.

Tamborileaba los dedos dubitativo.

—Monsieur Rivele, habrá oído sin duda comentarios sobre mí. Tengo cierta reputación. He defendido a varios gángsters. Pero en el fondo, monsieur, soy un hombre honrado. Christian David me confió este sobre y no puedo abrirlo sin su permiso. Las normas de mi profesión me lo prohíben, es una cuestión de honor.

Le pregunté qué pensaba hacer.

Me guiñó un ojo.

—Conozco mi oficio —dijo—, deme la oportunidad de probarlo. Luego, veremos. Ahora debo ir al aeropuerto.

»Y tenga la seguridad, monsieur Rivele —añadió cuando se reunía con Favart y madame Schwartzwald en el vestíbulo—, de que comprendo lo que me dice y tengo en cuenta su importancia.

En la vigilia del juicio Gilles Millet llamó para preguntarme si aceptaría escribir un artículo para *Libération*. Quería algo que pudiera contrarrestar la prensa negativa que David estaba recibiendo. En efecto, el partidismo me había sorprendido. Para la mayoría de periódicos franceses no había ni la sombra de una duda

sobre la culpabilidad de David; su juicio, insinuaban, sería una simple formalidad. Acepté con agrado la oferta.

Escribí un artículo de mil quinientas palabras relacionando mis motivos para creer que Christian David no había matado a Galibert. Describí mi reunión con Michel Nicoli, explicando con todo detalle cómo sostenía su coartada. A Millet le encantó el artículo y lo publicó el día en que empezó el juicio[1]. Era, pensé, lo mínimo que podía hacer dado mi recién adquirido convencimiento de que David era inocente del asesinato.

Vi durante unos instantes a David en la mañana del juicio. Estaba nervioso y preocupado y tenía peor aspecto que nunca. Le había llevado una botella de coñac, pero pensó que debía desprenderse de ella. Lo más probable era que registraran su celda cuando le trasladaran al Palacio de Justicia, dijo.

Mencioné que su esposa había llegado y comenté lo encantadora que era. La observación le molestó y dijo que no le había dado permiso para que le visitara.

—¿No ha conseguido el aplazamiento? —preguntó.

No había dado tiempo, contesté.

—¿Y Juramy?

Le dije que había hecho un viaje relámpago a Marsella y que era evidente que le quedaba un último recurso para posponer el juicio.

—No lo concederán —afirmó—. Me negaré a que me trasladen, deberán llevarme por la fuerza y Juramy pedirá el aplazamiento. El juez lo denegará y él no llevará a cabo la defensa.

No podía creer que Juramy se arriesgara a una suspensión, pero no le llevé la contraria. Le dije que había recibido una citación y que declararía, como había prometido, sobre mi encuentro con Nicoli.

—Eso es muy importante —afirmó—, ya lo verá; Juramy forzará un enfrentamiento con el juez y no habrá juicio. No pueden iniciar un proceso contra la voluntad de mi abogado, es un escándalo.

Llegó el celador para decirle que estuviera preparado para ser conducido ante el tribunal. Le ayudé a levantarse y se aferró a mi brazo.

—Suspenderán el proceso y volverán a traerme aquí —insistía—. ¿Vendrá esta noche? ¿Y también mañana?

Le contesté que sí, si me lo permitían.

Asintió y me soltó el brazo. Nos estrechamos la mano.

—Le veré en el Palacio —concluyó.

Las medidas de seguridad en el Palacio de Justicia eran extremas. Registraron mis papeles, los bolsillos y me cachearon. La sala donde David iba a ser juzgado estaba al fondo de un largo pasillo con grandes ventanales y techos abovedados, con gendarmes uniformados de rojo y azul a cada pocos pasos.

Algunas personas ya estaban reunidas en la sala de espera de los testigos, incluida Elita Schwartzwald. Había varios hombres de mediana edad con monos de

trabajo, casi todos ellos policías. Otros hombres más ancianos ganduleaban en sillas de madera. Eran clientes del bar donde se había producido el tiroteo.

En el centro, manteniéndoles entretenidos, se encontraba una mujer con maquillaje muy exagerado, que ya no cumpliría los cuarenta, con abrigo de pieles blanco, tacones de aguja y vestido estampado de flores. Hablaba por los codos y a cada frase arrancaba risotadas de los presentes. Era Marie-José, treinta años atrás una de las prostitutas de David. Seguían siendo amigos y Marie-José le había hecho padrino de su hijo. Junto a madame Schwartzwald y yo, la única testigo de la defensa.

A un lado, ajeno a la hilaridad, estaba sentado un hombre calvo, alto y enjuto de unos sesenta años. Llevaba gafas gruesas y un traje barato cuidadosamente planchado. Hojeaba el periódico, haciedo alguna que otra pausa para ofrecer una sonrisa indulgente a las ocurrencias de Marie-José. Le pregunté a uno de los policías de servicio quién era.

—El inspector Le Moüel —contestó.

Era el hombre que David había mencionado como su perseguidor. Mickey Tobin había hablado de él con gran respeto, sugiriendo que le visitara cuando estuviera en París. Me presenté, añadiendo que Mickey y yo estábamos metidos en una investigación. Al oír el nombre, Le Moüel apartó el periódico. Le pregunté si había conocido a un gángster apodado Le Blanc. Pese a que el nombre no le decía nada, charlamos durante unos minutos sobre la vieja red corsa. Le Moüel era un hombre que impresionaba y suponía un testigo formidable en contra de David.

Un alguacil con toga negra salió de la sala para hacerse cargo de los testigos. Estábamos todos en la más grande de dos salas de espera y el alguacil se quedó perplejo. Preguntó quiénes éramos los testigos de la defensa. Las dos mujeres y yo contestamos.

—Pero ustedes no tienen que estar aquí —exclamó—. A los testigos de la acusación y la defensa les está prohibido mezclarse.

Nos mandó como chiquillos traviesos a la sala más pequeña, amonestando al policía por permitir la violación del protocolo.

Una vez comprobados nuestros nombres con los de su lista, nos acompañó hasta la sala del juicio. Era un lugar solemne, con bóveda de caoba y alto artesonado. Estaba dividida en tres naves, de forma similar a una iglesia.

Enfrente, donde se dirimían las causas, se encontraba el alto estrado y delante la tarima de los testigos. A ambos lados estaban situadas las mesas de la defensa y el abogado que representaba a los familiares de la víctima, que en Francia juega un papel activo en la acusación. A todo lo largo de las paredes había un palco. El de la izquierda era el banquillo de los acusados. El de la derecha estaba reservado para la prensa. Al fondo, a la derecha, estaba el púlpito del fiscal.

El centro estaba ocupado con hileras de bancos para los parientes y otras partes interesadas y los testigos que ya habían declarado. Detrás, separado por una barrera de madera que llegaba hasta la altura del pecho, había un espacio destinado al público, sin asientos y muy reducido. No pude evitar pensar que estaba hecho a propósito para ahuyentar espectadores.

Entró Elita Schwartzwald y se sentó a mi lado. Me dio las gracias por el artícu-

lo de *Libération*, diciendo que era el único que se había referido a David como el *supuesto* asesino. Conseguimos entendernos con una mezcla de idiomas. Era una conversación laboriosa, pero servía para aliviar la tensión que ambos sentíamos. Me preguntó si había visto a David aquel día y le dije que sí.

—Está muy cambiado —le advertí—. No es como usted le recuerda. Está muy, muy enfermo.

La nave se estaba llenando. Los periodistas se agolpaban en el pasillo entre las mesas del defensor y el fiscal.

Juramy llegó acompañado de Sophie Bottai y Marie-Christine Etelin. Llevaban togas largas hasta los pies y con una borla negra rodeada de armiño que colgaba del hombro izquierdo. Los cuellos eran amplios y de lino blanco.

El abogado del demandante entró con el fiscal. El primero era un hombre alto y delgado vestido de negro, bastante pálido y enjuto. El segundo era un anciano con túnica roja y capa de armiño con barba de chivo y gafas.

Se entreabrió la puerta de la parte posterior del banquillo y uno de los dos gángsters asintió. Los reporteros, que habían permanecido aletargados, volvieron a la vida, apiñándose alrededor de la mesa del defensor, donde tres abogados repasaban los expedientes. Se encendieron los focos de la televisión, envolviendo en una nube de luz azulada el banquillo de los acusados.

Elita Schwartzwald se puso rígida. Yo sabía que se había estado infundiendo ánimos para su primera visión de David después de dieciséis años, pero también sabía que nada podía prepararla para lo que le esperaba.

Se abrió la puerta y un policía retrocedió para asir del brazo a David. La muleta hizo un ruido seco en el banquillo buscando apoyo, luego giró hacia los disparos de las cámaras.

Parecía incluso más viejo que por la mañana, más frágil e inseguro. Su rostro no tenía expresión y le temblaban los labios. A duras penas descendió los pocos escalones hasta la silla y cuando por fin estuvo sentado, se apoyó contra la barandilla jadeando.

Cuando Elita le vio, sofocó un grito.

Su brazo, que reposaba en el respaldo del banco, de repente me agarró por el hombro. En el momento en que David iniciaba su penoso descenso empezó a gemir, «no, no...», apretó tanto la mano que sentí sus uñas que arañaban la chaqueta y la camisa. Le tomé la mano y la sujeté con tanta firmeza como pude. Miró a David, negando con la cabeza, incapaz de apartar la vista de él. Por fin, soltó mi mano, sacó un pañuelo y se secó los ojos. Un momento después adoptó una compostura sombría.

Los fotógrafos acribillaron a David hasta que el alguacil anunció que el juez se disponía a entrar y les hizo salir. Se produjo una pausa y el alguacil entonó: *¡La Cour!*

Los gendarmes solicitaron silencio y se cuadraron cuando la gran puerta detrás del estrado se abrió y entró el juez Colomb. Otros dos magistrados ocuparon sus asientos a ambos lados.

Colomb, a quien Juramy había intentado varias veces apartar del caso, era un hombre mal afeitado, de unos cincuenta años, bajito y de aspecto descuidado. Lle-

vaba gruesas gafas a través de las cuales observaba continuamente como un pájaro celoso de su seguridad. Cuando se ponía nervioso, tenía la costumbre de sacarse y ponerse las gafas. Al igual que el fiscal vestía una toga roja con armiño, cuyo cuello se abría como un abanico detrás de la nuca..

Empezó preguntando si las partes interesadas estaban presentes. Luego se dirigió a David y le preguntó su nombre, señas y profesión. David balbuceó en voz baja como respuesta.

—¿Cuál es su nombre? —repitió Colomb por el micrófono.

David daba la impresión de no entender.

—Su nombre —insistió el juez levantando la voz—. Seguro que lo recuerda.

—David —fue la respuesta—, Christian.

—¿Dónde vive?

David se inclinó sobre la barandilla mirando a Juramy con gestos de impotencia. Juramy se levantó y le susurró al oído.

—No tengo domicilio —contestó David a través de su micrófono—. Hace dieciséis años que estoy en la cárcel.

—¿Quiénes son sus padres? —preguntó el juez haciendo una anotación.

—No lo recuerdo —contestó David.

Hubo un murmullo entre los periodistas y el público. O David estaba de verdad desorientado o estaba haciendo una magnífica representación de senilidad. El juez pronto abandonó su interrogatorio.

A continuación se llevó a cabo la selección del jurado. La defensa y el fiscal tenían un número limitado de recusaciones perentorias que, cuando comprendí el procedimiento, tenían que ejercerse en el tiempo que empleara el jurado en ocupar sus asientos.

Juramy despachó de forma expeditiva sus recusaciones, atronando *«Refusé»*. El acusador contó con una desaprobación. En un abrir y cerrar de ojos los miembros del jurado ocuparon sus asientos al lado del juez y los dos magistrados en el estrado. Eran nueve. Más tarde me quedé estupefacto al saber que Colomb y los dos magistrados no sólo participarían en las deliberaciones del jurado, sino que votarían con ellos. Para condenar a David, era necesaria una mayoría de ocho, y, entre ellos, como mínimo cinco de los ciudadanos miembros del jurado debían votar a favor.

A Juramy se le requirió para que presentara sus objeciones. Se levantó, alisando su toga, y empezó a leer su declaración. Ya que la Corte había rehusado concederle un aplazamiento que le hubiera permitido reunir más pruebas y localizar testigos adicionales, se consideraba incompetente para defender a su cliente. Su ética profesional, afirmó, le obligaba a declinar la defensa.

Decidido a seguir adelante, Colomb hizo algo que Juramy no esperaba: aceptó la solicitud de un aplazamiento sujeto a decisión posterior, negando así la oportunidad a Juramy de hacer una escena dramática. El abogado de la defensa pareció satisfecho por el gesto, que le evitaba la perspectiva de una suspensión.

Ahora competía al juez el resumen de los hechos del acusado para la instrucción del jurado.

Colomb habló durante dos horas sin interrupción. Yo estaba atónito. Ni una

sola palabra a favor de David, ni tampoco hizo mención de circunstancias atenuantes. Nunca había oído un sumario tan nocivo por parte de un juez. Tal vez, pensé, la paranoia de David no lo fuera. Quizá todos estaban dispuestos a colgarle.

Una vez terminados los preliminares formales, el juez Colomb anunció una suspensión. Quedábamos emplazados para el día siguiente a la una.

A la salida me tropecé con Alex Panzani. Quedamos para cenar ya que ambos estábamos en París. Luego me reuní con Roger Colombani, el corresponsal más veterano de Marsella. Estaba seguro de que si alguien podía conocer la personalidad de Le Blanc, era él, así que decidí ser franco.

Durante el almuerzo le expliqué lo que sabía y lo que necesitaba. Pareció sorprendido y dudoso. No conocía a ningún Le Blanc, dijo, pero disponía de algunos antiguos expedientes de la policía referentes a Le Petit. Éstos incluían una lista de sus socios: tal vez entre éstos estuviera el enigmático Le Blanc. Acordamos otra cita para la tarde a fin de que me proporcionara una copia de los expedientes.

Entretanto, le comenté la necesidad de que la información que le había facilitado fuera confidencial, le hablé del riesgo que implicaba mi declaración y el peligro de alertar a Le Petit y Le Blanc con respecto a la investigación. Me aseguró que lo comprendía y respetaría el secreto.

Aquella tarde telefoneé a Juramy para preguntarle si debíamos hablar de mi declaración. Nunca antes había testificado y la idea de tener que relatar la historia ante un tribunal francés me preocupaba. Me invitó a cenar con él después de la sesión del día siguiente.

—Tengo en el despacho a Roger Colombani —indicó—, con quien usted ha almorzado hoy.

No lo esperaba. La idea de que Colombani hablara en privado con Juramy después de nuestra conversación era inquietante. ¿Estaba allí sólo para recopilar material de la defensa o estaría interrogando a Juramy sobre mis revelaciones? Opté por la primera suposición.

Cuando me encontré con Colombani de nuevo aquella tarde, decidí no abordar el tema por temor a que se ofendiera. Me entregó los expedientes policiales que me había prometido y que, en realidad, no se referían a Le Petit, sino a su viejo amigo Sauveur Pironti. No obstante, Le Petit era ampliamente citado. Colombani tenía razón: los expedientes contenían listas de nombres de los socios de ambos hombres, casi todos ellos corsos. Le di las gracias por su ayuda.

Cuando al día siguiente vi los periódicos, no le estaba tan agradecido. Colombani dedicaba un extenso artículo a David bajo el titular: «*Le Beau Serge* amenaza con revelar un secreto muy importante[2].» En él relacionaba la vida de David a través de anécdotas que yo ni sabía ni creía y le consideraba el asesino de Galibert, como si el juicio ya hubiera concluido.

Pero lo peor llegaba en los párrafos finales: Colombani insinuaba, con total descaro, que David aseguraba poseer un secreto de vital importancia para las autoridades americanas. Sin ningún fundamento que yo supiera, continuaba: «Éstas (las autoridades) han sido contactadas y están dispuestas a enviar un magistrado a Francia para tomar declaración al interfecto y quién sabe si para llevárselo a América. Con la colaboración de la justicia francesa.»

Pese a que evitaba revelar la naturaleza del «secreto vital», Colombani no sólo había traicionado mi confianza, sino que también ponía en peligro a David. Si Le Petit y Le Blanc eran los asesinos y alguno de ellos leía el artículo, todo el temor de David de ser asesinado en la cárcel tendría razón de ser.

El daño era terrible, pero quizá no irreparable. Al menos eso pensaba hasta que llegué al Palacio de Justicia.

Alex Panzani me encontró en el pasillo.

—¿Sabes que se habla de tu historia sobre Kennedy en todo Marsella? —me dijo—. Todo el mundo habla de ella, pero nadie la cree.

Le pregunté a qué se debía.

—Uno de los abogados se ha ido de la lengua —explicó—. Luego mi editor leyó el artículo de Colombani y me preguntó si yo sabía algo al respecto. Tuve que admitir que sí, así que me pidió una columna, aparte de mi artículo sobre el juicio.

Precisaba saber lo que había escrito.

—No mucho —respondió Panzani de inmediato, mordiéndose los labios—, algo así. —Levantó el pulgar y el índice para dar una idea del tamaño.

»Digo que se supone que David sabe algo sobre el asunto Kennedy.

Eran malas noticias por dos motivos. En primer lugar, significaba que Le Petit y Le Blanc sabrían que David estaba dispuesto a hablar. Segundo, e incluso más deprimente, estaba el hecho de que fuera Panzani, a quien yo consideraba un amigo, quien hubiera facilitado el detalle que incluso Colombani había ocultado.

En realidad el artículo era mucho más dañino de lo que Panzani había reconocido y cuando lo leí me quedé perplejo[3]. Sobre el titular, «¿Sabe el acusado... quiénes son los asesinos de Kennedy?», había otro artículo referido a mí.

«La misteriosa visita de un emisario americano», rezaba.

No era una columna, sino un artículo corto que empezaba: «*Le Provençal* revela que el Departamento de Justicia americano está interesado por Christian David en relación con la inminente reapertura de la investigación sobre la muerte del presidente Kennedy.»

Los americanos creían, especificaba Panzani, que Christian David sabía los nombres de tres hampones franceses de la antigua red de tráfico de drogas Ricord que habían sido contratados para eliminar al presidente. Dentro de este contexto un emisario oficial americano, refiriéndose a mí, había sido enviado para visitar a David en la cárcel con la ayuda del magistrado responsable. Esta visita, añadía, había sido organizada al más alto nivel de los gobiernos francés y americano.

Si no hubiera supuesto una traición, habría sido cómico, teniendo en cuenta los esfuerzos que yo había hecho en vano para tratar de obtener un aplazamiento.

Ahora todo estaba en peligro: mi investigación, mi amistad con David, su vida y, si no lo había estado antes, la mía. ¿Y cuál sería mi situación cuando regresara a Marsella, ahora que había sido etiquetado como agente del Gobierno americano? ¿Qué pensarían mis otros contactos marselleses?

Por tanto me enfrenté al segundo día del proceso contra David con recelo. Ahora que el jurado había sido elegido, los testigos estábamos secuestrados en dos salas contiguas a la del juicio. Mientras se escuchaba a los expertos, Marie-José,

Elita Schwartzwald y yo pasamos las horas charlando, leyendo el periódico y dormitando. No podíamos hacer otra cosa y nos estaba prohibido salir.

Marie-José no tardó mucho en pasar por alto la prohibición y se dirigió hacia los policías y clientes del bar entre quienes sus comentarios volvieron a levantar carcajadas.

Yo me dediqué a charlar con madame Schwartzwald para pasar el rato. Ella al principio se mostró muy suspicaz. Cuando le pregunté por su vida con David en Sudamérica contestó que él le había prohibido que me dirigiera la palabra. Quería saber quién era yo y el motivo de mi interés por su marido. Cuando le expliqué que era escritor y que David me había propuesto que hiciéramos un libro juntos, negó con la cabeza, agitando la melena pelirroja.

—Cualquiera que esté interesado por David tiene que ser policía —dijo en un francés insuficiente.

Le aseguré que no lo era.

Entonces... ¿por qué iba a visitarle?, me preguntó.

Nos habíamos hecho amigos al cabo de los años, dije, y juntos revelaríamos la verdad sobre hechos importantes de la historia de los que David tenía conocimiento.

Ella rechazó la idea con un movimiento de cabeza.

—Yo quiero que Christian quede libre —dijo en inglés—. ¿Usted le quiere libre o sólo le importa su libro?

Contesté que ambas cosas y que iban unidas. La respuesta no le gustó, pero la dejó convencida.

No había duda de que ella había conocido a Sarti, Le Petit y quizás a Le Blanc. Quería averiguar en qué podría contribuir a mis preguntas sin que David fuera informado.

De vez en cuando oíamos la voz de Juramy en la sala. Elita se limitaba a hablar de banalidades. Si le preguntaba dónde vivía o si conocía Estados Unidos, cambiaba de tema.

Se ganaba la vida haciendo joyas. El hijo de David, dijo respondiendo a una pregunta, tenía diecisiete años. Nunca había visto a su padre, aunque se sentía unido a él y culpaba a las autoridades de su estado físico.

La sesión del día duró hasta las nueve de la noche. El alguacil entró para anunciarnos que aquel día no declararíamos y nos convocó para la tarde siguiente.

Cuando volví al apartamento de mi amigo había un recado para que llamara a casa. Mi esposa y mi hijo habían sufrido un accidente de automóvil. El niño había resultado ileso, pero a ella la llevaron al hospital. Acababan de darle el alta.

Le pregunté por sus lesiones, pero me aseguró que no eran de importancia. Eran las complicaciones y los gastos que suponía lo que le preocupaba. El coche había quedado en un estado lamentable, emplearía más tiempo en ir y volver del trabajo, y el otro conductor, que había sido el culpable, le había dado un número telefónico inexistente.

Me ofrecí a volver de inmediato, pero insistió en que no era necesario, aunque lo dijo más por cólera que por tranquilizarme.

—Qué más da —suspiró— un problema más.

Había cenado con Juramy, Bottai y Etelin. Hablamos de mi declaración, aunque no con tanto detalle como yo esperaba. El interrogatorio de los testigos no era como en el sistema americano. El juez me pediría una declaración, en el transcurso de la cual ningún abogado tenía el derecho de intervenir. Cuando terminara, el fiscal y el abogado de la víctima harían sus preguntas y a continuación la defensa.

Bottai dijo que pensaba preguntar si la extradición de David de Estados Unidos había sido legal. Juramy haría preguntas destinadas a subrayar la credibilidad de Nicoli. No se hablaría para nada de la naturaleza real de mi interés por David. Pregunté a Juramy si yo tenía el derecho legal de negarme a contestar preguntas que pudieran comprometer a mis informadores. Contestó que sí y que saldría en mi ayuda si se presentaba el caso.

Todos estaban de acuerdo en que mi historia, la búsqueda de Nicoli, convencerle para que se reuniera conmigo y me informara de los detalles de la coartada de David, era dramática y creían que impresionaría al jurado. Le pregunté a Juramy cuáles eran las posibilidades de que David fuera considerado inocente.

—Una entre diez —contestó.

Yo no había pensado que el asunto estuviera tan mal. Le pregunté qué pensaba hacer.

—Parar el juicio —contestó con franqueza—. Tengo que llegar al Tribunal de Casación, nuestra Corte Suprema, y conseguir la suspensión del proceso.

Por la mañana fui a visitar a David. Me preguntó qué me había parecido el asunto y le confirmé que el juez había sido muy parcial. Había visto a Elita, dijo. La llamaba *«la pauvre»* y le parecía un escándalo que sus visitas fueran tan restringidas. Le hablé de su reacción al verle, pero no se dio por enterado.

Me encontré con Elita en el pasillo del Palacio. Estaba en la compañía protectora del primo de David. Las cosas no habían ido bien ayer, recalcó Serge Favart. El testimonio de los expertos había presentado pruebas concluyentes contra Christian.

Elita, como siempre, estaba deprimida. Le había traído algunas revistas en castellano y las aceptó con una sonrisa de agradecimiento, la primera que noté. Nos encerraron de nuevo en la sala de testigos.

Mientras transcurrían las horas de declaraciones de los abogados salí al pasillo para charlar con el sargento de los gendarmes. Salieron dos de los testigos de la acusación y se unieron a nosotros. Eran Giboux y Pick, los dos gendarmes que habían acompañado a Galibert al bar.

Giboux, al que habían disparado, era un hombre atractivo, con el cabello canoso y trato cordial. Habló sobre el hecho con calma, sólo se exaltó cuando le pregunté si estaba seguro de que el asesino había sido David.

—¿Usted cree que olvidaría al tipo que me pegó un tiro? —dijo. Mostró el lugar de su brazo donde se había alojado.

—Unos centímetros más a la derecha y me hubiera reunido con Galibert.

Le pregunté si había visto a David desde su regreso a Francia. Dijo que sí, en el despacho del juez Biswang.

—¿Estaba seguro de que era el hombre que le había disparado?

Suspiró y negó con la cabeza. David había cambiado tanto con los años, reconoció, que no podía jurar que fuera el mismo hombre..

Pick, que había escapado por los pelos de los disparos aquel día, era otra cosa. Bajito, nervioso y con cara muy arrugada. Tenía la pose desafiante de un boxeador y hablaba con tono gutural estudiado.

—Fue él —dijo sin que nadie le preguntara.

Me interesaba saber cómo podía estar tan seguro.

—Por la nariz —contestó tocando la suya.

Le dije que no le entendía.

—Nunca olvido una nariz —explicó—; el pelo, la cara, incluso los ojos pueden cambiar, hacerse más pequeños o más redondos, pero la nariz es la clave.

Le pregunté si estaba dispuesto a condenar a un hombre a cadena perpetua basándose en su recuerdo —después de veintidós años— de una nariz.

Se balanceaba sobre los talones.

—Nunca olvido una nariz —repitió.

La conversación se desplazó a la barba de David. Cuando le vi por primera vez me dijo que tenía la intención de dejársela crecer hasta que se reuniera con su hijo. Los policías testigos del fiscal, sin embargo, aseguraban que era un truco para dificultar la identificación.

Observé un nuevo testigo, una mujer frágil y de mediana edad. Estaba apoyada en el quicio de la puerta con expresión de tristeza. Me miró y le dije «hola».

—¿Usted es el americano? —me preguntó.

Dije que sí y le pregunté por su relación con el caso.

—No sé —contestó con fuerte acento francés meridional—, no sé por qué me han traído aquí. Le conocía, o quizá no fuera él. No sé. Pasó por mi vida... como un rayo.

Se llamaba Simone y era una mujer melancólica y azorada. Había sido prostituta para un chulo conocido como Serge y que pudo ser Christian David. Su rostro seguía siendo hermoso, con los rasgos correctos y los pómulos altos.

Me preguntó si había conocido a David y le hice un resumen.

—También le ha utilizado a usted —dijo con una débil sonrisa—. Utiliza a todo el que se acerca a él.

Tuve que asentir.

—Sí, me ha utilizado.

Elita estaba dormida cuando volví a la sala de testigos. Me senté con la intención de tomar algunas notas, pero acababa de empezar cuando se produjo una conmoción dentro de la sala del juicio.

Se abrió la puerta de la sala del tribunal y salió un policía corriendo, luego otro, a continuación otros en varias direcciones. Se oían gritos y murmullos de periodistas y público.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —preguntamos.

Después de un cuarto de hora de rumores entró el alguacil para decirnos que se había suspendido el juicio hasta el día siguiente. Salí con Elita y en el pasillo Panzani nos explicó lo que había ocurrido.

El fiscal había citado a declarar a un psiquiatra para que confirmara la capacidad de David para el juicio. Pero el doctor se extralimitó en su oficio. Dijo que David era un farsante, que simulaba su debilidad mental y física y que si era liberado volvería a ser *le Beau Serge*, ocasionando estragos entre los inocentes del mundo.

Sophie Bottai se levantó para interrogarle. ¿Durante cuánto tiempo había visitado a David?, preguntó.

Era una cuestión razonable y la respuesta fue: menos de diez minutos. En lugar de limitarse a esto, el psiquiatra comentó al jurado que siempre que el testimonio de un experto no era del agrado de la defensa, ésta intentaba crear confusión.

A continuación el doctor se dirigió a David.

—Sus abogados no le defienden muy bien que digamos —dijo—. Le aconsejo que ahorre y busque otros.

Era justo lo que Juramy había estado esperando y lo aprovechó. Se levantó y empezó a gritar. Solicitaba que el juez hiciera constar una protesta formal contra el psiquiatra por insultarle y poner en duda su capacidad profesional. El psiquiatra le contestó vociferando y la batalla ya estaba en marcha.

El juez Colomb se puso frenético. Su juicio, tan bien orquestado y mediatizado, se había convertido en un caos. Juramy insistió en su derecho de presentar su protesta al *bâtonnier*, el abogado decano responsable de los problemas de ética profesional.

Entonces Colomb cometió un error de táctica. En lugar de permitir que Juramy presentara la queja antes de proseguir el juicio, solicitó al psiquiatra que continuara su declaración. Juramy sabía que había atrapado al juez en una infracción de procedimientos y de inmediato le censuró. Colomb no podía hacer otra cosa que suspender el proceso hasta que el asunto se solucionara.

En el pasillo, Juramy charlaba ante los micrófonos y los blocs de notas de los periodistas. Estaba en buena forma, alternando entre el enojo por el insulto del psiquiatra y el júbilo por su estupidez. El juicio había sido suspendido y se negaría a cualquier compromiso para reanudarlo hasta que se solucionara la afrenta a su honor.

Me quedé de pie en una esquina maravillado por la estupenda interpretación. Cuando hubo terminado, le felicité por su victoria táctica.

—Ahora me temen —declaró—. Les machacaré.

Le dije que me gustaría hablar con él largo y tendido antes de regresar a América.

—Sí, desde luego —contestó—. Esto terminará mañana. Entonces hablaremos.

De repente tradujo su frase al inglés.

Llamé a Mickey Tobin a Washington. El FBI todavía no le había nombrado, dijo, pero su colega de la Agencia había decidido visitar a Nicoli. Mickey se disponía a organizar una reunión de los tres para dentro de pocas semanas. Le pregunté si yo podía asistir.

—Es parte interesada —dijo, refiriéndose supongo a mi esperanza de escribir

un libro—. La Agencia no va a permitirlo. Deje que lleve a este compañero a ver a Michel.

No me gustaba la idea de que me dejaran de lado, pero suponía que era inevitable. Lo que contaba era que ahora el FBI estaba implicado y el colega de Mickey escucharía la historia con sus propios oídos.

Una vez más Elita Schwartzwald y yo nos encontramos encerrados juntos durante horas interminables al día siguiente, mientras el juez discutía con Juramy sobre la disputa procesal.

Como lo más probable era que yo abandonara Europa al cabo de dos días, pensé que debía hablar a Elita con franqueza. Saqué la fotografía de Sarti de la carpeta y se la mostré, preguntando si le conocía. Ella miró la foto sin cambiar de expresión. Me preguntó el motivo de mi interés por aquel hombre.

Le respondí que David me había dicho cosas sobre él que eran de gran interés para mí. ¿Le conocía?

Contestó que sí. Y también a su esposa.

Le dije que David me había asegurado que aquel hombre había asesinado al presidente Kennedy.

Elita me miró con dureza, abriendo y cerrando los ojos con una mirada inquisidora, que había llegado a reconocer.

Le pregunté si había oído hablar de ello.

—Nunca escuchaba cuando ellos hablaban —contestó—. En cuanto a Christian, nunca hablaba de sus negocios. Yo sólo le conocía como marido. Era bueno... amable. No creo todo lo que dicen sobre él.

Le mostré la foto de Le Petit. ¿Le reconocía?

Preguntó si David había dicho que también él estaba implicado. Le contesté que Nicoli le había nombrado.

—Todo política —dijo—. Odio la política.

Le aseguré que no se trataba de política, sino de la mafia. Los ojos se le salieron de las órbitas.

—Política... Mafia... es todo lo mismo.

Le dije que confiaba en descubrir la verdad sobre el asunto Kennedy y ponerla a disposición del pueblo americano.

—¿Y qué harán con ella? —preguntó.

Le contesté que no lo sabía, pero que la historia debía corregirse.

—Se cambian palabras en los libros —replicó—. ¿De qué sirve? Hay que vivir el presente, no el pasado.

Le dije que nosotros, los americanos, merecíamos conocer la verdad.

—El presidente está muerto. Y este hombre también —añadió indicando la fotografía de Sarti—. La verdad no cambiará esto.

Le dije que Le Petit y otro hombre a quien Nicoli también había nombrado seguían vivos. Había que localizarles y entregarles a la justicia.

—Usted quiere venganza —puntualizó entrecerrando los ojos.

Lo negué, pero tenía razón. Sí, quería venganza. La quería porque se habían entrometido en la historia de mi país. La quería porque se habían burlado de nuestras leyes y de la justicia durante un cuarto de siglo.

—Si Christian se lo dice —preguntó—, ¿le ayudará?

Le expliqué que durante años había ansiado hacer un trato: su libertad a cambio de la verdad. Ahora, incluso era posible.

Me contempló durante unos instantes pensativa.

—Hablaré con Christian —dijo por fin.

A las seis nos condujeron a la sala del juicio, donde el juez explicó que las dificultades procesales obligaban a una suspensión. Se nos solicitó volver el 23 de marzo, fecha del nuevo juicio contra Christian David.

Tuve muchas dificultades para entrar en La Santé aquella tarde, suponía que surgidas a raíz de mi artículo en *Libération*. David estaba de buen humor al haber aplastado otro intento de juzgarle por asesinato. Estaba más animado de lo que le había visto en mucho tiempo, un claro contraste con su conducta ante el tribunal. Se mostraba solícito, preguntando por la salud de mi mujer y mi hijo, después del accidente. Luego habló de Nicoli.

—Ahora que dispondrá de tiempo para volver a verle —dijo— pregúntele si hará alguna declaración. Dígale que comprendo su postura, pero que se haga cargo de cómo están las cosas... ese juez, Le Mouël. Dígale que eso me salvaría.

Admití que yo no comprendía la postura de Nicoli.

—Ha enviado a muchas personas a la cárcel —explicó David—, miembros de nuestra vieja banda, amigos, y parientes de amigos. Si testifica para ayudar a uno de nosotros, sería muy difícil que los demás lo entendieran.

Le pregunté si había otros que también pudieran proporcionar declaraciones juradas y empezó a dar nombres, la mayoría compinches de la antigua red de droga. Yo tenía una propuesta.

—Michel dice que Le Petit estaba en la reunión de finales de 1965 donde se discutió el asunto Kennedy —dije—. Esto significa que Le Petit también puede declarar a su favor.

David negó con la cabeza. No quería hablar de eso. Le presioné, diciendo que estaba descartando un testigo en potencia. ¿Podía ponerse en contacto con Le Petit y hacerme llegar hasta él?

Se negó. No quería tener nada que ver con Le Petit.

Entonces le recordé a Mickey Tobin. Le dije que era posible que Tobin fuera a visitarle antes de la reanudación del juicio y que estaba dispuesto a cooperar si él lo hacía. Debía hacer una declaración a Tobin, o pedirle a Juramy que le entregara el sobre. Tobin tenía poder para detener el juicio y conseguirle el mismo trato que había logrado para Nicoli.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, David escuchaba con atención una proposición mía. Por fin, estaba de acuerdo en que si Tobin venía, hablaría con él, pero solamente si llevaba una carta de Michel considerándole amigo suyo.

Hablamos durante un rato sobre lo que David haría si lo liberaban. Su propósito era quedarse durante una temporada con su primo Favart e ingresar unos meses en una clínica. Después volvería a Sudamérica con su familia.

Me preguntó si volvería al día siguiente y le dije que sí.

—Y en marzo, cuando se reanude el juicio, también tiene que estar presen-

te —dijo mientras le ayudaba a incorporarse. Le aseguré que allí estaría. Pareció satisfecho y me estrechó la mano.

—Venga mañana, antes de tomar el avión —dijo, y a continuación bajó la voz—, y tráigame algo, ¿eh?

Hice un alto en el despacho de Juramy en el camino de regreso de la cárcel. Era tarde. Me comentó que estaba cansado y se iba a casa.

—Ocho horas de tribunal —dijo soplando— son suficientes, ¿no?

Tenía aspecto de agotado, con los ojos enrojecidos y las mejillas hundidas. Yo me marchaba dentro de dos días, le dije, y deseaba que tomáramos una decisión. Le hablé de Tobin, añadiendo que acaso fuera posible, gracias al tiempo que habíamos ganado, hacer un trato con el Departamento de Justicia.

—He estado pensando en ello —confesó Juramy—. La situación a la que ahora nos enfrentamos es muy compleja. Apelaré al Tribunal de Casación para una destitución y la rechazarán. Entonces recusaré a Colomb. Esto significa una audiencia en la que le acusaré de parcialidad y le citaré a declarar. Si yo gano, se le obligará a dejar el caso. Pero si fallan en mi contra, Colomb seguirá en el estrado y pedirá mi cabeza además de la de David.

Le pregunté si podía ayudarle.

—Dígale a su amigo Tobin que venga lo antes posible. Le doy dos semanas, luego prepararé la apelación.

Le dije que no iría a menos que David estuviera dispuesto a colaborar.

—Lo hará —contestó Juramy—. Le diré que colabore. Hará una declaración, se lo garantizo. Mañana le pondré entre la espada y la pared.

Le dije que necesitaba más de dos semanas para preparar la visita de Tobin.

—Un mes —respondió Juramy—. Pero entonces tengo que apelar. Haga que Tobin venga y yo me ocuparé de David. Sé cómo tratarle.

Era una noticia reconfortante y, por primera vez en mucho tiempo, me sentía optimista. Al parecer Juramy tomaba la iniciativa de romper el círculo vicioso en el que David y yo habíamos estado encerrados durante cuatro años.

Telefoneé varias veces a mi esposa a lo largo de la noche para anunciarle mi regreso, pero no obtuve respuesta. Su ausencia me sorprendía y me inquietaba.

A la mañana siguiente, cuando llegué a La Santé, Juramy ya estaba en el cubículo discutiendo con David. Veía que éste estaba encorvado y negaba con la cabeza mientras el abogado golpeaba el puño sobre la mesa mostrando su contrariedad. Era una conversación borrascosa, lo cual me pareció buena señal.

Por fin, Juramy llamó al celador y cuando éste abrió la puerta me dio la bienvenida a la celda.

—Monsieur Rivele —dijo tan pronto me hube sentado en el taburete—, vamos a hacerle una propuesta. Usted intercederá ante su amigo Tobin para que venga a París y se entreviste con David. Cuando Tobin llegue, se pondrá en contacto conmigo y vendremos juntos a La Santé...

David empezó a negar con la cabeza y se disponía a objetar, pero Juramy se lo impidió.

—Delante de mí, Tobin tomará declaración a David con respecto al asunto que hemos acordado. Luego acompañaré a Tobin al Ministerio, donde informará oficialmente a las autoridades de que el Gobierno americano está interesado en David como testigo.

—No puedo declarar contra otros —insistió David, golpeando el suelo con la muleta.

—¡Harás lo que yo te diga! —exclamó Juramy. Se dirigió de nuevo a mí.

—Tobin informará a las autoridades del interés del Gobierno americano —concluyó—, yo llevaré a cabo una solicitud para retirar la acusación contra David. El Ministerio la rechazará. David será condenado a diez años de cárcel y será puesto en libertad de inmediato por motivos de salud.

Anoté todo esto en mi bloc de notas, asintiendo entusiasmado conforme Juramy hablaba. Cuando hubo terminado, resumí el asunto para el abogado, ignorando a David, que estaba derrumbado sobre la mesa.

—Y recuerde —dijo Juramy—, esto debe quedar arreglado antes de mi denuncia contra el juez. Creo que el Ministerio aceptará siempre que los americanos reclamen a David como testigo. Esto les proporcionará la excusa para hacer un trato y diez años serán suficientes para su sed de venganza.

—Ya lo he dicho —intervino David—, no puedo declarar.

—Lo único que te queda es pudrirte aquí dentro —le espetó Juramy.

—Muy bien —sollozó David—, pues me pudriré.

—No, si puedo evitarlo —dijo Juramy—. Bueno, ¿de acuerdo? —me preguntó.

Le contesté que en cuanto a mí se refería, me parecía un negocio factible.

—Muy bien —concluyó Juramy—. Christian, nos vamos. Pórtate bien y volveremos dentro de unas semanas.

Estrechó su mano. Nunca había visto a David tan disgustado, y me complació. Como mínimo daba la impresión de que yo tenía un trato que a David no le gustaba, pero que no podía rechazar.

Juramy y yo tomamos el metro hasta el centro de París. Él parecía convencido de que el Gobierno aceptaría la propuesta y me pareció que ya había hecho tanteos.

—Me temen —afirmó—, no quieren que este juicio siga adelante. Saben que les haré la vida imposible y buscan una salida. Nosotros se la mostraremos y ellos aceptarán. Entonces todo el mundo tendrá lo que quiere.

Meditó unos instantes.

—Ese asunto de Kennedy es muy interesante. Sería bueno saber la verdad después de tantos años. Me gustaría formar parte de la historia. Sea como sea, monsieur Rivele, le garantizo que tendrá lo que quiere una vez que esté solucionada la situación de David.

Sonrió con malicia.

—Causará sensación, ¿no?

«Si Steve llega a una hora razonable, pídanle que me llame para que pueda decirle lo que se ha decidido aquí.» Éste era el mensaje que había dejado mi es-

posa en el contestador automático de mis amigos mientras yo había estado ausente.

Me pareció escalofriante. Había cenado en mi camino de regreso, de forma que era demasiado tarde para llamar. Pero, dado que iba a tomar un avión a primera hora de la mañana, pronto sabría lo que «se había decidido en Estados Unidos».

Como de costumbre, había llegado a casa exhausto. Ya no sabía cuál era el futuro que teníamos juntos ni podía imaginar cómo había evolucionado el pensamiento de mi esposa durante mi ausencia. Sabía que cuando me marché ambos estábamos a punto de llegar al límite, pero sentía que debía resistir algunas semanas más.

Cuando aterricé en el aeropuerto JFK de Nueva York y mientras esperaba el vuelo a Los Ángeles, llamé a casa. La voz de mi esposa sonaba tensa. Le pregunté si ella y nuestro hijo acudirían a esperarme al aeropuerto. Me dijo que no y yo le pregunté la razón. Me respondió que había solicitado el divorcio y que ya no era bien recibido en mi casa.

Había esperado algo, tal vez una separación, pero no aquello. Quedé aturdido. Ella me dijo que pensaba que aquello era algo que debía hacer y que si yo hubiera estado allí no habría tenido el valor de hacerlo. Me dijo también que había sacado mis cosas de casa y las había trasladado a un almacén.

Semejante grado de premeditación me ofendió. Sentí que me enfurecía. Le dije que estaba en mi perfecto derecho de regresar a mi casa y de ver a mi hijo. Ella me contestó que si intentaba ir a casa ella se llevaría al niño. No iba a verle, al menos por el momento.

El que, en medio de la conversación, me quedara sin monedas, resultó plenamente coherente con la forma en que habían sucedido las cosas en los últimos cuatro años. Ella estaba llorando cuando la llamé de nuevo, pero seguía determinada a que no fuera a casa, pese incluso a que no tenía ningún lugar a donde ir. Poseía exactamente doscientos dólares a mi nombre, ninguna capacidad de crédito y muy pocos amigos en Los Ángeles. Y, lo que era más, aún tenía trabajo por hacer. Le dije que estaba esperando varias llamadas importantes que se producirían a la mañana siguiente. Aquél era el problema, gritó, lo que importaba no era la familia sino las llamadas. Podríamos hablar dentro de algunos días pero, por el momento, debía irme a cualquier otro lugar.

Aquel vuelo fue uno de los peores momentos de mi vida. La investigación no me había matado aún, pero me lo había arrebatado todo: mi hogar, mi familia, mi matrimonio, mi carrera. Recordé la advertencia de Tink Thompson: «Este caso —había dicho— le consumirá el alma.»

Mi esposa no me permitió ver a mi hijo durante varios días. No le había dicho aún que yo había regresado. Primero debía decidir qué iba a hacer con sus vidas, según me dijo. Entretanto, dormí en el sofá de unos amigos y me serví del equipaje que había llevado a Europa. Tenía aún un importante trabajo por realizar y aquello, irónicamente, me mantenía en marcha.

Llamé a Mickey Tobin para explicarle el acuerdo que proponía David. Mickey estuvo de acuerdo, si David estaba dispuesto a cooperar, en que tanto él como su colega del FBI irían a París a verle. Le pregunté acerca de la reunión con Nicoli y, con gran disgusto por mi parte, me dijo que aún no había tenido lugar. Le hablé del término fijado por Juramy. El hombre del FBI debería escuchar la historia de labios de Michel y luego irse a París para hablar con David, todo ello en menos de cuatro semanas. Estábamos ahora al borde de los procesamientos y no podíamos permitir que el proceso muriera. Mickey prometió que prepararía las reuniones tan pronto como pudiera.

Yo actuaba simplemente dominado sin piedad por los movimientos de la investigación. Me dije a mí mismo que había sido un loco por permitir que el caso destruyera mi vida, pero sería un loco aún mayor si ahora me rendía. Sólo el procesamiento podía justificar lo que había sucedido. Concentraría ahora todos mis esfuerzos en dos puntos: identificar a Le Blanc y conseguir que él y Le Petit fueran procesados. Una vez que hubiera ocurrido esto, me dije a mí mismo, habría cumplido con mi deber como ciudadano y podría empezar a poner mi vida de nuevo en pie.

Pero, ante todo, debía ver a mi hijo. Discutí y supliqué y, al final, mi esposa consintió en permitirme que fuera a visitarle. Cuando me vio en la puerta, saltó mientras gritaba «¡papaíto!», y pasó sus brazos a mi alrededor. Era ya todo un muchachito de casi cuatro años. Hice todo lo que pude para no echarme a llorar. Su madre salió de la habitación mientras yo le entregaba los regalos que había traído para él: un helicóptero francés, un autobús inglés, una camiseta de Marsella, caramelos de chocolate... Por muy feliz que me sintiera de verle, de contemplar cómo jugaba, de responder a sus preguntas, no pude soportarlo durante mucho tiempo.

Volví a verle de nuevo aquella semana mientras su madre estaba en el trabajo. Le llevé hasta la heladería, luego nos detuvimos en el parque, jugamos durante un rato y yo le dije que iba a marcharme para realizar otro viaje.

Dado que no tenía ningún lugar donde vivir en Los Ángeles y los procesamientos estaban en peligro, había decidido permanecer en Washington todo el tiempo que me llevara el asegurarlos. Cuando mi dinero se terminara decidiría qué hacer a continuación.

Llamé a Mickey Tobin para decirle que iba a trasladarme allí y para preguntarle si había arreglado que el hombre del FBI se viera con Nicoli. La reunión estaba provisionalmente prevista para el lunes, el día en que yo llegaría a Washington. Saldrían el domingo por la noche y Mickey estaría de regreso en su despacho el martes. Una vez más, me preocupaba que Nicoli intentara echarse atrás.

—No puede hacer esto ahora —respondió Mickey—. No le gusta pero no tiene alternativa. Y déjeme que le diga que está bastante molesto con usted por haberle metido en esto. Me refiero a que primero fue su libro, luego fui yo y ahora el FBI. No ve qué puede salir de todo ello más que problemas. Y yo también, francamente. Quiero decir que estoy tan inundado de trabajo que necesito esto tanto como una patada en cierta parte.

Mi esposa había llevado a mi hijo a casa de su madre, de forma que no pude decirle adiós. Un amigo me llevó hasta el aeropuerto. Durante el camino hacia allí

nos detuvimos en la oficina de correos para que pudiera comprobar mi apartado, aquel que durante años había utilizado en mi correspondencia con Christian David. Había un sobre. Lo abrí y volví a cerrarlo de inmediato. Contenía los papeles de mi divorcio.

Para mí, ahora, sólo existía una idea. Procesar a los hombres que yo había identificado como los asesinos del presidente. Para mí esto significaba, ante todo, el intento de asegurar el propósito que había subrayado Juramy.

Establecí mi cuartel general en el Centro de Archivos de Asesinatos, donde Jim Lesar, Bud Fensterwald, Mark Allen y yo sostuvimos una serie de sesiones de estrategia. Todos ellos pensaban que la implicación del FBI representaba un imponderable. Yo puse de relieve que Mickey Tobin tenía confianza en sus colegas del FBI. Bud aseguró que aquello era irrelevante: el FBI como tal tenía el compromiso institucional de impedir la resolución del caso. No se moverían por nuevas evidencias; verdaderamente, me aseguró, harían todo lo que pudieran para suprimirlas.

Salió una vez más el tema de los políticos en un esfuerzo por ejercer una presión sobre el FBI para que siguiera adelante. Yo no quería hacer nada que pudiera ofender a Mickey Tobin y a su colega del FBI. Sugerí que acudiéramos a los políticos sólo en el caso y en el momento en que quedara claro que el FBI pretendía evadirse o ignorar la información.

Mientras tanto llamé a Mickey de nuevo. No había estado en el despacho aquella mañana y su secretaria no le esperaba hasta el día siguiente. Así es que la reunión estaba en marcha, pensé.

¿Cooperaría Nicoli? ¿Quedaría convencido el hombre del FBI? Muchas cosas dependían de aquella reunión y, desgraciadamente, no me habían autorizado a asistir a la misma.

El martes por la mañana llegué temprano al CAIA para esperar la llamada de Tobin. A las diez empecé a llamarle a él. Estaba en una reunión, estaba fuera de su despacho, había salido a almorzar... Nadie sabía dónde estaba. El que no llamara, estaba seguro, significaba que la reunión había fracasado.

Por fin, alrededor de las cuatro y media, Tobin llamó.

—Steve —dijo—. ¿Cuándo estará en casa?

En lugar de contestarle le pregunté cómo había ido la reunión.

—Bien —dijo—, realmente bien.

Me recliné en mi asiento, aliviado.

—¿Qué ha dicho Michel?

—Repitió básicamente la misma historia que nos había contado a usted y a mí —respondió Mickey—. E identificó al tercer individuo.

Estaba asombrado. Pregunté qué había sucedido.

—Le presentamos el Libro de Delincuentes. Contiene cerca de quinientas fotografías de traficantes conocidos. Él lo estudió en busca de Le Blanc y le identificó.

Mickey me dio el nombre. Por mi parte, le pregunté hasta qué punto Nicoli había estado seguro de su identificación.

—¡Oh! Es seguro en un noventa y cinco por ciento —respondió Mickey.

Aquello debió impresionar al agente del FBI, reflexioné. Ante él, a la primera y de entre quinientas instantáneas, Nicoli había identificado a Le Blanc sin ninguna duda.

Le dije a Mickey lo contento y agradecido que estaba y le pregunté qué iba a suceder ahora.

—Ahora —dijo—, todo depende de David.

Le recordé que David sentía terror por el FBI y le hice una sugerencia. Ahora que el hombre del Bureau había escuchado personalmente la historia de labios de Nicoli, ¿no podrían ir él y Mickey a ver juntos a David?

—¿Está preparado para cooperar? —quiso saber Mickey.

Le dije que, según Juramy, estaba preparado para hacerlo, pero que sólo cooperaría si el propio Mickey estaba presente.

—De acuerdo. Te diré lo que vamos a hacer —ofreció Mickey—. Hablaré con el hombre del FBI para ir a París. Si me aseguras que David está listo para hacer una declaración honesta y completa, entonces iremos.

—¿Cuándo podréis ir?

—¿Hoy es martes? A mediados de la próxima semana. Tendré que llamar a París y establecer... Digamos que el próximo miércoles.

Le aseguré que no habría problemas para entrar en la prisión y me ofrecí a pedirle a Juramy que hiciera los preparativos.

—Juramy deseará estar presente —le dije a Mickey. Me contestó que no le importaba.

—Y esperará que vayan a la Cancillería para expresar un interés oficial por David.

—Veamos primero cómo se desarrolla la entrevista —dijo Mickey.

Por preocupado que estuviera, el asunto estaba arreglado: había establecido el acuerdo en nombre de David. Pronto, tal vez dentro de pocas semanas, tendríamos procesamiento.

Llamé a Henry Juramy a su casa, en París. Quería tan sólo informarle de que Tobin y el agente del FBI iban a ir, tal como habíamos acordado, y pedirle que hiciera todo cuanto fuera necesario para asegurarse de que no tendrían dificultades para ver a David.

Juramy me escuchó mientras yo hablaba en medio de una serie de ruidos de la línea.

—Dígale que no vengan —me gritó por encima de aquellos ruidos.

—¿Qué?

—Dígales que no vengan.

No podía creer lo que oía.

—¿Por qué?

—David no dirá nada —gritó su respuesta—. Ha cambiado de pensamiento. No cooperará.

Le dije que todo estaba dispuesto y que los dos hombres llegarían a París el próximo miércoles.

—Ha sido muy categórico —respondió Juramy—. No dirá nada hasta que se tomen las disposiciones para ponerle en libertad.

Le respondí que Tobin no podía hacer aquello. David debía cooperar primero.

—Entonces, dígales que no vengan.

Estaba empezando a ponerme furioso. Le dije a Juramy que había hecho un gran esfuerzo para convencer a Tobin y al hombre del FBI para que fueran a París. Ahora no podía cambiar. Le dije que él debía llamar a Tobin para llegar a algún tipo de compromiso.

—No —insistió—. Yo no puedo acercarme al Gobierno norteamericano. Que me llame Tobin a mí y hablaremos.

Colgué y llamé a Mickey. Le expliqué que se había producido una dificultad y que Juramy había pedido que le llamara para discutirlo personalmente.

—Yo no puedo llamar al abogado de David —respondió Mickey—. Si desea hablar que me llame, pero no puedo ser yo quien se acerque a él.

Acto seguido, llamé de nuevo a Juramy y le expliqué que, como representante del Gobierno, Tobin no podía iniciar el contacto. Él debía llamarle.

—Rotundamente, no —replicó Juramy—. Sería indecoroso que yo hiciera eso. Él debe llamar primero. Mañana veré a David y le explicaré la situación. Pero le aseguro, monsieur Rivele, que él no hablará.

Eran casi las siete de la tarde en Washington y más de medianoche en París. Llamé a Mickey una vez más. Estaba aún en su despacho pero se disponía a marcharse.

—Mire —dijo—, de ninguna de las maneras voy a ser yo quien plantee el acuerdo con David. Este individuo es el abogado de David. Si su cliente tiene información que quiere transmitir al Gobierno, es él quien debe aproximarse a nosotros. Es lo normal, es la forma en que se hace. No veo cuál es su problema.

Mi frustración se estaba convirtiendo en rabia. Había estado a punto de establecer la conexión que conduciría al procesamiento de los asesinos del presidente y ahora me hallaba cogido en aquel juego transatlántico de protocolo. Le dije a Mickey que era él quien tendría que hacer el primer movimiento ya que Juramy no lo haría.

—Esto es lo que le dije que me temía —me contestó Mickey—. David está jugando con nosotros. Es mejor que nos retiremos ahora en lugar de seguir adelante a riesgo de hacer el papel de tontos.

Le rogué que no desistiera ahora de la idea, pero se mostró inflexible.

—O David habla o no tiene objeto que vayamos. Y si habla debe decirlo todo, no puede quedarse a mitad de camino.

Era ya demasiado tarde para llamar a Juramy de nuevo, de forma que le prometí a Mickey que le llamaría al día siguiente, tan pronto como pudiera, y le daría algún tipo de respuesta.

Aquella noche no pude dormir. Si David no cooperaba debería hacer algún tipo de trato, de forma que lo más esencial de su historia llegara al FBI. No iba a dejar que el asunto se muriera.

Hablé de la situación con Jim Lesar. Éste sugirió que si David no hablaba directamente, tal vez quisiera hacer alguna declaración a través de Juramy. Era una buena idea. Le pedí que llamara al abogado francés para plantearle a él esta pro-

puesta. Lo hizo y la conversación pareció desarrollarse bien. Aquella noche, después de que Juramy hubiera visto a David, Jim le llamó de nuevo.

David había aceptado la idea. Le había entregado a Juramy una declaración sobre el caso Kennedy y le había autorizado a transmitirla al FBI. Juramy pedía que Tobin y el agente del FBI fueran a verle a París o a Marsella.

Telefoneé a Mickey y le comuniqué las novedades. No pareció impresionado.

—Por primera vez desde que empecé a negociar con él —señalé— David ha expresado la voluntad de entregar información al Gobierno. No podemos permitirnos el ignorar su gesto.

—Está jugando con nosotros —fue la respuesta de Mickey.

—Mire —repliqué—, éste es un caso en el que un hombre quiere hacer llegar información al Gobierno de Estados Unidos a través de su abogado. Seguramente, podemos disponer que alguien del Gobierno entreviste al abogado y reciba la declaración.

Mickey pensó por unos momentos.

—Puedo hacerlo —dijo por fin—. Y, tal vez, esto nos ahorre a todos algunos problemas. Puedo hacer que Juke vaya, recoja la declaración y me la traiga. Esto nos ahorrará a mí y al agente del FBI el viaje hasta París.

Me agarré a aquella sugerencia. ¿Cuándo podría hacerse?, pregunté.

—Puedo llamar hoy a Juke, explicarle el tema y enviarle. Pero he de plantearlo primero al FBI. Ellos pueden no aceptarlo; recuerde que es su caso. Puede que deseen que lo haga uno de los suyos.

Mickey tenía que ir aquella tarde a la sede del FBI y me dijo que discutiría el tema con su colega.

Pensé que era un compromiso razonable, pero Jim Lesar se mostró pesimista acerca de la posibilidad de que el FBI enviara un hombre a entrevistar a Juramy.

—No sabes cómo manejarán algo como esto —dijo—. Si Juke estuviera allí al menos estaríamos seguros de que llegaría a Mickey una transcripción exacta. Pero, tal como están las cosas, el agente del FBI puede escribir en su informe lo que le dé la gana. Entonces el FBI tendría una excusa para cerrar el caso.

Mickey resolvió el problema por su cuenta. Cuando me llamó aquella noche, había ya acordado con el FBI que Juke y el agregado oficial en París entrevistarían conjuntamente a Juramy. Estuve encantado con el acuerdo y le pedí a Jim que llamara a Juramy.

El hombre del FBI en París no se había mostrado muy servicial cuando yo estaba intentando posponer el juicio. Pero al menos estaba informado y, con Juke a su lado, confiaba en que recibiría la declaración de David y, en consecuencia, sería capaz de promover el procesamiento.

Aquella noche, Mark Allen vino al CAIA a reunirse con Jim y conmigo para que cenáramos juntos. Había desenterrado cinco estatutos federales que eran de aplicación a un asesinato presidencial en 1963, incluida la ley de Derechos Civiles. Tal como le habían dicho a Mickey, ésta preveía la cadena perpetua si la víctima moría como resultado de la agresión. Mickey lo necesitaría para utilizarlo contra los asesinos una vez que fueran detenidos.

Pero Mark tenía algo aún más interesante que mostrarnos. Por medio de un

colega de Nueva York, había encontrado la acusación por tráfico de drogas que Mickey había esperado presentar contra Le Petit, en 1974. Lo extraordinario al respecto era que también nombraba a Le Blanc y señalaba al fallecido Sarti como a un conspirador.

El procesamiento nunca se había llegado a ejecutar dado que Le Petit y Le Blanc habían sido arrestados bajo las mismas acusaciones en Francia. Pero, puesto que los dos hombres eran considerados como fugitivos, el estatuto de limitaciones había sido suspendido y el procesamiento aún era válido. Ambos, por lo tanto, podían ser arrestados en cualquier momento. Mark acababa de dotarnos de una inapreciable arma.

Al día siguiente, el último de mi estancia en Washington, almorcé con Mickey. Hablamos de todo una vez más y Mickey prometió que me haría saber lo que Juke le transmitiera.

Le di también una copia de los estatutos federales aplicables en 1963.

—Usted cree a Michel —le dije cuando terminábamos el almuerzo.

—Si dice que estos tipos lo hicieron, entonces es que lo hicieron —replicó Mickey.

—¿Y está seguro de que si los tiene bajo custodia puede hacer que testifiquen contra la persona para quien hicieron el trabajo?

—Con esta acusación —dijo— no hay duda.

Entonces saqué el viejo proceso por tráfico de drogas.

—De todas formas, si todo lo demás falla, ¿podría considerar la posibilidad de arrestarles basándose en esto?

Mickey examinó la acusación un buen rato antes de devolvérmelo.

—Lo consideraría —dijo.

Le pregunté cómo podía hacerse.

—Sólo tengo que coger el teléfono. Le Blanc está en Marsella y, por lo tanto, Juke pediría a los franceses que nos lo entregaran. Por lo que se refiere a Le Petit, sé exactamente dónde está en Colombia. Podríamos intentar que lo expulsaran.

Cuanto más hablábamos más parecía atraerle la idea. Al menos ahora tenía la esperanza de que si todo fracasaba con David, podría ver a los presuntos asesinos tras las rejas. En aquel momento, sería labor de Mickey llegar a un entendimiento con ellos y estaba seguro de podía hacerlo con éxito.

Sabía que si deseaba ver a mi hijo de forma regular debía construir algún tipo de hogar para él. Así que, de regreso a Los Ángeles, alquilé un apartamento cerca de él y contacté con todos cuantos antes me habían dado trabajo, ansioso de cualquier clase de actividad remunerada. Cuando me trasladé, no tenía nada: dormí en el suelo y comí directamente de las latas. Lo primero que adquirí, de todas formas, fue un teléfono.

No podía apartarme la investigación de la cabeza. La reunión prevista entre Juke y Juramy, la reanudación del juicio de David y las perspectivas de procesamiento mantenían monopolizada mi atención.

Durante todo el día siguiente estuve importunando a Mickey Tobin para saber

algo de la reunión con Juramy. Parecía haber dificultades en establecer una fecha para que los tres hombres pudieran reunirse. Juramy estaba participando en un juicio en Bretaña, el agregado no podía dejar París, Juke estaba viajando... Todo lo que podía hacer era presionar a Mickey con el plazo fijado por Juramy, ahora a menos de una semana de distancia.

A finales de febrero, Tobin dejó Washington en un viaje de inspección. Yo me sentía desesperado por la proximidad del plazo final, de forma que llamé a Juke a Marsella. Éste también estaba fuera del despacho, pero su secretaria me dijo que la reunión con Juramy ya se había celebrado. La entrevista, me dijo, se había realizado en París con el agente del FBI. Juke no había asistido.

No podía entender qué había funcionado mal. Mickey había sido categórico en la necesidad de que Juke estuviera presente. Le pedí a la secretaria que le dijera a Juke que me llamara o que al menos me hiciera saber lo que había sucedido en la reunión. Dudaba en llamar al agregado en París antes de saber algo por medio de Juke. Al cabo de unos días la secretaria me llamó en mitad de la noche.

—El señor Nowozniuk me ha encargado que le dijera —gritó para hacerse oír— que no se ha sabido nada de lo ocurrido en la reunión.

Mickey tenía también un mensaje de Juke cuando regresó. Me llamó el día en que finalizaba el plazo de Juramy.

—Todo se ha estropeado —dijo. Su voz sonaba auténticamente enojada—. Le dije que Juke tenía que ir. Pero todo se ha estropeado.

Le pregunté qué había funcionado mal.

—El abogado francés le dijo a Juke que podía concederles veinte minutos y que debían ir de inmediato. No se qué diablos creía que estaba haciendo, pero Juke no podía acudir con un aviso previo tan breve.

Una vez más el comportamiento de Juramy estaba más allá de mi comprensión.

—Bueno, van a cerrar el caso —me predijo Mickey—. Ya le dije que esto es lo que sucedería si Juke no estaba presente.

No había nada que yo pudiera añadir, salvo que estaba aún más encolerizado que él.

Parecía como si cada vez que estaba auténticamente cerca, cada vez que extendía la mano para alcanzar el último elemento que provocaría el procesamiento, algo lo impedía. No había nada que hacer salvo prepararme para mi viaje a París.

El juicio de David debía reanudarse el 23 de marzo. Me había escrito de nuevo varias veces a la semana destacando la importancia de mi testimonio y prometiéndome plena cooperación si le absolvían.

Tan pronto como llegué a París, llamé a algunos de mis contactos para decirles que me esperaran. Fui precavido en todas estas conversaciones, y no dije ni cuándo iba a llegar ni cuál era el motivo de mi viaje. Una de las personas a quienes llamé fue Geneviève Roux. Me dijo que tenía un mensaje para mí.

Algunas semanas antes había llamado a un amigo suyo que tenía conexiones con el grupo marsellés y le había preguntado si conocía a Le Blanc. Dijo que lo

preguntaba en nombre de un escritor norteamericano que estaba haciendo una investigación sobre el *milieu*. Su amigo le había contestado que sabía de mí. Le dijo que me hiciera saber que yo había sido «marcado» y que jamás debería regresar a Marsella.

Le agradecí a Geneviève su aviso.

—Esto no es todo —siguió—. Después de aquello, dispararon contra mi amigo. Se encuentra en el hospital.

Al día siguiente me encaminé hacia el Palais de Justice. Presenté mi citación al guardia de la entrada de testigos. La comprobó con su lista y me la devolvió.

—No ha sido usted convocado —me informó.

Pedí ver la lista y el guardia me la enseñó. Quedé perplejo. La columna reservada a los nombres de los testigos de la defensa estaba en blanco. Juramy no había llamado a nadie.

Corrí hacia la entrada pública. Marie-José estaba allí, al igual que Serge Favart y Elita Schwartzwald.

—Juramy tiene algo en la manga —me dijo Favart—. Aunque no sé de qué se trata.

Elita estaba trastornada y desorientada.

—Voy a ver a Juramy de inmediato —declaró.

Fuimos a la puerta de abogados y solicitamos ver de inmediato a Juramy. Tras una larga espera, el abogado apareció con su toga negra y sus borlas de armiño.

—¿Por qué no nos ha convocado? —preguntó Elita en imperfecto y nervioso francés—. He venido expresamente desde Buenos Aires. Quiero ayudar a Christian. ¿Por qué ha hecho esto?

Juramy hizo gestos para pedir calma. Debíamos tomar asiento en el lugar reservado a los espectadores, dijo, y observar lo que sucedía. Entonces lo entenderíamos. Era posible, añadió, que aún fuéramos llamados por el tribunal, pero esperaba que no fuera necesario.

El juicio se inició, tal como estaba previsto, a la una de la tarde. Elita, Marie-José, Favart y yo permanecimos juntos, detrás de la alta barandilla, al fondo de la sala. Trajeron a David en medio, una vez más, de los fogonazos de los fotógrafos. La diferencia más obvia en él era una gran hinchazón en su frente. Tenía un color violeta y tumefacto, lo que hacía su aparición aún mas lamentable.

Una doctora forense fue llamada a testificar sobre las condiciones físicas de David. Ésta declaró que el acusado había tenido una mala caída durante la noche y que se había herido la frente, pero en su opinión era capaz de comparecer. Ella recomendaba, de todas formas, que se produjeran breves períodos de descanso si así lo requería el acusado.

El juez Colomb estuvo de acuerdo con su sugerencia. Luego repitió el ritual de elegir jurado, se apresuró en las formalidades de apertura y pidió a Juramy que presentara su declaración.

Juramy, que evidentemente se había preparado con gran cuidado para aquel momento, se levantó, con un brazo apoyado en el banquillo del acusado. Efectuó entonces una larga presentación durante la cual el abogado acusó al Gobierno de haber fracasado en la localización de la mayoría de sus testigos, de haber rehusado la con-

cesión de tiempo adicional para localizarlos y de prejuzgar las evidencias contra su cliente. En vista de la actitud del tribunal, siguió, él se retiraba de la defensa.

Colomb le preguntó si hablaba seriamente. Juramy replicó que había discutido el tema con su cliente, y que David deseaba que él dimitiera.

El juez se dirigió a David.

—¿Es esto cierto? —preguntó.

David atrajo el micrófono hacía sí.

—Lo es —respondió.

Colomb se agitó, evidentemente cogido por sorpresa. Luego declaró que la petición era denegada.

Juramy se indignó. Citó la Declaración Europea de Derechos Humanos, que da a todo acusado el derecho de defenderse a sí mismo, dijo, y él, Juramy, estaba obligado a respetarla. Por lo tanto, se marcharía inmediatamente del tribunal.

El juez le replicó que no podía marcharse. La teatralidad de Juramy llegó al máximo. Nadie podía obligarle a permanecer allí o en ningún lugar. Aquél era un país libre. Además, su cliente había anunciado en público que no deseaba que Juramy le defendiera. Ningún tribunal podía forzar a un abogado a defender a un cliente que le había despedido.

Colomb empezó a sacarse y ponerse las gafas distraídamente. Le prohibía a Juramy que abandonara la sala, insistió. Si intentaba hacerlo sería bajo su propia responsabilidad.

—¿Quiere usted decir que estoy prisionero de este tribunal? —gritó Juramy, lanzando sus carpetas sobre la mesa.

—No se le permite que abandone la sala —repitió el juez Colomb.

—¿Y hará usted que los gendarmes me detengan? —quiso saber Juramy.

—Le recuerdo sus obligaciones profesionales —le dijo Colom— y que se producirán consecuencias si intenta marcharse.

Juramy soltó una carcajada sardónica mientras el juez señalaba que el juicio continuaba. Recogió cuidadosamente sus papeles y los introdujo en su maletín. Cuando el primer testigo pericial se dirigía hacia el estrado, se puso en pie, cogió su maletín y caminó lentamente hacia el pasillo central. Todos los ojos estaban fijos en él mientras empujaba la baja puerta de madera, cruzaba la zona de bancos y se dirigía hacia la salida.

El juez Colomb no hizo ningún comentario. En lugar de ello se dirigió a Sophie Bottai indicándole que empezara el interrogatorio del testigo. El incidente se había desarrollado sin que se oyera ni un murmullo. La táctica final de Juramy no había dado resultado. Bottai empezó a formular sus preguntas.

La sesión de la tarde se ocupó de los testimonios relacionados con los aspectos técnicos del caso, ninguno de ellos favorable a David. El juez parecía no perder oportunidad de llamar la atención del jurado sobre los puntos perjudiciales para el acusado.

De vez en cuando, el propio David interrumpía, cogiendo el micrófono y formulando objeciones con voz jadeante. En la mayoría de ocasiones, Colomb toleró tales interrupciones aunque le recordaba a David que ya tendría oportunidad de hablar más adelante.

Durante un descanso en el juicio, aproveché para hablar con Elita Schwartswald. Ésta parecía aún más sombría y aislada que antes. Le pregunté si había pensado en lo que le había dicho durante el último juicio.

—Estos hombres —dijo, hablando cuidadosamente en inglés—, ¿qué pretende hacer con ellos?

Le dije que esperaba que fueran procesados y arrestados, aunque le expliqué que mi objetivo último era hacer que testificaran contra aquéllos para quienes habían trabajado.

Me miró fijamente, entrecerrando los ojos.

—Les conozco —dijo por fin—. Tienen familia... No deseo verles en la cárcel. No quiero ver a nadie en la cárcel nunca más.

Le dije que a mí tampoco me complacía la idea, pero que la justicia así lo requería.

—Su cabeza no funciona bien —me sonrió tristemente—. Su hijo le necesita. Si sigue adelante con esto, también lo asesinarán a usted.

Cuando la sesión se reanudó, Juramy estaba de nuevo en la mesa de la defensa, en silenciosa admisión de que su táctica gámbito había fallado. Le dijo al juez que había en la sala varios testigos a quienes pretendía llamar y solicitó que los aislaran. Uno a uno, el aguacil nos llamó por nuestros nombres y nos condujo a la sala de espera.

En total éramos seis, Marie-José, Elita, yo y tres hombres más. Dos de ellos se hallaban en el bar cuando Galibert fue asesinado y, en aquella época, habían declarado que la fotografía de David no se parecía al asesino. El tercero era un hombre de edad, de aspecto norafricano, vestido con un severo traje azul y que se mantenía cuidadosamente aparte del resto de nosotros.

El testimonio de los expertos se prolongó hasta bien avanzada la tarde. A las nueve de la noche nos despidieron. Juramy me invitó a ir a cenar a su apartamento, con Bottai y Etelin.

Era una clara noche de marzo y caminamos a lo largo del Pont au Change. Detrás nuestro, el Palais de Justice se erigía por encima del Sena, bañado por una luz ambarina. Juramy me detuvo y lo señaló con el brazo.

—¿No es magnífico, monsieur Rivele? —me preguntó, con los ojos brillantes por el espectáculo—. Imagínese que está en el siglo dieciocho, con los trovadores en el muelle provistos de sus violas y sus laúdes, las damas ataviadas con sus vestidos espléndidos y las barcazas reales.

En su apartamento, situado en el extremo sudoeste de París, nos aguardaba la cena. La señora Juramy era una mujer elegante, próxima a los cincuenta años, que vestía con estilo y distinción. Tenían un hijo y una hija simpáticos y próximos a los veinte años.

Contemplamos en la televisión las noticias de las diez, en las que se dio cuenta del juicio de David. Luego los abogados se dedicaron a dividirse el trabajo del día siguiente. Su principal preocupación eran los policías. Yo expresé mi opinión de que Giboux sería un testigo efectivo pero lo bastante honesto para decir que no reconoció a David. El problema, sugerí, sería Pick. Les expliqué la historia de la nariz.

—Entonces yo me encargaré de Pick —declaró Juramy.

La base fundamental de la defensa era la identificación de David. Los policías habían dicho que supieron que era el asesino porque habían visto un permiso de conducir y un carnet de identidad a su nombre. De todas formas, una comisión de investigación había establecido que tales documentos jamás habían existido. Dado que David no hubiera falsificado documentos con su nombre verdadero, los policías se habían equivocado o estaban mintiendo.

Juramy subrayó repetidas veces el argumento. Los policías sencillamente no sabían a quién estaban arrestando la noche en que Galibert fue muerto. Ninguno de ellos había visto antes a David, ni habían visto fotografía alguna de él. Sabían que Galibert llevaba una orden de detención contra David, pero no podían saber si la persona a quien encontraron en el bar era David. La única persona que le conocía era Galibert.

Este hecho, por sí solo, indicaba que el criminal no había sido David, señaló Juramy. Galibert conocía a David. Él no hubiera tenido necesidad de pedirle la documentación y, sin duda, no se habría dispuesto a llevarle a la comisaría para una ulterior comprobación de su identidad. Todo ello indicaba que Galibert no sabía con quién se estaba enfrentando en el escasamente iluminado bar. Y esto, a su vez, señalaba que aquel hombre no era David.

Tras el asesinato, a los policías sólo se les mostró una fotografía, la de David. Juramy había establecido que aquella foto había sido alterada para que se aproximara más a la descripción que los policías habían hecho del asesino. Por lo tanto, nunca vieron una imagen exacta de David ni fue siquiera considerada la posibilidad de otro sospechoso.

Desde entonces, y durante veintidós años, David había sido sistemáticamente etiquetado en la prensa y en los informes policiales como el asesino de Galibert, hasta el punto de que ambos nombres quedaron unidos en la mente del público. Juramy era pesimista respecto al veredicto.

Al día siguiente, permanecimos encerrados durante todo el proceso en la pequeña sala de testigos. Marie-José se buscó entretenimiento, mientras Elita y yo hablábamos. Me enteré de que nunca se había casado con David, pero que habían vivido juntos durante los seis años en que él actuó en América del Sur. Ella tenía quince años cuando se conocieron en una playa de Uruguay y veintiuno cuando nació su hijo.

Desde el arresto de él en 1972, ella no se había casado ni había terminado su carrera de leyes. En lugar de ello, había criado al hijo de David. Si éste era absuelto ella se quedaría en Francia hasta que él recibiera el tratamiento adecuado en una clínica. Después de aquello no sabía lo que haría.

Aquella noche cené de nuevo con la familia Juramy. Después, él y yo hablamos solos acerca del caso Kennedy. Le pregunté qué había sucedido en la reunión con el hombre del FBI.

—Llegó a mi oficina —contestó Juramy— y dejó muy claro que ni estaba interesado en el tema ni tenía intención alguna de hacer nada con la información. Por lo tanto, no le dije nada[4].

Le pregunté qué información le había dado David.

—No mucha —respondió—. Algunos detalles. Me dijo que los nombres que

poseía correspondían a fotografías que estaban en poder del Gobierno norteamericano. Pero, dada la actitud del hombre del FBI no vi qué objeto tenía decírselo.

Le dije que yo ahora conocía la identidad del tercer asesino, el llamado Le Blanc. Mencioné su nombre. Juramy silbó suavemente.

—Esto causará un auténtico revuelo en Marsella —dijo—. Su familia es muy importante allí. Cuando esto salga a la luz... *Oh la la!*

Le pregunté qué sabía sobre aquel hombre.

—Conocí a su familia hace muchos años —dijo—. ¡Eh!, sí... —exclamó de repente— Le Blanc... así es como siempre le llamaban, desde que era un niño. Pero, mire, puedo llamarle mañana por teléfono. Podemos plantearle el tema, si quiere.

Yo no creía que, precisamente entonces, aquello fuera una buena idea, le contesté.

—Puedo disponer una reunión en mi despacho de Marsella en el momento que quiera —me aseguró Juramy—. Sólo necesito llamarle y decirle que venga.

Aquélla era una perspectiva interesante. Pensé en ella por un momento y le sugerí a Juramy que me gustaría verdaderamente reunirme con Le Blanc en su despacho, tal vez en otoño.

Le expliqué que estaba escribiendo un libro sobre mis investigaciones y que esperaba obtener el procesamiento de Le Petit y Le Blanc antes de que apareciera. Si esto resultaba imposible, entonces me gustaría tener una confrontación con Le Blanc poco antes de la publicación, exponiéndole lo que pretendía decir en el mismo.

Si en aquel momento él deseaba hacer un trato con el Gobierno de Estados Unidos yo lo arreglaría. Si decidía reírse de mí y desafiarme a que probara mi tesis, entonces seguiría adelante con el libro. Si aprovechaba la ocasión para desaparecer, no se perdería mucho más que si el libro se publicaba sin advertirle.

Juramy me dijo que entendía y prometió preparar la reunión si era necesario celebrarla. Mientras tanto él tenía también una propuesta que hacerme.

—He estado pensando en este asunto muy detenidamente —me dijo mientras tomábamos una copa en su sala—. Me gustaría ser parte integrante de la solución de este misterio. Por lo tanto, le digo que, de una forma u otra, haré todo lo posible para que la verdad salga a la luz. Tanto si David es absuelto como condenado, haremos que se conozca su historia. Yo mismo garantizaré su testimonio o testificaré en su lugar.

El viaje desde Estados Unidos y las largas veladas en casa de Juramy me habían dejado exhausto. Había apoyado mi cabeza sobre la mesa de la sala de los testigos y estaba dormitando cuando la voz del aguacil retumbó pronunciando mi nombre desde el corredor. Me desperté de golpe e intenté saber dónde estaba.

—Aprisa, aprisa —estaba diciéndome el gendarme—. El juez está esperando.

Hice una breve parada en los lavabos para echarme agua en la cara y luego seguí al aguacil. Yo era el primer testigo a quien llamaba la defensa.

Mientras cruzaba la sala del tribunal en dirección al estrado me sentía como un actor que se dirige al escenario para interpretar un papel que no ha ensayado

suficientemente. Me situé frente a la pequeña barandilla curva, provista de un micrófono dirigido hacia el tribunal. Colomb me miró desde su altura con condescendiente interés.

—Creo que tiene usted algo que decirnos respecto a Michel Nicoli —empezó, luego se interrumpió, se abstrajo y empujó sus gafas hacia la parte superior de su larga nariz—. Tal vez debería decirnos en primer lugar cómo llegó a conocer al acusado, Christian David.

Empecé a relatar mi primer contacto con David, pero me interrumpió un murmullo de Juramy.

—¡Quítese las manos de los bolsillos! —me avisó en inglés.

Me enderecé y seguí adelante. Juramy me había aconsejado que hablara todo cuanto me fuera posible, por lo tanto expliqué con todo detalle nuestra correspondencia inicial, nuestra primera reunión y las circunstancias de su extradición.

El juez Colomb me interrumpió impaciente.

—Puede usted hablarnos de monsieur Nicoli —pidió.

Le expliqué al jurado que David me había instado a que encontrara a Nicoli, quien, había dicho, podía apoyar su afirmación de hallarse en Sudamérica en el momento del asesinato. Hice un breve resumen de la vida de Nicoli y describí el programa de protección de testigos de Estados Unidos. Luego resumí mis esfuerzos por localizar a Nicoli, sin mencionar por su nombre a Mickey Tobin.

Luego pasé a las conversaciones telefónicas con Nicoli y describí nuestra reunión con todo detalle. Añadí mis conclusiones de que, basándome en mis cuatro años de investigaciones y, especialmente, en mis conversaciones con Nicoli, era imposible que David hubiera asesinado al comisario Galibert.

Cuando terminé, el juez le preguntó al fiscal si tenía alguna pregunta. Éste respondió que no. Entonces le cedió la palabra al abogado de la familia de la víctima.

Éste se puso en pie ante su mesa, que estaba en parte detrás de mí.

—Tengo una o dos preguntas que formular al testigo, *Monsieur le President* —empezó.

Yo no estaba al corriente del protocolo francés, que exige que los abogados dirijan las preguntas al tribunal para que el juez las formule al testigo. Por lo tanto, no sabía hacia dónde mirar. Giré en parte mi rostro hacia el abogado, pero éste me ignoró y cualquier cosa que decía era repetida a continuación por el juez. Encontré que aquélla era una extraña situación.

El abogado empezó por señalar que, de acuerdo con lo que yo había declarado, Nicoli me había dicho que David llegó a América del Sur en septiembre de 1965. Se preguntó cómo esto era posible dado que el caso Ben Barka, en el que David indiscutiblemente participó, había tenido lugar en aquella época.

Le respondí que no estaba absolutamente seguro de si Nicoli había dicho *en* septiembre o *alrededor* de septiembre. Tal vez se había equivocado respecto al mes pero, en cualquier caso, era a finales de 1965.

—Desearía saber —le indicó el abogado al juez—, cómo es posible que el testigo se permita decir ahora que Nicoli estaba en un error.

Repliqué que Nicoli estaba hablando de un acontecimiento que se había pro-

ducido veintidós años antes. Si no podía recordar el mes de la llegada de David, yo lo encontraba perfectamente comprensible.

Para mi alivio, el abogado no siguió presionando sobre aquel punto sino que pasó a otro.

—Quisiera saber cuál es precisamente la ocupación del testigo.

Se estaba refiriendo, y yo lo sabía, al hecho de que mi permiso para ver a David me identificaba como abogado. Era un tema delicado.

Le contesté que era escritor e investigador. El juez preguntó qué clase de investigación realizaba. Le dije que efectuaba investigación histórica y comercial.

—¿Y qué ocupación indicó el testigo cuando solicitó permiso al magistrado instructor para visitar al acusado? —preguntó el abogado.

Había dicho que era escritor e investigador, respondí. El acusador privado hizo un elaborado gesto de rendición. Aquello me molestó y yo proseguí rápidamente diciendo que había sido nombrado por los abogados norteamericanos de David como el investigador oficial de su caso. El juez Biswang había tenido la amabilidad de proporcionarme un permiso para facilitar su comunicación con sus abogados.

El abogado dijo que no tenía más preguntas y se sentó. Le correspondía ahora el turno a Juramy. Su primera pregunta me pareció más fastidiosa que la de cualquier adversario.

—Usted dijo, monsieur Rivele —empezó—, que localizó a Nicoli por medio de un funcionario del Departamento de Justicia. ¿No era este funcionario un cierto Michel J. Tobin, jefe de la Sección de Investigación de la Heroína, de la DEA?

La pregunta me irritó pero respondí, brevemente que así era.

—Y, monsieur, ¿no es cierto —siguió Juramy— que está usted realizando una investigación sobre el asesinato del presidente John F. Kennedy?

Estaba perplejo. Aquél era el único tema que habíamos acordado evitar. En verdad, Juramy había prometido apoyarme si la pregunta surgía y yo me negaba a contestarla. Ahora era él quien la sacaba a colación.

Hice como si no hubiera entendido la pregunta. Volví mi rostro directamente hacia Juramy, le dirigí una dura mirada y le pedí que la repitiera. Con gran consternación por mi parte, la repitió.

—Es un tema que me interesa —contesté.

Juramy me dio las gracias y se sentó.

Eran ya más de la nueve y la tribuna de prensa estaba desierta, según pude observar con gran alivio. El juez me invitó a sentarme. Estaba tan irritado como perplejo.

El juez anunció una breve interrupción para permitir que David descansara. Yo le hice un gesto a Juramy. Él vino hacia mí y yo le pregunté por qué diablos me había preguntado sobre Kennedy.

—Por dos razones —me replicó—, primero para impresionar al jurado sobre la seriedad de su investigación y, segundo, porque puedo necesitar utilizarlo más tarde. No se preocupe, Steve —añadió—, sé lo que estoy haciendo.

A continuación llamaron a Marie-José. Evidentemente estaba más habituada al

foro que yo y no dudó en divertir al tribunal, igual como antes lo había hecho con los otros testigos. Su testimonio fue subrayado por risas del público e irreprimibles sonrisas del jurado.

Su historia se resumía en que, en diciembre de 1965, ella y su último marido, René Mondoloni, llevaron a David en coche hasta la frontera española, en la primera etapa de su huida de Europa. Éste había sido amenazado, dijo, en relación con el asunto Ben Barka y temía por su vida. Recordaba la fecha de aquel viaje porque era el primer cumpleaños de su hijo, ahijado de David.

El siguiente testigo era Elita Schwartzwald. Iba a testificar en español y un intérprete se unió a ella en el estrado. El juez Colomb le preguntó si reconocía al acusado. Ella miró brevemente a David y dijo que sí. El juez resaltó que éste había cambiado mucho. ¿Cómo podía estar segura?

—Por el pequeño conejo tatuado en su mano —contestó.

Hubo un murmullo de risas por parte de los espectadores situados detrás de ella y Elita se azoró. El juez prosiguió, y le preguntó cómo le había conocido.

Elita volvió a narrar su primer encuentro en la playa, en enero de 1966. Dijo que había quedado prendada de él y que había desafiado la prohibición de sus padres y se había escapado de casa para verle. Pronto empezaron a vivir juntos.

El juez Colomb le preguntó por qué nombre le conocía.

—Jean Pierre —respondió.

—¿Y por qué apellido?

—Sólo esto... sólo Jean Pierre.

Colomb hizo un gesto de incredulidad. ¿Había vivido con él durante seis años y nunca le había preguntado el apellido?

—Sí —replicó.

El acusador privado fue muy duro con ella, mucho más duro de lo que había sido conmigo. Resaltó su incapacidad de fijar la fecha de su primer encuentro y el hecho de que sus familiares hubieran presentado declaraciones juradas apoyando su historia y que luego hubieran cambiado sus testimonios cuando fueron interrogados por la comisión investigadora.

—Son ancianos —respondió Elita—, tienen miedo de la policía.

El abogado le preguntó dónde había estado el despacho de David y ella contestó que no lo sabía.

—En seis años de convivencia, ¿usted nunca supo cuál era su apellido ni dónde trabajaba? —se burló. Se preguntó cómo esperaba que el tribunal creyera aquello o cualquier otra cosa que pudiera decir.

Elita estaba claramente confusa, tanto por el interrogatorio como por la traducción. Se dedicó a buscar formas de explicar las incongruencias. Finalmente el propio David explotó.

—Ustedes no comprenden lo que está diciendo en español. Las palabras tienen distinto significado... y esto es muy importante —jadeó—. Por supuesto que la mantuve al margen de mi trabajo; era una niña. Y por supuesto que nunca le dije cuál era mi nombre: yo era un fugitivo. Lo que están haciéndole es un escándalo.

El juez le ordenó que se callara. Por entonces el testimonio de Elita estaba arruinado y ella se hallaba a punto de estallar en lágrimas. Juramy la llevó a través

de aquellas preguntas tan gentilmente como pudo y luego se le ordenó que se sentara. Recogió sus cosas y se sentó en el primer banco.

Después de Elita comparecieron los dos testigos de la escena del tiroteo. No fueron especialmente impresionantes y se limitaron a decir que no pudieron identificar al acusado y que éste no se parecía al asesino. Juramy procuró poner de relieve que el bar estaba tan oscuro que hubiera resultado difícil reconocer a nadie en su interior.

Eran casi las diez cuando la sesión se aplazó. Era entonces miércoles por la noche y parecía que Colomb iba a conseguir su propósito de que el juicio no se prolongara más de cinco días. Si no se producía ningún incidente, el veredicto podría conocerse el viernes por la noche.

La mayor parte de la sesión del jueves fue dedicada a la acusación. Por lo tanto, supe que uno de los testigos de la defensa no había sido llamado, el hombre bajo y de aspecto norafricano que se mantenía al margen.

El inspector Le Mouël testificó acerca del tiroteo y de la búsqueda de David. Tal como yo esperaba era duro, eficiente e impresionante. David le escuchó con mucha mayor atención que a cualquier otro hasta entonces, sacudiendo desalentado su cabeza. Finalmente, no pudo controlarse por más tiempo.

Cogió el micrófono, lo dirigió hacia sí, con lo que casi lo sacó de su soporte. Empezó entonces a gritar con voz desesperada, preguntando por qué le Mouël le había perseguido durante tanto tiempo, por qué había deformado las evidencias y las había dirigido todas contra él.

—¡Usted! —gritó, y su voz temblorosa resonó por toda la sala—, usted ha sido la causa de todos mis sufrimientos durante los últimos veinte años. Usted es quien ha envenenado al público en contra mía, usted es el que me redujo al confinamiento en solitario... Usted fue el que hizo que mi familia no pudiera visitarme y usted el que ordenó que me secuestraran en Norteamérica.

El juez intentó hacerle callar, pero él siguió atronando.

—Sólo tengo una pregunta que formularle —gritó—. ¿Le ha proporcionado esto mucho placer, monsieur Le Mouël? ¿Ha disfrutado destruyéndome?

Le Mouël le ignoró y permaneció con los ojos fijos en el tribunal.

—¿Le ha causado satisfacción? —gritó David de nuevo.

Le Mouël se giró levemente hacia David.

—No tenía ni idea de que tuviera toda esa gran influencia que usted me atribuye —dijo.

David se derrumbó sobre la baranda del banquillo de los acusados, con sus brazos extendidos sobre ella.

—No importa —dijo tristemente—. Le perdono, monsieur... Le perdono...

Juramy, entonces, se hizo cargo de Le Mouël, arrastrándole a través de toda su narración del asesinato y estudiando éste punto por punto. Fue brutal, sin perder oportunidad de resaltar cualquier inconsecuencia de sus declaraciones. Finalmente pasó al tema del interrogatorio de los testigos.

—¿No era cierto —preguntó— que usted había amenazado a los testigos con meter a algunos de ellos en la cárcel y con hacerles perder el trabajo a otros si no identificaban a David como el asesino?

Le Mouël lo denegó categóricamente, mientras se mostraba cada vez más encolerizado. Juramy siguió machacando en aquel tema hasta que, al final, Le Mouël perdió su compostura y declaró, temblando, que en sus treinta años como policía nadie había jamás puesto en duda su integridad. Juramy había logrado su propósito.

El abogado de David le informó al juez que pretendía volver a interrogar posteriormente a Le Mouël y que, por lo tanto, se le indicara a éste que no abandonara la sala. Entonces llamaron a Simone, la tímida y diminuta mujer con quien yo había hablado en enero.

Allí, frente al tribunal, parecía aún más pequeña y atemorizada de lo que yo la recordaba. Vestía la misma gabardina con el cinturón fuertemente apretado y su voz apenas era audible a través del micrófono. Se le preguntó si conocía al acusado. Ella respondió que no le había visto en toda su vida.

La acusación quería saber si no se trataba del hombre llamado Serge, para quien había trabajado como prostituta. Respondió que no lo era. El acusador privado le preguntó, entonces, por qué había hecho una declaración a tal efecto a la policía. Simone encogió sus estrechos hombros.

—Porque ellos me dijeron que lo hiciera.

Al oír esto, Juramy estalló en carcajadas y asintió con la cabeza.

El acusador pidió a Simone que se explicara.

—Yo trabajaba para la oficina de correos —contestó Simone—. Monsieur Le Mouël vino y me dijo que si no hacía lo que me dijeran podía perder mi trabajo. Por lo tanto les pregunté qué querían que dijera.

Cuando le correspondió el turno para interrogarla, Juramy volvió a llamar a Le Mouël al estrado, donde permaneció muy tieso, imponente frente a Simone. Declaró indignado que no había hecho nada de lo que aquella mujer aseguraba.

—Sí, usted lo hizo —replicó Simone, temblando de indignación.

Juramy insistió en el tema.

—¿Así que le presionó? —continuó—. ¿Le dio a entender que usted perdería su trabajo?

Simone, sin retroceder ni un centímetro frente al alto inspector de policía, reafirmó que le habían presionado.

—¿Y usted no reconoce a David como el hombre que usted conocía con el nombre de Serge? —preguntó Juramy.

—Yo sólo conocía a Serge como Serge —contestó—. No sé quién era.

El juez despidió a Simone y decretó un descanso. Mientras ella se dirigía hacia la barandilla de separación yo me acerqué a ella. Le dije que debía sentirse orgullosa por la forma en que se había comportado. Aún estaba temblando y sus ojos tenían un brillo de desafío.

—No van a hacerme esto —declaró—. Nadie va a hacerme esto.

La tarde se ocupó con las declaraciones de los policías. Giboux, el agente contra quien habían disparado, era un testigo efectivo, pero, tal como me había dicho, era incapaz de identificar a David. Luego llegó Pick.

Éste adoptó una compostura desafiante, balanceándose adelante y atrás sobre sus rodillas. Su rostro arrugado permanecía impasible. Explicó los acontecimien-

tos en el bar hasta el momento en que Galibert fue alcanzado por los disparos, fuera, en la acera. El abogado le preguntó por qué él no había sido alcanzado por los disparos.

—Salté detrás de un coche —replicó—. Saqué mi pistola, pero cuando me había puesto en pie el sospechoso estaba huyendo. No disparé por miedo a alcanzar a los transeúntes.

Se le preguntó entonces si reconocía al hombre que estaba en el banquillo como el hombre que había disparado contra Galibert. Pick giró el rostro hacia David.

—Sí —declaró—. Éste es.

De nuevo David agarró el micrófono.

—¿Cómo puede decir esto? —gritó—. ¡Yo nunca le he visto antes! ¡No estaba en aquel bar! ¡No estaba en Francia!

Evidentemente, Pick había estado esperando aquello. Se dio la vuelta sobre sus pies y levantó dramáticamente su brazo, señalando directamente a David.

—¡Usted estaba en el bar y usted disparó contra nosotros! —proclamó.

—¡Mentiroso! —chilló David—. ¿Por qué me está haciendo esto?

El juez reclamó orden.

Juramy, entonces, interrogó a Pick y señaló la contradicción que existía en su afirmación de que había visto los documentos de identidad de David. Puso de relieve la oscuridad del local y el hecho de que Pick nunca antes había visto a David. Le acosó durante una hora en torno a estos puntos, pero Pick se mantuvo firme.

El más demoledor de los testigos estaba aún por comparecer, se trataba de una mujer llamada Mireille. Como Marie-José, había trabajado para David en los años sesenta. También había vivido con él durante un cierto tiempo. El fiscal la había mantenido separada del resto de los testigos.

Mireille era una mujer de unos cuarenta años, baja y estirada. Vestía un serio traje azul y llevaba un gran bolso de piel colgado del hombro. Testificó que había conocido a David con el nombre de Serge en 1965 y que le había persuadido para que dejara su trabajo en un hospital y se convirtiera en prostituta. Algunos meses, dijo, ganaba hasta ocho mil francos. Pensaba que estaba enamorada de él.

En febrero de 1966, dijo, vivían juntos en París. Tenía que verse con él la noche del día dos de aquel mes, pero él no apareció. Ya más avanzada la noche él la llamó para decirle que había tenido problemas.

A la mañana siguiente, prosiguió, él acudió a verla y le relató el incidente del bar, admitiendo que había disparado contra los policías.

—Dijo que lo había hecho porque no quería volver a la prisión —concluyó.

Juramy se levantó, se inclinó sobre la barandilla del estrado de los testigos y la taladró con la mirada.

¿Había jurado en la declaración original a la policía en 1966 que David había abandonado Francia hacía mucho tiempo?

Admitió que lo había hecho, pero aseguró que lo había hecho por miedo a David. En aquel tiempo estaba aún bajo su influencia, insistió, y mintió para protegerse a sí misma.

—¿Y *ahora* está usted diciendo la verdad? —se burló Juramy.

Sí, replicó Mireille, ahora estaba diciendo la verdad porque había cambiado de vida y ya no temía a David. Había regresado a su trabajo en el hospital, se había casado y tenía un hijo.

Juramy quiso saber si no era cierto que su esposo estaba en prisión, y que la policía le había prometido tener consideración con él si ella testificaba en contra de David. Ella lo denegó vehementemente.

—¿Entonces por qué ha cambiado ahora su historia? —bramó Juramy.

Mireille insistió en que sólo quería decir la verdad.

—¡La verdad! —gritó Juramy—. ¿Qué verdad? ¿La verdad de 1966 o la verdad de 1988?

Alzó las manos y aseguró que no deseaba ver más a aquel testigo.

La sesión se prolongó durante la noche, interrumpida sólo para permitir que David se recuperara. La contusión de su cabeza tenía aún un aspecto terrible y parecía abrumado por los testimonios. Juramy, entre tanto, continuó desgarrando a los testigos de la acusación, intimidándoles, golpeándoles, regañándoles y burlándose de ellos por turnos. Me pareció que su actuación no dejaba de ser brillante.

Tampoco perdonaba al juez. Cada vez que Colomb interfería o le acusaba de acosar a un testigo, Juramy volvía su cólera contra él. Parecía evidente que creía que el juez estaba tan inclinado hacia la acusación que no tenía nada que perder atacándole.

Colomb contuvo su genio y siguió acelerando el proceso. Por fin, preguntó si alguna de las partes tenía algo más que exponer ante el tribunal. Juramy, entonces, se levantó para llamar a un nuevo testigo. Se trataba del antiguo subprefecto de policía Mecheri.

Al fin el misterio del inasequible hombrecillo se había aclarado. Se suponía que Mecheri había estado jugando a cartas con el asesino de Galibert cuando los policías entraron en el bar. Yo había leído a menudo sobre su presencia allí y había supuesto que había muerto hacía tiempo. Pero Juramy le había encontrado y había guardado su historia para el final.

Mecheri avanzó hacia el estrado de los testigos y prestó juramento. El juez le pidió que efectuara su narración.

Mecheri era un hombre amargado y no pretendió ocultarlo. Su carrera había quedado arruinada por aquel asunto, anunció, y ahora iba a poner las cosas en claro.

La noche del asesinato se había detenido en el bar en su camino del trabajo a casa para tomarse una cerveza. No había estado jugando a cartas con el asesino y ni siquiera estaba en la misma parte del establecimiento. Vio cómo los policías entraban y les contempló mientras interrogaban al sospechoso. Entonces le sacaron hacia el exterior, atravesando la zona donde él se hallaba bebiendo de pie en la barra. El lugar estaba muy oscuro y ellos pasaron tan rápidamente que apenas pudo ver al hombre. Luego oyó disparos y corrió hacia fuera. Galibert y Giboux estaban en el suelo y el asesino había huido.

Juramy preguntó si podía identificar a David como al sospechoso. Mecheri replicó que no podía. Juramy señaló la diferencia entre el relato de Mecheri y el

ofrecido por Giboux y Pick y preguntó cómo era posible que las dos versiones pudieran diferir tanto.

Mecheri se irguió.

—Llevaron a cabo la operación de forma descuidada con el resultado de que murió uno de los policías —declaró—. Intentaron cubrirse, mintiendo y echándome a mí la culpa. Están mintiendo para proteger sus propios intereses.

—¡Muchas gracias, monsieur! —atronó Juramy mientras se sentaba.

No había más testigos y el juez Colomb declaró la suspensión. El tribunal se volvería a reunir a las nueve de la mañana del día siguiente, momento en que las partes presentarían sus conclusiones. Luego el jurado se retiraría a considerar el veredicto.

Llamé a Gilles Millet cuando éste se marchaba de la tribuna de prensa, porque quería conocer su opinión sobre las posibilidades de David.

—Se lo diré —me indicó Miller—. Antes de que el juicio empezara no hubiera dado por David la menor oportunidad. Pero Juramy ha hecho un buen trabajo desmontando el caso presentado por el Gobierno.

Le pregunté si creía posible la absolución. Millet frunció el ceño.

—Mireille fue dura —afirmó—, y causó impresión en el jurado.

Le pregunté respecto a Pick.

—Yo no le habría creído —dijo Millet—, pero creo que el jurado lo hizo.

Por último, le pedí que me diera su opinión franca sobre el desenlace.

—Culpable —dijo—. Cadena perpetua.

Aquella noche dormí poco. Si absolvían a David yo tendría la historia completa del asesinato en menos de veinticuatro horas; si lo condenaban quizá no la tendría nunca.

A la mañana siguiente llegué pronto a la sala del tribunal. Encontré al primo de David y a Elita en el corredor. Me llevé aparte a Favart. Le dije que debía saber que David y yo habíamos discutido un asunto de gran importancia para mí.

—¿El caso Ben Barka? —me preguntó.

Le dije que era algo de mucha más importancia. Si absolvían a David me había prometido darme cierta información. Aquella información implicaba a personas vivas y representaba peligro para él. Podía también, añadí, poner en peligro a la familia de Favart. Para impedir que nadie intentara interferir, sugerí que fuéramos a la cárcel en coches separados. Yo recogería a David en un coche alquilado y le llevaría a un hotel del campo. Favart se dirigiría por otra ruta hacia su casa. Después de que David me hubiera dado la información podríamos decidir dónde sería mejor esconderle. Favart me dijo que comprendía y que me lo agradecía.

El fiscal, el acusador privado, Juramy, Bottai y Etelin fueron apareciendo en el tribunal a medida que se aproximaban las nueve de la mañana. Los reporteros, ansiosos por los acontecimientos finales, llenaban la tribuna de prensa. Sonaron las nueve, pero David no apareció ni tampoco lo hizo el juez. Había una cierta agitación en la sala y yo empecé a sentir que algo andaba mal.

Me dirigí hacia la barandilla y llamé a Gilles Millet. Éste vino por el pasillo desde la tribuna de prensa y se arrodilló para murmurarme.

—David ha intentado matarse —dijo—. Esta mañana, en torno a las siete. Se hizo con una hoja de afeitar e intentó abrirse el estómago y se ha cortado también los antebrazos. La doctora está ahora con él. David ha rehusado tratamiento y ella está diciendo si puede ser trasladado hasta aquí.

Le pregunté a Millet si la vida de David estaba en peligro.

—Por lo que sé, era una hoja de una maquinilla de usar y tirar —dijo—. Ya sabe cómo son estos chismes, si es que alguna vez ha intentado cortar alguna cuerda con ellos. Debe de haber tenido que hacer mucha fuerza. Creo que vivirá, pero supongo que no podrán trasladarle. Tendrán que posponer el juicio. Por eso lo ha hecho.

Regresé adonde estaba Elita y le di las noticias.

—¿Va a morirse? —preguntó.

Le contesté que no lo creía.

—Lo ha hecho antes —añadí—. Sabe lo profundamente que puede cortar.

Ella se sentó sin pronunciar palabra. Favart vino por detrás y me agarró por el brazo con su enorme mano.

—Hoy no habrá veredicto —dijo—. ¿Irá a verle?

Le dije que le vería si las autoridades de la prisión me lo permitían.

—Dígale que intentaremos conseguir un permiso para Elita. Tiene que marcharse dentro de pocos días. Pregúntele si hay algo que desee.

Le dije que tenía algún dinero para él. Se trataba de los trescientos dólares que había ganado en Leavenworth y que, finalmente, la oficina de Prisiones había entregado.

—Bien —dijo Favart—. Lo necesitará.

Esperamos hasta después del mediodía, cuando, por fin, apareció el juez para escuchar el informe de la doctora. En términos muy técnicos describió las heridas de David, indicó que había perdido gran cantidad de sangre y que se había negado a ser transportado al hospital o a que las heridas fueran suturadas en la prisión.

El juez Colomb preguntó si era posible traerle a la sala. La médica replicó que si se le pudiera suturar sería factible, siempre y cuando permaneciera en una camilla. Tal como estaba, no podía recomendar que lo movieran.

Colomb preguntó entonces al fiscal y al acusador privado si tenían alguna observación que formular. Contestaron negativamente. Entonces le indicó al alguacil que hiciera comparecer a todos los testigos.

Todos nosotros fuimos amontonados en el espacio que quedaba detrás de las mesas de los abogados y Colomb se dirigió a nosotros con cansado pesimismo. A la vista de las condiciones del acusado, dijo, no tenía otra elección más que respetar la opinión del médico y suspender el proceso. Nos dijeron que volverían a llamarnos para la reanudación del juicio de Christian David, en cuyo momento se constituiría un nuevo jurado y nosotros deberíamos presentar otra vez nuestro testimonio. Señaló la nueva vista de la causa para el mes de septiembre.

Debería haberlo imaginado. David estaba decidido a no ser juzgado en aquel

momento y por aquel juez. Yo no había conseguido impedir el juicio, Juramy no había logrado detenerlo, el juez lo había acelerado, por lo tanto David había tomado el asunto en sus manos. La automutilación para él era una táctica.

Me encontré con Juramy en el corredor y le pregunté si sería posible ver a David. Dijo que él pretendía ir a la cárcel y me sugirió que nos encontráramos allí a las cuatro y media.

Aquella tarde fui a La Santé para la que esperaba fuera mi última visita. Tenía grandes dudas cuando me dirigía hacia allí y cuando pregunté por David en el cuerpo de guardia. El guardia me miró con escepticismo.

—No está aquí —dijo.

Pregunté dónde estaba. Hubo toda una serie de misteriosas consultas entre varios guardias antes de que llamaran al sargento. Éste me dijo que habían trasladado a David a la celda de castigo. Pedí verle de inmediato. El sargento me dijo que me traerían a David personalmente. Entretanto me dejaron en un cubículo.

Esperé durante cuarenta minutos. Entonces oí el eco de la atronadora voz de Juramy por todo el cuerpo de guardia. Estaba con Bottai y Etelin y acababa de recibir la noticia de que David no estaba localizable. Insistió en ver al alcaide.

Un hombre alto y joven hizo acto de presencia y preguntó obsequiosamente si podía ser de utilidad. Juramy le preguntó quién era. Él se identificó a sí mismo como el ayudante del director. Iba vestido con un peculiar estilo, con un traje de extraño corte, camisa amarilla y corbata pintada. Su cabello parecía erizado al estilo punk y calzaba zapatos de charol con calcetines amarillos.

Se lanzó a una elaborada explicación de por qué David había sido trasladado, pero negó que estuviera en una celda de castigo. El prisionero, dijo, había sido instalado en una celda especial de observación. No podían traerle hasta aquí, pero nosotros podíamos ir a la celda a verle a él.

El ayudante del director nos precedió a través de las rejas de hierro que cerraban el bloque, mientras hacía una teatral exhibición de su autoridad sobre los guardias. Nos guiaron por un largo corredor flanqueado a ambos lados por puertas de metal con estrechas ventanillas. Una de tales puertas se hallaba entreabierta. El ayudante nos invitó a que entráramos antes que él.

La habitación era de un verde nauseabundo y estaba vacía, a excepción de una pequeña mesa, un armario y dos sillas. En una de ellas se hallaba sentado Christian David.

En toda mi vida había visto a nadie como él. Su piel estaba de un gris ceniciento y sus ojos se cerraban. Estaba reclinado contra la pared, que aparecía manchada de sangre, con un brazo extendido sobre la mesa y descansando en un charco color carmesí.

Iba desnudo, salvo sus calzoncillos, que le habían caído hasta las ingles, y se habían teñido de púrpura. Sus piernas estaban envueltas en una manta igualmente teñida de rojo. Tenía un amplio vendaje de gasa alrededor del estómago y otros dos más estrechos en los antebrazos. Los tres rezumaban sangre.

Era evidente que había caído tras su intento y se había abierto la hinchazón que ya tenía en la frente. Su rostro estaba cubierto de sangre seca que le había resbalado por todo el lado izquierdo y había cerrado el ojo bajo una gruesa costra. La

sangre había teñido su barba y goteado sobre el pecho por lo que estaba literalmente cubierto de ella desde la frente hasta los muslos.

Pregunté al funcionario por qué, en las diez horas transcurridas desde que él había hecho aquello, nadie le había limpiado. En lugar de responderme, éste se volvió hacia David y le habló como lo haría a un niño.

—Te ofrecieron tratamiento, ¿no es así? —cacareó—, y tú lo rechazastes, ¿verdad...?

David hizo un lánguido gesto y la gasa del antebrazo inmediatamente se humedeció más.

—No quería ir al hospital —dijo.

—Pero es culpa tuya que estés así, ¿no es cierto? —prosiguió el funcionario.

Juramy pidió que trajeran un médico al instante. David se resistió. Comprendí de pronto que nadie le había hablado sobre el aplazamiento del juicio. Lo hice y Juramy confirmó mi información.

—Muy bien —murmuró David—. Veré al doctor.

El ayudante salió en busca de uno y dio instrucciones al sargento de que trajera más sillas para nosotros. Cuando estuvimos sentados, Juramy felicitó a David por forzar el aplazamiento. Él sonrió vagamente y asintió, aceptando el elogio.

—La próxima vez tendremos otro juez —le dijo Juramy— y ganaremos. Ya lo verás. Te garantizo que destruiremos el caso presentado por el Gobierno.

Bottai y Etelin estuvieron de acuerdo en que la acusación era vulnerable y que con un juez distinto nosotros nos impondríamos. David me preguntó qué pensaba yo. Dije que las cosas habían ido mejor de lo que esperaba.

Los tres abogados hablaron con él algunos minutos más y luego se levantaron para marcharse. Juramy dijo que suponía que David y yo queríamos hablar en privado. Antes de marcharse, los tres fueron estrechándole la mano. Luego, al salir, Juramy me invitó a cenar.

Me senté al otro lado de la pequeña mesa, frente a David, con mis manos a pocos centímetros de donde su brazo reposaba sobre un charco de sangre, que se hacía mayor a cada movimiento que efectuaba. Le dije que creía que sus abogados habían hecho un magnífico trabajo.

—Sí... sí —contestó—. Lo han hecho bien. Pero el juez habría influido en el jurado.

Le pregunté si había algo que pudiera hacer por él. Me dijo que no. Deseaba saber cuándo iba a marcharme. Le dije que tenía billete para el vuelo del día siguiente.

—¿Escribirá de mí igual que antes? —me preguntó, en tanto movía el brazo que mantenía apoyado sobre la mesa. Lo tenía recubierto con una gruesa capa de sangre medio coagulada.

Le dije que lo haría. Luego le indiqué que había algo que tenía que decirle.

Le expliqué que los cuatro últimos años habían sido muy duros para mi familia. Le dije que durante el juicio celebrado en enero mi esposa se había divorciado de mí. Añadí que al principio no me habían permitido ver a mi hijo y que tuve que abandonar mi hogar. Asintió, con los ojos apagados, sin entender apenas lo que decía.

Seguí diciéndole que seguía aún dedicado a la verdad y por lo tanto aún interesado en él. Volvería en septiembre, le aseguré, para testificar con la esperanza de conseguir que le absolvieran. Podía contar conmigo.

Asintió en señal de comprensión. Me levanté. Alzó su mano, lo que hizo que la sangre empezara a deslizarse por su brazo. Se lo cogí, volví a dejárselo donde lo tenía y le di un beso en la cabeza.

Ayudé a la señora Juramy y a sus hijos a preparar la cena, un prosaico placer después de los acontecimientos del día. Había quedado profundamente conmovido por mi encuentro con David. Ahora no había nada que deseara más que sacar los cubitos de hielo del frigorífico.

Durante la cena miramos las noticias, que hablaban del intento de suicidio de David como de un fraude. Acabamos con una botella de vino y luego dimos buena cuenta de otra. Al final, volví a llevar la conversación hacia el caso Kennedy.

Le dije a Juramy que este último acontecimiento sólo había servido para reforzar mi convencimiento de la importancia de la declaración escrita de David. En tanto ésta existiera podríamos tener una oportunidad de poner punto final al misterio. Resalté la importancia de hacerlo a tiempo para el veinticinco aniversario del asesinato, en noviembre. Le pregunté si no reconsideraría su posición respecto al sobre.

Juramy se levantó, se dirigió a su dormitorio y regresó con el sobre de papel manila en la mano. De su interior sacó el sobre blanco y lo levantó.

—Estás fascinado con este sobre —se rió—. Pero te aseguro que este sobre, sin David, carece de valor. Debemos tener el testimonio de David, o el mío en lugar del suyo. Y lo tendremos, de una forma o de otra.

Puso el sobre encima de la mesa del comedor, junto a mi plato. Lo cogí distraídamente, haciéndolo girar en mis manos. Estaban a punto de dar las noticias de las once y Juramy se levantó, conectó el televisor y se quedó de pie junto a él, contemplando la pantalla.

El sobre de manila estaba cerca de mi plato, grueso y doblado por la mitad. Con el vino que habíamos bebido y lo tardío de la hora se me ocurrió que Juramy podía no darse cuenta de que ya no contenía la declaración de David. En tal caso yo podría marcharme con ella.

Dejé caer el sobre en mi regazo mientras la familia contemplaba la televisión. Luego, después de un rato, lo dejé caer al suelo. Fue a apoyarse contra la pata de mi silla. Pensé que si Juramy lo echaba en falta podríamos buscarlo y encontrarlo caído en el suelo.

Cuando las noticias hubieron terminado, saqué algunos documentos de mi cartera de mano, que luego coloqué en el suelo, apoyada contra la pata de la silla. Con cada documento que le enseñaba y que ponía aparte iba sepultando más el sobre de David. Al fin, pasada ya la medianoche, declaré que tenía que marcharme. Juramy cogió el sobre de manila de encima de la mesa y, con gran alivio por mi parte, no pareció darse cuenta de que estaba vacío. Lo llevó de nuevo a su dormitorio y me llamó un taxi.

Dije adiós a la familia en el vestíbulo, les di las gracias por su hospitalidad, y luego corrí escaleras abajo hasta la calle. Me sentía furtivo y culpable. Caminé apresurado hasta el cruce y encontré el taxi cuando éste giraba la esquina.

En el largo camino de regreso desde la casa de mis amigos, me sentí atormentado por la preocupación y el temor. ¿Había hecho lo correcto? ¿Optaría Juramy por mandar a la policía detrás de mí? ¿Podría marcharme con aquel documento? ¿Debía hacerlo?

Llegué a mi habitación, hice el equipaje e intenté dormir.

Era inútil. Me sentía torturado por las implicaciones de lo que había hecho. Durante toda la noche le di vueltas al asunto, paseé arriba y abajo, intenté dormir y volví a levantarme. Me había prometido a mí mismo que si el sobre alguna vez llegaba a mi poder, lo cogería, sin preocuparme de cuál fuera el coste. Había dedicado cuatro años de mi vida a obtener la información que contenía, información de valor no sólo para mí sino para el pueblo norteamericano, para la historia. No le debía nada a David, me dije a mí mismo. Me había utilizado, explotado y traicionado. ¿Por qué no habría yo de pagarle ahora con la misma moneda?

Para tranquilizar mi conciencia decidí que no abriría el sobre sino que se lo daría a Jim Lesar para que lo guardara. De esta forma estaríamos seguros de que pasara lo que pasara con David, tendríamos algo de que servirnos.

Varias veces a lo largo de la noche me sentí tentado de coger el sobre y abrirlo. Debía saber qué contenía, debía leer los nombres por mí mismo, debía descubrir quiénes estaban en última instancia detrás de la muerte del presidente. Todo estaba allí. Todo aquello por lo que había luchado y me había sacrificado, aquello por lo que había arruinado mi vida se encontraba a pocos pasos de mí.

Al amanecer sentía más que sabía lo que debía hacer con el sobre. Lo cogí y escribí una nota a Juramy en la que repetía su afirmación de que yo estaba fascinado por el sobre. Le recordaba sus palabras de que no podía abrirlo porque era un hombre honesto. Yo no podía abrirlo porque estaba loco.

Encerré el sobre de David dentro de otro mío, lo dirigí a Juramy y lo marqué como urgente y personal. Me vestí, cogí mi equipaje y descendí la larga escalera en espiral. El bulevar estaba gris a la luz de la mañana. Me dirigí apresurado hacia la estación de metro, con la esperanza de coger el primer tren de la mañana. En el largo recorrido hasta las oficinas de Juramy intenté no pensar. Cuando llegué a la plaza Victor Hugo, las luces de la mañana estaban apagándose y los camiones de riego iniciaban su recorrido, limpiando con el agua de sus mangueras la avenida Poincaré.

Llamé a la puerta principal y el conserje me dejó entrar. Subí los dos pisos hasta el despacho de Juramy y llamé pero nadie me contestó. Me agaché y pasé el sobre por debajo de la puerta. Los gestos más sencillos son a veces los más profundos.

Recogí mis maletas y reemprendí el camino hacia el metro. El camino hasta el aeropuerto era largo y no podía permitirme el lujo de perder el avión. Sentía que habían sucedido muchas cosas, la investigación me había llevado demasiado lejos. No podía permanecer fuera por más tiempo. Al fin y al cabo, tenía un hijo. Había llegado el momento de volver a casa.

NOTAS

LOS JUICIOS DE CHRISTIAN DAVID, 1988

1. Liberation, 25 de enero de 1988.
2. Le Journal du Dimanche, 24 de enero de 1988.
3. Le Provençal, 25 de enero de 1988.
4. Más adelante, el autor supo que las fotografías a las que se refería David le fueron mostradas por los cuerpos policiales del gobierno estadounidense en la época de su deportación de Brasil a New York, en diciembre de 1972. Las fotografías muestran un grupo de hombres, presumiblemente narcotraficantes franceses, bañándose en la playa.

EPÍLOGO
LA LARGA VIDA DE UNA MENTIRA, 1988

—Esto no me huele bien —dijo Tink Thompson. Le había llamado a mi regreso de Francia para pedirle su opinión sobre el estado de la investigación—. Yo soy como un viejo sabueso que olfatea el aire y a mí no me huele bien.

Le pregunté a qué se refería.

—Al FBI —dijo—. Usted es la primera persona con quien deberían haber hablado, ¿verdad? Pero nunca se le han acercado, a pesar de que Tobin les dijo que les esperaba. Y la llamada a la Embajada en París. Tobin dice que ésta se produjo pero ellos aseguraron que nunca la recibieron. Luego todo aquello sobre la balística y la porquería sobre el disparo desde delante. Y nunca sustituyeron a Tobin. Algo no anda bien.

La investigación verdaderamente parecía haberse detenido tan pronto como llegó al FBI. Le dije a Thompson que estaba considerando la posibilidad de hablar con el fiscal de distrito de Dallas para solicitar los procesamientos por asesinato.

—Mire —contestó Thompson—, ya ha llevado esto tan lejos como podía... de hecho probablemente lo ha llevado incluso demasiado lejos. Limítese a escribir su libro y deje que la gente lo lea, a ellos les corresponderá decidir qué ocurrirá a continuación.

Aquélla era una conclusión a la que había llegado por mí mismo. Había hecho todo cuanto me era posible para lograr que la investigación fuera adelante, pero ahora había llegado el momento de poner mis conclusiones a la vista del pueblo norteamericano y de apelar a él para que exigiera la resolución del caso. Sólo éste tenía poder para conseguirlo.

Dediqué el verano a escribir la historia de mi investigación y a disfrutar de lo que se había convertido en una nueva relación con mi hijo. Y ello a pesar de que el trabajo me ocupaba la mayor parte del tiempo: aún había pistas que seguir y cabos sueltos que atar. Algunas semanas después de mi regreso, Mickey Tobin me llamó para darme los resultados de las averiguaciones de Juke en Marsella.

—Arrestaron a Sarti en agosto de 1963 por robo y lo dejaron en libertad condicional —me explicó—. Se presentó ante su oficial de vigilancia en septiembre y

en octubre, pero no en noviembre. No volvió a comparecer hasta diciembre. Por lo que respecta a Le Blanc, no estaba en la cárcel en noviembre de 1963.

Aquéllas eran buenas noticias, señalé.

—También hay malas noticias —dijo—. Recibí aquí un mensaje de Juke que indica que Le Petit estuvo en prisión desde septiembre a diciembre del 63. He de llamarle, de todas formas, parece como si hubiera algo equivocado al respecto.

Aquello resultaba perturbador. Si fuera cierto significaría que Nicoli había estado equivocado acerca de uno de los tiradores, pero yo no estaba preparado para creerlo así hasta que viera la evidencia por mí mismo. De todas formas la incertidumbre me reafirmó en la importancia de saber más acerca del barbudo asesino corso mencionado en marzo por David.

En junio establecí un nuevo encuentro con Nicoli y, por tercera vez, viajé a una ciudad neutral para encontrarme con él. Allí le convencí de que se dejara entrevistar para un documental de la televisión británica, de la que yo era consultor. Acordamos que su rostro y su voz serían distorsionados electrónicamente de forma que resultara irreconocible. En respuesta a mis preguntas, Nicoli repitió la historia del asesinato tal como la había sabido de Sarti. En el transcurso de la conversación, que se prolongó durante una hora, añadió también una intrigante información.

Declaró que Sarti hizo sus propias balas dum-dum cortando las puntas de plomo con un cuchillo. Habitualmente, llevaba un cargador de fusil para tales balas en el bolsillo y las utilizó en Dallas. Nicoli pasó luego a describir el impacto de un proyectil dum-dum, que produce un gran boquete cuando impacta contra el hueso. Éste era precisamente el efecto que podía ser visto en la película de Zapruder respecto al tiro fatal en la cabeza. Sarti había utilizado una bala dum-dum, concluyó Nicoli, para asegurarse de que el blanco no sobreviviría.

Dijo que, para los asesinos, John Kennedy había sido simplemente esto: un blanco. Su posición, su prestigio o su carácter no implicaban ninguna diferencia.

—Los asesinos no comercian con sentimientos —le dijo a la cámara.

Antes de la entrevista, le había hablado sobre el informe de que Le Petit estuvo en la cárcel de Marsella de septiembre a diciembre de 1963.

—Yo también estaba en Marsella en septiembre —me contestó—, y no recuerdo que él estuviera en la cárcel. No creo que sea cierto.

Cuando nos marchábamos, le di las gracias por su ayuda y su valor. Se encogió de hombros y sonrió.

—Lo importante —dijo—, es decir la verdad.

A mi regreso a California llamé a Mickey y le transmití el comentario de Michel.

—No he conseguido aclararlo con Juke —me dijo—. Tal vez el informe de la policía no es exacto o alguien lo leyó mal.

Añadió que aún no había obtenido la declaración que Sarti efectuó en 1968 a la policía argentina, y que tampoco el INS había comprobado aún los registros de pasos por las fronteras en el otoño de 1963. Me prometió de nuevo que se encargaría de ambos temas. Entretanto, Juke le había enviado las huellas digitales de los tres asesinos para compararlas con las huellas sin identificar recogidas en el Depó-

sito de Libros y que se guardaban en los Archivos Nacionales. Mickey dijo que se las había enviado todas al FBI para su análisis, pero no había recibido respuesta alguna.

El mismo mes me encontré por fin con Larry Devlin, en otro tiempo jefe de la delegación de la CIA en Leopoldville. Era un hombre calvo, de mandíbula poderosa, próximo a los setenta años. Me recibió en su casa, un confortable apartamento de Washington lleno de cachivaches africanos. Le expliqué brevemente lo que había sabido, las conclusiones a que había llegado y lo que pretendía decir en mi libro.

Devlin denegó categóricamente que fuera responsable de la muerte de Lumumba y me aseguró que había estado en desacuerdo con la decisión de asesinarle.

—Hay formas de no llevar a cabo las órdenes —indicó.

Cuando le hablé de mi entrevista con el coronel Lahaye, empezó a agitarse. Insistió en que no había buscado la ayuda de Lahaye, sosteniendo que hacer aquello hubiera violado la seguridad de la operación. Presioné sobre aquel punto, pero él se mantuvo inflexible: Lahaye se había equivocado cuando me había dicho que Devlin se aproximó a él respecto al complot en torno a Lumumba.

Denegó también que hubiera participado en el secuestro de Moisés Tsombe. Nunca había utilizado el nombre de Davidson, dijo, ni había conocido a Francis Bodenan. Le planteé la sugerencia hecha por Joseph Smal, el antiguo mercenario, en el sentido de que Devlin había recibido dinero de la droga en Indochina de un hombre llamado Peters.

Devlin replicó que, si bien había conocido a John Peters en Laos, no tenía conocimiento de que éste traficara con droga. Peters era un antiguo mercenario empleado en las explotaciones petrolíferas del sudeste de Asia, dijo Devlin.

—Si traficaba en drogas lo mantenía en secreto.

Le pregunté por QJ/WIN y WI/ROGUE. Devlin me contestó que había conocido brevemente a WIN y que no había conocido demasiado a ROGUE. Ambos hombres, añadió, eran franceses. No podía recordar el nombre de WIN, pero, en cualquier caso, dijo, no me los daría. Cuando le describí a Robert Blémant me contestó que su descripción no encajaba con la de WIN.

Fue un poco más comunicativo respecto a ROGUE. No le había reclutado ni le había conocido antes de la misión en el Congo. Denegó que hubiera utilizado nunca el nombre de Duncan. ROGUE le había sido enviado por otro agente de la CIA y Devlin le había considerado como a un aficionado muy peligroso. La situación con que se enfrentaba en Leopoldville era precaria, dijo Devlin, y pronto devolvió a ROGUE. No creía que éste hubiera sido utilizado de nuevo por la CIA ni tenía idea de lo que había sido de él.

Saqué mi fotografía de Lucien Sarti y se la di a Devlin. ¿Era aquél el hombre a quien había conocido en el Congo como WI/ROGUE?, le pregunté.

Devlin escrutó el rostro un buen rato. Luego dijo que no lo creía, pero todo aquello había sucedido hacía mucho tiempo y él había conocido a aquel hombre muy brevemente.

Le conté a Devlin algunos hechos sobre Sarti, señalando que utilizaba peluca y que posiblemente tenía un ojo de cristal. Luego le dije que había encontrado a dos personas que aseguraban haber oído a Sarti confesarse autor del asesinato del presidente Kennedy. Hubo una larga pausa mientras él me contemplaba.

—Déjeme ver de nuevo esta fotografía —dijo Devlin.

Se la devolví.

—¿Es éste el hombre que usted pretendía utilizar para matar a Lumumba? —le pregunté.

Después de otra larga mirada a la foto, Devlin contestó:

—No estoy en posición de denegarlo.

A finales de junio había terminado el primer borrador de mi manuscrito. Lo envié a los editores de París e inmediatamente empecé a revisarlo. Cuando estaba dedicado a esta tarea, Jim Lesar me llamó para decirme que se disponía a ir a París para tomar declaración a David en relación con su demanda contra los comisarios federales, y me preguntó si querría acompañarle.

El 21 de julio, Jim y yo nos encontramos de nuevo en uno de aquellos bochornosos cubículos de la prisión de La Santé y David fue conducido hasta allí. Parecía hallarse en mejor forma de como le había visto en mucho tiempo. Tomó la mano de Jim y comentó que no parecía haber engordado. Luego estrechó la mía. Su barba había sido peinada pero el largo pelo sin lavar le colgaba desgreñado hasta los hombros. Vestía unos amplios pantalones verdes y un barato blusón azul con las palabras inglesas «Beach Patrol» pintadas en él.

—Me lo trajo mi primo —señaló, refiriéndose al mismo.

Pasamos dos horas estudiando las respuestas a las preguntas formuladas por escrito por el tribunal, antes de que David anunciara que estaba demasiado cansado para continuar. Jim apartó los papeles y sugirió que yo planteara las preguntas del asesinato.

Le dije a David que mi libro estaba ya terminado y él me preguntó qué había escrito sobre él. Le expliqué que lo había contado todo, todas nuestras conversaciones, toda la información que me había facilitado. Luego saqué mi foto de Le Blanc, se la pasé.

—¿Habla de él en su libro? —preguntó David.

Le dije que así era.

—No debe decir que yo le di su nombre —protestó.

Le aseguré que no lo hacía. Nicoli había identificado a éste y a Le Petit, pero David había dado el nombre de Sarti.

—Sarti, sí —concedió David—, pero nunca debe decir que yo nombrara a gente viva.

Luego me preguntó qué decía en el libro acerca de Le Blanc y Le Petit.

Le dije que, basándome en mi investigación y en las declaraciones de Nicoli, les identificaba como los cómplices de Sarti en el asesinato.

—¡Oh, no! —replicó David acaloradamente—. Está cometiendo un error. Estos dos no tienen nada que ver con él, eran sólo unos muchachos.

Le recordé que en aquella época tenían veintiún años.

—Que eran amigos de Sarti, conforme —continuó David—. Que lo sabían todo al respecto, sí. Pero esto no significa que participaran.

Le repliqué que Nicoli había dicho que eran los asesinos.

—Michel está equivocado —insistió David.

Estaba harto de participar en aquel juego de David.

—Fue usted quien me dijo que él sabía más sobre este tema que usted mismo —le repliqué.

—Escuchó una conversación —dijo David—, pero estos dos eran desconocidos. Mire sus antecedentes, lo que habían hecho hasta entonces... robar bicicletas y gallinas.

La observación me hizo reír y Jim me pidió que se la tradujera. También él se rió, lo que irritó a David.

—Si les nombra —me dijo—, se estará poniendo en un gran peligro.

Ya era demasiado tarde, le respondí, el libro se hallaba ya en manos de los editores. David se incorporó e inclinó sobre la mesa para cogerme por el brazo.

—Quería escribir este libro para decir la verdad —me instó—. Ésta no es la verdad. Tengo dos nombres para darle, uno está muerto pero el otro aún vive, o al menos yo no he sabido que hubiera muerto.

Le dije que me hablara de él.

—En aquella época contaba alrededor de cincuenta años. Era un hombre importante, amigo de Sarti. Lo último que supe de él era que se escondía en Francia.

Me burlé de él.

—¿Pretende decirme que este hombre tiene ahora setenta y cinco años y que fue uno de los tiradores?

—Tal vez él no disparó —dijo David rápidamente—, pero él dispuso todos los detalles. Él fue mucho más importante que los otros. Éstos no eran nadie.

—Razón de más para utilizarles —le espeté.

Insistí en que iba a seguir adelante con mi libro y que me importaba un comino lo que él dijera o pensara.

—No puede hacer esto —casi gritó David—, será un error e implicaría un gran peligro.

Le dije secamente que la única forma de cambiarlo era que él me diera la información que poseía.

—Usted sabe que no puedo hacer eso —me dijo hoscamente.

—Entonces el libro permanecerá tal como lo he escrito.

David parecía triste y lejano. Reunimos nuestras cosas y le dije que regresaríamos al día siguiente para terminar el cuestionario.

En el camino hacia el hotel, Jim y y nos interrogamos respecto a la nueva pista que David nos había dado. De repente tuve la certeza de que sabía quién debía de ser aquel hombre de setenta y cinco años.

—Paul Mondoloni —le dije a Jim—. Apuesto algo a que no sabe que Mondoloni fue asesinado hace tres años.

Estuvimos de acuerdo en que era la elección más obvia. Mondoloni había estado a cargo de los casinos de los Guérini en La Habana antes de la revolución.

Después lo trasladaron a Montreal como representante de Antoine y se convirtió en el enlace entre él y Santos Trafficante. En los meses anteriores al asesinato, la policía canadiense señaló que Mondoloni hacía una serie de viajes entre Montreal, Ciudad de México y Marsella, cuyo propósito nunca fueron capaces de averiguar.

Si se había ofrecido un contrato a Guérini por parte de la Mafia norteamericana, Mondoloni hubiera tenido que ser el intermediario lógico, especialmente si éste hubiera salido de Marcello a través de Trafficante. Como veterano miembro del *milieu*, su representante en América del Norte e íntimo de Antoine, Mondoloni muy bien podía haber sido encargado de la logística. Lo que era más, como mente organizadora del asunto de los diamantes del Aga Khan, tenía capacidad para diseñar y llevar a cabo un complejo complot criminal. Finalmente, su papel explicaría la afirmación de David y de Nicoli en el sentido de que los asesinos fueron sacados de Estados Unidos mediante un importante contacto en Montreal, que era utilizado para hacer entrar y salir a la gente del país.

Si Mondoloni había efectuado los preparativos, quedaba aún abierta la cuestión de la identidad de los asesinos. David había jugado ya excesivamente conmigo. Sólo la demostración de que Nicoli estaba equivocado haría cambiar mi narración en este aspecto, y el hecho de que David afirmara que Nicoli estaba equivocado no era una prueba.

La discusión en el cuerpo de guardia del día siguiente no implicó ningún cambio en la situación. David insistió en que yo estaba equivocado y yo insistí en que me lo demostrara. Me pidió entonces que le dejara leer el manuscrito. Y yo me negué.

—Al menos —me suplicó, con su mano en mi brazo— déjeme leer lo que ha escrito sobre mí.

—No lo entendería, está en inglés.

—Puedo conseguir alguien que me lo traduzca.

—No tengo ninguna intención de traer mi manuscrito a esta prisión —declaré.

—¡Esto no es jugar limpio! —gritó David.

—La vida a veces es así —me oí decir mí mismo.

El 25 de octubre de 1988, el programa británico en que yo había colaborado fue emitido por televisión. La reacción en Inglaterra y en Francia fue abrumadora y, de inmediato, estalló la controversia. Le Blanc apareció estrepitosamente, clamando que había estado en la Marina francesa en el momento del asesinato. Le Petit, según declaró el gobierno francés, había estado en la cárcel. En cualquier caso, no hubo ninguna información que refutara el supuesto papel de Sarti.

Por mi parte, me interesé por las coartadas presentadas por Le Blanc y por Le Petit. Estaban basadas en el tipo de información que yo había procurado conseguir, pero a la que no había tenido acceso porque carecía de condición oficial. De todas maneras, dado que Nicoli había literalmente arriesgado su vida al proporcionarme sus nombres, yo estaba obligado a mantener mi confianza en él. Éste, al hacerlo, no tenía nada que ganar y sí todo que perder.

Lo que quedó claro al producirse la controversia fue, por lo tanto, que era pre-

ciso seguir investigando. La historia fundamental del contrato entre las Mafias norteamericanas y francesa, así como del alquiler de asesinos, permanecía intacta, incluso aún cuando sus identidades fueran puestas en duda. Las relaciones entre la CIA y las dos bandas y su posible trascendencia en la creación de unas condiciones en las que fue posible el asesinato, necesitaban ser exploradas más profundamente. Y la larga colaboración entre las agencias de inteligencia y los traficantes internacionales de narcóticos debía ser aclarada e interrumpida.

Pero, por encima de todo, ante el vigésimoquinto aniversario de la muerte de John Kennedy, la verdad yace dormida. El misterio permanece: la mentira ha tenido una larga vida. Es hora ya de acabar con ella. Se han presentado evidencias; los individuos han sido identificados por su nombre. La justicia exige que se emprenda la acción para ponerle punto final a esta tragedia. Porque, mientras permanezca sin resolver, nuestra seguridad se ve afectada y nuestras libertades coartadas. Y nuestro presidente, desde hace ya tanto en su tumba, no puede descansar en paz.

CRONOLOGÍA

1942	El Gobierno de Estados Unidos ofrece liberar de la cárcel al jefe de la Mafia, Charles «Lucky» Luciano, si éste ordena a sus secuaces en los muelles que vigilen cualquier intento de sabotaje por parte del enemigo.
1943-45	El OSS, el servicio de espionaje de Estados Unidos durante la guerra, ayuda a algunos cabecillas del hampa francesa en actividades de resistencia frente a los nazis.
1946	Luciano es liberado y deportado a Italia de acuerdo con lo convenido.
1947-51	La CIA, sucesora del OSS, utiliza el hampa francesa de Marsella para combatir a los sindicatos portuarios encabezados por los comunistas.
1951-59	Las bandas norteamericanas y francesas compiten por el control del comercio internacional de heroína. También comparten amplios intereses en el mundo del juego en Cuba.
Enero de 1959	Fidel Castro derriba el régimen de Batista en Cuba y pronto empieza a actuar contra los gángsters norteamericanos y franceses.
Junio de 1960	El Congo Belga consigue la independencia y Patricio Lumumba se convierte en primer ministro. La CIA le califica como comunista.
Agosto de 1960	La CIA establece un contrato con la Mafia norteamericana para asesinar al primer ministro de Cuba, Fidel Castro.

Diciembre de 1960	La CIA envía dos gángsters europeos (nombres clave WI/ROGUE y QJ/WIN) al Congo para asesinar a Patricio Lumumba.
1960	Las mafias norteamericana y francesa establecen un pacto por el que se dividen entre ellas el comercio de heroína.
Enero de 1961	John F. Kennedy es investido en el cargo de presidente de Estados Unidos. Él y su hermano Robert, el nuevo fiscal general, declaran la guerra al crimen organizado. Patricio Lumumba es asesinado. Estalla en el Congo la guerra civil.
Septiembre de 1962	Dos jefes de la Mafia norteamericana indican que el presidente Kennedy debe ser asesinado.
1963 *22 de noviembre*	*12.30 de la tarde.* John F. Kennedy es tiroteado durante su paso por las calles de Dallas, Texas. *1 de la tarde.* El presidente Kennedy muere. *1.15 de la tarde.* El agente de la policía de Dallas, J. D. Tippit, es asesinado. Poco después, Lee Harvey Oswald es arrestado en relación con el asesinato de Tippit.
23 de noviembre	Oswald es formalmente acusado del asesinato del Presidente Kennedy.
24 de noviembre	Oswald es asesinado, mientras se halla custodiado por la policía, por el propietario de un club nocturno de Dallas y miembro del crimen organizado, Jack L. Ruby.
Septiembre de 1964	La Comisión Warren informa que Lee Harvey Oswald asesinó al presidente Kennedy solo y sin ayuda.
1965	La CIA ayuda a Joseph Mobutu a convertirse en el presidente del Congo.
1966	Moisés Tsombe, líder de la secesionista provincia congoleña de Katanga, intenta hacerse de nuevo con el poder mediante un golpe de estado.
1967	Tsombe es secuestrado por un gángster francés y llevado a Argelia, donde posteriormente es asesinado.
1967-72	La CIA utiliza traficantes de drogas franceses en Iberoamérica como agentes para actividades anticomunistas.

1975 Una investigación del Senado desvela los planes de la CIA para asesinar a Castro, Lumumba y otros.

1977 Ante la presión pública, la Cámara de los Representantes vuelve a investigar el asesinato del presidente Kennedy.

1979 El Comité de Asesinatos del Congreso informa que Kennedy fue asesinado probablemente como resultado de una conspiración encabezada por los jefes de la Mafia norteamericana.

BIBLIOGRAFÍA

EN INGLÉS

Supuestas conspiraciones asesinas relacionadas con líderes extranjeros: Informe provisional del Comité Seleccionado para estudiar las operaciones gubernamentales relacionadas con las actividades de espionaje. Washington DC: Senado de los Estados Unidos, U.S. Government Printing Office, 1975. (Informe Church, un documento fundamental para el estudio de las actividades clandestinas. Su lectura es esencial respecto a las conspiraciones asesinas de la CIA.

Anson, Robert Sam, *«They've Killed the President!»: The Search for the Murderers of John F. Kennedy.* New York: Bantam, 1976.

Belin, David W., *November 22, 1963: You Are the Jury.* New York: Quadrangle, 1973. (Agresiva defensa de la Comisión Warren por un ex consejero de dicha comisión.)

Belli, Melvin con Maurice Carroll. *Dallas Justice.* New York: McKay, 1964. (Narración del juicio de Jack Ruby por su abogado defensor.)

Blakey, G. Robert y Billings, Richard N., *The Plot to Kill the President.* New York: Times Books, 1981. (Blakey fue Consejero en Jefe del Comité del Congreso sobre Asesinatos. El libro anticipa la idea de que el crimen organizado estaba detrás del asesinato.)

Buchanan, Thomas C., *Who Killed Kennedy?* New York: Putnam's, 1964. (Desigual, pero uno de los primeros estudios críticos.)

Canfield, Michael y Weberman, Alan J., *Coup d'Etat in America: the CIA and The Assassination of John F. Kennedy.* New York: The Third Press, 1975. (Un buen estudio sobre los vagabundos de Deadley Plaza, pero, por lo demás, muy desigual.)

Charbonneau, Jean-Pierre, *The Canadian Connection.* Ottawa: Optimum, 1976. (Importante estudio del tráfico de drogas norteamericano, con un énfasis especial en la red Montreal-Ciudad de México-Marsella.)

Clark, Evert y Horrock, Nicholas, *Contrabandista!* New York: Praeger, 1973. (Valiosa información sobre los traficantes de drogas franceses.)

De Vosjoli, P.L. Thyraud. *Lamia*. Boston: Litle Brown, 1970. (Memorias de un antiguo agente del Servicio Secreto francés. Sugerente respecto al asesinato.)

Eddowes, Michael, *The Oswald File.* New York: Clarkson N. Potter, 1977.

Epstein, Edward J., *Inquest: The Warren Commission and the Establishment of Truth.* New York: Viking, 1966. (Una de las primeras y mejores críticas sobre los métodos de la comisión.) Legend: *The Secret World of Lee Harvey Oswald.* New York: Reader's Digest/McGraw-Hill, 1978. (Contiene un sugerente estudio sobre la deserción de Oswald y sus lazos con el espionaje.)

Fensterwald, Bernard Jr., *Coincidence or Conspiracy?* New York: Zebra, 1977.

Fonzi, Gaeton, «Who Killed JFK?». *The Washingtonian,* November, 1980. (Muy largo artículo

con gran cantidad de material sobre las relaciones de Oswald con el espionaje y el misterioso oficial de la CIA «Maurice Bishop», escrito por un antiguo investigador del Comité del Congreso sobre Asesinatos.)

Ford, Gerald R., con John R. Stiles, *Portrait of the Assassin*. New York: Simon and Schuster, 1965. (Un nada crítico resumen del caso contra Oswald escrito por un antiguo miembro de la Comisión Warren.)

Galante, Pierre y Sapin, Louis, *The Marseille Mafia: The Truth Behind the World of Drug Trafficking*. London: W.H. Allen, 1979. (Importante estudio sobre el *milieu* marsellés.)

Garrison, Jim, *A Heritage of Stone*. New York: Putnam's, 1970. (Relato de las investigaciones efectuadas por el propio Garrison. Contiene algún material útil.)

Hinckle, Warren y Turner, William, *The Fish is Red: The Story of the Secret War Against Castro*. New York: Harper y Row, 1981. (Contiene interesante información relacionada con el asesinato.)

Hougan, Jim, *Spooks*. New York: Morrow, 1978. (Inapreciable fuente de información sobre las relaciones entre el espionaje y el crimen.)

Secret Agenda: Watergate, Deep Throat and the CIA. New York: Random House, 1984.

Hurt, Henry, *Reasonable Doubt: An Investigation into the Assassination of John F. Kennedy*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1985. (Desigual panorámica sobre el desarrollo del caso. Plantea algunas preguntas sugerentes y ofrece información muy útil.)

Kalb, Madeleine, *The Congo Cables: The Cold War in Africa from Eisenhower to Kennedy*. New York: Macmillan, 1982.

Kantor, Seth, *Who Was Jack Ruby?* New York: Everest House, 1978. (Probablemente, el mejor estudio sobre el asesinato de Oswald.)

Kruger, Henrik, *The Great Heroin Coup: Drugs, Intelligence, and International Fascism*. Boston: South End, 1980. (Importante estudio, gran cantidad de material valioso pero con muchos errores.)

Lane, Mark, *Rush to Judgement: A Critique of the Warren Commission's Enquiry into the Murder of John f. Kennedy, Officer J.D. Trippit, and Lee Harvey Oswald*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1966. (Un desafío, con anticipación y eficacia, a la versión oficial sobre el asesinato.)

A Citizen's Dissent: Mark Lane Replies. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1966.

Lifton, David S., *Best Evidence: Disguise and Deception in the Assassination of John F. Kennedy*. New York: Macmillan, 1980. (Sugerente estudio sobre las evidencias de la autopsia.)

Marks, John, *The Search for the «Manchurian Candidate»: The CIA and Mind Control*. New York: Times Books, 1979.

Mahoney, Richard D., *JFK: Ordeal in Africa*. New York: Oxford Univ. Press, 1983.

McCoy, Alfred W., *The Politics of Heroin in Southeast Asia*. New York: Harper & Row, 1972. (Inapreciable estudio sobre el tráfico internacional de drogas. Contiene gran cantidad de importantes datos sobre los traficantes franceses y sus relaciones con el gobierno y el espionaje.)

McMillan, Priscilla Johnson, *Marina and Lee*. New York: Harper & Row, 1977.

Meagher, Sylvia. *Accesories After the Fact: The Warren Commission, the Authorities and the Report*. New York: Bobbs-Merrill, 1967. (El fructífero estudio crítico de la versión oficial del asesinato. Indispensable.)

Subject index to the Warren Report and Hearings and Exhibits. New York: Scarecrow Press, 1966. (Índice del trabajo de la Comisión Warren. Libro de referencia, esencial para los investigadores.)

Meagher, Sylvia y Owens, Gary, *Master Index to the JFK Assassination Investigations*. Metuchen, NJ: Scarecrow Press, 1980. (Importante fuente para los investigadores.)

Mills, James, *The Underground Empire: Where Crime and Governments Embrace*. Garden City, NY: Doubleday, 1986. (Alguna información importante, pero carece de índice, notas o bibliografía.)

Noyes, Peter, *Legacy of Doubt*. New York: Pinnacle, 1973. (Muy valiosa información sobre las figuras del crimen organizado relacionadas con el asesinato.)
Oglesby, Carl, *The Yankee and Cowboy War*. Kansas City: Sheed Andrews & McMeel, 1976.
Oswald, Robert L. con Myric y Barbara Land. *Lee: A Portrait of Lee Harvey Oswald by His Brother*. New York: Coward-McCann, 1967.
Phillips, David Atlee, *The Night Watch*. New York: Atheneum, 1977. (Memorias de un agente de la CIA relacionado con el caso.)
Informe del Comité Seleccionado sobre Asesinatos, Cámara de Representantes de los Estados Unidos: Informe final sobre el asesinato. New York: Bantam, 1979.
Informe de la Comisión Warren sobre el asesinato del presidente Kennedy. New York, McGraw-Hill, 1964.
Roffman, Howard, *Presumed Guilty: Lee Harvey Oswald in the Assassination of President Kennedy*. Cranbury, NJ: Associated University Presses, 1975. (Uno de los mejores estudios críticos del caso contra Oswald.)
Sauvage, Leo, *The Oswald Affair: An Examination of the Contradictions and Omissions of the Warren Report*. Cleveland: World Publishing, 1966. (Un estudio crítico inmediato del caso contra Oswald.)
Scheim, David, *Contract on America*. Silver Spring, MD: Argyle Press, 1983. (Estudio de las evidencias en relación con la implicación del crimen organizado.)
Scott, Peter Dale, *Crime and Cover-up: The CIA, the Mafia and the Dallas-Watergate Connection*. Berkeley, CA: Westworks, 1977. (Un breve pero útil estudio de las relaciones entre los mundos del crimen y de los servicios secretos entorno al asesinato.)
The Dallas Conspiracy. Inédito. (Contiene mucha información sobre el crimen, el espionaje y los negocios relacionados con el caso.)
The War Conspiracy. New York: Bobbs-Merrill, 1972. (El más amplio contexto del crimen, el espionaje y los negocios relacionados con la historia clandestina.)
Scott, Peter Dale, Hoch, Paul L. y Stetler, Russell, eds., *The Assassinations: Dallas and Beyond: A Guide to Cover-ups and Investigations*. New York: Random House, 1978. (Antología de ensayos e informes de los críticos.)
Shaw, Gary con Harris, Larry R., *Cover-up: The Governmental Conspiracy to Conceal the Facts About The Public Execution of John Kennedy*. Cleburne, TX: Privately printed, 1976. (Material muy interesante y una buena fuente de fotografías.)
Staff and Editors of *Newsday, The Heroin Trail*. New York: New American Library, 1974. (Excelente estudio sobre el tráfico de drogas internacional, especialmente sobre el francés.)
Summers, Anthony, *Conspiracy*. New York: McGraw-Hill, 1981. (Un estudio bien documentado y de gran alcance sobre el caso, que señala la implicación del crimen organizado. Es uno de los mejores análisis globales.)
Thompson, Josiah, *Six Seconds in Dallas: A Microstudy of the Kennedy Assassination*. New York: Berkeley Medallion, 1976. (Uno de los primeros y mejores estudios críticos del asesinato. Su lectura es esencial.)
United Press International and American Heritage Magazine, *Four Days: The Historical Record of the Death of President Kennedy*. New York: American Heritage/Simon and Schuster, 1983. (Útil por sus fotografías.)
Weisburg, Harold, *Oswald in New Orleans: Case for Conspiracy with the CIA*. New York: Canyon, 1967. (Estudio desigual pero útil sobre Oswald.)
Wrone, David R. ed., *The Freedom of Information Act and Political Assassinations, Volume 1*. Stevens Point, WI: Foundation Press, 1978. (Contiene mucho material importante procedente de la Comisión Warren.)

EN FRANCÉS

Bazal, Jean, *Le Clan des Marseillais: Des nervis aux caids, 1900-1974*. Paris: Guy Authier, 1974. (Muy valioso material sobre el *milieu* marsellés.)

Berdin, Richard, *Nom de Code: Richard*. Paris: Gallimard, 1974. (Recuerdos de un traficante francés. Existe también en inglés.)

Chairoff, Patrice, *Dossier B... comme «barbouzes»*. Paris: Alain Moreau, 1975.

Derogy, Jacques, y Pontaut, Jean-Marie, *Enquete sur les Mysteres de Marseille*. Paris: Laffont, 1984. (Importante investigación sobre el *milieu* marsellés.)

Historia, Hors Serie 31, *Le Milieu*. (Muy valiosa información sobre los antecedentes del hampa francesa en general y de la marsellesa en particular.)

Jaubert, Alain, *Dossier D... comme Drogue*. Paris: Alain Moreau, 1974. (El mejor estudio global del hampa francesa. Indispensable.)

Kruger, Henrik, *L'Arme de la Drogue*. Paris: Messidor, 1984. (Importante estudio del tráfico internacional de drogas y sobre el espionaje, con muchos errores. Versión francesa del libro *The Great Heroin Coup*.)

Laurent, Frederic and Sutton, Nina, *L'Orchestre Noir*. Paris: Stock, 1978.

Le Crapouillot, N.° 97, decembre 1987, *Les mysteres de Marseille*. (Colección de ensayos y reportajes sobre el *milieu* marsellés.)

Paillole, Paul, *Services Speciaux, 1935-1945*. Paris: Laffont, 1975. (Datos muy importantes sobre el espionaje francés en tiempos de guerra, pero carece de índice, notas y bibliografía.)

Saccomano, Eugene, *Bandits a Marseille*. Paris: Julliard, 1968. (El primer estudio del *milieu* marsellés, extraído de los diarios y los informes policiales. Material muy valioso, pero fuente de muchos errores.)

Sarazin, Jean, *Dossier M... comme Milieu*. Paris: Alain Moreau, 1977. (Valiosa información sobre el *milieu* marsellés.)

Vandewalle, E.R., *L'Ommegang: Odyssee et Reconquete de Stanleyville, 1964*. Brussels: Collection Temoignage Africaine, 1970.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 7

PRÓLOGO 9

I. ENCUENTRO FORTUITO CON LA HISTORIA, 1984 13

II. *LE BEAU SERGE* Y SUS AMIGOS, 1984-1985 29

III. EN BUSCA DE LUCIEN Y VIC, 1985 79

IV. MERCENARIOS Y ASESINOS A SUELDO, 1985 145

V. UN HOMBRE PUEDE DESAPARECER: MICHEL NICOLI, 1986 193

VI. LA COYUNTURA: MICKEY Y MICHEL, 1986-1987 219

VII. LOS JUICIOS DE CHRISTIAN DAVID, 1988 245

EPÍLOGO 299

CRONOLOGÍA 307

BIBLIOGRAFÍA 311

KENNEDY
LA CONSPIRACION DE LA
MAFIA

STEPHEN J. RIVELE

VEINTICINCO AÑOS DESPUES DEL ASESINATO DE DALLAS, ESTA INVESTIGACION PONE AL DESCUBIERTO TODA LA VERDAD SOBRE EL MAYOR CRIMEN POLITICO DEL SIGLO XX.